RAYMOND

ARON

PENSAR LA GUERRA

CLAUSEWITZ

II

La era planetaria

Instituto de Publicaciones Navales

"PENSAR LA GUERRA, CLAUSEWITZ"
de R. Aron

Centro Naval
Instituto de Publicaciones Navales

Decimonoveno Libro
de la
Colección
ESTRATEGIA

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

Septuagesimoctavo libro de las ediciones
del
INSTITUTO DE PUBLICACIONES NAVALES

RAYMOND ARON

Pensar la guerra, Clausewitz

II

La era planetaria





Centro Naval

INSTITUTO DE PUBLICACIONES NAVALES

Córdoba 354 Buenos Aires

República Argentina

Título del original en francés:
PENSER LA GUERRE, CLAUSEWITZ
II. L'âge planétaire
Traducción: Carlos Gardini



INTRODUCCION

B. H. Liddell Hart contra Clausewitz

El más grande escritor militar de nuestro tiempo, sir Basil Liddell Hart, comparte con lord Keynes una convicción que el destino póstumo de Marx, a despecho del marxismo oficial, tiende a justificar: la influencia de las ideas en el curso de la historia. Según el más ilustre economista del siglo XX, los gobiernos y empresarios aplican las doctrinas aprendidas de sus profesores veinte años antes; asimismo, sir Basil escribía en la entreguerra: "La influencia del pensamiento sobre el pensamiento es el factor más importante en la historia[1]. La inspiración de ideas nuevas y la introducción de métodos nuevos en la organización militar, la estrategia y la táctica, han desempeñado un papel que no es menos significativo que las hazañas de los genios militares"[2].

Toma como ejemplo de esta tesis la aventura de Napoleón. Este no habría innovado en cuestión de armamentos ni en cuestión de organización de las tropas. Rechazó todos los proyectos que le presentaron los ingenieros; la división, en cuanto unidad capaz de acción autónoma, existía antes que él. Su contribución al arte militar se limita esencialmente al método, sobre todo en las primeras campañas –1796,[3] 1805 y 1806–, que representa la aplicación de las ideas de movilidad y concentración concebidas por el mariscal de Sajonia y por Guibert. "La verdadera virtud del poder de concentración móvil reside en su fluidez y variabilidad, no en su densidad."[4]

La lección de Bonaparte se perdió porque Napoleón mismo, en Santa Elena, forjó su leyenda y porque dos hombres malinterpretaron su espíritu, uno

[1] *The Ghost of Napoleon,* Yale University Press, 1937, p. 11. Se trata de una serie de conferencias que constituyen una rápida exposición del pensamiento estratégico, entre Mauricio de Sajonia y Foch. Nota I.

[2] *Ibid.,* p. 13.

[3] Cf. Nota II.

[4] *The Ghost of Napoleon,* p. 103.

mediante una escolástica y otro mediante una filosofía, Jomini y Clausewitz[5]. El primero, menos peligroso que el prusiano, quiso reducir la conducción de la guerra a una ciencia: los principios de la estrategia permanecían inamovibles. La maniobra sobre líneas interiores, en sus escritos, se convierte en el secreto único y constante de la victoria. La fluidez de la maniobra napoleónica cobra una forma estereotipada mal disimulada por un lenguaje esotérico. La obsesión de la seguridad amenaza con paralizar la iniciativa y conducir a la derrota.

Si Jomini ejerció una influencia perniciosa, peor sería la que ejerció Clausewitz. No, como se ha creído, en cuanto profeta de Napoleón, sino en cuanto profeta de sí mismo. Liddell Hart lo llama el "Mahdí de las masas y las matanzas mutuas". En términos más precisos, Clausewitz habría simplificado, caricaturizado la manera napoleónica, no habría discernido sino la concentración pura y simple, mientras que lo esencial reside en la movilidad, la amplitud de la red que cubre el teatro de operaciones, donde las diferentes divisiones o ejércitos guardan tales relaciones mutuas que se sirven recíprocamente de reserva. Habría exaltado el choque directo de los ejércitos sin maniobra, mediante la concentración de una fuerza superior en el campo de batalla o en el punto decisivo del frente.

El escritor inglés adjudica al mismo Clausewitz dos errores, la sobrestimación del número y la subestimación de la maniobra, pero en ocasiones reconoce que los dogmas clausewitzianos no pertenecen enteramente al autor del *Tratado.* A diferencia de la mayoría de los lectores alemanes, comprendió al menos que entre la *Fórmula* —la guerra, continuación de la política— y la definición de la guerra por el abatimiento del Estado enemigo existe una contradición posible. "Es raro que no haya advertido que se contradecía a sí mismo, pues si la guerra es la continuación de la política debe necesariamente ser conducida pensando en las ventajas de la posguerra. Un Estado que usa sus fuerzas hasta el límite del agotamiento condena su propia política a la debilidad."[6] Clausewitz habría difundido, *tal vez sin desearlo,* el dogma de la guerra a ultranza. En el desarrollo de la historia europea habrían influido las generalizaciones riesgosas, las fórmulas tajantes, y no las reservas, los matices, los arrepentimientos que abundan en el *Tratado.*

He citado extensamente al escritor inglés porque me parece el más inteligente, el más típico de los anticlausewitzianos de lengua inglesa; demasiado inteligente para no sospechar que Clausewitz mismo valía más que sus discípulos; demasiado británico para consagrar meses a desenredar la madeja de las verdades lógicas y las proposiciones históricas, de la teoría y la doctrina. Del *Tratado* retuvo dos aportes: la importancia de las fuerzas morales y la supremacía de la política; condena el resto, la prescripción implícita de lucha a muerte, el rechazo

[5] A través del siglo XX, estos dos hombres adquirieron talla de maestros del pensamiento, de rivales. Así, A. Grouard, que se opone a las doctrinas del alto mando francés, antes de 1914, se remite a Jomini contra Clausewitz, tanto en su libro *Stratégie, objet, enseignement, tactique,* París, L. Baudoin, 1895, p. 4, como en *La Guerre éventuelle,* París, Chapelot, 1913, ps. 126-127. Cf. Nota III.

[6] *The Ghost of Napoleon,* p. 121.

de la maniobra, la busca del choque brutal de ejércitos masivos. Atribuye las locuras sangrientas de la Primera Guerra, al menos en parte, a la fascinación ejercida por algunos temas del *Tratado.*

No opondré un alegato a la requisitoria del escritor inglés: en el segundo libro de esta obra, Clausewitz figurará a veces como acusado, a veces como fiscal, casi siempre como testigo. Ante todo, afirmo que la requisitoria exige una lectura más atenta del *Tratado* y un análisis histórico menos sumario. El destino de Clausewitz no se presta a un juicio simple o categórico ni siquiera en Alemania. La primera edición de los H. W., que sumaba 2.000 ejemplares, sólo se agotó al cabo de veinte años. El primer estudio de conjunto fue escrito en francés, por un oficial de origen polaco, a pedido del duque de Orleans, primogénito de Luis Felipe[7]. Después de las victorias de Moltke, el tributo rendido al genio de Clausewitz cobró un carácter ritual. El conde Schlieffen escribió un prefacio para la quinta edición del *Tratado.* Destacó una vez más su valor permanente, añadiendo que el estilo filosófico de la obra ya no respondía al gusto de los lectores. Aunque probablemente el estilo tampoco había gustado a los lectores del siglo XIX, casi todos oficiales. Si eliminamos tanto la expresión conceptual, que el conde Schlieffen llamaba escritura filosófica y los franceses bruma metafísica, como la supremacía de la política, jamás aceptada por el estado mayor, ¿qué queda en el *Tratado* que los lectores no hubieran podido encontrar en otra parte? [8]

El mariscal Hindenburg, después de la guerra de 1914-1918, también rindió su tributo de admiración y reconocimiento al hombre que las victorias de Moltke habían transfigurado en padre fundador de la teoría alemana de la guerra. "Existe un libro, *De la guerra,* que no envejecerá jamás. Su autor es Clausewitz. El conocía la guerra y conocía a los hombres. Debimos escucharlo, y cuando seguíamos sus prescripciones era para nuestro bien. Lo contrario significaba desgracia."[9] Aun así, en el punto decisivo de las relaciones entre guerra y política, Moltke, como veremos más adelante, ya había roto con la enseñanza de Clausewitz, falsificado en el texto del capítulo 6 (libro VIII). Sólo Ludendorff, que ocupaba junto al mariscal Hindenburg el puesto que Gneisenau había ocupado junto a Blücher, tuvo el valor de violar el tabú y afirmar explícitamente que el *Tratado* pertenecía a un perimido pasado: la guerra ya no debía ponerse al servicio de la política sino, por el contrario, ésta al servicio de aquélla. Al menos él, a diferencia de los profesores norteamericanos, no consideraba que ambas fórmulas fueran intercambiables.

En Francia, el descubrimiento de Clausewitz se sitúa después de las derrotas de 1870,[10] acompaña el descubrimiento o redescubrimiento de Napoleón, exige

[7] Cf. Nota IV. Louis de Szafraniec Bystrzonowski.

[8] Aun si encontraba en otra parte muchas ideas que provienen del *Tratado* y que éste había introducido en la vulgata estratégica.

[9] Hindenburg, *Aus meimen Leben,* Leipzig, 1930, p. 101.

[10] Sólo he encontrado dos estudios anteriores a 1870, el muy conocido de un profesor de la Ecole de Saint-Cyr, De La Barre Duparcq, aparecido después de la primera traducción del *Tratado,* y otro anterior, de un comandante del ejército francés de origen polaco, Louis de Szafraniec Bystrzonowski. Cf. Nota V.

un estudio particular. En efecto, es posible que el *Tratado* bien o mal comprendido (mal comprendido según mi criterio), sea en parte responsable de las concepciones de los generales franceses de 1914. Aun así, a la luz de la primera parte de esta obra, es preciso recordar por qué una investigación de las "responsabilidades" no llegará jamás a conclusiones indiscutibles: cada cual puede encontrar en el *Tratado* lo que busca, siempre que elija las citas guiándose por sus propias preferencias.

¿A partir de qué idea rectora comprender la intención de Clausewitz? El intérprete toma por punto de partida ya la supremacía de la política sobre el instrumento militar, ya la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo en cuanto objetivo *natural* del acto bélico y el abatimiento (o desarme) del Estado enemigo en cuanto objetivo *ideal* de la guerra (estos dos últimos temas más o menos confundidos). Clausewitz tendía en su juventud a no reconocer sino las máximas derivadas de la guerra conforme con su naturaleza, pero progresivamente comprendió que las guerras a ultranza no son históricamente las más frecuentes y que en este sentido no son más ni menos *naturales* que las del siglo XVIII. El objetivo *natural* se opone, pues, a los objetivos *reales o históricos*. Estas dos ideas se insertan sin contradicción dentro del mismo conjunto; basta con decir que, al margen de las circunstancias, siempre diversas, el objetivo prioritario de un combate es la destrucción o aniquilación de las fuerzas del enemigo. Ni la aniquilación ni la destrucción implican la matanza de los soldados. Dichos términos abstractos sugieren que las fuerzas enemigas quedan incapacitadas para continuar la lucha. ¿Ocurre de otro modo cuando dos luchadores procuran reducirse mutuamente a la impotencia? ¿Pero quién puede dudar de la diferencia radical entre un ejército obligado a retirarse del campo de batalla y un ejército destruido? Vencidas en Ligny, las tropas prusianas, apenas más afectadas que las tropas victoriosas, decidieron el triunfo dos días más tarde, en Waterloo. Asimismo, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo permite ocupar un territorio, mientras que no puede afirmarse lo contrario: la ocupación del terreno no garantiza la destrucción de los ejércitos ni la capitulación de Estado enemigo.[11]

La traducción concreta de la destrucción o aniquilación de las fuerzas armadas varía en función de las circunstancias.[12] En cambio, la noción de abatir el Estado, tomada del modelo de la lucha, supone traducciones diversas; el centro de gravedad que conviene golpear cambia según las épocas, según la estructura de los regímenes. Los sentidos múltiples del abatimiento de un Estado presiden inevitablemente la pluralidad de los planes de guerra. Por este rodeo, la teoría vuelve a la supremacía de la política (en los dos sentidos, objetivo y subjetivo) y, como las campañas constituyen una totalidad, el plan de guerra o de campaña atenuará, rectificará o desmentirá las máximas que un espíritu superficial podría extraer de la finalidad natural de la lucha, el combate, la batalla.

[11] Mao Tse-tung retoma muchas veces esta idea en sus escritos militares.

[12] Aunque, según los casos, implica pérdidas humanas enormes o limitadas.

Tampoco esta vez la conciliación presenta dificultades intelectualmente, si nos sometemos a la lógica de la síntesis final. Pero en la práctica, los especialistas del instrumento han invocado la autoridad de su pericia y aun aquellos, como Bismarck, que se inclinaban por el otro sentido, admitían sin discusión el objetivo de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo. La tensión entre civiles y militares, entre quienes conducen la guerra y quienes conducen las operaciones, no fue creada por la teoría sino por la práctica o, si se quiere, por la situación misma. En tanto el *Tratado* no era comprendido plenamente, las fórmulas extremas, en ambas direcciones, daban argumentos a la intransigencia de ambas escuelas.

Si leemos escrupulosamente el *Tratado,* llegamos a conclusiones contrarias a las que se infirieron: rechazo de todo dogmatismo, dependencia de la estrategia en relación con el instrumento, luego en relación con el estado de los armamentos, las condiciones de movimiento y avituallamiento, dependencia del plan de guerra y, por ende, de la combinación de las batallas con respecto a las circunstancias político-sociales y las intenciones del Estado, adaptación del plan de campaña al tipo de guerra, inclusión en nuestras consideraciones de la fricción, el azar y, ante todo, el enemigo con quien nos enfrentamos. Contra Bonaparte, las disposiciones defensivas de Federico II no habrían significado mucho. ¿Por qué ironía de la suerte este teórico que rechazaba el metodismo, el dogmatismo, la ilusión de las máximas y válidas en todo tiempo y lugar, tiene fama de ser el "mahdí de las masas y la matanza mutua"?

En parte, Clausewitz fue víctima de la confusión inevitable, en el espíritu de los lectores, entre análisis —o sea previsión— de lo real y expresión de lo deseable. De La Barre Duparcq, Jomini, condenaron la guerra de guerrillas; Molke también, cuando los franceses la emprendieron en 1870-1871; B. H. Liddell Hart la detesta como detesta los ejércitos de millones de hombres. Fiel a la tradición inglesa, desea que la guerra sea librada por pocos, por los profesionales que consideran la carrera de las armas una suerte de vocación y la practican sin odio ni temor. Testigo de las guerras de 1792 a 1815, Clausewitz observa que las guerras se libran ya con cientos de miles de hombres, que los pueblos oprimidos, en último recurso, se arman para echar al invasor. *Sine ira et studio:* él no aprueba ni denuncia, corrobora.

Por otra parte, Clausewitz es víctima de su método. La importancia que adjudica al número la limita a los casos donde existen la misma organización y el mismo armamento en ambos bandos. Procedimiento lógicamente legítimo, pese a todo peligroso en un *Tratado* de este tipo. No excluye la maniobra en la medida en que ésta tiende a crear condiciones de superioridad en los puntos importantes y a librar batalla en condiciones tales que ella produzca resultados decisivos (por ejemplo, el envolvimiento o la batalla en frentes invertidos). Pero, en muchos textos, especialmente en el libro VIII, capítulo 9, cuando quiere justificar el plan de Napoleón en Rusia (plan presentado de manera relativamente tosca), proporciona argumentos a los historiadores que no distinguieron entre la *estrategia maniobrera* del siglo XVIII, que él desdeña, y la *maniobra* orientada hacia o por la batalla, explotada por la persecución, que él no ignora y cuya movilidad garantiza el triunfo.

La inconclusión del libro ha dejado la síntesis final en estado de proyecto. La lógica de esta síntesis permite resolver todas o casi todas las divergencias o incompatibilidades aparentes, pero con una condición: que el intérprete razone según esta lógica, apoyada en la *Nota final,* que otorga el capítulo I, 2 un valor prominente. Sin embargo, los intérpretes jamás razonaron según la lógica de esta síntesis final y el libro, tal como nos ha llegado, no tiene el mismo tono del principio al fin.

Quiérase o no, al pasar de los libros III, IV y V al libro VI, se respira un aire diferente. Los libros III y IV abundan en frases con las que un Liddell Hart ilustra sin dificultad su tesis del "mahdí de las masas y la matanza mutua". Parece exaltar la batalla, la batalla sangrienta, la grandeza de los enfrentamientos y el culto del jefe supremo, dueño de sus emociones y clarividente en medio de la tempestad. En cambio, el libro VI enumera las ventajas de que goza quien se encuentra política y militarmente a la defensiva: el defensor se bate por su independencia, quiere conservar lo que le pertenece y no tomar lo que pertenece a otro, elige el lugar de la batalla, eventualmente atrae al enemigo hacia el interior del país, el pueblo se arma contra un conquistador y, de múltiples maneras, aun si no se arma, molesta, hostiga, espía al invasor. El capítulo VI, 26 no tiene menos resonancia sutilmente descriptiva que el capítulo VIII, 9. Tampoco esta vez hay dificultad lógica: quien analiza un plan de guerra ofensivo con miras a abatir a un enemigo cuanto antes no recomienda sin embargo atacar al vecino, como tampoco Aristóteles está recomendando la tiranía al analizar los medios para conservarla. El misterio del pensamiento último de quien parece el teórico de la tiranía, Maquiavelo, nos revela su fascinación. El misterio de Clausewitz se sitúa en un nivel inferior de abstracción o sutileza, puesto que, como estratega, se detiene en objetos que conducen inmediatamente a la paz y esboza apenas una tipología de dichos objetos.

¿Podemos ir más lejos y sugerir la doctrina que el hombre no insinúa, y menos aún la obra en cuanto estudio racional? Dudo en responder. Ni el hombre ni la obra ofrecen una lección sin equívocos.[13] Todos los "resistentes", todos aquellos obligados por los reveses de las primeras batallas a tener esperanzas contra toda esperanza, encuentran en él más un maestro de moral que de técnica. Convencido de que las guerras continuarían siendo asuntos nacionales en el porvenir, deseaba sin embargo preservar la sociedad europea de Estados, evitar a los pueblos la crueldad implacable que implica el armamento de todos, la guerra pequeña conducida por los civiles mismos. Admirador, por cierto, del "dios de la guerra", el "apostador apasionado" que al término de su aventura huyó del campo de batalla como un mendigo sin un tálero en el bolsillo, enseña la moderación antes que la desmesura, la guerra de defensa nacional antes que la guerra de conquista. Pero esperaba la unidad alemana de las victorias que obtendría uno de los Estados alemanes sobre los otros. Estratégicamente, él sugería la defensiva con el fin de vencer más seguramente al enemigo, pero la defensiva que se logra con el centelleo de la espada del castigo. Por lo demás,

[13] Cf. Nota VI.

como sólo el ataque conduce directamente a la meta, ¿no es la inferioridad de fuerzas lo que en general justifica la espera del enemigo?

Teórico de un arte que se cultiva por el estudio y la reflexión y que no se aprende, Clausewitz aparece más como un preceptor de jefes militares que como maestro de escuela. Precisamente porque quería abarcar todos los aspectos orgánicamente ligados del objeto guerra, porque combinaba el uso de los conceptos abstractos (cuya traducción concreta varía según las circunstancias) con el análisis pormenorizado de coyunturas, porque negaba las leyes, pero enumeraba múltiples principios, máximas condicionales o reglas con excepciones, ofrece argumentos para todo el mundo. La crítica encontrará la explicación del triunfo o la derrota en una de estas fórmulas de bronce, origen de su gloria y los malentendidos.

PRIMERA PARTE

¿Fiscal o acusado?

INTRODUCCION

Tres temas

Las guerras de la Revolución y el Imperio hoy nos parecen una repetición general de las dos guerras del siglo XX. La violencia derribó las barreras de la tradición y de ello surgió la obra de Clausewitz. Nadie atribuirá a un libro la responsabilidad de la catástrofe: no fue Clausewitz quien arrojó a los pueblos unos contra otros en agosto de 1914; no fue él quien ascendió al poder supremo en una Alemania oprimida por el desempleo y por un demagogo en quien se mezclaban diversos odios, la voluntad de alcanzar una meta ilimitada, la insensibilidad hacia el sufrimiento humano y un destello de genialidad.

Mas no deja de ser cierto que en ambas márgenes del Rin, antes de 1914, los generales lo invocaban a él. Lenin dio a la Fórmula *un sentido nuevo, pues hizo de ella no el principio de la supremacía del jefe de Estado sobre el jefe de los ejércitos, sino el criterio para discriminar entre guerras justas e injustas. De ese modo, toda guerra adquiere una dimensión ideológica.*

Tres temas clausewitzianos, tres lecturas del Tratado, *presiden los capítulos siguientes.*

Los generales franceses y alemanes buscaban la batalla de aniquilación; los aliados derrotaron a una Alemania agotada sin que la Wehrmacht hubiera sido vencida en campo raso.

Hitler y Stalin, ambos surgidos de movimientos revolucionarios, condujeron la Segunda Guerra no a la manera de los generales tradicionales sino como ideólogos y conquistadores. Stalin ganó al pueblo ruso para la causa patriótica; Hitler levantó contra sí la resistencia de Europa entera.

El armamento del pueblo, con el que habían soñado los patriotas prusianos y cuya teoría había bosquejado Clausewitz (entre muchos otros), se transformó bajo la pluma de Mao Tse-tung en: la esencia de la guerra revolucionaria, la cual conduce, gracias a la formación de un ejército regular surgido de los irregulares, a la victoria de aniquilación.

Los generales de la Primera Guerra Mundial sólo habían retenido una idea: la batalla decisiva. Lenin a su vez sólo retuvo otra: la política de clase define el sentido histórico y moral de toda guerra. Mao Tse-tung dedujo una tercera: el armamento del Pueblo, cúlmine de las guerras entre Estados y factor decisivo de las guerras civiles.

CAPITULO I

De la aniquilación al agotamiento

En el siglo XIX, Alemania, unificada por la Prusia de los Hohenzollem, se transformó en la primera potencia del continente. Hasta 1945 su ejército fue el mejor de Europa y del mundo. Obtuvo, en el curso de las dos guerras del siglo XX, victorias deslumbrantes, *Verlorene Siege,* según el título del libro del mariscal von Manstein, *Ohnmacht des Sieges,* según la célebre expresión de Hegel. Hoy ya no existe el Reich; la República Federal y la República Democrática, ambas alemanas, coexisten una junto a otra. La grandeza del Reich y la de Europa declinaron juntas.

¿Contra quién, en favor de quién invocar el *Tratado*? ¿O éste sólo cumple, hoy día, la misión compulsiva y amarga de ayudarnos a comprender la historia trágica que va desde los patriotas prusianos levantados contra Napoleón a la resistencia de los pueblos europeos contra la tiranía hitleriana?

1. Bismarck y Moltke

Después de 1945, los historiadores se remontaron con frecuencia hasta Bismarck y su obra para llegar a los orígenes de la catástrofe alemana. Investigación inevitable, siempre legítima y siempre vana. Luis XIV preparó la Revolución Francesa y Bismarck hizo posible a Hitler. Una Alemania dividida o una Alemania unida por otros medios que no fueron el hierro y el fuego implican otro curso de los acontecimientos, de la diplomacia y de la guerra. No alcanzo a entender en nombre de qué podríamos condenar la unidad alemana a menos que, víctimas de una ilusión retrospectiva de fatalidad, diéramos por *necesarias* las secuelas efectivas de esta unidad.

Remitámonos a la historia en su gestación, o sea a la política de uno de los últimos estadistas que produjo Europa. Bismarck plasmó, mediante los procedimientos tradicionales de la *Machtpolitik,* una especie de obra maestra. Las guerras por las cuales el rey de Prusia llegó a emperador de Alemania se desarrollaron de acuerdo con los principios de la *aniquilación* militar sin desconocer los constreñimientos del *equilibrio* europeo. Probablemente el hombre que forjó este triunfo jamás había leído a Clausewitz. En todo caso, en

sus memorias, no cita el *Tratado*, aun cuando allí habría encontrado argumentos rotundos para desconcertar a su colaborador y rival, Helmuth von Moltke: habría podido invocar a aquél cuya autoridad los militares no cuestionaban.

Los conflictos de competencia[1] entre los dos protagonistas de la unidad alemana, el político y el militar, han sido narrados muchas veces por los historiadores y no repetiré un relato al cual no tendría nada que añadir. Las ideas de Bismarck, así como los acontecimientos, nos ayudarán a comprender por qué los alemanes pudieron invocar tanto tiempo a Clausewitz sin comprender las contradicciones entre las diversas lecturas de su obra. La distancia histórica nos autoriza a dar la palabra a Bismarck y Moltke, olvidando lo que significaban estos nombres para el escolar francés que fui entre 1914 y 1918.

Bismarck, si damos fe a lo que escribe en *Erinnerung und Gedanke*,[2] parte de una concepción instrumental de la guerra. No la condena en cuanto tal, ni como político ni como moralista. Aprueba, o al menos admite, el gusto por la guerra que observa en los generales; advierte la alegría de Moltke cuando éste, gracias a la falsificación de despacho de Ems, ya no duda que las armas tienen la palabra. Bismarck comparte las intenciones de Moltke, pero no, en el mismo grado, sus emociones. El conflicto con Francia, que *a esa altura* él podía evitar, era algo que deseaba, sin hacer de ello un misterio, para superar la oposición entre el norte y el sur de Alemania gracias a la sangre vertida en común. Después de recordar su oposición a una guerra preventiva en 1867, por el Luxemburgo, o en 1875, con el pretexto de impedir un resurgimiento demasiado rápido de Francia, concluye con dos afirmaciones: aunque victoriosas, sólo se justifican las guerras impuestas.[3] En cuanto el espíritu guerrero en el ejército: "Su ausencia sería lamentable; la misión de mantenerlo dentro de los límites que impone la necesidad de paz de los pueblos incumbe a las autoridades superiores del Estado, autoridades políticas y no militares".[4]

En esta ocasión esboza una doctrina, aparentemente clausewitziana, de las relaciones entre guerra y política, al tiempo que opone su concepción a la de Moltke, tantas veces citadas. Esta última se resume en la frase siguiente: "La política se vale de la guerra para alcanzar sus fines, influye de manera decisiva sobre el principio y el fin de ésta de tal manera que se reserva, durante las hostilidades, el derecho de aumentar sus reivindicaciones o, por el contrario, de contentarse con un triunfo menor. Dada esta indeterminación, la estrategia sólo puede orientar sus esfuerzos hacia el objetivo más elevado que pueda alcanzar con los medios de que dispone. Así los medios sirven, en el mejor de los casos, a

[1] Cada una de las tres guerras —Dinamarca, Austria, Francia— suscitó conflictos semejantes. Sólo en las dos últimas los conflictos opusieron a Bismarck y Moltke.

[2] Me he remitido al tomo 15 de los *Gesammelte Werke*, Berlín, Verlagsgessellschaft, 1932.

[3] El añade esta frase ambigua: "No se puede adivinar el juego de la Providencia al punto de anticipar la evolución histórica según sus propios cálculos". El término "juego" está empleado en el sentido de las cartas que posee un jugador, p. 311.

[4] *Erinnerung*, p. 311.

la política, al menos al fin de ella. Pero en una acción totalmente independiente de ella".[5]

Huelga decir que Bismarck jamás adhirió a una doctrina semejante, que, por ser la favorita de los jefes militares, contradice manifiestamente la sensatez, así como el pensamiento de Clausewitz. Bismarck alude con cierta ironía a los militares que desearían quitar la palabra al ministro de Relaciones Exteriores cuando el comando de los ejércitos no ha juzgado oportuno cerrar la puerta del templo de Jano. ¿El doble rostro de Jano no nos enseña que el gobierno de un Estado involucrado en un conflicto armado debe dirigir sus miradas no sólo hacia el teatro de operaciones? La conclusión tiene, pese a los términos utilizados, un tono clausewitziano: "La misión del comando del ejército es aniquilar las fuerzas armadas del enemigo, el fin de la guerra obtener mediante la lucha la paz según condiciones que respondan a la política seguida por el Estado. La determinación y limitación de los objetivos que deben alcanzarse mediante la guerra, la injerencia del soberano en ese sentido, es y sigue siendo, tanto durante como antes de las hostilidades, una tarea política y el modo de cumplirla no puede dejar de influir en el modo de conducir la guerra".[6]

La intervención de la política, bajo la especie del Ministerio de Relaciones Exteriores, presenta ante todo un carácter pragmático. Bismarck, estadista de la vieja escuela, piensa en los cuadros del sistema europeo, aun cuando él ha contribuido más que ningún otro a la formación de la Europa del siglo XX. En 1864, en 1866, en 1870, pretende localizar el conflicto y resolverlo en beneficio de Prusia sin hipotecar el porvenir. Si la preocupación de evitar la extensión del conflicto y la intervención de otras grandes potencias inspira en cada circunstancia los consejos que da al rey, Bismarck no tiene nada en común con un conquistador o un aventurero, aun genial, pues quiere preservar el sistema europeo. Maquiavélico, por cierto, pero civilizado.

Sus rencillas con los militares revelan aún más su maquiavelismo; según los casos, el canciller se opone a una operación deseada por los generales o, al contrario, recomienda una medida estrictamente militar que los consejeros uniformados juzgan inútil o funesta. Durante la guerra contra Dinamarca, cuando Moltke no ha alcanzado aún el primer rango, el canciller impone penosamente su voluntad al comandante del teatro de operaciones. Primero prohíbe llevar la campaña a través de Jutlandia para conservar la alianza con Austria: el general Wrangel, contraviniendo las órdenes recibidas, crea el peligro de que intervengan Gran Bretaña y Francia. A continuación Bismarck incita a los generales vacilantes a atacar las fortificaciones de Rüppel (18 de abril de 1864) porque necesita una victoria militar antes de la conferencia de Londres, conferencia que acepta con soltura porque cuenta con que la obstinación de los daneses le dará una última oportunidad de alcanzar sus fines. En efecto, después del fracaso de las negociaciones y varios días de combate, los daneses se resignan

[5] Texto de 1881, titulado *Sobre la estrategia*, en *Moltkes Kriegslehre*, publicado por el gran estado mayor general, sección de historia militar, Berlín, Mittler & Sohn, 1911, 3 vol., t. I, ps. 70-71.

[6] *Erinnerung*, ps. 313-315.

a aceptar las condiciones del vencedor. Bismarck alcanza los fines que se había fijado.

En 1866, se entabla una querella con el general H. von Moltke. El canciller imparte órdenes directas al general Falkenstein, que comanda el ejército del Rin; le ordena marchar sobre Francfort sin tomar siquiera la precaución de destruir enteramente el ejército hannoveriano. Esta vez son los militares quienes guardan un justo rencor contra el poder civil.

Después de la victoria de Königgrätz (Sadova), Bismarck, para evitar la intervención de Francia (que Moltke, por su parte, no teme), no lleva al límite las operaciones militares e incluso accede, el 18 de julio, a un armisticio de cinco días. Cuenta con la certeza de poder obtener, mediante negociaciones, la aprobación de Napoleón III para los objetivos que se ha propuesto: excluir Austria de Alemania, confirmar la supremacía de Prusia en Alemania del Norte, establecer una administración exclusivamente prusiana del Schleswig-Holstein, anexar territorios (gran ducado de Hesse, Nasau, Francfort, Hannóver). En cambio, renuncia a amputar el Imperio Austríaco y niega al soberano y los generales la satisfacción de un desfile victorioso por las calles de Viena. Guillermo I termina por escuchar la voz de la razón, aunque se sienta frustrado por los frutos de la victoria.

Durante la guerra 1870-1871, Moltke gozaba de un prestigio y una autoridad similares a las del canciller. La organización del reino no le daba un comando comparable al de Federico II o Napoleón. El rey seguía siendo el jefe supremo y aunque Moltke, desde el gran estado mayor, fijara los planes e impartiera directivas a los ejércitos, aún no tenía ante sus subalternos la misma talla de un Schlieffen a fines de siglo o un Hindenburg durante la Primera Guerra.

La querella se centró al principio sobre la comunicación de los despachos militares: el canciller exigió legítimamente recibirlos todos y el soberano aprobó esa exigencia. Las discusiones[7] más apasionadas y más famosas se centraron primero sobre el bombardeo de París, luego sobre las modalidades de la ocupación de la capital francesa después de la rendición. El canciller, ansioso de terminar cuanto antes con Francia, pues se oía un clamor de armas en el Este, reclamó el bombardeo inmediato y despiadado de la ciudad, medida a la que Moltke se opuso con argumentos menos humanitarios que militares. La hambruna obligaría a París a capitular de un modo u otro. ¿De qué servía un bombardeo de dudosa eficacia, un tanto reñido con la ideología de la casta militar, cuando la falta de alimentos lograría inexorablemente el mismo resultado?

La querella recrudeció a causa del apoyo que encontraron los generales en un sector de la corte. La emperatriz, el príncipe heredero, ambos sensibles a la opinión inglesa, que se volvía contra Prusia, pesaron sobre quien tenía la última palabra. El canciller no titubeó a su vez en movilizar a favor de sus tesis a la prensa alemana. En sus memorias denuncia la hipocresía de los argumentos humanitarios, como si el hambre no fuera tan cruel como los obuses. "La idea de

[7] Dejo de lado las tentativas de Bismarck para negociar con Bazaine. El canciller contemplaba el restablecimiento del Imperio y una paz inmediata. Ni Napoleón III ni la emperatriz consintieron en tratar según las condiciones que dictaba Bismarck.

que París, ciudad fortificada y el más sólido bastión del enemigo, no debía ser atacada como cualquier otra plaza fuerte; había penetrado en nuestro campo a través de Berlín, mediante fórmulas como 'La Meca de la civilización' y otras deformaciones de los sentimientos humanitarios, típicos y eficaces, propios de la hipocresía de la opinión pública en Inglaterra, país que espera que todas las demás potencias demuestren tales sentimientos, mas no siempre dispensa el mismo beneficio a sus propios adversarios."[8]

Después de la capitulación de París, Bismarck estuvo nuevamente del lado de la moderación. Mientras Moltke desea que las tropas alemanas ocupen París según las leyes de la guerra;[9] Bismarck no quiere, una vez alcanzada la victoria y los fines políticos, humillar gratuitamente a los franceses por el solo placer de halagar el amor propio de los militares y posibilitarles la ceremonia romana del triunfo. El rey-emperador aprobó nuevamente la decisión de Bismarck; el desfile de las tropas alemanas en París se redujo al mínimo.

En sus memorias Bismarck niega, y pareciera que con razón, haber contemplado en 1875 una guerra preventiva contra Francia con el fin de paralizar su recuperación. Afirma que semejante empresa habría participado de la misma política de prestigio y de fuerza que, a su juicio, precipitó la rutina del Primero y Segundo Imperio franceses.[10] Después de 1870, su finalidad era reconciliar a Europa con el nuevo poder de Alemania. Traduzcamos a nuestro lenguaje: Bismarck quiso victorias militarmente decisivas, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo en conflictos localizados, con miras a edificar el imperio alemán bajo la autoridad del rey de Prusia sin trastocar el equilibrio europeo, sin que la potencia alemana pareciera inconciliable con las libertades tradicionales de los Estados, inaceptable para Gran Bretaña o la Rusia de los zares. Bismarck triunfó plenamente, en el único sentido que puede adquirir esa palabra aplicada a un hombre como él; llevó a cabo todos sus planes. Los dos héroes de la historia alemana, Federico II y Bismarck, debieron su éxito a la fuerza y la estratagema, pero también a la moderación. Los franceses se obstinan en reverenciar como héroes a Luis XIV y Napoleón, quienes carecieron ante todo de sabiduría y mesura.

Al calificar de clausewitzianos el pensamiento y las prácticas de Bismarck, en el tema decisivo de las relaciones entre política y guerra, corro el riesgo de suscitar por lo menos una diversidad de actitudes entre los lectores. ¿El Tratado de Francfort puede considerarse moderado? ¿La anexión de Alsacia-Lorena no abría entre Alemania y Francia un abismo que nada podría franquear? ¿No sembraba las semillas de un odio que debía estallar alguna vez?

En cierto sentido, los triunfos de Bismarck llevaban en sí, efectivamente, el riesgo del castigo. En el juego trágico de la política de poder, nada se puede calificar de feliz antes del último día, y para un Estado jamás hay último día, a menos que desaparezca engullido por las profundidades océanicas, que sufra el

[8] *Erinnerung*, p. 323.

[9] Policía francesa bajo las órdenes de las autoridades de ocupación, prisión de guerra para las tropas de línea y los guardias móviles, entrega de todas las enseñas, etcétera.

[10] *Erinnerung*, ps. 364-366.

destino de los celtas o Cartago. Sin la unidad alemana, sin el compromiso bismarckiano entre Prusia y los Estados alemanes, Guillermo II no habría sentido la tentación de la *Weltpolitik* y Europa no se habría suicidado como lo hizo. Para juzgar equitativamente al canciller de hierro conviene atenerse a las reglas clausewitzianas de la "crítica", ubicarse mediante el pensamiento en la situación del actor, no atribuirle un saber que él no poseía, no invocar un código de deberes y derechos al cual no adherían él ni sus contemporáneos. Ignoremos ante todo la condena que lanzarían los pacifistas: sí, es indudable que Bismarck juzgaba que las guerras seguían siendo en su época un medio normal para alcanzar los fines de la política. En la conducción de las hostilidades, no paraba mientes en consideraciones humanitarias, pero tampoco imaginaba el equivalente de las matanzas de prisioneros o la población civil. Ni más ni menos cínico que sus adversarios o sus colaboradores, simplemente más hábil que ellos. Brutal cuando la política ordenaba concluir cuanto antes un conflicto siempre susceptible de extenderse, moderado con el fin de preservar la posibilidad de la reconciliación con Austria o impedir la humillación gratuita del vencido. Conservador en cuanto estadista, en sus memorias confiesa sin ambajes que de ser necesario no habría vacilado en propiciar una revolución burguesa en 1866, o en respaldar a los revolucionarios italianos de 1870. Los términos del Tratado de Francfort, considerados duros en la época, no impedían el resurgimiento de Francia, por cierto caída en segundo plano, pero la declinación de la población y la ciencia francesas *antes* del desastre militar ya habían precipitado esa caída. El país pagó la indemnización de cinco mil francos sin dificultad; el beneficio de la cláusula de la nación más favorecida, obtenido por Alemania, no obstaculizó el desarrollo económico del país.

Se dirá que aún queda lo esencial, la anexión de Alsacia-Lorena contra la voluntad, solemnemente expresada, de las poblaciones, En ello, subsiste y subsistirá siempre, a juicio de los franceses, probablemente incluso a juicio de los observadores objetivos (si esa especie sobrevive), la piedra del escándalo. Bismarck se fijaba como fin la unidad alemana, Austria excluida, bajo la dirección de Prusia, en condiciones que salvaguardaban el equilibrio europeo. ¿Podemos nosotros, aun a un siglo de distancia, aun teniendo en cuenta el búnker berlinés y el suicidio del Führer, condenar moral y políticamente la finalidad de la diplomacia bismarckiana? Ni siquiera hoy parece demostrado que la suerte del Segundo Reich estuviera sellada de antemano. Bismarck, último estadista de Alemania, ¿habría podido prever que no tendría herederos?

En cuanto a la anexión de Alsacia, que algunos patriotas alemanes reclamaban ya en 1815, se sitúa, en 1871, en un período de transición entre dos ideas históricas y se presta a dos interpretaciones de la idea nueva. Los conservadores, en tiempos de la Revolución Francesa, por ejemplo Friedrich von Gentz, juzgaron escandalosa y funesta la pretensión de los revolucionarios franceses de fundamentar la pertenencia de Alsacia a Francia en la voluntad de los alsacianos y no en el Tratado de Westfalia.[11] Fiel a sí mismo, se alzó contra sus compatriotas cuando en 1815 reclamaron la devolución al Reich de las

[11] Cf. Nota XXX del Libro I.

provincias incluidas en la zona de cultura y lengua germánicas. Al cabo de un siglo él se atenía al Tratado de Westfalia y sus prescripciones.

Bismarck ya pertenecía a otra época. También la unidad alemana, aun llevada a cabo mediante el hierro y el fuego, se fundaba implícitamente sobre la idea de las nacionalidades. Los intelectuales que abogaban por la causa de la anexión invocaban la germanidad de los alsacianos, aunque éstos hubieran perdido conciencia de ella; los intelectuales de nuestro lado del Rin replicaban, por la pluma de Renan, que la nación se alimenta de recuerdos comunes y se afirma en la voluntad de realizar grandes empresas conjuntas en el porvenir. Esencia nacional por una parte, elección libre de las poblaciones por la otra. Probablemente Bismarck libraba a los escritores, como Federico a sus juristas, la tarea de convencer o halagar a la opinión pública. Consideraciones militares imponían, a su juicio, la anexión de Lorena, incluida la zona de habla francesa; consideraciones políticas imponían la anexión de Alsacia, con el fin de cimentar la unidad todavía frágil del imperio. No ignoraba que pagaba un precio: la imposibilidad de una reconciliación a largo plazo con Francia. Tal vez no juzgaba que violaba las leyes no escritas de la sociedad europea de Estados. Alemania reemplazaba a Francia como potencia dominante, no destruía la secular tendencia al equilibrio.

Por cierto, quedan dos caminos para condenar a Bismarck. Por su potencia misma, el Reich se volcaba a lo que la generación siguiente llamó la "política mundial". ¿Acaso un publicista sin genio, Prévost-Paradol, en *France nouvelle,* no había anunciado simultáneamente la guerra próxima, la derrota de Francia y la inevitable coalición de los angloamericanos y los rusos contra el advenedizo?

El otro camino conduciría a condenar toda política de poder. La moderación vale más que la desmesura. Pero, diría el escéptico, en el juego del poder el éxito de la moderación es poco duradero. La Restauración, después del Congreso de Viena, que preservó la sociedad europea durante un siglo, sólo ofreció un respiro: Clausewitz lo había comprendido por momentos, en el tiempo de la acción; él también se abandonó a ilusiones. La conscripción, el reclutamiento en masa, el armamento del pueblo, el principio de las nacionalidades con sus equívocos, todos estos fenómenos fluían con un dinamismo revolucionario que un día u otro debía arrastrar a los soberanos de la Europa monárquica y aristocrática. El milagro fue la realización de la unidad alemana y la unidad italiana sin guerra general.

2. *Los discípulos franceses. Foch*

Quien indaga las responsabilidades históricas de Clausewitz en el curso de las operaciones 1914-1918 enfrenta una doble interrogante: ¿qué influencia ejerció en el pensamiento militar de los franceses, y qué influencia ejerció en los alemanes? Digamos, en términos simbólicos, en Foch por una parte, en el conde Schlieffen por la otra.

No conozco ningún estudio conjunto sobre la introducción de Clausewitz en Francia, aunque un historiador norteamericano nos brinda los datos esenciales en

un artículo publicado en 1940.[12] El comandante Lucian Cardot (más tarde general) habría sido el primero en dar conferencias sobre Clausewitz y *Vom Kriege* en la Escuela de Guerra, en 1885. En 1886-1887 apareció una segunda[13] traducción del *Tratado,* realizada por el teniente coronel de Vatry. El futuro mariscal Foch ingresó en la Escuela de Guerra en 1885, el mismo año en que Cardot presentó por primera vez las ideas clausewitzianas a los futuros jefes del ejército francés. El descubrimiento del "dios de la guerra" iba de la mano con el de su profeta. La comparación entre la campaña de 1806 y la de 1870, entre el genio del maestro y el talento del discípulo, se convirtió en tema de moda en historia y crítica militares. Se la encuentra, más o menos elaborada, en los tres escritores militares más conocidos de este período, Georges Gilbert, cuyo *Etude sur Clausewitz*[14] adquirió inmediatamente la reputación de un clásico, el comandante Henri Bonnal[15] (más tarde general), a quien Foch sucede en la Escuela de Guerra, y el comandante Maillard.[16]

Clausewitz, entre 1885 y 1900, contribuyó a la formación de quienes redactaron los planes del estado mayor a principios de siglo y condujeron los ejércitos franceses en 1914. Por cierto, las ideas de la escuela clausewititziana no se propagaron sin suscitar objeciones. H. Camon, por ejemplo, alegó que Clausewitz no había captado la esencial del método napoleónico, esgrimiendo argumentos bastante similares a los de B. H. Liddell Hart. De un modo u otro, conviene ante todo establecer lo que encontraron o creyeron encontrar los franceses en el *Tratado,* leído en una traducción imperfecta[17] y a la luz de un libro alemán.[18] El libro de F. Foch, *Principes de la guerre,* publicado en 1903, reproducía las conferencias de 1900 y nos informa ante todo hasta qué punto los oficiales de la época, incapaces de comprender el pensamiento global del prusiano, terminaron por caricaturizarlo cuando creían captar su esencia.

Foch comienza por plantear la permanencia, el carácter inamovible de las "verdades fundamentales", de los "principios rectores", pese a todos los cambios históricos. En el prefacio de 1911, después de la experiencia de Sudáfrica y Manchuria, escribe aún: "En su conducción, la guerra permanece sometida a las mismas leyes que en el pasado ((. . .)) Las formas evolucionan, los principios rectores subsisten".[19] Y en el anterior prefacio de 1905: *"La ofensiva maniobre-*

[12] "The French Discovery of Clausewitz and Napoleon", por Dallas D. Irving, *Journal of the American Military Institute,* Washington, D.C., IV, 1940.

[13] La primera era la del comandante belga Jean N. Neuens, en 1849-1852. El comentario de De La Barre Duparcq se había publicado poco después de esta primera traducción. Cf. Nota V.

[14] *La Nouvelle Revue,* 1º y 15 de agosto de 1887. Cf. Nota VII.

[15] Este escribió múltiples estudios sobre diferentes batallas y las maniobras que las precedieron. Insiste en particular, antes de Foch, sobre el papel de las vanguardias.

[16] Louis Gonjat, llamado Maillard, *Eléments de guerre,* París, 1891.

[17] Cf. Nota VIII.

[18] El libro de Colmar von der Goltz, *Volk in Waffen,* había sido traducido con el título *La nation armée,* 1884, 3ra. ed. Foch cita varias veces este libro.

[19] Prefacio de 1911, p. xv.

ra se impone finalmente a todas las resistencias; la defensa pasiva no puede evitar la derrota".[20] Es chocante, aunque no sorprendente, que Foch no vea un tercer término entre la *ofensiva maniobrera* y la *defensa pasiva* cuando Clausewitz, que excluía la defensa pasiva por contraria al espíritu mismo de la guerra, consideraba la defensiva intrínsecamente más fuerte que la ofensiva. Los franceses, al igual que los alemanes de la época, pasan por alto el libro VI y las ventajas de la defensiva, tanto política como estratégica o táctica.

F. Foch retoma ideas clausewitzianas sobre el valor de la historia y la enseñanza militar mediante la historia. Clausewitz mismo se atenía a los tres últimos siglos, pero daba razones para ello: la insuficiencia de nuestro saber sobre acontecimientos remotos, en especial sobre la Antigüedad, las transformaciones del instrumento militar, la necesidad de conocer detalladamente las circunstancias de un combate para que el análisis sugiera una lección. Foch aboga por la historia, pero demuestra una curiosa falta de sentido histórico. Cita a favor de sus tesis, de modo totalmente aproximativo, una frase de Jomini ("Lejos de ser una ciencia exacta, la guerra es un drama horrendo y apasionado"), sin parecer consciente de la oposición entre Clausewitz y Jomini, ambos intérpretes de Napoleón, pero con conclusiones divergentes. Recuerda que en 1870 Francia consideraba adversarios a "los espíritus formados por la enseñanza de la historia, los casos concretos, porque después del comienzo del siglo, Scharnhorst, Willisen y Clausewitz habían formado de esa manera al comando del ejército prusiano".[21] Pero él se limita a las guerras napoleónicas y la de 1870. Restringe, pues, la, experiencia histórica a sus dimensiones más estrechas.

¿Por qué? Foch parte de la convicción de que la guerra moderna, para la cual Francia debe prepararse, será nacional y por ende dependerá de la "verdadera teoría, la de la guerra absoluta que Napoleón había enseñado a Europa".[22] Confunde el concepto de guerra absoluta con la realidad de las guerras nacionales y explica estas últimas en términos que no siempre son coherentes. "Sí, una nueva era se había iniciado, la era de las guerras nacionales de ímpetu desenfrenado, pues esas guerras iban a consagrar a la lucha todos los recursos de la nación, dado que iba a fijarse como objetivo no un interés dinástico, no la conquista o posesión de una provincia, sino la defensa o propagación de ideas filosóficas primero, de principios de independencia, unidad, de ventajas materiales de diversas especies a continuación, dado que además podrían en juego el interés a los medios de cada uno de los soldados, y en consecuencia sentimientos, pasiones, o sea elementos de fuerza hasta el momento jamás explotados."[23] Foch retoma una idea clausewitziana, o sea la determinación del carácter propio de una guerra por la coyuntura político-social y, en particular, por un elemento mayor de ésta. ¿Pero dónde están, en 1903, el equivalente de la Revolución y las ideas que destronaron reyes?

[20] Prefacio de 1905, p. xvii.

[21] *Principes de la guerre,* p. 4.

[22] *Ibid.,* p. 23.

[23] *Ibid.,* ps. 28-29.

Curiosamente, el autor da una respuesta inesperada en un conservador, católico, hombre de fe y de puro patriotismo: "La guerra de intereses, cada vez menos *interesante*, cada vez más *interesada.*"[24] Y luego: "Le abrimos nuevos caminos a cañonazos". Nacional, ideológica, comercial,[25] esta guerra, el futuro mariscal no lo pone en duda, no se detendrá hasta que las naciones hayan movilizado todos sus recursos. "Dado que el vencido sólo negocia cuando tiene medios para discutir, hay que contemplar la destrucción de sus medios de discusión."[26] ¿Profecía confirmada por los acontecimientos? Por cierto, pero que contribuyó a su propia realización, *selffulfilling prophecy.* En todo caso, Foch, al igual que C. von der Goltz, no distinguió entre guerra absoluta y guerra real, y aproximó el concepto de guerra absoluta al de guerra total o, si se prefiere, de movilización total de los recursos *con miras a una decisión radical.*

He subrayado *con miras a una decisión radical* porque Foch encara la guerra a ultranza, el choque de masas, no como una lucha prolongada sino, por el contrario, a la luz de 1866 o 1870, como una gran batalla, es decir una batalla única en la cual se jugará de golpe la suerte de la nación. No sólo retoma la fórmula clausewitziana según la cual "sólo los resultados tácticos constituyen ventajas en la guerra. La decisión por las armas es el único juicio de valor, pues sólo ella produce un vencido y un vencedor", sino que estima que "las primeras acciones serán las más decisivas"[27] y postula "que el perfeccionamiento de las armas de fuego es un incremento de fuerzas aportado a la ofensiva, al ataque conducido con inteligencia; la historia lo muestra, el razonamiento lo explica". ¿Cuál es el razonamiento? "Con un fusil que dispara diez balas por minuto, mil defensores disparan diez mil balas en un minuto. Con el mismo fusil, dos mil atacantes disparan veinte mil balas. Ganancia, diez mil balas. Como se ve, la superioridad material de fuego crece rápidamente en beneficio del ataque, con el perfeccionamiento de las armas. Cuánto más crecen, a menudo, el ascendiente, la superioridad moral del atacante sobre el defensor, del aplastante sobre el aplastado."[28]

Jamás, en el curso de estos capítulos iniciales, Foch distingue claramente entre táctica y estrategia, jamás sospecha la dialéctica clausewitziana entre defensa estratégica y ofensiva táctica. Escribe como si en todos los niveles, el de la división, el del ejército, el de los ejércitos, el ataque gozara de la misma superioridad. Las circunstancias explican en parte esta falta de rigor conceptual. Foch sucede a Henri Bonnal, quien enseñaba la conducción de un ejército del imperio, y Bonnal sucedía a Maillard, quien "estudiaba la división y los cuerpos

[24] *Ibid.*, p. 34

[25] Foch escribe (lo cual nos parece poco creíble): "Un país que toma las armas por una idea, un principio, una modificación de tarifas, poco importa la finalidad, es inmaterial", p. 40. Y añade un poco más adelante: "[. . .] que no se confesará vencido sino cuando no pueda o no quiera batirse más, o sea cuando hayamos destruido su ejército material y moralmente".

[26] *Principes de la guerre*, p. 56.

[27] *Ibid.*, p. 5.

[28] *Ibid.*, p. 31.

de ejército, quien teorizaba sobre ellos".[29] Además, aunque distingue aquí y allá entre táctica y estrategia, seguridad táctica y seguridad estratégica, Foch no sospecha en ningún momento que no tiene derecho a invocar a Clausewitz cuando enumera principios bélicos que se aplicarían indiferentemente a la táctica y la estrategia. Enumeración poco sistemática, pues concluye, después de los principios de la economía de fuerzas, de la libertad de acción, de la libre disposición de las fuerzas, de la seguridad,[30] con un "etcétera".

Obsesionado por la concepción del ataque masivo, aplastante, sobre un punto elegido, se interroga sobre el modo de obtener la superioridad *y (o por)* la sorpresa. Continúa los estudios de su predecesor, Henri Bonnal, sobre las vanguardias, y utiliza para ello textos del libro V del *Tratado*, rara vez citados desde entonces. Las referencias a Clausewitz se multiplican a proposito de los jefes militares, de las fuerzas morales y de la acción decisiva. No fueron las legiones romanas las que conquistaron las Galias, fue César. Y Foch añade: "¿No es en esta influencia del mando, en este entusiasmo que él comunica, donde hay que buscar la explicación de estos movimientos inconscientes de la masa humana, *en esos momentos solemnes en que, sin saber por qué, un ejército en el campo de batalla se siente impulsado hacia adelante como si se deslizara en un plano inclinado?*" Cita las famosas palabras de Joseph de Maistre "Una batalla perdida es una batalla que creemos haber perdido", y llega incluso a exaltar el ataque de estas "masas informes", de MacDonald en Wagram, del general d'Erlon en Waterloo, "que son indudablemente la negación de la táctica" y que representan "la brutalidad suprema de esta guerra de choque [*cette guerre à comps d'hommes*] si sólo consideramos su principio".[31]

No juzguemos –sería demasiado fácil– este libro más apasionado que racional, ya juzgado por la historia misma. ¿Pertenece el pensamiento de Foch a la posteridad de Clausewitz? El futuro mariscal ha tomado de la traducción francesa del *Tratado* algunos temas y algunas palabras. Pero suponiendo que sea un alumno de Clausewitz, es un mal alumno. De las dos relaciones entre política y guerra sólo conoce una: la determinación de la naturaleza de la guerra por la coyuntura político-social, y aun así no logra discernir cuál elemento de esta coyuntura condena a los pueblos europeos a una guerra librada hasta las últimas consecuencias. En cuanto a la segunda especie de guerra, la conducción de las operaciones con miras a una paz ventajosa, la ignora por completo. Con más ingenuidad aún que Moltke o sus sucesores, postula que las hostilidades sólo cesan en el instante en que uno de ambos bandos ha perdido la capacidad, material o moral, de combatir.

De las dos formas de guerra, defensiva y ofensiva, sólo conoce una, sin siquiera distinguir los diferentes niveles –político, estratégico, táctico– en los que se despliegan estos movimientos, complementarios o alternados. Clausewitz adjudicaba a la ofensiva una ventaja moral, pero destacaba a continuación las

[29] *Ibid.*, p. 18.

[30] Creo inútil precisar el sentido que da Foch a estos principios, por lo demás extrañamente vagos.

[31] *Ibid.*, p. 277.

múltiples ventajas de la defensiva. Foch las ignora; más aún, pasa por alto las lecciones tácticas de los ataques alemanes en terreno descubierto (como en Gravelotte) y parece aceptar la explicación de la derrota francesa de 1870 que sugiere C. von der Goltz: los franceses habrían perdido el sentido de la ofensiva; la defensiva los habría conducido al desastre. De hecho, la ineptitud, la torpeza, se combinaron con las cargas de coraceros, símbolo del ataque táctico, ciego y absurdo.

Es imposible encontrar en *Principios de la guerra* un método de pensamiento o una conceptualización. Foch invoca el método histórico sin aplicarlo, enumera principios sin demostrarlos, invita a la libertad de espíritu postulando dogmas, admite un solo criterio, la razón, pero exige la disciplina intelectual que asegurará el acuerdo de los espíritus. El conjunto presenta un carácter sincrético más que sintético; algunos de los temas principales provienen de Clausewitz, interpretado por C. von der Goltz; no obstante el vocabulario, *economía de fuerzas, libertad de acción, servicio de seguridad,* pertenece a Foch mismo o proviene de otra fuente. Los capítulos 5, 6 y 7, "Servicio de seguridad", "La vanguardia", "La vanguardia en Nachod", dependen de la táctica antes que de la estrategia, al menos si nos atenemos a la concepción clausewitziana de ambos términos. El lector encuentra incluso en este libro, no sin asombro, ideas sobre "psicología de los pueblos" que circulan de siglo en siglo por la literatura militar. "Tenemos un combatiente, un soldado, indudablemente superior por sus cualidades raciales: actividad, entrenamiento, impresionabilidad, dedicación, sentimiento nacional: es el mameluco opuesto al caballero francés".[32]

He citado el libro de Foch no porque él me parezca el mejor o más típico de los comentaristas franceses de Clausewitz. Por su misma mediocridad revela crudamente las ideas que los oficiales franceses, siguiendo a Lucian Cardot, tomaron del *Tratado.* Las ideas de economía de fuerzas y de seguridad, torpes, equívocas, tienden a resolver los problemas que plantea la doctrina de la ofensiva con miras a la batalla decisiva: cómo lograr la concentración de fuerzas en el campo de batalla o la línea del frente cuando el enemigo se fija también los mismos objetivos, en una época en que el número de combatientes y la potencia de fuego no cesan de aumentar.

De allí esta extraña definición de la economía de fuerzas: "Es el arte de volcar *todos* los recursos en cierto momento en cierto punto; de aplicar a ello todas las fuerzas y, para que sea posible, de hacer que siempre se comuniquen entre sí en vez de dividirlas en compartimientos y afectarlas a un destino fijo e invariable; luego, una vez otenido un resultado, de hacerlas convergir nuevamente para actuar contra una nueva meta única".[33] De un modo u otro, todos los comentaristas franceses de Clausewitz, doctrinario del método napoleónico, se han interrogado sobre el papel de la maniobra en la estrategia del emperador. Tras aislar algunas frases –la marcha recta hacia la meta por la ruta directa, la concentración con miras a la batalla decisiva o la concentración en el campo de batalla con miras al desborde o la penetración–, buscaron medios operacionales

[32] *Principes de la guerre,* p. 266.

[33] *Ibid.,* p. 50.

por los cuales se produce el choque decisivo en condiciones favorables. H. Camon[34] insistió sobre la maniobra en la retaguardia del enemigo, que culmina en una batalla sobre frentes invertidos y transfiere el problema al enemigo, ya medio derrotado antes que el combate se inicie; J. Colin[35] presentaba la manera napoleónica casi en los mismos términos que B. H. Liddell Hart: la meta sigue siendo la batalla decisiva, hacia ella convergen las grandes líneas de la campaña, pero una vez planteado el objetivo, el medio napoleónico por excelencia es la distribución del ejército en vastos espacios, sin que por ello las divisiones cesen de apoyarse unas a otras, de servirse mutuamente como reserva. La guerra de movimiento "extrae todo su valor de los movimientos de dilatación y concentración incesantes de las divisiones".[36] El sistema napoleónico se caracteriza por su ductilidad: "Una disposición tomada jamás compromete el porvenir, jamás disminuye la libertad de acción".[37] El proyecto de mando jamás se detiene de antemano frente a una eventualidad única; "lo que contribuye a mantener al enemigo en el error o la incertidumbre es ((. . .)) esta manera de quitar regularidad a los movimientos".[38]

Por lo tanto es inexacto escribir, como lo hace el general Gambiez, que antes de 1914 Clausewitz es Napoleón y Napoleón, Clausewitz.[39] Ciertos escritores franceses también han reprochado a Clausewitz haber ignorado las maniobras mediante las cuales Napoleón llegaba a la batalla decisiva. Aun quienes no le hacen este reproche no ignoran las preliminares del *acontecimiento*, del ataque que desencadena la decisión. En cuanto a F. Foch, bajo la influencia de su predecesor Henri Bonnal, y también a la luz de la catástrofe de 1870, consagra las más largas exposiciones a las cuestiones de "gran táctica", el papel de las vanguardias para reconocer al enemigo, evaluarlo, garantizar la seguridad del grueso del ejército. Lamentablemente, simplificando las simplificaciones de Clausewitz, Foch llega al simplismo del cual se hace portavoz: "Allí como en otras partes, como en política, la participación de las masas y sus pasiones conduce forzosamente al simplismo".[40]

No es de extrañar que la escuela clausewitziana, Cardot, Gilbert, Foch,[41] aparezca ligada, retrospectivamente, al culto de la ofensiva a ultranza y a los planes de guerra parcialmente responsables de los desastres de 1914. Frente a esta escuela que domina el estado mayor general del ejército (aun si, tal como afirma H. Camon, Clausewitz hacia 1910 había pasado de moda porque se había

[34] Cf. Nota IX.

[35] J. Colin, *Les transformations de la guerre*, París, Flammarion, 1911.

[36] *Ibid.*, p. 215.

[37] *Ibid.*, p. 221.

[38] *Ibid.*, p. 229.

[39] *Historie de la Première Guerre Mondiale*, París, Fayard, 1968, t. I, p. 98. El resumen de la enseñanza de Clausewitz en tres puntos se presta a una crítica fácil.

[40] *Principes de la guerre*, p. 41.

[41] Agreguemos que éste, en función de su modo de pensar, no creía que los alemanes pasarían por Bélgica. *De la conduite de la guerre*, París, Berger Levrault, 1904, ps. 33-34.

redescubierto el secreto del mismo Napoleón), A. Grouard[42] adquiere una dimensión de sabio, cuyas enseñanzas se oponen a la incomprensión de los hombres que mandan. Sus dos libros principales[43] asombran por cierto rigor de pensamiento y por su sensatez.

Mientras los grandes jefes sueñan con una batalla ofensiva y decisiva, él concluye[44] que la ofensiva estratégica es absolutamente impracticable. ¿Por qué? La ofensiva estratégica supone "que estemos preparados primero, que nos creamos notablemente más fuertes, que el ejército tenga una confianza en sí mismo justificada por triunfos anteriores y que podamos elegir una línea de operaciones fácil de seguir". Grouard demuestra sin esfuerzo que ninguna de estas condiciones está dada.

El libro, publicado en 1913, concluía con prescripciones que, a diferencia de tantas otras, resistieron la prueba de la historia: la guerra debe ser política y militarmente defensiva; políticamente porque sólo con esa condición podemos contar con la intervención de nuestros aliados; militarmente porque nos obligan a ello los factores respectivos de la movilización de los ejércitos presentes y también la naturaleza de los terrenos que lindan con la frontera. Del hecho de que la guerra deba ser defensiva no hay que concluir que la resistencia deba ser pasiva; al contrario, debe ser resueltamente activa. Luego aconsejaba no alejarse demasiado del territorio nacional, no comprometerse a fondo en las dos puntas, Ardenas y Vosgos, no concentrar inmediatamente las fuerzas francesas.

Un admirador de Clausewitz responderá que un lector inteligente del *Tratado* habría llegado a las mismas conclusiones que Jaurès[45] justificaba mediante los textos del libro VI concepciones análogas. Lo cierto es que Antoine Grouard, el más razonable de los estrategas franceses antes de 1914, tenía sobre Clausewitz el mismo juicio que Jomini. En este caso particular, la prudencia del suizo fue mejor consejera que la audacia del prusiano.

3. Schlieffen: el nuevo dogmatismo

En Francia, después de 1918, Clausewitz figuraba (o podía figurar) en el banquillo de los acusados: ¿no se atribuyó a su influencia el culto de la ofensiva, el triunfo de los jóvenes reformadores que en 1911 condujo a la renuncia del general Michel, a la nominación del general Joffre y a los errores del alto mando en las primeras semanas de la guerra? En Alemania, Clausewitz desempeñaba más bien el papel de fiscal; más precisamente, desempeñaba el papel de fiscal en el proceso centrado sobre las relaciones entre política y estrategia, entre poder del Estado y del estado mayor general; en el otro proceso, el del plan Schlieffen, el de Falkenhayn, el de Ludendorff, los dos bandos invocaban su testimonio.

[42] B. H. Liddell Hart reconoce acertadamente los méritos de Grouard en un artículo titulado *French Military Ideas Before the First World War,* en una obra de misceláneas dedicada a A. J. B. Taylor, *A Century of Conflict, 1850-1950,* Londres, Hamisch Hamilton, 1966.

[43] *Stratégie, objet-enseignement-tactique,* París, L. Baudoin, 1895, y *La guerre éventuelle,* París, Chapelot, 1913. Escribió otros libros, en particular contra el papel atribuido a las plazas fuertes grandes.

[44] *La guerre éventualle,* p. 73.

[45] Cf. Nota X.

No tiene caso analizar detalladamente la vasta literatura consagrada a estos dos procesos. Yo quisiera destacar la significación histórica que adquirieron de pronto, en el siglo XX, los conceptos y las distinciones del *Tratado*. En 1870, Bismarck, gracias a las victorias militares de Moltke, había alcanzado los fines políticos que se había fijado mediante una guerra, local en relación con el conjunto del sistema de Estados. En 1914 la guerra se generalizó, y el Reich, de victoria en victoria, se precipitó a la catástrofe final. ¿Quién tuvo la culpa? ¿La política o la estrategia? ¿Los ministros o los generales? ¿Clausewitz o Schlieffen? ¿Falkenhayn o Ludendorff?

En un primer punto, la crítica alemana podía y debía invocar la autoridad de Clausewitz contra los dirigentes del Segundo Reich: éstos no respetaron ni antes ni durante las hostilidades el principio de la subordinación de los jefes militares al poder del Estado, en el sentido en que lo entendía Clausewitz, quien consideraba absurda la idea de preparar un plan de guerra en función de consideraciones estrictamente militares Los historiadores lo han establecido hoy día sin dejar lugar a dudas: el plan Schlieffen fue conocido por los cancilleres, tal vez ignorado por el gran almirante Tirpitz, pero jamás fue discutido en común por las diferentes autoridades, civiles y militares, mientras que los planes del estado mayor general francés eran estudiados en el Consejo Superior de Guerra, presidido por el presidente del Consejo.

Los alemanes insistieron más en los defectos de las instituciones wilhelmianas en la medida en que la ausencia de una dirección única volvía más improbable la tesis aliada de una voluntad resuelta de guerra o conquista. Lo cierto es que el canciller jamás discutió con el conde Schlieffen y su sucesor, el joven Moltke (sobrino del vencedor de Sedán), las consecuencias políticas del plan adoptado, que implicaba la violación de la neutralidad belga y volvía casi segura la intervención inmediata de Gran Bretaña. El ministro de Guerra[46] no ejercía ninguna autoridad real sobre el gran estado mayor y el responsable del programa de construcciones navales pudo pretender más tarde que desconocía el plan Schlieffen. En todo caso pareciera que los jefes de la flota y los jefes del ejército jamás habían reflexionado de antemano sobre la conducción general de las operaciones terrestres y marítimas.[47]

G. Ritter demostró de manera convincente que el conde Schlieffen, pese a las leyendas, no propició la guerra en 1905, durante la crisis marroquí, ni faltó a la disciplina con respecto a los sucesivos cancilleres de 1890 a 1905. Jamás les ocultó sus proyectos, pero el canciller juzgaba inconcebible la intervención de los civiles en los asuntos militares. Bethmann-Hollweg no conocía detalladamente el plan que se aplicó en 1914, e ignoraba especialmente ciertos pormenores, como la toma de Lieja por un golpe de mano, en el tercer día de la movilización, proyecto que habían concebido Moltke y Ludendorff y que éste debía ejecutar personalmente.[48] El estado mayor alemán sólo había preparado un plan de

[46] Cf. G. Ritter, *Staatshunst und Kriegshandwerk*, t. II, Munich, R. Oldenburg, 1960, ps. 152-153.

[47] G. Ritter, *op. cit.*, p. 338 y nota de p. 386.

[48] *Ibid.*, p. 332.

guerra contra la coalición franco-ruso; obligó al canciller a precipitar el desencadenamiento de las hostilidades; las tropas alemanas invadieron Luxemburgo aun antes de enviar el ultimátum a Bélgica; el ultimátum a Francia, con la exigencia de la entrega de Toul y Verdún como prenda de la neutralidad francesa, hizo aparecer a Alemania como el país agresor. En 1870, Bismarck, que había deseado la guerra, había descargado la aparente responsabilidad sobre Francia. En 1914 –sin que retomemos una vez más la querella de las "responsabilidades"– la improvisación diplomática, resultado de la ausencia de una coordinación anterior entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el estado mayor general, reforzó la convicción del pueblo francés de que se defendía contra una agresión y volcó buena parte de las opiniones neutrales contra los imperios centrales.

Esta condenación clausewitziana del plan de guerra trazado sólo por los generales, sin consideración del conjunto, se asumió, por así decirlo, inmediatamente, y no plantea ningún problema histórico. No ocurre lo mismo con el plan Schlieffen, sus oportunidades de éxito y la conducción de la guerra. ¿Ese plan también representaba una aplicación de la teoría clausewitziana de la "guerra absoluta"? ¿Esta teoría inspiró a Schlieffen y al hombre que dirigió la ejecución, H. von Moltke, y luego a sus sucesores, Falkenhayn y Hindenburg-Ludendorff?

Un primer hecho, conocido por los especialistas y no por el gran público, merece ser destacado. El viejo Moltke, después de 1870-1871, convencido de que la guerra eventual se libraría en dos frentes, ya no contemplaba la victoria relámpago ni la victoria total. En su último discurso en el Reichstag, en mayo de 1890, expresaba dudas sobre la posibilidad de aplastar totalmente a uno de los bandos si las grandes potencias europeas, con sus reservas humanas y sus armamentos, se lanzaban a la lucha: "Esta podría transformarse en una guerra de siete años, en una guerra de treinta años". La profecía se cumplió.[49] El mariscal Moltke, pese a la rapidez de los triunfos obtenidos sobre los ejércitos de Napoleón III, tenía presente la segunda fase de la guerra, los peligros corridos por las tropas alemanas, más aún que los peligros que habría creado una generalización de la guerra popular. "Alemania no debe creer que se librará de un adversario mediante una campaña rápida y feliz en el Oeste para volverse enseguida contra el otro adversario."[50] G. Ritter, que ve en el conde Schlieffen el mal genio de Alemania, se esfuerza por cierto en ampliar en la medida de lo posible la distancia entre las doctrinas de la época bismarckiana y las doctrinas de la época siguiente. A mi entender demostró un punto central de su tesis. Ni Bismarck ni Moltke contaban con una victoria militar total *(Niederwerfung)* contra la coalición franco-rusa; el mariscal pensaba en una conducción defensiva de las operaciones en el Oeste y en ofensivas en el Este (que desde luego r

[49] Citado por G. Ritter, *Staatskunst,* t. II, p. 244. En 1887 Moltke había previsto una batalla decisiva en Lorena.

[50] Citado por G. Ritter, II, p. 244. Cf. también G. Ritter, t. I, el capítulo sobre la actitud política de Moltke, ps. 262-302, en particular las veleidades de guerra preventiva, ps. 288-289.

implicaban la conquista de las inmensidades rusas). Por último el mariscal no veía incompatibilidad entre la sociedad industrial moderna y una guerra prolongada. Sin embargo, si nos atenemos a sus escritos, especialmente en el célebre artículo *Der Krieg in der Gegenwart* ("La guerra en nuestra época"),[51] Schlieffen no creía en la posibilidad de guerras prolongadas. "Tales guerras son imposibles en una época en que la existencia de la nación se funda sobre la continuación ininterrumpida del comercio y la industria ((. . .)) Una estrategia de desgaste *(Ermattungsstrategie)* queda excluida cuando el mantenimiento de millones de hombres exige millares."[52]

Aun así, no olvidemos que este artículo se escribió y publicó *después* del retiro del gran jefe del estado mayor y que el historiador vacila entre dos interpretaciones: ¿racionalización o razón de un plan estratégico? El conde Schlieffen describe la situación de Europa con las tintas más negras, muestra a Alemania cercada por la envidia y la hostilidad de las otras potencias; el recurso a las armas se transforma, en sus escritos, en la continuación de la guerra franco-alemana. Al mismo tiempo recalca atinadamente que Inglaterra no puede "aniquilar el comercio alemán sin perjudicar grandemente el suyo". Los intereses de Inglaterra le obligan a mantener con vida a su detestado competidor, que es al mismo tiempo su mejor cliente. Este juicio, que el futuro debía confirmar, no lo incita a dudar de la voluntad de guerra de Inglaterra o a interrogarse sobre una hostilidad que las razones económicas no vuelven inteligible.[53]

En realidad, aun en este artículo de 1909, se discierne el origen del plan de ataque a través de Bélgica, la manera de pensar, esencialmente militar, que buscaba en este plan la única solución posible al problema planteado. La guerra de mañana será librada por ejércitos de millones de hombres sin que Alemania posea la superioridad de los armamentos, como en 1866, o la del número, como en 1870. Alemania alista anualmente 250.000 reclutas sobre una población de 62.000.000 de hombres; Francia alista 220.000 sobre una población de 40.000.000. Del aumento de los efectivos, de la mayor potencia de fuego, Schlieffen deducía atinadamente una inevitable ampliación del frente. Los cambios tácticos, la imposibilidad del orden cerrado, del ataque en columnas, la progresión del infante individual que se vale de toda clase de protección, exigían, para ejércitos del mismo volumen que los de Königgrätz, un espacio cuatro veces mayor. Si se añade la tesis, meditada por Schlieffen, de que las fortificaciones francesas volvían inexpugnable la frontera del Este, la violación de la neutralidad belga resulta de una doble necesidad militar: ampliar el frente, sortear las fortificaciones.

Nadie podría evitar ese razonamiento, pero *con una condición:* fijarse el objetivo militar de una victoria total sobre la coalición franco-ruso-inglesa; o, por emplear otra fórmula, contemplar fines políticos que sólo podrían alcanzarse

[51] El artículo apareció en 1909 en la *Deutsche Revue,* enero de 1909. Está reproducido en el tomo I de los *Gesammelte Schriften,* Berlín, L. S. Mittler, 1913.

[52] *Gesammelte Schriften,* t. I, p. 17 y ss.

[53] La confusión de espíritu del conde Schlieffen, en este sentido, se parece a la del mariscal Foch.

mediante el abatimiento de los Estados enemigos. H. Delbrück, como hemos indicado en el primer libro de esta obra,[54] comparaba la estrategia de Pericles con la de Federico II para sugerir la finalidad que Alemania debería fijar a la conducción de una guerra contra una coalición de potencias terrestres, animada por la potencia insular: desalentar la voluntad de victoria de la coalición enemiga sin buscar una victoria decisiva. G. Ritter, que escribe después de dos tentativas vanas del Segundo y el Tercer Reich por obtener una victoria militar total, se esfuerza por demostrar que el plan Schlieffen, origen y símbolo de esta tentativa, no surgió de una ambición de conquista, de un *Griff nach der Weltmacht,* sino de la separación, de antemano denunciada por Clausewitz, entre pensamiento militar y pensamiento político. ¿Hay que atribuir, en cambio, a la influencia maléfica de Clausewitz la doctrina militar de Schlieffen? Por cierto, los marcos conceptuales provienen en buena medida del *Tratado.* Pero se imponen porque responden a la naturaleza misma de la guerra en cuanto tal. La distinción entre la simple victoria y la victoria de aniquilación, la destrucción de las fuerzas armadas como objetivo prioritario de un ataque, la importancia del número en caso de igualdad aproximada de los armamentos y las organizaciones, todas estas ideas, obvias y lamentablemente ciertas en el caso de las potencias continentales,[55] dominaban la reflexión de los escritores y jefes militares, tanto de un bando como del otro.

Pese a todo, la lectura de los dos volúmenes donde están reunidos los *Gesammelte Schriften* del conde Schlieffen desalienta toda comparación con Clausewitz. Fuera del artículo antes citado y de varias alocuciones, estos volúmenes contienen ante todo estudios históricos, la mayoría redactados después del abandono del servicio activo, y del valor mediocre.[56] Extraordinario técnico de las operaciones, el conde Schlieffen no conservó un ápice del espíritu filosófico, de la tendencia a la meditación, de la inteligencia política del autor del *Tratado.* ¿Schlieffen es a Clausewitz lo que Lenin a Marx? El técnico sucede al filósofo, trátese de la guerra o la revolución. Comparación probablemente riesgosa. Moltke el viejo había utilizado medios modernos de movimiento (ferrocarriles) y de fuego (artillería) para alcanzar, en los campos de batalla, victorias de aniquilación: un ejército francés cercado en Sedán y el otro encerrado en Metz. La forma geométrica de las maniobras, que el mismo Clausewitz juzgaba peligrosa, condujo al triunfo gracias a la ineptitud del mando francés y a la superioridad numérica. Schlieffen, a diferencia de Clausewitz, estuvo obsesionado toda su vida por la geometría de las operaciones, probablemente porque quería evitar, en la época de los ejércitos masivos y la potencia de fuego, el choque directo que acarrearía pérdidas considerables sin resultado

[54] Cf. el capítulo III del Libro I.

[55] Para Inglaterra, a salvo de la invasión, las cosas eran por cierto muy diferentes.

[56] Al margen del artículo *Krieg in der Gegenwart,* se leen con interés ensayos cortos –*Über die Millionenheere,* "Sobre los ejércitos de millones de hombres"; *Der Feldherr,* "El jefe del ejército"–, estudios militares –*Cannas, Aníbal*–, y análisis de las campañas napoleónicas. El resto, cartas o alocuciones, revela ante todo la personalidad del hombre. Para el historiador militar lo más importante son desde luego las memorias e instrucciones del jefe de estado mayor entre 1890 y 1905.

decisivo. Terminó por erigir en principio supremo el rodeo del ejército enemigo logrado mediante la retirada del centro hacia el embudo que las dos alas, replegándose, cierran sobre las tropas enemigas condenadas a la muerte o el cautiverio. Schlieffen admite que una Cannas integral[57] es rara, pues supone un Terencio Varrón por una parte y un Aníbal por la otra.[58] Sin embargo estudia las campañas del siglo pasado a la luz de este principio único. Leuthen se reduce, en su opinión, a una Cannas tronchada. El gran Napoleón muere en 1807.[59] Ha creado los ejércitos de los tiempos modernos, ha querido conducir 200.000 hombres como antes se conducían 75.000, dominar los frentes ampliados a partir de un solo punto. "Ello no es posible. Se ve reducido a oponer masa contra masa, lo doble contra lo simple, dos contra uno."[60]

Schlieffen aborda, pues, la investigación sistemática del desborde o el envolvimiento, el ataque a los flancos y la retaguardia del enemigo y, por otra parte, llega a una concepción tecnocrática, por así decirlo, del jefe militar: ya no se trata de aplicar el principio "atacamos y después vemos". Hay que planificar de antemano la movilización, la concentración, el despliegue, el avance de las tropas. "El jefe militar del porvenir no debería prever el uso de sus reservas con varias horas sino con varios días de antelación."[61]

En la tradición clausewitziana, Schlieffen endiosa al jefe del ejército y su papel. Alejado del campo de batalla, en su despacho, frente a sus mapas, en comunicación distante con sus jefes militares, domina las masas de hombres y materiales porque ha pensado, organizado de antemano no sólo los lugares y las horas de la concentración inicial sino las etapas sucesivas de la ejecución del plan. La estrategia ya no es, según la fórmula de Moltke el viejo, "un sistema de expedientes", sino, en la era de la ciencia, la cristalización de una idea y el fruto de una organización.

G. Ritter publicó, en su libro de 1956,[62] por primera vez, el texto exacto y completo del informe enviado a su sucesor, las diversas versiones y correcciones, así como el informe final de 1911, donde el viejo mariscal, en vísperas de su muerte, ampliaba aún más el campo de operaciones y recomendaba violar la neutralidad holandesa al mismo tiempo que la neutralidad belga. El historiador alemán concluye que las posibilidades de triunfo, a falta de medios necesarios, eran escasas y los inconvenientes políticos cuando menos considerables.[63] Pese a las circunstancias favorables (el triunfo de la agresión contra Lieja, los errores del

[57] Cuya descripción tomó probablemente del mismo Delbrück.

[58] *Gesammelte Schriften,* t. I, p. 265.

[59] *Ibid.,* t. I, p. 71. El Napoleón de 1805-1807 ya no era reconocible en 1815, t. II, p. 380 y ss.

[60] *Ibid.,* t. II, p. 383.

[61] *Gesammelte Schriften,* t. II, p. 381.

[62] *Der Schlieffens Plan, Kritik eines Mythos,* Munich, R. Oldenburg, 1956, Cf. Nota XI.

[63] Hay que remitir al plan Schlieffen la idea, propagada en el exterior, del gran estado mayor alemán como una organización criminal (lo cual declaró el tribunal de Nuremberg).

mando francés), la derrota del Marne tiende a confirmar el juicio al cual llegan hoy la mayoría de los críticos.

Inmediatamente después de la guerra, muchos críticos atribuyeron sólo a Moltke el joven la responsabilidad del fracaso. Este[64] admitió el error cometido al retirar dos cuerpos de ejército, antes de la batalla del Marne, para reforzar el frente oriental. Cuando esas tropas llegaron, la situación ya estaba decidida por la victoria de Tannenberg. Por el contrario, el del frente de Lorena, en relación con la distribución de fuerzas prevista por Schlieffen, fue decidido por Moltke, de acuerdo con Ludendorff, y la masa de maniobra sobre el ala derecha se redujo en importancia relativa, no en volumen absoluto. Los medios de avituallamiento tal vez no permitieron reforzarla más.[65]

¿A qué conclusión conducen estas breves observaciones, en lo que hace a nuestro problema, la influencia de Clausewitz en la conducción de la guerra en 1914? Curiosamente, es en el bando francés donde se revela en rigor la influencia del *Tratado,* mal comprendido. La lectura del libro VI conducía lógicamente a una estrategia defensiva. En el bando alemán, Schlieffen quiso resolver el doble problema que le planteaban los ejércitos de millones de hombres y la frontera fortificada de Francia. A partir de las hipótesis corrientemente admitidas en la época (la solidez de la línea defensiva francesa en los Vosgos y Lorena) y la voluntad de una victoria total en pocas semanas, la maniobra contemplada por Schlieffen se vuelve inteligible, e incluso resulta la única posibilidad: concentrar en el ala derecha una enorme masa que, atravesando Bélgica, empuje a las tropas francesas y las recluya finalmente en las fortificaciones del este; la totalidad del ejército francés sería destruido en una sola batalla de envolvimiento. La maniobra no reprodujo exactamente el modelo de Cannas porque el envolvimiento resultó de movimientos de una sola ala; pero habría alcanzado un resultado equivalente. La experiencia ha demostrado que el triunfo total era improbable. pues pese a los errores del mando francés el ataque se debilitó progresivamente y el punto culminante de la victoria se alcanzó sobre el Marne, mucho antes que el ala giratoria del ejército alemán pudiera rodear París por el oeste. Agreguemos que la derrota del Marne dejó pese a todo a la Wehrmacht en posesión de una parte del territorio francés, en el cual se desarrollaron hasta el final las operaciones. Derrota en relación con los objetivos, pero no desastre.[66]

¿La solución dada por el conde Schlieffen a ese problema, algunos de cuyos elementos desde luego escapaban a Clausewitz, se atiene al espíritu del *Trat*

[64] Moltke el joven no merecía el aprobio a que lo sometió W. Groenner, por ejemplo (*Feldherr wider Willen,* Berlín, 1930), pero tenía nervios frágiles y una salud vacilante; una cita de Clausewitz aclara el problema. El jefe militar mide, por la confianza que pone en sí mismo, el riesgo que debe correr: "Si la teoría aconseja algo, es conforme con la naturaleza de la guerra que su consejo favorezca la acción más decisiva, luego la más audaz; pero la teoría deja la elección al jefe, según la medida de su propio coraje, de su espíritu emprendedor, de su confianza en sí", *Principios de la enseñanza,* I, 3, p. 780 (1048-1049).

[65] Cf. Nota XII.

[66] Cf. Nota XIII.

do? La pregunta, implícita en muchas obras,[67] no se puede responder categóricamente. El pensamiento del conde Schlieffen es simple, pobre, dogmático, aunque el plan al cual dio su nombre manifieste una especie de genialidad. Pero quien dirigió los destinos del ejército alemán entre 1890 y 1905 pensaba como hombre de *operaciones*, no como *estratega* en el sentido de Clausewitz. En el *Tratado*, la destrucción de los ejércitos enemigos constituye el fin natural de la guerra en cuanto prueba de fuerza, pero la destrucción de estos ejércitos en una batalla única y decisiva no constituye sino un caso límite; la estrategia ofensiva, la que conduce directamente a la meta, exige la superioridad de fuerzas porque la defensiva goza de varias ventajas y el ataque en país enemigo se desgasta por sí mismo. El viejo Moltke, que se consideraba discípulo de Clausewitz y probablemente lo era más que Schlieffen, no concebía, después de 1870, el "knock-out" simultáneo de Francia y Rusia.

En lo que concierne a la forma de maniobra elegida, Clausewitz no condena ni justifica al conde Schlieffen (tampoco, por lo demás, Moltke el viejo). El *Tratado* denomina *ley natural del combate* al envolvimiento del enemigo, el esfuerzo para atacarlo por varios lados a la vez. Esta ley táctica se traslada al nivel estratégico: para que una batalla arroje resultados decisivos, es necesario que se libre en frentes invertidos, que las líneas de retirada del enemigo estén cortadas o que el desborde o la ruptura del frente provoque la disgregación del ejército rival. A la inversa de Schlieffen, Clausewitz rechaza todo dogmatismo de cualquier índole, aunque en función de las circunstancias de su época haya preferido las operaciones sobre líneas interiores (la lección de Jomini) y considerado peligroso un plan como el de Federico II en 1757 (concentración en el campo de batalla de ejércitos procedentes de diferentes direcciones y separados unos de otros). Pero según él no existe una regla que se imponga en todas las circunstancias: con tal superioridad de fuerzas, frente a un comando tan incapaz, Moltke el viejo podía correr los riesgos que un Napoleón I habría pagado caros. También Federico II, cuando tenía frente a él a un Daun.

Operador y técnico de ejércitos masivos, el conde Schlieffen recibe el legado de las guerras de la Revolución Francesa y la unidad alemana, los ejércitos engrosados por el servicio militar obligatorio (después de 1870, Francia imita a Alemania), equipados por la industria. Clausewitz había previsto que a partir de entonces las guerras serían cosa de la nación entera sin resolver el otro interrogante: ¿las guerras nacionales se aproximarían todas a la forma absoluta?

Pero Foch había resuelto este interrogante al mismo tiempo que el conde Schlieffen y en el mismo sentido que él. En ambos bandos, los jefes militares imaginaban una lucha a muerte a la cual sólo pondría fin una decisión militarmente radical. Los políticos emitieron implícitamente el mismo juicio sobre la naturaleza de la guerra. Desde el primer día adoptaron la fórmula no clausewitziana: una sola meta, la victoria. Este ascenso a los extremos confirmaba de los temores o las previsiones de Clausewitz más que sus enseñanzas.

[67] Por ejemplo el libro de Wallach, *Das Dogma der Vernichtungsschlacht. Die Lehren von Clausewitz und Schieffen und ihre Wirkungen in zwei Weltkriegen*, Francfort, Bernard & Graefe, 1967.

Dos categorías de hombres fueron la excepción: en un bando un historiador como Delbrück, quien, a la luz de Pericles y la distinción de las dos especies de guerra (según la *Advertencia de 1827*), fiel a las lecciones de Bismarck y de Moltke el viejo, se declaraba a favor de una estrategia defensiva y objetivos bélicos limitados; en otras palabras, la política que había adoptado el Reich hasta el ascenso de Schlieffen al puesto supremo; en el otro, un militar como Emyle Mayer, camarada de F. Foch en el Politécnico, auguraba los estragos de una guerra llevada hasta el límite en la época de la democracia y la industria.

4. Delbrück, Falkenhayn, Ludendorff

Sabemos que Clausewitz rehusaba distinguir conceptualmente entre *política, conducción de la guerra, estrategia.* Esta negativa derivaba de una distinción simple: o bien utilizamos las fuerzas armadas y permanecemos en el dominio de la táctica, o bien utilizamos los combates o sus resultados y nos situamos en el dominio de la estrategia. En el origen de toda estrategia figura, teóricamente, el juicio emitido por el jefe de Estado o del gabinete sobre la naturaleza de la guerra; de este juicio derivan el plan de guerra, luego los planes de campaña, revisados en función del desarrollo de las hostilidades.

Los jefes de Estado europeos no formularon un juicio explícito sobre la naturaleza de la guerra. Algunos, los más lúcidos, sintieron la angustia que despierta la entrada en un mundo desconocido, el riesgo de una aventura trágica. Dieron la palabra y dejaron la responsabilidad a los jefes de estado mayor. ¿Estos habrían podido, en uno y otro bando, pensar en agosto de 1914 de un modo diferente del que pensaron?

Veamos el bando de Alemania: ésta desempeñó, de 1914 a 1945, el papel de Francia en la época de Clausewitz. Estado perturbador, fueran cuáles fuesen las intenciones de sus dirigentes, pues en caso de victoria su hegemonía, o al menos su preeminencia en el continente, se transformaba en dominación imperial. Nada obligaba a ninguno de los principales beligerantes a fijarse como objetivo una victoria militarmente total y una paz dictada. Originalmente, los aliados no contemplaban la disolución de la monarquía dualista, ni siquiera la reconstitución de Polonia dentro de las fronteras trazadas en 1919. Ni Francia ni el Reino Unido tenían necesidad de colonias suplementarias. ¿Por qué, pese a todo, la tesis que H. Delbrück no cesó de sostener, discretamente al principio, con un ardor infatigable después de la catástrofe, no infunde convicción?

Por cierto, en vez de atacar con el grueso de las fuerzas alemanas en el Oeste para obtener un triunfo decisivo y volverse inmediatamente contra el Este, los gobernantes del Segundo Reich habrían podido concebir una estrategia opuesta: asestar primero los golpes más duros a Rusia, manteniéndose a la defensiva en el Oeste.[68] No era preciso lanzarse a una campaña comparable a la de Napoleón o Hitler y perderse en las honduras del espacio ruso. Los ejércitos del zar combatieron en las fronteras, de acuerdo con los pactos de estado mayor firmados con Francia. El triunfo de los ejércitos alemanes en el Este, la

[68] La estrategia encarada por Bismarck y Moltke antes de 1890.

prolongación del conflicto, provocaron el hundimiento del régimen zarista. Con fuerzas superiores, los triunfos habrían sido mayores sin que el ejército alemán, a la defensiva en el Oeste, sufriera amenazas. No tiene importancia continuar la reconstrucción de esta historia que no ocurrió, pero que resulta concebido. Que el gran estado mayor haya optado por el avance ofensivo en el Oeste, que casi todos los comentaristas hayan aprobado esta elección, no impide analizar las consecuencias plausibles de otra decisión. El método no difiere en su naturaleza del de Clausewitz cuando compara la circunvalación con el levantamiento del sitio de Mantua.

Los partidarios prospectivos o retrospectivos de la defensiva en el Oeste y la ofensiva en el Este se inspiraban en otra apreciación de la guerra. Releían, a la luz de Delbrück, no el relato de la batalla de Cannas, sino el relato de la guerra del Peloponeso. Recomendaban la estrategia de Pericles, o mejor dicho la que Tucídides atribuye a Pericles, para achacar la responsabilidad de la derrota a los demagogos, al partido popular, incapaces de limitar las ambiciones y las empresas de la ciudad democrática.

La concepción que Delbrück pretendía inferir de la *Advertencia de 1827* adolecía, como hemos visto, de equívocos que, por otra parte, constan en la obra del mismo Clausewitz. Las dos especies de guerra se oponen esencialmente por la modalidad del retorno a la paz, paz *dictada* después de una victoria *decisiva,* paz *negociada* sin que ninguno de los beligerantes haya sido *abatido.* Esta distinción transhistórica se mezcló con las maneras de conducir las hostilidades, acciones maniobreras al estilo de los ejércitos profesionales, comparables con las de las flotas, o busca de la batalla. Por último, la estrategia de Federico según los autores antiDelbrück y según el mismo Delbrück se diferenciaba de la estrategia de Napoleón tanto por razones materiales (el ejército profesional, el costo de los soldados, los efectivos débiles, la conexión con los depósitos) como por motivos políticos (guerra de gabinete sin participación popular).

¿Por qué milagro el estado mayor alemán, aun si hubiera tomado en serio a un profesor, habría reconocido en 1914 alguna de las circunstancias que justificaban la estrategia de Federico? Habría sido necesario que el mismo Delbrück presentara la oposición paz impuesta-paz negociada como válida en todas las épocas, sea cual fuere el instrumento militar. El ejemplo de la guerra del Peloponeso guiaba al espíritu por la buena senda.

Suponiendo que los generales alemanes hubieran admitido que los imperios centrales poseían medios suficientes para evitar la derrota, pero no para imponer una paz *auf Gnade und Ungnade,* aun era preciso que las circunstancias históricas permitieran semejante estrategia. Tucídides exalta la lucidez de Pericles, pero no cesa de oponer a los consejos de la razón el dinamismo de las pasiones. Muestra en última instancia por qué y cómo, involucradas todas en un conflicto global, las ciudades no se detienen hasta que uno de los bandos, agotado o abatido, pide misericordia, pese a los sabios que recuerdan, impotentes, que una cultura común une a los enemigos enfrentados.

Lo que ocurrió en el siglo V antes de Cristo nos recuerda más el determinismo ciego de la catástrofe que la soberanía del entendimiento. Más aún, la política en la cual se incluyen y trazan los lineamientos de la guerra, la

que preside la violencia de la lucha, el volumen de los recursos movilizados, según el mismo Clausewitz, ¿no conducía en 1914 a la guerra de la primera especie, a la que va hasta el límite, la que constituye una totalidad cuyo resultado sólo se decide en la última batalla? Por cierto, Servia no justificaba una guerra general. Pero una vez desencadenada, la postura aumentó hasta volverse inmensa e indeterminada, inmensa por indeterminada. Por lo demás, si la desmesura del conflicto no se explica por lo que estaba en juego, queda otra explicación, también clausewitziana. A veces las pasiones populares se desbocan y la inteligencia política sólo atina a encauzarlas penosamente. En 1914, en la Europa burguesa y presuntamente pacificada, preocupada por su bienestar, el entusiasmo patriótico exaltó a los pueblos y los arrojó a las fronteras y la muerte en un impulso unánime, menoscabado paulatinamente por las crueldades absurdas de la guerra de posición y de material.

Ninguna de estas explicaciones clausewitzianas de lo que ocurrió impide pensar lo que habría podido ocurrir. La política-realidad crea la situación, la política-inteligencia del Estado conserva un margen de libertad. Las modalidades técnicas del combate –frentes fijos, trincheras, alud de fuego, miles de muertos por escasos kilómetros de terreno– dieron a la noción de *Ermattungsstrategie*, estrategia de desgaste, un sentido muy alejado del de Delbrück. Ya no era una estrategia tendiente a fatigar al adversario con el fin de obligarlo a una paz negociada sino, por el contrario, una estrategia tendiente a dictar una paz victoriosa gracias al agotamiento total de los recursos del enemigo. De los tres hombres que se sucedieron en el mando del gran estado mayor alemán, sólo uno concibió vagamente una estrategia que tendía únicamente a quitar al enemigo los medios para vencer a Alemania. Delbrück no se equivocó al reservar su indulgencia para Falkenhayn y su severidad para Ludendorff, a diferencia de Liddell Hart, que juzga como militar y pronuncia juicios opuestos.[69]

Tal vez Falkenhayn estaba en lo cierto al restringir su objetivo a la aniquilación de la voluntad positiva del enemigo. El medio elegido –la ofensiva de Verdún– se convirtió en símbolo de una idea (o no-idea) estratégica, desechada luego por su ejecución y su fracaso. Sabemos que el mando supremo, en su célebre informe de diciembre de 1915, partía de una tesis contraria a la que fundamentaba el plan inicial de 1914. Renunciaba no sólo a la maniobra, sino a la penetración, que le parecía imposible en el frente occidental. ¿Qué hacer contra un adversario bien armado, resuelto, tanto o más numeroso que el atacante? Infligir a este enemigo pérdidas tales que pierda la esperanza de vencer y se resigne a negociar. En este sentido, la intención se parece a la de muchos otros estrategas. El mismo Clausewitz, aunque considera la destrucción de las fuerzas enemigas el objetivo natural de la batalla, no ignora los otros objetivos posibles, por ejemplo el simple debilitamiento. Lo que aún hoy parece horrible o escandaloso para los escritores militares es que un general en jefe haya lanzado una ofensiva de esta importancia con el solo propósito de "sangrar" *(ausbluten)* al ejército francés; en otras palabras, que haya confesado que el arte de la guerra ya no existía y era reemplazado por la mera matanza recíproca. Tanto la penetración como el envolvimien-

[69] Liddell Hart separa estrategia y conducción política de la guerra. Cf. Nota XIV.

to, los dos medios clásicos de la gran táctica, dejaron de existir como objetivos. La meta consiste en hacer pasar por la "picadora de carne" al mayor número posible de divisiones francesas; poco importa el terreno ganado o perdido, pues la única definición de la victoria o la derrota es la relación entre las pérdidas respectivas de ambos ejércitos. Falkenhayn preveía la réplica del mando francés; aunque la toma de Verdún le era indiferente, juzgaba que la fortaleza tenía para los franceses tanto valor simbólico que lanzarían todas sus fuerzas a la batalla para salvarla. "Encuentro limitado en hombres, encuentro considerable en material, ataque contra un punto para cuya defensa Francia está constreñida a comprometer hasta el último soldado; el conjunto de todo ello equivale a una batalla de sangría."[70]

Este plan, si la palabra es aplicable en este caso, fracasó por la simple razón de que las bajas alemanas fueron apenas inferiores a las bajas francesas.[71] La derrota misma resultó de múltiples causas, y pareciera que entre ellas la principal es la ignorancia en que el mando supremo mantuvo a sus subordinados con respecto a los verdaderos objetivos. Hizo o dejó creer que Verdún constituía el verdadero objetivo. La "picadora de carne" trituró el ejército alemán al mismo tiempo que el francés. En todo caso, semejante operación sólo habría tenido sentido en el marco de una conducción de la guerra que contemplara una paz negociada. Falkenhayn también sufría la soledad del jefe militar, en ausencia de una dirección política de la guerra. En cuanto a la condenación "moral" de la matanza recíproca, no veo por qué debemos reservarla al único general que tuvo suficiente lucidez para reconocer la imposibilidad de una penetración en las condiciones del frente occidental, en 1916 o 1977. El general francés que hablaba de "roer" al enemigo, que multiplicaba los ataques para ganar unas centenas de metros al precio de pérdidas que duplicaban las del adversario, ¿debe ser excusado por su ceguera? ¿Por qué llamar "satánica" la decisión de Falkenhayn[72] de sacrificar miles de sus soldados para matar el doble de los otros cuando, durante la guerra en el Oeste, los ataques emprendidos por ambos bandos no tenían más sentido que ése? Aclaremos las cosas: no hay en la historia militar de Europa nada tan monstruoso, tan absurdo como esos choques de masas humanas en medio de una tormenta de acero. Como las armas y los métodos de penetración eran deficientes en ambos bandos, Falkenhayn expresó con claridad la lógica de lo que los otros hacían sin saberlo.

Desde luego, también fracasó en su empresa porque el ejército alemán salió de la "picadora de carne" tanto o más desgastado que el ejército francés. Confundida con Verdún, con la matanza mutua sin idea y sin maniobra, la

[70] *Ausblutungsschlacht.* La cita está tomada del libro de Ziese-Beringa, *Der einsame Feldherr, Die Wahrheit über Verdun,* Berlín, 1934, t. I, p. 125, citado por Wallach, *op. cit.* p. 261.

[71] Las cifras de las bajas francesas y alemanas en Verdún fueron mal establecidas porque las estadísticas no separan la batalla de Verdún de los combates librados en el resto del frente. Las cifras dadas por Wallach son 362.000 franceses contra 336.000 alemanes. La fuente de las cifras es alemana. Las estimaciones francesas son del mismo orden. Falkenhayn creía erróneamente que los franceses perdían cinco hombres cada dos alemanes. Delbrück, después de la guerra, cita nuevamente esta cifra.

[72] Cf. Wallach, *op. cit.* p. 168.

estrategia de desgaste de Delbrück cayó en un descrédito total e injusto. Delbrück quería enseñar a sus compatriotas la moderación en los fines, fines *en* la guerra y fines *de* la guerra, para posibilitar una paz negociada. ¿Existió alguna vez la oportunidad de semejante paz? ¿En 1916? ¿En 1917? No parece que los historiadores hayan presentado motivos convincentes para revisar el juicio emitido en la época. Por cierto, en 1916, en 1917, existían en la clase política, en Francia y sobre todo en Inglaterra, muchos partidarios de la paz. ¿Pero en Francia habrían podido aceptar una acuerdo sin anexiones ni indemnizaciones? ¿Acaso un gobierno alemán habría podido ceder aun la parte francesa de Lorena antes que la derrota lo obligara?[73] En Inglaterra, y únicamente en Inglaterra, los partidarios de la paz habrían podido responder a otra política alemana. Ahora bien, en 1917, el equipo Hindenburg-Ludendorff aún no consentía la restauración pura y simple de la Bélgica independiente. Contra tal exigencia, la crítica de Delbrück sigue siendo pertinente.[74] Ludendorff no ignoraba que las tropas norteamericanas asegurarían progresivamente a los aliados una superioridad irresistible, y se lanzó a una carrera contra el reloj: vencer decisivamente antes que se alterara el equilibrio de fuerzas. Perdió la apuesta, y al mismo tiempo privó a Alemania de todo medio para negociar los términos de la paz; al firmar el armisticio, depuso las armas. Esta guerra desmesurada, hiperbólica, según el término de Ferrero, concluyó en un estilo paradojal, inédito; el ejército alemán, el mejor del mundo, dejó de combatir sin haber sido derrotado en el campo de batalla. Por lo tanto, el vencedor dictó las cláusulas de la paz a un Estado efectivamente abatido, cuyo ejército regresó ordenadamente a su país. De esta paradoja nació la leyenda de la puñalada en la espalda. El armisticio, querido por el estado mayor alemán, salvó al ejército de la derrota; tal vez una decisión clausewitziana del primer doctrinario del gran estado mayor que negó las enseñanzas de Clausewitz.

El acontecimiento disociaba las dos nociones que la conceptualización tradicional hasta cierto punto había confundido: el agotamiento podía constreñir a uno de los bandos a someterse a una paz dictada, comparable a la que concluye una guerra absoluta; si se incluye en la maniobra, como lo hizo Delbrück a veces, el bloqueo, la acción contra las fuerzas muertas de donde salen las fuerzas vivas, la estrategia de agotamiento afecta la capacidad de lucha más despacio, pero no menos radicalmente que la estrategia de aniquilación. En síntesis, la estrategia en sentido amplio, tal como la entiende Clausewitz, el empleo de la violencia que tiene por blanco las fuerzas armadas, los recursos o la moral, alcanza los objetos que permiten dictar la paz, y por ende la victoria total tanto por agotamiento como por aniquilación del enemigo. María Teresa perdió la voluntad de victoria en 1763 porque temía a Federico y juzgaba desproporcionado con lo que estaba en juego el costo de una victoria eventual. El Reich de 1918 estaba agotado en un sentido o, al menos, una manera diferente de la Austria de 1763.

En su polémica apasionada contra aquellos a quienes juzgaba responsables

[73] Tal vez un Bethmann-Hollweg se habría resignado a ello si hubiera tenido el poder.

[74] Cf. Nota XV.

de la catástrofe, un oficial alemán, Rudolf Leinveber,[75] cita las palabras de un discípulo de Delbrück: "Con la guerra mundial ha vuelto la era de la estrategia de desgaste, desde luego no por las mismas causas que en el siglo XVIII, la debilidad del ejército, o la mala calidad del material humano, sino por causas opuestas, a saber: el reclutamiento de ejércitos de millones de hombres, de sus necesidades desmesuradas de material, de las dificultades de avituallamiento, de las grandes ventajas que las líneas ferroviarias, intactas en la retaguardia, brindan al defensor". Leinveber, de la escuela de Schlieffen, encuentra argumentos contra esta teoría en el *Tratado.* Ninguna de las condiciones de las que surgió la estrategia dieciochesca se reencuentran en el siglo XX. La situación tal vez recuerde más la Revolución y el Imperio: desencadenamiento de la hostilidad, pasiones populares, movilización de todos los recursos y energía extrema en la conducción de las operaciones. Réplica irrefutable cuando se establece un lazo riguroso entre guerra de gabinete y estrategia de desgaste. Para otorgar alguna plausibilidad a la tesis de Delbrück, era necesario remitirse, como hemos dicho, no a Federico II sino a Tucídides y plantear la alternativa: vencer decisivamente o impedir al enemigo una victoria decisiva. Dicho vulgarmente: ganar o no perder.

Esta alternativa, en caso de igualdad aproximada de las fuerzas o de superioridad de un bando en tierra y del otro en el mar, constriñe a los jefes a elegir entre una guerra a muerte, continuada hasta el agotamiento de todos los beligerantes, o una conciliación. La idea de Delbrück de que a la larga Alemania no vencería a la formidable coalición levantada contra ella resultó atinada. Por lo tanto aún hoy se puede alegar en favor de la idea profunda de Falkenhayn: menoscabar la voluntad de victoria de los aliados antes que buscar una victoria decisiva.

Por cierto, subsiste la objeción que Leinveber toma de Clausewitz: "Si es verdad que el agotamiento o bien la fatiga del más fuerte con frecuencia ha provocado la paz, la causa reside en el carácter de semimoderación que la guerra presenta casi siempre; por ende no podemos ver allí, filosóficamente, el objetivo general y último de la defensa".[76] La última parte de la frase reduce el alcance de la objeción: la fatiga del adversario no es el fin filosófico, típicamente ideal, de la defensa. Puede ser su objetivo en el mundo real. Clausewitz lo dice aún más claramente en el capítulo 2 del libro I; a menudo se llega a una paz negociada porque quien tiene más posibilidades de vencer considera que lo que está en juego no guarda proporción con los costos, que los esfuerzos resultarían más gravosos que el provecho a obtener de una paz dictada. ¿La guerra de 1914 presentaba este carácter de semimoderación? ¿Se podía contar con la mesura del más fuerte?

Los generales de ambos bandos querían vencer, olvidando que la victoria es una noción táctica y no estratégica. Dicho de otro modo, se proponían dar a los estadistas los medios para dictar la paz, aun si deseaban una paz moderada. En

[75] Rudolf J. Leinveber, *Mit Clausewitz durch die Rätsel und Fragen, Irrungen und Wirrungen des Weltkrieges,* Berlín-Leipzig, R. Behr, 1926, p. 122 y ss.

[76] VIII, 8.

cuanto a los hombres de Estado, tal vez se creían obligados a elegir entre la revolución y la victoria total.

¿Qué queda de la responsabilidad del "madhí de la matanza mutua"? Poco o nada. Los jóvenes reformadores que predicaron en Francia el evangelio de la ofensiva a ultranza, sin distinguir siempre entre táctica y estrategia, invocaban a Clausewitz, citaban frases del *Tratado* aisladas del contexto. G. Gilbert rechazó en bloque el libro VI y la tesis de la superioridad intrínseca de la defensiva. Ninguno de los oficiales franceses comprendió en conjunto el pensamiento que les sirvió de caución. Halagaban el amor propio nacional incluyéndose en la escuela de quien tomaban a menudo (aunque no siempre) por el doctrinario de la manera napoleónica. Los franceses recobraban un bien que les había quitado el enemigo.

En el otro bando, el prefacio escrito por el conde Schlieffen sugiere que el hombre que encabezaba el gran estado mayor no leía el *Tratado* y sólo retenía de él una lección o más bien un interrogante: ¿cómo remozar las victorias de aniquilación de Leuthen, de Jena o Sedán, pese a los millones de hombres de uniforme y los miles de cañones o ametralladoras?

¿Hay que responsabilizar a Clausewitz por el engrosamiento de los ejércitos y el pueblo en armas? Acusación ridícula. Una potencia insular podía, en efecto, depender de un pequeño ejército de profesionales, pero una potencia continental, después de la catástrofe francesa de 1870, debía oponer el número al número para salvarse. No es necesario volver a las *Profesiones de fe* o al *Tratado* para reconocer que las sociedades del siglo XX llevaban en su seno las guerras nacionales, no las guerra de gabinete.

¿Se dirá que la voluntad de una decisión radical, de una paz dictada después de la destrucción de los medios enemigos de resistencia, se origina en la visión clausewitziana de la sociedad de Estados? El capítulo 6 del libro VI demuestra que en tal caso los estadistas y generales lo citaban erróneamente. Tampoco Moltke el viejo, que sin duda conocía el *Tratado* mucho mejor que el conde Schlieffen, percibía contradicciones entre las lecciones del maestro y la aceptación de una estrategia defensiva con miras a una paz sin conquista.

En verdad, cuando el historiador vuelve la mirada al año fatal, lo asombra primordialmente, en cada país, la pasión unánime de los pueblos, el entusiasmo patriótico. Los ministros y los generales en busca de gloria compartían las emociones que el acontecimiento reveló de golpe y que subían de las honduras de la vieja Europa. Los comandos francés y alemán, el segundo con mejores razones que el primero, buscaron la decisión en una gran batalla comparable a las que habían librado y ganado Napoleón y Moltke. Ambos descubrieron con relativa prontitud lo que al menos dos hombres, un oficial francés, Emile Mayer,[77] y un banquero de Varsovia, Jean de Bloch, habían anunciado de antemano.

[77] Como no podía publicar sus estudios en las revistas militares francesas, Emile Mayer, que renunció a la carrera militar, expuso sus ideas en la *Revue militaire suisse*, en la *Revue scientifique*, en la *Bibliothèque universelle*. Reprodujo algunas de sus previsiones en un

Emile Mayer, camarada de Ferdinand Foch en el Politécnico, no cesó de denunciar las ideas del futuro mariscal, "ideas aún más peligrosas que falsas".[78] En 1889 escribía en la *Revue scientifique:* "Se puede decir que, con la nueva pólvora, todo movimiento es un peligro. La inmovilidad es una fuerza. Lo cual equivale a decir que ahora la defensiva tiene la ventaja". Y, diez años más tarde: "Cada cual trata de ver y no ser visto. . . ver y no ser visto: pero es justamente lo que constituye la fuerza de la defensa".[79] Emile Mayer encontró en la guerra del Transvaal la confirmación de sus ideas. A partir de 1890 ya no creía en las virtudes de la ofensiva y se imaginaba "muy bien dos adversarios acechándose indefinidamente, mutuamente enfrentados hasta el desencadenamiento de la muerte o más exactamente el desencadenamiento de la ruina".

En la misma fecha, Jean de Bloch preveía la novedad radical de la guerra futura, su duración, su carácter de sitio. El servicio militar obligatorio, responsable del gigantismo y la complejidad de los ejércitos, el perfeccionamiento de las armas, la potencia de fuego, logran de alguna manera lo imposible. "La verdadera quimera, la verdadera utopía, a partir de ahora es la guerra." No afirmaba que la guerra imposible no se desataría, sino que terminaría en la catástrofe común y las revoluciones. La potencia de fuego que impidió las batallas del pasado provocaría la destrucción recíproca de las tropas. Los hombres buscarán una salida en un conflicto prolongado que terminará con el agotamiento de un bando y quizá de los dos.

Aún con más precisión, Emile Mayer, en el artículo de la *Revue militaire suisse* de 1902, anunciaba el curso de las hostilidades: la batalla defensiva cobrará el carácter de una guerra de sitio, dos murallas humanas se enfrentarán cara a cara durante meses o años. Incapaz de penetrar en el frente enemigo, cada cual se esforzará por extender las líneas con el propósito de envolver al adversario. Pero la línea se detendrá en un punto de apoyo, en un mar, una montaña, la frontera de un país neutral. La decisión derivará al fin, fuera del campo de batalla, de múltiples circunstancias: estado de las finanzas, condiciones políticas, capacidad de la opinión para soportar los sacrificios.

Los resultados tácticos lo deciden todo, enseñaba Clausewitz. La guerra de 1914 no refutó esa enseñanza. El error del mando francés, a partir de una interpretación falsa de las derrotas de 1870, fue por una parte desconocer la potencia de fuego[80] y por la otra adoptar una estrategia ofensiva que la sensatez del *Tratado* también desaconsejaba. ¿Un autor es culpable de la locura de quienes no saben leer, calcular ni pensar?

libro publicado después de la guerra, *Trois maréchaux, Joffre, Galliéni, Foch,* París, Gallimard, 1928. Las ideas de Jean de Bloch, posteriores a las de Emile Mayer, están resumidas en conferencias dadas en La Haya en junio de 1899 y publicadas en París (P. Dupont, 1899): *Impossibilités techniques et économiques d'une guerre entre grandes puissances.* El libro donde Bloch desarrolla sus ideas se llama *La Guerre au point de vue technique, économique et politique.* París, P. Dupont, 1899.

78 Citado por Liddell Hart, *Foch, The Man of Orleans,* Londres, 1931, ps. 50-51.

79 *Bibliothèque universelle,* abril de 1902.

80 Cf. la cita de Foch sobre la superioridad de la ofensiva gracias a la potencia de fuego.

CAPITULO II

El encuentro de dos revoluciones

Antes de la guerra de 1914, los lectores del *Tratado* –F. Foch o C. von der Goltz– no distinguían con claridad los conceptos de guerra absoluta y guerra total. Tenían en cuenta algunas características de las guerras que, según Clausewitz, se aproximaban a la forma absoluta: participación del pueblo, victoria obtenida después de la destrucción de las fuerzas armadas y el abatimiento del Estado enemigo.[1] Profetizaban que la guerra futura entre los pueblos de Europa, cada cual deseoso de cumplir su misión civilizadora,[2] sería una guerra "verdadera" o "absoluta".

En el *Tratado*, diversas expresiones sugieren el empleo legítimo del concepto de guerra absoluta: "punto de referencia general",[3] "medida original de todas nuestras esperanzas y todos nuestros temores",[4] "noción fundamental que conviene situar siempre en la base".[5] Ninguno de estos términos es fácil de traducir al lenguaje filosófico de la época, ninguno remite a Kant, Fichte ni Hegel. Clausewitz busca la formulación exacta de su pensamiento. La síntesis final disipa las incertidumbres: la guerra absoluta marca el término del ascenso a los extremos, una especie de límite al cual tienden lógicamente las voluntades, hostiles o violentas, que se enfrentan. De golpe, la función del concepto se revela. Función teórica: permite comprender a qué conduciría la lógica de la guerra en sentido estrecho, separada de sus orígenes y sus fines. Función praxiológica: recuerda a cada uno de los adversarios el peligro que ocurre si el otro

[1] C. von der Goltz añadía que la expresión "hasta el último hombre" no es más que una figura retórica. "Se vence al enemigo no destruyéndolo a él sino destruyendo su esperanza de vencer", *op. cit.* p. 5.

[2] C. von del Goltz, *op. cit.*, p. 446. El oficial alemán añade sin embargo que la fuerza del sentimiento nacional impide grandes conquistas en Europa.

[3] VIII, 2, p. 673 y p. 696 (955).

[4] *Ibid.*

[5] VIII, 3, p. 673 y p. 699 (957-958).

le impone la ley de los extremos; quizá también recuerda a los adversarios el riesgo del suicidio común.

Ninguna guerra real puede ser denominada guerra absoluta, pero Clausewitz no dejó de advertir algunas de las circunstancias que propician o provocan el ascenso hacia la guerra pura o ideal, especialmente la participación del pueblo. En el capítulo VIII, 3 esta participación está presentada como la innovación decisiva, que suprime los límites tradicionales de los esfuerzos desplegados o los medios puestos en acción. Aunque en principio no existe un lazo necesario o racional entre la participación del pueblo y el abatimiento del Estado enemigo, Clausewitz se expresa siempre, aun en el capítulo I, 1, como si la participación del pueblo formara una pareja natural con la finalidad del "knock-out".

Ludendorff al menos popularizó, si no creó, el concepto de guerra total. En un primer libro, *Kriegführung und Politik,*[6] invoca aún a Clausewitz, aunque se aparta de él en un punto decisivo. Varios años más tarde, en otro libro, *Der totale Krieg,*[7] viola el tabú y declara abiertamente que el autor de *Vom Kriege* pertenece ya a un pasado perimido.

La concepción de Ludendorff podría resumirse en estos términos: Clausewitz, observador e intérprete de las guerras de la Revolución y el Imperio, ha captado atinadamente la causa mayor de las transformaciones que sufrió en esa época el arte de la guerra; la participación del pueblo altera las costumbres a las que se atenían los ejércitos profesionales, el juego de ajedrez de los diplomáticos, los torneos de esgrima de los generales. Pese a todo, los ejércitos eran sujeto y objeto de las hostilidades. La guerra franco-alemana, en el curso del segundo período, había revelado otra manera de combatir. La defensa nacional de Gambetta habría debido despertar el recuerdo de los guerrilleros españoles y los patriotas prusianos, mientras que inquietó e indignó a Moltke. En 1914-1918 se franqueó la etapa decisiva, que condujo de las guerras napoleónicas a las guerras totales.

Material y moralmente, la nación entera pasa a ser sujeto y objeto de la lucha. La aviación toma como blanco las fábricas de donde salen cañones y municiones porque la falta de pertrechos paraliza a los combatientes. La propaganda toma como blanco, de manera más insidiosa, la "cohesión espiritual" del pueblo, fundamento de la guerra total. La fe, el espíritu de sacrificio de la nación entera, dan a los soldados una moral de vencedor. El enemigo se esforzará, pues, por destruir la unidad de la nación, objetivo de una lucha despiadada y secreta. Consciente de los errores cometidos por los dirigentes del Segundo Reich en 1914, Ludendorff advierte con justicia: "Los pueblos no tienen el sentido de la guerra agresiva. Pero admiten la lucha por la vida. Luego ven fácilmente en una declaración de guerra una voluntad de agresión".[8]

[6] Berlín, Mittler & Sohn, 1922. En este libro se defendía contra sus críticos, especialmente Delbrück, alegando, contra toda verosimilitud, que no había usurpado la conducción política de la guerra y había sido un "moderado". De un capítulo al otro, de una página a la otra, se contradice.

[7] Munich, 1935.

[8] *La guerre totale,* París, Flammarion, 1936, ps. 177-178.

Ludendorff desecha con indiferencia o desprecio las especulaciones sobre la fuerza respectiva del ataque y la defensa, continúa creyendo en el poder del número, se fija como objetivo una victoria radical, preferentemente mediante un ataque dirigido a los puntos débiles del enemigo y, a falta de triunfos decisivos en un solo ataque, mediante golpes redoblados. Templado por la experiencia de 1914-1918, reclama un mando supremo encargado no sólo de coordinar la acción de las diversas armas (¿para qué sirvió la flota alemana de alta mar?) sino de utilizar simultáneamente los medios militares, diplomáticos, económicos y psicológicos, en el interior y hacia el exterior, con miras al objetivo final. Probablemente se equivoca al creer que un solo hombre pueda llevar a cuestas el peso de la "política global" *(Gesamtpolitik)*, reacciona contra el Reich acéfalo de Guillermo. El concepto de "política global" se deduce lógicamente de las modalidades de la guerra moderna con participación del pueblo.

En cambio, Ludendorff se equivoca cuando reprocha a Clausewitz haber limitado exageradamente la noción de política, de haberla restringido a la política exterior y, por ende, haber subordinado el instrumento militar únicamente a la diplomacia. Clausewitz se presta a esta crítica porque no elaboró los diversos sentidos de la noción de política y sólo una vez indicó la amplitud de la verdadera política, "la que une y concilia todos los intereses de la administración interna, tanto los de la humanidad como todos los argumentos que puede hacer valer la inteligencia filosófica".[9]

¿Dónde se sitúa la ruptura con Clausewitz? Recordemos ante todo que el concepto de guerra absoluta no se aplica a ninguna guerra real y designa la esencia o tipo ideal de una guerra en el sentido estrecho del término, librada al dinamismo de la hostilidad absoluta, mientras que el concepto de guerra total designa los caracteres fenoménicos de la guerra 1914-1918. El concepto de "política global", en cambio, sigue siendo compatible con el pensamiento o las implicaciones del pensamiento de Clausewitz. Mas no ocurre lo mismo con la frase que cierra el capítulo primero de *Kriegführung und Politik*: "Por lo demás, la política global debe estar al servicio de la guerra".[10]

Esta inversión de la *Fórmula* contradice el espíritu general del *Tratado*. Nada autoriza a atribuir a este oficial de estado mayor una metafísica que transfigura la guerra en prueba suprema de los pueblos, en veredicto de la historia. Consciente de los peligros que acechan a Alemania central por todos los flancos, discierne, en la sociedad europea de Estados, una tendencia al equilibrio y oscila entre dos tesis: las guerras moderadas son una "anomalía" con respecto al concepto, pero son además las más frecuentes. ¿Cuáles, pues, hay que considerar "normales", las raras guerras que reflejan el concepto o las más frecuentes, que lo modifican?

La falla, en el pensamiento clausewitziano, se descubre en las líneas que siguen a las que acabamos de citar: en esas líneas se encuentran los gérmenes de la filosofía de Ludendorff y Hitler, por una parte; de Lenin y los bolcheviques,

[9] VIII, 6 B, p. 705 y p. 730 (993).

[10] P. 23 en este libro se pretendía todavía fiel a la enseñanza de Clausewitz, a quien deseaba interpretar y adaptar.

por la otra. "La política no es más que la gestora de todos estos intereses frente a otros Estados. Que pueda tomar una mala dirección, servir primordialmente a la ambición, los intereses privados, la vanidad de los gobernantes no tiene importancia aquí, pues en ningún caso el arte de la guerra puede ser considerado preceptor de la política, dado que consideramos a la política la representante de todos los intereses de toda la sociedad."[11]

En otras palabras, la política a la que Clausewitz acuerda la autoridad suprema es, si puede decirse así, la política tal como debería ser, no tal como es necesariamente o siempre. La política (subjetiva-policy) abarca todos los intereses de la sociedad entera y los gobernantes –Federico II era el modelo de ello– actúan como servidores del Estado. En todo caso, si los gobernantes sirven a su vanidad o sus ambiciones en vez de servir al Estado, no será el arte de la guerra lo que los devuelva al camino recto: un instrumento, por definición, no puede transformarse en preceptor de quienes lo emplean. *El Estado no puede estar al servicio de la guerra.* A lo cual Ludendorff responde que, en nuestra época, *el Estado no puede no ponerse al servicio de la guerra,* y Lenin que *la política no puede representar todos los intereses de la sociedad entera.*

1. Lenin, lector de Clausewitz

En 1915 Lenin leyó con suma atención el *Tratado,* y reprodujo en un cuaderno, según una costumbre de Marx y suya, algunos extractos. Estos, acompañados por breves comentarios, fueron publicados en francés.[12]

Lenin utilizó la primera edición en tres volúmenes; los extractos del primer volumen están tomados de los dos primeros capítulos del libro I, de los capítulos 2, 3 y 6 del libro II, de los capítulos 5 y 6 del libro III; los del segundo volumen, de los capítulos 3 y 4 del libro V y los capítulos 2, 3, 5, 6 y 9 del libro VI; los del tercer volumen, al margen de algunos extractos del libro VII y los *Principios de la enseñanza,* esencialmente del libro VIII, capítulos 2, 3, 5, 6 y 9. Para el lector que recuerda el *Tratado,* la selección de los extractos se explica por sí misma: Lenin se interesó en las relaciones entre guerra y política (libros I y VIII), las magnitudes morales, la dialéctica del ataque y la defensa; en síntesis, en todas las ideas que podía ya aplicar a la estrategia política, ya utilizar para justificar su propia estrategia político-militar.

Del primer capítulo, Lenin transcribe íntegramente el parágrafo 24 y fragmentos de los dos parágrafos siguientes. El parágrafo 24 se titula "La guerra es la simple continuación de la política por otros medios"; los parágrafos siguientes infieren la conclusión de esta tesis y bosquejan lo que puede denominarse la dialéctica del ascenso y el descenso en función de la política,

[11] VIII, 6 B, p. 704 y p. 730 (993).

[12] Los extractos del *Tratado* están en alemán; ciertas observaciones en ruso. Los extractos, citados según la traducción del coronel de Vatry, han sido reproducidos en el libro de Berthold C. Friedl *Les Fondements théoriques de la guerre et de la paix en U.R.S.S.,* París, Ed. Médicis, 1945. El libro, debido a un oficial norteamericano aconsejado por amigos franceses comunistas, expresa siempre el espíritu de la gran alianza, a veces la verdad.

causa determinante de la intensidad de la lucha. Lenin subrayó allí dos palabras que Clausewitz no había subrayado: *violencia* e *ideal*. Cuanto más se debilitan los motivos y las tensiones, menos se acuerda por sí mismo el elemento propiamente bélico, la violencia (la esencia o medio específico); con la línea que le fija la política, más se desvía la guerra de su tendencia natural, más difiere el fin del objetivo de una guerra *ideal*, más *política* parece volverse la guerra.

Este análisis –remitimos al lector al capítulo III del libro I de esta obra– marca el estado último del pensamiento de Clausewitz. En los textos anteriores, especialmente en los relatos de campañas, mencionaba que la política influía más en ciertas guerras, como si ambos términos se distinguieran esencialmente, como si la guerra cesara de ser política en la medida en que se acercaba a su forma absoluta, o sea al objetivo de aniquilación. Los parágrafos 24 a 27 no sólo tienen por consecuencia poner todas las guerras, moderadas o ilimitadas, en el mismo plano, sino que ilustran lo que Lenin juzga *dialéctico* en el pensamiento clausewitziano; en efecto, las guerras más acordes con el ideal *parecen* las menos políticas, pero en verdad lo son tanto como las otras; la política les imprime un carácter próximo al ideal.[13] Ve en ello un ejemplo de la oposición entre apariencia y realidad (la apariencia bélica y la realidad política); asimismo, las múltiples expresiones que usa Clausewitz para designar la tendencia natural o lógica de la guerra (el ascenso a los extremos, la violencia pura) son interpretadas por Lenin en el sentido de una distinción entre lo subjetivo y lo objetivo.

Encuentra, pues, desde el primer capítulo, las ideas principales que utilizó, en los años siguientes, contra los socialdemócratas de la Segunda Internacional: la guerra no es una cosa independiente, no es sino un instrumento (para el jefe de Estado o el revolucionario), extrae sus características específicas de la política de la cual emana. La política constituye, en su opinión, lo esencial, el sentido profundo de la guerra. Además, cuando transcribe a su cuaderno la definición trinitaria (parágrafo 28), una anotación al margen muestra la izquierdización de la interpretación. En efecto, escribe: *muy justo para el alma política, la esencia, el contenido de la guerra y el elemento popular, exterior.* Clausewitz no pensaba nada parecido, pero Lenin lograba, por este camino, reducir a una simple apariencia (o a un fenómeno superficial) la pasión de los pueblos, la adhesión de las armas a la guerra. Lejos de negar que las guerras suscitan a veces el odio de los pueblos, corrige a Clausewitz, quien en el capítulo II, 2 escribía que el odio nacional *rara vez* está ausente de nuestras guerras, mediante una pregunta al margen: *¿rara vez?* Y añade: *en toda guerra hay odio nacional.*

En cierto modo, los extractos del capítulo II, 3 (comparación con el comercio y la política) y del libro VIII retoman, amplían, comentan, corrigen los temas que le ha suministrado el capítulo I, 1, pues éste contiene lo esencial de todo el llbro.

Indiquemos, no obstante, algunos pasajes que le llamaron la atención y cuyo sentido, aunque implícito en I, 1, esclarece el alcance de estas ideas rectoras. Así, en el capítulo II, 2, Lenin reproduce los diversos objetivos en la guerra,

[13] Ideal en el sentido en que Max Weber habla de ideal-tipo.

conquistar el territorio, destruir las fuerzas armadas, y añade: ¿con qué miras? Responde: con miras a quebrantar la voluntad del adversario para que se preste a firmar la paz. *La guerra en cuanto prueba de voluntad:* la fórmula seduce al jefe revolucionario tanto como a un jefe de Estado o de ejército. Las últimas líneas del parágrafo que Lenin reproduce en su cuaderno no por ello dejan de revelar la distancia histórica entre un patriota prusiano que escribía, apaciguado, bajo la Restauración, y el revolucionario profesional, que tasca el freno en Berna, mientras truena la guerra mundial. Clausewitz reconoce que la firma de la paz no implica siempre una decisión radical, una liquidación del conflicto. Pero, añade, no es menos cierto que con la paz se apagan muchas pavesas que de lo contrario seguirán ardiendo y que las tensiones se relajan. En este punto viene la frase característica del modo de pensar de Clausewitz, todavía europeo en su tradición: "Sea como fuere, siempre debe considerarse que con la paz el fin está alcanzado y el asunto de la guerra concluido". [14] Difícilmente se pueda refutar con más claridad la inversión moderna de la *Fórmula.*

En el libro VIII, Lenin encontró ante todo, en el capítulo 3, la ilustración de un tema marxista: la historicidad de todos los fenómenos económicos y sociales. El capítulo VIII, 3 B pasa revista a la diversidad de las guerras en lo concerniente al instrumento, la violencia, la finalidad. Lenin reproduce o subraya los muchos pasajes donde Clausewitz atribuye a la Revolución Francesa las transformaciones del arte de la guerra, así como las victorias de los ejércitos de la República, luego del Imperio. La destrucción de los obstáculos que frenaban el desencadenamiento del elemento bélico, o sea la violencia, mediante la participación del pueblo, era un hecho histórico que se acordaba por sí mismo con la pasión del bolchevique. Al fin viene la idea, implícita en el parágrafo 24 (I,1), desarrollada en el capítulo VIII, 6 B: la naturaleza propia o el sentido de una guerra resulta de la situación política; la guerra constituye una totalidad y esta totalidad se define no por un conjunto de hechos separados sino por una característica predominante; así un cuadro recibe su coloración propia de *un* color.

Lenin no se preocupa manifiestamente por distinguir entre lo que he llamado la política objetivada (o conjunto de condiciones político-sociales), que lleva en sí, de antemano, los lineamientos de la guerra y la política, y la inteligencia del Estado personificado, gestora de todos los intereses de la sociedad entera con respecto a otros Estados. Desde luego, no opone ninguna objeción al vaivén, la oscilación entre los dos sentidos de la palabra política. Por el contrario, ansioso de unir teoría y práctica, se cuida de separar aquello que la dialéctica no debe confundir sino poner en relación recíproca. En tanto la sociología de la guerra enfatiza la influencia de las condiciones político-sociales en el desarrollo de las hostilidades, las victorias y las derrotas, Lenin nota, transcribe y aprueba. No es menos aprobatorio cuanto destaca las fórmulas extremas donde se expresa la identidad de la política y la guerra; ésta tiene su gramática, no su lógica; reemplaza la pluma por el sable, envía ejércitos y obuses

[14] I, 2, p. 71 y p. 39 (215). Escribe que una vez firmada la paz los espíritus *(Gemüter)* inclinados por la paz, siempre abundantes en cualquier pueblo y cualquier circunstancia, se alejan por completo de la resistencia.

en vez de notas diplomáticas sin por ello dejar de enviar notas. En un punto, y un punto decisivo, Lenin se encuentra con Clausewitz y no titubea en escribir: *aproximación al marxismo.*[15] Comenta la definición de la política que representa todos los intereses de la sociedad entera con respecto a otros Estados. El pasaje del capítulo VIII, 6 B que he citado anteriormente disocia implícitamente la política-acción tal como debería ser de la política-acción, tal como corre peligro de ser, o sea al ponerse al servicio de la ambición, los intereses privados o la vanidad de los gobernantes.

En la lectura del *Tratado,* Lenin no destacó al margen el carácter utópico de una política que representara todos los intereses de toda la sociedad; por el contrario, enfatizó que al evocar los intereses privados de los gobernantes el *Tratado* sugiere la posibilidad de lo que el marxismo considera inevitable mientras las sociedades contengan clases enemigas; la política según su esencia, a saber en cuanto debe representar a toda la sociedad, no puede cumplirse. A partir de este dogma, y utilizando la sociología clausewitziana, Lenin, entre 1915 y 1917, condena despiadadamente a los social-traidores de la Segunda Internacional. Poco importan los odios nacionales, faz exterior de una realidad cuyo sentido o esencia sólo revela la política.

Los otros dos temas clausewitzianos que llamaron la atención de Lenin, y nos interesan menos en este contexto, requieren sin embargo un breve comentario. La relación defensa-ataque en el *Tratado* se presta a variaciones que podemos denominar dialécticas, en el sentido amplio del término. La observación de Clausewitz —el defensor inicia la guerra, pues el atacante preferiría conquistar sin combatir— divierte al revolucionario, que no le atribuye, creo yo, una significación filosófica. En cambio, se concentra naturalmente en el capítulo 6 ("Medios de defensa") y el capítulo 8 ("Especies de resistencia"). Retuvo la contribución del pueblo a la guerra, aun en ausencia de insurrección, y encontró, sobre todo en el capítulo 8,[16] la influencia de la política, la fuerza mayor o menor del ataque, los recursos de la defensa en función misma de la naturaleza del ataque;[17] en resumen, se interesa en este pasaje por dos razones: las condiciones políticas explican el curso de las hostilidades; en otros términos, la intensidad o debilidad de las tensiones políticas determina la energía mayor o menor de la acción militar; las guerras se han vuelto semimoderadas sin que por ello se haya modificado (ejemplo de dialéctica) su esencia o medio específico, la violencia.

En segundo lugar, la relación de las fuerzas sigue siendo, en general, la causa predominante del modo de resistencia adoptado, aun si el tacto del juicio, oscuramente, ha dictado la decisión mucho más que un razonamiento o cálculo explícito de las fuerzas presentes. Lenin, jefe político, admite que a menudo, en

[15] Aunque se opone a Clausewitz en lo más profundo. En el margen de los extractos del capítulo VIII, 3, Lenin corrige la interpretación histórica del teórico: con la Revolución Francesa la guerra se ha vuelto no cosa del pueblo entero sino de la burguesía, y tal vez de toda la burguesía.

[16] Recordemos que este capítulo 8 pertenece probablemente a una versión más temprana. Trata de asuntos que se retoman en los últimos capítulos del libro VI.

[17] VI, 8, p. 436 y ss. y ps. 434-437 (659-664).

tiempos de guerra, las decisiones derivan oscuramente de la simple intuición del juicio,[18] pero se apresura a añadir: *no sólo en la guerra.* Así repara nuevamente, en el capítulo 30, en la apelación de Clausewitz al empleo del juicio[19] en las campañas sin decisión que no implican principios, reglas ni método.

El antidogmatismo de Clausewitz (pese a las fórmulas tajantes de las cuales se extrajo una doctrina) se conjuga con la conciencia de la coyuntura única, el sentido de la oportunidad aprovechable. La combinación clausewitziana de los principios y de la singularidad de las situaciones me parece filosóficamente más satisfactoria que la combinación leninista de una filosofía de la historia determinista con una acción de estilo maquiavélico. Pero tanto uno como otro, como todos los que han reflexionado sobre la política, saben que cualquier decisión es riesgosa y que para ganar hay que apostar.

Lenin por cierto encontró en la dialéctica defensa-ataque un esquema susceptible de ser adaptado a las exigencias de la práctica revolucionaria. No ignora que la lucha de clases no siempre cobra el carácter violento propio de la guerra. Pero concibe la inversión de la *Fórmula,* implícita en el rechazo de la unidad nacional. Toda violencia es física, escribe Clausewitz, pues la violencia moral no existe fuera del dominio del Estado y la ley. En el marxismo de Lenin, el Estado y la ley derivan también de la violencia física más o menos camuflada. Toda paz, en una sociedad de clases, disimula la lucha.

Al mismo tiempo, la dialéctica de la defensa y el ataque deviene un momento decisivo de la estrategia leninista. La distinción entre defensa y ataque desaparece en el momento de la batalla. La necesidad de la retirada con el objeto de alterar un equilibrio de fuerzas momentáneamente desfavorable, la audacia cuando decidimos atacar, todos estos temas clausewitzianos han pasado a la práctica de Lenin.[20]. Temas sensatos, si se quiere, pero tanto Clausewitz como Lenin habrían reconocido que los principios de la estrategia dependen de la sensatez, añadiendo que la aplicación de estos principios exige una juicio experimentado: arte y no ciencia, aunque el estudio de la historia y la reflexión sobre los principios continúen siendo indispensables para la formación del juicio,

Curiosamente, al menos en apariencia, Lenin se interesó en los análisis del capítulo VI, 30, relacionados con el estado mayor,[21] "la parte del ejército que más escribe y publica". En efecto, el relato de las campañas por los estados mayores contribuye a dar una representación falsa de los acontecimientos, de las experiencias vividas, contribuye también a adjudicar una importancia exagerada a las teorías geológicas o geográficas. Lenin subrayó la mayor parte de los pasajes en que el *Tratado* la emprende contra los hacedores de sistemas, la doctrina de

[18] *Dunkel nach dem blossen Takt des Urteils* hacia el fin del capítulo VII, 8, ps. 439 y 437 (663).

[19] VIII, p. 509 y p. 613 (858).

[20] Lenin había reproducido extractos del capítulo III, 6 sobre la audacia *(Kühnheit)* en su cuaderno; en particular el pasaje donde Clausewitz atribuye la prudencia al temor o la debilidad.

[21] VI, 30, p. 585 y p. 597 y ss. (841).

los puntos clave,[22] el énfasis sobre los elementos materiales a expensas de lo esencial, los hombres y el ejército. No es de extrañar, por otra parte, que Lenin haya destacado un pasaje donde, a propósito de Federico II, Clausewitz subraya la necesidad de que, para conducir un ejército, en la cima se imponga una voluntad dominante, imperiosa, que penetre hasta el último fragmento del conjunto. Quien normalmente llegaría a ser el mejor de los hombres se revelaría inepto en el mando de un ejército, lo cual Lenin resume así: *mando de un ejército. . . desconfianza para con los hombres.*

Estos últimos extractos completan los de los capítulos 5 y 6 del libro III. Lenin destaca los comentarios clausewitzianos sobre el ejército profesional y el espíritu de cuerpo. Transcribe también el elogio de la audacia y la creciente dificultad de la audacia a medida que nos elevamos más en la jerarquía. En efecto, el papel de la inteligencia aumenta con la amplitud de las responsabilidades y tiende a minar el carácter o la sensibilidad. La audacia del jefe se vuelve más admirable cuanto más rara se hace.

Pareciera que a Lenin no le llamó la atención el retrato del jefe, Federico II o Napoleón; el lector de Clausewitz y Lenin siente a menudo la tentación de un retrato del jefe revolucionario que efectivamente debe poseer las virtudes que Clausewitz atribuye al jefe militar: el equilibrio en medio de las tempestades, el coraje de asumir responsabilidades, la captación de las oportunidades que le ofrece el azar y nunca se reproducirán, el conocimiento de los Estados y sus grandes intereses, el ascendiente sobre las multitudes, la confianza en sí mismo y su destino, el dominio simultáneo de las fuerzas armadas y la política. A mi entender, no obstante, subsiste entre un Federico II y un Lenin o un Mao Tse-tung una diferencia[23] que hace a lo esencial. Lenin puso su realismo, su lucidez táctica, al servicio de un porvenir utópico. La originalidad del jefe revolucionario consiste en la combinación de cualidades aparentemente contradictorias: ve el presente tal cual es, sin ilusiones, pero imagina un porvenir sin medida común con la experiencia de los siglos.

El uso que Lenin hizo de Clausewitz entre 1914 y 1918 ilustra la dualidad del jefe revolucionario, dúctil en su acción, implacable en su certidumbre.[24]

2. Lenin y la tipología de las guerras

El resumen, breve pero fiel, de los extractos del *Tratado* transcritos por Lenin en 1915 no permite zanjar la cuestión, a menudo fútil, de la influencia de un pensamiento sobre otro. En este caso creo posible una respuesta.

En 1914, Lenin no titubeó un solo instante: se declaró contra la guerra y la

[22] Lenin comenta *espiritual e inteligente* al margen del pasaje del capítulo VI, 23, donde Clausewitz concluye que "las más de las veces, la mejor clave del país se encuentra en el ejército enemigo", p. 527 y p. 534 (770).

[23] ¿Es necesario mencionar las otras diferencias, múltiples, que dependen de circunstancias históricas?

[24] Cf. Nota XVI.

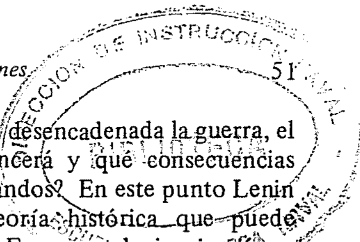
defensa nacional desde el primer día. Estudió el *Tratado,* que tal vez había leído anteriormente, en Berna, entre el otoño de 1914 y la primavera de 1915. El cuaderno sobre el *Tratado* pertenece al conjunto de los cuadernos filosóficos (que incluye uno sobre Hegel). Aunque las referencias a Clausewitz datan de la primavera de 1915, se multiplican a partir de esta fecha, y no cesan hasta la toma del poder e incluso durante la guerra civil. La conclusión se impone por sí misma: el pensamiento de Clausewitz, interpretado por un marxista, sirvió de marco teórico o ideología justificatoria para Lenin y los marxistas-leninistas desde 1915 hasta nuestros días. Si el lector consiente en recordar la importancia que todo marxista atribuye a la *teoría,* consentirá en seguir un análisis del deslizamiento de sentido mediante el cual el adversario de Napoleón sirve de caución al mayor revolucionario de nuestro tiempo.

Tomemos como punto de partida la idea de que la política constituye un conjunto al cual pertenece la guerra. La segunda continúa a la primera, si se quiere, pero Lenin prefiere decir —lo cual se atiene a la ortodoxia clausewitziana— que la política continúa durante la guerra sin modificación de su esencia. ¿Qué resulta de esta interpretación? Que la política llevada por los Estados, por los partidos o por las tendencias internas de los partidos *antes* de la guerra se expresa en la actitud o conducción de ellos *durante* la guerra. La naturaleza, la esencia de una guerra, sólo puede ser determinada por el estudio político del conjunto (o el estudio del conjunto político). Lenin concluye, pues, con una lógica impecable: la guerra de 1914 es una guerra imperialista tanto de una parte como de la otra. La moción del Congreso de la Internacional Socialista en Basilea había estigmatizado la acción diplomática de *todas* las grandes potencias europeas por *imperialista.* Esta acción sigue siendo la misma después del 4 de agosto de 1914, y por lo tanto es imperialista: todo socialista que adhiera a la unión sagrada o la invocación a la defensa nacional traiciona la doctrina a la cual adhería en 1912 y se vuelve cómplice del imperialismo.

Las masas, objetan los social-traidores, responden con entusiasmo al llamado de la patria. Es verdad, responde Lenin, pero toda guerra enciende los odios nacionales. Este aspecto subjetivo o aparente del conflicto no se confunde con la naturaleza o la significación de éste. Dejemos que los filisteos justifiquen su toma de posición con los sentimientos populares; que los aficionados a las anécdotas se interroguen sobre la crisis desatada por el asesinato de un archiduque austríaco y averigüen quién desenvainó primero el puñal.[25] Un marxista jamás se dejará tentar por esta artimaña de sus enemigos de clase, no se atendrá a esta visión superficial de los acontecimientos; todos los socialdemócratas habían admitido que las grandes potencias europeas, en busca de colonias, mercados o zonas de influencia, rivalizaban en su imperialismo. ¿Por qué milagro esta rivalidad imperialista podría convertirse de buenas a primeras, en un bando u otro, en una guerra justa por la libertad o la civilización?

Marx, objetan aún los socialdemócratas, no vacilaba en tomar partido por uno de los beligerantes, por Prusia o Alemania contra la Francia de Napoleón III,

[25] La indiferencia de Lenin con respecto a las responsabilidades inmediatas se expresa a menudo en el curso de este período. *Oeuvres,* t. 21, ps. 310-311, t. 34, p. 415.



al menos hasta la caída del Imperio. ¿Acaso, una vez desencadenada la guerra, el único interrogante no consiste en saber quién vencerá y qué consecuencias tendrá para el socialismo el triunfo de uno de los bandos? En este punto Lenin inserta en el pensamiento clausewitziano una teoría histórica que puede considerarse propiamente marxista: la Revolución Francesa, de inspiración o naturaleza burguesa, abría una fase de luchas nacionales. Esta fase se prolongó hasta 1871. "Las guerras realmente nacionales que hubo, notoriamente en el período 1789-1871, eran la expresión de movimientos nacionales masivos, de una lucha contra el absolutismo y el sistema feudal, para la abolición de la opresión nacional y la creación de Estados sobre una base nacional, condición previa del desarrollo capitalista."[26]

Lenin reconoce[27] que las guerras revolucionarias de Francia implicaban un elemento de pillaje y de conquista de tierras extranjeras; pero este hecho no cambia en nada el alcance histórico de las guerras que desbarataban o destruían el régimen feudal y el absolutismo de la vieja Europa, de la Europa de los siervos. En la guerra franco-alemana, Alemania despojó a Francia, pero ello no cambia la significación histórica fundamental de esta guerra que libró a decenas de millones de alemanes de la parcelación feudal y de la opresión que sobre ellos ejercían dos déspotas, el zar ruso y Napoleón III.

En otros términos, en tiempos de Marx los socialistas sólo podían elegir entre regímenes despóticos (o feudales) y regímenes burgueses. Preferían, pues, los segundos. Hoy día el progreso del socialismo les abre otras perspectivas: la revolución socialista. Los que ayer predicaban esta revolución y denunciaban el imperialismo se niegan a sí mismos si adhieren a la defensa nacional o se retiran al Aventino: Clausewitz mismo los condena, pues en el conjunto político que contiene la guerra ésta no se modifica, revela, esclarece, la significación propia de la acción de cada uno. La misma continuidad entre la acción *antes* de la guerra y la acción *durante* la guerra, que permite captar la naturaleza del conflicto (lucha entre codiciosos por el reparto del botín), accede así comprender la traición de los dirigentes de la Segunda Internacional.

Traición que el entusiasmo patriótico de las masas no explica ni excusa. En el modo de pensar leninista, la verdad histórica se revela en el análisis marxista, no en los votos ni los sentimientos de las masas mismas. Por lo tanto, si la derecha de la socialdemocracia se ha convertido al social-chauvinismo, si los centristas o los moderados dicen *no* a la guerra, pero también *no* a la derrota, es analizando las luchas de facciones dentro de la socialdemocracia como Lenin llega a explicar doctrinas que juzga incompatibles con *el* (o más vale *su*) marxismo.

En el curso de los veinte años que precedieron la guerra, la socialdemocracia había sido atravesada, sacudida, por luchas de tendencias; el economismo, el oportunismo, habían cuestionado lo esencial: la lucha inexpiable entre las clases y el tránsito al socialismo mediante una revolución violenta. Todos los que

[26] El texto, que se encuentra en la p. 158 del t. 21 de las obras de Lenin en francés, está tomado de una resolución de la Conferencia de Secciones Extranjeras del P.O.S.D.R. (Partido obrero socialdemócrata de Rusia).

[27] T. 21, p. 310.

habían tolerado la colaboración entre clases, todos los que habían subordinado la lucha de clases al desarrollo económico, todos los que habían sustituido la revolución por reformas, todos ellos se unieron en el social-chauvinismo o la moderación. ¿Qué representaban? La capa superior de la clase obrera a la cual la burguesía entregaba las migajas del festín y compraba por una bicoca. Así Lenin percibía la continuidad de la política (en el sentido de *policy*) tanto de las fracciones de la socialdemocracia como de los Estados mismos.

Queda una última objeción, esgrimida por los adversarios de Lenin contra estas tesis: ¿qué se hace del derecho de las naciones a presidir sus destinos? ¿Qué se hace del principio de liberación nacional? Si la guerra francó-alemana, en 1870-1871, implicaba más liberación (de las masas alemanas) que pillaje (de Bismarck), la guerra europea, en 1914 aunque de esencia imperialista, ¿no conserva un componente de liberación nacional? [28] Lenin dispone de dos respuestas: una fácil, la otra torpe.

Reconoce sin rodeos que Servia emprende una guerra de liberación nacional. ¿Pero qué representa Servia entre todos los beligerantes? Todas las grandes potencias libran una guerra imperialista porque poseen colonias, quieren tomar las del enemigo, explotan a los pueblos y, todas juntas, el planeta. Los tratados secretos que Lenin denunciaba e hizo publicar después de la revolución no dejan dudas, a su entender, sobre el parentesco profundo de ambos bandos. Uno y otro prolongan en la guerra su política anterior: el imperialismo ruso mira hacia Constantinopla, el imperialismo francés hacia Marruecos (o la margen izquierda del Rin) y el imperialismo alemán hacia Bagdad o hacia el Africa.

Este mismo argumento sirvió a Lenin para atacar a los gobiernos provisionales nacidos de la Revolución de febrero, tanto el de los Cadetes como el de Kerenski. Todos los que profesaban fidelidad a las alianzas, y proclamaban su voluntad de continuar la guerra, repetían el error o el crimen de la Segunda Internacional: aceptaban una forma de solidaridad con la guerra imperialista y rechazaban la única apelación digna de un socialista: transformar la guerra imperialista en guerra revolucionaria. En el siglo de las revoluciones nacionales y burguesas, Marx se preguntaba con justicia cuál de los beligerantes propiciaba, con su victoria, el desarrollo del capitalismo o la liberación de los pueblos. En el siglo XX, el progreso del socialismo posibilita otra toma de posición: *contra todos los imperialismos, por la revolución socialista.*

En este punto surge pese a todo un obstáculo: ¿qué se hace del derecho de los pueblos a guiar sus destinos, proclamado por los Estados europeos al tiempo que lo violan en todo el mundo, tanto en Africa como en Asia? Lenin, a lo largo de estos años de lucha, no vacila un instante: el socialismo hace suyo, sin reserva y sin discusión, el derecho de los pueblos a decidir sus destinos. En un artículo[29] consagrado al análisis del folleto de Junius (Rosa Luxemburg) refuta la tesis según la cual "en la época de este imperialismo desatado ya no puede haber

[28] Lenin transcribió a su cuaderno el único texto de Clausewitz en el que éste distingue las guerras políticamente defensivas de las guerras de conquista. Este texto se encuentra en los *Principios de la enseñanza,* III, 2, 1, p. 804 (1075).

[29] En el t. 22, ps. 328-343.

guerras nacionales".[30] Por el contrario, la guerra imperialista, o sea la guerra entre Estados imperialistas por el reparto del planeta, suscitará *inevitablemente* guerras nacionales por parte de las colonias o las semicolonias (China, Turquía, Persia). "Las guerras de la Gran Revolución comenzaron como guerras nacionales, y en efecto lo eran. Eran revolucionarias, pues tenían como objetivo la defensa de la Gran Revolución contra la coalición de las monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio francés doblegando a toda una serie de Estados nacionales de Europa, importantes, viables y constituídos hacía tiempo; las guerras nacionales francesas se transformaron en guerras imperialistas que *a su vez* engendraron guerras de liberación nacional contra el imperialismo de Napoleón."[31] Asimismo, e inversamente, la guerra imperialista de hoy puede transformarse en guerra nacional: transformación probable e incluso inevitable fuera de Europa por parte de las colonias o semicolonias.[32] En la misma Europa, después de haber declarado improbable esta transformación, Lenin afirma su posibilidad y piensa aparentemente en la eliminación de Austria-Hungría o incluso en las revueltas de las poblaciones alógenas en el imperio de los zares.

¿Qué ocurriría en caso de revolución socialista en Rusia? También allí las respuestas de Lenin excluyen toda ambigüedad, toda conciliación. Cita aprobatoriamente una frase de English: "Una sola cosa es segura: el proletariado victorioso no puede imponer una forma de felicidad a otro pueblo extranjero sin comprometer en ello su propia victoria".[33] Lenin, preocupado ante todo por la educación internacionalista del proletariado, buscaba una salida a una situación "muy embrollada" en la fórmula siguiente: "((. . .)) los socialdemócratas rusos y alemanes exigen 'la libertad de separación incondicional de Polonia'; los socialdemócratas polacos aceptan realizar la unidad de la lucha proletaria en un pequeño y en un gran país sin lanzar por el momento la consigna de la independencia de Polonia".[34]

El fundador de la Tercera Internacional, pues, jamás ignoró en los años de lucha las reivindicaciones nacionales, ni confundió liberación económica con liberación política. Cuando analiza el imperialismo, no discierne entre colonias y semicolonias, entre explotación económica y denominación política, más que una diferencia de grado: la naturaleza esencial del fenómeno imperialista no cambia, aunque Persia sea un Estado legalmente independiente y la India una colonia de la corona inglesa. En cambio, se opone radicalmente a las tesis, difundidas entre los socialistas, según las cuales la consigna del derecho de los pueblos a decidir sus destinos, de inspiración reaccionaria, paralizaría la necesaria

[30] *Ibid*, p. 331.

[31] *Ibid.*, p. 332.

[32] Cf. por ejemplo: "Toda guerra es la continuación de la política por otros medios. La continuación de la política de liberación nacional de las colonias las conducirá *inevitablemente* a librar guerras nacionales *contra* el imperialismo".

[33] Este texto está tomado de una carta de Engels a Kautsky, del 12 de setiembre de 1882, publicada por Kautsky en su opúsculo *El socialimo y la política colonial.*

[34] *Oeuvres*, t. 22, p. 379.

evolución hacia los vastos conjuntos económicos. Condena incondicionalmente las anexiones, reclama incondicionalmente la libertad de separación de las naciones oprimidas por la Rusia blanca.[35] "En cuanto el proletario alemán tolere la opresión de Polonia por Alemania, permanecerá en un estado peor que el del esclavo, el de la bestia usada para mantener a otros en la esclavitud."[36]

¿Se dirá que Lenin se expresa como militante y que él mismo no toma en serio este tema de propaganda? No lo creo. En uno de los textos donde defiende con mayor pasión el derecho a la autodeterminación, rechaza la hipocresía de una declaración que no se comprometiera con un programa de acción. "Si un partido socialista declara que está 'contra el mantenimiento por la violencia de una nación oprimida dentro de las fronteras del Estado que la anexó', este partido se *compromete por ello a renunciar* a conservarla *por la violencia* cuando esté en el poder."[37] En cuanto a la anexión, Lenin la define simplemente por la violencia (incorporación mediante la violencia) y por la noción de yugo extranjero; a veces también por la violación del *statu quo.* Un socialista no se opone a la violencia en cuanto tal ni a la violación del *statu quo,* pero se opone a la anexión; en otros términos, a la incorporación de un pueblo a un Estado extranjero mediante la violencia. *Y la voluntad del pueblo decidirá si hay violencia o no.*

En 1916, respondiendo a P. Kievski (I. Piatakov), en un artículo que los editores titularon *Una caricatura del marxismo* y *A propósito del "economismo imperialista"*, Lenin abordó nuevamente la cuestión del derecho de los pueblos a decidir sus destinos y expresó el fondo de su pensamiento. Este se resume en una fórmula dialéctica: "No hay ni podría haber ninguna 'contradicción' entre, por una parte, la propaganda de la libertad de separación de las naciones y la firme voluntad de realizar esta libertad cuando *nosotros* fuéramos los gobernantes y, por otra parte, entre la propaganda en favor de la incorporación y la fusión de las naciones".[38] E incluso: "Estamos a favor de la fusión de las naciones, pero *actualmente* es imposible pasar de la fusión impuesta por la violencia, de las anexiones, a la fusión voluntaria sin libertad de separación".[39] La separación de las naciones, intermedio inevitable en la marcha hacia la fusión, cumple la misma función que la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado prepara la extinción del Estado como la separación de las naciones prepara su fusión. "La separación de Polonia y Finlandia después de la victoria del socialismo sólo podrá ser muy breve."[40]

Una vez más, Lenin redacta este estudio contra la economía imperialista, no para confundir a sus lectores sino para instruirlos. Si se reúnen las tres obras principales de Lenin entre 1914 y la toma del poder, *El imperialismo, estadio*

[35] Cf. por ejemplo t. 22, ps. 180-181.

[36] *Oeuvres*, t. 22, p. 150; cf. también ps. 166-167.

[37] *Ibid.*, p. 354.

[38] *Oeuvres*, t. 23, p. 74.

[39] *Ibid.*, p. 75.

[40] *Ibid.*, ps. 73-74.

final del capitalismo, El Estado y la revolución y los múltiples opúsculos sobre la *autodeterminación de los pueblos,* la síntesis de Marx y Clausewitz se desprende por sí misma. La naturaleza de la guerra deriva de la naturaleza de los Estados, los partidos o las facciones antes de las hostilidades: en este sentido la guerra es la continuación de la política por otros medios. Imperialista, la guerra librada por Estados imperialistas impone a los socialistas un deber: la revolución que arroje por tierra al Estado para sustituirlo, antes de la desaparición del Estado mismo, por la dictadura del proletariado. ¿Qué proletariado? Un proletariado nacional, pues un pueblo que oprime a otro no podría ser libre. Una guerra se vuelve nacional, aun en la época del imperialismo, cuando un pueblo, pequeño o grande, combate por su libertad.

El pensamiento de Lenin, antes de 1917, no se desliza aún hacia la simplificación staliniana: la naturaleza de una guerra no depende *exclusivamente* del régimen interno de los Estados enfrentados. La Revolución Francesa libró guerras injustas, guerras de conquista, y los pueblos pisoteados por los ejércitos de la Revolución Francesa libraron guerras de liberación nacional. Asimismo, la síntesis leninista de Marx y Clausewitz no justifica cualquier guerra librada por la Unión Soviética. Por cierto, Lenin planteaba que un régimen socialista no atentaría contra la libertad de ningún pueblo porque el imperialismo, según él, emanaba del capitalismo. Aun así admite que "el hecho de que el proletariado haya cumplido la revolución social no bastará para transformarlo en santo y no lo pondrá a resguardo de errores y debilidades; las antipatías nacionales no desaparecerán tan pronto; el odio, por lo demás perfectamente legítimo, de la nación oprimida hacia el opresor *subsistirá* un tiempo".[41]

La síntesis leninista adolece de una debilidad (o una contradicción) intrínseca. Para definir la naturaleza de la guerra, Lenin desecha con indiferencia las pasiones nacionales y se atiene al análisis marxista de la sociedad de los Estados. En cambio, para definir la anexión, alude a la voluntad del pueblo. Condena el entusiasmo patriótico de 1914, aprueba de antemano la voluntad de separación de Finlandia, Polonia e incluso Ucrania. Una vez dueño de un Estado, el poder absoluto de los bolcheviques confundido con la dictadura del proletariado, ¿cómo resistirse a la tentación de *calificar* los acontecimientos y darles un *sentido* mediante el recurso al análisis presuntamente marxista, sin tener en cuenta los sentimientos de las masas, desorientadas por la propaganda de la burguesía? Ya en tiempos de Lenin, el tercer elemento de la síntesis, el derecho de los pueblos a la separación, de hecho había desaparecido. Sólo quedaban dos términos: los Estados imperialistas, el Estado socialista, los primeros abocados a la guerra por sus contradicciones internas; el segundo destinado, más allá de la dictadura del proletariado, a la fusión de los pueblos y su propia desaparición. Dualidad típica del jefe revolucionario, lúcido para desenmascarar a sus enemigos, preso de una fe de carbonero cuando sueña con el fin último de sus esfuerzos y sus luchas.

¿Es necesario *admirar,* como el profesor W. Hahlweg,[42] el mejor especialista

[41] *Oeuvres,* t. 22, p. 380.

[42] W. Hahlweg, "Lenin und Clausewitz. Ein Beitrag zur politischen Ideengeschichte des 20. Jahrhunderts", en *Archiv für Kulturgeschichte,* XXXVI, 1954, cuadernos 1 y 3, p. 386.

en Clausewitz de la República Federal Alemana, la interpretación leninista del *Tratado*, juzgarla *sinngemäss*, o sea acorde con el sentido que Clausewitz daba a su propio pensamiento? Confieso mi asombro. Lenin por cierto comprendió *uno* de los componentes del pensamiento clausewitziano: la totalidad política contiene la guerra, que no constituye sino un momento o incluso un aspecto siempre parcial, aun durante las hostilidades. En cambio, la filosofía de la historia que permite a la vez determinar la significación *justa* de una guerra y la *justicia* de una causa, me parece radicalmente ajena al oficial prusiano. La teoría del equilibrio europeo que éste esbozó pertenece aún al universo intelectual del siglo de las luces, aunque integre también el principio de las nacionalidades.

Por cierto, Lenin esclareció uno de los sentidos posibles de la *Fórmula*. Si se postula que la lucha de clases es la causa última de todos los conflictos entre los hombres, que una clase, a falta de encarnar la comunidad actual, prepara el porvenir y el fin de todos los conflictos, es posible interpretar una guerra particular a partir de la clase que conduce la política interna de cada uno de los beligerantes. Según estos postulados, la política no concilia los intereses de la colectividad entera y los de la humanidad sino a condición de emanar del proletariado. ¿Pero qué validez tienen estos postulados?

La interpretación leninista del *Tratado* nos arrastra de la teoría hacia las arenas movedizas de la ideología. Sesenta años después es refutada no por los servidores de la burguesía sino por el tribunal al que los marxistas apelan torpemente: la historia. La Unión Soviética y la China Popular invocan una sola y misma verdad que desmiente su conflicto.

3. Hitler y las apuestas del jefe político

¿Leyó Hitler a Clausewitz? En la primera edición de este libro yo había dado una respuesta negativa. Un crítico alemán ha mencionado un libro que demuestra que Hitler sin duda leyó atentamente a Clausewitz (Werner Maser, *Adolf Hitler*, 1973). También conoció personalmente a Ludendorff y comprendió la técnica revolucionaria de un Lenin. Puso al servicio de la comunidad racial, concebida por el primero, los métodos de agitación y de toma del poder utilizados por los partidos proletarios o el fascismo. Por último, se valió del instrumento militar heredado de la Prusia de Federico, de la Alemania de Bismarck, de la *Reichwehr* de von Seckt, con miras a una empresa aún más desmesurada que la de Napoleón.

También Hitler invierte la *Fórmula* y explicita uno de sus sentidos posibles. Las relaciones interestatales conservan, en tiempos de paz, un carácter tan conflictual como en tiempos de guerra, aunque el medio específico no sea empleado de la misma manera ni en el mismo grado. La hostilidad define la esencia del comercio entre Estados aun cuando no se expresa en y por las armas.

Como Ludendorff, sustituye el Estado por la comunidad racial en cuanto sujeto del destino histórico. Más que él, exige la eliminación de todos los elementos extraños a la comunidad racial. Al igual que él, ve en la guerra la prueba suprema de los pueblos. Superior al general-máquina en cuanto lleva una diplomacia de guerra civil y paraliza a sus adversarios fascinados invocando sus ideas, inferior a los profesionales, a los productos del gran estado mayor y la

escuela Schlieffen, pues quiere combinar todos los poderes de un Federico II y un Napoleón y dirigir los ejércitos al mismo tiempo que conduce la guerra.

En el curso de la primera fase, de enero de 1933 a setiembre de 1938, gana todos los golpes mediante procedimientos similares a los que emplean los partidos dentro de las naciones. Reta a sus rivales, se asegura por una hazaña el triunfo en el conflicto apoyándose en el sentimiento de las masas. Rearme, servicio militar obligatorio, reocupación de Renania, todas estas decisiones ganan el favor de la inmensa mayoría de los alemanes, restauran la igualdad del Reich entre los Estados. Acordes con el juicio político-moral de la opinión pública, incluso de la mayoría de la opinión neutra, crean hechos consumados que los gobiernos franceses toleran pasivamente porque para impedirlos deberían recurrir a las armas y se consideran incapaces de hacerlo.

En marzo de 1938, Hitler gana nuevamente su apuesta cuando sus consejeros temían lo peor. La intuición del demagogo supera a la experiencia de los profesionales de la diplomacia y el ejército. Los profesionales pierden prestigio mientras el Führer se hunde cada vez más en su fe mística en sí mismo y su destino. En 1938, el acuerdo de Munich le da nuevamente la razón y lo salva quizá de un golpe de Estado militar, aunque tal vez haya lamentado haber perdido la oportunidad de una guerra local. En 1939 franquea la línea que separa la paz de la guerra. En ese día de setiembre se lanzó a la senda sin regreso que lo llevó de victoria en victoria al búnker berlinés y arrastró a su pueblo con él hacia una catástrofe apocalíptica.

Esta vez Clausewitz, pese al ingenio de Liddell Hart, no figura en el banquillo de los acusados: fiscal o testigo de cargo, según las preferencias de cada uno. La responsabilidad por los bombardeos de zona (según el vocabulario inglés) o de terror (según el vocabulario alemán) no podía atribuirse al principio de aniquilación por la simple razón de que ni ingleses ni norteamericanos habían leído el *Tratado.* (Tampoco la devastación de ciudades y campos, a la cual se alude en los capítulos I, 1 y I, 2, depende del principio de aniquilación, que Clausewitz aplica ante todo a las fuerzas armadas.) También los generales alemanes, después del desastre, confiaron al escritor inglés que no habían meditado suficientemente las enseñanzas de Clausewitz y la subordinación del instrumento militar a la inteligencia política.

Claro que en 1940 K. Linnebach,[43] uno de los mejores especialistas en Clausewitz, editor del *Tratado,* descubrió una vez más el secreto de la victoria releyendo los capítulos I, 2, III, 16 o IV, 11.[44] ¿Cómo la daga del cortesano habría podido oponerse al espadón del señor? Una vez más el dios de la guerra, Hitler en vez de Napoleón, atrapó al bando que rehusaba pagar el tributo, se quiso ecónomo de sangre y buscó caminos sinuosos y resbaladizos.

De hecho, el curso de las hostilidades entre 1939 y 1945, se presta a otras dos clases de crítica clausewitziana, una relativa a la conducción política de la

[43] "Vom Geheimnis des Kriegerischen Erfolges", en *Wissen und Wehr,* año 21, 1940.

[44] Recordemos una vez más que aun en el libro IV el más cercano a la interpretación caricaturesca, la decisión depende de la pérdida de las fuerzas morales, tanto o más que de las fuerzas físicas, IV, 4, p. 248, p. 229 (429-430) y IV, 11, p. 280 y p. 263 (469).

guerra por parte de los rusos, los alemanes y los angloamericanos, otra relativa a la conducción de las operaciones por unos y otros. Simplificando, puede decirse que después de la derrota francesa de 1940, las decisiones estratégicas, tanto en el sentido amplio como estrecho de la palabra estrategia,[45] fueron tomadas por cuatro actores, individuales o colectivos: en el Tercer Reich, por Hitler o los generales; en la U.R.S.S., por Stalin ante todo; en Estados Unidos, por Roosevelt y sus consejeros militares; en Gran Bretaña, por W. Churchill y el gabinete. Dos jefes tradicionales, W. Churchill y Roosevelt; dos jefes revolucionarios, Hitler y Stalin. Los generales, incluidos los generales alemanes, pertenecían aún a la tradición.

Hasta julio de 1941 Hitler, jefe político de la guerra, obtuvo victorias deslumbrantes, casi sin equivalentes. En dos semanas, la Wehrmacht aniquiló al ejército polaco y, con la colaboración de la U.R.S.S., borró a Polonia del mapa del mundo. En cuatro semanas aniquiló el ejército francés, neutralizó la flota francesa y Africa del Norte gracias al armisticio, quitó a Gran Bretaña toda base en el continente. Cuatro semanas después del desencadenamiento de la ofensiva contra la Unión Soviética, Hitler ordenaba reducir la producción de municiones, pues le parecía que la guerra terrestre se acercaba al fin. Cuatro años más tarde se suicidaba en el búnker.

A partir de 1939 el Führer continuó sus desafíos o apuestas sucesivas, pero con el instrumento militar y ya no con simples amenazas. El estado mayor juzgaba que ni el ejército ni la economía del Reich estaban movilizados ni preparados para una guerra prolongada y total. En el Oeste sólo dejó una treintena de divisiones (once en actividad).[46]

Después de la campaña de Polonia, las reservas de municiones estaban reducidas a la mitad, las reservas de armamentos ya no alcanzaban el volumen previsto para cubrir las necesidades de los cuatro meses por venir, de acuerdo con las exigencias del alto mando del ejército. El Tercer Reich disponía menos de un avance en su movilización[47] que de una superioridad de organización y métodos operativos. Hitler, a mi entender, no renunció a la política, como sugiere su último biógrafo, Joachim Fest; apostó, como un jugador apasionado, primero a una victoria relámpago en Polonia, antes que el ejército francés pudiera actuar y ganó; luego a la superioridad del ejército alemán, al empleo combinado de los vehículos blindados y los Stukas, así como el plan Manstein (penetración a través de las Árdenas), que impuso a los dos comandantes del ejército, von Brauchitsch y Halder (respectivamente jefe del ejército y jefe de estado mayor). Obedeció a su intuición y, por hablar como Clausewitz, juzgó correctamente a sus adversarios, el pueblo francés, mal parado después de la terrible sangría, el gobierno de Francia, paralizado por las divisiones del país. Al contrario de lo que parece

[45] En sentido amplio, la estrategia abarca las decisiones propiamente políticas (¿atacar Rusia, en 1941, o librar la guerra en el Mediterráneo?); en sentido estrecho, la estrategia se limita a lo que los alemanes sitúan entre táctica y gran estrategia, las operaciones (¿en qué fecha lanzar la ofensiva contra Moscú?).

[46] Cf. Nota XVIII.

[47] El 1º de setiembre de 1939 Alemania poseía alrededor de 3.500 aparatos de todo tipo, produjo 2.500 en 1940, 10.392 en 1941 y 40.000 en 1944 (pese a los bombardeos).

pensar Liddell Hart, yo no créo que "el curso de la historia de nuestro tiempo fue cambiado, con consecuencias profundas para el porvenir de todos los pueblos, el día en que los ejércitos de Hitler franquearon las defensas occidentales, el 10 de mayo de 1940 ((. . .)); la estrecha penetración de Sedán pronto se convirtió en un gran abismo ((. . .)); el desastre provocó la caída de Francia y el aislamiento de Inglaterra. Aunque ésta logró resistir detrás de sus trincheras marítimas, la salvación sólo llegó después que una guerra prolongada se transformó en conflicto mundial. A fin de cuentas, Hitler fue vencido por el peso de América del Norte y la Unión Soviética, pero Europa despertó agotada y a la sombra de la dominación comunista".[48] Una batalla prolongada en el Oeste habría dado a la Unión Soviética aún mejores posibilidades de extender su sombra sobre Europa entera.

Para adherir al juicio del historiador, hay que suponer que "el fracaso patente de la apuesta de Hitler habría minado paulatinamente tanto la confianza de sus tropas como de la población. Un estancamiento en el frente occidental habría dado una oportunidad razonable al fuerte grupo de oposición interna a Hitler de ganar aliados y aplicar sus planes para derrocarlo antes de negociar la paz".[49] Es posible; pero el ejército francés habría sufrido, por segunda vez, el peso de la lucha y nada permite suponer que los generales alemanes, salvo en caso de una derrota en el Oeste que quedaba excluida por la superioridad de la Wehrmacht en 1940, habrían derrocado a Hitler. Por lo demás, los conspiradores, generales o conservadores nacionalistas, se habrían opuesto a Londres y Washington con la misma suspicacia que en 1944.

Durante el período de victorias relámpago que, más aún que las de Napoleón, parecen golpes de mano de vasta importancia,[50] Hitler tomó sin embargo las dos decisiones que contenían en germen la inversión, luego la catástrofe final. "En buena medida fue la intervención personal de Hitler lo que permitió al cuerpo expedicionario británico escapar en 1940 ((. . .)). Hitler impuso a sus tanques una detención de tres días." Jamás sabremos si Hitler tomó esa decisión por motivos estrictamente militares o si esperaba, al no herir el amor propio británico, favorecer la conclusión de la paz después de la derrota, ya segura, de Francia. Esta última hipótesis no es incompatible con la personalidad de Hitler, con sus intenciones políticas a largo plazo; tal vez él no deseaba la aniquilación del cuerpo expedicionario británico a cualquier precio.[51]

Asimismo, el abandono de la operación *Seelöwe* se debió a un conjunto de motivos entre los cuales figura probablemente la admiración que profesaba Hitler

[48] B. H. Liddell Hart, *Histoire de la Seconde Guerre mondiale*, París, Fayard, 1973, p. 69.

[49] *Ibid.*, p. 44.

[50] Carl Schmitt cita las palabras de un oficial prusiano. Julius von Voss, que compara la campaña de Jena con una operación guerrillera de gran importancia: *Théorie du Partisan*, nota 1, p. 313 (Calmann-Lévy, 1972).

[51] Liddell Hart, *op. cit.* ps. 79-80; J. Fest, *Hitler*, París, Gallimard. t. II, p. 305, explica la detención de los blindados por motivos estrictamente militares. Es obvio que los generales alemanes, después de la derrota, prefirieron creer en la responsabilidad de Hitler y en motivos políticos.

por el Imperio Británico. El mariscal von Manstein piensa atinadamente que la invasión de las islas británicas constituía el medio más rápido, y tal vez el único decisivo, de reducir al Reino Unido antes de la intervención de la Unión Soviética y Estados Unidos.[52] "Desde ese momento fue evidente que Hitler no había puesto en ello toda su pasión ((. . .)) No puede existir duda alguna a este respecto: Hitler siempre deseó evitar una lucha contra Inglaterra y el Imperio Británico ((. . .)) Lo admiraba como realización política ((. . .)) Hitler sabía que si ese imperio era destruido, el heredero no podría ser él ni Alemania, sino Estados Unidos, Japón o la Unión Soviética ((. . .)) Sus concepciones políticas se oponían a las necesidades estratégicas que se imponían después de la derrota de Francia. La desdicha fue que no encontraron ningún eco en el bando británico".[53]

El mariscal von Manstein expresa la opinión del sector del ejército que creía en el éxito e impulsaba con mayor ímpetu los preparativos. El mismo, comandante del 38º cuerpo de ejército, pertenecía a la primera oleada de desembarco. No viene al caso especular sobre las posibilidades de triunfo de una operación riesgosa que nunca se realizó. Lo cierto es que el alto mando alemán no había preparado, antes de la caída de Francia, ningún plan de asalto contra las islas británicas. Hitler mismo lanzó la campaña de Polonia sin plan de guerra, a la manera de una nueva mano de póker, comparable a la reocupación de Renania, e improvisó la conducción de una guerra que él había deseado, pero no pensado de antemano, salvo a grandes rasgos. El alto mando de 1914 sólo disponía de un plan: una victoria de aniquilación en el Oeste antes de volverse contra Rusia. Hitler se decidió golpe a golpe, esperando cada vez ganar la apuesta y no repetir los errores de la Primera Guerra.

A fines de 1940 se previó la operación *Barbarroja* para la primavera del año entrante. Al mismo tiempo, Hitler se lanzó por propia voluntad a una guerra en dos frentes, pese a las lecciones que había recibido de la experiencia de 1914-1918. Una vez abandonado el proyecto *Seelöwe,* ¿podría el Tercer Reich constreñir a Gran Bretaña a firmar la paz, si no vencerla decisivamente, antes que la Unión Soviética atacara a su vez? Al postular la hostilidad territorial de la Unión Soviética, Hitler no se equivocaba. Celebrando en Moscú la firma del pacto germano-ruso, Stalin evocaba el amor del pueblo alemán por su Führer y Ribbentrop saludaba el encuentro de las dos revoluciones, un encuentro esencialmente breve que no sobrevivió al reparto de Polonia. Una Alemania soberana del Vístula a Brest y de Hamburgo a Atenas despertó en la Unión Soviética el temor a las grandes invasiones: la horda, ahora mecanizada, vendría del Oeste. Aun así Hitler podía abrigar esperanzas, mediante operativos en el Cercano Oriente, mediante una intensa guerra submarina, mediante el bombardeo de las ciudades inglesas, de desalentar la voluntad de victoria de los partidarios ingleses de la guerra a ultranza.

Parece que obedeció a tres argumentos, dos militares y uno político. Juzgaba que durante varios años estaría a salvo de una tentativa inglesa de

[52] Eric von Manstein, *Victoires perdues,* París, 1958, ps. 112-124.

[53] *Ibid.,* p. 125.

reconquista del continente. Estimaba que la Wehrmacht era capaz de destruir el ejército ruso en pocos meses (no se habían tomado previsiones para una campaña de invierno). Respetaba el Imperio Británico y odiaba el marxismo y el comunismo.

Desde luego, retomaba además una vieja idea alemana, la expansión hacia el Este, la conquista de nuevos territorios con miras a la ampliación del espacio vital a expensas de los eslavos, los *Untermenschen.* En Ucrania el Reich encontraría zonas trigueras que lo pondrían a cubierto de una hambruna como la de 1918; en el Cáucaso los pozos de petróleo sin los cuales un ejército motorizado se paraliza. Hitler permanentemente condujo la guerra como político. Prefería abatir la Unión Soviética antes que el Imperio Británico; no impuso el mismo régimen de ocupación a los franceses que a los polacos, a los belgas que a los rusos. Creó durante las hostilidades ciertos "hechos consumados" que consideraba finalidades bélicas (por ejemplo, el exterminio de los judíos). Aun el 27 de enero de 1944 dirigió una alocución a los comandantes de los grupos de ejército del frente oriental sobre la necesidad de introducir la formación nacionalsocialista en el ejército.[54]

¿Hitler refuta así la tesis de la supremacía de la política después que la Primera Guerra había revelado las consecuencias fatales de cierta interpretación del principio de aniquilación? La refutaría si Clausewitz, teórica o prácticamente, hubiera dado razón a la lógica política contra la gramática militar. El escribió que la gramática militar debe someterse a la lógica política, e incluso que no se corrigen los errores lógicos invocando reglas gramaticales.

Como Napoleón, Hitler acumuló triunfos, entre el 31 de enero de 1933 y el 15 de agosto de 1941, mientras actuó como jefe revolucionario y captó intuitivamente las flaquezas, morales y materiales, de sus adversarios. Ignoró ante todo la resolución del enemigo tradicional de los conquistadores, Gran Bretaña, y no calibró el alcance de la hostilidad irremisible que se había granjeado en la potencia insular. Ignoró luego el obstáculo que la inmensidad del espacio ruso continúa oponiendo a los invasores. Por último, desconoció la lección que el mismo Clausewitz había inferido de su experiencia: sólo las disensiones internas de los Estados o las naciones posibilitan las conquistas en Europa.

Releamos las últimas líneas de la campaña de Rusia narrada por Clausewitz, quince años después del acontecimiento. "Bonaparte quería librar y terminar la guerra en Rusia como la había librado y terminado en todas partes. Empezar con golpes decisivos y valerse de las ventajas así obtenidas para asestar nuevos golpes; apostar siempre sus ganancias a una sola carta hasta que saltaba la banca, en eso consistía su método, y podemos decir que debió a ese método el éxito colosal de que gozó en este mundo ((. . .)) Por lo tanto, para él era imperiosamente necesario terminar esta guerra en una, a lo sumo dos campañas. Hasta entonces el plan de todas las guerras había consistido en abatir y aniquilar los ejércitos del adversario, apoderarse de la capital, echar al gobierno al último confín de su territorio y ganar la paz en el primer disturbio. En Rusia, tenía contra él la extensión inmensa del país y el hecho de que había dos capitales alejadas una de otra. Esperaba compensar el efecto moral que así perderían sus triunfos militares

[54] E. von Manstein, *op. cit.*, p. 405.

con dos elementos: la debilidad del gobierno ruso y las disensiones que podía llegar a engendrar entre este gobierno y los grandes del Imperio. Estas dos esperanzas fueron frustradas. Bonaparte debía contar con no terminar esta guerra sino después de dos campañas; pero no por ello carecía de importancia para él ocupar Moscú durante la primera campaña. Si echaba mano de esta capital, tendría esperanzas de sofocar todo preparativo para una resistencia ulterior, tratando de imponerse a ellos mediante las fuerzas que le quedarían, de confundir en todo sentido la opinión pública y de disuadir al pueblo del sentimiento del deber."[55]

Este juicio sigue siendo válido literalmente, con el solo recaudo de transferir las nociones de "debilidad del gobierno y disensiones entre el gobierno, y los grandes del Imperio" a las relaciones entre el régimen stalinista y los pueblos de la Unión Soviética. Ahora bien, en la Unión Soviética había disensiones virtuales entre los gobernantes y las poblaciones. Los historiadores, libres de contar lo que ocurrió, hoy no dudan que muchos alógenos e incluso rusos blancos, al principio de la campaña, recibieron bien, o al menos sin odio, a las tropas alemanas.

Hasta el general Eric von Manstein. gran soldado, pero mediocre político, uno de los generales alemanes más indulgentes con respecto a Hitler, tomó conciencia de la contradicción entre las metas contempladas y los medios aplicados por Hitler. "Ante todo Hitler cometió un error (es lo menos que puede decirse) al subestimar la fuerza del régimen soviético, las fuentes de poderío del país y el valor del Ejército Rojo. En consecuencia, partió de la hipótesis de que podía vencer *militarmente* a Rusia *en una sola campaña.* Para ello, de ser posible, habría sido necesario simultáneamente el derrumbe interno del régimen. Sin embargo, la política que Hitler hizo seguir en las regiones ocupadas del Este por sus Reichskommissäre y el SD –contrariamente a las apiraciones de las autoridades militares– sólo podía surtir el efecto contrario. Aunque deseaba destruir prontamente el poderío soviético, actuó en el dominio político de una manera diametralmente opuesta a su estrategia. En otras guerras se han manifestado a menudo divergencias de objetivo entre la dirección política y el mando militar, pero en este caso particular una y otro se encontraban en manos de Hitler; de ello sin embargo resultó que su política oriental cobró un sentido exactamente inverso al de las necesidades estratégicas; así desapareció la única oportunidad de obtener una victoria tan rápida como fuera posible."[56]

Aun después de la derrota de la Wehrmacht ante Moscú conoció a un general del ejército ruso que había participado en el triunfo decisivo de diciembre de 1941 para pasarse al bando de los invasores por odio al régimen soviético. Comunidad racial, el Tercer Reich combatía a los pueblos racialmente inferiores con el fin de adueñarse de un espacio vital y poblarlo. La sustitución del Estado tradicional por el Estado "racial", algo que Eric von Manstein nunca atinó a comprender del todo, implicaba lógicamente una conducción "racista"

[55] H. W., VII, ps. 239-241 (ps. 201-223).

[56] E. von Manstein, *op. cit.*, p. 132. El autor se justifica por haber aplicado la directiva de Hitler, ordenando la ejecución inmediata de los comisarios políticos del ejército ruso, ps. 134-135.

de la guerra que contribuyó a la victoria de Stalin y al crepúsculo de los dioses germánicos.

Ironía de la historia. Los dos regímenes que, según los votos de E. Ludendorff, querían crear una comunidad espiritual con miras a una guerra total, tuvieron más "traidores" que los regímenes democráticos. La política hitleriana en los territorios ocupados reconstituyó progresivamente la unidad de la nación (o las naciones) contra el invasor. Stalin, a diferencia de Hitler, exhortó a su pueblo a una "guerra patriótica" y no a una guerra por el triunfo del marxismo-leninismo. En 1944, los patriotas alemanes querían salvar a Alemania y su honor derrocando al tirano. En la misma fecha ya no quedaban esperanzas para los patriotas rusos antistalinistas: el Reich hitleriano quería valerse de ellos, no ayudarlos; los angloamericanos los entregaban a Stalin. Los dos jefes revolucionarios libraban una guerra política. Roosevelt anteponía a los problemas políticos la aniquilación militar del enemigo.

4. La conciliación imposible

El Tercer Reich movilizó sus fuerzas antes y no durante las hostilidades. En mayo de 1940, los alemanes no gozaban de superioridad en el número de divisiones ni en el número de tanques. Sólo la aviación disponía de mil aparatos más que el adversario. Dos factores explican la celeridad de la victoria: la innovación táctica y operativa de las divisiones blindadas actuando en estrecha cooperación con los bombarderos, la sustitución del plan del gran estado mayor (que habría podido aplicarse en caso de que el ataque se hubiera lanzado, según los deseos de Hitler, en noviembre de 1940) por el plan Manstein, cuando el primero cayó por azar en manos de los belgas, y por lo tanto del estado mayor aliado.[57]

El mando francés se dejó imponer por el consejo supremo, y luego por los jefes políticos, una maniobra riesgosa. Tal como en 1914, tomó las decisiones esperadas por el enemigo. En 1914 tuvo tiempo de enmendar sus errores; en 1940 no tuvo la menor oportunidad y Paul Reynaud pudo decir, el 15 de mayo, "la batalla está perdida". Todo o casi todo cuanto poseían los anglofranceses en divisiones capaces de movilidad, la punta de lanza, había sido enviado en auxilio de Bélgica u Holanda, con miras a una batalla de choque; la penetración por las Ardenas y el avance de los blindados hacia el Mar del Norte, a menos que se lanzara una contraofensiva inmediata desde el Norte y el Sur, condenaban a la aniquilación al ejército belga y las divisiones francesas de avanzada. Como para ilustrar la diferencia radical entre la aniquilación de un ejército y la matanza mutua, la Wehrmacht no tuvo más que 27.000 muertos (contra 135.000 del otro bando) durante la Batalla de Francia.

Los especialistas han discutido y tal vez discuten aún sobre la relación entre Clausewitz, la escuela Schlieffen y las victorias de aniquilación, en el Oeste y el Este, en 1939, 1940 y 1941. Las discusiones parecen equívocas para un lego. Los generales alemanes, bajo la influencia de Clausewitz, según H. Rosinski, evocando las victorias napoleónicas de Moltke y las enseñanzas impartidas en la Academia

[57] Liddell Hart, *op. cit.*, p. 44.

Militar, según otros, estaban obsesionados por la noción de aniquilación y la idea de la victoria de aniquilación. Noción e idea que pertenecían tanto a Clausewitz como a Moltke y Schlieffen.

La diferencia consiste en que este tipo de victoria no representaba para el primero sino un caso límite, dada una superioridad irrecusable, cuantitativa o cualitativa, y una voluntad ofensiva, política o estratégica. Ninguna forma geométrica poseía, según el autor del *Tratado*, un valor eminente, exclusivo, en todas las circunstancias. Moltke, dotado de la superioridad que Clausewitz consideraba necesaria para la estrategia ofensiva de aniquilación, y también contrario al dogmatismo, consumó operaciones que Clausewitz juzgaba peligrosas y reunió ejércitos que venían de direcciones diferentes en el campo de batalla de Königgrätz y Sedán.

Mientras Liddel Hart[58] ve en el autor del *Tratado* al profeta de la matanza mutua, H. Rosinski[59] atribuye a la influencia persistente, tal vez inconsciente, de Clausewitz, el sentido de la movilidad, o sea de la sorpresa, la busca de la ofensiva, del desborde y el envolvimiento del ejército enemigo con miras a triunfos decisivos. Schlieffen se remite obviamente a Clausewitz, interpretando como el maestro de la movilidad y la batalla de aniquilación.

En cambio, la escuela Schlieffen, si nos atenemos a la enseñanza dogmática que le atribuyen sus adversarios, comete el error denunciado por Clausewitz de elegir una forma geométrica como si ésta poseyera una eficacia siempre superior a todas las otras formas. Según esta hipótesis, Schlieffen y su escuela se sitúan en la línea del "orden oblicuo", de la trasposición a la estrategia del ataque sobre un ala, en busca del desborde, luego del envolvimiento. En 1911, Schlieffen extendía cada vez más la amplitud de la maniobra porque preveía la violación de la neutralidad holandesa.

Si definimos la escuela Schlieffen por el envolvimiento y el rechazo de la penetración, el plan Manstein, que se basaba en la penetración de las Ardenas, no pertenece a la posteridad de la escuela. Pero el conde Schlieffen era ante todo un "operador", incluso un operador de genio. No creía en las posibilidades de la ruptura en el estado de los armamentos y la táctica de su época. Un discípulo de Schlieffen que en 1939 no hubiera tenido en cuenta las posibilidades ofrecidas por los tanques y la generalización del transporte automotor habría cometido el error que Clausewitz denomina "metodismo" estratégico. También entre 1919 y 1939 se sitúa la Reichswehr del general von Seckt, ejército profesional, ejército aristocrático basado en el movimiento.

La idea[60] de las divisiones blindadas y las incursiones de los blindados a

[58] Más atinadamente, T. E. Lawrence dirige esa acusación contra Foch. *Les Sept Piliers de la Sagesse*, París, Payot, 1937, l. I, cap. 33, ps. 237-238.

[59] Cf. Nota XIV.

[60] Los franceses atribuyen la idea al general de Gaulle. Tal vez éste la había discutido con el general Tukatchevski en la fortaleza de Ingolstadt, donde ambos estuvieron prisioneros durante la Primera Guerra. Pero me parece indudable que la idea de la penetración profunda de las fuerzas blindadas había sido concebida en Inglaterra y que la primera demostración se había hecho en maniobras con una fuerza blindada experimental. La mayor parte de los generales alemanes habían sido tan escépticos al respecto como los generales franceses e ingleses.

larga distancia viene de los ingleses, de Liddell Hart y de Fuller, aunque el estado mayor británico, conservador como el francés, dejó a los alemanes el privilegio de explotar a fondo la primicia. La ruptura del frente mediante los blindados ofreció un nuevo método de envolvimiento y aniquilación.

Hitler y sus generales tuvieron muchas disensiones en el curso de la campaña rusa, pero me parece imposible traer a colación la escuela de Schlieffen o la influencia de Clausewitz para interpretar los errores cometidos por Hitler o el alto mando militar. El Führer y sus consejeros uniformados compartían la misma ilusión: el 3 de julio Halder escribía en su diario: "No es adelantarse demasiado decir que la campaña de Rusia se ganó en 15 días".[61] Hitler, por su parte, pensaba que las operaciones terminarían a mediados de setiembre. El esfuerzo armamentista se desplazaba hacia los submarinos y la aviación. Los responsables ya pensaban en el retorno de las tropas.

Un mes más tarde, en agosto, se produjo uno de los grandes debates estratégicos, de una importancia que no le va en zaga al que había concluido, el año anterior, con el abandono del proyecto *Seelöwe* y la aprobación del proyecto *Barbarroja:* ¿convenía o no concentrar las mejores tropas en el centro para lanzarse directamente hacia Moscú? Los jefes del OKH, von Brauchitsch y Halder, suplicaron en vano a Hitler que lanzara un ataque directo sobre la capital. Repetían, probablemente sin saberlo, los motivos por los cuales Clausewitz justificaba retrospectivamente el plan de Napoleón. No se puede conquistar un espacio tan vasto como el imperio de los zares, se puede destruir los ejércitos y tomar la capital. Hitler optó por destruir *algunos* ejércitos y postergó dos meses el asalto a la capital. El ejército del centro puso unidades motorizadas a disposición de los sectores del Norte y el Sur. Cuando, dos meses más tarde, en noviembre, tras victorias espectaculares pero no decisivas, Hitler decidió lanzar una última ofensiva para tomar Moscú antes del invierno, von Brauchitsch y Halder multiplicaron en vano las objeciones.

Según el mariscal von Manstein, el desacuerdo entre Hitler y el comando (OKH) derivaba de una divergencia radical sobre los objetivos en la guerra, por emplear el lenguaje clausewitziano. "Los objetivos estratégicos de Hitler resultaban ante todo de consideraciones *políticas y económicas.* Consistían, por una parte, en capturar *Leningrado,* que él consideraba la cuna del bolchevismo y debía garantizarle la alianza con los finlandeses y el dominio del Báltico; por la otra, en adueñarse de *Ucrania,* país de materias primas, de la región industrial de Donetz y, por último, de los campos petrolíferos del *Cáucaso.* Así esperaba paralizar la economía de guerra de los soviéticos. En cambio, el OKH sostenía con acierto que la conquista de estas regiones, sin duda de gran importancia estratégica, implicaba una condición previa: que el Ejército Rojo quedara fuera de combate ((. . .)) La caída de Moscú prácticamente habría partido en dos la resistencia soviética, incapacitando al mando ruso para organizar una operación conjunta".[62] La disensión estalló el mes de agosto de 1941, porque había que elegir entre la busca de la decisión en ambas alas o en el centro. Ella afectó todo

[61] Citado por J. Fest, *Hitler,* París, Gallimardd, 1973, t. II, p. 332.

[62] E. von Manstein, *op. cit.,* p. 132.

el curso de la campaña. Hitler no alcanzó sus metas, por lo demás demasiado alejadas entre sí, estropeando la concepción del OKH.

Dos veces más, después de 1941, las obsesiones políticas de Hitler fueron tal vez el origen de decisiones militares: el sitio de Leningrado y más aún la batalla de Stalingrado revestían, en el espíritu del Führer, una significación simbólica. Estas dos ciudades tenían respectivamente el nombre de quien había fundado y quien gobernaba la Unión Soviética. Atacaba al odiado comunismo al atacar a golpes redoblados las ciudades que llevaban los nombres detestables de Lenin y Stalin. Con esta obsesión, Hitler se alejaba ya de la psicología normal.

Durante la segunda fase de la campaña, después de la inversión de la relación de fuerzas, el conflicto entre Hitler y sus generales se centró esencialmente sobre el método de la defensiva. A principios del invierno 1941–1942, cuando el ejército alemán fue repentinamente sorprendido por el frío a cientos de kilómetros de las bases, los comandantes del ejército, von Brauchitsch y Halder, que ya antes de la última ofensiva sobre Moscú recomendaban la retirada para poner al ejército a resguardo del invierno y los contraataques soviéticos, insistieron aún con más fuerza en una defensa elástica, según la enseñanza tradicional. Hitler impuso un método operativo completamente diferente: "Prohibido retroceder". De esta orden surgieron los "erizos", contrapartida exacta de la movilidad a la que el ejército alemán debía sus victorias de 1939 a 1941. "Su decisión parecía conducir al desastre, pero una vez más los acontecimientos le dieron la razón." Y Liddell Hart cita, en apoyo de este juicio, las declaraciones de un general alemán (von Tippelskirch): "La meta principal consistía en conservar las ciudades importantes, nudos de comunicación ferroviaria y rutera. Según el método indicado por el mismo Hitler, formamos el "erizo" alrededor de estas ciudades, rodeándolas con un cinturón protector, y logramos conservarlas. Se había salvado la situación".[63] Y el general von Tippelskirch continúa: "((. . .))" los hombres recordaban con aprensión la retirada de Napoleón después de Moscú. Si también ellos se hubieran replegado, la retirada habría podido convertirse en derrota". A lo cual el mariscal von Runstedt replica, sin contradecir a su interlocutor: "Fue justamente la decisión de Hitler de resistir donde estábamos lo que provocó el peligro. Si hubiera accedido a una retirada oportuna, el peligro no habría existido".

Políticamente, el mayor error de Hitler consistió en someter a las poblaciones de los territorios ocupados a un régimen despiadado e incitarlas así a unirse a Stalin y la guerra patriótica. Militarmente, el mayor yerro consistió primero en retardar la ofensiva contra Moscú, luego en lanzarla cuando era demasiado tarde, en haber postergado la orden de retirada hasta el momento en que la resistencia inmóvil se transformó en el recurso supremo. Tal vez salvó al ejército obedeciendo a su intuición contra el parecer de los consejeros militares, pero el precio pagado fue enorme, tanto en hombres como en material.[64] Al final, convencido más que nunca de su genio, Hitler no escuchó más a nadie.

[63] B. H. Liddell Hart, *Les Généraux allemands parlent*, París, Stock, 1948, p. 207. El título del original inglés es *The Other Side of the Hill*.

[64] "El avituallamiento aéreo de todos los sectores aislados de un frente tan vasto engendró un esfuerzo excesivo de la Luftwaffe que resultó catastrófico", Liddell Hart, *op. cit.*, p. 210.

A partir de 1942 la Wehrmacht siguió obteniendo victorias, pero sería inútil buscar líneas rectoras de las operaciones. Los expertos en economía, en Alemania, reclamaban la captura del petróleo del Cáucaso, que juzgaban indispensable para la continuación de la lucha. Los generales, en el frente, no conocían los datos exactos de la economía y deseaban destruir los ejércitos soviéticos. De ello resultó una dispersión de fuerzas. La Wehrmacht resistió sin el petróleo del Cáucaso hasta 1945. Stalingrado habría podido tomarse sin disparar un tiro a fines de julio de 1942[65]. La ciudad no constituía uno de los objetivos principales de la ofensiva; pasó a serlo luego, por decisión de Hitler, y signó simbólicamente la victoria de Stalin sobre Hitler, de los defensores rusos contra los invasores, unos y otros igualmente heroicos.

He encontrado, en boca de los generales alemanes, una sola referencia a Clausewitz. "Para mi generación, las enseñanzas de Clausewitz habían pasado de moda, aun en tiempos en que yo estaba en la Escuela de Guerra y en el estado mayor general. Todavía se lo citaba, pero ya no se lo estudiaba atentamente. Sus obras, se pensaba, procedían más de la filosofía militar que de la enseñanza práctica. Había más interés en los libros de Schlieffen, que parecían más prácticos porque estudiaban el problema siguiente: ¿cómo un ejército de poder inferior al de sus adversarios aliados —era el caso de Alemania— podía vencer a esos adversarios en dos frentes? No obstante, las reflexiones de Clausewitz siempre eran válidas, especialmente su doctrina: la guerra es una continuación de la política por otros medios. De ello se sobreentendía que los factores políticos son más importantes que los factores militares. El error de Alemania consistió en creer que un triunfo militar podía resolver sus problemas políticos. Al extremo de que, bajo los nazis, casi habíamos invertido la máxima de Clausewitz y terminamos por considerar la paz como una continuación de la guerra. Clausewitz también había acertado al prever la dificultad de conquistar Rusia."[66]

Pese a todo, Hitler tenía mayores posibilidades de conquistar Rusia que Napoleón, tan grande era la superioridad de sus armas, y a tal punto los rigores del stalinismo habían sembrado semillas de disensión.

Pese a las leyendas, los generales alemanes se habían convertido, desde antes de 1914, en discípulos de Schlieffen antes que en discípulos de Clausewitz o aun de Moltke. Como dice von Kleist, se preocupaban por los medios para vencer decisivamente una coalición que disponía de recursos superiores gracias al virtuosismo operativo. El famoso plan Schlieffen, en su genial simplicidad, representó la solución del problema. La inmensa mayoría de los militares, actores o historiadores, achacó primero a Moltke el joven, luego a Falkenhayn, la responsabilidad de la derrota. Alemania debía triunfar o perecer: *tertium non datur.* El único jefe de la Primera Guerra que probablemente abrevaba en otra filosofía la desacreditó mediante la "matanza mutua" y la "picadora de carne" de Verdún. El más inteligente de los historiadores militares, Liddell Hart, sólo vio en Erich von Falkenhayn a un "realista inflexible", "el general más capaz y más científico, ahorrativo en cabos de vela y pródigo en gastos gruesos, que jamás haya conducido a su país a la ruina por su negativa a correr riesgos calculados. La

[65] *Ibid.*, p. 234. Según el relato del general von Kleist.

[66] Liddell Hart, *op. cit.*, p. 213.

limitación de los riesgos conduce al fracaso".[67] Liddell Hart separa las decisiones militares, en el nivel más alto, de la conducción política de la guerra, o sea de los objetivos *en* la guerra. Parece[68] admitir, por postulado, que el único objetivo que podía y debía proponerse el alto mando, al menos en el bando alemán, era una victoria militarmente decisiva. A partir de este postulado, Ludendorff lleva las de ganar sobre E. von Falkenhayn, aunque éste probablemente rechazaba el postulado. Pero si la guerra ya no podía ganarse después de la derrota del Marne en 1914, como el mismo Liddell Hart ha escrito en otros trabajos, la audacia del equipo Hindenburg-Ludendorff conducía a la catástrofe tanto como la prudencia del jefe solitario. En todo caso, el tránsito, en 1917, de una estrategia que contemplaba una paz negociada a una estrategia de victoria total, pese a la intervención de Estados Unidos, implicaba un riesgo enorme.

En sentido contrario, con una asombrosa ingenuidad, el general von Manstein, haciendo el balance del invierno 1942-1943, concluye: "Evidentemente, el alto mando habría debido llegar a la conclusión de que era preciso, a cualquier precio, buscar un entendimiento al menos con uno de los adversarios, y comprender que a partir de entonces, en el frente oriental, era preciso perseguir un solo objetivo: economizar fuerzas".[69] Explica además por qué se oponía a toda tentativa de derrotar a Hitler con un golpe de Estado. No se le ocurre que entre el deseo de conciliación con uno de los dos adversarios y la conservación de Hitler en el poder existía una contradicción. Más aún, si los angloamericanos querían destruir no sólo el régimen nacionalsocialista sino a la misma Alemania,[70] según escribe unas páginas más adelante, no quedaba más que un segundo encuentro de dos revoluciones, o sea un segundo pacto Hitler-Stalin. No nos ensañemos con el general alemán: en muchas oportunidades Roosevelt y Churchill temieron semejante conciliación. Los generales alemanes compartían con el presidente norteamericano la misma incomprensión de los déspotas revolucionarios.

Suponiendo que Stalin, jamás prisionero de una opinión pública que él manipulaba, hubiera accedido por segunda vez al encuentro de las dos revoluciones, ¿por qué lo habría hecho? ¿Con qué promesa Hitler habría podido convencerlo de renunciar a la victoria? Por cierto, desde la primavera de 1942, una estrategia a lo Federico II ofrecía las mayores oportunidades de evitar la derrota. Permitía resistir en el Este y oponerse a las tentativas de desembarco en el Oeste con fuerzas más importantes de las que retardaron el avance angloamericano en Africa del Norte, Normandía, las Ardenas. ¿Pero cómo no reproducir las razones que da Clausewitz para explicar la negativa de Napoleón a una conquista metódica de Rusia?

Hitler, tal como estaba, no podía convertirse en 1942 a la prudencia de Federico II. Un aventurero o un demagogo no actúa del mismo modo que un

[67] *Réfutations*, Payot, París, 1931, p. 69.

[68] Digo *parece* porque, según su propia filosofía, debería pensar de otra manera.

[69] Manstein, *op. cit.*, p. 333.

[70] *Ibid.*, p. 338.

soberano legítimo. Aun después de Stalingrado, se empecinó en el método que había elegido de una vez por todas –resistir sin retroceder– porque tal vez había evitado lo peor en diciembre de 1941. Una conversión a la estrategia de Federico no habría salvado al Tercer Reich, y Hitler, en 1943, había ligado con sus crímenes el destino de Alemania a su propio destino. No le interesaba el porvenir de su pueblo vencido.

Lo cierto es que los dirigentes hitlerianos continuaron esperando hasta el fin contra toda esperanza; el día de la muerte de Roosevelt, Goebbels evocó la paz de Hubertsburgo, que salvó a Prusia después de la muerte de la emperatriz de Rusia. Cuando no quedan más oportunidades de vencer, ni siquiera de resistir mucho tiempo, el último recurso es esperar. ¿Qué? Sólo lo imprevisible. Hitler jamás habría capitulado. El triunfo de la conspiración del 20 de julio habría abreviado la agonía del Tercer Reich sin librar a Alemania de la exigencia de capitulación incondicional. Roosevelt no quería repetir los errores de Wilson.

A lo largo de los años que corrieron entre agosto de 1914 y noviembre de 1918 la voluntad de abatir al enemigo sustituyó la voluntad de alcanzar fines definidos. La aniquilación de los ejércitos rivales permitiría dictar la paz. Del agotamiento de Rusia, y luego de los imperios centrales, surgieron las revoluciones y la victoria aliada.

Librada por jefes revolucionarios, la Segunda Guerra fue, por esencia y no por accidente, revolucionaria. Ni la Unión Soviética ni el Tercer Reich podían sobrevivir a una derrota, y tampoco las democracias liberales de Europa. Pero los dirigentes[71] de estas últimas jamás comprendieron cabalmente la guerra que se libraba entre los dos hombres y los regímenes que encarnaban. Monstruosos ambos, Hitler y Stalin, uno delataba sus ideas con sus crímenes, el otro las aplicaba. Las armas decidieron en favor del monstruo que no obraba en favor del triunfo de una doctrina monstruosa, y se hizo justicia.

De 1939 a 1941 la propaganda stalinista a través del mundo, siguiendo el ejemplo de Lenin de 1914 a 1917, lanzó contra todos los beligerantes la misma acusación de imperialismo. En la primavera de 1941, la guerra, imperialista hasta entonces, cambia de sentido. Lenin, declara Stalin en su discurso del 6 de noviembre de 1941, "distinguía dos géneros de guerra, las guerras de conquista, por lo tanto injustas, y las guerras de liberación, las guerras justas. Los alemanes libran actualmente una guerra de conquista, una guerra injusta que procura arrebatar territorios ajenos y sojuzgar a otros pueblos ((. . .)) A diferencia de la Alemania hitleriana, la Unión Soviética y sus aliados libran una guerra de liberación, una guerra justa que procura liberar de la tiranía hitleriana a los pueblos sometidos de Europa y la U.R.S.S.". Iba aún más lejos en la defensa de sus aliados, pues recordaba que en Inglaterra y Estados Unidos "existen sindicatos de obreros y empleados, partidos obreros, un parlamento, mientras que en Alemania todas estas instituciones han sido abolidas por el régimen hitleriano".

Las circunstancias obligaban a Stalin a hablar un idioma diferente del que usaba Lenin en 1914. Pero refutó la interpretación leninista de la *Fórmula* con

[71] Cf. Nota XVIII.

sus actos más aún que con sus palabras. En noviembre de 1941 proclamaba: "No nos proponemos ni podemos proponernos objetivos bélicos como la anexión de territorios ajenos y el sometimiento de pueblos extranjeros. ((. . .)) No nos proponemos ni podemos proponernos objetivos bélicos como imponer nuestra voluntad y nuestro régimen a los pueblos eslavos y a otros pueblos sometidos de Europa que esperan nuestra ayuda". Ya sabemos qué ocurrió después.

CAPITULO III

El armamento del pueblo

La Convención proclamó el reclutamiento en masa, la movilización del pueblo entero contra el enemigo y la contrarrevolución. Los "patriotas" prusianos intentaron, aunque en vano, armar a los civiles sin siquiera vestirlos de soldados, y convertirlos en partisanos.[1] +

Después de 1815, el teórico meditó sobre los acontecimientos de su época, sobre aquellos en que participó, como la campaña de Rusia, y sobre aquellos que seguía de lejos en tiempos de la lucha, o los que estudió más tarde en los libros: se encontró entre sus papeles un conciso relato de la guerra de España redactado en francés,[2] un relato de la guerra de Vendée.[3] La suerte de la milicia o reserva territorial *(Landwehr)* se transformó en objeto de la querella entre patriotas y reaccionarios. El éxito de los reaccionarios agudizó la amargura del oficial que tascaba el freno en el comando administrativo de la Escuela de Guerra.

El *Tratado* conserva la impronta de las experiencias vividas por un oficial que hasta 1815 combatía contra un conquistador. En el capítulo 2 del libro V el lector encuentra a menudo, a propósito de la definición de ejército, una observación llamativa: "Sería pedante reclamar la denominación de ejército para cualquier guerrilla que libre su acción propia en una provincia alejada. Aun así debe destacarse que nadie se sorprende cuando hablamos del ejército de los vandeanos durante las guerras de la Revolución, aunque no lo fue de ninguna manera".[4]

[1] En el sentido dieciochesco de esta palabra. Una partida es un destacamento que bate la campaña.

+Se utilizará a veces el galicismo "partisano" en vez de "guerrillero" para destacar ciertas implicaciones etimológicas: el sentido de "soldado ligero que integra una partida", aclarado en la nota inmediatamente anterior, y el de "partidario", de militante que combate por la defensa de una idea política y no sólo por la defensa del territorio ocupado. *(N.d.T.)*

[2] Hahlweg, t. I, ps. 599-611.

[3] H. W., t. X.

[4] V, 2, p. 307 y p. 293 (501).

Es sobre todo en el libro VI donde aparece el doctrinario de la defensa nacional, un libro que los oficiales franceses entre 1880 y 1914 se negaban a comprender, que no figura en los extractos publicados en Estados Unidos y cuyo alcance sólo captaron los revolucionarios. Durante un siglo, el estado mayor, prusiano o alemán, e incluso todos los estados mayores de los ejércitos europeos, ocultaron el capítulo 26 del libro VI, capítulo esencial, puesto que el oficial que durante dos años había dictado el curso sobre la "guerra pequeña" a la usanza de los oficiales, escribe, por así decirlo, la introducción a un curso sobre la "guerra pequeña" a la usanza del pueblo en armas, en el marco de la dialéctica del ataque y la defensa.

1. El armamento del pueblo: 1813, 1871

Dejemos provisionalmente de lado la dimensión política del armamento del pueblo y consideremos el aspecto propiamente militar (o táctico) de la "guerra pequeña". Esta, como hemos visto,[5] se define por la limitación de los efectivos que participan simultáneamente en un combate (300 a 350 hombres a lo sumo). La guerrilla consiste, pues, a criterio de los teóricos, en una guerra pequeña librada por irregulares, por soldados improvisados, que no han recibido formación militar y que no forman cuadros a la manera tradicional. La teoría formula los principios o las reglas válidas para la "guerra pequeña" librada por irregulares.

Según su método de costumbre, Clausewitz precisa ante todo las condiciones en las que se posibilita el armamento del pueblo: es necesario que la guerra se libre en el interior del país, que el resultado no se decida en una sola batalla perdida, que el teatro de operaciones cubra un espacio suficientemente vasto, que el pueblo[6] esté dispuesto, por su temperamento, a tolerar las medidas tomadas, y por último que el terreno sea escarpado, de difícil acceso, a causa de las montañas, valles, pantanos, o incluso por la modalidad de cultivo del suelo.

En cuanto a las reglas de empleo del pueblo en armas, se deducen, según el método, tanto del concepto como de la realidad. Clausewitz manifiesta nuevamente su gusto por los contrarios o, si se quiere, razona dialécticamente. Considerada como parte de la guerra grande, la guerra pequeña deriva enteramente de la táctica porque se define por el empleo de las tropas. No obstante es posible y legítimo distinguir el modo general de empleo del pueblo en armas (estrategia de la guerra pequeña) del modo de empleo de los irregulares en un combate determinado.

La oposición entre tropas regulares y combatientes improvisados se expresa en principios contradictorios. A medida que la guerra entre ejércitos regulares se intensifica, tiende a concentrarse en batallas decisivas; en el límite, una campaña entera se decida en una sola jornada. En cambio, la guerra popular se caracteriza por la dispersión de los combatientes y la difusión progresiva de la lucha. Los

[5] Cf. *supra*, capítulo IV del Libro I.

[6] Clausewitz escribe *Volkscharakter*, literalmente "el carácter del pueblo"; se trata de esa psicología de los pueblos, en boga en la época, expresada por ejemplo en los textos que comparan a los franceses con los alemanes.

guerrilleros no pueden ni deben atacar el grueso del enemigo, sino que asaltan destacamentos, convoyes, puestos de retaguardia, líneas de comunicación. Por su naturaleza están consagrados a la defensa estratégica y la ofensiva táctica. Para que logren forzar la decisión por sus propios medios, hay que suponer un espacio inmenso, que sólo Rusia posee en Europa, o una desproporción extraordinaria entre el espacio a defender y los efectivos del invasor. Además Clausewitz considera la guerra popular no en sí misma, aisladamente, sino en cuanto medio de defensa subsidiaria, ligada a la acción de un ejército regular. Por otra parte, termina admitiendo la insuficiencia de su análisis por falta de experiencia; aun quienes han observado la guerra popular no la describieron con suficiente precisión.

Las pocas ideas, las pocas imágenes del capítulo 26, revisten pese a todo mayor interés, dado que encontramos su equivalente, a veces su reproducción literal, en los textos del siglo XX, por ejemplo los de Mao Tse-tung.[7] Clausewitz compara la guerra popular con un incendio que, estalla aquí, se apaga allá, arde en otra parte hasta el momento en que, creciendo de un foco a otro, cubre la llanura entera, a menos que algunas brasas se consuman y el fuego muera. O incluso: "Si se trata de destruir caminos o bloquear rutas estrechas, los medios que las patrullas o las columnas volantes de un ejército pueden aplicar son, en relación con los que emplea un campesino insurgente, comparables a los movimientos de un autómata con respecto a los de un ser humano".[8] Según su hábito, Clausewitz pone en primer plano el aspecto psicológico o moral de la lucha. Contra los primeros insurgentes, el ejército enemigo sólo envía contingentes débiles. Al mismo tiempo se presenta la oportunidad para los triunfos locales que inician el incendio. "Al intensificarse el coraje y el ardor, el combate se intensifica hasta aproximarse al punto culminante en que deberá decidirse el desenlace."[9]

Más allá de estas imágenes –el incendio que se propaga a partir de algunos focos, la guerra popular dispersa como la bruma o nubes que se condensan de golpe en ciertos puntos, pero que no pueden ni deben alcanzar la concentración típica de los ejércitos regulares–, Clausewitz bosqueja una doctrina de la *organización* y una doctrina de *empleo.*

En lo que concierne a la organización, la regla principal contempla la cooperación entre ejército regular e insurgentes. Contingentes pequeños del ejército permanente reforzarán las pequeñas primeras tropas de guerrilleros, que atacarán la retaguardia del enemigo, guarniciones aisladas. Pero es necesario no separarse demasiado ni demasiado poco de los soldados del ejército regular. El ejército, a fuerza de participar en la guerra popular, correría, por una parte, el riesgo de debilitarse; por la otra el de exponer al pueblo a los ataques masivos del enemigo. Correría el riesgo de separar nuevamente al pueblo de los combatientes; los guerrilleros ya no parecerían campesinos en armas sino soldados; el pueblo les cedería la responsabilidad de la lucha.

[7] Mao Tse-tung, *Oeuvres choisies*, París, Editions Sociales, 1955, t. I (1926-1937). "Una chispa puede incendiar la llanura" (5-1-1930).

[8] VI, 26, p. 554 y p. 563 (802).

[9] VI, 26, p. 554 y p. 563 (803).

En cuanto al modo de empleo, lo domina un principio: *evitar la defensa táctica.* Ardientes en el asalto, las tropas de guerrilleros carecen, como todas las tropas mal entrenadas, de sangre fría, de la capacidad de resistencia prolongada. Cuándo el riesgo de establecerse en una posición para defenderla, deben elegir al menos posiciones favorables, entrada de un desfiladero o cruce de un río; aun en tales circunstancias, jamás deben fijarse como objetivo la resistencia *in situ* hasta el fin. El pueblo en armas se defiende por la dispersión en el espacio, no haciéndose matar en un sitio determinado. "Por valeroso que sea un pueblo, por belicosas que sean sus costumbres, por inmenso que sea su odio al enemigo, por favorable que sea el terreno, es indudable que la guerra popular no puede mantenerse en una atmósfera demasiado cargada de peligro."[10]

Esta teoría de la guerra popular, repitámoslo, se inserta en el marco de una teoría de la *defensiva;* el armamento del pueblo deriva de una *especie de resistencia,* la que implica la retirada hacia el interior y el empleo sucesivo de las fuerzas; ofrece también un recurso supremo en caso de perder una batalla. Las líneas siguientes tienen por cierto un tono gaullista: "Ningún Estado debería creer que su destino, su existencia entera, depende de una batalla, aun la más decisiva ((. . .)) Siempre hay tiempo para morir, y así como, por un impulso natural, el hombre que está por ahogarse se aferra de una brizna de paja, está en el orden natural del mundo moral que un pueblo pruebe hasta los últimos medios de salvación cuando se ha precipitado al borde del abismo. Por pequeño y débil que sea un Estado con respecto al enemigo, jamás debe eludir los esfuerzos supremos; de lo contrario, deberíamos decir que ya no tiene alma".[11]

En 1870 la situación se había invertido: los francotiradores franceses fueron denunciados a la opinión pública, alemana y mundial, como renegados que violaban las reglas de la guerra, y tratados en consecuencia. La guerra popular le valió a von Moltke los juicios característicos del jefe que comanda el ejército invasor. Desde un punto de vista humanitario, escribía, se podría desear que un ejército popular demostrara que basta para garantizar la independencia de un país. "Todos hemos tenido la experiencia y todos hemos debido convencernos de que una congregación, por numerosa que sea, de hombres enérgicos, patrióticos y valerosos no es capaz de resistirse a un verdadero ejército. Quienes predican el armamento del pueblo deberían convencerse de ello, corroborando cuán pobres fueron los resultados que obtuvo en 1870-1871. Una turba armada dista de constitutir un ejército, y es barbarie lanzarla a la batalla."[12]

El juicio de Moltke sobre los francotiradores es aún más brutal. "En cuanto a las acciones desordenadas de los francotiradores, ni una sola vez frenaron nuestras operaciones; pero hubo que replicar a sus travesuras mediante represalias sangrientas, y por ello nuestra conducción de la guerra cobró finalmente un carácter de dureza que nosotros podíamos deplorar mas no modificar. Los

10. VI, 26, p. 556 y p. 565 (805).

11 26, p. 556 y ps. 565-566 (806).

12 Citado por J. L. Wallach, *Kriegstheorien, Ihre Entwickelungen im 19 und 20. Jahrhundert,* Francfort, Bernard & Graefe, 1972, p. 83. El texto se encuentra en los *Militärische Werke,* Bd 2, 2da. parte, p. 211.

francotiradores eran el terror de todos los poblados sobre los cuales atraían el infortunio."[13]

Curiosamente, otro general alemán, de una generación posterior, aprecia con mayor justicia la obra de Gambetta e incluso la acción de los francotiradores. "Si alguna vez –Dios nos libre de ello– nuestra patria alemana debiera sufrir una derrota semejante a la que sufrió Francia en Sedán, yo desearía que viniera un hombre capaz de inflamar la resistencia hasta sus últimos límites, tal como lo quiso Gambetta."[14] Pese a todo, sostiene la misma tesis de Moltke sobre la inferioridad de las milicias, ejércitos improvisados, carentes de la formación y el entrenamiento de los ejércitos permanentes. "Si el ejército del Loira fue sin duda el mejor ejército de milicianos que existiera jamás,[15] su fracaso no hace sino refirmar la superioridad de las tropas profesionales y la importancia vital de la preparación en tiempos de paz."

En cambio, no comparte en absoluto el desprecio de Moltke por los francotiradores. "Las tropas conducidas por el príncipe Federico Carlos tenían detrás una magnífica campaña contra un enemigo que según casi todo el mundo, antes de la guerra, debía triunfar sobre Alemania. Que en ellas el deseo de combatir y el ardor guerrero se hubieran debilitado, al ver que se alzaba un nuevo enemigo y al tener que comenzar otra guerra inmediatamente después de la primera, es algo que se explica fácilmente. Ya hemos dicho con cuánta precisión el dictador francés había apreciado este estado de cosas y los cálculos que había realizado sobre esta base. No obstante cometió uno de los errores más fatídicos en su sistema de hacer la guerra. Lo más peligroso para los ejércitos cuyas energías están agotadas es la guerra nacional, la guerra de guerrillas. En los combates decisivos aislados, el valor, la confianza, la disciplina, aún se conservan. Pero lo que resulta enervante es el combate continuo, que recomienza día a día, el estado de tensión permanente ante un pueblo osado y numeroso, que toma las armas como un solo hombre. A medida que un ejército de invasión penetra en un país, todos los cuadros se debilitan, los pertrechos se vuelven más pesados, los jóvenes reclutas demuestran menos iniciativa y la falta de un número suficiente de oficiales subalternos para la conducción de las operaciones de menos prestigio se hace sentir. Todo ello favorece las empresas de los cuerpos francos del enemigo. Sin embargo Gambetta quería hacer la guerra grande. . . Sólo al final de la guerra accedió a tomar una senda más sabia. Muchas de sus declaraciones lo han demostrado. En verdad, buscó desde el principio instigar la guerra nacional, pero sólo tuvo éxito en una zona débil del territorio y en una medida limitada. Donde la desesperación no acucia a los habitantes, es realmente difícil crear esta manera de combatir; hace falta para ello que el pueblo tenga cualidades particulares bien marcadas y una civilización específica."[16]

13. *Ibid.* Sería fácil oponer al texto de Moltke los *Bekenntnisse*, especialmente la réplica a la crueldad por la crueldad.

14 Colmar Freiherr von der Goltz, *Léon Gambetta und seine Armeen*, 1877, F. Schneider, p. 231.

15 *Ibid.*, p. 258.

16 *Ibid.*, p. 35. Existe una traducción francesa: *Gambetta et ses armées*, París, 1877, ps. 55-57.

No me interesa iniciar nuevamente la querella que complace a ciertos historiadores, más animados por las pasiones que por el solo deseo de saber: ¿Gambetta habría *podido* desencadenar inmediatamente "la guerra de guerrilleros" a través de toda Francia, en vez de reunir ejércitos, imponentes por el número, pero demasiado inexpertos para vencer? ¿Habría *debido*, habría *podido* oponerse a la paz, negociada por los tres Julios? ¿Unos y otros retrocedieron ante el riesgo del armamento del pueblo, en el sentido de Clausewitz?

Limitémonos a corroborar que las experiencias vividas, traumatizantes, de la crisis revolucionaria se habían olvidado, tanto en una parte como en otra, con la sola excepción de la ley del número y la conscripción en el bando prusiano. Los francotiradores fueron tratados despiadadamente por el ejército alemán, casi siempre ejecutados porque no respetaban las reglas y costumbres de la guerra. Pero sembraron, pese al fracaso, un recuerdo de horror entre los vencedores, comandantes y soldados. La segunda parte de la guerra, después de la derrota de los ejércitos de Napoleón III, suscitó a menudo la inquietud de Bismarck y Moltke. Por último, el conflicto se atuvo a las tradiciones europeas: campaña decisiva sin abatimiento de la sociedad europea de Estados; el armamento del pueblo parisiense degeneró, a ojos de los alemanes, en lucha fratricida. El ejército imperial, salido del cautiverio, restableció el orden de donde surgió, mediante el sufragio universal, la república burguesa.

Por terrible que haya sido la primera guerra del siglo XX, al menos en Europa, se detuvo en el umbral del armamento del pueblo.[17] El frente fijo de la guerra de posición no favorecía, en el Oeste, la acción de los francotiradores. El régimen de ocupación, en la retaguardia de las líneas alemanas, se atenía a la ley internacional. La propaganda, sobre todo la de los aliados, tuvo cierta importancia en 1917 y en 1918, cuando las privaciones, la falta de víveres y la intervención norteamericana doblegaron paulatinamente la resolución y la confianza del pueblo alemán. El conflicto fue sin embargo esencialmente nacional: cada pueblo se batía por una causa que consideraba suya, pero ninguno llevaba consigo una ideología ni la ponía en práctica tal como Hitler impuso y aplicó su racismo en toda Europa.

Aun la guerra civil, en Rusia, opuso unos ejércitos a otros, aunque los guerrilleros rojos hayan combatido en territorios ocupados por los ejércitos blancos, y otros guerrilleros en los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Fue en China, a partir de los años 20, donde la interpretación leninista de Clausewitz, retomada por Mao Tse-tung, enriqueció y renovó el sentido de la *Fórmula*. Fue en Europa, a partir de 1939, donde el encuentro de dos revoluciones (Ribbentrop-Stalin), luego la alianza de una de ellas con el enemigo ideológico (el imperialismo capitalista), condujeron no sólo a extender el armamento del pueblo sino a la disociación de dos figuras históricas, el francotirador y el guerrillero,[18] y, al mismo tiempo, a la guerra civil en la resistencia.

[17] Según Ludendorff, *La guerre totale*, p. 174, los rusos habían temido el armamento del pueblo en los territorios que ocupaban al comienzo de la guerra.

[18] O el cambio de sentido de la palabra "guerrillero" *(partisan).*

2. *Mao Tse-tung y la dialéctica ofensiva-defensiva*

Ignoro si Mao Tse-tung leyó o estudió a Clausewitz. Cita la *Fórmula,* remitiéndose a los opúsculos de Lenin de 1915-1917, en los cuales el revolucionario condenaba la socialdemocracia y la defensa nacional. Emplea un lenguaje militar que evoca con frecuencia el del *Tratado.* Pero los términos empleados —defensa, ataque, tiempo-espacio, líneas interiores-líneas exteriores, aniquilación-desgaste— pertenecen a un vocabulario que ya es corriente. Más aún, habría que remitirse a los caracteres chinos para saber si corresponden a los que utilizan o habrían utilizado los traductores de Clausewitz, a partir de la versión rusa.

Mao Tse-tung retoma la interpretación de Lenin sobre el punto que me ha parecido esencial para los marxistas-leninistas, aunque ajeno al hombre Clausewitz y su universo mental. Las guerras continúan o expresan los regímenes internos de los Estados enfrentados. Libradas por Estados capitalistas o imperialistas, participan de la injusticia intrínseca de estos Estados. O bien se combaten entre sí, y en tal caso el proletariado no tiene más deber que preparar la revolución; o bien combaten a pueblos débiles, pobres, colonizados, y en tal caso la justicia está de una parte, la injusticia de la otra. En tanto existe un solo Estado socialista, esta lógica se desarrolla sin trabas, con una sola condición: postular que la guerra con miras a la revolución proletaria, o esta revolución misma, asimilada a una guerra, tienda a la paz perpetua. "Cuando la humanidad haya destruido el capitalismo, entrará en la era de la paz eterna y no tendrá más necesidad de guerrear. No se necesitarán más ejércitos, ni buques de guerra, ni aviones militares, ni gases asfixiantes. Por los siglos de los siglos, la humanidad ya no conocerá la guerra. La guerra revolucionaria, ya iniciada, forma parte de esta guerra por la paz eterna."[19]

Una filosofía de la historia —la visión milenarista de la paz perpetua mediante la revolución proletaria transmitida a la humanidad entera— complementa la sociología clausewitziana; la guerra refleja la política objetivada de la cual emana. Más aún, Mao Tse-tung combina, a la manera de Lenin, dos tesis sociológicas. Por una parte, la discriminación entre guerras justas y guerras injustas deriva de un simple análisis de las clases; como la lucha entre clases constituye la raíz última de todas las luchas, la clase oprimida, liberadora, lleva consigo la justicia y el porvenir. Por otra parte, los Estados capitalistas se trabaron, en 1914, en una lucha a muerte; para salvaguardar el conjunto de este sistema de interpretación hay que admitir que la guerra entre Estados capitalistas surge *necesaria e inmediatamente* del comercio político entre los Estados. "Cuando la política ha alcanzado un determinado estadio de desarrollo en que ya no es capaz de desarrollarse por sí misma, estalla una guerra para allanar los obstáculos aparecidos en la senda de la política. Por ejemplo, la situación de semiindependencia de China se convirtió en obstáculo para el desarrollo de la política del imperialismo japonés y el Japón emprendió una guerra de agresión para allanar ese obstáculo."[20] Entre esta "explicación" de la agresión japonesa y

[19] Mao Tse-tung, *Oeuvres choisies,* París, Editions Sociales, 1955, t. II, *De la guerre prolongée,* p. 173.

[20] *Ibid.,* p. 178.

la "explicación" leninista de la guerra de 1914-1918, no veo ninguna diferencia sustancial, aunque Lenin quiere echar luz sobre las oposiciones de orden económico entre países capitalistas y se esfuerza, aunque en vano, por demostrar que las oposiciones no toleran conciliaciones ni arreglos amistosos.

La contribución propia de Mao Tse-tung a la síntesis Clausewitz-Marx o, si se prefiere, a la transfiguración del pensamiento clausewitziano en doctrina revolucionaria, es doble, a mi entender: tanto política como militar.

Clausewitz escribía que la política, entendida como relación entre los Estados beligerantes, no se interrumpe con el inicio de las hostilidades. Enseñaba, pues, pese a los militares, a no desechar los medios no violentos aun en el momento en que se activan los medios violentos. Cuando la guerra se convierte en guerra civil, y ésta se prolonga durante años, a veces durante décadas, la conjunción de política y guerra adquiere un carácter evidente. La guerra se libra con el fin de abatir el capitalismo, eliminar las clases explotadoras y convertir al pueblo a la verdad del socialismo. ¿Podría una guerra conducida con miras a semejante fin no implicar, aun antes de ser ganada y con el fin de ganarla, métodos psicopolíticos de persuasión y gobierno?

Los soldados enemigos pertenecen al mismo pueblo; víctimas y no responsables de la explotación. La lógica de la guerra civil incita a tratarlos bien, como ya lo enseñaba Sun-Tsé (a quien Mao tal vez conocía mejor que a Clausewitz). "Tratad bien a los prisioneros y cuidad de ellos. Chang Yu: todos los soldados capturados deben ser curados con sincera magnanimidad para que puedan ser utilizados por nosotros."[21] Y Mao Tse-tung: "Los combatientes del Ejército Rojo rodean a los prisioneros con su solicitud y acompañan su partida con votos cordiales".[22]

A partir de este ejemplo se desprende una distinción conceptual que considero fundamental. El *francotirador*, librado a su suerte, ataca por sorpresa un destacamento aislado, a un merodeador o un rezagado, un puesto mal defendido. No toma prisioneros porque su modo de vivir y combatir no se lo permite. El *partisano,* al servicio de una causa política, militante de un partido así como soldado de un ejército, se esfuerza por convertir a sus adversarios, la masa de la población. Simplificando, yo estaría tentado de decir que el *francotirador* se vuelve *partisano* en la misma medida en que se vuelve militante.

La guerra pequeña, en el sentido dieciochesco y el clausewitziano, implica un alto grado de movilidad, cualidad común a todos los destacamentos débiles que no contemplan la batalla ordenada sino a lo sumo combates rápidos, con miras a asestar un golpe sorpresivo, tomar una posición, bloquear una ruta o interrumpir el avituallamiento. La caballería ligera, por naturaleza, debe manifestar "un alto grado de movilidad del combate activo".

Este modo de combate se impone a los irregulares porque no poseen el armamento, la disciplina, el entrenamiento de las tropas regulares. De allí resulta el principio enunciado por Clausewitz y retomado por Mao Tse-tung: evitar en lo posible la defensiva táctica, reservarse siempre la posibilidad de salvación y

[21] Sun-Tsé, *L'art de la guerre,* París, Flammarion, 1972, p. 110.

[22] *Oeuvres choisies,* t. I, p. 161. Así fueron tratados los prisioneros hindúes después de los combates de 1962.

retirada mediante la dispersión. Ambos criterios unidos definen al guerrillero tal como lo concibe Clausewitz, combinando la teoría de la guerra pequeña con la teoría de la defensa nacional.

El guerrillero español, el campesino ruso, combaten al invasor, surgen de la tierra que defienden. ¿Es preciso evocar en estos casos la fuerza del compromiso político? Suponiendo que la revuelta no depende en buena medida de las requisas arbitrarias, del pillaje, el compromiso político se confunde con la defensa de la patria, ni siquiera diré de la nación sino del terruño, la comarca de sus padres. El compromiso político de los vandeanos fue considerado mucho tiempo antirrevolucionario, por lo tanto partisano (en el sentido de expresión de un partido político);[23] los historiadores modernos[24] han rastreado los orígenes de la insurrección y han ofrecido una versión más prosaica, menos acorde con la mitología del trono y el altar que las poblaciones mismas, después de casi dos siglos, habían aceptado y por lo cual continuaban definiéndose. Los vandeanos tampoco permanecieron, de todos modos, ligados a la gleba, a la tierra. El libro del cual Clausewitz parece haber tomado su documentación sobre la guerra de Vendée, el de Alphonse Beauchamp,[25] describe sumariamente las prácticas de este pueblo en armas, que jamás se alejó de su territorio. Vencedor o vencido, una vez terminada la expedición el vandeano regresaba a su granja o reanudaba el trabajo en el campo. El guerrillero español contra el ejército francés, los vandeanos y chuanes contra los soldados de la República, confundían su compromiso político (suponiendo que se mantenga esta expresión) con la defensa del suelo y las costumbres. El partisano del siglo XX, el partisano ideal tal cómo surgió en China, se recluta entre los campesinos, los francotiradores, potenciales o activos, pero aunque conserva la movilidad, aunque evita la batalla prolongada con las tropas enemigas, se organiza poco a poco; un ejército regular se desprende de la masa de guerrilleros, suscitando, en plena guerra, la dualidad y la rivalidad entre el ejército y los guerrilleros. Digamos además que en el curso de la revolución china el partido explotó la revuelta campesina para armar al pueblo y que del pueblo en armas surgieron al mismo tiempo un ejército regular y un ejército de guerrilleros, ambos al servicio de la misma causa. El compromiso político de los soldados del Octavo Ejército comunista no era menos intenso que el de los guerrilleros. Tal vez lo era más. Cuando menos el ejército debía realizar tantas o más tareas políticas que los mismos guerrilleros.

Los textos de Mao, tanto los que datan del primer período, antes de la agresión japonesa, como los del período siguiente, jamás divorcian acción política de acción militar, y la finalidad político-militar, o sea la toma del poder mediante una victoria militar total, se evoca y subraya a cada instante. Pues la guerra, como escribe Mao siguiendo a Clausewitz, constituye una totalidad que preside el fin último a alcanzar.

[23] Una vez más, el partisano o *Parteigänger*, en el siglo XVIII, no tiene nada que ver con "el hombre de un partido político"; es simplemente el hombre de una partida o destacamente ligero que bate la campiña.

[24] Por ejemplo, Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*, París, Mouton, 1960.

[25] *Histoire de la guerre de Vendée et des Chouans, depuis son origine jusqu'à la pacification de 1800*, 2da. ed., París, Giguet & Michaud, 1807.

Los análisis de Mao Tse-tung a propósito de las relaciones entre funciones políticas y militares, entre operaciones de guerrilleros y operaciones del ejército regular, se desarrollan dialécticamente, pero según una dialéctica probablemente tradicional en China y también emparentada con la dialéctica marxista-leninista tal como la vulgarizó Stalin. Entre los dos errores de sentido contrario hay que encontrar el camino justo: ni subestimar al enemigo ni temerlo, ni sacrificar el trabajo político, el mejoramiento de la suerte de los campesinos, los progresos de la agricultura, la agitación y la propaganda para aglutinar a las masas, ni descuidar la lucha armada, en última instancia factor de decisión; ni ignorar la eficacia de los guerrilleros ni olvidar que el ejército regular asestará el golpe de gracia al enemigo debilitado. Esta busca del punto de equilibrio entre errores de sentido contrario o tendencias divergentes, aunque es probable que Mao Tse-tung no haya encontrado el modelo en el *Tratado,* reproduce a mi juicio el carácter propio de lo que podemos denominar la dialéctica clausewitziana. La magnitud del triunfo supone un riesgo proporcional; ¿qué proyecto debe elegir la estrategia sino el que el jefe militar, solitario y responsable, estima compatible con su confianza en sí mismo, con los factores objetivos, conocidos imperfectamente, de la situación? De las tres tendencias de la guerra, el odio, el libre juego del alma, el entendimiento, cada cual obedece a una legislación propia, ninguna debe ser descuidada: la teoría debe estar, por así decirlo, suspendida entre estas tres tendencias, entre las tres fuerzas de atracción. Mao Tse-tung, jefe militar y no sólo teórico, afirma, sin negar el peligro del error, que existe un solo camino justo entre Escila y Caribdis, entre el sectarismo y el dogmatismo, la temeridad y el derrotismo, entre los que no creen en una guerra corta y los que no atisban esperanzas de salvación.

La unidad de la política y la guerra, en la teoría maoísta de la revolución armada o la guerra civil, va mucho más allá de lo que Clausewitz escribió y pensó. La transformación social, esencia del proyecto revolucionario, es emprendida por el ejército en el curso mismo de las hostilidades. La acción política y la acción militar se complementan, se multiplican recíprocamente, aunque el péndulo siempre amenaza con oscilar excesivamente hacia uno u otro lado. En cuanto a la dualidad, equívoca en Clausewitz, entre objetivo militar y fin político –inevitablemente equívoca, pues ella varía según las guerras–, cede ante la unidad. La aniquilación de las fuerzas enemigas sigue siendo el fin –por una vez, en ambos sentidos de la palabra– de la guerra. Pero esta aniquilación equivale a la toma del poder por el pueblo en armas o las clases obreras-campesinas unidas en el partido comunista. Mientras que en la guerra clásica la victoria, aun total, depende de la táctica (según la definición clausewitziana), en la guerra civil la victoria táctica no se distingue del fin político, definido por la toma del poder. Guerra civil y guerra imperial culminan igualmente con la aniquilación político-militar del enemigo.

La contribución militar de los escritos de Mao a la teoría de la guerra me parece más original que la contribución política. Esta, en efecto, tal como acabo de resumirla, deduce las consecuencias lógicas de la interpretación leninista de Clausewitz. En cambio, los textos más propiamente militares, en particular el famoso estudio sobre la guerra prolongada, bosquejan una teoría y una doctrina, estratégica y táctica, de la guerra extranjera y civil a la vez.

Dejo de lado las ideas que no se sitúan en la prolongación de los temas clausewitsianos (por ejemplo, la constitución de bases para la guerra de guerrillas).[26] Lo que me asombra es que Mao aplica las reglas de método que se desprenden del *Tratado* (aunque él las exprese en un vocabulario de inclinación marxista) y que su dialéctica defensiva-ofensiva, estrategia-táctica, parece la aplicación a un caso particular de la dialéctica que los libros VI y VII del *Tratado* habían intentado formalizar.

Retomemos el eslabonamiento conceptual. La guerra constituye una totalidad y ésta presenta la estructura interna de una guerra de la primera especie: el fin, y sólo el fin, decide la victoria o la derrota. Las hostilidades se prolongan, pero concluyen con la aniquilación de uno de ambos beligerantes. El jefe revolucionario, según Mao Tse-tung, se parece, pues, al jefe militar según Clausewitz; posee la capacidad, que Tolstoi negaba al héroe, de dominar la polvareda de los acontecimientos y someterlos a su voluntad. Subsiste una sola diferencia, pero de alcance considerable, entre uno y otro. El primero cree en la historia y en su desarrollo necesario; el segundo se abandona a la fortuna y se resigna a la decisión del azar. Uno, realista a corto plazo, cree en la paz eterna por intermedio de la guerra impulsada hasta su fin último; el otro, realista a largo plazo, no cree en la victoria duradera de uno solo sobre el destino ciego. Marx, Lenin y Mao quisieron conciliar a Maquiavelo o Clausewitz con Hegel. La conciliación *post eventum* del acontecimiento con el destino de la Razón justifica la conciliación postulada de antemano por los revolucionarios. Pero el fantasma de Stalin ronda estos malabares dialécticos.

Para pensar esta guerra singular, la guerra revolucionaria de China, hay que conocer las leyes de la guerra, luego las leyes de la guerra revolucionaria, y por último las leyes que derivan de las particularidades de la China. Toda guerra configura un todo, pero el conocimiento minucioso de la situación en todos sus detalles es lo único que permite la decisión justa.[27]

Las leyes de la guerra revolucionaria dependen a su vez de las leyes de la política y de las leyes de la guerra, pues la guerra, al prolongar la política, difiere de ella por los medios y se somete a reglas ligadas a la naturaleza del medio.

El principio supremo de la estrategia, también clausewitziano hasta en la expresión, depende de la díada conservar-destruir, destruir las fuerzas del enemigo y conservar las nuestras. De ello resulta que en última instancia, la ofensiva, que en cuanto tal contempla directamente la destrucción de las fuerzas enemigas, decide finalmente el desenalce. Pero conviene distinguir entre ofensiva política, ofensiva estratégica, ofensiva táctica. Políticamente, todas las guerras revolucionarias son por esencia ofensivas porque la revolución es en sí misma ofensiva. La ofensiva quiere cambiar, la defensa mantener el *statu quo,* según la conceptualización clausewitziana. La revolución, pues, ataca y libra una guerra justa. Clausewitz, reflexionando sobre la sociedad europea de Estados, se

[26] Aunque con un poco de buena voluntad podríamos encontrar su origen en la literatura militar clásica.

[27] Mao, *Oeuvres choisies,* t. I, p. 215 y ss.

inclinaba por el juicio contrario. Quien ataca, y por lo tanto quiere conquistar, atrae la simpatía de los otros por la víctima.

Si la guerra revolucionaria es ofensiva en su finalidad, en su totalidad política, implica normalmente una fase prolongada de defensiva estratégica. Pues la razón principal para que un partido permanezca a la defensiva consiste en la inferioridad de las fuerzas. La defensa, en este caso, consiste en sacrificar espacio para ganar tiempo. Suponiendo que la guerra revolucionaria no implique inicialmente sino operaciones guerrilleras, el espacio, las masas, sirven de aliadas al defensor (teatro de operaciones, pueblo, escribía Clausewitz). Cuando el partido de la revolución posee los dos instrumentos, los guerrilleros y el ejército, la estrategia consiste primero en coordinar la acción de unos y otros, luego en combinar la ofensiva táctica con la defensa estratégica. La dialéctica clausewitziana de la defensa y el ataque, que siempre resultó extravagante a los escritores militares, interesó inmediatamente a los políticos Marx y Engels. Toda guerra pone espontáneamente en acción una táctica de ataques múltiples y repentinos en un conjunto defensivo, en el doble sentido del rechazo de la batalla y el abandono del terreno.

Mao Tse-tung, como consecuencia del tránsito de la guerra civil a la guerra contra el invasor japonés, sin por ello renunciar a los fines y prácticas de la guerra civil, presidió tres virajes: de la guerra de guerrillas contra el Kuo Min-tang a las operaciones del ejército regular, luego de las operaciones regulares a las operaciones guerrilleras en la guerra extranjera, por último de estas operaciones guerrilleras en la guerra extranjera a operaciones regulares contra el invasor. Operaciones guerrilleras y operaciones regulares, hasta la tercera y última fase de la contraofensiva general, se caracterizan ambas por la movilidad, pero las operaciones guerrilleras tienen un carácter que Mao denomina irregular, carente de organización rigurosa y dirección centralizada. Esta distinción organizativa va acompañada por otra distinción, militarmente más importante, la de dispersión y concentración. Las operaciones del ejército regular exigen una concentración de fuerzas, no sin una movilidad igual a la de los guerrilleros.

Mao razona según los conceptos de la estrategia clásica, usando dos oposiciones clausewitzianas, defensa-ataque, líneas interiores-líneas exteriores. El ataque, según la fórmula clausewitziana, contempla directamente la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo;[28] la defensa[29] sirve directamente para conservar nuestras fuerzas, pero al mismo tiempo es un medio auxiliar de la ofensiva.[30] Mao Tse-tung concluye de ello que la ofensiva es el medio principal. Vale la pena citar el texto: "La ofensiva, en cuanto medio fundamental de aniquilación de las fuerzas del enemigo, desempeña un papel protagónico y la defensiva, en cuanto medio auxiliar de la aniquilación de las fuerzas del enemigo

[28] *Ibid.*, t. II, p. 95. La ofensiva es el único medio que aniquila las fuerzas del enemigo y el medio principal para conservar las propias.

[29] En un texto posterior, Mao escribe: "La ofensiva se realiza con el fin de aniquilar directamente las fuerzas del enemigo y, al mismo tiempo, con el fin de conservar las propias, pues si no aniquilamos al enemigo, él nos aniquilará", II, p. 181.

[30] *Ibid.*, t. II, p. 181.

y en cuanto medio para la conservación de nuestras propias fuerzas, desempeña un papel secundario. Aunque en la práctica se consagre más tiempo, en el curso de la guerra, a la defensiva que a la ofensiva, si consideramos el desarrollo de la guerra en su conjunto, la ofensiva no deja de ser el medio principal". Las expresiones no reproducen exactamente las del libro VI del *Tratado*, pero pese a la fidelidad a la tradición china, conservan íntegramente el principio de aniquilación, y por ende la ofensiva como forma última y decisiva de la guerra, sin pasar por alto los largos períodos en que la inferioridad de las fuerzas obliga a la defensiva.

La ofensiva estratégica del Kuo Min-tang, según los textos relativos a la guerra civil antes de la guerra contra el Japón, se desarrolla sobre líneas exteriores o excéntricas. En el estudio titulado *Los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China,*[31] Mao Tse-tung infiere las lecciones de las cinco campañas de los ejércitos nacionalistas contra las regiones dominadas por el partido comunista y, en particular, de la quinta, que obligó al Ejército Rojo a buscar la salvación en la Larga Marcha, a trasladar sus bases al Norte; Mao Tse-tung alega, como buen clausewitziano, la necesidad de la retirada, del abandono del terreno ante un adversario demasiado fuerte; insiste sobre la ayuda de la población y la ventaja de las posiciones que pueden beneficiar al defensor. Negarse a perder terreno se transforma, en lenguaje político, en ultraizquierdismo. "En caso de una gran ofensiva adversa, el Ejército Rojo ejecuta lo que denominamos un 'repliegue convergente'."[32] También Clausewitz recomendaba el repliegue convergente. Para replicar a las ofensivas del Kuo Min-tang, Mao Tse-tung predica la acción sobre líneas interiores, la concentración de las fuerzas del Ejército Rojo, con miras a un ataque único y masivo en una sola dirección. Atribuye el fracaso, en la quinta contracampaña, al desconocimiento de este principio, a la defensiva escalonada en el conjunto del frente, que induce a la dispersión de las fuerzas. No sólo la defensa no puede ser pasiva,[33] no sólo conduce por naturaleza a la contraofensiva, sino que debe ser dirigida con miras a un ataque que, por el juego de la maniobra sobre líneas interiores, dará al bando globalmente más débil la superioridad sobre el terreno de operaciones escogido. Así Mao descubre el secreto de la victoria en el mismo elemento al cual la adjudicaba Clausewitz en condiciones muy diferentes, la concentración de las fuerzas: "La victoria, en el curso de la defensa estratégica, depende esencialmente de la concentración de las fuerzas".[34]

La misma dialéctica del ataque en la defensa, de la concentración de las fuerzas del bando más débil en la retirada estratégica, se reproduce en las relaciones de las líneas exteriores o interiores. Cuando los ejércitos del Kuo Min-tang, divididos en varias columnas, atacaban las bases del Ejército Rojo, éste

[31] *Ibid.* t. I, p. 210 (diciembre de 1936).

[32] *Ibid.*, I p. 261.

[33] "De hecho la defensa pasiva no es más que una seudodefensa. La defensa verdadera sólo puede ser activa; la defensa verdadera sólo puede ser aquella que prepara el tránsito hacia la contraofensiva y la ofensiva", *ibid.*, t. I, p. 247.

[34] *Ibid.*, t. I, p. 283.

se replegaba con la intención de concentrarse y luego atacar masivamente una columna o una división enemiga para destruirla. Pero este ataque parcial, en una campaña defensiva, implicaba eventualmente, más tarde, una maniobra sobre líneas exteriores contra un fragmento del ejército enemigo, que globalmente también operaba sobre líneas exteriores.[35]

Más tarde, en textos que aluden a la guerra contra Japón, Mao Tse-tung combina, de manera análoga, defensa estratégica y ofensiva táctica, líneas exteriores y líneas interiores. Por ejemplo, en el estudio sobre la *Guerra prolongada,* la doctrina recomienda "operaciones ofensivas de decisión rápida en el exterior de las líneas", doctrina indispensable para la realización del plan estratégico de "una guerra defensiva de larga duración en el interior de las líneas". La defensa estratégica, por el uso del espacio y del número, por triunfos tácticos de aniquilación, modifica progresivamente la relación de fuerzas. "Entonces, aprovechando, además de dichas victorias, todas las otras condiciones favorables que nos pertenecen propiamente y, por lo demás, las modificaciones en la situación interna del Japón y la situación internacional propicia, podremos llegar al equilibrio de fuerzas, luego a la superioridad sobre el enemigo. Entonces sonará la hora de nuestra contraofensiva y la expulsión del enemigo de nuestro suelo."[36] Aun con más altisonancia, Clausewitz evocaba "la estocada fulgurante de la venganza".[37]

Otro ejemplo del mismo método de pensamiento es ofrecido por la respuesta a la pregunta "¿quién rodea a quién? " De nuevo, la respuesta resulta de la relación entre el todo y la parte, entre la guerra y el período de operaciones, entre la estrategia y la táctica. El ataque concéntrico del enemigo tiende al envolvimiento del Ejército Rojo y sus bases; pero la réplica ofensiva del Ejército Rojo tiende a rodear, mediante una operación limitada, una de las columnas de ataque del enemigo. Cada una de las bases de guerrilleros está rodeada por los ejércitos enemigos; pero éstos, a su vez, están globalmente rodeados, entre el Ejército Rojo y las bases de guerrilleros.

¿Hay que concluir que Mao Tse-tung estudió a Clausewitz? No osaría afirmarlo. El modo de pensar me parece similar por la simple razón de que se confunde con la sensatez y utiliza los mismos conceptos. En el centro del objeto guerra, el hombre, sujeto y objeto, pues la guerra es lucha y ésta contrapone a dos criaturas dotadas de inteligencia. Clausewitz dice con Mao Tse-tung: el hombre lo decide todo. El primero no ignoró el papel de lo material, pero concede, por hipótesis, el mismo material a ambos bandos, pues así ocurría efectivamente en su época. Mao decreta "el hombre lo decide todo" porque en una guerra revolucionaria el defensor, o sea el poder instituido, posee originalmente la superioridad material. La guerra civil, aún más que la guerra extranjera, obedece al principio de aniquilación: los Estados enemigos coexisten después de

[35] *Ibid.,* t. I, p. 283. Cf. también t. II, p. 183 y ss. Nos remitiremos al *Tratado,* VI, 4, para una comparación con el análisis clausewitziano de las dos parejas de contrarios: excéntrico-concéntrico, ataque-defensa.

[36] *Ibid.,* t. II, ps. 187-188.

[37] VI, 5.

la guerra, tal como lo hacían antes; en cambio, entre la voluntad de tomar del revolucionario y la de conservar de los poseedores no hay ni puede haber conciliación. La gloria, dígase lo que se diga, se comparte: el poder no. La guerra civil conduce también a la *identificación* del objetivo militar con el fin político: el día en que los ejércitos enemigos sean aniquilados, el poder pertenecerá, sin reservas ni equívocos, al revolucionario. Sin duda, el poder se convierte a su vez, según la teoría, en el medio (o la etapa) de un fin (o un proceso) político. La edificación del socialismo, emprendida durante la guerra civil, continúa después de la victoria. Esta edificación se interpreta, al menos en parte, en un lenguaje militar. La guerra civil apuntaba a las clases enemigas, que era preciso ya ganar momentáneamente, ya destruir inmediatamente, en todo caso eliminar al fin. La victoria no logra la eliminación de estas clases y, en este sentido, la guerra política se prolonga más allá de la toma del poder. No obstante, Mao Tse-tung sigue siendo esencialmente clausewitziano: la lucha de clases, aunque es la raíz, el fundamento de todas las luchas, no siempre cobra el carácter de guerra. Luego, las leyes de la guerra conservan su especificidad con respecto a las leyes de la lucha de clases. Toda política es lucha (al menos antes de la difusión universal del socialismo), pero toda lucha no es guerra, aun si la lucha de clases, en cuanto tal, niega al enemigo el derecho a la existencia, y es en ese sentido más despiadada que la guerra en el sentido convencional del término.

Algunos tienden a poner a Mao del lado de los anticlausewitzianos, en la descendencia de los maniobreros o los autores chinos clásicos. Por cierto, Mao cita de vez en cuando a Sun-tsé, y en la medida en que un comentarista que no lee chino y se declara ignorante del pensamiento militar de la China clásica puede arriesgar un juicio, Mao da la impresión de inspirarse en ciertas reglas de la sabiduría secular del imperio más antiguo del mundo. Más aún, las guerras de los estados guerreros anteriores a la unificación imperial se parecían en cierto modo a las guerras civiles. Nada sería más fácil que enumerar las máximas de sabiduría que Mao Tse-tung toma de aquel a quien denominamos Sun-tsé: importancia de la influencia moral, "lo que hace que el pueblo esté en armonía con sus dirigentes",[38] "tratad bien a los prisioneros y cuidad de ellos",[39] "cuando poseéis la superioridad por diez contra uno, dividíos; si sois de fuerza igual, podéis lanzaros al combate",[40] "conoced al enemigo y os conoceréis a vosotros mismos",[41] "la imposibilidad de derrota reside en la defensa, las posibilidades de victoria en el ataque, uno se defiende cuando posee medios suficientes";[42] "quienes son expertos en el arte militar hacen venir al enemigo al campo de batalla y no se dejan arrastrar a él por el enemigo";[43] "si yo me concentro mientras él se dispersa, puedo utilizar la totalidad de mis fuerzas para atacar una

[38] Sun-Tsé, *l'Art de la Guerre*, París, Flammarion, 1972, p. 96.
[39] *Ibid.*, p. 110.
[40] *Ibid.*, p. 115.
[41] *Ibid.*, p. 120.
[42] *Ibid.*, p. 122.
[43] *Ibid.*, p. 135.

fracción de las suyas";[44] "y así como el agua no tiene forma estable, no existen en la guerra condiciones permanentes",[45] "a un enemigo cercado hay que dejarle una salida";[46] "no os ensañéis con un enemigo acorralado",[47] etcétera.

Ninguna máxima me parece incompatible con el espíritu clausewitziano, salvo quizá la última de todas. Por lo demás, si Mao Tse-tung aplica probablemente esta máxima, "no ensañarse con un enemigo acorralado", no lo hace sino en el plano táctico; estratégica, políticamente, nunca abandona el principio de la aniquilación, medio para modificar la relación de fuerzas primero, y la decisión después. Todos los que oponen las dos escuelas extremas, la de Sun-Tsé, escuela de la estratagema, la artimaña, la acción indirecta, a la de Clausewitz, escuela del choque brutal, de la oposición de fuerzas, del ataque directo, reducen la enseñanza implícita del *Tratado* a una versión simplificada y caricaturesca. La teoría maoísta de la guerra prolongada y la defensa estratégica se infiere tanto del libro VI del *Tratado* como de la "imposibilidad de derrota" de la defensa. La oscilación, la complementaridad entre términos opuestos, la verdad en el nivel superior que se vuelve error en el nivel inferior, toda esta dialéctica clausewitziana no es reconocida en Mao Tse-tung sólo por quien no leyó al teórico alemán.

Iré aún más lejos. De los dos temas clausewitzianos que había conservado Lenin, guerra y política, defensa y ataque, Mao enriquece el segundo más que el primero. Enriquece el primero por el hecho de que los mismos medios –por ejemplo la dispersión de los guerrilleros– cumplen a la vez una función militar (inaprensibles, los guerrilleros están presentes por doquier, su ubicuidad acrecienta su fuerza, infunde al enemigo la sensación de un peligro permanente) y una función política (encender múltiples hogueras que gradualmente inflamarán la llanura). Enriquece el segundo combinando las parejas defensa-ataque, estrategia-táctica con otras dos parejas, líneas exteriores-líneas interiores, guerrilleros-ejércitos regulares. Más aún, encontró una salida a la oposición guerrilleros-ejército regular cuando el ejército japonés reemplazó al ejército del Kuo Min-tang en el papel de enemigo principal: el ejército regular combatió al estilo guerrillero.

Ultimo y principal, la totalidad de la guerra se orienta hacia la única conclusión posible: la aniquilación del enemigo. El concepto clausewitziano, pasado por la traducción marxista de Lenin, preside la visión histórico-política de Mao Tse-tung, al menos hasta la victoria de 1949. Después de esta fecha, la revolución victoriosa no se separa más del imperio chino. La Revolución China forma parte integral de la revolución mundial, pero la China Popular continúa, renovándola, la China milenaria.

3. 1813-1942. Tauroggen y Argel. La resistencia

El ejército alemán no se opuso, en Europa, a una guerra popular tan intensa,

[44] *Ibid.*, p. 137.
[45] *Ibid.*, p. 141.
[46] *Ibid.*, p. 151.
[47] *Ibid.*, p. 152.

tan prolongada, tan revolucionaria, como el ejército japonés en China. Las victorias hitlerianas, sin embargo, suscitaron en los países vencidos disensiones y problemas de conciencia, comparables a los que habían conocido los países vencidos por los ejércitos napoleónicos. La resistencia pasiva, moral, difusa, se transformó en guerrilla o guerra de partisanos en ciertas regiones y en ciertos momentos. Los partisanos mismos se parecían ya a los guerrilleros[48] españoles o los *franc-tireurs* franceses de 1971, ya a regulares que combatían como irregulares o a irregulares políticamente comprometidos al servicio de una causa revolucionaria, más allá de la liberación del territorio.

Entre los países de Europa occidental sólo Francia conoció un gobierno de origen legal que aspiraba a la legitimidad y la denegaba a quienes continuaban la lucha. La legitimidad escapa a todo criterio objetivo en la medida en que emana de un juicio histórico. En cuanto a la legalidad, en julio de 1940 el gobierno del mariscal Pétain poseía todos sus signos, mientras que el general de Gaulle, no reconocido por ningún gobierno extranjero, no poseía ninguno de ellos. Clausewitz y los pocos oficiales prusianos al servicio del zar actuaban como patriotas, obedecían a su conciencia, no pensaban en llevar en su equipaje la legitimidad, entonces encarnada en un Estado o más bien en la persona misma del soberano. Además, el período 1792-1815 conservaba ciertas características del Antiguo Régimen, aunque anunciaba la era de las nacionalidades.

Los oficiales pasaban de un ejército a otro sin faltar a la ética profesional ni ser traidores. Las tropas alemanas combatieron junto a los franceses hasta la misma batalla de Leipzig. Jomini, durante mucho tiempo jefe de estado mayor de Ney, puesto al servicio del zar e instructor del heredero al trono de Rusia, terminó sin embargo su vida en Francia, durante el reinado de Napoleón III. Los nobles emigrados combatieron a los ejércitos de la República, fieles a su soberano, ya que no a su patria (¿pero podían reconocer su patria en un gobierno que hacía guillotinar a su soberano?). El "patriotismo" alemán de los Reformadores prusianos llevaba en germen las pasiones nacionalistas del siglo XIX. Cundía la moda de la psicología de los pueblos, de los estereotipos nacionales. No obstante, entre los adversarios de Napoleón subsistían dos escuelas: la de los conservadores, que rehusaban quitar Alsacia a Francia, en 1815, porque el Tratado de Westfalia, al cabo de un siglo y medio, constituía un título de propiedad válido; la de los patriotas, que invocaban el nuevo principio de las nacionalidades y aspiraban a la unidad alemana; una vuelta hacia el pasado que retardaba el movimiento de las ideas y los acontecimientos, otra que preparaba el porvenir sin prever las catástrofes que provocaría la mezcla detonante de la industria, la conscripción y la estrategia napoleónica.

Clausewitz al principio rehusó acercarse al general von York para negociar las condiciones de un eventual armisticio; sabía cuánta hostilidad los tránsfugas por patriotismo suscitan en quienes han continuado obedeciendo, sean cuales

[48] Los guerrilleros, por otra parte, fueron reforzados a menudo por los restos del ejército regular español. Cf., por ejemplo, del mariscal Suchet, *Mémoires du duc d'Albufera sur ses campagnes en Espagne depuis 1809 jusqu'en 1814,* París, Bossange & Firmin-Didot, diciembre de 1828, ps. 42-43.

fueren sus sentimientos. Sólo participó en la última fase de las negociaciones, cuando su interlocutor requirió su presencia. El general de Gaulle reunió de inmediato sus pocos miles de hombres y las pocas centenas de oficiales contra las tropas que obedecían al gobierno legal de Vichy. No se resignó a la campaña de Siria, incitó al comando inglés a emprenderla. Su aventura personal se confundía, a su propio entender, con el destino de Francia. Para que Francia jamás hubiera abandonado el campo de la victoria, era necesario que él la encarnara a partir del 18 de junio de 1940. Al mismo tiempo volvía inevitable una guerra civil que, al menos hasta noviembre de 1942, no era tal. En vez de agradecer a los angloamericanos, que instruidos por la experiencia de Dákar y Siria desembarcaron en África del Norte sin la participación de la Francia libre, denunció una política que impedía un enfrentamiento entre franceses, pero atentaba contra la "legitimidad" de la Francia libre o combatiente.

Si las fuerzas regulares de Francia estaban en 1940 divididas en dos bandos, uno fiel a Vichy, el otro atento a la convocatoria del general de Gaulle, el primero mucho más numeroso en 1940, pero paulatinamente absorbido por el segundo, el desembarco norteamericano en Africa del Norte (noviembre de 1942) zanjó la cuestión, o mejor dicho la guerra civil en estado larval, a favor de la Francia libre. Algunos generales y almirantes sufrieron un castigo, injusto a ojos de ellos, injusto con respecto a las leyes, por vacilar en el instante supremo en que se revelaba la verdad de la guerra general y absoluta: la guerra es un duelo. Mientras tanto los alemanes como los angloamericanos estaban interesados en la neutralidad de la Francia de Vichy y de Africa del Norte, quedaba lugar para un "tercero" que rehusaba elegir. En noviembre de 1942 este interés común a los beligerantes, típicamente clausewitziano,[49] desapareció. Los angloamericanos no poseían aún las fuerzas necesarias para un desembarco en Francia, pero sí las suficientes para adueñarse de una Africa del Norte que las tropas francesas no defenderían hasta la muerte.

Los jefes civiles y mulitares, en Rabat, Argel, Túnez, de golpe debían asumir la responsabilidad que incumbe al jefe del Estado: *escoger al enemigo.* El general von York ni siquiera había exigido al enemigo por iniciativa propia; había dejado de combatir contra el enemigo –Rusia– que su rey había designado. El almirante Esteva, el almirante Derrien, debieron abandonar la neutralidad y escoger al enemigo: o bien el que les designaban sus sentimientos íntimos, o bien el que su gobierno legal les ordenaba combatir, aunque fuera pasivamente. Pues la neutralidad se disipaba por sí misma. Al no defender los aeródromos ni el puerto, los jefes civiles y militares de Túnez se ponían indirectamente al servicio de las tropas del Tercer Reich. Así lo decidió el tribunal que condenó a trabajos forzados o a prisión a los jefes militares que rehusaron elegir por sí mismos al enemigo y "traicionaron" a Francia con su obediencia.

He puesto la palabra "traición" entre comillas. Los responsables de Túnez no diferían en nada, por sus virtudes o limitaciones, de los responsables de Argel

[49] Resulta, en efecto, de la no polaridad de los medios y de la asimetría entre ataque y defensa. Los angloamericanos, antes de 1942, no eran lo bastante fuertes para atacar. Los alemanes, por su parte, hacían economía de las fuerzas necesarias para la ocupación del Africa del Norte: sólo el porvenir permitiría decidir quién ganaría finalmente este juego.

o Casablanca. Aquí las circunstancias permitieron una adhesión gradual tras un tiroteo honorífico, allá obligaron a una decisión irrevocable en unas horas ante un desembarco alemán. El cruel castigo que se infligió a esos hombres deriva evidentemente de la justicia política, siempre más política que justa. ¿Era necesario, en ambos sentidos de la palabra? Sólo lo era en la concepción trágica de la historia y de la razón de Estado que implicaba la legitimidad, proclamada y aplicada retroactivamente, del general de Gaulle. Los almirantes de Túnez, en el universo que les era propio, se consideraban inocentes, pues obedecían al mariscal Pétain, jefe del Estado, quien derivaba su autoridad de la Asamblea Nacional y a quien habían prestado juramento. En 1940 los "disidentes" anteponían el deber nacional a la legalidad; en 1944 el gobierno del mariscal ya no conservaba ningún atributo, moral ni material, de gobierno legal: en noviembre de 1942 la duda subsistía y había que elegir. Pero no nos equivoquemos: la elección sólo se justificaba por un juicio político. Como el general York, el gobernador de Túnez no debía obedecer a su conciencia ni a sus preferencias íntimas, debía sustituir al príncipe-esclavo y, según los deberes del jefe militar en el nivel supremo, actuar como político. No es preciso admitir la definición que da Carl Schmitt de la noción del político para reconocer que, al menos en tiempos de guerra, la designación del enemigo constituye la primera función de quien asume la responsabilidad del Estado. Como toda guerra, en circunstancias extremas, vuelve a la forma original del duelo, esta designación, en 1942, equivalía a elegir entre los dos términos de una alternativa, entre los dos bandos.

Sin embargo no vayamos demasiado lejos: quienes en 1942 representaban la autoridad francesa en Africa del Norte debieron, en efecto, unirse a uno de ambos bandos y la negativa a aliarse –no oponerse a los alemanes ni a los angloamericanos– les fue imputada como crimen porque de hecho favoreció, en Túnez, al enemigo de 1939, con quien se había firmado no la paz sino un armisticio. Pero el bando al cual se aliaron los franceses llevaba en sí un cisma que la posguerra reveló y que los acontecimientos de 1939-1941 ya habían delatado. Según la fórmula clausewitziana tal como la entendía Lenin (y, en este sentido, Stalin fue un discípulo fiel), cada Estado continuaba en la guerra *su* política por otros medios. Francia y Gran Bretaña habían continuado, de 1939 a 1941, *su* política imperialista, y la Unión Soviética *su* política, exenta por definición de todo imperialismo, pues éste emana del capitalismo o de las clases dedicadas a la explotación. Cuando Stalin y los comunistas afirmaban que en junio de 1941 la guerra había cambiado de sentido, pensaban lo que decían o, al menos, inferían las consecuencia lógicas de su doctrina: los angloamericanos no escapaban al imperialismo sino por intermedio de su alianza con los países socialistas. Incluso era posible que pese a esta alianza prolongaran su imperialismo, pero éste se acordaba temporariamente con el interés del socialismo.[50]

En el lenguaje de Mao, la contradicción principal oponía por una parte a los invasores, Japón y el Tercer Reich, y por la otra a los representantes del proletariado (Unión Soviética, partidos comunistas del mundo entero), provisio-

[50] Mao Tse-tung decía que el imperialismo angloamericano había dejado de ser el enemigo principal.

nalmente aliados a ciertos países capitalistas y partidos burgueses. En lenguaje ordinario, el Japón y el Tercer Reich habían suscitado u alzado contra ellos una coalición heterogénea cuyos diferentes miembros contemplaban un objetivo inmediato común, la derrota militar de la Alemania hitleriana en Europa, del Japón en Asia, del Japón que se había fijado como objetivo la creación de la esfera de coprosperidad. Más allá de este objetivo inmediato, los aliados no buscaban obviamente los mismos fines y ni unos ni otros, aunque en grados diferentes, suspendían la acción política durante las hostilidades.

Los comunistas franceses habían denunciado la guerra imperialista en 1939, y no entraron plenamente en la lucha hasta junio de 1941;[51] el último gobierno de la Tercera República había puesto en prisión a algunos de sus cabecillas mientras Thorez pactaba con la Unión Soviética. El general de Gaulle liberó a los parlamentarios prisioneros y tomó a algunos de ellos como ministros. Pero jamás se hizo ilusiones sobre estos colaboradores, ni tampoco éstos sobre él. Gaullistas y comunistas hacían la guerra, pero no la misma guerra. La dualidad de los *maquis* simbolizaba la dualidad de las políticas seguidas bajo la superficie engañosa de la unidad.

El partido comunista había bautizado "francotiradores y partisanos" a los irregulares que dirigía o controlaba; según el vocabulario que he sugerido más arriba, estos irregulares respondían más a la definición de *partisano* que a la de *francotirador.* Propongo, en efecto, denominar partisanos, en el sentido más enfático del término, a los irregulares, a quienes un partido otorga tanto la organización como una tarea propiamente revolucionaria. Clausewitz y los patriotas prusianos querían organizar la guerra de guerrillas al servicio del régimen establecido, sólo contra el invasor; la nominación o confirmación de oficiales por el rey preservaría al pueblo de la tentación de volver las armas contra los amos legítimos. Los francotiradores de 1871 se parecían a los guerrilleros de 1808 o 1809 en España; surgían del pueblo, obedecían a una especie de instinto, se defendían del extranjero que les saqueaba el terruño y se alimentaba adueñándose de sus magros recursos. Los *maquisards* franceses de 1942 o 1943 que querían escapar al servicio del trabajo obligatorio pertenecían aún a esta categoría tradicional. En cambio, los *maquisards* reclutados por los responsables del partido comunista no respondían más a la noción histórica de los *franc-tireurs.* Revolucionarios en quienes se delegaba la guerra de guerrillas, pasaban de la clandestinidad a la resistencia. Salían de la vida urbana, a veces de la *intelligentsia,* a menudo de la clase obrera, recuperaban a los francotiradores para reclutar a los primeros soldados de un eventual ejército rojo.

En el Oeste esta recuperación sólo duró unos meses después de la Liberación. Stalin ni pensaba en la formación de un "ejército rojo" en Francia o Italia cuando los ejércitos del Tercer Reich todavía oponían resistencia. Asimismo, la intervención de las tropas inglesas en la guerra civil, en Grecia, revelaba los límites de la inocencia o tolerancia de los hombres que dirigían a los angloameri-

[51] Los comunistas franceses no aceptan esta versión de los acontecimientos, no obstante acorde con su propia doctrina. Lenin también había rehusado elegir entre Estados capitalistas.

canos en el Oeste. Los miembros de la resistencia o *maquis* reclutados por el partido comunista también condujeron, durante unos meses, la política que en el Este de Europa los llevó al poder: eliminar a los adversarios, especialmente los sindicalistas, acusados con razón o sin ella de colaboracionismo. Hasta el gobierno de coalición presidido por el general de Gaulle hubo de tener en cuenta las exigencias comunistas en la ejecución de lo que se denominó "depuración". Olvidó y ordenó olvidar lo que había ocurrido entre setiembre de 1939 y junio de 1941. ¿Podía actuar de otro modo cuando negaba retroactivamente toda legalidad al "gobierno de hecho, llamado gobierno de Vichy"? Desde junio de 1940 el general de Gaulle había juzgado al gobierno del mariscal su principal enemigo en la guerra civil francesa (los comunistas no representaban a Francia, y él veía en ellos, desde el principio, aliados virtuales). Con ello, acusaba implícitamente de traición u obediencia a los traidores al conjunto del personal civil y militar del país. Los jueces rehusaron conservar en las actas de acusación contra el mariscal Pétain la firma del armisticio; por lo mismo, el procedimiento de depuración, tomado globalmente, se transformó en una monstruosidad jurídica. Entre 1939 y 1945, Francia había tenido tres gobiernos *legales:* el de la Tercera República, el de Vichy, el del general de Gaulle a partir de una fecha que fijaremos arbitrariamente en 1943. Los comunistas se habían negado a obedecer al primero, los gaullistas al segundo, los colaboracionistas al tercero. La mayoría de los franceses habían obedecido sucesivamente a los tres. ¿Cuáles órdenes del segundo habrían debido rechazar? ¿Cuáles personas habían tomado iniciativas o asumido responsabilidades propias, más allá de la disciplina o los constreñimientos? Arreglo de cuentas, ejecución seudojurídica de la razón de Estado: la depuración francesa siempre conservará un equívoco detestable porque vichysta no equivalía a colaboracionista y los jueces, gaullistas unos, comunistas otros, no pronunciaban el veredicto según las mismas leyes ni en nombre de los mismos ideales.

En el Este de Europa, en Yugoslavia, Polonia, no observamos un equívoco similar ni durante ni después de las hostilidades. Los comunistas de Tito combatieron a Mijailovitch durante las hostilidades y lo liquidaron en la primera oportunidad. Por lo demás Churchill acordó su apoyo a aquel de ambos "partisanos" que se batía más, pese a las ideas o el régimen que propiciara. En Polonia, Stalin eliminó ante todo una decena de miles de oficiales del antiguo ejército en el campamento de Katyn; dejó morir la revuelta, heroica e insensata, de Varsovia. La guerra contra el Tercer Reich, librada en alianza con ciertos países imperialistas, ofrecía la oportunidad de llevar al poder a los "representantes del proletariado", de hecho el partido comunista. En unos años, todos los miembros de la resistencia no comunista de Europa oriental habían desaparecido: exiliados, prisioneros, o pasados por las armas.

La comparación entre los textos de Mao y la práctica de Stalin no deja ninguna duda sobre el origen común de ambos. Franceses, ingleses y norteamericanos sólo pueden reprocharse a sí mismos si tuvieron la sensación de ser engañados. Es cierto que Stalin, según las circunstancias, saludaba el encuentro

de dos revoluciones[52] o el parentesco del bolchevismo con el liberalismo burgués y la socialdemocracia. Pero él mismo había elaborado la teoría de estas variaciones tácticas, y también Mao Tse-tung. Teoría por otra parte simple, e incluso simplista, que deriva enteramente de la síntesis leninista de Clausewitz y Marx. La raíz histórica de todas las luchas es la lucha de clases: el fin último de la lucha librada por el proletariado es la eliminación de la lucha de clases. Mientras espera, el partido que encarna la revolución y la paz futura debe a cada instante determinar cuál es el enemigo principal, explotar las circunstancias, los conflictos entre sus diferentes enemigos, para promover su propia causa. El partido comunista y el Octavo Ejército combatieron al invasor japonés junto al Kuo Min-tang, pero sin renunciar a su autonomía, teniendo en cuenta la lucha ulterior contra el aliado ocasional.

Por cierto, el ejército comunista chino se había formado durante la guerra civil; el partido, el pueblo organizado y armado, se adueñó del poder "que se encontraba en la punta de las bayonetas". En cambio, los partidos comunistas de Europa oriental, excepto el de Yugoslavia, recibieron el poder del ejército soviético. Según los países, el partido comunista había desempeñado un papel más o menos importante en la resistencia; en ninguna parte representaba el conjunto de la resistencia, y menos aún el conjunto del país. En Polonia, la resistencia obedecía casi en su totalidad a las consignas enviadas por el gobierno de Londres; en Rumania, los comunistas no sumaban más de pocos miles. Aplicando el mismo vocabulario ideológico a situaciones políticas muy diferentes, los marxistas-leninistas se lanzaron por la senda que conduce a la paranoia stalinista. Si unas centenas de comunistas encarnan al proletariado, ¿por qué Stalin no podría convertirse en Padre de los pueblos? ¿Por qué él no habría de ser, en su voluntad soberana, el socialismo, la paz, la libertad?

Volvamos a los guerrilleros de la Segunda Guerra Mundial. Miembros de la resistencia, continuaban la política con otros medios, cada grupo *su* política con *sus* medios. Después de 1945, como después de 1815, se plantearon las dos preguntas que menciona Clausewitz al principio del capítulo VI, 26. ¿El armamento del pueblo es militarmente eficaz? Suponiendo que lo sea, ¿el rendimiento militar compensa los desgastes políticos que provoca, el hábito de violencia e ilegalidad que propaga? A juicio de un Liddell Hart, quien también interpreta la *Fórmula* a su manera, la preocupación por la paz futura debería disuadir a los gobiernos de instigar a las poblaciones civiles de territorios ocupados a la resistencia armada. Organización de reeducación, sí; guerrilla, ¿para qué?

Me abstendré de juzgar. La resistencia, en Europa occidental, quiso *testimoniar* a la vez que *actuar*. Contemplaba la eficacia militar en cuanto condición de testimonio. Y el testimonio mismo servía como medio para la política, para la reconstitución de la comunidad, de un poder legítimo. El cálculo del costo y el rendimiento desafiaría el genio de un Newton o un Einstein; ciertas variables escapan a todo cálculo.

[52] En 1939, durante la visita de Ribbentrop a Moscú, evocó el amor del pueblo alemán por su Führer.

Tal vez la experiencia rusa resulta nuevamente ejemplar. Los guerrilleros constituían una rama autónoma de la organización militar de la Unión Soviética, con un estado mayor central en Moscú, subordinado al comité de defensa nacional, presidido por el mismo Stalin. El comité coordinaba la acción de los ejércitos y la acción de los guerrilleros, quienes luchaban detrás de la línea del frente.[53] Por ello, la noción de guerrilleros se encuentra disociada de la noción de irregular. La guerrilla o guerra de partisanos designa un modo de combate, susceptible de ser practicado por soldados o por civiles armados, o incluso, como pensaba Clausewitz, por civiles reforzados por soldados, venidos del ejército. Simultáneamente, los guerrilleros rusos, aunque organizados por el poder legal, conservaban parte de su origen revolucionario, pues en la mayoría de los casos el comando de los guerrilleros estaba asegurado por el secretario del comité local del partido (o el presidente del comité rural ejecutivo, o el director o uno de los miembros del buró de una granja colectiva).

Desde luego, se podría objetar que, por el contrario, el encuadramiento de los guerrilleros consagraba y garantizaba la lealtad del pueblo en armas al régimen. Objeción válida, por cierto, pero en 1941, menos de un cuarto de siglo después de la revolución, el partido comunista seguía siendo minoría, siempre capaz de pasar a la clandestinidad, blanco directo de las órdenes del mismo Hitler.

Por una parte, funcionaban en Moscú, Leningrado y otras ciudades escuelas regulares que brindaban una formación a los soldados o los guerrilleros de las bandas. Un "Manual para las bandas" incluía instrucciones generales para la conducción de las operaciones. La formación técnica implicaba temas radicalmente distintos: el guerrillero aprendía a destruir las vías férreas, los puentes, los aeródromos, a saltar en paracaídas, pero también aprendía cómo procurarse documentos falsos, cómo conducirse en caso de que lo arrestaran los alemanes, cómo leer un mapa y recoger instrucciones.

La Wehrmacht replicó elaborando a su vez una teoría y práctica de la antiguerrilla. A partir del ejemplo dado por el mariscal Manstein, que el 29 de noviembre de 1941 publicó una *Orden para la organización y conducción del combate contra los guerrilleros,* todos los ejércitos tomaron disposiciones, inspirándose en los mismos principios, los mismos que los norteamericanos se esforzaron veinte años más tarde por codificar a su vez con el nombre de *counter-insurgency.* A las bandas rusas replicaban los comandos de persecución *(Jagdkommandos)* guiados por civiles de la zona experimentados en la lucha contra los guerrilleros. La antiguerrilla –dimensión espacial suplementaria de la guerra total– habría absorbido efectivos importantes de la Wehrmacht y las divisiones aliadas.

La eficacia política incrementó la eficacia militar, en esta ocasión irrefutable. En teoría, según las instrucciones oficiales, el ejército alemán debía distinguir entre sospechosos, simpatizantes y guerrilleros propiamente dichos.

[53] Me he remitido al libro de Dixon, G. Aubrey y Otto Heilbrunn, *La guerre sur le front russe. Guérilla et contre-guérilla,* trad. del inglés de A. Michelet, París, Charles Lavauzelle, 1956.

Los sospechosos no debían ser fusilados, pues la sospecha sólo constituye un estado de ánimo del acusador. Los simpatizantes entraban en la misma categoría de los guerrilleros si de hecho habían colaborado con ellos. Los guerrilleros se convertían en combatientes legales si aceptaban cuatro condiciones: ser comandados por un jefe responsable de sus subordinados, llevar un emblema distintivo, reconocible a distancia; portar armas abiertamente; conducir las operaciones según las leyes y costumbres de la guerra. Aun si estas condiciones no se cumplían, no debían ser ejecutados antes de ser condenados legalmente, como culpables de un delito determinado. De hecho, los guerrilleros rusos no cumplieron con estas condiciones y los alemanes no aplicaron sus propias instrucciones.

Hitler hacía la guerra a los comunistas y quería que los comisarios políticos fueran eliminados de un modo u otro.[54] Las unidades sobre las que él o Himmler ejercían una autoridad directa tradujeron en acción un desprecio racial hacia una población que consideraban inferior. La conducción política de las operaciones en Rusia, tal como la quiso el Führer, contribuyó, pues, a la difusión de la guerrilla, que a su vez suscitó la antiguerrilla y las represalias. La lógica del odio provocó el ascenso a los extremos. La comunidad racial, sujeto de la historia, se topó con otro sujeto de la historia. Este se reservaba al menos la posibilidad de convertir a su enemigo después de la victoria. La comunidad racial condenaba al vencido a una servidumbre permanente.

4. La extraña alianza. La inversión de la Fórmula

Se ha escrito a menudo que los norteamericanos habían conducido la última guerra con miras a un solo objetivo militar, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, a la cual seguiría la capitulación incondicional. En esta forma extrema, la proposición no es exacta. Roosevelt, al fijarse como objetivo militar la destrucción de la Wehrmacht y el ejército imperial japonés, también pensaba en la posguerra. Dos consideraciones principales determinaban sus decisiones: no repetir lo que juzgaba el error de Wilson, es decir aceptar promesas del Estado enemigo sin haber destruido su ejército; negociar la paz sin haberse asegurado el favor de la opinión pública y el Congreso. Las Naciones Unidas, cuyas modalidades organizativas discutió con Stalin durante las hostilidades, representaban uno de los fines políticos que Roosevelt asignaba a la conducción de la guerra.

El presidente norteamericano, implícitamente, interpretaba la *Fórmula* como lo había hecho Moltke el viejo. Entre el principio y el fin de las hostilidades, ninguna consideración política debía comprometer la racionalidad militar. Desde luego, ésta no se bastaba enteramente a sí misma. La distribución de los recursos entre ambos teatros de operaciones dependía del presidente, quien escuchaba a sus consejeros militares, pero tenía en cuenta un conjunto complejo de factores. Lo que a mi entender es innegable en la requisitoria, hoy

[54] Cf. E. von Manstein, *op. cit.*, p. 134. El autor se justifica por haber aplicado las órdenes de Hitler.

día trillada, contra el simplismo de Roosevelt, de Truman y de Eisenhower, es que condujeron las operaciones como si la meta prevista –la aniquilación de las fuerzas armadas del Reich y el Japón– no creara hechos consumados con los que enseguida tropezarían, impotentes, los diplomáticos. La comisión de ministros de relaciones exteriores en Londres fue la que, entre la conferencia de Teherán y la de Yalta, trazó las líneas de separación entre las zonas de ocupación y en consecuencia la frontera entre ambas Alemanias. Eisenhower y Truman se rehusaron a acelerar por razones políticas (expresión peyorativa) el avance de las tropas norteamericanas sobre Berlín o Praga.

En agosto de 1945 las bombas atómicas que devastaron Hiroshima y Nagasaki extendían simbólicamente la aplicación del principio de aniquilación a la población entera y no sólo a las fuerzas armadas del enemigo. En este sentido prolongaban los bombardeos de la aviación angloamericana, que habían devastado las ciudades alemanas sin paralizar sustancialmente, empero, el funcionamiento del aparato de producción.[55] Simultáneamente, Estados Unidos se encontraba en Europa y Asia, frente a zonas ocupadas por el ejército ruso o por ejércitos que obedecían al partido comunista. Los dos temas clausewitzianos se encarnaban históricamente: por una parte, una potencia de aniquilación antes inconcebible; por la otra, un ejército que lleva consigo sus ideas, su régimen, su partido, y que elimina minuciosa e implacablemente a sus adversarios.

¿Es preciso afirmar que Clausewitz, "madhí de la matanza mutua" de Verdún o de Flandes, enseñó la doctrina que culminó en la bomba atómica o la que culminó en la cortina de hierro? ¿Es él responsable de los cuerpos reducidos a cenizas o de la ejecución sumaria de Petkov, héroe de la resistencia búlgara, llevada a cabo por los nuevos amos? Dejemos de lado estas querellas, estos intercambios de requisitorias y alegatos. No rivalicemos en ingenio con el intelectual parisiense[56] que discierne ya en la *Fenomenología del Espíritu* la sombra del arma nuclear. Clausewitz no previó el exterminio de los pueblos; la aniquilación de las fuerzas armadas significaba para él la *decisión;* luego el vencedor *dictaba* al vencido las condiciones de paz. La posibilidad del suicidio común, inmanente al concepto de duelo, quizá está presente en filigrana en Hegel; cuesta discernirla en Clausewitz. En cuanto a los norteamericanos, tardaron unos años en comprender y superar la antinomia entre la capacidad de destrucción y la supremacía (en un sentido nuevo) de la política.

El ascenso de los partidos comunistas al poder en los países de Europa oriental es en cierto modo una réplica simbólica a las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki. MacArthur, a quien tocó el honor de recibir la capitulación incondicional de Japón vencido, se instala en Tokyo y el mismo emperador viene a rendirle homenaje. La flota y la aviación han sido destruidas, aunque aún subsiste un gran ejército que podría resistirse a la invasión y cuya lucha algunos jefes querrían prolongar. Pero una potencia insular despojada de sus fuentes de avituallamiento se vuelve comparable a una potencia continental cuyo ejército ha

[55] La producción bélica continuó aumentando en Alemania hasta principios de 1945. Fue paralizada cuando los bombardeos se concentraron en sectores clave de la industria.

[56] A. Glucksmann, *op cit.*, p. 85.

sido despedazado. Por otra parte, es cierto que la aviación, arma preferida de los angloamericanos,[57] devastó las ciudades del Japón y permitió, al menos aparentemente, reducir al enemigo a su merced sin aniquilar sus fuerzas armadas.

Entre el modo soviético y el modo americano de combatir se pueden discernir, sin hacer gala de un ingenio excesivo o artificial, tanto rasgos comunes como una radical heterogeneidad. Tanto un bando como otro terminaron por proclamar que combatían el régimen del Estado enemigo, no al pueblo mismo. "Los Hitler pasan, el pueblo alemán queda." Semejante declaración inspiró a Roosevelt y Churchill, en el mismo momento, inquietudes sobre las verdaderas intenciones de Stalin. Pero las charlas de Teherán sobre el reparto de Alemania o sobre el plan Morgenthau testimonian ante todo la frivolidad de quienes dirigen los asuntos mundiales, la sinrazón a la cual se entregan los espíritus superiores, impulsados por la pasión o embriagados por el olor de la pólvora.

La lógica de la guerra total, tanto en el Este como en el Oeste, puso al pueblo en primera línea: millones de alemanes abandonaron su hogar, huyendo del avance del ejército soviético, abandonando las provincias que se volvieron rusas (Prusia oriental) o polacas (al Este de la línea Oder-Neisse); otros millones de alemanes sufrieron la violencia desenfrenada de los soldados a quienes el comando acordaba, por unas horas o por unos días, los privilegios seculares de la soldadesca. Del otro lado, las bombas destruyeron en un setenta o un ochenta por ciento las ciudades alemanas, y en una noche cientos de miles de seres humanos perecieron en una Dresde atestada de refugiados. La distinción entre civiles y militares se borró, las leyes de la guerra, según las había elaborado y codificado el derecho de guerra europeo desde el siglo XVIII hasta principios del XX, fueron arrastradas por la tormenta.[58]

Hitler, al aplicar concepciones racistas en los territorios ocupados, violaba las leyes que limitan y garantizan los derechos de las autoridades de ocupación. Francotiradores y guerrilleros, por su parte, en los bosques u ocultos en las ciudades, participaban en el combate en condiciones que el ejército alemán juzgaba a su vez contrarias a las leyes y las costumbres. Clausewitz no lo había ignorado cuando predicaba la guerra popular: esta clase de guerra desencadena el odio; la represión, por su crueldad, exacerba la crueldad de los guerrilleros y así continuamente, en una espiral infernal. Pensaba, no obstante, que en última instancia la preocupación por la eficacia encauzaría nuevamente a las autoridades hacia la moderación.[59] Organizada o no en conjunción con el ejército regular, la

[57] Los norteamericanos y los británicos encontraron por sí mismos el principio de destrucción, pero le dieron un sentido que ignoraba el oficial prusiano.

[58] Algunas de ellas, especialmente las relacionadas con los prisioneros, fueron en general respetadas por la Wehrmacht, al menos con los prisioneros no rusos.

[59] En los *Bekenntnisse,* donde pregona la guerra popular, Clausewitz cuenta con la crueldad de los guerrilleros para disuadir a la represión francesa de la crueldad. En el fragmento sobre la Vendée (H. W., t. X, ps. 347-348) se expresa en estos términos: "El terrible Barrère había indicado a grandes rasgos al Comité de Salud Pública las medidas de que dispone un gobierno revolucionario frente a una contrarrevolución; los medios, por grandes, amplios y poderosos que fueran, estaban presididos por un espíritu de crueldad, de

guerra de guerrillas añade una dimensión suplementaria al campo de batalla, suprime una barrera que limitaba la amplificación de la violencia. En este sentido, los rusos y angloamericanos no se quedaban atrás. Churchill prefirió un jefe de guerrilleros comunista que se batía quizá más y mejor a un jefe de guerrilleros coartado por sus escrúpulos ante la población civil, por su deseo de no hacerle el juego a los comunistas y de salvaguardar para la posguerra determinado régimen político o social.

Asimismo, soviéticos y americanos daban un sentido político a la guerra, pues ni unos ni otros consintieron en tratar con Hitler o un jefe de Estado que lo representara. Querían aniquilar el régimen al cual atribuían la responsabilidad de la guerra; por lo tanto contemplaban un fin político más allá de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, más allá de la capitulación del régimen dominante. La diferencia, nada desdeñable, reside en el modo de instauración del régimen que sucederá al que se condena o aniquila. Por sus principios, los angloamericanos se obligaban a tolerar, en su zona de influencia, la actividad del partido o de los hombres ganados por la otra clase de régimen; los soviéticos, fieles a sí mismos, no toleraban en sus dominios a los partidarios de la democracia "occidental". Según el dicho clásico, los comunistas reclamaban la libertad en nombre de los principios liberales en el Oeste y la negaban en el Este en nombre del rechazo de la coexistencia ideológica. El objetivo militar que contemplaba Mao Tse-tung, el poder integral gracias a la aniquilación de los adversarios políticos, fue alcanzado en Europa oriental por los partidos comunistas porque recibieron del ejército ruso los instrumentos de un poder integral.

Dos episodios de la inmediata posguerra, hoy olvidados, demuestran que los norteamericanos no captaron inmediatamente el sentido de su oposición a los soviéticos. El secretario de Estado norteamericano, el general Marshall, fue enviado a China para impedir la guerra civil y propiciar las negociaciones entre Chang Kai-chek y Mao Tse-tung. El mediador norteamericano comprobó, una vez allí, la inutilidad de su tentativa, la imposibilidad de un gobierno de coalición y una conciliación entre comunistas y nacionalistas. Si, en caso de una guerra extranjera, los Estados o los pueblos enfrentados continúan existiendo, más allá de una derrota o una capitulación incondicional, entre dos pretendientes al poder legal, en cambio, uno de ambos vence y el otro desaparece. En este sentido, la guerra civil implica la aplicación del principio de aniquilación mucho más que la guerra interestatal; basta con que el ejército y la policía dejen de obedecer al gobierno instituido y se alíen a los nuevos amos.

El segundo episodio es la tentativa de fusión entre socialistas y comunistas en las zonas occidentales de Alemania. Los soviéticos impusieron esta fusión en la zona que ocupaban. En el Oeste, los comunistas abordaron la misma empresa

insensibilidad que negaba toda dignidad humana, toda humanidad. Así sucedió que la dignidad humana pisoteada se vengó por la sangre. Los vandeanos, impulsados por la crueldad a la suprema desesperación, sacaron fuerzas de flaqueza, y también un odio nuevo, una violencia nueva; sobrepujaron el furor de los republicanos y los obligaron a volver a la moderación. Ha bastado la crueldad para volver funestas las medidas más sabias; basta para provocar de nuevo la guerra a muerte".

por propia iniciativa: fue un socialdemócrata, salido de los campos de concentración hitlerianos, quien bloqueó la empresa, bajo la mirada al principio indiferente de las autoridades norteamericanas.

Mientras la guerra interestatal se mezclaba con una guerra civil –durante y después de las hostilidades–, los dirigentes de Estados Unidos descubrieron repentinamente que el fin de las operaciones militares no regula aún el conflicto mismo, el de la víspera con el enemigo, el de mañana con el aliado. Hoy día ciertos historiadores, llamados revisionistas allende el Atlántico, hacen a Truman y sus consejeros responsables de la "guerra fría". Las dos nociones –responsabilidad y guerra fría– se prestan a tantos equívocos que me abstendré de tomar partido en el debate, por lo demás exento de verdadero interés. Lo que resulta indiscutible es que los soviéticos traían consigo un régimen que otorga el monopolio del poder a un partido y no tolera ninguna oposición legal al régimen dominante. Este régimen se estableció poco a poco, entre 1945 y 1948, en todos los países de Europa oriental, mediante procedimientos de "revolución por arriba", equivalentes a los procedimientos de la guerra civil, aunque los revolucionarios, que poseían desde el principio los instrumentos de la violencia, pudieron desembarazarse de sus rivales sin combatir. Los norteamericanos no podían oponer su capacidad física de destrucción (bomba atómica) a la capacidad política de aniquilación que poseían los partidos comunistas con respecto a sus rivales. Los ejércitos soviéticos y los partidos comunistas habían creado hechos consumados durante las operaciones, e instalado inmediatamente gobernantes. Los angloamericanos eliminaban a los fascistas, procedían a elecciones de donde surgían gobiernos legítimos en función de los principios democráticos. Tal fue el escenario en Europa occidental. En ninguna parte los soviéticos y angloamericanos establecieron un régimen de ocupación en común. En Italia y Japón, los angloamericanos reinaban solos. Corea fue dividida en dos zonas que se convirtieron en dos Estados.

Fue en esta coyuntura cuando los norteamericanos se interrogaron sobre las relaciones entre guerra y política, cuestionaron nuevamente la exigencia de la capitulación incondicional, criticaron la idea de una conducción estrictamente militar de las operaciones; en síntesis, cobraron conciencia de las implicaciones prácticas de la *Fórmula.* La guerra de Corea también desempeñó el papel de un severo maestro de escuela. Ni los norcoreanos ni Stalin se dejaron disuadir por el arma nuclear. El cuerpo expedicionario norteamericano provocó la intervención china cuando persiguió al ejército norcoreano hasta el Yalú. La conducción de la guerra surgía del marco tradicional: primero vencer militarmente, luego abordar las cuestiones políticas. Potencia planetaria, Estados Unidos estaba involucrado permanentemente en una red de lazos comparables a la que había ceñido durante siglos a los Estados de la sociedad europea. Por ello mismo, la *Fórmula* cesaba de tener un tono militarista para convertirse en una perogrullada, una evidencia o un consejo sensato. La guerra constituye simplemente una de las fases del comercio entre Estados, fase especificada por el empleo de la violencia física. Lo que requería un análisis ya no era la *Fórmula* sino su inversión. ¿El proletariado mundial y quienes lo representan, a saber: los partidos comunistas, no libran un conflicto prolongado contra los Estados capitalistas o el imperialismo mun-

dial? ¿No contemplan los mismos fines en tiempos de paz que en tiempos de guerra? ¿No emplean casi siempre los mismos medios, con la sola excepción de los ejércitos regulares, y aun, en la escala del teatro global de las operaciones, la acción esporádica de un ejército regular? ¿Es preciso decir que la sociedad universal de Estados se convierte en teatro de una *guerra* civil, única y global, a través de las fronteras y océanos? Una vez más, no creo que se debe hablar de *guerra* cuando las clases o las naciones se oponen o rivalizan.

El doble aspecto del armamento del pueblo –supremo recurso de un pueblo oprimido, pero también insurrección revolucionaria en potencia– se manifestó claramente a los contemporáneos de Napoleón. Los conservadores que temían esta modalidad de guerra veían quizá más hondamente que los jacobinos, aunque fueran prusianos. Al menos en el *Tratado,* Clausewitz no emite ningún juicio moral sobre este fenómeno nuevo. Corrobora con entusiasmo, despiadadamente, que la lógica de la guerra entre pueblos desarrolla sus consecuencia: los efectivos de los ejércitos regulares se incrementan, las milicias territoriales o las reservas se unen a los ejércitos regulares, los civiles participan en el combate. ¿Cómo renunciar a estos instrumentos sin ponerse en una situación de inferioridad?

¿Hay que lamentar que se refuerce el "elemento bélico"? ¿Esta intensidad de la violencia es o no saludable para la humanidad? La misma pregunta, planteada a propósito de la guerra misma, tampoco suscitaría una respuesta categórica. Ni impediría a Clausewitz concluir: dejamos una y otra a los filósofos. ¿Con ironía o en serio? Yo estaría tentado de responder: en serio. Comúnmente, cuando emplea el adjetivo "filosófico", designa un análisis o una definición conceptual. En tal sentido considera el *Tratado* científico o filosófico. Montesquieu, al elucidar las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas, pertenece a la filosofía; asimismo Clausewitz, cuando deduce las implicaciones de los conceptos y los confronta con la experiencia. Esta clase de filosofía cede a otra, la de Kant o Hegel, la responsabilidad del juicio ético o la interpretación histórica última. Pero el principio de aniquilación física –la bomba atómica– y el armamento del pueblo –la lucha de clases en escala planetaria– tienden ambos a la permanencia y ubicuidad de la violencia. Al mismo tiempo surge una vez más el interrogante último: ¿la inversión de la *Fórmula* no es obrada por la realidad histórica misma?

SEGUNDA PARTE

LA ERA NUCLEAR

La apuesta a la razón

INTRODUCCION

Los neoclausewitzianos

Al final de la introducción que escribió en ocasión de la publicación de extractos del *Tratado* en edición de bolsillo, el profesor A. Rapoport esboza una comparación entre Clausewitz y los que él denomina neoclausewitziano, entre quienes me cuenta, no sin reconocerme algún mérito. Es a Hermann Kahn a quien reserva sus indignados sarcasmos. ¿En qué soy yo "neoclausewitziano"? "No obstante esta 'sociología mundial' (pues tal es la ambición del libro)[1] descansa sobre los mismos fundamentos clausewitzianos: las naciones nacen en la violencia, entablan relaciones por la violencia y continuarán haciéndolo en el futuro previsible. Los consejos de quienes no aceptan esta verdad básica son inútiles o peligrosos".[2] No adhiero a esta última frase: la esperanza de los pacíficos o los pacifistas no puede ni debe ser abandonado. Por lo demás, los fundamentos clausewitzianos, por retomar la expresión de A. Rapoport, se confunden con los de la filosofía clásica. Conviene solamente precisar que las relaciones entre naciones independientes implican el *riesgo* de la violencia y no la *permanencia* o el *uso* de ella.

Si para pertenecer a la cohorte de los neoclausewitzianos basta con admitir que "el mundo es un grupo de Estados", me encuentro en numerosa compañía. Es cierto que Rapoport añade: "El objeto de la política internacional es el poder *(power)* y el poder se adquiere y conserva mediante la violencia". Ahora bien, no acepto estas dos proposiciones: la violencia o el empleo de la fuerza sigue siendo un componente de las relaciones interestatales, pero no constituye el fin último ni el medio exclusivo de ellas.

No me propongo, en los tres capítulos siguientes, discutir la interpretación de Clausewitz y los neoclausewitzianos realizada por el profesor norteamericano. Quisiera poner a prueba la conceptualización clausewitziana aplicándola a la comprensión del universo actual. Una expresión del *Tratado* servirá de título a cada uno de los capítulos y simbolizará el tema principal.

[1] Se trata de *Paix et Guerre entre les nations.*

[2] *Op. cit.*, p. 65.

Los avales de la disuasión: ¿qué se hace de la estrategia cuando la amenaza nuclear no tiene más fin que disuadir, y por lo tanto de impedir su propia ejecución?

La guerra es un camaleón: ¿qué variedad de guerras, qué complejidad interna en cada una de ellas presentan los treinta últimos años, comienzo de la era nuclear?

La política o la inteligencia del Estado personificado: ¿es legítimo imaginar al Estado como una persona inteligente o la política como la acción de esta persona?

Tal vez, al concluir estos análisis, el lector esté en condiciones de juzgar quién, entre un neoclausewitziano auténtico y A. Rapoport, merece el calificativo de "extravagante".[3]

[3] *Op. cit.*, p. 78.

CAPITULO IV

Los avales de la disuasión

La destrucción de Hiroshima y Nagasaki por bombas atómicas indica la culminación del ascenso, la aplicación bárbara del principio de aniquilación interpretado en sentido material. Esos mismos acontecimientos parecen constituir retrospectivamente el origen de un movimiento en sentido contrario. Hoy basta citar la *Fórmula* –la guerra es la continuación de la política por otros medios– para que surja la respuesta, en cierto modo evidente: la guerra (¿nuclear?) ya no es la continuación de la política por otros medios.

¿Cómo la destrucción de ciudades, el exterminio ciego de millones de seres humanos con bombas termonucleares podrían ser entendidos como un medio, comparable a cualquier otro, de alcanzar los fines que se proponen normalmente los Estados? La guerra sólo constituye una fase, e incluso un componente de ciertas fases, del comercio entre los Estados; el uso efectivo de estas armas eliminaría la significación humana de este comercio, la prueba de voluntades sin la cual no subsistiría más que la prueba de fuerzas brutas.

A esta idea simple los neoclausewitzianos –y el sentido común– han respondido inmediatamente que la amenaza de guerra, incluso de guerra nuclear, no ha desaparecido desde 1945. A una de las tendencias del pensamiento clausewitziano sucede la otra; después de las orgías de violencia, la política vuelve a imponer su preeminencia razonable. Del exceso del potencial destructivo renace el espíritu de moderación. La amenaza sustituye a la acción; la disuasión, a la decisión.

Esta réplica a su vez invoca otra. La oposición de las dos proposiciones precedentes implica una salida, un *Ausweg.* Si la amenaza, como quiere la teoría, no tiene más fin que impedir su propia ejecución, ¿no resulta de ello una suerte de contradicción o paradoja? ¿Se puede vivir indefinidamente a crédito? El combate consiste en demostrar la solvencia de la diplomacia o la estrategia. ¿Cuánto tiempo pueden circular los documentos y permanecer acreditables sin que se demuestre la solvencia que los avala? ¿Hay que pensar que hoy día, a la abstracción de un sistema monetario sin fundamento material en una mercancía, corresponde un sistema interestatal sin prueba de fuerza entre las grandes

potencias? Llevando más lejos la comparación, ¿nos arriesgaremos a decir que en un caso la ausencia del referente-mercancía nutre la inflación permanente y en el otro la guerra permanente o la anarquía?

1. Análisis y síntesis sin experiencia

Retomemos la distinción clausewitziana entre los tres componentes de la teoría estratégica: *conocimientos tomados de las ciencias naturales, análisis conceptual, prescripciones o principios válidos en la mayoría de los casos.*

La teoría, según el *Tratado,* se funda ante todo en un saber tomado de las ciencias experimentales.[1] Aunque estos conocimientos derivan de la naturaleza de las cosas, más vale confirmarlos mediante la experiencia. En la aplicación, en efecto, se ejerce la influencia de tantas circunstancias diversas que sólo la experiencia permite determinar con certidumbre la eficacia de las diversas armas.

De ello no resulta que el jefe militar deba poseer personalmente, en detalle, los conocimientos científicos que explican la fabricación y el efecto de las armas. No se hace la guerra con salitre, cuero y plomo sino con pólvora y cañones.[2] Así como el jefe no tiene necesidad de saber cómo se trazan mapas, tampoco tiene necesidad de saber cómo se fabrican cañones. En cambio, debe tener sentido del espacio con el fin de utilizar los mapas y el terreno; asimismo, debe estudiar las diversas armas para ordenar su empleo. Desde luego, el empleo de las armas depende del arte táctico, no del arte estratégico, pero cuando los fenómenos tácticos cambian, las prácticas de la estrategia deben cambiar también para seguir siendo "coherentes y razonables".[3]

Apliquemos estas sensatas observaciones a la estrategia llamada nuclear. Los jefes de ejército L. Breznef o Richard Nixon no necesitan dominar la ciencia del físico, ni comprenden, en el sentido científico de la palabra, el funcionamiento de una bomba A, una bomba H o un proyectil balístico. Basta con que conozcan el efecto de cada una de estas armas, así como la velocidad y precisión de los diferentes misiles (su capacidad de penetración, su confiabilidad, etcétera).

En este punto surge una primera diferencia entre las armas del pasado y las de hoy: éstas jamás han sido experimentadas contra blancos reales;[4] se han sometido a "pruebas". La teoría física, con el auxilio de las pruebas, no deja ninguna duda sobre las destrucciones o las pérdidas en vidas humanas que provocaría una ojiva nuclear al abatirse sobre una ciudad y una población indefensas. La teoría, combinada con ciertos experimentos, aporta conocimientos sobre el número de proyectiles necesarios para destruir otros proyectiles ocultos en los silos, protegidos por un determinado espesor de cemento. Los conocimientos de esta clase presentan una complejidad extrema en razón del número de variables a tener en cuenta (desviación media con respecto al objetivo

[1] II, 6, p. 171 y p. 145 (335).

[2] II, 2, ps. 138-139 y ps. 110-111 (295).

[3] IV, 2, p. 240 y p. 220 (420).

[4] *Afortunadamente,* desde luego; el lector nos perdonará que no repitamos de ahora en adelante este adverbio; admitirá que detestamos la guerra tanto como él.

fijado en proyectiles de un tipo dado, lanzados desde una distancia dada, distancia a partir de la cual una cabeza nuclear de una potencia explosiva dada destruye un silo con una capacidad de resistencia dada, etc.). Semejante saber, que sólo los expertos[5] (no siempre de acuerdo entre sí) poseen auténticamente, se presenta bajo una forma probabilística; un número X de proyectiles destruirá una proporción Y de silos con una probabilidad Z. En el momento de la crisis cubana, los jefes de estado mayor no habrían *garantizado* al presidente norteamericano una destrucción superior al noventa por ciento de las rampas de lanzamiento soviéticas (en caso de bombardeo nuclear). La reserva del diez por ciento al menos sirvió de pretexto a J. F. Kennedy para oponerse a las recomendaciones de los jefes de estado mayor que abogaban por un ataque inmediato a las instalaciones soviéticas.

¿En qué difiere la situación de hoy de la de ayer? Los conocimientos, tomados de las ciencias naturales, relacionados con las armas y los vehículos, dependen de una ciencia cada vez más sutil, vedada a los aficionados. Mientras Clausewitz mismo poseía un auténtico conocimiento sobre las armas denominadas sabias (artillería, ingeniería, fortificaciones), el jefe supremo, a saber: el jefe de Estado, recibe hoy los consejos de jefes militares que en su mayoría están reducidos al "saber simplificado", el único indispensable en el nivel más elevado de la jerarquía del mando.[6]

A este saber complejo, simplificado para uso del jefe del ejército, se añade la incertidumbre. Si se trata del volumen de las destrucciones, la incertidumbre carece de importancia: las estimaciones llamadas conservadoras bastan para inspirar terror. No sucede lo mismo con las incertidumbres relacionadas con el empleo de proyectiles contra las "fuerzas armadas", en primer lugar los proyectiles del enemigo. La incertidumbre sobre el porcentaje de proyectiles que se desviarían de su trayectoria, caerían a mayor distancia del blanco de la prevista, presenta un alcance evidente, pues el ataque[7] imaginado tendría por finalidad despojar al enemigo de sus medios de replicar. Esta incertidumbre pesaría sobre el ánimo de los responsables y los incitaría a la prudencia, tanto más en la medida en que estas armas, repitámoslo, jamás fueron experimentadas en un combate real (suponiendo que podamos llamar combate un ataque nuclear contra una fuerza nuclear adversa).

Con este último ejemplo, el análisis conceptual llega a lo que el *Tratado* denomina el aspecto analítico de la estrategia. Así como Clausewitz toma de sus predecesores algunos conceptos, reconoce los progresos analíticos que han logrado (base, líneas de operación, movimientos excéntricos o convergentes, superioridad del número, movilidad, requisas, aviatuallamiento, etc.), aunque rechazando las doctrinas que ellos fundaron sobre un elemento arbitrariamente aislado (avituallamiento en H. von Bülow, líneas interiores en Jomini), los

[5] Un gran sabio no es en cuanto tal un experto sobre este tema. Grandes físicos han negado de antemano la precisión de tiro de los proyectiles intercontinentales.

[6] Cf. *Estrategia de 1804,* #3 y, en el *Tratado,* por ejemplo, II, 2, a partir del parágrafo intitulado "simplificación del saber".

[7] Empleo ofensivo contra el blanco prioritario, las fuerzas armadas del enemigo.

teóricos, al cabo de treinta años, han elaborado el sistema conceptual necesario para pensar las diversas modalidades posibles de un duelo entre potencias nucleares, primer golpe, segundo golpe, acción contra las fuerzas o contra los recursos (o ciudades), etc. Si a estas dos díadas se añaden otras dos, parcial-total (o flexible-masivo) y armas clásicas-armas nucleares, el lector puede imaginar sin esfuerzo el número y la diversidad de modelos que los autores, sobre todo norteamericanos, han elaborado en el curso de los primeros años de la era nuclear.

El aspecto analítico de la teoría constituye ya un instrumento intelectual que utilizan los políticos, los periodistas, los simples ciudadanos. Pero cuando pasamos del *análisis* a la *previsión* o la *prescripción*, el acuerdo de los espíritus desaparece de golpe y por momentos pareciera que hoy no supiéramos más que hace treinta años, pese a los miles de títulos que contienen una bibliografía sobre estrategia nuclear. Tomemos por ejemplo la pregunta: ¿puede un Estado dotado de una pequeña fuerza de disuasión prevenir una agresión emprendida por una gran potencia nuclear con armas clásicas? (supongamos que la Unión Soviética tuviera una frontera común con Francia). Uno responderá que la gran potencia no se expondrá al riesgo de un primer golpe antirrecursos[8] de la pequeña fuerza. Otro responderá que el Estado pequeño jamás tomará la iniciativa de un recurso a las armas nucleares que provocaría represalias masivas, millones de muertos, cuando no la destrucción del país. Cada uno está convencido de su propio argumento. ¿Cómo elegir entre estos argumentos contradictorios cuando no existe ninguna experiencia?

Desde luego, en el origen de la era atómica, en 1945, se emplearon de hecho dos bombas atómicas. Ellas lograron la *decisión* en el sentido tradicional del término. El emperador, que hacía meses quería negociar, logró superar la resistencia del partido militar, resuelto a combatir hasta el fin aunque costara la aniquilación del país entero. Los dirigentes norteamericanos, por su parte, deseaban evitar tanto el desembarco de un gran ejército en las islas –que aseguraba una victoria militarmente radical, pero costosa– como la apariencia de una negociación, contraria a la doctrina de la capitulación incondicional. Las bombas atómicas permitieron a ambas facciones alcanzar simultáneamente el fin respectivo: el emperador impuso su voluntad a los partidarios del suicidio nacional y el presidente norteamericano obtuvo formalmente la capitulación incondicional, no sin haber concedido bajo cuerda el mantenimiento del régimen imperial.

¿Qué lección extraer de esta única experiencia de empleo efectivo? En la época, pocos diarios, pocos comentaristas tomaron conciencia de la barbarie del medio. Por lo demás, el ataque a Tokyo con bombas de fósforo, el incendio de buena parte de la ciudad, había causado tantas víctimas como la bomba de Hiroshima. El bombardeo de Dresde, atestada de refugiados, suscitó la indignación de Gran Bretaña. . . *una vez concertada la paz.* En resumen, los acontecimientos de la última guerra nos recuerdan que los horrores "impensables"

[8] La jerga de la estrategia nuclear da el mismo sentido a las expresiones "anticiudades" o "antirrecursos".

cobran una apariencia de normalidad una vez que se han inflamado las pasiones y desencadenado las matanzas.

Reducido a lo esencial, el episodio de 1945 sigue siendo "concebible" en cuanto tal porque pertenece a una categoría trillada de operaciones, bien conocida en la historia militar: para obtener la capitulación de una ciudad sin tomarla por asalto, se la bombardea o se amenaza con bombardearla hasta que no quede una piedra sobre otra. Al margen de la intensidad del bombardeo, Bismarck empleó contra París, en 1871, el mismo medio que Truman contra el Japón. Recordemos la trinidad clausewitziana de los blancos: fuerzas vivas, fuerzas muertas (o recursos), fuerza moral. Los bombardeos contemplan los dos últimos blancos para evitar o reducir el costo del ataque directo contra el primero.

Tal vez sería un error, pese a todo, creer que el empleo efectivo de armas nucleares cobraría en el mañana una apariencia de normalidad, aun si este empleo se limitara a algunas cabezas nucleares de baja potencia (relativa). El episodio de 1945 se produjo después de varios años de combates despiadados. Gobernantes y pueblos estaban acostumbrados al horror. Los sabios aún no captaban la magnitud del paso gigantesco que los hombres acababan de dar, menos en el arte de la guerra que en el de la carnicería. Un premio Nobel de física, de nacionalidad inglesa, escribió incluso un libro,[9] en tiempos de la guerra fría, para demostrar que el empleo del arma nuclear en caso de guerra no lograría la decisión.[10] Por último, los bombardeos atómicos de 1945 no constituyen la ejecución de una amenaza, el fracaso de la disuasión. Representan la primera —y probablemente la última— utilización del explosivo nuclear como si éste no fuera de naturaleza diferente de los explosivos químicos. Suponiendo que por desgracia las armas nucleares se utilizaran en el porvenir, los responsables no actuarían con la misma inconsciencia, con la misma ingenuidad que en 1945. La teoría de la disuasión, pues, no puede extraer ninguna conclusión práctica de esta única experiencia. Esta confirma los cálculos de los entendidos; el recuerdo de las ciudades hechas ceniza y el hongo suscita un temor difuso.

¿Hay que decir que la crisis constituye en la era nuclear el equivalente del pago en metálico en la teoría clásica? Esta fórmula, que yo había empleado en *Le Grand Débat,*[11] hoy me parece más seductora que convincente. No retomaré una vez más el análisis de la crisis cubana,[12] en otoño de 1962. Después del libro de T. H. Allison no hay, creo yo, nada más que decir, al menos mientras no se abran los archivos del Kremlin. Pero la crisis cubana se presta a múltiples interpretaciones; opuso a dos Estados que poseían armas nucleares, pero *ninguno de ellos amenazó explícitamente al otro con emplearlas.*

[9] P. M. S. Blackett.

[10] Aun suponiendo un empleo unilateral.

[11] París, Calmann-Lévy, 1963.

[12] *Essence of Decision. Explaining the Cuban Missile Crisis,* Boston, Little, Brown & Co., 1971.

El presidente Kennedy había afirmado solemnemente que no toleraría la instalación de armas ofensivas en Cuba frente a las costas de Florida. Dejemos de lado la discusión clásica sobre la definición exacta de un arma ofensiva. En rigor, toda arma de propulsión o de fuego puede considerarse ofensiva con respecto a las armas de choque o de cuerpo a cuerpo. ¿A qué distancia se extiende hoy la noción de choque? Nadie dudaba que los proyectiles balísticos y las cabezas nucleares fueran, según la concepción norteamericana, armas ofensivas, aun si en todas partes han sido objeto de un empleo disuasivo, no defensivo. Dejemos también de lado la controversia político-ética que suscita el contraste entre el rechazo norteamericano de las bases soviéticas en Cuba y la aceptación soviética de las bases norteamericanas en Turquía. ¿Con qué derecho Estados Unidos se arroga el privilegio de prohibir al gobierno de un Estado independiente concluir un acuerdo de seguridad, decidir quién, en el hemisferio occidental, actúa en conformidad o desacuerdo con la doctrina de Monroe? Me atengo a lo que llamaré un *hecho,* pese a todos los equívocos que implica esta noción: al instalar en Cuba rampas de lanzamiento de cohetes de mediano alcance, los hombres del Kremlin pasaron por alto una advertencia formal del presidente Kennedy, advertencia destinada a disuadirlos de una empresa que resultó riesgosa.

La advertencia disuasiva no implicaba más que una amenaza vaga. Por motivos que ignoramos, N. Kruschef no la tomó en serio. Los trabajos de los ingenieros soviéticos comenzaron en la isla sin ningún camuflaje. Según las versiones de los autores norteamericanos, una serie de accidentes (y, al principio, el escepticismo del presidente y sus consejeros) retardó el momento en que J. F. Kennedy tuvo que aceptar las evidencias y convencerse de que pese a las palabras de M. Gromyko, la Unión Soviética se proponía construir en Cuba una base militar destinada a armas nucleares.

La crisis llamada cubana o de los cohetes, en este sentido, puso en juego armas nucleares. Ello no significa que, de un bando u otro, se recurriera a la amenaza de emplear las armas nucleares. Lo que propusieron o estudiaron los jefes del estado mayor de las tres armas fue que la aviación bombardeara empleando bombas "clásicas".[13] Lo que decidió el presidente fue la "cuarentena" de la isla, o sea prohibir a las naves soviéticas que transportaban una carga "sospechosa" que franquearan el bloqueo de la marina norteamericana; siguió luego, transmitido por un canal no oficial, un ultimátum o el equivalente de un ultimátum: la Unión Soviética debía retirar de Cuba los proyectiles balísticos que había instalado allí y, *a fortiori,* las ojivas nucleares que hubiera trasladado a la isla.

Por cierto, uno de los dos Grandes impuso su voluntad al otro y lo consiguió mediante la amenaza de recurrir a la fuerza armada. La confrontación concluyó sin ofensa alguna o, al menos, con un camuflaje de cortesía: el ultimátum jamás se publicó en la prensa en la forma exacta con que se había lanzado; el presidente Kennedy ofreció, a cambio del retiro de los proyectiles, la promesa de no atacar Cuba, lo cual permitió a N. Kruschef proclamar que había alcanzado el

[13] G. T. Allison, *op. cit.,* ps. 123-126. Los aviadores contemplaban 500 "salidas" y no garantizaban más del 90% de destrucción.

fin que se proponía, o sea garantizar la seguridad de la isla. Obtuvo al mismo tiempo una promesa secreta, la del retiro de los cohetes norteamericanos de Turquía (el presidente Kennedy había ordenado ese retiro varios meses antes, y la orden no se había cumplido).

La crisis cubana ocurrió entre potencias nucleares, en la era nuclear. ¿Hay que decir por lo tanto que fue el equivalente en la estrategia nuclear del "pago en metálico" de la estrategia clásica? De hecho, ni un bando ni otro amenazó, abiertamente o en secreto, con emplear las armas nucleares. Uno de los dos K hizo un bluff y perdió la apuesta; el otro no hizo ningún bluff y obligó a su adversario a respetar después la interdicción que el primero se había negado a escuchar antes. En ausencia de armas nucleares, cualquier presidente norteamericano habría tolerado aún menos en Cuba una base militar de un Estado hostil a Estados Unidos. Habría conseguido su desmantelamiento por el mismo método: la acción diplomática sostenida por la amenaza más o menos encubierta del recurso a la fuerza militar. El mismo método, en la era prenuclear, habría constreñido a los dirigentes del Kremlin a la misma elección: extender la crisis (ya que localmente se encontraban en situación de inferioridad) o ceder.

En síntesis, el episodio más espectacular de la guerra fría, la confrontación directa de dos potencias nucleares, que tuvo sin duda algunas consecuencias importantes, tampoco excluye una interpretación acorde con los conceptos de la diplomacia clásica. La única sangre que se vertió fue la del piloto de un avión espía (U-2) abatido en la isla. Uno de los dos K, culpable de temeridad política, aceptó razonablemente una derrota diplomática; el otro aceptó el desafío que implicaba la negativa a tomar en serio su advertencia y logró sus fines, el regreso al *statu quo ante.* La disuasión, finalmente, había intervenido, pero *a posteriori,* por medio de una crisis diplomática acompañada del clamor de las armas.

Si damos por verdadera o verosímil esta versión prosaica del acontecimiento que tiene fama de ser el más dramático del último cuarto de siglo, ¿por qué tantos comentarios, tantas controversias, tanta pasión? Hoy la respuesta me parece evidente y paradojal: porque los actores, el presidente Kennedy y sus consejeros, vivieron esos días de prueba, si no en el temor y temblor, al menos en la angustia y la resolución, obsesionados por el riesgo de una catástrofe apocalíptica, convencidos de que existía el peligro, y un peligro serio, de guerra nuclear. ¿Víctimas de autoembriaguez? ¿Víctimas de los analistas? Tal vez. Víctimas, en todo caso, del universo extraño que crean las armas que no tienen más función que la de impedir su empleo efectivo y que sólo cumplen su función en la medida en que subsiste la posibilidad de emplearlas.

2. La estrategia-ficción: "escenarios" y modelos

En otoño de 1962, cuando se enteró de la instalación de rampas de lanzamiento para proyectiles de mediano alcance en Cuba, el presidente de Estados Unidos hizo saber discretamente a los miembros del Praesidium que la aviación bombardearía las instalaciones o/y el ejército invadiría la isla a menos que la base fuera desmantelada de inmediato. N. Kruschef y sus camaradas, sabiendo que no poseían medios para la resistencia local, cedieron y recibieron a

cambio la promesa del presidente J. F. Kennedy de abstenerse de toda agresión contra el régimen fidelista, una promesa luego anulada por la negativa de Fidel Castro a una inspección de la zona. He allí, en síntesis, lo esencial de los hechos materiales (movimiento de naves y armas) y las palabras públicas.

Los acontecimientos, en tanto humanos e históricos, no se confunden con los hechos materiales y las palabras públicas. Lo que pensaron Kennedy y Kruschef y sus innumerables consejeros, las intenciones y conductas de unos y otros, forman parte integral del "acontecimiento" y determinan, más que los "hechos", su significación y su alcance. De allí los dos interrogantes: ¿por qué, en la Casa Blanca, el temor, incuestionable e incuestionado, al apocalispsis? ¿Por qué, en Moscú, la decisión de retirarse?

La respuesta a la primera pregunta me parece sencilla: porque los dirigentes de Estados Unidos pensaban el mundo interestatal a través de un sistema conceptual que justificaba el temor. Los analistas norteamericanos habían reflexionado, a partir del duelo norteamericano-soviético, sobre la utilización de las armas nucleares con el propósito de disuadir al adversario (pensaban en la Unión Soviética) de toda agresión militar. En una primera fase, los responsables de las tres armas, especialmente de la aviación, se atenían a esta simple doctrina: en caso de agresión, la aviación estratégica *(Strategic Air Command)* replicará inmediata y masivamente.

La guerra de Corea enseñó a los responsables que hay más cosas bajo el cielo que en los modelos e introdujo una primera distinción entre la agresión contra el Estado que posee armas nucleares y la agresión contra un aliado de dicho Estado (distinción que inmediatamente sugería otras dos: agresión por el rival principal o por uno de sus aliados; contra un aliado mayor o un aliado secundario del sujeto de la disuasión). A esta casuística política[14] se añadió una casuística técnica. Estratégicamente, se concibe la utilización ofensiva o la utilización defensiva de las armas nucleares. La ofensiva consiste, como en tiempos de Clausewitz, en atacar al otro en su territorio y, en este caso, continúa aplicándose la vieja regla de la prioridad de las fuerzas armadas del enemigo. Conviene, pues, ante todo, asegurarse la supervivencia de las fuerzas estratégicas de represalia en caso de ataque enemigo. El análisis sugiere por sí mismo la prescripción de prudencia: volver tan invulnerable como sea posible la fuerza de represalia, dispersando los bombarderos, reforzando los silos, multiplicando los proyectiles, en tierra, en el aire, en el fondo del mar, etcétera, etcétera.

La distinción analítica entre primer golpe y segundo golpe, entre la acción contra la fuerza y la acción contra las ciudades del enemigo,[15] se había impuesto en el curso de la década del 50 al tiempo que el simplismo de la doctrina de las represalias masivas, que implicaba una disuasión unilateral, era progresivamente reemplazada por una doctrina menos grosera. Es indudable que la amenaza de

[14] La que utiliza H. Kahn en *On Thermonuclear War:* agresión directa, provocación extrema, provocación menor.

[15] Estas dos distinciones no se confunden: el primer golpe no contempla necesariamente la fuerza ni la segunda las ciudades. Todo depende de los medios.

represalias masivas basta para disuadir a cualquier Estado de un ataque contra el territorio de Estados Unidos. Pero a partir del momento en que la Unión Soviética posee también proyectiles capaces del alcanzar el territorio de Estados Unidos, ya no resulta tan fácil creer que el presidente norteamericano lanzará la aviación estratégica o los proyectiles balísticos para castigar a la Unión Soviética, culpable de haber ocupado, por ejemplo, los sectores occidentales de la antigua capital del Reich.

Dejemos provisionalmente de lado los análisis sutiles de los autores norteamericanos sobre el modo de restaurar la disuasión nuclear con respecto a agresiones no nucleares pese a la capacidad recíproca de destrucción. Limitémonos a mencionar la antinomia fundamental: si convenimos en llamar estabilidad —concepto que reemplaza el de equilibrio en la estrategia de disuasión— una situación en la cual los duelistas son incitados imperiosamente a no utilizar sus armas porque ambos disponen de la capacidad de destruirse y ninguno posee la capacidad de desarmar al otro, la estabilidad en el nivel superior de las armas nucleares reduce lógicamente la estabilidad en el nivel inferior: en un esquema abstracto, los duelistas temen menos emplear las armas clásicas, pues conocen sus consecuencias para ambos, que recurrir a las armas nucleares.

En 1962, en el momento de la crisis cubana, los consejeros del presidente pensaban en las relaciones con la Unión Soviética valiéndose de estas representaciones abstractas. Habían inferido ciertas consecuencias a propósito de la defensa de Europa, en especial el refuerzo de las fuerzas clásicas de la O.T.A.N. Semejante medida evitaría la alternativa del todo o nada, volvería creíble una disuasión basada en una réplica gradual, el ascenso a los extremos, bautizado "escalada" *(escalation),* que constituía en principio una amenaza destinada a prevenir una agresión menor y, en fase activa, un riesgo a conjurar.

Los analistas, en 1962, no habían pensado la situación que afrontaron el presidente y sus consejeros. Todos habían partido de la hipótesis de una agresión militar de la Unión Soviética; por ende, un adversario políticamente ofensivo. La instalación de una base de proyectiles en Cuba cobraba políticamente una significación ofensiva, incluso agresiva, pero la Unión Soviética no empleaba efectivamente ninguna arma y respondía a la petición de un Estado independiente tal como Estados Unidos lo había hecho con frecuencia.

Frente a esta coyuntura imprevista, el presidente o sus consejeros aplicaron la noción, a fin de cuentas trillada, del uso progresivo de la fuerza, como si este procedimiento dependiera de las sutilezas de la estrategia nuclear. Pero en la medida en que la operación cubana testimoniaba una disociación entre el nivel nuclear y el nivel clásico en las relaciones entre los duelistas, los responsables norteamericanos, prisioneros de sus modelos, no podían no temblar. ¿Por que los soviéticos no utilizarían su superioridad en armas clásicas en un sector donde ésta resultaría tan aplastante como la de Estados Unidos en el Caribe? A partir de allí, los analistas se convirtieron en actores porque los actores pensaban como analistas y unos y otros influían sobre las consecuencias de la crisis mediante la interpretación que hacían de ella.

Algunos dedujeron de la crisis la lección de que en nuestra época ningún Estado puede proteger a otro mediante la disuasión. Interpretación francamente

delirante: Kennedy no atacó Cuba, Kruschef no había garantizado la seguridad de la república fidelista. Había intentado, en una mano de póquer, una operación espectacular que tal vez habría volcado a su favor la relación de las fuerzas nucleares, tal vez incitado al presidente norteamericano a hacer concesiones en Berlín. El lector encontrará en otros textos las hipótesis que pueden concebirse sobre las motivaciones de S. N. Kruschef o los jefes militares. Digamos sólo que la retirada de los soviéticos en 1962 no constituye en ningún grado una experiencia que permita determinar el valor de la disuasión nuclear.

Me parece más seria la opción entre dos hipótesis: ¿la inferioridad soviética en el nivel nuclear determinó la decisión de retirarse? Dicho de otro modo, diez años después, ¿Nixon o Ford habrían osado replicar a la iniciativa de otro Kruschef en el mismo estilo y con el mismo éxito? Aclaremos de una vez por todas que nadie puede responder con certeza a semejante interrogante. Personalmente, yo daría una respuesta afirmativa.

La equivalencia Cuba-Berlín sólo existe dentro de un modelo. Una base nuclear frente a Florida representaba para la Unión Soviética una victoria simbólica con la cual, normalmente, los hombres del Kremlin no habrían debido contar. El intercambio de la base por una promesa de no agresión signaba simplemente un regreso al *statu quo ante*, el fracaso de una empresa riesgosa. En cambio, la pérdida de los sectores occidentales de Berlín habría significado para Estados Unidos una derrota simbólica de primera magnitud. Militarmente, se podía alegar que la Unión Soviética disponía de la misma superioridad en armas clásicas en el centro de Europa que Estados Unidos en el Caribe; no existía una medida común entre el retiro de los proyectiles balísticos que acababan de llegar a Cuba y el retiro de las tropas norteamericanas que ocupaban Berlín Occidental por derecho de victoria. Los soviéticos piensan políticamente, no técnicamente. Propusieron un cambio entre cantidades comparables: los proyectiles norteamericanos en Turquía por los proyectiles soviéticos en Cuba. ¿Los dirigentes soviéticos atribuyeron el fracaso a la inferioridad de sus fuerzas nucleares? Los ignoro, pero, en la medida en que algunos analistas norteamericanos lo juzgaban así, incitaban a sus colegas-rivales a ponerse al día. Lo cierto es que, en todo caso, después de la crisis de Cuba, y probablemente en función de la lección que dedujeron, los sucesores de N. Kruschef renunciaron al chantaje y al bluff, visible en el curso del período 1958-1962 y, simultáneamente, emplazaron tal número de proyectiles que en 1975 éste supera en 1975 'al de Estados Unidos y el Tratado de Moscú en 1972 consagra la superioridad rusa en número de proyectiles y en megatones, lo cual no excluye la inferioridad en número de cabezas nucleares.

El desarrollo de la crisis cubana contribuyó al prestigio de los analistas; la guerra de Vietnam tuvo el efecto contrario, quizá tan injustamente en un caso como en otro. Aunque los periodistas han utilizado a veces el término *escalation* para designar tanto la acción de J. F. Kennedy durante algunos días como la de L. B. Johnson durante largos meses, la similitud sólo existe en la imaginación de los comentaristas. J. F. Kennedy impidió a los jefes militares actuar según sus preferencias; en otras palabras, emplear la fuerza aun antes de alcanzar la meta sin violencia física. En cambio, L. B. Johnson usó progresi-

vamente la fuerza, pero sin optar entre los dos sentidos posibles de esta progresión: *amenaza* de ascenso a los extremos o *eficacia* de la progresión.

¿El concepto de escalada, acuñado por H. Kahn, equivale al de *Steigerung bis zum äussersten* de Clausewitz? El oficial prusiano nunca elaboró el contenido exacto de este término, que empleaba a veces, en su correspondencia, como equivalente de lo que en francés donominaríamos *jusqu'au bout* ("hasta el fin") o *jusqu'a la mort* ("hasta la muerte"). El general alude menos a la movilización total de los recursos que a la energía extrema en la conducción de las operaciones, energía que tiende a la finalidad natural de la lucha, a saber: la victoria táctica que abate al enemigo y permite dictar los términos de la paz. Napoleón le servía como referencia o modelo. Por lo tanto, así como la guerra absoluta –concepto de una guerra pura, ideal– no equivale la guerra total, que designa ciertas guerras reales, caracterizadas por rasgos tales como la movilización total de los recursos, el ascenso a los extremos no abarca exactamente lo mismo que la escalada de H. Kahn. En el libro al cual se dio por título este concepto, él se proponía, según sus propias indicaciones, estimular la imaginación de los estadistas, especulando sobre coyunturas imaginarias, inventando incidentes o crisis y sugiriendo las réplicas posibles en cada uno de los casos, sin que sepamos si, al fin y al cabo, el estratega a quien se dirige el analista debe aprender a no subir hasta el peldaño superior de la escala de la violencia o a no dejar al adversario la ventaja de la iniciativa o la última palabra, sea cual fuere el grado de violencia.

El libro de H. Kahn presentaba todos los defectos de la estrategia-ficción, que en teoría no desemboca en prescripciones y de hecho sugiere con mayor o menor claridad una actitud, cuando no una doctrina. Por cierto, en el principio de este libro decía que éste no trataría sobre la pregunta que yo había planteado: ¿quién puede disuadir a quién, con qué amenazas, en qué circunstancias? [16] Pero, no obstante, el lector deducía una triple lección, una bastante razonable (existen muchos medios, para un Estado como el norteamericano, de defender sus intereses sin recurrir a las armas de destrucción masiva), otras dos bastante peligrosas: primero la representación de un adversario, y por lo tanto una Unión Soviética, diabólico, contra el cual no había subterfugios ni fuerza que bastaran; a continuación la idea de una manipulación del riesgo, de la capacidad, en una crisis de nivel inferior, de vencer al adversario manifestando mediante actos, si no mediante palabras, la resolución, en caso de necesidad, de subir hasta el último peldaño de la escala, de emplear medios mayores si los medios inferiores no eran suficientes.

Nada demuestra, nada indica siquiera, que las ficciones estratégicas de H. Kahn hayan influido en el ánimo de L. B. Johnson y sus consejeros, en su manera de conducir la guerra de Vietnam. Creo, pese a todo, que los críticos de este género de literatura seudoestratégica tienen razón en el sentido de que ella, lejos de formar el espíritu de los jefes, tiende a darles ideas falsas al presentarles un mundo demasiado alejado del real.

[16] *On Escalation, Metaphors and Scenarios,* Hudson Institute, 1965, p. 23.

Los estadistas de *On Escalation* se confunden siempre con jefes de ejército, y a cada instante parecen libres de elegir los medios, siempre capaces de dominar la violencia y de actuar razonablemente en medio del peligro. En verdad, lo que la experiencia vietnamita ha enseñado a los responsables de la política exterior de Estados Unidos es la limitación de su autonomía, tanto con respecto a la opinión pública como con respecto a un sistema interestatal, además de la inutilidad, para alcanzar ciertos fines políticos, de las armas que no se utilizan y que el adversario no teme por la sencilla razón de que sabe que no se utilizarán.

Entre *On Escalation*[17] y la guerra de Vietnam no existe más que un lazo indirecto y tenue. Más aún, en la medida en que el lector se tomaba el trabajo de estudiar el libro atentamente, encontraba en él la lección que procuro destacar; a saber que una guerra particular, por ejemplo de liberación nacional,[18] se libra en las condiciones y el terreno que elige no al gobierno norteamericano sino el adversario. En una entrevista acordada al *US News and World Report* (número del 7 de junio de 1965), H. Kahn decía literalmente: "Se puede –y es el caso de Vietnam del Norte– tratar de golpear el santuario, lo cual tal vez sirva de algo y tal vez no. En la mayoría de los casos, las guerras de liberación nacional se librarán muy probablemente dentro de un país, en las condiciones fijadas por los rebeldes y el gobierno, por así decirlo". H. Kahn conservaba, pues, pese a las leyendas, una conciencia plena de las discontinuidades, de la casi imposibilidad de obtener una victoria militar en Vietnam por la simple amenaza de las armas que no se tiene el propósito de emplear.

No obstante, en el peldaño 2 de la escalada toma como ejemplo artículos periodísticos (*The Washington Post* del 10 de julio de 1964) que constituían "filtraciones" dirigidas y advertencia al adversario. El artículo exponía detalladamente que las autoridades norteamericanas habían trazado un plan con el propósito de replicar a cada ataque del Vietcong sobre una aldea sudvietnamita mediante el bombardeo y destrucción de una aldea del Norte. El artículo sugería incluso que el asesinato de los notables fieles al gobierno de Saigón fuera "castigado" también mediante la destrucción de instalaciones industriales en el Norte (tras haber prevenido de antemano a los obreros para que evacuaran el área). H. Kahn tomaba nota de la teoría, sin aprobarla ni criticarla, con cierto escepticismo sobre su eficacia, según la entrevista de 1965, pero sin abrir juicios morales ni políticos.

El bombardeo de Vietnam del Norte signaba el retorno a una antigua modalidad de las hostilidades, la devastación del territorio enemigo, modalidad que Clausewitz consideraba anacrónica o, si cabe la expresión, pasada de moda.[19] En el curso de la Primera y la Segunda Guerra, los dos bandos, pero

[17] H. Khan, a diferencia de la mayoría de los comentadores, considera muy atinadamente que la crisis cubana pertenece a un modelo tradicional. *On Escalation*, ps. 74-82.

[18] Según mi vocabulario, la segunda guerra de Vietnam era tanto una guerra revolucionaria como una guerra de liberación nacional.

[19] El ejército napoleónico vivía en el país y no pensaba devastarlo. Fue Gneisenau quien aconsejó al zar Alejandro la táctica de la tierra quemada.

sobre todo los angloamericanos, recurrieron a esta práctica, con su doble finalidad: o bien reducir los medios materiales de combate del enemigo, o bien infligir tales sufrimientos al conjunto de la población que la voluntad de resistencia zozobre y los gobernantes estén constreñidos a capitular. Robert S. MacNamara terminó por convencerse de que la progresión del bombardeo reducía su eficacia material y el bombardeo mismo no afectaba la resolución de Vietnam del Norte de ayudar a los "rebeldes" del Sur mediante envíos de armas y soldados.

Así como *On Escalation* no dictó la conducción de la guerra de Vietnam, el concepto de *compellence*+ no brindó más que una racionalización teórica. T. C. Schelling, en un análisis irrefutable en cuanto tal, aplica a la estrategia de la era nuclear la distinción clausewitziana entre defensa y ataque Parte de la tesis de que la diplomacia se ha vuelto violenta, o sea que implica, de manera más o menos permanente, la amenaza de violencia, o incluso que se la utiliza para imponer la voluntad al enemigo. La estrategia no se reduce, pues, a la ciencia de la victoria militar, pasa a ser el arte del constreñimiento, de la intimidación y la disuasión.[20] En este arte de la "diplomacia de la violencia" o la diplomacia violenta distingue lógicamente la disuasión –que deja al otro la responsabilidad y la iniciativa del acto que desatará el castigo o las represalias– y lo que él denomina *compellence,* que consiste en constreñir al otro, mediante amenazas, a hacer algo (o a dejar de hacer lo que hace). La disuasión mantiene el *statu quo,* la persuasión (o *compellence*) lo modifica, pues quiere conseguir que el otro haga algo o deje de hacer algo que estaba haciendo. Inevitablemente, los bombardeos de Vietnam del Norte aparecieron como una aplicación del concepto de "persuasión por la violencia", y la gradación de la violencia daba a la violencia misma el carácter de una amenaza o un mensaje. Por lo demás, el mismo T. C. Schelling aludía tanto al ejemplo de la réplica al ataque contra los torpederos norteamericanos en el golfo de Tonkín como al bombardeo de Vietnam del Norte. Aprobaba la réplica sin estar seguro del juicio que abría sobre el bombardeo.

Hoy vemos el incidente del golfo de Tonkín bajo otra luz que en 1965, en el momento en que T. C. Schelling escribía su libro. Hoy ya no escribiría: "El próximo paso *(the next step)* correspondía a los norvietnamitas y los chinos. La reputación mundial de Estados Unidos, a la vez moderado como sienta a un país civilizado y pleno de resolución e iniciativa, estaba en juego; no obstante, la audiencia más importante, para la cual se había concebido la acción de manera tan apropiada, era el enemigo".[21] Y Schelling pasa a expresar una apreciación casi estética sobre la réplica, sobre la adaptación de las palabras y los actos del presidente Johnson al ataque contra los torpederos norteamericanos. Schelling se abstenía explícitamente de analizar el problema *político* de Vietnam o del

+*Compellence:* neologismo norteamericano derivada de *compel,* "compelir". *(N.d.T.)*

[20] T. C. Schelling, *Arms and Influence,* New Haven, Yale University Press, 1966, p. 34 *(coercition, intimidation and deterrence).*

[21] *Arms and Influence,* p. 142.

Sudeste de Asia. No obstante era difícil no leer en este libro una aprobación de la acción norteamericana, como si la aprobación (o eventualmente la reprobación) del método o el medio pudiera separarse, en una diplomacia de la violencia, de un juicio sobre la política misma, es decir sobre los fines, sino sobre la justificación moral del fin o los medios.

Unos años más tarde T. C. Schelling deploraba aún más la aprobación, condicional y matizada, de los bombardeos de Vietnam del Norte. En efecto, destacaba que el mismo gobierno norteamericano quizá no sabía con exactitud lo que exigía a los norvietnamitas. Aun así, defendía implícitamente a L. B. Johnson contra este reproche (¿cómo podían los norvietnamitas darle satisfacción cuando ignoraban la satisfacción exigida?) mediante diversos argumentos, plausibles en sí mismos, válidos en ciertas circunstancias. Es menos humillante para un Estado (o una persona) no ceder ostensiblemente ante una amenaza precisa mediante la retirada o la concesión exigida. El uso de la violencia o la amenaza para obtener del adversario una conducta o resultados que el "persuasor" formula con vaguedad permite reducir o evitar esta humillación. Observación atinada, que sería digna de un Sun-Tsé. Pero Sun-Tsé se atenía a principios o máximas morales (por inmorales que sean algunas de estas máximas). Schelling habla de acontecimientos contemporáneos que se desarrollan en el momento mismo en que él reflexiona sobre la dialéctica de las relaciones entre Estados preocupados por redescubrir, en la era nuclear, muchas de las prácticas del pasado. Pero, pese a todo, es casi imposible leer sin malestar las líneas siguientes: "Incluso podemos suponer que el gobierno norteamericano no conocía detalladamente el grado de control o influencia que el régimen de Vietnam del Norte ejercía sobre el Vietcong, e incluso podemos suponer que los norvietnamitas mismos no sabían con certeza el grado de influencia que ejercerían si ordenaban la retirada o el sabotaje del movimiento que había recibido su sostén material y moral".[22]

Hoy sabemos que la campaña de bombardeos fue precedida por una amenaza transmitida a Hanoi por intermedio de los canadienses; a menos que Hanoi cese de respaldar al Vietcong, Vietman del Norte será atacado por la aviación norteamericana. Se trataba, pues, de una coerción mediante la violencia misma, acompañada por la amenaza de acrecentar progresivamente la intensidad de la violencia. Pero el análisis abstracto de esta "diplomacia violenta" sin consideración por el contexto histórico, político y psicológico resulta, retrospectivamente, inoportuno. Siento la tentación de retomar la simple fórmula de Clausewitz: "El efecto que cierta medida provoca en el adversario es lo más individual entre todos los factores de la acción".[23] Se puede alegar que la destrucción de una aldea de Vietnam del Norte (eventualmente abandonada por sus habitantes) equivale al asesinato de los representantes del gobierno de Saigón en el Sur. *Pero hay que alegarlo* y convencer de ello a la opinión norteamericana y a la opinión mundial.

Brillante y sutil, el libro de T. C. Schelling vuelve aquí y allá sobre ideas

[22] *Ibid.*, p. 85.

[23] II, 2, p. 133 y p. 104 (288).

tradicionales que Anatole Rapoport denominaría neoclausewitzianas; la palabra victoria expresa inapropiadamente lo que una nación pide a sus fuerzas armadas:[24] Clausewitz decía con mayor claridad que la victoria sólo se aplica al dominio de la táctica y que en el nivel de la estrategia o la política conviene pensar en términos de medio y fin. Schelling, a la manera de Clausewitz, distingue entre la fuerza bruta, comparable a la explosión de una bomba, y el empleo inteligente y calculado de la fuerza para alcanzar ciertos fines. Distingue explícitamente, también a la manera de Clausewitz, los ejemplos que sirven de ilustración de los que sirven de demostración. A fin de cuentas, en su prefacio, confesaba sus dudas sobre el bombardeo de Vietnam del Norte. Sin embargo subsiste una diferencia radical entre esta clase de literatura y la de un neoclausewitziano auténtico.[25]

Esta diferencia deriva ante todo de la negativa a distinguir explícitamente entre la paz y la guerra; en otras palabras, de la afirmación implícita de que la permanencia de la amenaza disuasiva equivale a la permanencia de la guerra en la forma atenuada de observación armada: discutiremos esta tesis en el capítulo VI. Luego, un neoclausewitziano sometería el método de los "escenarios" o los modelos a una crítica comparable a la que Clausewitz ejerció a costa de Heinrich von Bülow. Este preveía la absorción de los Estados pequeños por los grandes a causa de las nuevas modalidades de combate. Algunos especulan hoy sobre el poder ecualizador del átomo, mientras que otros deducen de las armas nucleares la conclusión opuesta; unos y otros son culpables del mismo error intelectual: aislar un arma, el empleo (o la amenaza de empleo) de esta arma del conjunto del comercio interestatal; en síntesis, ignorar el sentido, aún más verdadero hoy que en 1827, de la *Fórmula*.

3. *Intimidación, disuasión, persuasión*

Volvamos a los orígenes de la era atómica. Estados Unidos posee armas atómicas y la Unión Soviética no, pero ambos estados no están en guerra; acaban de librar una guerra en común contra el Tercer Reich, no están de acuerdo sobre las condiciones de paz y cada cual impone o favorece, en los países ocupados por sus tropas, un régimen acorde con sus preferencias ideológicas. Ahora bien, en Europa, durante la fase inicial, la naturaleza del régimen impone la orientación diplomática. Las extravagancias de la línea de demarcación, en medio de Alemania y Berlín, dan al status territorial un carácter o apariencia de precariedad. Gobernantes, periodistas y profesores adjudican a la superioridad nuclear de Estados Unidos una función estabilizadora. En cuanto a la diplomacia stalinista, testimonia una agresividad extrema (bloqueo de Berlín, esfuerzo por paralizar a los países europeos por intermedio de los partidos comunistas o campañas de opinión, convocatoria de Estocolmo, etcétera).

Cuando la Unión Soviética adquiere a su vez un armamento nuclear, los

[24] *Arms and Influence*, p. 31.

[25] Schelling cita a Clausewitz una sola vez, p. 244, y a través de la introducción de su traductor inglés.

analistas se interrogan sobre las condiciones necesarias para restaurar la superioridad norteamericana o el mantenimiento de la disuasión. H. A. Kissinger, en el libro[26] que lo dio a conocer, encara el empleo táctico de las armas nucleares para dar a Estados Unidos la posición que le quita, o amenaza con quitarle, la posesión de armas nucleares y proyectiles por parte de la Unión Soviética. No fue seguido en este camino que él mismo abandonó años más tarde, pues todos los ejercicios, conducidos por los militares, habían elucidado la contradicción entre la concentración de las tropas que empleaban armas clásicas y la dispersión indispensable en caso de utilización de armas nucleares.

En cambio, la segunda tentativa —¿cómo mantener la disuasión norteamericana frente a la Unión Soviética en una coyuntura de igualdad? — provocó una inmensa literatura sin llegar a conclusiones universalmente admitidas. Si nos preguntamos, abstractamente, en qué condiciones un Estado nuclear puede disuadir a otro Estado nuclear de una agresión que no lo afecta directamente, nos queda teóricamente la opción entre varias respuestas.

La primera, por la cual se inclinaba H. Khan en su libro sobre la guerra termonuclear, se expresa en los términos siguientes: *volver creíble un primer golpe.* A partir de este imperativo, se exige que el "disuasor" sea capaz, si no de eliminar totalmente la fuerza de contraataque del enemigo, al menos de debilitarla a tal punto que desaparezca la veleidad de una represalia. Un Estado no se expondría al riesgo de una destrucción total atacando varias ciudades del enemigo después de haber perdido la mayor parte de su fuerza nuclear. Se incrementaría más la credibilidad de la disuasión brindando refugios a la población, previendo una defensa pasiva, acumulando de antemano los recursos necesarios para la recontrucción después de una eventual guerra nuclear. La doctrina que sugerían los análisis de Hermann Kahn[27] podría denominarse: *disuasión por superioridad,* esta última expresada por una capacidad unilateral de primer golpe.

J. F. Kennedy renunció pronto a internarse en este camino (la opinión manifestó inmediatamente su rechazo a los refugios) y eligió otro: *la disuasión mediante armamentos clásicos con la amenaza implícita de ascenso.* ¿Cómo podría Estados Unidos convencer a los soviéticos de que sacrificaría Nueva York y Washingtón para salvar Hamburgo? Desde luego, era fácil responder: ¿por qué los soviéticos arriesgarían Moscú y Leningrado para tomar Hamburgo? Diálogo teórico y quizá carente de sentido. A principios de los años 60 Estados Unidos intentó convencer a sus aliados europeos de que una defensa más fuerte en armas clásicas acrecentaría el valor de la disuasión norteamericana. Los europeos, especialmente los franceses y alemanes, no se dejaron convencer; los franceses, deseosos de tener armamento nuclear, no encaraban ni podían encarar sino represalias masivas; los alemanes, en primera línea, temían que la aceptación aparente de una guerra limitada, a la cual su territorio serviría de teatro, incrementara la posibilidad de desatarla, mientras que los norteamericanos juzgaban que la capacidad de librar, unos días o unas semanas, una guerra sin recurso

[26] *Nuclear Weapons and Foreign Policy,* Nueva York, Harper, 1957.

[27] En *On Thermonuclear War,* Nueva Jersey, Princeton U. P., 1961.

a las armas nucleares disuadiría a los dirigentes del Kremlin de toda tentación de acudir a su superioridad en armas clásicas.

En esta línea de pensamiento, los occidentales, aun los más lúcidos entre ellos (como B. H. Liddell Hart), se dejaron cohibir por el problema de Berlín. Efectivamente, todo análisis de la coyuntura de la antigua capital del Reich en términos estrictamente militares desembocaba en la conclusión irrecusable de que la partida estaba perdida de antemano. Los soviéticos siempre podían asegurarse localmente una superioridad, y replicar a cualquier puja de sus adversarios con una puja mayor. ¿Por qué la crisis de Berlín se resolvió en 1962-1963 sin violencia?

Recordemos una vez más que todo ocurrió en el ánimo de los actores, en Moscú y otras partes, y por ende estamos reducidos a las hipótesis. Admitamos, como piensan todos, que la existencia de estas armas monstruosas pesa en los cálculos de los estadistas y los inclina a la moderación. Hoy yo me pregunto si en última instancia el comportamiento de los Estados no se deja interpretar según los esquemas tradicionales. Estados Unidos y la Unión Soviética, ex aliados, no estaban en guerra si definimos la guerra por el medio específico, la violencia de las armas. Adueñarse por la fuerza de Berlín Occidental, símbolo de la victoria común sobre el Tercer Reich, se habría considerado en cualquier época un *casus belli*. ¿Por qué algunos norteamericanos temieron semejante eventualidad? Porque inferían de esquemas abstractos limitados a las relaciones entre fuerzas militares una consecuencia lógica: Berlín no representaba una presa que justificara una guerra nuclear; pero Berlín no podía ser defendida de otra manera; por lo tanto, Berlín estaba perdida. También se podía razonar de manera opuesta: indefendible localmente, Berlín gozaba del máximo de seguridad porque Estados Unidos sólo podía preservarla mediante un ascenso a la cima.

A estas dos maneras de razonar, yo prefiero hoy una tercera, mucho más simple. Con el muro de Berlín, los soviéticos habían logrado un primer objetivo: impedir la emigración masiva de alemanes de la República Democrática hacia el Oeste. Contemplaban otro más: consolidar la República Democrática y obtener su reconocimiento diplomático. Desde luego ansiaban, si era posible, eliminar o reducir al mínimo la presencia occidental en la antigua capital del Reich. Pero este objetivo, medio para el fin ulterior, la consagración del status territorial en Europa –objetivo que podían alcanzar sin guerra– no presentaba un valor o una urgencia proporcional a los riesgos y las consecuencias, por lo menos el retorno a las formas extremas de tensión de los años 1948-1953.

Por cierto N. Kruschef, tal vez inspirado por las especulaciones de los mismos norteamericanos, intentó durante el período 1957-1963 una diplomacia de *intimidación*. Llamo *intimidación* a la tentativa de obtener de alguien, mediante vagas amenazas, un cambio de conducta: se esforzó por intimidar a los Estados que habían puesto sus pistas aéreas a disposición de los U-2 por intimidar a los europeos y norteamericanos, que rehusaban aceptar la transformación de Berlín en ciudad libre. La intimidación difiere en grado de lo que Schelling denomina *compellence* y de lo que yo he denominado *persuasión por la amenaza explícita de violencia* o *uso progresivo de la violencia*. El lenguaje de

la intimidación permanece lo bastante indeterminado para que Kruschef no pierda el prestigio en este juego de envite.

El fracaso de la intimidación de Kruschef mediante las palabras y la persuasión norteamericana mediante las bombas nos recuerda tal vez, con una forma nueva, la idea clausewitziana de que es más fácil conservar que tomar y la defensiva es la forma más fuerte. En el nivel político o, si se prefiere, en el nivel de la estrategia por amenaza de violencia, es más fácil conservar que tomar; la ofensiva exige una superioridad considerable para obtener la victoria. En cambio, en el nivel de la estrategia de ejecución, la ventaja pertenece a quien ataca primero, y por lo tanto a quien debilite los medios contraofensivos del enemigo. No obstante, el defensor que ha tomado las precauciones necesarias para amortiguar los golpes del enemigo no debe temerlos: ¿qué postura tendría que haber en juego para volver "creíble", "razonable", un encuentro nuclear?

La facilidad mayor de la amenaza disuasiva con respecto a la amenaza persuasiva se explica sin dificultad. La primera, defensiva por definición, deja al agresor la responsabilidad de la iniciativa; la segunda, ofensiva, obliga a quien la profiere a avalar su solvencia, a pagar en metálico a expensas de su víctima, a expensas de sí mismo si el pueblo se rebela contra el cumplimiento de sus amenazas. En Cuba, la persuasión por la amenaza —lo que otrora llamábamos ultimátum— logró su fin, pero la amenaza, precisa, no implicaba el uso de armas nucleares y sí, en cambio, un pago en metálico perfectamente plausible: la invasión o el bombardeo de las instalaciones soviéticas en Cuba.

La doctrina norteamericana de la disuasión se ha mantenido, en general, tal como se desarrolló a principios de los años 60, con dos complementos controvertidos: el lugar de las armas atómicas tácticas[28] en la panoplia o despliegue de los medios disuasivos, la aceptación de la preponderancia de los armamentos o la cooperación entre enemigos para evitar la catástrofe común.

Estos dos complementos ya se encontraban en la doctrina de los años 1961-1962, pero cobraron una importancia creciente a medida que los teóricos desarrollaban las implicaciones de los esquemas que habían construido. Supongamos que el teórico razone sobre la disuasión abstractamente y en términos estrictamente militares, o sea, por retomar una vez más la oposición mencionada anteriormente, supongamos que en vez de preguntarse "¿quién puede disuadir a quién, de qué, con qué amenazas, en qué circunstancias? ", se preguntara: ¿cómo asegurar la credibilidad de la amenaza de las represalias nucleares? Se titubeará entre amenazas cada vez más aterradoras, aun improbables, o, todo lo contrario, amenazas menos apocalípticas en cuanto tales, pero, por ello mismo, más plausibles. La doctrina de las represalias masivas cifra la primera solución; la de las represalias graduales, la segunda. La primera se vuelve menos creíble en la medida en que la relación de las fuerzas nucleares se aproxima a la igualdad.

La estabilidad, en el nivel de la relación Unión Soviética-Estados Unidos, supone por definición la inestabilidad en el nivel inferior de las hostilidades conducidas sólo con armas clásicas; la inestabilidad, en este caso, significa que, estando en pie de igualdad en otros sentidos, un Estado deseoso de *tomar* algo

[28] Más valdría decir uso táctico de ciertas armas nucleares.

temerá menos el ascenso a los extremos de las armas nucleares, que hipotéticamente quiere evitar. Más aún, las armas clásicas, tanques y aviación, permiten obtener por sorpresa, en pocos días o en pocas horas, resultados sustanciales, eventualmente de adueñarse de la causa misma del conflicto; de golpe, los agresores que crearon el hecho consumado se encontrarían a su vez en la posición de *beati possidentes.* El bando víctima de la agresión debería recurrir a la *compellence* para restaurar el *statu quo ante.*

De golpe, los analistas (o al menos algunos de ellos) recomiendan intercalar entre armas nucleares y armas clásicas las armas nucleares tácticas. Más valdría decir el empleo de armas nucleares en el campo de batalla, pues las armas no son por sí mismas ni estratégicas ni tácticas, sino más o menos potentes. Allí también surge una antinomia. El empleo de armas nucleares en el teatro mismo de las operaciones incrementa el riesgo de ascenso y, en consecuencia, la acción disuasiva, pero al mismo tiempo oscurece la distinción, en caso de que la disuasión no dé resultado, entre las diversas modalidades de combate. Todo lo que incrementa la probabilidad de ascenso *de antemano* contribuye a la disuasión, pero también dificulta, por definición, la limitación de la guerra, que pese a todo habría comenzado. Según la posición geopolítica de sus Estados respectivos, los analistas tienen sumo cuidado en reforzar la disuasión o subrayar la línea de separación entre combate no nuclear y combate nuclear.

Esta antinomia refleja probablemente una antinomia más fundamental que deriva de la doble finalidad que el analista atribuye, y no puede no atribuir, a los actores. Clausewitz distinguía el fin natural del combate, la victoria, y el fin ulterior, fijado por la política, legisladora suprema, pero no despótica. La política, en función de lo que está en juego y de las pasiones, mide los esfuerzos necesarios, la energía a desplegar, los recursos a comprometer. Aun en la estrategia clásica, la comparación de la guerra con un juego induciría al error. Clausewitz sólo la utilizaba para aludir a las operaciones militares, para esclarecer la reciprocidad de acción (cada cual reacciona ante una fuerza viva, una inteligencia), el papel del azar, la dialéctica de la previsión por cada cual de las previsiones del otro, la ventaja de jugar segundo, luego de conocer las disposiciones o intenciones del otro. Jamás presentó la totalidad de la guerra, según la definición trinitaria, como asimilable a un juego.

Napoleón utilizó un gran ejército —precisamente, la *Grande Armée*— en la campaña de Rusia, con el objeto de imponer determinada paz al zar Alejandro. De ello resultaba una dualidad de la apuesta —la *Grande Armée*— y lo que estaba en juego, una paz victoriosa firmada en Moscú. La heterogeneidad de los medios tácticos y el fin estratégico, del compromiso militar y el objetivo político, da a la guerra, considerada globalmente, una estructura radicalmente diferente de la estructura de un juego de estrategia. El objetivo aparente o inicial del conflicto no se conserva tal cual a medida que se desarrollan las hostilidades. No sólo porque el vencedor en el campo de batalla no se atiene a sus primeras exigencias, sino porque el costo de los combates se transforma en parte de la postura. El vencido no sólo pierde una provincia sino hombres, un ejército, prestigio, su posición en el sistema interestatal.

La heterogeneidad entre la postura inicial y el envite se vuelve flagrante

cuando toda distinción entre estrategia (en el sentido de utilización de los combates) y política (en el sentido de conducción del Estado) parece desaparecer en razón de la utilización, supuesta y constante, de la amenaza nuclear. Si se razona a la manera de Clausewitz, hay que mantener una suerte de proporcionalidad entre la postura política y la apuesta militar. No obstante, es difícil encontrar una postura parcial que justifique un combate nuclear. Los doctrinarios soviéticos infieren de ello que las armas nucleares sólo serían utilizadas eventualmente en la guerra final y total entre ambos bandos. Añaden que esta guerra no es inevitable; los doctrinarios norteamericanos infieren de ello la necesidad de la "restricción de los armamentos".

Esta noción, en muchos sentidos nueva, típica de la era nuclear, desarrolla la simple idea de un interés común a las potencias nucleares de no destruirse entre sí. La Unión Soviética y Estados Unidos pueden invocar principios opuestos, contemplar por lo demás objetivos incompatibles, y simultáneamente concordar en un punto esencial: no librar una guerra nuclear. A partir de allí los análisis norteamericanos han elaborado una casuística de la cooperación entre enemigos para evitar el ascenso a los extremos y asegurar la estabilidad de la disuasión al menor costo.

La casuística de la cooperación entre enemigos en período de crisis se combina curiosamente con la casuística de la disuasión. En efecto, la disuasión por la amenaza del ascenso sugiere imperativos contradictorios con los que inspira la necesidad de comunicación entre enemigos con el fin de evitar el ascenso. En la época de R. S. MacNamara, esta contradicción adquiría a veces un carácter casi cómico si uno olvidaba las realidades a las que en última instancia se referían las especulaciones. Ya el secretario norteamericano de Defensa, para tranquilizar a los europeos, insistía en la capacidad norteamericana para destruir una fracción importante de las armas nucleares de la Unión Soviética, aunque fuera en un segundo golpe; ya, por el contrario, para reforzar la estabilidad de la disuasión recíproca, incitaba a los soviéticos a proteger sus proyectiles balísticos para que no estuvieran tentados, en período de crisis, a golpear primero, por temor a ser desarmados por un primer golpe norteamericano. Cómo no responder: *una de dos.* O, en inglés: *you can't have it both ways.*

En la actualidad, la preocupación por una disuasión estable se ha impuesto sobre una disuasión por la amenaza de ascenso; en todo caso los dirigentes norteamericanos han aceptado la tesis de la igualdad, de la simetría o de la equivalencia. La primera fase de la restricción de los armamentos, después del fracaso de la tentativa kruscheviana de intimidación, trajo como consecuencias el teléfono rojo (o comunicación directa y permanente entre enemigos), la suspensión de las experiencias nucleares en la atmósfera y el tratado de no proliferación. La segunda desembocó, en 1972, en el acuerdo de Moscú, abandono de la instalación de defensa contra proyectiles balísticos (A.B.M.)[29] y limitación provisional del número de proyectiles autorizados.

El acuerdo de Moscú signa la realización, al menos parcial, de los proyectos

[29] Se autorizaron dos instalaciones de A.B.M.; tanto un bando como el otro construyeron una sola.

concebidos por los analistas norteamericanos hace una veintena de años. Si (o puesto que) estas armas sólo sirven para una parálisis recíproca, ¿por qué no contentarse con unos cientos de proyectiles en vez de varios miles? Ya que *una* bomba termonuclear destruye una ciudad entera, unas centenas de estas bombas, siempre que los misiles sean invulnerables, bastan para garantizar esta suerte de estabilidad. La restricción de los armamentos no implica el desarme, ni siquiera la reducción al mínimo de los armamentos, sino una cooperación implícita o explícita entre enemigos, cuya meta es el establecimiento de una relación de fuerzas que disuada a los duelistas de recurrir a la guerra. A excepción del tratado de no proliferación, que extiende al conjunto del mundo el principio de la restricción de los armamentos, ésta se aplica exclusivamente a las relaciones soviético-norteamericanas.[30]

Yo había manifestado un escepticismo tal vez excesivo, en *Paix et Guerre entre les nations*, no sobre el principio de la restricción de los armamentos sino sobre la fijación por tratado de un límite para cada uno de los duelistas. Este escepticismo surgía de dos fuentes, una técnica y otra política. ¿Los negociadores alcanzarían a ponerse de acuerdo para el cálculo de igualdad? ¿La prosecución de la competencia o la rivalidad sería compatible con esta suerte de pacto de no agresión nuclear? ¿Se lograría frenar o detener la carrera armamentista por un tratado que no fuera acompañado por un arreglo de los conflictos políticos entre los dos Grandes?

Las operaciones a crédito quedarían, por así decirlo, entre paréntesis, se volverían inoperantes porque cada cual eliminaría la hipótesis del pago en metálico.

4. Restricción de los armamentos y disuasión

¿Qué obstáculos debía superar la negociación para llegar a un tratado justo y formal mediante el cual los rivales se comprometerían a limitar *sólo* sus armamentos nucleares? Primera condición: los rivales deben aceptar ambos el mismo objetivo, la estabilidad por la igualdad. Segunda condición: debían concederse armamentos que permitieran a cada uno de ellos no estar amenazado por la coalición de su *alter ego* y las pequeñas potencias nucleares. Tercera condición: como los rivales continúan desconfiando uno del otro, debían mantener un alarde de fuerza por si el acuerdo era violado o surgía una innovación técnica. Cuarta condición: cada uno de ellos debía convencerse de que las modalidades del acuerdo no lo dejaban en situación de inferioridad estratégica o política.

La primera condición fue cumplida en cuanto Richard Nixon llegó a la Casa Blanca. En varios años el número de proyectiles balísticos en los silos *(Minuteman)* no había aumentado en Estados Unidos (1.054), había acrecentado rápidamente en la Unión Soviética (alrededor de 1.700 en 1972). La guerra de

[30] La venta masiva de armas por la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña demuestra hasta qué punto los Estados se cuidan poco de reducir el riesgo de una guerra clásica en la cual no estarían involucrados.

Vietnam se prolongaba, la opinión pública norteamericana se rebelaba contra el fardo imperial. El congreso norteamericano no habría aprobado los créditos necesarios para una aceleración de la carrera armamentista, justificada por el único argumento de la superioridad necesaria. Hace quince años los analistas enfatizaban que Estados Unidos, potencia insular, no podía proteger por la disuasión a sus aliados, vecinos de la potencia continental dominante, si no poseía una superioridad nuclear. Esta superioridad equilibraría la superioridad soviética en armas clásicas. Tesis hoy abandonada por razones técnicas (¿qué significa la superioridad si no permite eliminar una fracción sustancial de la fuerza adversa?) y por razones políticas (ni la opinión pública ni el Congreso habrían respaldado un esfuerzo dirigido a la superioridad).

Simultáneamente, algunos de los obstáculos que el Estado soviético opone a toda verificación eran superados por la técnica. Los satélites permiten calcular el número de proyectiles balísticos sin verificación *in situ*. Otros obstáculos subsisten al menos provisionalmente: cómo determinar con certeza el número de proyectiles provistos de cabezas múltiples con trayectorias diferentes (MIRV).[31]

Las fuerzas francesa e inglesa no parecen haber ocupado un lugar muy importante en las negociaciones. Sea cual fuere el juicio que se formule sobre su eficacia, no modifican de manera sustancial la relación cuantitativa de las fuerzas soviético-norteamericanas. En cuanto a la fuerza china, tampoco influye, por el momento, en el cálculo numérico. Cada uno de los Grandes dispone aún de un excedente, una reserva, aun para el peor de los casos.

Las dificultades se concentraban finalmente en dos puntos: ¿cómo establecer el hecho mismo de la igualdad? ¿Esta supone modificaciones en las modalidades de la coexistencia pacífica o del desarrollo de las crisis?

Los negociadores y analistas renunciaron a la palabra igualdad, que supone una similitud de las fuerzas norteamericana y soviética, mientras que los técnicos habían optado, aquí y allá, por otras soluciones: para resumir toscamente lo esencial, los norteamericanos habían usado la miniaturización e insertado en cada proyectil varias cabezas nucleares (tres en los *Minuteman II*, 10 a 14 en los *Poseidon*), cada cual con una potencia explosiva de varias decenas o centenas de kilotones, mientras que los soviéticos poseían proyectiles capaces de arrojar sobre el objetivo bombas de 5 a 25 megatones. El acuerdo suponía la aceptación común de la *equivalencia* entre una superioridad norteamericana en número de cabezas nucleares y una superioridad soviética en número de proyectiles y potencia explosiva global (o, según la expresión corriente, en megatonelaje).

Este acuerdo sobre la equivalencia exigió una primera decisión, en ciertos sentidos sumamente paradojal: la limitación a dos áreas protegidas por rampas de lanzamiento de cohetes. Al margen de la capital y una de las bases de proyectiles balísticos, los dos Grandes renunciaban a proteger sus ciudades. La doctrina de los rehenes, concebida por los analistas, entraba en la realidad:[32] los rusos

[31] *Multiple Independently Targeted Reentry Vehicles.*

[32] El físico norteamericano de origen húngaro Leo Szilard había especulado sobre este tema desde la conclusión del arma atómica. Pero imaginaba que se exhortaría a la población a abandonar la ciudad destinada a la destrucción como represalia.

admitían por primera vez que los medios de defensa podían comprometer la estabilidad tanto como los medios de ataque. Lógicamente, esta concesión era en cierto modo obvia: si la estabilidad descansa sobre una igual capacidad de ambos países para destruir las ciudades del otro, tanto el perfeccionamiento de la defensa como el de los medios de ataque amenaza con ejercer una influencia "desestabilizadora"; dicho llanamente, amenaza con crear la superioridad de uno u otro en el potencial y la probabilidad de destrucción.

Este logro en restricción de armamentos se prestaba a la crítica por parte de una fracción de quienes habían ilustrado su principio. Los adversarios de este acuerdo encontraron inmediatamente la réplica en una fórmula: ¿era razonable o descabellado fundamentar la paz en una capacidad de destrucción mutua? *Mutual Assured Destruction:* las iniciales de estas tres palabras ("destrucción mutua asegurada") nos dan MAD ("loco"). ¿La misma estabilidad no habría podido descansar sobre una menor capacidad para destruir y una capacidad superior para proteger? Preferible en teoría, esta estabilidad con reducción del número de rehenes (o un ABM desarrollado) estaba excluida en 1972, al menos si los negociadores querían consagrarla en el papel; el sistema norteamericano de ABM, en vías de instalación, tenía fama de ser superior al sistema ruso, ya envejecido. En el bando norteamericano, los responsables habían decidido que el abandono o la limitación del ABM constituía la mayor concesión para incitar a los rusos a tratar, especialmente a no incrementar el número de sus SS9, cohetes pesados que podían utilizarse en el primer golpe para eliminar los cohetes almacenados en los silos.

¿El acuerdo de 1972[33] demuestra el éxito de la doctrina de la restricción de los armamentos? Aún es demasiado pronto para afirmarlo. En efecto, oficialmente sólo presenta un carácter provisional; requiere otro acuerdo, definitivo y abarcador, y no pone fin a la carrera armamentista cualitativa. Rusos y norteamericanos habían suscrito a una equivalencia transitoria por naturaleza: las cabezas nucleares más numerosas, por una parte; los proyectiles más numerosos y poderosos, por la otra. L. Breznef dijo: las que matan son las cabezas nucleares, no los proyectiles. Pero algún presidente norteamericano replica: el día en que ustedes, soviéticos, pongan en los cohetes pesados cabezas múltiples, dispondrán de una superioridad conjunta, contraria, según nuestras definiciones, a la estabilidad.+

A lo cual los poseedores del *overkill* replican que semejante superioridad seguiría siendo ficticia, no significativa. Dios está de parte de los batallones numerosos, al menos cuando se enfrentan dos ejércitos del mismo tipo; en cambio, ¿de qué vale destruir dos veces la misma ciudad, exterminar dos veces la misma población? No hacen falta cinco mil cabezas nucleares, cada cual de potencia superior a la bomba de Hiroshima, para mantener la equivalencia entre la fuerza norteamericana y la soviética. Siguiendo esta línea de argumentación,

[33] Cf. Nota XIX.

+*Overkill:* capacidad para destruir un blanco enemigo con mayor fuerza nuclear de la necesaria. *(N.d.T.)*

llegaríamos a la conclusión de que a partir de cierto nivel de desigualdad o la inferioridad pierden significación.

Negociadores y analistas replican a su vez por el método de los escenarios, utilizando tanto la casuística técnica como la casuística política. Según el cálculo de los expertos, los proyectiles, las cabezas nucleares, alcanzan una extrema precisión. Pero la capacidad para golpear a la fuerza adversa depende de la precisión de tiro. Los teóricos vuelven, pues, en 1975, a la idea de una estrategia antifuerza, que el mismo R. S. MacNamara o sus sucesores habían abandonado. No porque el actual ministro de Defensa tema que Estados Unidos sea desarmado de golpe por un primer golpe que arrase con los bombarderos y los proyectiles en tierra. La técnica ya no permite un Pearl Harbor nuclear. Pero sólo los simples de espíritu descansan ante la alternativa del apocalipsis y la pasividad. Como los expertos afirman que la acción antifuerza es posibilitada por la precisión de tiro de los proyectiles, los teóricos imaginan escenarios y los doctrinarios, ministros o analistas, infieren consejos o preceptos que a su vez crean acontecimientos; dicho de otro modo, influyen sobre los presupuestos militares y sobre las negociaciones ruso-norteamericanas.

En enero de 1974, el secretario de Estado norteamericano de la Defensa sugirió por su parte una doctrina, exponiendo el posible desarrollo de una crisis. Supongamos, dice casi textualmente, que la Unión Soviética tome la iniciativa del recurso a las armas nucleares. Desde luego, este primer golpe no "desarmaría" a Estados Unidos, no nos despojaría de todos los medios de represalia. ¿Pero nos dejaría los medios de represalia "selectivos" contra la fuerza soviética, una vez que ellos también lanzaron los ataques, selectivos también, contra la fuerza norteamericana? Luego, si Estados Unidos perdiera, en un segundo golpe, la capacidad de represalias antifuerza selectivas, se condenaría por sí mismo, en este escenario, a tomar primero la iniciativa de atacar las ciudades, o sea a provocar la catástrofe total que cada cual quiere evitar.

Este escenario supone la posibilidad de encuentros nucleares limitados, a la manera de los encuentros militares del pasado, a objetivos precisos. Toma como hipótesis estadistas que controlan los nervios y los acontecimientos en el preciso instante en que las cabezas nucleares explotan en alguna parte de las regiones semidesérticas de Arizona o Siberia. Los "actores" de ambos bandos —el presidente, sus servicios y consejeros, el secretario general del partido, el Praesidium, los jefes de las fuerzas armadas— redoblan las pujas y olvidan la postura inicial. En vez del dilema del prisionero, el juego del envite: aquél sugiere la espera, éste el bluff.

¿Los analistas y ministros creen *sinceramente* en tales escenarios? Me abstendré de decidirlo. Muchos comentaristas responden sin titubear que los analistas o los ministros de Defensa se ponen al servicio del complejo industrial y militar buscando y encontrando la racionalización de la locura humana, de una acumulación de armas cada vez más costosas, desechadas al cabo de varios años.

Explicación fácil, que tal vez conlleva algo de verdad, aunque muchos presidentes norteamericanos no han titubeado, en treinta años, en provocar una detención de la industria aeronáutica, reduciendo repentinamente los pedidos. Cada uno de los dos Grandes posee no tanto una industria armamentista como

equipos de investigación. Ninguno de ambos puede disolver sus propios equipos sin la garantía de que el otro hará lo mismo, y ese garantía es imposible de obtener. Los equipos de investigación descubren, si no armas nuevas, al menos perfeccionamientos de las armas existentes. ¿Perfeccionamientos que no comprometen el equilibrio del terror? Todo depende del modo en que el teórico concibe este equilibrio y determina, por su concepción, sus modalidades. Si rusos y norteamericanos pensaran al modo ingenuo del general Gallois, un niño de pocos años comprendería el mundo. Lo cierto es que piensan de otro modo, que los analistas, en Estados Unidos, elaboran modelos cada vez más sutiles y los técnicos armas cada vez más sofisticadas.[34]

Los modelos sólo existen en el espíritu de los analistas-estrategas, las armas existen en los silos y están a la vista. ¿Las armas derivan de los modelos o del dinamismo incontenible del progreso técnico? Más bien del progreso técnico, a mi parecer, pero éste incita a los analistas-estrategas a renovar sus doctrinas; imaginan un empleo de las armas tan refinado como las armas mismas. ¿Empleo material o efectivo o empleo simplemente disuasivo? Nadie dará una respuesta categórica. El empleo disuasivo amenaza con ser un empleo efectivo o material. En otras palabras, podemos imaginar —y los escenarios nos incitan a hacerlo— que la capacidad de manipulación del riesgo influye sobre el desarrollo de las crisis y que esta capacidad, a su vez, depende de los medios a disposición de ambas superpotencias, incluidos los medios de ataque selectivo en caso de encuentro nuclear.

Extraña literatura, kafkiana o surrealista, la de los estrategas norteamericanos, que acompaña —sigue o precede— la carrera armamentista cualitativa. Literatura que realiza la unidad total de la *política* (o acción exterior del Estado en relación con otros) y la *estrategia* (o conducción de las fuerzas armadas para alcanzar los fines contemplados por la política), sin que ésta haya implicado pago en metálico, al menos con las armas nucleares, y por lo tanto sin que haya sustituido la amenaza u oferta de combate con combates reales. ¿Pero esta estrategia surrealista ha sido real? ¿Ha influido *sobre lo que ocurrió,* sobre la solución de las crisis, sobre el desenlace de las guerras de Corea y Vietnam?

Admitiremos sin rodeos que la presencia de las armas nucleares, en el trasfondo del juego diplomático, ha acechado el ánimo de los estadistas y los ha incitado a la prudencia: la proposición es demasiado vaga para ser irrefutable. Estas armas no impidieron a Stalin desafiar a Truman con el bloqueo de Berlín y en Corea (haya él impulsado o tolerado la acción norcoreana), ni a Mao Tse-tung enviar "voluntarios" para descalabrar al Octavo Ejército. En sentido contrario, pese a la ecualización de las fuerzas nucleares, Nixon ordenó el bombardeo de Hanoi a riesgo de matar marinos soviéticos. ¿Es preciso decir, en resumen, que la relación de las fuerzas nucleares ha influido en la solución de las crisis? ¿Que en el porvenir influirá sobre el curso de los acontecimientos?

Hace algunos años Henry Kissinger me manifestó, en privado, opiniones contradictorias al respecto. En el momento en que los diarios anunciaron la instalación de una base naval para submarinos soviéticos en Cuba, me confió que la ecualización de las fuerzas nucleares le impedía usar el método empleado en 1962. En 1974, cuando se esforzaba por negociar un nuevo acuerdo de

34 Que el lector me perdone este ejemplo *francés.*

limitación de los armamentos estratégicos, me afirmó, con la misma sinceridad y la misma convicción, que la relación de las fuerzas nucleares jamás había influido en el desarrollo de las crisis. En los dos casos, él justificaba su acción; la alternancia de justificaciones incompatibles, en un hombre tan consciente de sí mismo, traduce probablemente la incertidumbre de los actores mismos. En Cuba o Hanoi, ¿qué podían hacer los soviéticos sin tener armas en el área? ¿Replicar al mismo estilo en otra parte? Pero dónde salvo en Europa, pues Europa, lo hemos dicho, para quien piensa política y no técnicamente significa más, otra cosa que una base en el Caribe y un pueblito del Sudeste asiático. En Cercano Oriente, en otoño de 1973, soviéticos y norteamericanos respaldaron a sus respectivos protegidos, pero los segundos parecen haber disuadido a los primeros del envío de tropas, aunque el teatro de operaciones esta vez no excluía la acción militar en el terreno.

Desde luego, subsiste un equívoco en la coyuntura creada por los acuerdos parciales de restricción de armamentos. ¿Estos no implican una ruptura, una disociación radical entre la rivalidad política y la estabilidad en el nivel nuclear? ¿Esta estabilidad es concebible a la larga sin atenuación de la rivalidad política, sin las reglas de moderación consignadas en la declaración de Moscú (1972) y la declaración de Washington (1973)? En resumen, una primera lógica conduce a la conclusión de que las armas a las cuales sólo atribuimos una función defensiva (disuadir y no persuadir mediante la amenaza) pueden ser objeto de una limitación aceptable para ambos bandos. La técnica yergue un primer obstáculo y obliga a buscar una equivalencia en vez de una igualdad. Superado este obstáculo, surge otro. ¿Qué valor disuasivo conservan las armas una vez decidida la estabilidad, o sea la seguridad de la destrucción mutua? Una vez más los analistas imaginan escenarios destinados a otorgar alguna credibilidad al uso diplomático (o político) de la amenaza nuclear. Pero, en el fondo de sí mismos, los responsables no ignoran que la limitación de los armamentos estratégicos exige, para la seguridad de todos, una semiconvivencia entre los rivales.

Utilicemos un estilo dialéctico. *Tesis:* instrumentos de disuasión y no de decisión, las armas nucleares se prestan a un acuerdo entre enemigos deseosos de no destruirse entre sí y de imponerse mutuamente la moderación; el desarme quitaría la primacía a la moderación, la carrera armamentista ilimitada costaría inútilmente cara y crearía tal vez, un día u otro, un factor de inestabilidad. *Antítesis:* Si el recurso a las armas nucleares implica la destrucción mutua asegurada, deja de ser creíble; entonces volvemos al mundo antiguo y sólo la relación entre armas clásicas conserva eficacia en cada coyuntura. *Síntesis:* si uno de los dos Grandes utilizara su superioridad local en armas clásicas para perjudicar los intereses vitales de su rival, éste tendría la sensación, confusa o fuerte, de que ha cerrado una transacción engañosa o el otro no respeta las reglas tácitas de la restricción de armamentos. Un pacto, basado sobre millones de rehenes, exige que los signatarios no deban optar en ninguna circunstancia ante una alternativa desgarradora. Va acompañado, pues, por un compromiso tácito de moderación —compromiso político— y, complementariamente, los analistas imaginan el empleo disuasivo de estas armas, pese al pacto de destrucción mutua, gracias a la precisión del tiro, gracias, pues, al progreso técnico y a una nueva

versión de la carrera armamentista (o la rivalidad armamentista). Y Sísifo vuelve a empujar la piedra cuesta arriba.

5. El problema moral

La literatura estratégica, esencialmente de origen norteamericano, ha sido objeto de muchas críticas, aun en Estados Unidos, entre las cuales creo que el libro de Philip Green ocupa el lugar principal.[35] Así como no he tratado el conjunto de la estrategia nuclear, no me propongo comentar el conjunto de la crítica. Me interrogo sobre la relación entre el pensamiento clausewitziano y el pensamiento denominado neoclausewitziano, sobre los cambios sobrevenidos entre uno y otro, sobre las lecciones que el primero aún puede dar al segundo, sobre los defectos que los descendientes heredan de su ancestro.

Es indudable que los analistas norteamericanos han retomado o redescubierto ciertos modos de razonar característicos del *Tratado.* Suponen que la guerra o, más generalmente, la violencia, no se asemeja a la explosión de una mina o la difusión de una enfermedad sino a un instrumento que una voluntad humana puede poner al servicio de sus fines al culminar una deliberación. T. C. Schelling distingue incluso, en *Arms and Influence,* la fuerza bruta de la fuerza inteligente, tal como lo hace Clausewitz.

¿Esta premisa del razonamiento estratégico falsea la realidad? ¿Induce al espíritu a error? Estoy tentado de responder: ¿qué otra premisa sería más conveniente? Por cierto, los estadistas no se parecen ni a los jugadores de ajedrez ni a los jugadores de póquer. La decisión no pertenece a una persona sola, que reflexiona ociosamente, consciente de sus metas y el valor relativo de ellas. Los historiadores nos ponen en guardia, y con razón, contra nuestra tendencia, tal vez inevitable, a confundir nuestros esquemas con el proceso político, a cuyo término un hombre o un grupo de hombres llega a determinada decisión, de guerra o paz. Pero quien rechaza la ficción del "actor racional" se condena a sí mismo a la desesperación; si suponemos que los individuos, secretario del partido comunista o presidente de los Estados Unidos, son, como escribía Tolstoi, juguete de fuerzas misteriosas y profundas, si la guerra deriva de causas inmanentes a la estructura de todas las sociedades o de nuestras sociedades, ¿qué hacer mientras esperamos la salvación por la revolución o la muerte por el apocalipsis nuclear? La doctrina de la subordinación del alma militar al entendimiento político que yo discierno en el testamento de Clausewitz se vuelve, en la era nuclear, necesaria e incluso indispensable; si no apostamos a la razón, ¿a qué apostar?

Se me objetará que la razón a la que apuesto no supera el pensamiento instrumental y que éste, por definición, no formula ningún imperativo categórico, ninguna prohibición incondicional. Todas las especulaciones sobre armas nucleares asumen, por hipótesis, la aprobación del empleo de las armas nucleares contra las poblaciones civiles, incluso en ciertas circunstancias, la pertinencia de

[35] *Deadly Logic, The Theory of Nuclear Deterrence,* Ohio State University Press, 1966.

tal empleo, en sí mismo mostruoso. La razón de los estrategas nucleares es esencialmente inmoral, pues acepta o decide condicionalmente un acto perverso, el exterminio de millones de seres humanos.

Reconozco la fuerza de esta objeción; en cierta medida, la considero irrefutable. Los teólogos no han logrado superar la antinomia; ya que estas armas existen, la amenaza de emplearlas contribuye a impedir las guerras (al menos las grandes); pero la amenaza, aun condicional, de emplearlas no es menos monstruosa de lo que sería el cumplimiento de la amenaza. La doctrina de las represalias graduales, el empleo de estas armas contra las fuerzas adversas, ninguna sutileza de la estrategia nuclear resuelve la paradoja, sólo la atenúa; multiplicando las condiciones de la ejecución, rechazando o cargando sobre el otro la eventual responsabilidad de ella, la doctrina de disuasión invoca implícitamente una regla, citada a menudo: *no first* use. Cada Estado poseedor de armas nucleares se comprometería a no usarlas primero.

Ningún Estado nuclear, hasta el presente, ha adherido a semejante regla, que favorecería a las grandes potencias, capaces de contar simultáneamente con armamentos clásicos y armamentos nucleares. En cambio, los Estados que sólo poseen pequeñas fuerzas consagradas a la estrategia anticiudad cometen condicionalmente el peor crimen. Júzguese o no infinitesimal la probabilidad de este crimen, nada cambia en el debate ético; la aceptación anticipada de tal medio viola los principios que la Iglesia católica planteaba tradicionalmente a propósito de los conflictos armados: el deber de respetar en lo posible a las poblaciones, de conservar cierta proporcionalidad entre la falta (la agresión) y el castigo, de rechazar *absolutamente* ciertas prácticas; por ejemplo, la ejecución presuntamente indiscriminada de miles o millones de hombres, mujeres y niños. Clausewitz dejaba a los filósofos la preocupación de juzgar si el armamento del pueblo o la guerra misma son saludables o funestas para la humanidad. Los estrategas de nuestro tiempo actúan del mismo modo: ignoran el debate ético que ni el Papa ni Jean Guitton osan resolver. Una estrategia que recomienda, aun condicionalmente, un acto criminal (el bombardeo nuclear de las ciudades) es criminal en sí misma. Preserva tal vez una paz inmoral.

Una vez admitida la antinomia ética, que nadie resuelve, queda el verdadero problema: ¿los analistas ejercen alguna influencia sobre los estadistas? ¿Una influencia favorable o desfavorable a la paz o la limitación de la violencia? Que han ejercido cierta influencia me parece indudable, aunque nadie puede determinarla exactamente. Las diversas medidas que englobamos con la noción de restricción de los armamentos han sido pensadas de antemano por profesores o expertos, en las universidades o los institutos llamados *think tanks.*+ El teléfono rojo, la limitación de las experiencias nucleares, el acuerdo de la limitación de los armamentos, van más bien en el sentido deseado por los críticos de la literatura de estrategia nuclear.

Estos críticos, tanto Philip Green[36] como A. Rapoport, formulan sin

+*Think tanks,* o *think factories:* corporaciones de investigación interdisciplinaria. *(N.d.T.)*

[36] Philip Green, *op cit.*, 1966.

embargo tres objeciones que resumiré de esta manera: 1. Los analistas presentan o sugieren un universo aterrador, donde Estados Unidos afronta un enemigo diabólico. 2. Buscan el modo de evitar la guerra nuclear, pero siguen siendo víctimas de una obsesión militar. A fuerza de multiplicar los intermediarios entre la paz y el apocalipsis, terminan por describir un mundo de guerra permanente en el cual la violencia no cesa nunca. 3. Dan una apariencia científica, un rigor ficticio a prescripciones, implícitas o explícitas, que no se imponen como evidencias. Pienso que estos tres reproches conllevan una verdad parcial, pero que el análisis estratégico, en la era nuclear, presenta inevitablemente un carácter semisurrealista en razón de la dialéctica entre la casuística técnica y la casuística política, la primera basada en cálculos de probabilidad objetiva, la segunda en cálculos de probabilidad subjetiva o psicológica. La referencia a Clausewitz ayuda a precisar la naturaleza del problema y las flaquezas intrínsecas de toda solución.

1. El movimiento de ascenso deriva *necesariamente* del esquema del duelo entre dos luchadores que quieren imponerse mutuamente su voluntad. El movimiento de descenso *puede* resultar del control del entendimiento político sobre las pasiones, sobre la conservación de la proporcionalidad entre el objetivo y los esfuerzos, sobre la comunicación entre los duelistas, cada cual adivinando lo que quiere el otro, luego lo que debe temer y lo que es lícito esperar. Si el analista postula mentalmente un enemigo diabólico o incluso si postula que hay que referirse no a las intenciones sino a la capacidad del adversario, se asustará a sí mismo.

Por momentos, en efecto, los analistas norteamericanos, con la sola finalidad de la elaboración intelectual, han imaginado a la Unión Soviética o la China Popular al acecho de ocasiones para causar perjuicios, animadas por los más negros designios, dispuestas a arriesgarse en las apuestas más aventuradas. Las armas nucleares confieren, efectivamente, una capacidad casi ilimitada de infligir destrucción y sufrimiento. Los analistas no se equivocan al recomendar precauciones contra un ataque sorpresivo, la protección de los instrumentos de represalia. Pero, a menos que nos condenemos a vivir en un clima de angustia, los analistas deben distinguir entre el *enemigo diabólico* que elaboran para encarar abstractamente todas las hipótesis posibles del *rival real* al cual un país se opone aquí y con el cual colabora allá. Desde luego, ellos mismos han insistido en la colaboración entre enemigos para evitar la guerra nuclear. ¿Han insistido lo bastante sobre la cooperación entre enemigos para otros fines? Lo ignoro. Cada cual lee esta literatura a su manera. Personalmente, yo leo en ella la necesidad de la comunicación entre adversarios, con una mezcla de promesas y amenazas.

2. ¿El mundo real se parece a la imagen aterradora que nos ofrecen *On Escalation* o *Arms and Influence*? Se le parece en cierta medida. Tal vez, pese a todo, difiere en un punto esencial: leyendo a los analistas, se tiene a veces la impresión de una falta de distinciones, de una continuidad absoluta entre la paz y la guerra; en otros términos, de una inversión de la *Fórmula*. Clausewitz quería que la política se continuara en tiempos de guerra, no que la violencia se perpetuara en tiempos de paz.

Desde luego, se puede alegar que la permanencia de la disuasión implica la

permanencia de la amenaza de violencia y que Clausewitz mismo encontraba violencia en la amenaza. Todo este capítulo, en cierto sentido, se reduce a una reflexión sobre las consecuencias de esta sustitución del combate por la amenaza, o incluso de la generalización del crédito sin pago en metálico. No me parece que la consecuencia sea necesariamente la guerra permanente. De hecho, da la impresión de que los dirigentes de los Estados nucleares hubieran aprendido progresivamente a conocerse y, aun tomando precauciones, no temieran más el trueno en un cielo azul. Los soviéticos retienen también el otro sentido de la *Fórmula*: la guerra surge de una situación política; la lucha de clases no se detiene nunca, pero no siempre cobra el carácter de una lucha armada. La coexistencia pacífica, provisional o definitiva, equivale a la ausencia de lucha armada; en otros términos, a lo que llamamos paz. Las armas crean riesgos permanentes, no guerra permanente. Los hombres, no las armas, desencadenan las guerras.

3. La tercera objeción me parece irrefutable y a la vez injusta en buena medida. La distinción clausewitziana entre la *consideración racional* y la *enseñanza doctrinal* se vuelve en nuestra época más necesaria y más trabajosa a la vez. No podemos deducir una doctrina estratégica del ángulo que forman las líneas de operaciones. ¿Qué doctrina deducir de la potencia explosiva de las cabezas nucleares? Si planteamos, en el punto de partida, el interés común a los duelistas de evitar el ascenso a los extremos, se infiere el consejo, dado por R. S. MacNamara a los rusos, de asegurar la invulnerabilidad de sus fuerzas de represalia. Si añadimos a esta finalidad la de no perder todas las partidas[37] (o de ganarlas todas), nos esforzamos por conservar una superioridad tanto en el nivel nuclear como en los niveles inferiores, por manipular el riesgo, por quemar las naves. Estas prescripciones abstractas, de carácter general, son llamadas *teoría* por muchos autores cuando en verdad oscilan entre la *estrategia-ficción* y una *tendencia doctrinal* sugerida por un modelo.

Aquí yo invocaría nuevamente a Clausewitz contra los descendientes de H. von Bülow, contra los hacedores de sistemas. Así como ciertos dogmáticos, al principio del siglo XIX, partían de las exigencias del avituallamiento para deducir de ellas consecuencias indefinidas, incluida en última instancia la paz perpetua, otros dogmáticos, en nuestros días, basan en el poder ecualizador del átomo sus esperanzas de paz. H. von Bülow veía en el horizonte la desaparición de los Pequeños gracias a la futilidad de la resistencia ante los Grandes; algunos ven hoy, en sentido contrario, la igualdad de todos gracias a la posesión de un arma absoluta.

El razonamiento parte de ciertos hechos indiscutibles. Una sola bomba atómica de 20 kilotones destruyó la mayor parte de una ciudad, Hiroshima, y causó la muerte de cien mil seres humanos. Una docena de disparos acertados con bombas de varios cientos de kilotones representarían, aun para un país de la talla de la Unión Soviética o Estados Unidos, una catástrofe. La amenaza de semejante "castigo" debería ejercer sobre los dirigentes de un Estado un efecto disuasivo. Incluso se refuerza el argumento con una presentación presuntamente rigurosa. ¿No concuerda con la "razón" admitir cierta proporcionalidad entre la

[37] De resolver los conflictos en beneficio nuestro.

postura que está en juego y el envite que el jugador accederá a arriesgar? La postura Francia se puede proteger por la disuasión a menor costo que la postura Estados Unidos. Tres submarinos misilísticos suspenden una amenaza en la escala de la postura Francia. De golpe nuestro país queda transformado en "santuario", lo cual significa, en el lenguaje de los analistas franceses,[38] que la guerra no franquea nuestras fronteras. Siempre que manifestara de antemano su resolución, el gobierno francés lograría disuadir a cualquier agresor.

¿Cómo crear la apariencia de una resolución inflexible? El Grande expone algunas ciudades, el Pequeño su misma existencia. ¿Qué presidente de la República se respaldaría en el alarde, sabiendo que su gesto significaría, en unas horas o minutos, la muerte de millones y millones de franceses? Si no podemos imaginar a un presidente de la República cometiendo el gesto fatal, ¿por qué el eventual agresor juzgaría creíble una amenaza semejante? En este punto, los doctrinarios del poder ecualizador del átomo insertan una hipótesis suplementaria: el Pequeño, si quiere disuadir, debe por así decirlo obligarse a sí mismo de antemano, privarse de toda seguridad. Así algunos generales afirman seriamente que reduciendo el volumen de sus fuerzas clásicas Francia volvería más creíble la disuasión por la amenaza nuclear. Otros analistas retoman una idea que Schelling había expuesto sin inferir de ella una prescripción: en el curso de una negociación, quien juega alocadamente a veces gana puntos sobre el interlocutor sensato. Entre iguales, más vale tomar como modelo el dilema de los prisioneros: los duelistas apostarán a un acuerdo implícito, a la confianza mutua. Contra un Grande, el Pequeño no tiene más posibilidades que jugarse entero en su envite; afrontará la muerte un segundo antes que su rival.

Los doctrinarios franceses de la disuasión por la amenaza nuclear no convencen a todos los oficiales ni al conjunto de la opinión pública. No pueden convencer, como tampoco se los puede refutar. Francia no tiene fronteras comunes con la Unión Soviética. Ahora bien, en la coyuntura actual, ¿a qué otro Estado apuntaría la fuerza francesa? ¿Tendría por función disuadir a la Unión Soviética de una agresión con armas clásicas contra el territorio de la República Federal Alemana? Ningún doctrinario se atreve a afirmarlo. En cuanto a un ataque nuclear contra Francia solamente, nadie concibe que sea plausible. En tanto dure la coyuntura actual, en tanto haya tropas norteamericanas acantonadas en Europa occidental, nadie atina a imaginar un escenario donde la fuerza francesa disuadiría a los soviéticos de una agresión de la cual no pudo disuadirlos la fuerza norteamericana. A lo sumo se puede alegar que la fuerza francesa añade cierta eficacia disuasiva a la fuerza norteamericana.

¿Por qué el *dogmatismo* del poder ecualizador del átomo, de la "santuarización", me parece surrealista? Porque se basa en modelos simplificados, haciendo abstracción de las circunstancias político-históricas. Comencemos por suponer frente a frente, al margen de todo contexto definido, un país como Francia y otro de la magnitud de la Unión Soviética. Es preciso un extraño simplismo para no imaginar nada más que una agresión, pasible de réplica atómica, o la paz de

[38] Ridiculizado por la mayoría de los analistas norteamericanos, absolutamente inconscientes de su propia vulnerabilidad a la ironía.

los santuarios. Cañonazos de advertencia, método del "salame", exigencias moderadas, ocupación repentina de zonas fronterizas, puñetazos en la mesa: ni la agresión ni la disuasión se reducen a todo o nada. Quiero ser claro: no deduzco que, en esta situación ficticia, la posesión de una fuerza nuclear por parte del Pequeño no influya en sus relaciones con el Grande; lo más probable es que incite al Grande cuando menos a una extrema prudencia. Insisto en que la seudocertidumbre, fundada sobre la relación entre la postura en juego y el riesgo (o el envite), sobre el cálculo racional atribuido al agresor eventual, no vale más que el dogmatismo de la línea Maginot. ¿Cómo saber si el Grande podría "racionalmente" atacar a un Pequeño cuando el valor del Pequeño, fuera de un conjunto histórico definido, no se presta al cálculo? Esta suerte de racionalidad pertenece a la posterioridad de H. von Bülow: falsa ciencia y falsa certidumbre.

El debate sobre las armas nucleares tácticas conlleva incertidumbres de la misma especie. En abstracto, o aun en experiencias de laboratorio, los teóricos demuestran o vuelven verosímil el hecho de que la discriminación simple y llana entre armas clásicas y armas atómicas facilita la comunicación entre enemigos, destinada a impedir el ascenso a los extremos. Si nos situamos mentalmente en el momento de la ejecución, del combate, es decir *después* del fracaso de la disuasión inicial, conviene retrasar el empleo de las armas atómicas, etapa importante de una reactivación que provocará una reactivación del otro. Pero este riesgo de reactivación, percibido de antemano, constituye por ello un instrumento de disuasión, ya que hemos partido de la hipótesis de una voluntad, común al agresor y al defensor, de evitar el ascenso. Mediante este procedimiento, el uso, inmediato o rápido, de las armas tácticas, nos devuelve a la tesis inicial de las represalias masivas, puesto que estas armas aumentan la probabilidad de la no limitación. ¿A qué conclusión llegar salvo que las mismas medidas, deseables en cuanto disuasivas, se vuelven deplorables cuando ellas no han bastado para impedir una agresión menor? Esta contradicción, inseparable de la doble finalidad –disuadir todas las agresiones, no crear un automatismo del ascenso–, no puede ser resuelta por nadie, pero los estados mayores eligen una doctrina. ¿Cuál doctrina?

Abandonemos el dominio de las seudoteorías y contemplemos el teatro de operaciones al cual se remiten estas especulaciones, Europa. Los dos Grandes mantienen allí ejércitos en ambos lados de la línea de demarcación. Cada cual defiende allí un interés vital, cada cual ha invertido más que su capital, su prestigio, su autoridad moral. Ninguno puede aceptar allí una derrota, ni la Unión Soviética la liberación de Hungría o la liberación de Checoslovaquia, ni Estados Unidos la transformación de Berlín Occidental en ciudad libre. Si el Praesidium aceptara o contemplara la posibilidad de una gran guerra, liquidaría la presencia occidental en medio del *imperium* soviético. En tanto rechace una hipótesis semejante, se abstendrá de recurrir a las armas, aun las clásicas.

La doctrina de la O.T.A.N. por lo tanto no es indiferente. La relación de las fuerzas militares ejerce una influencia vaga, no mensurable, en el comercio entre las naciones. La negativa a acrecentar el volumen de armas clásicas, por parte de los europeos, no manifiesta, salvo para los dogmáticos, la prueba de una resolución inflexible, como señal preanunciadora del empleo de armas nucleares.

Antes bien, esta negativa testimonia la inclinación de los europeos a encomendar a otros, los norteamericanos, la responsabilidad de su propia defensa.

No pretendo resolver en pocas palabras un debate que se perpetúa intermitentemente desde hace años. Sólo sugiero una doctrina sensata, fundada sobre la distinción entre teoría y enseñanza. En este caso particular, la teoría sugiere prescripciones divergentes porque se fija finalidades incompatibles: disuadir por amenazas nucleares aun las agresiones menores, evitar el ascenso en caso de que las hostilidades comenzaran pese a todo. No hay solución que combine las ventajas de las doctrinas opuestas; conviene elegir en función de la coyuntura concreta, con todos sus elementos políticos y psicológicos, no a partir de un esquema y de razonamientos abstractos. Los analistas se convierten, quiéranlo o no, en inspiradores de la estrategia, si no en estrategas. No deben ignorarlo y tienen el deber de tomarlo en cuenta. Clausewitz, en el paraíso o el infierno, sabe cuál fue el costo de no repetir a cada instante que la teoría forma el espíritu del estratega sin comunicarle una enseñanza doctrinal. La mayoría de los analistas dejan esta distinción en la bruma y algunas parecen buscar una teoría semejante a la teoría cuántica, la del equilibrio económico o, por lo menos, la del imperialismo según Lenin. Sin embargo todas las presuntas teorías de la estrategia nuclear no son en verdad más que modelos heurísticos, construidos a imitación de los modelos de la teoría de los juegos. Pero estos modelos excluyen la solución "racional" en el sentido fuerte del término porque ni el teórico ni los jugadores mismos conocen los valores adjudicados a los diversos resultados, porque este juego no obedece a reglas aceptadas por los adversarios, porque el principio y el fin no están fijados y porque probablemente los jugadores preferirían abandonar el juego si pudieran.

La heterogeneidad entre el envite y la postura en juego –entre los recursos que cada duelista compromete y las consecuencias, para uno u otro, de la pérdida o la ganancia de la partida jugada sin violencia– modifica radicalmente el cálculo estratégico. La apuesta, en efecto, pierde proporción con lo que estaba en juego inicialmente. Si J. F. Kennedy tenía razón al juzgar que sus propias medidas creaban una probabilidad sobre tres de guerra nuclear, no era menos cierto que resultaba una disparidad injustificable entre la postura inicial –la presencia en Cuba de cohetes soviéticos (que no modificaban sustancialmente la relación de fuerzas)– y lo que se ponía en peligro, o sea la vida de millones y millones de hombres. Pienso que Kennedy se equivocaba sobre la medida del peligro, pero suponiendo que midiera con exactitud, ¿habría debido aceptar una base nuclear soviética frente a las costas de Florida? Tal vez la presión del Congreso y la opinión le impedían aceptarlo. Pero, en todo caso, la iniciativa de N. Kruschef sustituía una postura material y limitada –unas decenas de proyectiles en Cuba– por una postura inmaterial e ilimitada, el crédito del presidente de los Estados Unidos. En ausencia de pago en metálico, el jugador vela celosamente por su crédito, a falta del cual las armas que sólo sirven para impedir su propia utilización se vuelven inoperantes. ¿Cuándo se pone en juego este crédito? El arte de la estrategia exige que se evite ponerlo en juego en toda ocasión y que se reconozcan las circunstancias en que, quiérase o no, *está* en juego.

¿Los analistas nucleares merecen el título de neoclausewitzianos? Si se bautiza con este título honorífico u oprobioso a todos quienes se representan la sociedad de Estados, europea o planetaria, como desprovista de una instancia superior, autoridad legal o fuerza física, por ende compuesta por centros autónomos de decisión, por cierto son neoclausewitzianos. Pero, de tal modo, lo son también todos los intérpretes clásicos de las relaciones interestatales, de Tucídides a Morgenthau, pasando por Maquiavelo, Hobbes y J.–J. Rousseau. Más importante, más específica y más clausewitziana me parece no sólo la idea de que la violencia es un medio sino la tesis de la heterogeneidad entre el material y la obra, entre el color y el cuadro, entre la violencia y el fin político. En Rusia, Napoleón comprometió una apuesta grandiosa, su ejército; si hubiera destruido el ejército ruso o si Alejandro hubiera firmado la paz después de la ocupación de su capital, una paz acorde con las ambiciones del conquistador, Napoleón habría alcanzado su fin, otro status político en Europa. Kennedy comprometió millones de vidas humanas para mantener su crédito.

De ese modo, los analistas redescubren la unidad intrínseca del acto bélico y del acto político, a la cual el general prusiano sólo llegó al final de su vida mediante la reflexión. Las leyes propias del uso del instrumento militar subsisten aun en el testamento intelectual del teórico. En rigor, existen también leyes para el uso efectivo de las armas, aun nucleares, las leyes científicas que nos enseñan la precisión de tiro de los cohetes y el rayo de destrucción de las cabezas nucleares según la potencia en kilotones o megatones. Pero si los analistas norteamericanos dedujeran su modo de pensar del mismo Clausewitz, habrían tomado como punto de partida, como referencia, los movimientos de ascenso y descenso, esquemas de la lógica del duelo en el capítulo I, 1, que parecen encarnarse hoy en el ascenso hacia el inconcebible "espasmo termonuclear" y en la recaída en la observación armada. Tal vez Clausewitz, en cierto modo, faltó a su destino póstumo tal como había faltado, según su propia opinión, a su vida porque no explicitó las dos máximas que se desprenden de su sistema conceptual: proporcionar la apuesta con lo que está en juego, mantener la comunicación con el adversario a fin de evitar los errores por exceso o por omisión. Si estas máximas hubieran dominado el espíritu de los jefes militares europeos, después de 1835, que cada cual imagine libremente la historia que no sucedió y escriba su propia historia.

Es obvio que el escéptico dispone de una pregunta pronta: no son los estadistas, los jefes militares, quienes conducen a las naciones o los ejércitos. Es posible, pero si Tolstoi dice la verdad, si el empleo de las armas nucleares obedece a las mismas fuerzas ciegas que el flujo y reflujo de los pueblos, ¿qué esperanza nos queda? Los anticlausewitzianos, que no creen en la revolución, que quieren remitir la lucha al juego y al debate, son, sin saberlo, neoclausewitzianos, aún más que los otros, aunque más optimistas. No escapan a la paradoja de nuestro tiempo: es la posibilidad de violencia ilimitada lo que restringe, aun sin que la amenaza sea proferida, la violencia efectiva.

CAPITULO V

La guerra es un camaleón

Tomemos como punto de partida la historicidad de *todas* las guerras y la complejidad interna de *cada* guerra. Clausewitz insiste sobre *uno* de los factores de esta historicidad, la relación entre el ejército y el pueblo, mas no ignora los otros: las armas, los inventos de la ciencia, la organización de los poderes públicos, la naturaleza de las entidades políticas, los límites y las reglas de la sociedad de Estados.

La sociedad actual de Estados presenta, en relación con todas las sociedades antiguas, una característica original de la cual derivan todas las demás: se extiende al planeta entero y por ello engloba Estados profundamente heterogéneos. Esta heterogeneidad se manifiesta en todos los azimuts, si puede decirse así: dimensiones (Estados enanos y Estados gigantes, de 600 a 700 millones de seres a unos cientos de miles), cultura, grado de desarrollo económico (extremo de la abundancia y extremo de la miseria), ideología o principio constitutivo del Estado, estructura del instrumento militar. Entre estas clases de heterogeneidad, tres ejercen una influencia visible, inmediata, sobre las guerras posibles o reales: *la pluralidad de las armas, la incompatibilidad de las ideologías y el inmenso abismo de poder entre los dos Estados gigantes y todos los demás.*

La pluralidad de las armas, en particular la existencia de armas nucleares, tiende a localizar, limitar, moderar las guerras, al menos con relación al máximo de violencia abstractamente concebible. La incompatibilidad de las ideologías tiende a dar a todos los conflictos armados una dimensión de guerra civil. La superioridad aplastante de los Grandes obliga a los Estados que, opuestos entre sí en determinada zona geográfica, constituyen una sociedad separada a medias o un subsistema, a buscar, mediante las alianzas o la neutralidad, los medios de una diplomacia autónoma.

La combinación de las diversas clases de heterogeneidad dentro de una sola y misma sociedad de Estados produce consecuencias tal vez sin precedentes. Ciertos Estados poseen instrumentos militares sin medida común con su potencial técnico y económico, lo cual les impide hostilidades prolongadas. Un solo Estado se prepara para guerras de varias especies. Otro Estado se prepara para

una guerra que no prevé. En su resumen histórico[1] Clausewitz enumeraba: "Tártaros semicivilizados, repúblicas del mundo antiguo, señores feudales y ciudades mercantiles, reyes del siglo XVIII, príncipes y pueblos del siglo XIX. . .". ¿Cuál sería nuestra enumeración? Limitémonos provisionalmente a oponer la *guerra inhallable*, la que no se libra, la que en cierto modo borraría el tiempo y el espacio, a las *guerras populares* que, más aún que las guerras clásicas, dependen del terreno y la duración. Entre el equilibrio del terror y el terrorismo individual se sitúan las guerras más emparentadas con las *guerras clásicas* –India contra Paquistán (1971), guerra de los Seis Días (1967)–, guerras relámpago que permiten o no alcanzar el fin político.

1. Guerra de liberación nacional y guerra revolucionaria

Pensar las guerras de nuestro tiempo según Clausewitz no consiste en la aplicación mecánica de los conceptos propios del oficial prusiano sino en la fidelidad a un método. Dado que la guerra es un camaleón, en los dos sentidos del término –la guerra es *otra* de coyuntura en coyuntura, *compleja* en cada coyuntura–, la primera tarea del estadista es determinar la naturaleza propia de tal guerra singular, que a él le incumbe comprender o conducir.

El lenguaje periodístico confunde guerra popular, guerra de guerrillas, guerra de liberación nacional, guerra revolucionaria. Una clasificación racional[2] exige que se tengan en cuenta tres niveles: la *política*, la *estrategia* y la *táctica*. La guerra librada por el Vietminh contra la autoridad francesa en Indochina era una guerra de *liberación nacional* en la medida en que todo Vietnam, Tonkín, Annam, Cochinchina, estaba "colonizado". Es posible que una fracción más o menos relevante de la población, por interés, por convicción o por miedo, trabaje *con* y *para* el colonizador. Quienes libran la lucha la califican atinadamente por la finalidad de liberación nacional, finalidad legítima a criterio de los dos bandos enfrentados. Después de 1945, los europeos ya no creían en la legitimidad de su poder o en su misión civilizadora.

El bando que libra la guerra de liberación nacional emplea simultáneamente medios psicopolíticos y medios militares, y la eficacia militar de los primeros no es menos evidente que la eficacia psicopolítica de los segundos. Se ampliará, pues, el alcance del concepto de estrategia, ampliación por lo demás acorde con la lógica del pensamiento clausewitziano. El beligerante, como hemos visto, toma como blancos las fuerzas vivas (o fuerzas armadas), las fuerzas muertas (o recursos movilizables) y la voluntad o la opinión (del ejército y la población). La estrategia determina el empleo racional de los medios, violentos y no violentos, susceptibles de acertar en uno de los tres blancos, en el marco del teatro de operaciones, en la metrópoli del colonizador o en las Naciones Unidas. Considero lógica esta ampliación del concepto de estrategia porque Clausewitz, a diferencia de la mayoría de los escritores militares, no distingue la estrategia de la táctica por la amplitud del campo de visión sino por la naturaleza del medio. La táctica emplea las fuerzas armadas, la estrategia los resultados de los combates. Es ella,

[1] VIII, 3.

[2] Cf. Nota XX.

en efecto, la que fija dónde, cómo, cuándo se librarán los combates o batallas, pero en función del objetivo último de la campaña, a su vez directamente ligado a la finalidad política de la guerra misma. Se hablará de una táctica de las operaciones psicológicas, políticas, militares; la estrategia piensa y combina las diversas clases de operaciones con miras al objetivo militar y (o) al fin político.

¿Hay que coordinar objetivo militar y fin político con *y* o con *o*? De hecho, en las guerras de liberación nacional tal como las conciben los liberadores, la relación entre *objetivo* y *fin* varía según las circunstancias. Todo depende de la voluntad de la resistencia del colonizador, de la coyuntura internacional. En Indochina fue necesaria Dien-Bien-Phu para que el gobierno francés se resignara a negociar; a causa de la dirección comunista del Vietminh, Estados Unidos sostuvo financieramente la guerra librada por el cuerpo expedicionario francés antes de enviar a su vez, nueve años más tarde, un cuerpo expedicionario. En Argelia, el gobierno francés decidió negociar aunque la guerrilla no había obtenido ningún triunfo militar importante. El acuerdo de 1954, firmado en Ginebra, suscitó una segunda guerra;[3] el acuerdo franco-argelino de 1962 jamás fue respetado, pero se establecieron relaciones normales entre Francia y los antiguos departamentos transformados en Estado independiente.

La estrategia de una guerra de liberación nacional difiere, pues, en un punto decisivo, de la estrategia de una guerra revolucionaria tal como la teorizó Mao Tse-tung. *La guerra revolucionaria es una guerra de aniquilación:* el enemigo, el equipo o el gobierno, no puede capitular porque renunciaría simultáneamente a su existencia. Capitula por la huida, no por la negociación. La guerra de liberación nacional a veces alcanza su fin político de derrota táctica en derrota táctica (militar). Con respecto a las guerras de liberación nacional, la proposición,[4] ya perogrullesca, de que a los guerrilleros les basta no perder para ganar, adquiere al menos una verdad parcial o más bien circunstancial.

En efecto, después de la Segunda Guerra Mundial, un conjunto de condiciones favoreció la descolonización. Las metrópolis europeas estaban debilitadas por la tormenta; los dos Estados dominantes apoyaban, cada cual en su estilo y a veces oponiéndose, la liberación de los pueblos colonizados. Los colonizadores habían perdido el prestigio necesario a la autoridad, y los colonizados el respeto, fuente de obediencia. El desarrollo económico, en las metrópolis, enriquecía la nación; la defensa de las colonias era costosa. La racionalidad económica reforzaba los argumentos de los idealistas. En las Naciones Unidas decenas de oradores abogaban por la causa de los colonizados. Todos los países europeos cedieron: Gran Bretaña en primer lugar, pues la independencia de la India provocó el derrumbe de todo el edificio y la clase política, lúcida o resignada, gozaba de una gran libertad de maniobra con respecto a la opinión pública. En Rhodesia, una minoría blanca rehusó inclinarse ante la ley del número y se proclamó independiente. Aun con el respaldo de Sudáfrica, está condenada a corto plazo.

Francia franqueó penosamente la última etapa de la descolonización de Argelia, donde vivía más de un millón de ciudadanos franceses. El F.L.N. o el

[3] El de París, en enero de 1973, una tercera.

[4] Creo ser responsable de esta fórmula, también utilizada por Henry Kissinger.

G.P.R.A. alcanzaron su meta política sin victoria militar, apostando a las divisiones entre los franceses, la presión de la opinión internacional, el agotamiento de la voluntad adversa. Aun así hay que recordar que el millón de ciudadanos franceses sabía adónde ir y que los insurgentes argelinos poseían bases para sus tropas regulares en Túnez o Marruecos. La unidad planetaria de la sociedad de Estados se expresaba simbólicamente en las Naciones Unidas, tribuna para oradores y demagogos, caja de resonancia. Todos los combatientes de una guerra de liberación encontraban apologistas en Nueva York. Los Estados que brindaban asilo y apoyo a los combatientes de las guerrillas escapaban a la censura de los legisladores.

La guerrilla adquirió una usurpada forma de invencible contra la cual el mismo Clausewitz había hecho advertencias. De hecho tuvo la experiencia de la única guerrilla de campesinos rusos en 1813. Lo que le llamó la atención, y tal vez le inspiró el capítulo 26 del libro VI, fue la importancia de los efectivos que Napoleón mantenía en España, entre 1808 y 1813. En cuanto a la eficacia de los guerrilleros españoles, los historiadores continúan discutiéndola. Tal vez la negativa de la población prusiana a obedecer el edicto de 1813, de intervenir en la insurrección, explica la observación, hecha al pasar, de que una nación de gente pobre, habituada al trabajo y las privaciones, suele manifestar más fortaleza y belicosidad.

El armamento del pueblo, que los adversarios prusianos de los "patriotas" denominaban un "estado de anarquía proclamado legalmente", concebido al principio como medio auxiliar de *defensa* nacional, de resistencia al invasor, se convierte, en una guerra de *liberación nacional,* en políticamente ofensivo y estratégicamente defensivo. Ofensivo políticamente porque quiere quitar al colonizador todo lo que posee; defensivo estratégicamente porque al principio la superioridad del armamento y el número pertenecen al poseedor: *beati possidentes,* pero la superioridad del número, cuando no del material, corre peligro de invertirse, a largo plazo y tácticamente. El pueblo armado, al servicio de la liberación nacional, proclama "la anarquía legal", es decir rechaza de una vez por todas la legalidad existente y trata como enemigos a quienes la obedecen.[5] Lleva consigo, o proclama, su propia legalidad, la del Estado que se propone edificar y cuya encarnación y primer gestor se declara el partido liberador.

Tácticamente, no existe ninguna diferencia fundamental entre la primera fase de una *guerra revolucionaria* (la acción del partido comunista en China nos ofrece el ejemplo ideal-típico) y la primera fase de una *guerra de liberación nacional.* La diferencia entre ambas depende de la coyuntura política. La primera opone dos pretendientes al poder dentro de un único país, dos partidos que reclutan en la misma población. La segunda (en el caso ideal-típico) opone un partido a la autoridad colonial, partido que se recluta en una población de la cual una fracción respalda inevitablemente al colonizador. La confusión entre estos

[5] En sus memorias sobre la guerra de España, el mariscal Suchet repara ya en los castigos que infligen los guerrilleros a aquellos compatriotas que se someten a las autoridades francesas. *Mémoires du duc d'Albufera sur ses campagnes en Espagne depuis 1808 jusqu'en 1814,* París, Bossange & Firmin-Didot, diciembre de 1828, t. I, p. 82.

dos conceptos se explica por dos razones: el parentesco táctico de ambas clases de guerra, la pluralidad de casos intermedios.

El partido comunista chino, antes de la agresión japonesa, libró una guerra propiamente revolucionaria, aunque Mao Tse-tung reconoció el carácter semicolonial y semifeudal de la China que él quería liberar tomando el poder. Pero, evidentemente, las campañas y anticampañas, antes de la Larga Marcha, oponían en una guerra civil a dos partidos armados que pretendían ambos representar al pueblo y aspiraban a gobernarlo. Esta guerra civil se insertaba, según el análisis maoísta, en un contexto de lucha entre clases, y la victoria final del proletariado mundial implicaba la paz eterna. Mao Tse-tung, a diferencia de los oficiales franceses luego de las guerras de Vietnam y Argelia, jamás separaba la coyuntura china de la coyuntura planetaria. Tenía en cuenta el respaldo que él y Chang Kai-chek podían recibir del exterior. En función del conjunto de los elementos, llegaba a la conclusión de que los guerrilleros iniciarían el incendio y paulatinamente, apoyados por el Octavo Ejército, luego por un Ejército Rojo reforzado, asestarían el golpe de gracia a las tropas nacionalistas, transformadas, por efecto de la ayuda norteamericana, en tropas del imperialismo mundial. Una vez admitido que Chang Kai-chek no es más que un fundamento de poder del imperialismo, la "guerra revolucionaria" también se convierte parcialmente en "guerra de liberación nacional."

En el otro extremo, la insurrección, iniciada por el F.L.N. argelino en 1954, contemplaba la liberación nacional, pero utilizaba medios tácticos semejantes a los de la guerra revolucionaria. El *fellagha* o insurrecto –poco importa la denominación– cumplía una función de misionero al tiempo que de combatiente, portador del evangelio, no sólo del combate. Es cierto que también él tiene un lenguaje revolucionario, emplea palabras que sugieren un frente común de los oprimidos contra un frente común de los opulentos. No obstante, el F.L.N. eliminó al partido comunista como sujeto autónomo de acción durante los ocho años de la guerra de liberación. El partido comunista chino libró desde el origen una guerra revolucionaria tendiente a la toma del poder y el establecimiento de un régimen cuyas modalidades iniciales constituían al mismo tiempo instrumentos de lucha. El F.L.N. libró desde el origen una guerra de liberación nacional sin determinar de antemano la naturaleza del régimen de Argelia independiente, sin llegar a crear, antes del fin de las hostilidades, ninguna base político-militar dentro del territorio nacional.

He escogido intencionalmente, según el método clausewitziano, los dos casos extremos: la *guerra revolucionaria,* que, a causa de la agresión japonesa y el apoyo norteamericano a Chang Kai-chek, cobra parcialmente un carácter de guerra de liberación, y la *guerra argelina de liberación,* que, en razón de la internacional de las ideologías, cobra una apariencia revolucionaria. Apariencia que en cierto sentido no es engañosa: la burguesía nacional de Argelia no tomó la iniciativa de la insurrección, sólo se unió a ella progresivamente; no aportó la nueva clase política. La liberación, en este sentido, supone una revolución social. Esta fue un subproducto de la liberación; la guerra tenía por finalidad la sustitución de los departamentos franceses de Argelia por una Argelia independiente. En cambio, en la guerra revolucionaria en China, abiertamente declarada desde la

ruptura entre Chang Kai-chek y los comunistas, lo que estaba en juego no era la independencia de China –la China de Chang Kai-chek no habría sido menos nacionalista que la de Mao– sino la elección entre dos hombres, dos partidos, dos regímenes, dos ideologías.

Digamos, en términos abstractos, que Clausewitz, Marx, Lenin y Mao concuerdan en enseñarnos que las guerras sólo adquieren sentido a la luz de la política, en los dos sentidos de esta palabra: la coyuntura de donde surge la guerra, la intención de los combatientes. Los renovadores de China se dividieron en dos partidos, abocados a una guerra a muerte. En Argelia, un grupo de acción, emparentado originalmente con el partido nacionalista, desencadenó la lucha armada con efectivos irrisorios, pese al escepticismo de los mismos nacionalistas.

El caso de Vietnam sugiere un tercer tipo, entre estos dos tipos extremos. Si la insurrección nacional es dirigida por un partido comunista, la guerra, desde el punto de partida, deriva de los dos tipos extremos: es revolucionaria porque la liberación nacional llevaría al poder a los comunistas y se instauraría un régimen más o menos emparentado con el modelo ruso o chino; se fija como fin, y de hecho contempla, la liberación nacional; cuando tropieza con tropas extranjeras, conserva la ventaja de justificar con la ideología nacional, común a todos, los objetivos de la guerrilla, que despiertan entusiasmo en unos y temor en otros.

La teoría de la guerra revolucionaria elaborada por los oficiales franceses se fundaba en la similitud de los métodos tácticos empleados en todas las guerras de guerrillas modernas. Métodos que presentan necesariamente ciertos caracteres comunes, determinados por las especificidades del instrumento. Militarmente, los guerrilleros no pueden oponerse largo tiempo a tropas regulares, no poseen el armamento ni la organización adecuados.[6] Sean políticamente ofensivos (como los guerrilleros chinos) o políticamente defensivos (como los tiroleses contra Napoleón o los *maquis* franceses contra Hitler), conducen una defensiva estratégica; según la fórmula consagrada, abandonan espacio para ganar tiempo, evitan las batallas y sólo libran combates sorpresivos, cuando se han asegurado, con su movilidad, una ventaja en el número y el terreno. Los partisanos y francotiradores no tienen necesidad de aprender estas reglas elementales en los libros; las conocen por instinto, el sentido común se las confirma y la experiencia les enseña lo que cuesta ignorarlas. Para esclarecer las ideas, desechemos de ahora en adelante la equívoca expresión *guerra de guerrillas* y reemplacémosla por el concepto *táctica de guerrillas.*

Esta táctica obedece a los principios indicados en el capítulo 26 del *Tratado,* pero las dos funciones que distinguió Clausewitz adquieren, según los casos, diferente amplitud. Como no son numerosos, los guerrilleros se preocupan menos por golpear al enemigo que por reclutar nuevos combatientes, por granjearse la simpatía, la ayuda, del conjunto de la población, o al menos de la mayoría. La imagen de Clausewitz, retomada por Mao, ilustra lo que está en juego en la lucha entre los guerrilleros y su enemigo: ¿los focos serán apagados uno tras otro antes que arda China? ¿O, por el contrario, los incendiarios obligarán a las "fuerzas del orden" o el "partido adverso" a correr vanamente de un foco a otro?

[6] La operación de la meseta de Glières, aun si la resistencia había recibido armas, violaba el principio mismo de la guerra de guerrillas.

La lucha por la población, y luego el esfuerzo de unos por extenderla y de los otros por circunscribir el incendio, constituye la primera fase, reaparece en todos los casos de armamento del pueblo, trátese de una resistencia popular contra el invasor, de una guerra revolucionaria contra un partido rival o de una guerra de liberación nacional. Las modalidades de esta lucha cambian, evidentemente, según las circunstancias. En 1870-1871, los alemanes tomaban rehenes, infligían castigos colectivos a las aldeas; en resumen, no se esforzaban por convertir a las masas a su causa sino por movilizar a su favor los sentimientos de los hombres comunes, ni traidores ni héroes, propensos a ceder a los profesionales la tarea de librar la lucha mientras el odio no los eleva por encima de sí mismos.

En las guerras revolucionarias o de liberación nacional, esta forma de lucha, primitiva, sigue ocupando un lugar importante para la población. Las fuerzas del orden o la represión deben garantizar un mínimo de seguridad a los aldeanos, pues de lo contrario se someterán alternativamente a unos y otros, liberados por los guerrilleros durante la noche y por el ejército durante el día. No obstante, subsiste una diversidad extrema: la lucha por la población entre francotiradores y ejército alemán en 1870 difiere sustancialmente de la misma lucha entre el Vietminh (o el F.L.N.) y los franceses; el Vietminh y el F.L.N. podían convertir a las masas y aun a las minorías hostiles a la causa de la liberación, cuando no al método empleado y al régimen que traían consigo los liberadores. Los franceses, en una perspectiva a largo plazo, no podían convertir a los vietnamitas y argelinos a la causa francesa.

En Asia, los franceses seguían siendo, obviamente, extranjeros, conquistadores. Los oficiales del cuerpo expedicionario, en su mayoría, no se batían *contra* el comunismo sino *por* la salvaguardia del imperio.[7] Desde luego, entre 1945 y 1954, también los franceses *prometieron* conceder la independencia a los Estados asociados. Las tropas de estos Estados asociados, sin embargo, seguían combatiendo junto al ex colonizador: en el terreno ideológico la ventaja pertenecía a los guerrilleros.

En Vietnam, los guerrilleros siempre tuvieron bases político-militares, y organizaron rápidamente tres clases de grupos, las unidades regulares, las milicias territoriales, las fuerzas suplementarias. A partir de 1950, el ejército estuvo bastante fuerte para conducir con éxito operaciones ofensivas en las fronteras en 1953 y 1954 para enfrentar a los mejores batallones del cuerpo expedicionario en batalla campal. La guerra de liberación de Vietnam (1946-1954) se desarrolló según el modelo de la guerra revolucionaria china: acción conjugada de las tropas regulares, formadas durante las hostilidades, y los guerrilleros; entre éstos, unos estaban apostados en regiones de difícil acceso, y los otros clandestinamente, viviendo como campesinos en las aldeas.

En Argelia, ni la guerrilla montañesa ni la clandestinidad de las ciudades ganó la guerra en el sentido militar del término. Los guerrilleros se vuelven "invencibles"[8] en el sentido restringido de que el incendio se propaga, y basta una chis-

[7] El general Navarre, en una conversación en Saigón, en noviembre de 1953, me lo dijo casi en los mismos términos. De allí las tensiones con los norteamericanos, cuyos fines bélicos eran completamente diferentes.

[8] En una guerra de liberación nacional, no en una guerra revolucionaria.

pa para reavivar la brasa. Francia no podía ganar decisivamente, ni hacer regresar a su ejército a la metrópoli. Si el F.L.N. alcanzó sus fines políticos, no alcanzó los objetivos que contemplaba su acción militar. La opinión francesa se hartó de una lucha indefinida y el general de Gaulle se convenció de que la retirada a la metrópoli respondía al interés nacional.

Hasta 1974 los inconsolables invocaban, en sentido contrario, el ejemplo de Portugal y su imperio. De hecho, Portugal resistió diez años más porque era un país subdesarrollado, sometido a un régimen autoritario. El mito del imperio multirracial lusitano se desmoronó al mismo tiempo que el régimen fundado por Salazar.

2. Guerra clásica: decisión militar y fin político

Una guerra reciente, el conflicto entre India y Paquistán en 1971, ilustra el tránsito de una insurrección nacional a una guerra clásica en la sociedad planetaria de Estados. Paquistán se compone de dos provincias, separadas por dos mil kilómetros; la sede del poder central se encuentra en la provincia occidental, en Karachi, luego Islamabad; la provincia oriental forma parte de Bengala, donde se habla una lengua (bengalí) diferente de la lengua de la capital (urdú). El régimen autoritario dirigido por el mariscal Yahia Khan organiza elecciones libres que dan, en la provincia oriental, 167 bancas sobre 169 al partido autonomista dirigido por el jefe del Estado de Bangladesh, el jeque Mujibur Rahman. Después del fracaso de las negociaciones entre éste y el jefe de Estado de Paquistán, las tropas, llegadas de la provincia occidental, golpean duramente a los autonomistas y, en particular, a los inspiradores de la resistencia. Parece que los musulmanes del Oeste, fieros y aguerridos, están resueltos a decapitar el movimiento de los bengalíes, también musulmanes, pero pertenecientes a otra tradición. A la represión responde un conato de insurrección. En la frontera algunos militantes de la liga Awami proclaman el nuevo Estado de Bangladesh, con el respaldo del gobierno de la India.

A partir de allí dos escenarios son posibles; o bien la India interviene como lo han hecho tantos Estados en los últimos veinticinco años, avituallando y armando a los guerrilleros, o bien franquea la frontera con un ejército regular y arregla la situación en pocas semanas. Paquistán no puede reforzar a los 70.000 soldados que envió a la provincia oriental para restablecer el orden; India, con la garantía de una superioridad aplastante, tiene la opción: liberar Bangladesh con una guerra "de agresión" (no se deben franquear las fronteras con ejércitos regulares), o respaldar a los guerrilleros, tal vez durante años. La señora Gandhi elige el método expeditivo, el menos legal y el más humano; en tres semanas, las tropas de Paquistán se ven obligadas a capitular. La liga Awami se convierte en el partido gubernamental, Mujibur Rahman es el jefe del nuevo Estado, y los biharíes, que habían tomado partido por Paquistán, reemplazan en los campos de prisioneros a los bengalíes liberados.

Nada más clásico que esta guerra, que ha sorprendido por esa misma razón. India disponía en el Este de plena libertad, siempre que China estuviera paralizada: la alianza pactada con la Unión Soviética, alianza reversible acorde con la vieja tradición europea, le aseguraba la neutralidad china. Comprometidos en Viet-

nam, los norteamericanos, hostiles o no, no disponían de ningún medio militar en el área. Ahora bien, por citar a Clausewitz, los golpes asestados a la economía o al avituallamiento actúan lentamente; los golpes asestados a las fuerzas armadas del enemigo dan resultados inmediatos. La guerra de 1971 –la tercera después de la de 1948, fecha de nacimiento de ambos estados, a la cual siguió la de 1965, por Cachemira–, a la vez local y limitada, cobra la forma clásica: el choque de dos ejércitos, el gobierno del ejército victorioso alcanza sus fines, en este caso no una conquista territorial sino el desmembramiento de Paquistán, o, si se prefiere, la independencia de la provincia oriental con el nombre de Bangladesh. El juego diplomático que precedió, acompañó y siguió a esta guerra destaca aún más su carácter clásico. Las alineaciones no revelan ningún vestigio de consideraciones ideológicas. El representante de China popular no abogó por la represión sino contra el desmembramiento de Paquistán; por ende, por el mariscal Yahia Kahn, aliado de China e intermediario entre ella y Estados Unidos. Los norteamericanos protestaron simbólicamente contra la operación militar mediante el envío de un portaaviones; la Unión Soviética defendió la causa de la libertad de los pueblos, China popular el *statu quo* territorial.

En síntesis, podría compararse esta guerra, dentro de un subsistema, con una guerra local dentro del sistema europeo. Las grandes potencias toleraban una guerra entre dos Estados europeos siempre que la victoria de uno u otro no pusiera en peligro el equilibrio global y el vencedor se abstuviera de exigir reivindicaciones más allá de los límites fijados por la costumbre. Pese a las Naciones Unidas, hoy día ocurre lo mismo. Otras dos consideraciones pesan sobre las deliberaciones de quienes toman la iniciativa del recurso a las armas: la necesidad de una decisión rápida, la frecuente incapacidad de los beligerantes para manufacturar las armas que utilizan, para nutrir las batallas con sus reservas y la producción de sus fábricas.

La guerra indo-paquistaní de 1971 parece casi única entre las guerras del sistema planetario; sustituye una guerra de liberación nacional librada según la táctica de los guerrilleros, soluciona efectivamente el problema y, en este sentido, difiere de la guerra árabe-israelí, que implicó victorias de aniquilación en 1956 y 1967 sin que se alcanzara el fin político contemplado por el gobierno que comandaba el ejército victorioso.

Israel, en 1948, en 1956, en 1967, se fijaba como fin último la paz, o sea el reconocimiento de sus vecinos árabes. En 1956, el ejército israelí evacuó todos los territorios que había ocupado durante las hostilidades; en 1967, se negó a hacerlo y estableció su línea de defensa sobre el Jordán y el Canal de Suez. Ni en 1956 ni en 1967 obtuvo la paz y el reconocimiento. Napoleón, nos dice Clausewitz, habría firmado una paz victoriosa en Moscú si hubiera destruido el ejército ruso. Suponiendo que no se equivocaba, el juicio se basaba en las costumbres de la época. Napoleón, con su ejército reducido a cien mil hombres, a cientos de kilómetros de sus bases, no podía constreñir al zar ni "defender" el territorio. Hoy día la destrucción de un ejército egipcio no significa nada. Los israelíes devuelven los prisioneros días o semanas después del cese del fuego. Los soviéticos reemplazan el material. Al cabo de dos o tres años a lo sumo, el ejército egipcio se encuentra en mejores condiciones que antes de la batalla precedente. En 1973,

los israelíes descubrieron una verdad vieja como el mundo: la derrota es un buen maestro de escuela; la victoria, un filtro embriagador.

La asimetría de las situaciones respectivas de los beligerantes, de los riesgos corridos, vuelve aún más difícil la conciliación. Dentro de las fronteras de 1967, Israel no puede perder una batalla sin perder la guerra y tal vez la existencia. Incluso en 1973, si los tanques sirios hubieran penetrado la línea de resistencia y bajado de la meseta del Golán, podía ocurrir cualquier cosa, incluida la destrucción del país y el Estado. Los países árabes, en cambio, pierden batallas sin perder la guerra. Ni siquiera la pérdida de la guerra, o sea la aceptación de Israel, los pondría en peligro de muerte. La derrota, para Israel, equivaldría a la muerte del Estado, tal vez a la muerte de una parte de la población.

Los israelíes se inclinan, pues, según la lógica militar, a ensanchar su espacio. Dentro de sus fronteras de 1948-1967 sólo se defendían atacando; por lo tanto, tomaron dos veces la iniciativa, la primera por instigación de los franco-ingleses, la segunda en respuesta a las provocaciones de Nasser. En 1973, con la frontera sur lejos de los centros vitales, se creyeron a salvo y se dejaron sorprender. De todos modos sufren la contradicción entre su fin político y las exigencias militares de su seguridad. Los Estados árabes no les reconocerán jamás un territorio más vasto que el de 1967. Si los israelíes refuerzan su seguridad militar, reducen las probabilidades de reconocimiento político. O una nueva batalla o la retirada: inseguridad permanente en ambos casos.

¿En ausencia de un "tercero en discordia", solos frente a frente, los israelíes y árabes llegarían a la paz por la fuerza de unos o la resignación de los otros? No lo creo. Unos continuarían disponiendo del número, el tiempo y el espacio, los otros de un ejército más eficaz. El ejército vence una batalla, tal vez varias; por sí mismo, no permite alcanzar ningún fin. También en este caso la conducción de la guerra depende de los gobernantes y exige, en este punto, el uso de medios no violentos. Pero Israel, desde 1948 hasta nuestros días, actúa en función de una doctrina de seguridad cuya eficacia militar, parcial, pero indiscutible, va en sentido contrario a la finalidad política.

Alrededor de un millón de palestinos han huido de las aldeas y ciudades que hoy habitan los israelíes. Desperdigados en el Líbano, Cisjordania, Jordania, Siria, la zona de Gaza, unos en campamentos, otros más o menos integrados al país que los recibe, continúan en gran parte desarraigados e inconciliables. Han perdido su hogar, quieren recobrarlo. No pueden recobrarlo sin echar a quienes lo ocupan hoy. Los millones de alemanes ahuyentados de las tierras anexadas por los rusos o los polacos han echado raíces en la República Federal; los miles, cientos de miles de árabes de Palestina no han podido o no han querido encontrar otra patria. Los israelíes se organizaron, en 1948, para combatir la guerrilla y replicar a las incursiones o los golpes de mano lanzados del otro lado de la frontera. Aplicaron sistemáticamente la táctica de la disuasión mediante represalias: para constreñir a los gobiernos del Líbano, Siria, Jordania y Egipto a frenar la acción de los palestinos, les achacaron la responsabilidad de los ataques comando, fueran quienes fuesen los culpables. Táctica que resultó eficaz militarmente, excepto en el caso del Líbano, pues los dirigentes de este pequeño país no poseían los medios físicos para controlar las organizaciones ni a los combatientes de la resis-

tencia palestina, pero además una táctica políticamente "contraproducente": Israel también se lanzaba a una guerra que los árabes tenían interés en prolongar.

La combinación de regulares e irregulares, característica de nuestro tiempo, cobró en el Cercano Oriente una fisonomía original. Ni los árabes que se habían quedado en Israel desde 1948 ni los de Cisjordania intentaron ni lograron propagar el incendio. Los comandos palestinos, entrenados en países limítrofes, franquearon las fronteras para atacar una granja, una escuela, un destacamento militar, instalar minas o capturar rehenes. Su acción, durante las batallas campales de 1956, 1967, 1973, fue insignificante. En cambio, reclutaron compañeros en todos los confines del mundo y desbordaron todos los límites que la costumbre fija a un teatro de operaciones. Si hubiera interrumpido las relaciones aéreas entre Israel y el resto del mundo, el terrorismo –piratería aérea y captura de rehenes– habría presentado alguna racionalidad instrumental. De hecho, sólo tiene racionalidad instrumental con respecto a una finalidad psicológica o moral: los palestinos "testimonian" su resolución, su sacrificio, se liberan de su rencor mediante la violencia, impiden al mundo que los olvide, lo toman como "testigo" de su infortunio. Respaldado por Estados Unidos, Israel se degrada a ojos de los intelectuales de izquierda como puesto de avanzada del imperialismo. Entre los judíos de Francia y Estados Unidos, muchos de ellos inclinados a las ideas de izquierda, pero muchos otros solidarios de Israel, unos tienden hacia la actitud que exige la visión ideológica del sistema global, otros se deciden en función de las singularidades del caso israelí. Los terroristas japoneses de Lods no sabían nada de Israel, sólo conocían el imperialismo mundial. Claude Lanzmann sitúa la supervivencia de Israel por encima del antiimperialismo.

Los servicios secretos de Israel replican a la difusión mundial del terrorismo palestino mediante el antiterrorismo. Agentes de Israel y miembros de la resistencia palestina libran en la sombra una guerra despiadada cuyos episodios o ecos sordos salen a veces a la luz del día. Ubicuidad de una guerra pequeña, parte integral de una guerra prolongada entre Israel y los países árabes.

En el Cercano Oriente se debe hablar de una sola guerra que dura desde 1948, puntuada por treguas, y donde la suspensión de las hostilidades resulta de la superioridad de la defensiva sobre la ofensiva. Los árabes entre 1948 y 1956, entre 1956 y 1967, no poseían la superioridad necesaria para el ataque y los israelíes dos veces ganaron batallas que no les permitieron alcanzar su meta política e incluso amenazaban con alejarlos de ella. Precedido de una fase de guerrillas, acompañado por la acción de los guerrilleros, el conflicto árabe-israelí desemboca en una internacionalización de la "guerra pequeña", que se eleva a los extremos de la crueldad: el campo de batalla se extiende al universo entero y cualquiera le sirve de blanco. El terror avanza paso a paso si el terrorismo niega toda distinción entre enemigos y neutrales.

Entre las guerras indo-paquistaní y árabe-israelí, los contrastes asombran tanto como las similitudes. Las victorias militares de Israel no fueron menos espectaculares que la de la India en 1971, y fueron más decisivas en el terreno que el resultado de los combates de 1948 y 1965. En el subcontinente indio, como en Cercano Oriente, los Estados utilizaban un instrumento militar que no podían producir por sí mismos ni mantener sin ayuda exterior. La India fabrica

hoy día la mayor parte de su material, pero el Estado hebreo posee fuerzas armadas cuyo costo no guarda proporción con los recursos de una nación de tres a cuatro millones de personas. En 1956 y 1967 Israel logró ganar la batalla sin recibir avituallamiento del exterior durante el curso de las hostilidades. En 1973 debió solicitar y conseguir armas y municiones, y Estados Unidos improvisó un puente aéreo como réplica, con algunos días de retraso, al de la Unión Soviética.

Entre los países que se enfrentan y sus respectivas fuerzas armadas se manifiesta una discordancia: o bien las sociedades no son contemporáneas de la técnica de su armamento, o bien las sociedades cargan con el peso de fuerzas armadas que exigirían un producto nacional varias veces superior. El dinero que gastan los occidentales para comprar petróleo permite a los países árabes financiar a su vez la compra de armas soviéticas. Israel no puede mantener su carrera armamentista sin la ayuda de Estados Unidos.

La similitud entre las batallas de tanques, en el subcontinente indio o el Cercano Oriente, no disimula la heterogeneidad radical de las situaciones políticas. Aun si en última instancia India niega algún día a Paquistán el derecho a la existencia, aun si el desmembramiento del Paquistán occidental debe suceder un día a la separación de ambas provincias, este rechazo —posible o eventual— no tendría nada en común con el rechazo de Israel por los Estados árabes. La India y Paquistán pertenecen al tercer mundo, así como los Estados árabes, pero no Israel. Por ello mismo, el sentido del combate de Israel se presta a dos interpretaciones: ¿liberación del pueblo hebreo o puesto de avanzada del imperialismo?

3. Las guerras de Vietnam y América Latina

El marxismo-leninismo, a partir de los artículos de 1915-1917 y el famoso libro *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, denomina imperialismo no sólo a un régimen o modelo de régimen definido por tales y cuales características, sino al conjunto histórico de países que poseen un régimen de este tipo. Según este modo de pensamiento, los países de la Alianza Atlántica constituyen el sistema imperialista o el imperialismo en acción, desgarrado por contradicciones comparables a las que provocaron la guerra de 1914, pues los intereses de los capitalismos nacionales resultan contradictorios y el capitalismo más poderoso, el de Estados Unidos, "explota" los capitalismos subordinados. Están emparentados con este sistema, en cuanto objetos o víctimas de explotación, los Estados en vías de desarrollo que venden materias primas en condiciones de "intercambio desigual" o permiten que el capital extranjero se instale en sus países y evalúe los recursos naturales para provecho de las empresas denominadas multinacionales. La toma de la soberanía, símbolo del paleoimperialismo de los europeos, es sustituida por la independencia jurídica y el neocolonialismo, ya económico (inversiones), ya político (manipulación de los partidos o los grupos sociales).

Las dos guerras de Vietnam, la que libraron los franceses de 1946 a 1954 y la que los norteamericanos libraron en 1954 a 1972 sin poder ganar, caracterizan respectivamente la descolonización europea y las ambigüedades de la hegemonía norteamericana. Tanto por sus similitudes como por sus diferencias, exigen un análisis en los tres niveles, político, estratégico, táctico.

Los acontecimientos de 1940-1945 habían quitado a los franceses el prestigio y, si se quiere, el mandato divino sin el cual los europeos no pueden reinar en Asia. Jamás se gobierna sólo por la fuerza, verdad aún más evidente cuando se trata del gobierno ejercido por una minoría llegada del otro confín del mundo a una tierra y una cultura extranjeras. Para vencer la insurrección dirigida por el Vietminh, habría sido necesario al menos, como hicieron los británicos en Malasia, separar a los insurgentes de la masa de la población y abrirle a ésta una perspectiva política. Los errores militares que desembocaron en Dien-Bien-Phu no eran inevitables, la victoria del Vietminh sí. Si hacía falta una prueba suplementaria, nos la ha dado la guerra de Argelia. Un país de democracia liberal no libra indefinidamente una guerra colonial con el solo propósito de mantener, contra sus propios principios, una soberanía costosa y controvertida sobre una población inasimilable. Lo que hoy nos resulta misterioso no es la descolonización sino la colonización.[9] Si los gobernantes de Francia, incluido el general de Gaulle, en 1945 habían obedecido a la razón y no al deseo de borrar la humillación de 1940, la simple veleidad de reconquistar Indochina tenía que haberles parecido inmediatamente insensata.

Los dirigentes de Estados Unidos no contemplaban más fin que el de salvar un poder no comunista de Vietnam del Sur. Con este propósito despacharon un cuerpo expedicionario que en 1966 superaba los quinientos mil hombres, bombardearon Vietnam del Norte de 1965 a 1968 e, intermitentemente, hasta diciembre de 1972. No lograron la decisión, pero tampoco perdieron la guerra en el sentido militar del término. La victoria de aniquilación de Vietnam del Norte sobre el Sur, en 1975, consagró la derrota política de Estados Unidos.

Los norteamericanos se habían fijado como meta política salvaguardar un gobierno no comunista en el Sur, impedir a los insurgentes survietnamitas, respaldados por el gobierno del Norte, adueñarse del poder en Saigón. El Vietcong libraba una "guerra revolucionaria" del tipo chino, combinando las tres clases de medios, psicológicos, políticos, militares, combinando también operaciones de tropas regulares con procedimientos emparentados con el terrorismo individual, como el asesinato de personalidades locales, de representantes del gobierno que deseaban derrocar. El número de atentados contra los funcionarios, en el curso de la primera fase de la guerra revolucionaria, la crueldad que el Vietcong manifestó en Hué, durante los pocos días en que los insurgentes ocuparon la ciudad imperial luego de la ofensiva de Tet, nos recuerda, si fuera necesario, que la lucha por la población no se limita a un debate donde sólo cuentan los argumentos ni a un torneo donde la propaganda más convincente se lleva la palma; esta lucha por la masa de la población tiende a disuadir tanto como a persuadir, a volver peligrosa la fidelidad a las autoridades instituidas. El triunfo militar le parecía a Clausewitz el mejor modo de obrar sobre la opinión y aplicaba la idea tanto a la guerra pequeña como a la grande. Un foco de incendio se apaga, se hace surgir otro cuando el primero ha estallado. En Vietnam, la ubicuidad del peligro para

[9] Como el Imperio Británico jamás había tenido, en tiempos de paz, ningún ejército importante salvo el de la India, perdió el ejército con la independencia de la India. El resto siguió naturalmente.

quienes no obedecían a la administración clandestina, pasiva o activamente, revelaba la crueldad de la lucha para ganar la opinión.

Las características, ahora bien conocidas, de la guerra revolucionaria que al mismo tiempo se quería insurrección nacional, se encontraban reunidas: no había frente, sino enfrentamiento de ejércitos regulares entre los cuales uno operaba a la manera de los guerrilleros, es decir, era estratégicamente defensivo y tácticamente ofensivo; los combates iban desde el atentado individual contra una persona, ligada al régimen de Saigón, o la ejecución de un agente del Vietcong (o un sospechoso), hasta operaciones que implicaban varios miles de hombres en cada bando. Los insurgentes disponían de zonas que controlaban por completo, de un avituallamiento que les llegaba del Norte atravesando territorios legalmente neutrales o de difícil acceso; creaban, siguiendo la técnica perfeccionada contra los franceses, una administración paralela; ni el gobierno de Saigón ni los norteamericanos sabían con certeza quién comandaba determinada aldea durante la noche, a quién pagaba impuestos el campesino, a quién iba la cosecha de arroz.

La ofensiva general del Vietcong no ruvo éxito en 1967 ni en 1972. La ofensiva de Tet dio un triunfo moral a los Estados Unidos, donde contribuyó a la conversión de la política norteamericana. En el área causó a los insurgentes pérdidas cuantiosas y dio al ejército survietnamita el sentido de su propia existencia, una especie de confianza en sí mismo. La ofensiva de 1972, entre el viaje de Nixon a Pekín y el viaje a Moscú, también fracasó después de los triunfos iniciales. Los norvietnamitas no sabían usar los blindados con la misma habilidad que las armas de la guerra pequeña. En cambio, después de la retirada norteamericana en 1975 provocaron el derrumbe del ejército y el régimen del Sur.

Materialmente, esta guerra no difiere de la primera, la que libraba el Vietminh contra los franceses, sino por la amplitud de los medios utilizados y por la existencia, en la zona-refugio, el Vietnam del Norte, de un poder legalmente reconocido, con un ejército regular cuyas unidades le ganaban al Sur el teatro de operaciones. Los bombardeos de la aviación norteamericana resultaron doblemente ineficaces: suponiendo que debieran quebrantar la moral de la población, no lo consiguieron, como tampoco lo habían conseguido los bombardeos de zona en Alemania; suponiendo que debieran paralizar el aparato económico, administrativo, militar, de Vietnam del Norte, tampoco lo consiguieron. En el Sur, ni Kennedy ni Johnson condujeron la guerra según una concepción político-militar racionalmente elaborada. Acudieron en auxilio de un gobierno amenazado sin plan de conjunto; la noción de *counter-insurgency*, lucha contra la insurrección, *slogan* antes que doctrina, desempeñaba en Estados Unidos casi el mismo papel que la noción de "guerra revolucionaria" en Francia. Las operaciones de guerrilla montadas por los norteamericanos en Vietnam del Norte constituían el equivalente del condicionamiento psicológico de los prisioneros F.L.N. por los servicios de reeducación del ejército francés en Argelia. Aquí y allá, civiles o militares cometían el mismo error: aislar un elemento de una acción global y adjudicarle una eficacia que no posee en cuanto tal sino en cuanto parte del conjunto. Algunos comandos del Sur no pueden crear en el Norte la inseguridad que crean en las aldeas los militantes del Vietcong. El F.L.N. puede inflamar a los argelinos con la visión de una Argelia independiente: ninguna técnica antidisturbios los convertirá al patriotismo francés.

No discutiré los problemas tácticos de la lucha contra una insurrección dirigida por un partido comunista. El mejor libro consagrado a este tema es en mi opinión el de sir Robert Thompson.[10] El también distingue, a la manera de Mao Tse-tung, las fases sucesivas de la lucha, *subversión, insurrección, guerrilla, formación de una tropa regular*, las medidas adecuadas para cada una de estas fases, la distribución de las funciones entre la justicia, la policía y el ejército, los resultados a esperar de las diversas réplicas a las tácticas de la guerra revolucionaria. Pero aunque el libro, según el vocabulario que he adoptado, trata esencialmente sobre táctica, plantea desde el comienzo el principio fundamental de la estrategia. Los jefes de la insurrección saben lo que quieren y emplean un complejo de medios psicológicos, políticos y militares que se refuerzan entre sí para alcanzar un fin único. Un gobierno enfrentado a una guerra revolucionaria, conducida o no por un partido comunista, también debe "saber lo que quiere", organizar su estrategia en función de una finalidad política y combinar los medios tácticos en función de dicha finalidad.

En Vietnam, los franceses descubrieron progresivamente, y con extrema repugnancia, que debían batirse para marcharse. Jamás se decidieron plenamente. En Argelia se batían por la Argelia francesa. La finalidad que daban a la lucha garantizaba su derrota. En Vietnam ningún "truco" de guerra psicológica, ningún artificio de la técnica clandestina podía restituir a la autoridad francesa la legitimidad perdida. Aun en Argelia, donde al menos una fracción de la población aceptaba el orden francés, la presencia, en el Este y el Oeste, de Estados independientes, otrora privados de su soberanía, excluía una verdadera pacificación. Militarmente, el ejército no podía perder la guerra; las líneas electrificadas en las fronteras evitaban tanto el refuerzo de las unidades de guerrilleros como la tentación de organizarse en gruesos destacamentos, a la cual éstos probablemente habrían cedido. Lo que volvía irresistible en Vietnam la guerra llamada revolucionaria, en realidad de liberación nacional, no era el partido comunista, ni los métodos de subversión e insurrección, ni la guerra pequeña, sino la debilidad de la resistencia de la Francia recién liberada, que procuraba restablecer su autoridad contra toda razón.

La guerra librada por el cuerpo expedicionario norteamericano en Vietnam no adolecía, en su origen, de la misma contradicción. Los norteamericanos no abrigaban la menor ambición de reemplazar los paleoimperios de los europeos por un neoimperio del mismo estilo. Fueran cuales fuesen sus intenciones –y cambiaban según los hombres y los años– jamás concibieron una fórmula comparable a la colonia de Cochinchina o el protectorado de Annam. No peleaban para quedarse (al menos en el sentido militar). Debían, pues, comunicar a la población la sensación de que el cuerpo expedicionario norteamericano no reemplazaba lisa y llanamente al cuerpo expedicionario francés y que el ejército sudvietnamita se batía por sí mismo, por un Estado independiente contra un agresor, incluso un invasor. La contradicción a superar derivaba de la situación misma: Vietnam del Norte recibía sus armas de la Unión Soviética y China, pero sólo contaba con sus propios combatientes; los norteamericanos intervinieron en el

[10] *Defeating Communist Insurgency, Experiences from Malaya and Vietnam*, Londres, Chatto & Windus, 1966.

combate. ¿Qué estrategia hubiera respondido a la finalidad política de la guerra? La que hubiera dado prioridad al refuerzo conjunto del régimen y el ejército de Saigón. Un ejército como el norteamericano, acostumbrado a un exceso de material, sin experiencia colonial, no se parecía en nada al instrumento necesario. El oficial francés, reformador social y educador en Argelia, se hacía ilusiones sobre el alcance de sus experimentos, extrapolaba indebidamente de la guerra pequeña a la grande. Al menos su acción concordaba con las exigencias de la lucha; un gobierno argelino al cual Francia hubiera querido dar la independencia para frustrar al F.L.N. o al G.P.R.A. la hubiera aprobado. En cambio, los bombardeos más o menos indiscriminados de las aldeas de las zonas Vietcong unían la población a los insurgentes y comprometían a los hombres de Saigón. Más generalmente, el ejército norteamericano tendía a organizar un ejército sudvietnamita a su imagen: otra tentativa absurda, pues un ejército debe parecerse al país del cual surge, como la guerra misma.

¿Estados Unidos habría podido, adoptando inmediatamente la prioridad racional (refuerzo del régimen y el ejército de Saigón), combinando del mejor modo los frenos a los instrumentos combinados de la insurrección revolucionaria, alcanzar su fin, es decir retirar sus tropas dejando un régimen capaz de resistir por su cuenta la insurrección interna respaldada externamente? ¿O, por el contrario, la empresa tendiente a la creación de un nacionalismo sudvietnamita contra el nacionalismo del Norte, ligado al comunismo, estaba condenada de antemano y la ayuda norteamericana, en sí misma indispensable, comprometía la independencia del régimen de Saigón? Yo me inclinaría por el primer término de la alternativa, observando que después del acuerdo de París, que "legalizaba" la presencia de tropas Vietcong y norvietnamitas en las comarcas del Sur, el general Thieu pareció provisionalmente capaz de mantener su autoridad sobre buena parte de la población vietnamita y de sostener una guerra que el Vietcong se proponía seguir hasta la victoria total. Los acontecimientos de 1975 no demuestran que la empresa estuviera condenada de antemano.

Retomemos el análisis clausewitziano: contar con los bombardeos para quebrantar la voluntad de los norvietnamitas significaba olvidar las lecciones de las guerras precedentes, y también olvidar la regla del *Tratado;* la misma medida, según la naturaleza del enemigo, produce resultados exactamente opuestos. Los comunistas no se dejan *intimidar* por una amenaza de ascenso a los extremos, por lo demás apenas enunciada. Su economía, a causa de su relativo primitivismo, sobrevivía a los estragos. La guerra conducida según el principio de aniquilación física fue puesta en jaque por la guerra que obedecía a la inteligencia política.

En el Sur, la guerra de liberación logró sólo un triunfo parcial porque se enfrentaba a un gobierno parcialmente nacional. Ni en 1967, ni en 1972, ni en 1975 la población del Sur dio al Vietcong la asistencia de una insurrección nacional. Ninguna guerra es idéntica a otra: la táctica se presta a reglas porque éstas derivan del instrumento; en cuanto a la estrategia, depende ante todo de la característica principal de esta guerra en particular. La característica principal, en Vietnam, de 1945 a 1954, era el fin de la dominación europea; en Vietnam, a partir de 1954, había un interrogante: ¿puede nacer un nacionalismo diferente al de Vietnam del Norte y el Vietcong?

El mito de los guerrilleros invencibles, más que del fracaso norteamericano en Vietnam, se alimenta de la aventura de Fidel Castro. Si algunas decenas de hombres desembarcados en la isla y refugiados en la sierra se apoderan a los dos años de La Habana y toda la isla, ¿esta modalidad de combate no posee un poder mágico, una receta de victoria? Una vez más, los teóricos reincidían en su eterna aberración: transfigurar una forma geométrica, una maniobra estratégica o un procedimiento táctico en verdad general. Un año después del desembarco Fidel Castro y sus compañeros no habían levantado a los campesinos ni reunido combatientes por millares. El régimen del presidente Batista se descomponía solo, bajo los golpes de la insurrección en las ciudades: insurrección burguesa y liberal antes que campesina y comunista; la guerrilla dio el golpe de gracia prácticamente sin golpear. Fidel Castro se convirtió en jefe de la revolución victoriosa, tanto heraldo como héroe, gracias al milagro de la radio. El partido comunista, al principio hostil a la aventura, se unió al movimiento del 22 de julio meses antes de la fuga de Batista y el triunfo de los "barbudos". Con la revolución cubana nace la leyenda.

Las guerras revolucionarias contra los gobiernos legales de naciones (o semi-naciones) independientes no habían triunfado en Corea del Sur, ni en las Filipinas, ni en Indonesia. En Malasia, los británicos habían reprimido una insurrección aprovechando, es cierto, la dualidad de la población (insurgentes chinos y población malaya en las zonas rurales). Los métodos de la guerra revolucionaria se habían puesto al servicio de la liberación nacional. A juicio de los izquierdistas, todo Estado integrado al mercado mundial capitalista se encuentra en situación semicolonial; les parece que la revolución supone automáticamente la liberación nacional. No ocurre lo mismo con la burguesía, que concibe otras formas de nacionalismo además de la comunista. Tampoco ocurre lo mismo con los campesinos, que según las circunstancias son o no susceptibles de ser movilizados por pequeñas tropas de revolucionarios profesionales.

La epopeya del Che Guevara en Bolivia consagró el fracaso del principio (contrario tanto a la enseñanza de Clausewitz como a la de Lenin y Mao Tse-tung) según el cual la creación del foco de insurrección por los mismos guerrilleros permitiría no esperar a que las condiciones sociopolíticas para una revolución hayan madurado. De la experiencia cubana, el Che había inferido tres lecciones: un pueblo puede vencer a un ejército regular (lo cual es cierto en determinadas circunstancias); en América Latina, el teatro de la lucha armada se encuentra en las zonas rurales (lo cual no siempre es cierto); por último, no se debe esperar la maduracion de una situación revolucionaria, el foco de insurrección hará madurar dicha situación (lo cual casi siempre es falso). El compañero de Fidel murió procurando aplicar este principio derivado de la experiencia cubana, interpretada falsamente. En Cuba, los campesinos probablemente no estaban preparados para la revolucion, pero ésta maduraba en las ciudades. Los fidelistas refinaron en su provecho la revolución que habían proclamado.

La guerrilla tampoco triunfó en Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay; fuera campesina o urbana, en ningún país sudamericano logró vencer a un ejército regular, provocar una disgregación del poder civil, movilizar al pueblo entero. Los años 60 signan simultáneamente el fin de las victorias espectaculares

atribuidas a la guerra revolucionaria, la escisión doctrinal e histórica entre los dos Grandes del universo socialista y el nacimiento del mito del campesino, contemporáneo de la difusión de la violencia izquierdista. Esta última forma de violencia invocó a Mao hasta el encuentro del dirigente chino con Kissinger, encuentro que signa el comienzo de la conversión de China popular a la "nacionalización" de la ideología revolucionaria. Ni la Unión Soviética ni China renuncian a sostener una guerra revolucionaria acorde con su ideología o sus intereses de grandes potencias. La mayoría de las veces un movimiento revolucionario encuentra un "tercero en discordia" que lo pertrecha y aboga por su causa, pero el duelo del bando imperialista y el bando socialista se descompone en un sistema de creciente complejidad. El gobierno de Nigeria recibe armas de Gran Bretaña y la Unión Soviética. La señora Bandaranaike, en Ceilán, las recibe de todas partes: la Unión Soviética y China Popular, Estados Unidos y Gran Bretaña (probablemente olvido a alguno). Los insurgentes de Sri Lanka (el único país que cuenta con dos partidos que invocan a Trotski), campesinos e hijos de campesinos que han pasado por la universidad, no despertaron la simpatía de nadie, ni siquiera de los intelectuales especializados en la indignación.

Volvamos nuevamente a los orígenes modernos del armamento del pueblo. Los patriotas prusianos habían soñado con armar al pueblo; los conservadores habían objetado que este armamento equivalía a un estado de anarquía generalizado; campesinos y burgueses alemanes habían rehusado tomar las armas; los edictos de abril de 1813, pronto revocados o perimidos, testimoniaban un romanticismo, guerrero y no revolucionario, que Napoleón, con sus excesos, había insuflado a sus oficiales. Lenin y sobre todo Mao Tse-tung, favorecidos por las circunstancias, transformaron una modalidad de combate en instrumento de la revolución. Desde luego, Scharnhorst, Gneisenau, Clausewitz, comprendían que el pueblo no podía armarse contra el invasor sino con miras a una sociedad reformada; el civil convertido en guerrillero no se parecería más a esos soldados de Federico que "debían temer a sus oficiales más que al enemigo". El civil armado, el guerrillero, debía saber por qué se batía; manifestar iniciativa, conocer el terreno, moverse rápidamente, adaptarse a las circunstancias, todas cualidades ajenas al infante de línea, formado por el *drill,* la instrucción militar. Es posible, como sugería H. Delbrück, como lo afirma W. Hahlweg a la luz del presente, discernir una afinidad electiva entre el *citoyen* nacido de la Revolución y el *partisan* nacido de las tropas ligeras. Pero esta clase de interpretación se desliza fácilmente hacia la leyenda.

El guerrillero español, de 1808 a 1811, peleaba en y por su suelo. El francotirador francés de 1871 también. Los ejércitos franceses de 1793 empleaban la táctica de los *tirailleurs,* los cazadores,[11] pero también los ataques masivos, las columnas profundas. Nada se parece menos a la táctica del guerrillero que el "cuadrado mágico" de Napoleón; el único punto en común entre los guerrilleros y Napoleón es la rapidez, la movilidad. Sólo en este sentido, la fórmula de un oficial prusiano,[12] toda la campaña de 1806 identificada con un golpe de mano

[11] El mariscal de Sajonia, en el siglo XVIII, esbozaba ya la teoría del cazador.

[12] Citado por C. Schmitt, *La noción del político, teoría del guerrillero,* p. 214 y p. 313.

guerrillero, puede pasar no como una ocurrencia ingeniosa sino como una verdad parcial. Admitiendo que Scharnhorst, Clausewitz y Gneisenau hayan deseado la transformación social en cuanto condición y meta de la insurrección nacional, lo hicieron, en el mejor de los casos, a la manera del general de Gaulle de 1940 a 1945, nunca a la manera de Lenin o Mao. Evocar la guerra revolucionaria a propósito de los patriotas prusianos da una idea falsa de lo que eran, incluso una idea falsa de lo que representaban en su época. Pertenecían aún al Siglo de las Luces y la era de las manufacturas: soñaron con el armamento del pueblo, no con la guerra revolucionaria.

El día en que la violencia individual, los atentados, el terrorismo indiscriminado, las bombas en los cines y los trenes, la captura de rehenes o la piratería aérea dejan de organizarse bajo las órdenes de un partido con miras a la liberación o la revolución, el parentesco material entre los procedimientos de la guerrilla y los maleantes surge con toda claridad. En la guerra ilegal concebida por los patriotas, los oficiales garantizaban la legalidad; los comisarios comunistas cumplieron luego la misma función. Cuando desaparecen unos y otros, la guerrilla se distingue cada vez menos de la criminalidad y el guerrillero recobra su imagen medieval: ya no el campesino en su tierra, ya no el revolucionario profesional, ni el militante del partido comunista, ni siquiera el Che Guevara, burgués argentino que lleva la llama de la insurrección por los campos de América Latina, sino el renegado que protesta mediante la violencia contra el mundo que no puede cambiar. La internacional propiamente revolucionaria, la que dirigen desde hace medio siglo los hombres del Kremlin, se ha disociado cuando menos en dos internacionales, y ninguno de ambos centros conserva una autoridad incondicional sobre los partidos que proclaman su respectiva fidelidad a una u otra. En cambio, se discierne el comienzo de una extraña internacional, la de la violencia pura, desnuda, salvadora en cuanto tal, que Fanon exaltó en su libro y Sartre teorizó en su prefacio:[13] la participación de tres japoneses en el atentado del aeropuerto israelí de Lods cobra valor simbólico.

Los acontecimientos de los años 60, incluidos los de mayo de 1968 en Francia, el fracaso de todas las revoluciones en América Latina, incluida la revolución no violenta de Allende en Chile, la guerrilla urbana en Estados Unidos o Argentina, la acción de grupos clandestinos en muchos países, incluidos países industriales como Italia, la multiplicación de atentados sin eficacia visible, todos estos fenómenos que descalabran regímenes autoritarios o liberales, no anuncian necesariamente el advenimiento de una revolución o una guerra revolucionaria. La anarquía italiana tal vez lleve al partido comunista al poder, compartido o monopolizado (compartido al principio, tal vez monopolizado después). La guerrilla urbana, en Uruguay, la lucha armada de izquierdistas y comandos de extrema derecha en Argentina revelan las tensiones de sociedades demasiado pobres para satisfacer las aspiraciones de la mayoría, de clases políticas incapaces de mejorar las condiciones de vida o de obtener el apoyo popular. Ni los asesinatos de personalidades ni la captura de rehenes bastan para desencadenar una guerra revolucionaria: el guerrillero da testimonio, por su acción y a veces por su martirio. Los hijos e hijas de la burguesía parisiense que pegan en las paredes de sus

[13] F. Fanon, *Les damnés de la terre,* París, Maspero, 1961.

cuartos el retrato del Che Guevara veneran a un héroe, pero un héroes muerto que según su propia doctrina se equivocó en lo esencial, o sea el análisis de la situación política.

El Vietminh o el Vietcong asesinaba a los funcionarios de Saigón o a los notables de las aldeas para propagar el terror y alzar a los campesinos pobres contra los ricos. Esta clase de terrorismo, organizado, concebido con miras a un objetivo preciso, no contradice la doctrina de los bolcheviques, hostiles al terrorismo de los socialistas-revolucionarios. La modalidad de los años 70 precipita en la anarquía al terrorismo "racionalizado" de la guerra revolucionaria. Signa además un regreso a las formas primitivas del terrorismo; la espontaneidad individual o los pequeños grupos desempeñan allí el mismo papel. Consagrados a la fe y al crimen, jesuitas de la revolución exaltados por los teólogos de la violencia, condenados por comunistas y liberales, los guerrilleros, en su última encarnación, expresan su repudio del mundo matando a algunos de sus semejantes, a veces escogidos, a veces al azar. Por irrisorio que sea el resultado físico de su acción, creen en la resonancia política de su revuelta, en el valor moral de su testimonio. Olvidan que un terrorista sin causa se parece a un salteador de caminos.

4. *Carl Schmitt y la figura del guerrillero*

Los lectores que conocen los libros de Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen* y la *Theorie des partisanen,* habrán reconocido en las páginas precedentes ideas emparentadas con las suyas, o bien una interpretación diferente de los mismos temas. Como mi intención coincide con la suya —"El teórico sólo puede velar por los conceptos y llamar a las cosas por su nombre. La teoría del guerrillero desemboca en la noción del político, en la busca del enemigo real y de un nuevo *nomos* sobre la tierra"— me pareció necesario indicar los puntos de divergencia que hacen al concepto mismo del guerrillero.

Carl Schmitt, tal como lo hice yo, va de los edictos prusianos de abril de 1813, de Clausewitz y Gneisenau, a los francotiradores franceses, a la resistencia europea y al Che Guevara pasando por Lenin y Mao Tse-tung. Pero llega a una analogía entre el general von York y el general Salan que a mi juicio resulta inaceptable. En la secuencia histórica, un corto artículo de Lenin ocupa un lugar esencial, mientras que apenas se mencionan los artículos de 1915-1917. En cambio, no figuran Hitler y la sustitución del pueblo o el Estado por la raza en cuanto sujeto histórico. Por último, la relación que se establece entre el guerrillero y la hostilidad deja insatisfecho al espíritu. Curiosamente, este jurista termina por olvidar la relación inevitable entre guerrillero y Estado, al menos en tanto el guerrillero se eleva por encima del bandido o el revoltoso y aspira a la política.

La dificultad conceptual de la teoría se manifiesta en la enumeración de las características que definen al guerrillero según Carl Schmitt: la irregularidad, el alto grado de movilidad, la intensidad del compromiso político y el carácter telúrico.[14] Salta a la vista que las dos primeras características están casi siempre ligadas, cuando no son indisolubles, mientras que las dos últimas no. Más aún, el compromiso político, lejos de explicar el carácter telúrico, tiende más bien a

[14] *Op. cit.*, p. 230.

excluirlo. O aún más precisamente, el compromiso político reviste una significación diferente según el irregular esté o no apegado al terruño.

Volvamos a los orígenes: el partisano del siglo XVIII pertenece a una partida o destacamento que bate la campiña, uno de los destacamentos que, según escribía el mariscal de Sajonia, podía atravesar un reino entero sin ser observado. Abramos una obra clásica[15] en la época, *La Petite Guerre ou Traité du Service des troupes légères de campagne:*[16] "Sin remontarse, pues, a los tiempos más remotos, cuando la caballería númida prestó grandes servicios a Aníbal, sobre todo en la famosa batalla de Cannas, y cuando los partos, por su celeridad y agilidad en el combate, conservaron cierta libertad contra el poderío romano, los franceses han formado, en épocas diferentes y con nombres diferentes, tropas para batir de antemano el campo, traer noticias sobre los enemigos, interceptar sus convoyes, apoderarse de puestos y echar mano de los pertrechos durante una acción".[17] Las tropas ligeras o las partidas cumplen, pues, la función de vanguardia tanto como los guerrilleros de hoy. Tácticamente, éstos actúan como tropas ligeras; difieren de los partisanos del siglo XVIII porque no pertenecen al ejército regular. La movilidad no implica irregularidad, pero la segunda implica la primera. combatientes sin uniforme, sin formación, sin encuadramiento, actúan por sorpresa y no libran combates prolongados con tropas regulares. En España, los contingentes del ejército regular constituyeron a menudo el núcleo o los cuadros de las partidas de guerrilleros.

¿Hay que hablar, a propósito de los guerrilleros españoles, de la intensidad del compromiso político? Al menos hay que distinguir entre dos sentidos del término político: cuanto más se confunde la política con el suelo y el terruño, con la patria en el sentido eterno del término, más comprometido políticamente parece el guerrillero (partisano, francotirador, campesino). En cambio, nada se parece menos al guerrillero telúrico que el Che Guevara o Régis Debray. Por una parte, el paisano en su tierra; por la otra, el intelectual llegado de las ciudades, revolucionario profesional. Por cierto, Carl Schmitt no puede ignorar del todo una oposición tan obvia y notoria. Alude a ella por primera vez a propósito de la influencia que ejerce la "tecnicización" en el partisano del pasado, por segunda vez en el parágrafo titulado "De Clausewitz a Lenin". No capta lo esencial por falta de una discriminación rigurosa entre los niveles de la política, la táctica, el derecho.

Tácticamente, el irregular no combate de modo diferente al regular de las tropas ligeras. La movilidad se impone a las partidas (en el sentido dieciochesco), a las tropas ligeras, se impone sobre todo a los destacamentos de irregulares. También las tropas ligeras de la Segunda Guerra Mundial, en la retaguardia del frente alemán, se componían de regulares e irregulares a la vez. El derecho internacional ha querido dar un "status" a los irregulares, a los miembros de la resistencia. Pero ha exigido, para que éstos gocen de las protecciones que asegura el

[15] Clausewitz por cierto la conocía.

[16] Por M. de Grandmaison, capitán-comisionado y teniente coronel de caballería en el cuerpo de voluntarios de Flandes, 1756. Publicada en facsímil en Osnabrück, 1972, Biblio Verlag.

[17] Ps. 2-3.

derecho bélico a los prisioneros, condiciones poco compatibles con las reglas de eficacia propias de esta clase de guerra. Los guerrilleros no podrían "portar armas abiertamente", ni "enarbolar una enseña fija y reconocible a distancia".

La técnica no ha modificado la naturaleza de los principios de movilidad inmanentes a la guerra pequeña, pero ha multiplicado sus recursos. Los guerrilleros se comunican entre sí y todos con el jefe casi como el combatiente de uniforme. La técnica enriquece los *medios* de la guerra pequeña, de los regulares o los irregulares, pero no altera el concepto. En cambio, la dualidad *virtual* del armamento del pueblo —defensa nacional o revolución— se volvió *real* en China y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los integrantes de un partido político encabezaron y organizaron a los partisanos (o, si se prefiere, a los francotiradores o guerrilleros telúricos) con miras a la revolución. En rigor, Mao Tse-tung conserva algún aspecto "telúrico"; el Che Guevara, no. El compromiso político del guerrillero español de 1807 difiere radicalmente del compromiso del partisano comunista de 1944. Si utilizamos la expresión compromiso político, hay que añadir una vez más, siguiendo la lección de Clausewitz, que el combate sólo cobra significación a partir del fin político: uno se bate *pro ara et focis*, el otro con miras a la revolución. La estrategia y aun la táctica sufren la influencia de la finalidad política.

Así yo intercalo a Lenin y Mao Tse-tung entre Clausewitz y el Che Guevara en un lugar diferente del que les otorga Carl Schmitt. Este concede una importancia especial a un artículo de Lenin publicado el 30 de setiembre de 1906 en la revista *Le Prolétaire*. Ve en él "un desarrollo claro y lógico de la noción de enemigo y de hostilidad, cuyo descubrimiento está anunciado en *¿Qué hacer?* en 1902, principalmente en el movimiento de oposición al objetivismo de Struve".[18] Indudablemente, el opúsculo de 1902 nos parece retrospectivamente el origen teórico del revolucionario, aunque en esta fecha Lenin invocaba todavía a Kautsky, que infirió del papel de los intelectuales en el tránsito al socialismo consecuencias muy diferentes de las que infirió Lenin. En cuanto al artículo "La guerra de guerrillas", veo en él un texto de circunstancias sin verdadero alcance.

Lenin, evidentemente, jamás excluyó la eventualidad de la revolución armada, de la toma del poder mediante la violencia. El recuerdo de las barricadas, de los guerrilleros, de los francotiradores, jamás se había perdido, aun si Engels, especialista en asuntos militares en el equipo que integraba con Marx, había percibido atinadamente las modificaciones que los armamentos debían aportar a la táctica de los combates callejeros y, más generalmente, a la fase violenta de la lucha del proletariado.

¿Qué dice Lenin en 1906[19] a propósito de los partisanos, o sea de los individuos que en grupos pequeños, ya ofician de espías o colaboran con la policía, ya atacan bancos o establecimientos públicos con el fin de confiscar el dinero para financiar el partido proletario? Desde luego no se opone al empleo de la violencia. No condena los métodos empleados más o menos espontáneamente por

[18] *Op. cit.*, p. 262.

[19] *Oeuvres*, t. 11, ps. 215-227.

los militantes, lo cual tampoco exige explicaciones sutiles. Para él se trata de tomar distancia con respecto a lo que podría pasar por "anarquismo, blanquismo, terrorismo", todas formas de lucha social condenadas en la época por la socialdemocracia internacional.

Presenta, pues, esta acción de partisanos como la secuela de la insurrección de 1905 y la preparación de la insurrección del porvenir. En efecto, según la doctrina que adoptaron y conservaron los socialdemócratas y los bolcheviques, la lucha de clases es permanente, pero no la lucha armada. La explosión de actividades partisanas, secuela de la insurrección de 1905, Lenin no quiere condenarla –pues no se condena el combate de los militantes–, pero no deja de reconocer los riesgos que implica para la organización del movimiento obrero. Llega a una interpretación histórica: "La lucha de los partisanos es una forma inevitable de lucha en una época en que el movimiento de las masas llega efectivamente a la insurrección y en la cual se producen intervalos más o menos considerables entre las grandes batallas, en el curso de la guerra civil".[20] En otras palabras, admite las acciones guerrilleras en el intervalo entre dos insurrecciones porque en 1906 Rusia le parece teatro no sólo de una lucha de clases, a la manera de todos los países capitalistas, sino de una guerra civil.

Inmediatamente añade: "Lo que desorganiza el movimiento no son las acciones de partisanos, sino las flaquezas de un partido incapaz de *asumir la dirección de esas acciones*".[21] En 1906 Lenin no duda que la revolución debe resultar, al menos en Rusia, de una guerra civil, y que el partido militante se convierte, en tales circunstancias, en un partido combatiente. Mientras el partido controle esas acciones, él no se opone a los atentados contra los "espías" ni a la confiscación del dinero de los bancos, pero partiendo de la hipótesis de una situación no sólo de lucha de clases sino de guerra civil. La síntesis de la estrategia clausewitziana y de la teoría del guerrillero –o incluso, si se prefiere, la lectura del *Tratado* a la luz del capítulo VI, 26– fue obra de Mao Tse-tung.

En cuanto a la contribución de Lenin a la teoría de la guerra absoluta y de la hostilidad absoluta en el análisis de Carl Schmitt según el artículo de Lenin, adolece de ambigüedad porque el jurista alemán sustituye las nociones de los autores –Clausewitz o Lenin– por las propias.

Afirma que según Lenin sólo la guerra revolucionaria es una guerra verdadera porque emana de la hostilidad absoluta, todo el resto es juego convencional. Lenin jamás habría adherido a una tesis semejante. Cuando opone, al margen de un pasaje del capítulo VI, 30, la guerra *(woina)* al juego *(Igra)*, se limita a subrayar, siguiendo a Clausewitz, el contraste entre la esgrima con florete o las maniobras sutiles, propias de los ejércitos dieciochescos, y la lucha implacable de los ejércitos y los pueblos desde la Revolución Francesa. Un instante de reflexión basta para recordar que las guerras entre Estados capitalistas, según el marxismo-leninismo, de ninguna manera son juegos. Entre los Estados monárquicos y la Francia revolucionaria, entre los Estados europeos deseosos de repartirse el mundo e incapaces de hacerlo pacíficamente, las hostilidades ascienden a los

[20] *Ibid.*, p. 221.

[21] *Ibid.*, p. 221.

extremos. ¿"Hostilidad absoluta"? La noción no pertenece a Clausewitz, quien se contenta con señalar la magnitud de los intereses opuestos. ¿Pertenece a Lenin? Yo me inclinaría por una respuesta negativa. En rigor, podemos encontrarla en sus textos, pero con un sentido particular: sólo de la lucha de clases en cuanto raíz última de todos los conflictos surgiría una "hostilidad absoluta". Si comentamos a Clausewitz y Lenin, más vale evitar conceptos que pertenecen a otra modalidad de pensamiento. A ojos de Clausewitz la guerra absoluta es sólo un caso límite, el concepto de la guerra llevada hasta el extremo con todos los medios disponibles, con toda la energía posible. No implica de ningún modo la "criminalización" de la guerra. Napoleón no hizo comparecer ante la justicia a sus adversarios vencidos, sino que eventualmente quitó a príncipes o reyes la totalidad o parte de sus territorios. Fueron oficiales prusianos quienes quisieron ejecutar a Napoleón sobre la marcha, y los reyes o los ingleses lo enviaron a la isla de Elba, luego a Santa Elena. El "usurpador" tampoco podía sobrevivir a la gloria de sus armas. En todo caso, él mismo no lo creía, pues en 1813 rechazó todas las veleidades de paz de compromiso que habría podido favorecer su suegro, el emperador de Austria. Los oficiales prusianos, Clausewitz o Gneisenau, "pensaron" el armamento del pueblo, cuyo modelo ofrecían los españoles y los rusos, soñaron con él, lograron redactar el edicto de abril de 1813 y convencer al rey de Prusia de que lo firmara: el edicto siguió siendo letra muerta. El mayor Schill, Andreas Hofer, algunos cuerpos francos al servicio de Austria, veinte o treinta oficiales prusianos al servicio del zar, he allí los episodios de la "resistencia nacional" contra Napoleón; por otra parte, Hegel, Goethe y una fracción importante de la clase cultivada. Los sentimientos de odio contra los franceses se manifestaron en intelectuales (Fichte) que al principio habían aclamado la Revolución, y en oficiales (Gneisenau, Clausewitz), heridos en su orgullo y su patriotismo.

Todos los elementos de la historia posterior, todas las implicaciones de la guerra entre pueblos, ya están en germen o en esbozo de 1792 a 1815. La tradición europea del derecho de gentes, la limitación de medios impuesta por esta tradición, resistieron la tempestad: el armamento del pueblo no se desarrolló sino en dos teatros de operaciones, España y Rusia, aquí pese al acaudillamiento de un partido francés, allá con la aprobación de las autoridades.

Los que redactaron el Tratado de Versalles —que según Carl Schmitt "criminalizaron" la guerra— no tienen nada que ver con Lenin y los bolcheviques. Pertenecen, en el pensamiento y la acción, a corrientes muy diversas. Para vencer al Imperio Austríaco, Bismarck estaba dispuesto a respaldar a los revolucionarios húngaros; Ludendorff no vaciló en facilitar el regreso de Lenin a Rusia y en financiar allí, a cualquier costo, a los partidarios de la paz. Los aliados hicieron lo mismo. En Londres y París, los estadistas no tuvieron que decidir si negociarían o no la paz con los Hohenzollern. La revolución que estalló en el Segundo Reich decidió por ellos. En la guerra entre pueblos, cada bando organiza el entusiasmo, mina la moral del adversario acusando de la catástrofe a los malos dirigentes, la autocracia o el militarismo, y promete la reconciliación una vez eliminados los culpables.

El artículo del Tratado de Versalles que responsabilizaba de la guerra a las

potencias centrales[22] emana de una doble fuente: después de haber comenzado una "guerra como las demás", para la cual se esperaba un desenlace rápido, en pocos meses, los gobernantes de Europa se vieron obligados a buscar causas y culpables a la altura de los sacrificios que exigían a los pueblos; en cuanto al presidente de Estados Unidos, él no pensaba la guerra ni podía pensarla en el marco de una tradición que consideraba la guerra entre Estados como un paréntesis en las relaciones pacíficas. Al afirmar o sugerir que la guerra de agresión era criminal y que Alemania era culpable de ello, el Tratado de Versalles introducía (o quería introducir) en el derecho positivo de gentes una distinción que los clásicos reservaban para la moral.

Lenin ignora la "criminalización" de la guerra en esta forma, así como ignora, pese a lo que piense Carl Schmitt, la "hostilidad absoluta". Sustituye un sujeto histórico por otro, sin negar por ello la realidad e incluso la ferocidad de las guerras entre Estados capitalistas. En el marco de una filosofía de la historia de inspiración hegeliano-marxista, utiliza el *Tratado* para demostrar el imperialismo equivalente de todos los beligerantes y para predicar la única guerra justa a partir de ahora, la del proletariado contra todos los Estados capitalistas.

Las potencias aliadas y asociadas habían decretado en Versalles, en 1919, que su guerra era justa porque los imperios centrales la habían impuesto. Lenin afirmaba, en 1914, que la guerra era injusta por parte de todos porque sólo constituía una fase de un conjunto político injusto en cuanto tal. Ni la guerra absoluta ni la hostilidad absoluta resultan de uno u otro. Los nacionalistas dedujeron de la experiencia 1914-1918 la noción de "guerra total", que traduce uno de los sentidos posibles de la guerra absoluta; los marxistas-leninistas dedujeron una lección *táctica*, la acción coordinada de los guerrilleros y los ejércitos regulares, y una lección *política*, la explotación de las guerras imperialistas con miras a la revolución.

En la cadena conceptual que llega al presente, Ludendorff, o más bien Ludendorff-Hitler, representan un eslabón indispensable; sólo ellos infunden un sentido preciso a lo que Carl Schmitt denomina "hostilidad absoluta", algo que no hicieron ni los que redactaron el Tratado de Versalles, ni los marxistas-leninistas, ni los vencedores de la Segunda Guerra Mundial en Occidente. Ludendorff y Hitler erigen a la comunidad racial en sujeto de la historia y a los enemigos de esta comunidad racial en enemigos transhistóricos del pueblo alemán, incluso de todos los pueblos. Digo que sólo esta hostilidad merece la calificación de absoluta porque conduce lógicamente a la matanza y el genocidio. La guerra absoluta según la interpretaban C. von der Goltz y Ferdinand Foch era un concepto contradictorio: tanto el alemán como el francés consideraban imposibles las grandes conquistas en Europa en razón misma de la fuerza del sentimiento nacional, el mismo sentimiento nacional que, por razones oscuras, arrojaba a los pueblos unos contra otros. Ambos imaginaban un combate de Horacios y Curiacios en el cual combatirían todos los ciudadanos de Roma y Alba, y no sólo sus representantes, un juicio de Dios entre pueblos, cada cual unido como un solo hombre. La consecuencia del postulado de la hostilidad ab-

[22] Hoy ya nadie lo justifica.

soluta –y hubo que pagar caro esta consecuencia– fue la voluntad común de *dictar* la paz.

La hostilidad que Lenin, luego Mao Tse-tung, manifiestan por los adversarios de la revolución es absoluta, comparable a la de Marco Antonio y Octavio: entre dos pretendientes al trono o al imperio uno debe perecer. Pero la hostilidad marxista-leninista por los defensores de un régimen condenado por la historia puede, teóricamente, cobrar los matices de la indulgencia o la piedad: prisioneros de un mundo turbulento, hombres valiosos pelean por una causa perdida. En China, los maoístas a menudo actúan como si creyeran posible redimir a sus adversarios. Cada cual juzgará por sí mismo qué es más humano, si la muerte en la fidelidad a sí mismo o la conversión después del lavado de cerebro.

En cambio, la hostilidad se vuelve físicamente absoluta cuando se fundamenta en una filosofía biológica o racista. Si los judíos o los bohemios se infiltran en los pueblos como microbios, hay que eliminarlos implacablemente tal como se elimina a los microbios. Los procedimientos de las cámaras de gas evocan los insecticidas.

Por cierto, no ignoro que Stalin probablemente exterminó, como enemigos de la revolución, a más millones de hombres que Hitler en nombre de la pureza racial. Los stalinianos, en la práctica, infligen tantos insultos (gusanos lúbricos) a los adversarios del socialismo como los hitlerianos a los judíos. La hostilidad fundada en la lucha de clases no ha revestido formas menos extremas, menos monstruosas, que la fundada en la incompatibilidad de las razas. Para quien quiere "salvar los conceptos", existe sin embargo una diferencia entre una filosofía cuya lógica *es* monstruosa y una filosofía que *se presta* a una interpretación monstruosa.

Aunque no ha puesto en su sitio las dos interpretaciones marxistas-leninistas del pensamiento clausewitziano, la de Lenin en los artículos de 1915-1917 y la de Mao Tse-tung en los textos sobre el conflicto prolongado, Carl Schmitt reconoce, aunque sin darle un lugar central, la dualidad entre el "guerrillero telúrico" y el "revolucionario profesional", entre la guerra de liberación nacional y la guerra revolucionaria. Hay que partir de la situación política, de la finalidad política, para distinguir las figuras de los combatientes.

No existe una figura histórica del guerrillero comparable a la del caballero, el monje, el fundador, el profeta, el héroe. Sería inútil buscar una definición de los integrantes de la resistencia de 1939-1945, pues no hubo un solo tipo, sino varios. Algunos de los conspiradores del 20 de julio, en Alemania, querían testimoniar, salvar el honor de su patria, y no tuvieron ocasión de combatir como francotiradores telúricos ni como revolucionarios profesionales. La resistencia encarnó la negativa de la conciencia, el amor al suelo natal o la esperanza de un futuro utópico. Humanamente, se unieron a la guerra de la sombra, se sometieron a una disciplina de acción sin uniforme y sin líneas regulares. Sin embargo no libraban la misma guerra porque no perseguían los mismos fines, aun si tenían un objetivo inmediato en común: liberar la patria.

Aunque no aplica rigurosamente el principio clausewitziano, Carl Schmitt titula su opúsculo *Teoría del guerrillero,* aunque reconoce aquí y allá que hay *varios* guerrilleros y no uno. Más aún, llega a establecer una analogía entre el general von York en Tauroggen y el general Salan. Error francamente apabullante.

Una comparación entre los pocos oficiales prusianos que en 1812 servían al zar, cuando un cuerpo prusiano pertenecía a la *Grande Armée,* y el general de Gaulle y sus compañeros se presenta por sí misma al espíritu. Pero el mariscal Pétain, en 1940, no exigía a los oficiales de tierra o mar combatir de parte del ex enemigo contra el ex aliado, sino que los incitaba a la neutralidad. Churchill rechazó, por razones diversas, no todas militares, la neutralidad de la flota francesa; de ello derivó la tragedia de Mers El-Kebir. El general de Gaulle, de acuerdo con el gobierno inglés, intentó convertir a su causa al Africa Occidental y obligó a los franceses libres a combatir contra otros franceses, algo que se había comprometido a no hacer. El general de Gaulle rehusó comandar un cuerpo francés que combatiría para mayor gloria de su majestad británica. Se erigió inmediatamente en autoridad legal de hecho, esperando ser reconocido como presidente del Comité Nacional de Liberación, luego como jefe del gobierno provisional de la República. Con ello introdujo un elemento de guerra civil que tal vez el armisticio volvía inevitable, pero que él habría podido retardar o atenuar.

Es fácil encontrar un caso comparable al del general von York en 1812, después de la derrota de la *Grande Armée:* el de los generales y almirantes franceses de Africa del Norte.[23] ¿Debían escoger al enemigo pese a las órdenes, tal vez ficticias, del gobierno cuya legalidad admitían? ¿Cómo no reconocer, en 1812, en 1942, que el enemigo real era el que había impuesto una paz humillante, una alianza coercitiva, el que ocupaba el territorio nacional? Este enemigo real se definía, al margen de toda ideología, según los criterios tradicionales. A lo sumo, ciertos oficiales de Africa del Norte titubearon en reconocer al enemigo nacional por fidelidad a un juramento o a sus ideas.

En cuanto a Salan, testimonia el error cardinal contra el que nos previene Clausewitz y que C. Schmitt no siempre evita: definir un combate o un combatiente por un método. Obsesionados por los procedimientos —terrorismo y antiterrorismo, organizaciones paralelas, coexistencia de una administración clandestina y la administración legal—, los coroneles franceses habían imaginado que podían volver los procedimientos guerrilleros contra la guerrilla.

Esta fórmula es verdadera, pero en un sentido riguroso y estrictamente militar. Se atribuye a Napoleón la fórmula: "contra los guerrilleros hay que actuar como guerrillero". En la retaguardia del frente, los alemanes organizaron "comandos de caza", que operaban al modo de los guerrilleros. Pero éstos no diferían en nada de los soldados que operaban como los *Parteigänger* que conocía Clausewitz, o sea las tropas ligeras (aunque con la particularidad de que estos partisanos, vestidos de civiles, merodeaban a menudo en las aldeas clandestinamente).

Lo que no quisieron comprender los coroneles franceses es que la acción psicopolítica de los insurgentes argelinos no podía volverse contra ellos. Por cierto, una fracción de los argelinos, por temor o convicción, se oponía al F.L.N.: éste se dividía en facciones rivales que proseguían sus querellas en los montes. Pero ni el "lavado de cerebro" más científico podía transformar a la masa de musulmanes o argelinos en patriotas franceses. El Vietminh logró persuadir a prisioneros franceses de que Francia libraba una "guerra imperialista". Verdadera dentro del sistema ideológico del Vietminh, la proposición era al menos plausible

[23] Cf. *supra,* capítulo III, 3.

en el universo político de los soldados y oficiales del cuerpo revolucionario. La conversión de estos últimos no resistió mucho tiempo, después del regreso, a la influencia insidiosa e irresistible del medio familiar. Al ejército francés nunca le costó reclutar *harkis,*+ crear zonas de seguridad donde la población vivía su pena cotidiana. Lo que no podía hacer era crear en Argelia un patriotismo francés, réplica a un patriotismo argelino, como tampoco podía insuflar a los franceses de la metrópoli la voluntad de mantener a cualquier costo la soberanía de Francia en Argelia con el fin de asegurar definitivamente la seguridad del millón de compatriotas que vivían allá. El error cardinal, cometido desde el principio, de considerar guerra revolucionaria una guerra de liberación nacional librada parcialmente con procedimientos revolucionarios, se pagó caro: de allí surgió la O.A.S.

El general Salan, a diferencia del general von York, defendía un imperio, tanto en Indochina como Argelia. ¿Por qué aberración se comparaba con el general de Gaulle en 1940 o los revolucionarios del Vietminh o el F.L.N.? Defensor del imperio, se encontraba sin aliados en un mundo dominado por el anticolonialismo. Defensor de Occidente, había aguantado con impaciencia la tutela norteamericana en Vietnam, no había tenido ninguna oportunidad de conseguir el apoyo de los dirigentes de la coalición anticomunista. La tentativa de Salan requería, para no parecer absolutamente descabellada, que la masa argelina profesara su solidaridad con la O.A.S. Pero los argelinos mejor dispuestos con respecto a Francia no simpatizaban con los "pies negros", los dominantes de la sociedad argelina mixta.

En 1940, cuando el general de Gaulle se negó a obedecer a un gobierno más legal que el suyo, invocó, con una apariencia de razón, lo que el padre Gaston Fessard llamó más tarde la situación de príncipe-esclavo, en la que se encontraba el mariscal Pétain (y también el rey de Prusia en 1812). A unos kilómetros de la línea de demarcación, la Asamblea Nacional había acordado poderes plenipotenciarios, bajo una semicoerción, a un mariscal de ochenta y cuatro años que presidía un gobierno prisionero a medias. Muchos franceses creyeron mucho tiempo, casi hasta el final, en un acuerdo secreto entre el mariscal y el general. La operación de la O.A.S., tanto en Argelia como en Francia, adoleció desde sus orígenes de una sinrazón radical. En 1942, el desventurado almirante Derrian estaba condenado a *escoger* al enemigo; en 1961, el general Salan no tenía más que *obedecer* a un gobierno legalizado y, al mismo tiempo, legitimado por el referéndum y la elección de 1958. Salan, transformado en jefe de *guerrilleros* contra el gobierno *legal* de Francia, contra las autoridades francesas y el F.L.N. en Argelia, se deslizaba hacia una payasada trágica.

Los marxistas-leninistas, siguiendo a Lenin, jamás confundieron la lucha de clases en cuanto tal con la guerra. Esta designa la fase violenta de la lucha de clases. La paz no excluye, pues, el empleo de diversos procedimientos, relativamente no violentos, que también los estrategas emplean en tiempo de guerra. Las armas de la guerra pequeña, propaganda, espionaje, atentados, guerrilleros, desde los feddayin hasta el Che Guevara, ¿no recurren permanentemente? ¿Los guerrilleros no se han asegurado una tribuna en las Naciones Unidas para expresarse, un "tercero en discordia" para defender su causa? Si todas las guerras, en nuestro

+ Milicianos nativos. *(N. d. T.)*

siglo y sobre todo después desde 1945, presentan una dimensión de guerra civil, ¿la paz, a causa de las rivalidades ideológicas, no comportaría también una dimensión de guerra civil transnacional? ¿Todavía se puede llamar a la política inteligencia del Estado personificado y distinguir la guerra de la paz por el medio específico de la violencia?

CAPITULO VI

La política o la inteligencia del Estado personificado

Al final de su vida Clausewitz logró reconciliar la historia con el concepto, no a la manera de Hegel sino según el proyecto de Montesquieu o Max Weber. Jamás escribió, y probablemente jamás creyó, que el sentido se cumplía a través de las peripecias de las luchas entre los hombres. Que Clausewitz haya formado parte de la "resistencia" y Hegel haya sido "colaboracionista", al menos en espíritu[1] (en Jena el alma del mundo pasaba a caballo bajo su ventana), es una oposición que atañe a lo esencial y no sólo a la personalidad de ambos hombres. Uno y otro reconocían el hecho de la lucha armada entre Estados. Pero el militar no concebía la paz sino en y por la libertad de los pueblos organizados como Estados; anunciaba ya la era de las nacionalidades. El otro, el filósofo, aceptaba el Imperio, cumplimiento de una idea.

En los albores del último cuarto de siglo se reinicia el diálogo entre el defensor del Estado nacional y el ideólogo marxista-leininista que deriva de Hegel por intermedio de Marx y Lenin. Ambos han leído a Clausewitz y lo utilizan, uno para poner la violencia al servicio de la política, inteligencia del Estado personificado; el otro para ponerla al servicio del proletariado, inteligencia del pueblo personificado. Por ello mismo, la sociedad europea de Estados no se asemeja a la del Antiguo Régimen y la Restauración, sino a la del período revolucionario: los Estados no pertenecen al mismo tipo, no se fundan en el mismo principio, no adhieren a la misma visión de la justicia y la injusticia. La guerra misma, justa para algunos, es injusta para otros. ¿Qué sujeto histórico se personifica en una inteligencia? Quien invoca al demócrata pasa por farsante a ojos de los marxistas-leninistas, que no ven el Estado popular sino la clase opresora; inversamente, el demócrata no ve al proletariado sino al partido que instaura, dondequiera tome el poder, un régimen totalitario.

Varios problemas se desprenden de estas observaciones: ¿puede un Estado, sea cual fuere, personificarse en una inteligencia? Los marxistas-leninistas responden negativamente si se trata del Estado de las sociedades capitalistas, pero el positivista, el empirista, el pacifista, también responden negativamente, sea cual fuere el Estado: la complejidad interna de las instancias de decisión volvería

[1] Aludo a una observación de André Glucksmann, *op. cit.*, p. 20.

ilegítima la comparación, aun metódica, entre el Estado y *una* inteligencia. De esta manera, la crítica que los autores norteamericanos dirigen a la ficción del actor racional complementa, generalizándola, la crítica marxista-leninista.

Suponiendo que el concepto de Estado personificado en una inteligencia permanezca legítimo en un sentido, se plantea un segundo interrogante: ¿el Estado conserva los caracteres definitorios de la inteligencia clausewitziana? Por cierto, encontramos en el *Tratado* el bosquejo teórico de la lucha sin pago en metálico o con pago diferido. Las incertidumbres de la estrategia nuclear resultan, en su mayoría, de la ausencia de un pago en metálico. A medida que el sol de El Alamo, los incendios de Hiroshima y Nagasaki, se hunden en el pasado y se borran de la memoria de los hombres, aun el término de referencia se desdibuja. La amenaza jamás cumplida se parece cada vez menos a la batalla ofrecida o simulada donde el menos solvente anticipaba los resultados negociando como si la hubiera librado y perdido. ¿La estrategia de la era nuclear difiere radicalmente de la estrategia clásica? ¿La inteligencia clausewitziana puede prescindir del concepto de guerra absoluta? ¿Y puede este concepto mismo conservar algún sentido pese a las armas nucleares?

Este problema a su vez plantea un tercero. Clausewitz definía la guerra por el empleo de la violencia física ejercida ante todo por las fuerzas armadas. Pero hoy día, en tiempos de paz, los submarinos armados con misiles patrullan permanentemente amenazando las ciudades del enemigo potencial. Si se confunde amenaza con ejecución, la amenaza, permanente, borra las distinciones entre paz y guerra. La noción misma de conflicto prolongado quita o parece quitar a la guerra la delimitación neta, el carácter de totalidad que suponía el *Tratado.*

Hay incluso otra instancia por la cual el mundo de hoy parece escabullirse de la conceptualización clausewitziana. El sentido de la palabra estrategia ya no se limita al uso de los combates o la conducción de los ejércitos. Cualquier actividad implica una estrategia mientras que los Estados, al menos los más poderosos, jamás han puesto en acción, en el curso del último cuarto de siglo, el grueso de sus fuerzas armadas para zanjar un conflicto de importancia. Guerras en las fronteras de la zona imperial de Estados Unidos, intervención de las tropas soviéticas para mantener la disciplina dentro de la comunidad socialista: los medios militares siguen siendo un instrumento, pero no el instrumento único o privilegiado de los Estados para defender su causa frente a los rivales. ¿La inversión de la *Fórmula* no refleja mejor que la *Fórmula* misma a la actual sociedad de Estados?

Sólo nos quedará, en conclusión, preguntarnos sobre la verdad filosófica de las doctrinas que profesan las dos descendencias de Clausewitz: la guerra popular al servicio de la liberación o la revolución que al término de un conflicto prolongado logra una victoria de aniquilación; el predominio de la política, que proporciona el envite con la postura y, consciente de la desproporción entre la capacidad destructiva de las armas nucleares y los intereses en juego en los conflictos interestatales, sustituye la decisión por la amenaza disuasiva y se esfuerza por enseñar a los hombres el arte de no autodestruirse sin por ello someterse al imperio de uno solo.

Por una parte, Hegel castigado por la miseria intelectual de sus discípulos,

llevado al nivel de la Escuela de Bobigny; por la otra, Kant o Montesquieu revisado por Kant. La paz, así como la guerra absoluta, es sólo una idea de la Razón; una nos recuerda qué hay que temer y la otra qué tenemos derecho a esperar. La primera jamás se convertirá, para la humanidad entera, en el medio de realización de esa paz que no es la ausencia de guerra sino una fuerza del alma.

1. La ficción teórica y la realidad

Clausewitz no ignoró que la conducción efectiva de un Estado sufría múltiples influencias, ajenas a la pureza de una inteligencia: humor del príncipe, interés de una clase, timidez de los hombres, debilidad de los caracteres. Si a su juicio no existía contradicción intrínseca entre la política y el instrumento militar, era sólo en la medida en que la política ideal podría confundirse, por así decirlo, con la inteligencia del Estado personificado. La encarnación del Estado en la persona del monarca reducía o parecía reducir la distancia entre el Estado real y el actor racional. En 1807, la profesión de lealtad a la persona del rey se unía al nacionalismo alemán y a los ecos de la Revolución Francesa para suscitar en los "patriotas" prusianos una especie de fervor que exaltaba al pueblo y al Estado por igual. A menos que fuera ciudadano de un Estado respetado, el individuo recibía en el exterior las consideraciones o la piedad que se reservan al desdichado, y no el respeto debido a un hombre plenamente hombre gracias a su participación en una entidad política independiente. El edecán del príncipe Augusto deploraba anticipadamente el desamparo de los exiliados o los refugiados del siglo siguiente, de los judíos del *Exodo*, rechazados de puerto en puerto, en busca de un suelo donde gozarían de los derechos del hombre volviendo a ser ciudadanos.

Los norteamericanos y europeos ya no sienten por su nación organizada en Estado la trémula pasión que trasuntan las cartas de Clausewitz prisionero, traumatizado hasta el fondo del alma por la derrota; quienes juzgan anacrónico, funesto, absurdo este apego, manifiestan una falta de conciencia histórica característica de la civilización norteamericana. La era democrática, inaugurada por la Revolución Francesa, sustituyó la realidad individual y concreta del soberano por la abstracción del Estado o la nación; esta era no se cierra con la Primera ni con la Segunda Guerra Mundial. Al contrario, los Estados pluriétnicos –todos lo son en cierto modo, aunque no en el mismo grado– parecen más lacerados e inseguros de sí mismos y su porvenir que los Estados emparentados con el tipo nacional. Los Estados nacidos de un movimiento de liberación, de un nacionalismo negativo contra el ocupante, el colonizador o el extranjero, aspiran a un nacionalismo positivo; quieren brindar a los individuos sometidos a las leyes del Estado el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

A mi juicio, lo que en nuestra época ha envejecido sin desaparecer es el deseo, expresado a menudo por Clausewitz durante sus años de lucha, de que su patria no sólo imponga respeto sino temor. Prusiano o alemán, su patriotismo se expresa, aquí y allá, en un tono marcial, cuando no belicoso. No hay que olvidar que Alemania acababa de salir del período de división e impotencia al cual la había condenado la Paz de Westfalia y cuyo fin auguraban las victorias

de Federico II. El hundimiento de 1806 parecía anunciar una nueva caída en la nada. Quizá sea preciso haber vivido un derrumbe comparable[2] para comprender los furores, a veces delirantes, de Gneisenau o Clausewitz, oficiales altamente cultivados que se abandonaban a un odio primitivo. Por lo demás, al sustituir las ficciones nacionales o estatales por las ficciones clasistas, ¿hemos ganado o perdido con el cambio?

Cuando Clausewitz emplea la expresión "inteligencia del Estado personificado" para definir la política, se propone ante todo refutar una noción estrecha de la política, que la reduciría a los subterfugios o a la prudencia de la diplomacia de gabinete. Sugiere el equivalente de lo que los autores actuales denominan *interés nacional.* La misma idea reaparece de modo aún más explícito en el capítulo VIII, 6: la política en cuanto gestora de *todos* los intereses de *toda* la sociedad. Desde luego, el lector actual, el que conoce a Lenin y Mao Tse-tung, objeta inmediatamente que la *suma* de *todos* los intereses de *toda* la sociedad es lógica y prácticamente imposible. No creo que los autores tradicionales se hubieran negado a admitirlo. El número de las variables a tomar en cuenta, para resolver la ecuación del plan de guerra, desafía el genio de un Newton; lo que no puede calcular el matemático, la intuición del jefe lo capta de una ojeada. En cada guerra, *un* elemento caracteriza, colorea el todo. Frente a un conquistador, el interés de *toda* la sociedad exige la movilización de *todos* los recursos para salvaguardar la *independencia* de la nación. Es cierto que aun en esos períodos de crisis, cuando el Estado se juega la existencia, hay individuos y grupos que por ceguera, debilidad o egoísmo no quieren reconocer ni obedecer este interés de la sociedad. ¿Cómo iba a ignorarlo Clausewitz, que combatió a los colaboradores de Napoleón no menos apasionadamente que el enemigo mismo?

La crítica de la noción de "inteligencia del Estado personificado" cobra por lo demás una significación muy diversa según la filosofía en que se inspire, según el blanco a que apunte.

Distingamos ante todo una filosofía empírica: el Estado no posee la unidad de una persona; hay otros actores en el campo donde se enfrentan los "monstruos fríos", además de los Estados mismos. ¿Qué insensato negaría estos hechos patentes? Quien, en la cima del Estado, toma por sí solo las decisiones últimas –suponiendo que este solitario exista– recibe sus informaciones de burocracias múltiples y sus órdenes sólo se ejecutan a través de otras burocracias. El estudio de la crisis cubana de 1962, emprendido hasta el último detalle por un sociólogo, revela la conducta efectiva de las diversas personas de carne y hueso, cada cual racional menos con respecto al interés de la sociedad entera que al de una organización que rivaliza con otras organizaciones.

El estudio de Allison,[3] por su precisión, su sutileza, renueva un viejo tema. En todas las épocas el jefe dependía de "aparatos". El análisis sociológico de los aparatos estatales norteamericanos no es aplicable tal cual a otros países. Una de las incógnitas, en la coyuntura actual, concierne precisamente al modo de funcionamiento de los aparatos soviéticos. Los historiadores, estudiando los aparatos

[2] Yo lo viví en 1940: incluso lo viví doblemente, en cuanto francés y en cuanto judío.

[3] Cf. *supra*, capítulo IV, 1.

japoneses o alemanes de la última guerra, descubrieron conflictos entre generales y almirantes, entre diversos servicios secretos, entre el Führer y algunos de sus grandes jefes militares. Indudablemente, una interpretación o explicación de una decisión estatal que descuidara la distancia entre la inteligencia del Estado personificado y el Estado real cometería los errores más crasos. En tanto no se abran los archivos del Kremlin, la instalación de los proyectiles balísticos en Cuba, el trabajo desembozado en las rampas de lanzamiento, constituirán un misterio. El desembarco en Bahía de los Cochinos también constituye un misterio, así como la catástrofe de Pearl Harbor, en tanto una persona ficticia no sea reemplazada por las personas reales que reciben las informaciones, las interpretan a la luz de cierto sistema mental, toman decisiones dependientes de la lealtad que deben a una organización, un arma, un jefe directo, al grupo político a que pertenecen.

¿Por qué no arrojar por la borda la ficción del Estado personificado? Veo dos razones: una secundaria, la otra fundamental. En el curso de varios miles de años de "gran política", los hombres jamás pertenecieron a entidades que no fueran particulares, circunscriptas en el espacio, vecinas de otras entidades. Cuanto más se afirmaban las entidades, más sumisión, disciplina y eventuales sacrificios exigían a los hombres. Según las épocas, estas entidades excluían o no a los simples mortales de los asuntos nobles. Clausewitz vivió una fase de transición entre las monarquías del Antiguo Régimen, donde los soldados eran reclutados entre las clases más bajas de la sociedad, y las sociedades modernas, que movilizaron a todos los hombres aptos con miras a un choque entre pueblos. Pero participará el pueblo en las guerras o no, los ejércitos recibían órdenes de un jefe —el estratega—, que a su vez recibía órdenes de una instancia, asamblea del pueblo en el ágora o emperador que "personalizaba" la autoridad suprema de una entidad frente a otra. Ya la instalación de cohetes en Cuba haya sido resuelta por Kruschef, el Praesidium, o como consecuencia de oscuras rencillas entre civiles y militares o entre las diversas armas, soldados soviéticos habrían muerto si la aviación norteamericana, según los consejos de los jefes del estado mayor, hubieran bombardeado de inmediato las rampas de lanzamiento. Hace más de medio siglo que los historiadores discuten sobre las responsabilidades de la guerra de 1914. ¿Quién tomó semejante decisión? ¿Quién desencadenó la catástrofe? Pero estas incertidumbres, algunas insolubles, no alteran los "hechos": los ejércitos, los pueblos, respondieron al llamado, en agosto de 1914, como "un solo hombre" (o casi).

La acción de estas masas armadas se vuelve insensata cuando negamos una inteligencia que se responsabilice por su conducción. Admitiré, si el filósofo se empeña, que no hay más que individuos y que el Estado, la nación, el ejército, no existen de la misma manera que los individuos. Suprímanse estos conceptos y la historia política se vuelve incomprensible, furor ciego y tumulto caótico. Una conceptualización que disuelve el objeto humano que se propone captar se refuta a sí misma.[4]

El interés de toda la sociedad, objeta el marxista, es una ideología, no hay

[4] Ni siquiera Tostoi, que apunta en esta dirección, llega hasta las últimas consecuencias: él también tiene un héroe, el pueblo ruso.

ni puede haber interés común a las clases enemigas. Que la acción exterior de un Estado está parcialmente determinada por la concepción que tal o cual clase se forma de sus intereses o por la presión que ejercen ciertos grupos sobre los poseedores del poder estatal, nadie lo niega. Pero dos experiencias de nuestro siglo invitan a la reflexión. El obrero convertido al marxismo no pierde sin embargo la conciencia nacional. Si los "responsables" o los "permanentes" del partido comunista francés siguieron en su mayoría las directivas llegadas de Moscú en 1939, los militantes y electores del partido también combatieron, y ante todo combatieron al invasor como franceses. Postular que la única lucha verdadera se desarrolla entre clases no constituye más que una ideología porque da a la historia un sentido no aceptado por quienes la han vivido. Esta ideología sólo llegaría a ser filosofía el día en que los partidos que la invocan crearan la verdad que ellos decretan: la eliminación de las guerras por la eliminación de la lucha de clases. No obstante, todas las revoluciones del siglo XX han dado al Estado una sustancia más rica. Un partido comunista, al día siguiente de la victoria revolucionaria, se apresura a "regularizar a sus irregulares", a legalizar su reivindicación nacional. El imperio chino atraviesa los milenios, la ideología de la revolución universal no resistió diez años a la coexistencia de dos grandes Estados que la tomaban por aspiración.

Aclaremos las cosas. Bautizar a Rusia Unión Soviética no es menos ideológico que bautizarla "Estado proletario o socialista". El legado de la Rusia de los zares es asumido por el partido comunista. Tras haberse adueñado del poder en la capital, reconstituyó el imperio multinacional, sin retroceder ante la conquista militar de una provincia que se había dado un gobierno tomado de otra ideología. Sin embargo la Unión Soviética no adopta la actitud pura y simple del imperio zarista. Las oportunidades ofrecidas a los diversos grupos étnicos ya no son las mismas, así como los bolcheviques no aplican el mismo patrón que los Romanov para evaluar los diversos objetivos que la geografía o la tradición proponen a sus ambiciones. Lo que vuelve la ideología del general de Gaulle más próxima de la verdad conceptual que la ideología marxista-leninista es que la primera capta un aspecto de la realidad histórica, mientras que la segunda sólo apunta a una utopía, un mundo que no ha existido y según nuestra experiencia no puede existir. La humanidad no constituye una unidad político-militar; todo partido que se adueña del poder, aunque lo haga en nombre del proletariado universal, se apresura a reconstituir un Estado particular, es decir, en nuestra época, un Estado que se quiere nacional, aunque sea pluritribal y pluriétnico; los nuevos amos introducen inmediatamente la dualidad de las relaciones interestatales y las relaciones interpartidarias. Como el Estado partidario es un Estado, es decir como los hombres del partido que gobierna este Estado defienden *todos* los intereses de *toda* la sociedad frente a otros Estados, es imposible conciliar siempre estos intereses con los de otro "Estado partidario". El conflicto chino-soviético se ha expresado y justificado en el lenguaje del marxismo-leninismo, común a ambos interlocutores. Haría falta mucha ingenuidad para admitir que el conflicto sólo depende de la interpretación de la ideología o que ésta constituye la única causa del cisma: la Unión Soviética rehúsa cuestionar cláusulas de tratados desiguales, tratados que los dirigentes de China Popular impugnan por principio.

Si la China de Mao aceptaba en 1958 correr riesgos para echar a los nacionalistas de Quemoy y Matsú, ¿por qué lo habría hecho la Unión Soviética? Aun siendo aliados y confiando uno en el otro, Kruschef y Mao estaban condenados a descubrir las implicaciones políticas de las armas nucleares. El primero, si se piensa, se condujo con respecto al segundo como los presidentes de Estados Unidos con respecto a Francia. La política del área socialista o del área atlántica se parece más a una inteligencia del Estado personificado en la medida en que *una sola persona* tiene el mando de *una sola fuerza nuclear*. La guerra nuclear restituye el sentido auténtico a la definición de la política como inteligencia del Estado personificado.

Subsiste la última objeción, la que se esgrime con mayor frecuencia: así como el Estado, dividido entre aparatos concurrentes, no constituye una unidad, la sociedad, desgarrada entre clases, o la economía, dominada por los monstruos multinacionales, no se parece a la nación que exaltaban los miembros de la Convención y que los patriotas alemanes exaltaban a su vez contra Napoleón. ¿Por qué acordar sólo a los Estados el "status" de sujeto histórico? ¿Por qué centrar el estudio de las relaciones sociales que atraviesan las fronteras en los conflictos e intercambios interestatales?

En cierto sentido, la objeción me parece obvia; en otro, improcedente. Jamás he ignorado ni pasado por alto los fenómenos internacionales ni los que he denominado transnacionales. La Iglesia católica o la internacional comunista no están limitadas a una entidad territorial, aun si el estado mayor reside en la capital de un Estado. Asimismo, IBM, conglomerado gigante, nacido en una economía nacional, dirigido por un estado mayor norteamericano, tiene una visión transnacional de sus actividades. La empresa erróneamente llamada multinacional no pretende, a la manera de la Iglesia católica o las religiones mesiánicas, trascender las distinciones nacionales, raciales o étnicas, sino que conoce las fronteras y enseña a los dirigentes de sus filiales a adaptarse a las costumbres y exigencias de los Estados nacionales; calcula sus inversiones, la distribución de sus medios, como si las economías nacionales pertenecieran a una sola economía. Las iglesias, aunque adheridas a una Iglesia universal, llevan una impronta nacional; lo mismo ocurre con las filiales de IBM. El sentido de esta "impronta nacional" varía de un caso a otro. Los sacerdotes de la Iglesia católica pregonan el mismo mensaje de salvación en Italia y Francia, Europa y Africa, entre los niños de Quimper y los de Duala; la verdad suprasensible, la buena nueva para todos y cada uno, atraviesa fronteras que se desvanecen bajo la mirada de Dios; la estrategia de las empresas llamadas multinacionales atraviesa las fronteras, pero no les niega realidad, sino que las utiliza en beneficio propio.

Los fenómenos transnacionales, pues, difieren en su significación, a mi entender, de los fenómenos interestatales. Unos y otros dependen, según los rubros universitarios, de la disciplina titulada "relaciones internacionales". Lo cuestionable es el principio, planteado al inicio de *Paix et Guerre entre les nations*, del carácter central de las relaciones interestatales. ¿Estas siguen siendo centrales en el universo socialista? ¿En el universo capitalista? ¿Siguen siendo centrales en las relaciones entre estos dos universos? ¿Los conflictos armados, como los de la India y Paquistán, Israel y los países árabes, no adquieren un carácter marginal en relación con el precio de los hidrocarburos? En la medida en que la decisión

por las armas pasa a ser la excepción y no la regla e interviene sólo en los márgenes del sistema interestatal, ¿qué subsiste del universo clausewitziano?

2. *La racionalidad: de Clausewitz a los analistas norteamericanos*

Para pasar de la sociedad europea de Estados, marco de la reflexión clausewitziana, a la sociedad planetaria de la actualidad, hubo que franquear estas etapas: 1. *Lenin:* no existen intereses de la nación entera sino sólo intereses de clase; más aún, el interés de la nación entera supone la eliminación de la lucha de clases. 2. *Mao Tse-tung:* en última instancia, la política prevalece sobre la técnica y la defensa del pueblo por el pueblo sobre las armas de destrucción masiva. 3. *Los estrategas nucleares;* sobre todo norteamericanos: las armas de destrucción masiva excluyen el pago en metálico o, al menos, tal pago implicaría un riesgo de cuasisuicidio para los duelistas. Los estrategas infieren de ello, guiándose por el sentido común, una parálisis de las armas más devastadoras y la imposibilidad de la victoria de aniquilación –1806 en Jena, 1870 o 1940 en Sedán– que fascinó a generaciones de generales. 4. *Ascenso y escalada:* en ausencia de la referencia a la guerra absoluta, ¿con qué criterio se desarrolla la negociación entre enemigos que, tradicionalmente, refleja la relación de fuerzas o los resultados de combates librados o previsibles?

Uno de los raros intérpretes franceses de Clausewitz, André Glucksmann,[5] ha sostenido la tesis de la heterogeneidad radical entre el entendimiento clausewitziano y la inteligencia que suponen los estrategas norteamericanos. Reducida a lo esencial, si no la he malinterpretado, la tesis se resume en una proposición única: La racionalidad clausewitziana supone una autonomía del cálculo estratégico (= militar) aunque esté al servicio de un fin político planteado desde el principio. Si se sustituye la correspondencia literal entre objetivo militar y fin político por la identidad de lo estratégico y lo político, la racionalidad estratégica desaparece y sólo subsiste una *retórica de la disuasión.*[6]

La interpretación de Clausewitz que esboza A. Glucksmann deriva de un método que considero inaceptable: fundamentar un conjunto teórico incompatible con muchas ideas del *Tratado* en algunas frases desgajadas del contexto, hacer abstracción de las fechas en que se escribieron los diferentes capítulos.

Para demostrar una ruptura entre la racionalidad clausewitziana y la racionalidad de las estrategias nucleares, A. Glucksmann empieza por postular la tesis de la autonomía del cálculo estratégico en el *Tratado,* cálculo que implicaría una solución comparable a la solución de un juego de estrategia. Con esta finalidad, cita unas frases del capítulo I, 1: el desarme constituye conceptualmente el objetivo propio de la acción bélica y en cierto modo rechaza el fin (político) como algo que no pertenece a la guerra. Esta frase, como sabemos, se encuentra en la primera parte del capítulo, cuando, por una abstracción metodológica, según el método del modelo, Clausewitz se atiene al concepto de guerra que he denominado primitivo u original, la guerra reducida a pura y simple lucha ciega en que

[5] André Glucksmann, *Le discours de la guerre,* París, L'Herne, 1967. El autor fue alumno mío y sus análisis a menudo toman como punto de partida mis escritos anteriores.

[6] *Op. cit.,* p. 235.

cada cual quiere abatir al otro sin tener en cuenta la motivación ni la finalidad política.

Una segunda frase de I, 1 viene a confirmar la primera: si el objetivo bélico equivale al fin político, por regla general éste disminuirá con aquél. También allí Clausewitz afirma una proporcionalidad no constante y necesaria sino frecuente o normal entre la magnitud de lo que está en juego (políticamente) y la intensidad de la violencia. Ninguna de estas dos frases autoriza a concebir una correspondencia literal entre la "lógica" política y su expresión, la "gramática" estratégica, correspondencia que a su vez justificaría la interpretación de Moltke y el gran estado mayor alemán. Paradójicamente, este filósofo, a fuerza de sofismas o analogías dudosas, retoma las ideas groseras y falaces de los militares.

En efecto, se propone demostrar que el cálculo propiamente estratégico de Clausewitz podría prestarse a un tratamiento matemático comparable al de un juego de estrategia. "El punto de mira de la gran batalla y la supremacía de la defensa no son dos acontecimientos históricos simplemente transitorios. Constituyen el asiento teórico de todo cálculo estratégico puro. *Vom Kriege* plantea a la estrategia moderna su problema fundamental y le impone la forma de todas las soluciones posibles. Si no logra delimitar su objeto, el acto bélico, entre las dos posiciones extremas, batalla decisiva y defensa radical, deberá encontrar equivalentes que cumplan la misma función conceptual; de lo contrario hay que negar su existencia como cuerpo teórico, sea cual fuere el volumen de publicaciones y publicidad que ocupe. En este último caso, toda la relación política-estrategia debe ser reconsiderada, y el recurso a la *ultima ratio* no tendrá significación estratégica, sino política; en el plano de concepto, la dialéctica hegeliana supera a la estrategia clausewitziana."[7] El *Tratado* nunca utiliza la expresión "defensa radical", que no tiene ningún sentido en el sistema clausewitziano; la defensa, naturalmente activa, siempre implica un elemento de ataque.

La defensa, que utiliza el espacio o apuesta a la duración, otorga al más débil una fuerza suplementaria y eventualmente le permite compensar su inferioridad. La asimetría de la defensa y el ataque es tal vez una condición necesaria, por cierto no una condición suficiente del cálculo matemático de las fuerzas, que Clausewitz declara definitivamente imposible a causa del papel de las "magnitudes morales".

A. Glucksmann sugiere una analogía entre las condiciones de un juego de estrategia expresable matemáticamente y la asimetría de la defensa y el ataque: "Los jugadores tienen intereses opuestos, pero los medios que utilizan no están en relación de oposición mutua".[8] Asimismo, la polaridad, o la oposición mutua, concierne a la decisión o la batalla, no a los medios, defensa o ataque.[9] Incluso se puede, con cierto ingenio, considerar la batalla decisiva el equivalente de una regla de terminación de la partida, y la tregua o suspensión de las hostilidades,

[7] *Op. cit.*, p. 63.

[8] J. von Neumann y O. Morgenstern, *Theory of Games and Economic Behaviour*, 1944, p. 100 (citado por A. Glucksmann, *op. cit.*, p. 57).

[9] Cf. *supra*, Libro I ("La era europea"), capítulo III, 1.

encuentro de dos estrategias prudentes, el equivalente del empate. Ninguna de estas asimilaciones resiste un examen.

La analogía postulada implica que toda guerra pertenece a la primera especie, la que procura abatir o desarmar al Estado enemigo, a lograr la decisión mediante la aniquilación de las fuerzas adversas. No habría cálculo estratégico sino en una clase de guerra, pues en la otra la batalla decisiva ya no sirve de punto de mira. Aun en la guerra de la primera especie, el cálculo racional, en el sentido de la teoría de los juegos, no es posible porque, según Clausewitz, en toda guerra real intervienen las magnitudes morales, la fricción, la influencia del azar en el curso de las operaciones militares, todos elementos no cuantificables. El estratega conoce sus flaquezas mejor que las del adversario. Por lo tanto debe correr riesgos, apostar en una coyuntura singular que en los detalles no se parece a ninguna otra. El plan de guerra al cual Glucksmann atribuye una racionalidad posible o teórica abarcaría la totalidad de la partida, contendría las reacciones ante las diversas réplicas previsibles del enemigo, así como el resultado probable de la intersección de ambas estrategias: Clausewitz jamás habría atinado a imaginar que un plan de guerra pudiera satisfacer estas exigencias.

Nada más extraño, más contrario al proyecto clausewitziano, que la idea de una racionalidad fundada en un cálculo de fuerzas, "haciendo abstracción de los jugadores, de sus motivos manifiestos o no, de su psicología".[10] Habría combatido la seudorracionalidad del cálculo de fuerzas como combatió las formas geométricas de H. von Bülow o Jomini. Un plan de guerra que agota el campo de lo posible y resuelve racionalmente no existe ni puede existir, ni siquiera en un nivel teórico, pues según Clausewitz la teoría pierde toda significación, todo alcance real, cuando se aleja exageradamente de la realidad.

La interpretación que estoy criticando retoma, pese a su sutileza, caminos trillados. Clausewitz escribe que la guerra tiene una gramática, no una lógica propia; jamás escribió que la gramática traduce la lógica palabra por palabra, ni que la gramática se vuelve autónoma y sigue sus propias leyes una vez que la lógica le fijó sus fines. Con esta deformación del pensamiento clausewitziano, se justificaría una vez más el deseo del jefe militar de manipular con toda libertad el instrumento que le confía el Estado; más aún, se adjudica al nivel de la política, el de las relaciones interestatales, la polaridad que caracteriza la hostilidad, se sugiere que la política entre Estados es en su totalidad un juego de sumas equivalentes –lo que uno gana equivale a lo que el otro pierde–, lo que evidentemente contradice el capítulo VI, 6. Entre Estados que se reconocen recíprocamente, los intereses a veces se oponen, a veces concuerdan; la tendencia al equilibrio del sistema resulta de la superioridad de los intereses mancomunados contra el perturbador. La relación interestatal no se parece al duelo estratégico de sumas equivalentes. No es lícito adjudicar a Clausewitz la tesis de que la "paz es estratégicamente una tregua prolongada y prolongable". La tregua es una suspensión de las operaciones durante una guerra, la paz es la no-guerra, el no-recurso a la violencia. La guerra no suspende las relaciones entre los Estados, sino que le otorga una dimensión suplementaria, la violencia; por definición, cada luchador se esfuerza por prevalecer sobre el otro. Pero la polaridad simple –el

[10] Glucksmann, *op. cit.*, p. 60. Cf. Nota XVIII, t. I.

juego de sumas equivalentes– sólo concierne a la decisión, la victoria, noción táctica, no a la guerra real, guiada por la finalidad política, librada por Estados insertados en una sociedad compleja. La conducción de toda guerra real sigue siendo a cada instante un acto político; las leyes propias de la gramática estratégica (o militar) se subordinan a cada instante a las exigencias de la lógica política.

La identidad de naturaleza entre el acto bélico y el acto político, que según el autor que estoy comentando quitaría todo fundamento teórico a la estrategia nuclear, ya se encuentra claramente expresada en la síntesis final del *Tratado.* Esta identidad no implica una ruptura entre la teoría clásica y la teoría moderna. Una y otra plantean las dos proposiciones mayores: la política-objeto determina la guerra y los caracteres que ella presenta; la política-sujeto la conduce con miras a los fines que sugiere o impone la política-objeto; el instrumento militar, como cualquier otro instrumento, debe ser manipulado de acuerdo con su naturaleza y sus leyes; pero el instrumento se somete a la voluntad de quien lo manipula. El acto de fuerza sigue siendo intrínsecamente un acto político, un elemento de la dialéctica de las voluntades enfrentadas.

La cuestión que plantea Glucksmann –¿la relación estrategia-política debe ser reconsiderada en la era nuclear?– no deja, sin embargo, de ser legítima ni necesaria. No porque el cálculo estratégico, ayer autónomo, hoy haya dejado de serlo; no porque la *ultima ratio* o el recurso a la violencia haya cambiado de significación. Las armas nucleares, a causa de su poder de destrucción, no se pueden manipular como las armas del pasado. Ni la batalla decisiva ni el freno de la fuerza superior de la defensa subsisten inalterados en nuestra época.

En la medida en que las armas nucleares se emplearan efectivamente, eliminarían cierta medida el tiempo y el espacio; una cabeza nuclear de varios megatones basta para destruir una ciudad; en media hora un proyectil balístico surca los miles de kilómetros que separan las ciudades de las rampas de lanzamiento. Si uno de los dos Grandes atacara al otro con la mayor parte de su arsenal nuclear, el otro apenas sobreviviría como sujeto histórico para capitular. El riesgo de contaminación detendría al agresor, suponiendo que la víctima no haya podido o querido replicar.[11]

Si la superioridad de la defensa constituye el único freno para el ascenso a los extremos, este freno desaparece con el empleo efectivo de las armas nucleares contra las ciudades. Si sólo la batalla decisiva concluye racionalmente la guerra, ésta se prolonga sin término ni decisión. Las condiciones planteadas para una "solución racional del problema estratégico" no existen; pero las ha planteado Glucksmann, no Clausewitz. El ascenso a los extremos, "ensoñación lógica", se detiene inmediatamente cuando reemplazamos a los luchadores del modelo simplificado por los sujetos históricos reales: los Estados se conocen, y también saben, aproximadamente qué deben temer. La comunicación entre enemigos, fundada en la experiencia histórica, contribuye a moderar los excesos bélicos en un período no revolucionario. La pregunta que Glucksmann no cesa de formularse –¿quién limitará las guerras límite?– tiene en la era nuclear la misma

[11] Aceptemos aquí esta visión apocalíptica y dejemos de lado los usos "moderados" o punitivos de estas armas.

respuesta que en la era napoleónica: el *entendimiento político.* La respuesta no ha variado, y el riesgo tampoco: cada cual actúa en función de la intención que adjudica al otro, y su *alter ego* hace lo mismo. La dialéctica de la suspicacia recíproca –respuesta de A a la intención presunta de B, la intención de B justificada a la vez por la intención presunta de A, y así indefinidamente– conduce también a los extremos, tanto hacia arriba como hacia abajo. Las armas nucleares la han remozado sin agravarla. Los autores norteamericanos han admitido paulatinamente que los dos rivales tenían en común un interés predominante, el de no destruirse entre sí. La suspicacia sostiene la carrera armamentista; el interés común frena el ascenso a los extremos y lo encauza hacia la observación armada. Las dos decisiones, relativas a los armamentos y la disuasión, son inseparablemente políticas y estratégicas, una y otra dependen del entendimiento. Ninguno de los dos Grandes contempla una victoria de aniquilación que excluya la capacidad de segundo golpe por parte del rival; la guerra de los dos Grandes, *suponiendo que erróneamente se asimile una rivalidad con una guerra,* pertenece a la segunda especie (busca de conquistas limitadas a las fronteras sin decisión radical). Ahora bien, en la guerra de la segunda especie, tampoco subsiste ninguna necesidad, ni siquiera en abstracto. La Razón no impone ninguna ley. El entendimiento político-estratégico prevalece, el estoque o el florete sustituyen al espadón.

No obstante, subsiste una diferencia nada desdeñable entre la dialéctica actual y la del pasado. Ayer, la magnitud de los intereses en juego, el ardor de las pasiones, arrastraban a los pueblos a la matanza mutua. Suponemos, atinada o equivocadamente, que hoy las cosas serán diferentes, que a partir de ahora la conciencia de la catástrofe posible constituye el "freno". Suponemos que el suicidio común, posibilidad constante de un duelo a muerte, será rechazado por los duelistas, aun si se traban en una lucha que en otros tiempos se habría tildado de lucha a muerte. Nada garantiza que el porvenir confirmará esta hipótesis. Concebimos por lo menos un conflicto local donde el empleo efectivo de las armas nucleares parece plausible en circunstancias tal vez cercanas. El "freno" por el miedo al suicidio común debería, pese a todo, resultar más eficaz que la fuerza mayor de la defensa, tantas veces puesta en jaque por el Estado perturbador, desmentida en el nivel táctico por una innovación técnica o metodológica.

La proporción de que la unidad de la política y la estrategia no permite una limitación de las guerras sino por acuerdo entre los adversarios, al menos implícita en Clausewitz, se vuelve explícita y fundamental en la literatura norteamericana. No altera la naturaleza del entendimiento clausewitziano, pero acentúa su naturaleza política.

La desaparición de la batalla decisiva, en cambio, amenaza o amenazaría con privar a la reflexión estratégica de un concepto indispensable. Pero la estrategia denominada disuasiva no abarca la totalidad de la estrategia. Según el vocabulario clausewitziano, el empleo de un arma depende de la táctica, no de la estrategia. Si las armas nucleares fueran empleadas en el campo de batalla, el arte de su utilización nos lo enseñaría la táctica. La disuasión por la amenaza nuclear no tiene más que un fin negativo (defensivo), impedir que "el otro" tome o ataque. Como esta amenaza es o parece permanente (los submarinos patrullan bajo

las aguas todo el año) y debe prevenir su propia ejecución, pertenece a la política y no desemboca en ninguna decisión. Estados Unidos y la Unión Soviética no están en guerra en el sentido de Clausewitz. La ausencia de decisión por la disuasión resulta lógicamente del concepto mismo de disuasión. La rivalidad entre potencias nucleares puede y debe proseguirse sin decisión. En cambio, los conflictos armados que denominamos limitados implican eventualmente una decisión a favor de un bando u otro, conciliaciones más o menos favorables para uno o para otro.

El entendimiento clausewitziano en acción sigue siendo político a cada instante, presume de "razonable", aunque nadie pueda calcular lo que ordena la razón, a falta de un patrón para medir lo que está en juego y la magnitud del riesgo. En ningún momento puede obedecer a una necesidad racional; canaliza las pasiones, controla la libre actividad del jefe militar, designa los centros de gravedad o puntos débiles del adversario. Responsable de una diplomacia que hoy día integra, si no la violencia, al menos la amenaza de violencia, el entendimiento estratégico de los autores norteamericanos se esfuerza por conceptualizar los problemas, por utilizar los datos científicos relacionados con las armas, por obtener el mejor rendimiento militar con un monto limitado de recursos presupuestarios, por adaptar los medios a los fines encarados, por utilizar la fuerza militar para preservar los intereses de Estados Unidos, por contar con fuerzas militares que respondan a las exigencias de las alianzas, a menos que se subordinen la alianzas al aparato militar. Esta reflexión estratégica, aunque utiliza algunas nociones o expresiones tomadas de la teoría de los juegos, no surge del marco clausewitziano. Pone la fuerza al servicio de los fines políticos, busca la racionalidad en la adaptación de los medios a los fines, lo razonable en la elección de los fines, especula con situaciones abstractas con el propósito de permitir que el espíritu domine las situaciones reales.

La diferencia con el *Tratado* consiste en que los elementos militares de éste se fundan tanto en la experiencia histórica como en los conceptos y el razonamiento. En cambio, en lo concerniente al lazo entre la intención política y el instrumento militar, el *Tratado* se atiene a descripciones históricas y la recordación de las verdades teóricas y las máximas que derivan de ellas. La paradoja de la literatura estratégica norteamericana, atisbada aquí y allá por Glucksmann, consiste en que los autores reconocen implícitamente "la unificación de lo estratégico y lo político", pero no infieren las consecuencias de ello. En otras palabras, se limitan a análisis esencialmente estratégicos (en el sentido del uso de la fuerza), cuando la estrategia actual contiene un componente mayor de política (en todos los sentidos del término) que en los siglos pasados. De ello resulta un riesgo de formalismo malinterpretado, de controversias abstractas, de prescripciones dudosas. La disuasión por la amenaza nuclear utiliza permanentemente la noción de racionalidad sin definirla. Nada prueba que la "racionalidad norteamericana" coincida con la racionalidad china.[12]

[12] La racionalidad, norteamericana o china, supone un orden de preferencias, una medición aproximada de los riesgos y lo que está en juego. Orden y medición derivan de una visión del mundo.

3. Los principios clausewitzianos en la era nuclear

La literatura estratégica norteamericana, centrada en las armas nucleares, especula sobre modelos más o menos esquemáticos, inventa escenarios, sugiere, sin prescribirlas, las conductas adecuadas en ciertos casos, equívoca e impura, carente de rigor epistemológico, se mueve inevitablemente en lo verosímil, refleja el mundo que en parte ha contribuido a formar, resuelve provisionalmente la contradicción entre la capacidad de los Estados para destruirse recíprocamente y su negativa a disolverse en una unidad superior o reinar juntos. También podría decirse que resuelve la contradicción entre las oposiciones radicales que en otros tiempos habrían conducido a la lucha a muerte, y la limitación efectiva de la violencia bélica en la escala del sistema global.

Nuestro propósito no consiste en juzgar esta literatura sino en esbozar una comparación entre el entendimiento político-estratégico de hoy y el de ayer con respecto a ciertos temas clásicos, *dialéctica de la defensa y el ataque, relación de fuerzas, modalidades de la negociación o el regateo en ausencia de pago en metálico.*

Retomemos los tres niveles —político, estratégico y táctico— para las fuerzas nucleares y clásicas respectivamente. En el nivel táctico, o sea en caso de empleo efectivo de las armas nucleares, la ventaja pertenece más bien al ataque (primer golpe), dado que éste destruye eventualmente las armas nucleares del enemigo, al menos en parte, y de cualquier modo crea el peligro del caos. En rigor podría decirse que la distancia temporal entre ataque y represalia quedaría reducida a tal punto que la distinción entre defensa y ataque tendería a diluirse, tal como se diluye en el momento en que hombres o armas se enfrentan cuerpo a cuerpo. La renuncia de ambos Grandes a la defensa antibalística y la defensa pasiva[13] significa el consentimiento a la vulnerabilidad recíproca, consentimiento fundado en la confianza en la racionalidad del otro (o, si se prefiere, en una definición común de la racionalidad).

El nivel estratégico (o amenaza militar) y el nivel político no se distinguen, hablando de armas nucleares: desde Hiroshima y Nagasaki estas armas sólo se emplearon como amenaza, implícita y condicional, permanentemente bajo las órdenes directas del jefe del Estado, jamás puestas a disposición de los jefes militares. El término mismo de disuasión (o *Abschrecken,* o *deterrence*) sugiere una intención defensiva o negativa en el sentido clausewitziano: el arma nuclear *aniquila* la intención ofensiva del adversario. Algunos doctrinarios del arma nuclear llevan al extremo la idea de una superioridad de la defensa sobre el ataque: cualquier Estado que poseyera cierta capacidad destructiva gracias a un pequeño número de armas nucleares transformaría su territorio en santuario, definitivamente a salvo de toda agresión gracias a la amenaza de una represalia.

Esta trasposición de la superioridad intrínseca de la defensa ilustraría una vez más la verdad del adagio latino: *beati sunt possidentes.* En cualquier litigio, quien tiene en sus manos lo que está en juego goza de ciertas ventajas. Es más fácil conservar que tomar. Como el duelo de amenazas equivale, en última instancia, al diálogo de dos Estados o dos "personas", se capta intuitivamente que

[13] La Unión Soviética habría mantenido cierto interés en la defensa pasiva.

la amenaza de disuasión, tendiente a impedir que el otro tome lo que tal vez codicia, actúa más fácilmente que la amenaza persuasiva, tendiente a conseguir que el otro se retire del terreno ocupado o suspenda las operaciones comenzadas.[14]

La tesis me parece plausible, psicológicamente probable, pero no demostrada. La dialéctica de las dos voluntades políticas nunca es del todo previsible. La tesis de la eficacia *infalible* de una amenaza nuclear, aun dando por sentada una enorme desigualdad entre ambas fuerzas, con la magnitud del riesgo compensando la escasa credibilidad, sigue siendo una visión del espíritu. La cuantificación de las destrucciones mínimas necesarias para que un Pequeño disuada a un Grande es por el momento un ejercicio intelectual sin valor demostrativo. No obstante, esta proposición vaga y general conserva cierta verosimilitud: el chantaje nuclear, o el empleo de la amenaza nuclear con fin positivo, no pertenece al universo mental de los estadistas; no se conoce ningún ejemplo en el curso de los últimos veinticinco años. La Unión Soviética no utilizó sus armas nucleares para impedir que China Popular las adquiera a su vez. Estas armas sirven para aniquilar la intención positiva (real o supuesta) del agresor, contribuyen a mantener el *statu quo* territorial en la medida en que éste no es modificado por acontecimientos internos de los estados o conflictos armados por debajo del umbral nuclear.

En el nivel táctico, las armas clásicas favorecerían más, en nuestra época, el ataque que la defensa. Las guerras entre Israel y los países árabes han revelado, al menos en las circunstancias específicas de la batalla de tanques, especialmente en el desierto, la ventaja de golpear primero. La batalla de 1967 se ganó en unas horas: privado de protección aérea, el ejército egipcio del Sinaí quedó condenado desde los primeros minutos. La ventaja de la sorpresa, en 1973, no aseguró a los sirio-egipcios una victoria decisiva, pero faltó poco; en el Golán, los sirios estuvieron a punto de romper la defensa y lanzar sus tanques a la planicie; en la ribera este del Canal de Suez, los egipcios quizá hubieran podido apoderarse de las posiciones clave de los desfiladeros.

Las armas que en 1939 y 1940 permitieron las victorias relámpago de Hitler siguen existiendo; aunque tampoco faltan armas antitanque y antiaéreas, basta una desigualdad técnica u organizativa para que uno de los beligerantes pueda explotar plenamente, *en el campo de batalla*, su superioridad, y crear en días un hecho consumado. Si de ello no resultan ante todo guerras con armas clásicas, o si las guerras concluyen rápidamente, la causa es la estructura global del sistema planetario. Las armas clásicas de decisión, blindados y aviones, sólo son producidas en gran cantidad por los Estados industrializados; sólo ellos poseen el potencial económico suficiente para alimentar la batalla. Salvo en 1973, las batallas libradas con armas modernas por Estados poco industrializados se detienen por sí mismas, una vez obtenida la decisión o agotados los pertrechos. Durante la guerra del Kippur soviéticos y norteamericanos avituallaron a los beligerantes, los primeros con la esperanza de brindar a los árabes la oportunidad de vencer, los norteamericanos para evitar la derrota de Israel.

En cuanto a los Estados industrializados, en veinticinco años no se han

[14] Cf. *supra*, capítulo IV, 3.

hecho la guerra con armas modernas. Cuerpos expedicionarios norteamericanos combatieron en Corea y Vietnam contra ejércitos de países poco industrializados, equipados con todas las armas modernas, excepto aviación. El único triunfo decisivo fue el desembarco de Inchón, que permitió cortar la línea de avituallamiento del ejército norcoreano que combatía en el sur de la península y destruirlo casi íntegramente. Por lo demás, las características de los combates evocaban más bien la segunda fase de la guerra precedente, sin penetraciones espectaculares, con la corroboración de la consabida superioridad intrínseca de la defensa. En Vietnam, el ejército regular del Norte combatía al estilo guerrillero, concentrándose paulatinamente para combatir y dispersándose para sobrevivir, sin frente continuo ni preciso. En Corea, el empate (militar) resultó de la negativa norteamericana a aumentar la apuesta; en Vietnam de la incapacidad de un ejército regular para derrotar decisivamente a un ejército que rehusaba la batalla y se fijaba el objetivo de evitar la destrucción y no sucumbir. Estas dos guerras se oponen a las guerras entre Estados pequeños por su duración, unos años en vez de unos días o semanas.

¿Hay que explicar la brevedad de unas y la longitud de las otras sólo por las armas nucleares? No lo creo: es el conjunto de la coyuntura mundial, incluidas las armas nucleares, lo que explica la pronta suspensión o la prolongación de los conflictos armados. Por intermedio de las Naciones Unidas o directamente, los dos Estados dominantes, sobre todo Estados Unidos, ejercen sobre la mayoría de los conflictos una influencia comparable a la que ejercían las grandes potencias o el "concierto europeo" del siglo XIX sobre los conflictos locales, dentro de una sociedad cuyo centro era el Viejo Continente. Cada uno de los beligerantes se alía a uno de los bandos entre los cuales se divide el conjunto industrializado, y tanto Estados Unidos como la Unión Soviética evitan igualmente quedar involucrados en el conflicto; uno de los dos Grandes se cuida también de limitar la derrota de su cliente. La lucha de uno de los dos Grandes contra un aliado o protegido del otro se prolongó dos veces, a falta de una victoria decisiva, a falta de un interés común a ambos. La Unión Soviética aprovechó el empantanamiento de un cuerpo expedicionario norteamericano en Corea, luego en Vietnam.

La diversidad de estos conflictos armados y sus formas ha suscitado el concepto norteamericano de *escalation*, en el cual podemos ver un avatar del concepto de *ascenso a los extremos*. Esta noción, jamás definida, contenía dos ideas, una moral, otra política: la energía extrema en la conducción de la guerra, energía que implica la movilización, así como el empleo resuelto y brutal del máximo de recursos; la voluntad de abatir al enemigo a fin de imponerle una voluntad, de dictarle las condiciones de paz, con la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo como el medio más directo, aunque no único, de la decisión. Sin embargo, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la mayor potencia mundial no obtuvo ninguna victoria decisiva, en el plano militar, en ninguno de los conflictos armados en que participó. En cambio, los chinos de Mao Tse-tung, los vietnamitas de Ho Chi Minh, han logrado victorias de aniquilación al cabo de conflictos prolongados. La aniquilación, al final de un proceso de desgaste, cobra en nuestra época formas específicas, pero conceptualmente pertenece al universo clausewitziano. La insurrección nacional que él soñaba contra los franceses, la

destrucción del ejército napoleónico en Rusia, prefiguraban la decisión radical, en una guerra revolucionaria o de liberación nacional, gracias a la retirada hacia el interior del país, gracias al armamento del pueblo, gracias a la utilización defensiva del tiempo, del espacio y de las fuerzas morales.

El contraste entre *la indecisión nuclear y la decisión por las armas clásicas o la guerra popular* suscita inevitablemente un cuestionamiento de la noción clásica de relación de fuerzas al tiempo que da actualidad a la idea de ascenso. Los acontecimientos de los años 50 no presentan en sí mismos ningún carácter misterioso. Por citar a Clausewitz, no se hace la guerra con carbón, azufre ni salitre, ni con hierro o plomo, sino con pólvora y cañones. No se obtienen victorias en el campo de batalla con estadísticas del producto nacional, sino con el coraje de los hombres y la eficacia de las armas. Estados Unidos habría podido lograr una victoria decisiva (militarmente) en Corea si hubiera enviado divisiones suplementarias. Truman y Acheson juzgaron que podían o debían contentarse con un empate porque la unificación de Corea, fin político del triunfo, no justificaba el riesgo necesario.

El caso de Vietnam planteaba un problema más difícil: en ciertas circunstancias, un ejército regular no logra obtener una victoria decisiva sobre los irregulares y, resistiendo, éstos terminan por fatigar la voluntad, si no del ejército regular, al menos de los políticos que lo dirigen y del pueblo que aporta los soldados. Los irregulares alcanzan todos o parte de sus fines sin llegar hasta el fin del desgaste en el teatro de operaciones. También allí la historia repite más de lo que innova. La innovación, por parte de los irregulares como de los regulares, concierne a la racionalización mediante el empleo de técnicas: armamentos, comunicación, acción psicológica y organización. El partido político, con sus métodos de encuadramiento, complementa el encuadramiento militar.

En otras palabras, la experiencia sugiere más bien la idea de una separación entre los niveles de acción militar, de una autonomía de cada nivel; la guerra de Corea no sufrió la influencia del armamento nuclear de Estados Unidos. China intervino para impedir una victoria norteamericana a fines de 1950, aunque no poseía armamentos ni medios de replicar en caso de que esos armamentos se emplearan. Los bombardeos de Vietnam del Norte, suponiendo que hubieran tenido por objeto transmitir la amenaza de un ascenso a los extremos, al peldaño nuclear, no dieron resultado. O bien los norvietnamitas no creyeron en la amenaza (y el acontecimiento les dio la razón), o bien aceptaron de antemano pagar cualquier precio antes que capitular.

¿La autonomía relativa, cuando no absoluta, de los niveles y los modos de empleo de la violencia, elimina la vieja noción de relación de las fuerzas globales? No llegaré a tanto. La influencia que ejerce Estados Unidos en todo el planeta, la capacidad del secretario de Estado para desempeñar el papel de mediador o de árbitro, reflejan el potencial conjunto de la república norteamericana, potencial militar, económico, técnico, financiero. ¿Qué papel atribuir al potencial militar? Específicamente, ¿qué papel atribuir a las armas nucleares? Pareciera imposible dar una respuesta precisa a esta pregunta. ¿El reinado de la libra esterlina en el siglo XIX dependía exclusivamente del dominio marítimo de la Royal Navy? Desde luego que no. ¿Este reinado y este dominio no se debían

nada uno al otro? Claro que sí. Asimismo, en veinticinco años, la potencia militar de Estados Unidos ha contribuido al reinado del dólar, pero no habría bastado para imponerlo por sí misma.

Lo que resulta relativamente singular, novedoso, no es que las fuerzas de un Estado se expresen en la acción exterior de éste, sino que dichas fuerzas globales se revelen a tal punto ineficaces en el momento de la solución negociada de un conflicto local como el de Vietnam. Pese a los esfuerzos diplomáticos del equipo Nixon-Kissinger frente a Moscú y Pekín, pese a los millones de toneladas de bombas arrojadas sobre Vietnam del Norte y la carretera Ho Chi-minh, las cláusulas del acuerdo de París, que no permitían a Hanoi alcanzar inmediatamente su fin político (un gobierno comunista en el Sur), dejaron subsistir oficialmente zonas Vietcong en el Sur y una tercera guerra siguió a la que perdieron militarmente los franceses y la que los norteamericanos no pudieron ganar militarmente.

En general, durante los últimos treinta años, los acuerdos negociados, al menos los arreglos territoriales, han consagrado los hechos consumados. En Europa, la ratificación legal es precaria aun hoy. La partición subsiste en Corea, duró veinte años en Vietnam. Estas guerras que concluyen con un cese del fuego, no con la paz, estas particiones de hecho, que uno de los bandos no acepta, estos hechos consumados que no se pueden modificar y a los cuales el otro no se resigna abiertamente, dependen de varias características del mundo actual: la extensión planetaria del sistema que provoca el choque de civilizaciones extrañas entre sí y excluye la unidad de un derecho internacional reconocido universalmente; la rivalidad ideológica entre los dos bandos ideológicos, que otorga a ciertos conflictos el carácter mixto de guerra extranjera y guerra civil. Una guerra civil, lógicamente, exige la victoria radical de uno de ambos bandos, una guerra extranjera tolera conciliaciones. Las grandes potencias han creado dos pretendientes al poder: sólo la partición ofrece una alternativa a la guerra civil. En Vietnam la partición no puso fin a la guerra civil. Los temas clausewitzianos, más o menos modificados por el hecho nuclear, reaparecen en nuestra época, aunque admitiendo la *unidad* del acto bélico y el acto político, o incluso, si se prefiere otra expresión, siempre que se admita que la manipulación del instrumento bélico está a cada instante bajo el control del entendimiento político. Al final del capítulo consagrado a demostrar lo absurdo del proyecto que él mismo presentó a Hermann Kahn, A. Glucksmann concluye: "Si lo esencial de la estrategia nuclear supone la interacción de estos dos juegos, donde el chantaje de la escalada armoniza con la utilización convencional de la fuerza, hay que decir que lo esencial de la estrategia nuclear no es estratégico y que la credibilidad de las amenazas depende de la política (¿quién amenaza a quién, por qué?) y no del cálculo estratégico (¿cómo?)".[15] Glücksmann inventó un cálculo estratégico (militar) autónomo en Clausewitz; enseguida presenta el proyecto a los estrategas norteamericanos y descubre al fin el fracaso de este proyecto: de hecho, se trata siempre no de especular en abstracto sobre la disuasión sino de saber *quién puede disuadir a quién, de qué, con qué amenazas, en qué circunstancias.* En otras palabras, la credibilidad de una disuasión supone una referencia al *conjunto* de la coyun-

[15] Glucksmann, *op. cit.*, p. 262, nota 2.

tura y no se reduce jamás a un simple cálculo militar (aunque dicho cálculo forme parte del conjunto).

La autonomía de los diferentes niveles lo conduce a la misma conclusión: "Si los umbrales son *standard of behavior*, el 'cómo' del juego estratégico dependerá del 'contra quién, para quién, por qué' del juego político en el nivel de los umbrales. Y no viceversa. Luego es el punto de partida mismo lo que a nuestro parecer debe rechazarse, pues no permite representar sino una escala simplemente descriptiva y retrospectiva, que no fundamenta ningún cálculo y ninguna previsión. *La idea de una estrategia nuclear global distinta del juego político de las grandes potencias termonucleares debe ser abandonada*".[16] La frase que he subrayado expresa con suma exactitud la tesis que siempre he sostenido y que la mayoría de los autores norteamericanos aceptaría, no sin algunas reservas, H. Khan probablemente con menos reservas que otros (W. W. Kaufmann, T. C. Schelling e incluso A. J. Wohlstetter); sustituyendo el concepto de modelo por el de escenario, renuncia implícitamente a dar a sus especulaciones o sus *war games* ficticios un "status" teórico.

4. La definición de la guerra y la ubicuidad de la violencia

La identidad del acto político y el acto bélico no compromete la conceptualización clausewitziana, según la interpretación que he dado de ella: ¿qué aberración permitiría comparar el duelo de los Estados con un juego de sumas equivalentes cuando este duelo ya se eleva a los extremos y ya desciende a la observación armada? Lo problemático es mantener la definición inicial de la guerra por la violencia en el marco de la síntesis final, sobre todo en nuestra época.

Se han esgrimido, aquí y allá, tres argumentos contra esta definición. ¿La guerra fría no representa un tipo de relación interestatal que se sitúa entre paz y guerra y no admite una discriminación radical entre una y otra? Aunque la calma suceda a la guerra fría, los submarinos rusos, norteamericanos y, secundariamente, los franceses e ingleses, siguen patrullando permanentemente bajo las aguas, capaces, sin emerger, de lanzar sus proyectiles mortíferos hacia los blancos fijados de antemano. En definitiva, ¿es lícito reducir la violencia a la violencia física, y la violencia física a la utilización de las armas? ¿La sociedad de Estados, tal como se nos presenta, no contiene una violencia cristalizada sin la cual se derrumbaría la doble jerarquía, interestatal e intraestatal?

Desecharé el primer argumento, que a mi juicio señala hechos irrebatibles, pero no es pertinente. Tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, las costumbres cambiantes fijan los límites del mal que los Estados y los hombres se hacen unos a otros. La máxima de Montesquieu –hacerse el mayor bien posible en tiempos de paz, el menor mal posible en tiempos de guerra– jamás fue respetada. En cambio, los grupos humanos sometidos a una instancia central de mando no utilizan sus fuerzas armadas unos contra otros sin franquear la línea que separa la paz de la guerra. Por otra parte, la presión sobre los Estados, aun los aliados, a través de medios no violentos, siempre se ha considerado una prác-

[16] *Ibid.*, p. 262, nota 3.

tica normal. En particular, la acción de los agentes secretos, espías o agitadores, no es ignorada por los contemporáneos ni por los historiadores en la edad de oro de la república europea de Estados o del concierto europeo.

Para imponer la voluntad al enemigo en 1866, Bismarck mantenía en reserva los hombres y las armas de las revueltas nacionales contra el Imperio Austríaco. He analizado en otra parte la oscilación histórica entre la Santa Alianza de los soberanos contra todos los revolucionarios y la alianza de cada uno de ellos con los enemigos interiores de su hermano. La unidad del pueblo, la unidad entre gobernantes y gobernados, constituye uno de los factores del poder exterior del Estado. En este sentido, no hay nada nuevo desde el comienzo del siglo XIX y la redacción del *Tratado.*

La distinción entre *paz absoluta* y *guerra fría,*[17] tal como se encuentra por ejemplo en los libros del general Beaufre, no tiene a mi juicio ningún valor conceptual. Estas dos modalidades de no-guerra presentan diferencias de grado, no de naturaleza. Cuando coexisten Estados que invocan ideologías incompatibles, al menos una de ellas con vocación universal, las relaciones entre las sociedades, al margen de las relaciones entre los Estados, adquieren parcialmente el carácter de un conflicto civil, de una lucha partidaria. Si la ideología con vocación universal de uno de los grandes Estados encuentra, para encarnarla y expandirla, un partido en otros Estados, la acción psicopolítica de cada Estado para salvaguardar su unidad y disolver la de su adversario resulta inevitable. Las guerras religiosas ofrecieron un ejemplo de esta imbricación de luchas internas y externas, militares e ideológicas, comparable a la época posterior a la última guerra. Incluso puede decirse que los Estados, en el siglo XX, limitaron más eficazmente, más rigurosamente, el ascenso de la lucha ideológica hacia la violencia.

La impresión contraria resulta de la amplitud planetaria del sistema. Si consideramos solamente las relaciones entre los dos Grandes, la Unión Soviética y Estados Unidos, la utilización por parte de ambos de las revueltas, las minorías raciales o nacionales, contra el otro, resultó discreta. Desde luego, cada uno de los Grandes, por el hecho de *existir,* cuestiona la *existencia* del otro. Esencialmente, la *acción* de ambos no pasó de agentes secretos, espionaje y propaganda. Fue en los demás países, alineados o no, donde la rivalidad ruso-norteamericana cobró una intensidad y, por momentos, una violencia que la aproximó a la guerra.

¿Hay que decir que la campaña de Corea fue un episodio de la guerra ruso-norteamericana? Este modo de expresarse me resulta confuso. Lo que domina el período de posguerra –en la época podía dudarse del diagnóstico, hoy no– es la voluntad de los dirigentes, en el Kremlin y la Casa Blanca, por evitar la guerra en el sentido no *convencional* sino verdadero del término. Corea se transformó en origen de una guerra cuyo origen es la partición del país en dos zonas de ocupación. Stalin carga con la responsabilidad de haber tolerado, cuando no ordenado, el ataque lanzado por Corea del Norte; Truman con la responsabilidad por la intervención de los "voluntarios" chinos, porque no había tomado en serio las advertencias transmitidas a Washington por el embajador de la India y confió en general MacArthur. La gestión del embajador norteamericano en

[17] *Stratégie de l'action,* París, Armand Colin, 1966, p. 57 y ss.

el Kremlin, al día siguiente del estallido del inicio de las operaciones, eximía a la Unión Soviética de toda responsabilidad; en otras palabras, tendía a la "localización de la guerra". De acuerdo con el principio de la proporcionalidad entre el envite y la postura en juego, Estados Unidos sólo comprometió fuerzas reducidas en relación con la totalidad de sus recursos y no buscó una decisión militar. Buena o mala, esta conducción de la campaña tomaba en cuenta el conjunto de la coyuntura planetaria: conducción de una guerra limitada en función de una rivalidad global con un adversario semipasivo, y no conducción de una guerra total en un teatro de operaciones circunscrito.

Huelga añadir que esta coyuntura implica algunos fenómenos originales; para simplificar, sólo citaré dos de ellos. La Unión Soviética no dejó de suministrar armas a Corea del Norte y China mientras los ejércitos de una y los "voluntarios" de otra combatían contra el cuerpo expedicionario norteamericano, teóricamente bajo la autoridad de las Naciones Unidas. Entre 1948 (o 1949) y 1953, Stalin redujo al mínimo los intercambios, no sólo diplomáticos entre los Estados, sino humanos entre las sociedades. Los representantes soviéticos no figuraban en las competencias deportivas ni en los congresos científicos. En más de veinte años estas formas extremas de réplica o cerrazón han desaparecido. La Unión Soviética ocupa un lugar en todas las asambleas donde se reúnen los delegados de los Estados o las sociedades, aunque continúe restringiendo los intercambios individuales a través de las fronteras, aunque el comercio exterior permanezca estrechamente sometido a las consignas e incluso a las decisiones puntillosas del ministerio pertinente.

El segundo argumento plantea un problema más difícil. Desde luego, basta con citar el célebre texto de *Leviatán*[18] sobre el estado salvaje para encontrar allí el equivalente de la coyuntura actual. Los silos reemplazan a los fuertes del siglo XVIII y los proyectiles balísticos a los cañones. Lo nuevo es el carácter instantáneo y total de la amenaza, de donde resultan las precauciones contra un "Pearl Harbor atómico". Los soviéticos han seguido el ejemplo norteamericano sin compartir, aparentemente, la inquietud de su rival. Convencidos de la primacía de la política, jamás han creído que las armas atacarían solas o que un ataque masivo por sorpresa, en un período tranquilo, constituyera un escenario plausible.

La pregunta que subsiste la formularé en estos términos: ¿el hecho técnico —la enormidad de espacio que cubren las destrucciones provocadas por una sola ojiva nuclear, los miles de kilómetros atravesados en pocos minutos por un proyectil balístico— condena en sí mismo a la humanidad a vivir en la angustia? ¿A unirse o perecer? ¿A superar la división en Estados soberanos? En muchas oportunidades me he inclinado a creerlo. Hoy día pienso de otra manera: el peligro lo crea la política, no las armas. Francia, pese a los delirios de los seudoexpertos, no se considera amenazada por la capacidad destructiva de Estados Unidos. Tampoco se siente amenazada, en el año de gracia de 1975, por la idéntica capacidad de la Unión Soviética. ¿A causa de sus tres submarinos nucleares y sus dieciséis proyectiles tierra-tierra en Alta Provenza? Desde luego que no. En ausencia de esta fuerza estratégica de disuasión, la inquietud (o la quietud)

[18] Primera parte, cap. XIII.

de los franceses sería la misma. No son las máquinas las que hacen la historia, aunque ellas modifican las condiciones en que los hombres la hacen.

Estos se acostumbran, pues, a la espada de Damocles; ya no temen que ella les caiga repentinamente en la cabeza. ¿Falsa seguridad? ¿Peligrosa ilusión? Nadie puede responder categóricamente. De las dos visiones del futuro entre las que vacilan los espíritus desde hace veinticinco años, parece que la historia está realizando poco a poco una de ellas. O bien uno de los dos pretendientes al imperio vencerá decisivamente, o bien otros centros de fuerza se constituirán o reconstituirán. El segundo término de alternativa siempre me pareció más probable que el primero, que a mi entender ha perdido toda plausibilidad. La amenaza nuclear no es un instrumento de decisión ni de poder imperial. Permite exterminar, no reinar. ¿Un nuevo Hitler lograría un día volver creíble la amenaza al punto de conseguir la capitulación de las víctimas elegidas? Nadie puede excluir semejante escenario, nadie debe ceder a la obsesión con el horror posible.

El delineamiento del campo diplomático, horizontal y verticalmente, si puede decirse así, se acentuó en el curso de los últimos quince años. El predominio de la violencia en un nivel superior no determina el desenlace de un conflicto librado en un nivel inferior. La superioridad de la defensiva, con forma de guerra popular, puede enfrentar una superioridad táctica del ataque, gracias a las armas ofensivas mejoradas de la última guerra. Las armas clásicas permiten eventualmente agresiones y triunfos decisivos en una zona circunscrita donde ninguno de los dos Grandes puede ni quiere comprometer fuerzas regulares. La guerra popular, una vez lograda la descolonización, continúa empleando los procedimientos tácticos comunes a la guerra de liberación y la guerra revolucionaria. En un marco nacional, contra gobiernos que emanan del mismo pueblo y hablan la misma lengua, ya no basta a los guerrilleros no perder para ganar o sobrevivir para vencer. Los guerrilleros, pese a su inspiración política, vuelven a la condición de francotiradores, incluso de bandidos en gran escala, en la medida en que los atentados, la captura de rehenes, las bombas y otras prácticas de la guerrilla urbana o la guerrilla confinada a regiones inaccesibles no atinan a propagar el incendio.

En otras palabras, la sociedad planetaria de Estados, pese a la guerra popular, pese al arma nuclear, segrega por sí misma nuevas costumbres y define los límites, siempre flotantes, entre la paz y la guerra. Estados Unidos y la Unión Soviética viven en paz, no en guerra, aunque cada uno de los Grandes suministre armas a uno de los beligerantes de ciertas guerras limitadas (Israel-países árabes). La Unión Soviética y China Popular no se hacen la guerra, aunque no hayan dirimido sus diferencias y toleren los incidentes fronterizos como si pertenecieran al acontecer normal de la paz.

En cambio, Estados Unidos y China Popular libraron, entre 1950 y 1953, una guerra limitada, pero no declarada. Fenómeno jurídico y social que llama a reflexión, mas que no disuelve la distinción conceptual entre paz y guerra. Estados Unidos defendía una frontera de su espacio imperial. China Popular quería impedir la extensión de esa zona hasta la frontera que separa Corea de Manchuria. Lo que estaba en juego era más limitado para Estados Unidos que para China Popular, limitado pese a todo para los dos beligerantes. El interés común en evi-

tar el ascenso a los extremos, en impedir las consecuencias del estado jurídico de guerra, explica el consentimiento mutuo a las ficciones: ficción de los "voluntarios" por una parte, de las Naciones Unidas por la otra. Cada bando daba un sentido diferente a los acontecimientos y usaba un vocabulario diferente. Según los norcoreanos y los chinos, los norteamericanos participaban ilegítimamente en una guerra civil que para ellos se convertía en guerra de liberación nacional. Según los norteamericanos, los norcoreanos habían cometido una agresión contra Corea del Sur, y los chinos, por su parte, habían cometido una agresión al enviar tropas regulares camufladas de voluntarios. Pese a las interpretaciones incompatibles, los beligerantes estaban de acuerdo sobre las medidas concretas de limitación.

A medida que se cristalizan los nuevos Estados, que los Grandes se preocupan menos por la fidelidad de los Estados no alineados, que las sociedades regionales parciales de los Estados adquieren más autonomía con respecto de la sociedad global, la incompatibilidad de las interpretaciones ideológicas pesa menos sobre la conducción efectiva de los políticos. En tanto sólo existan dos Estados dominantes, el sistema planetario actual no tendrá equivalencias con el concierto europeo del siglo pasado. Pese a todo, la atenuación relativa de los conflictos ideológicos y (o) armados progresa al mismo tiempo que los Estados se "personifican" y obtienen de la comunidad interestatal el reconocimiento de su soberanía sobre un fragmento del espacio. Cuanto menos permeable es China Popular a la propaganda de la Unión Soviética e, inversamente, la segunda a la propaganda china, más se parecen las relaciones entre los dos estados a un diálogo entre personas, pese a las múltiples influencias que se ejercen dentro de cada uno de ellos sobre los responsables de las decisiones de las cuales dependerá el destino de todos.

Se objetará que la relación entre dos personas inteligentes no excluye conflictos que ascienden a los extremos. Por cierto, si una de las dos pretende reducir a la otra a la impotencia total, resulta de ella un conflicto llevado a los extremos. Nada garantiza que un día no suceda así, pero el cálculo de los riesgos por parte de *una* inteligencia, en la era atómica, brinda mayores probabilidades de controlar la violencia hiperbólica que las pasiones de las multitudes o las intransigencias ideológicas. Hay que lamentar que los Estados no se parezcan más a personas inteligentes, no deplorar la personificación del Estado.

Subsiste una objeción: ¿la violencia se reduce a la violencia física, a la violencia de las armas? ¿No se funda todo el orden social, tanto dentro de los Estados como entre ellos, en la violencia? ¿No se identifica con ella? Aceptando esta hipótesis, sería imposible considerar la violencia como característica específica de la guerra, pues ella contaminaría toda la estructura estatal o interestatal.

Esta conceptualización, típica de cierta sociología, desemboca de hecho en una disolución de los conceptos. Toda sociedad implica la amenaza de sanción en caso de negativa a obedecer o de violación de las prohibiciones. No hay sociedad donde una fracción de los gobernados no esté dispuesta a desobedecer los imperativos sociales en cuanto desaparece el riesgo de castigo. Si llamamos coerción al acto por el cual un individuo o grupo obtiene de una o varias personas una conducta determinada por la amenaza de castigo, huelga aclarar, desde lue-

go, que todo orden social implica una dosis más o menos fuerte de coerción. Más aún, suponiendo que midamos la violencia, como hacen ciertos teólogos, no por la resistencia de los gobernados sino por la injusticia de los privilegiados, erigiendo al observador en juez de lo justo y lo injusto, el papel de la violencia se intensifica. De golpe, la amenaza de violencia o coerción, la violencia cristalizada o la injusticia social, cubren todo o casi todo el campo social. La distinción entre violencia física y violencia moral se desdibuja, pues ésta, la violencia de la ley y el Estado, está establecida y mantenida mediante la violencia física. Sólo falta un paso para llegar al concepto de "violencia simbólica" que Pierre Bourdieu y su equipo de discípulos usan sin definir, y para elaborar una teoría del imperialismo que se confunde con una teoría de la sociedad interestatal.

La violencia simbólica puede significar la violencia por los símbolos o los símbolos de la violencia. El gesto de la madre que imita la bofetada es un símbolo de castigo físico, un simulacro, un sustituto. El gesto no acompañado por la acción física obtiene el mismo efecto que la acción misma, da al niño conciencia de su error, impide la reiteración. Eventualmente, el gesto simbólico equivale a una disuasión.

La violencia por los símbolos, el del padre, el maestro de escuela, de los profesores de toda índole y gradación que indica Pierre Bourdieu[19] consiste, si no he comprendido mal, en imponer a los miembros de la sociedad, y especialmente a los jóvenes, marcos de pensamiento y normas morales que varían de sociedad en sociedad y por lo tanto pueden denominarse arbitrarias. Imponer ideas, creencias, una manera de ser y de actuar que denominamos *habitus* (o, en lenguaje weberiano, *ethos*), sería violencia. Cada cual es libre de elegir su vocabulario, pero éste me resulta por lo menos extraño.

Nadie niega la evidencia: tomemos de la cuna a un niño francés, confiémoslo a padres alemanes, y se convertirá en alemán. La cultura no está inscrita en la sangre, se transmite por la familia, la escuela, los diversos medios de socialización. Mas para justificar el empleo del término violencia es necesario que la socialización se considere contraria a las aspiraciones espontáneas de la naturaleza o, al menos, a las aspiraciones de una categoría particular de hombres.

Freud creía que la socialización es imposible sin un constreñimiento ejercido sobre el individuo, sin una represión de los deseos y sus manifestaciones. Probablemente no habría confundido con violencia el constreñimiento que las instancias sociales imponen al psiquismo del niño con el fin de someterlo a las exigencias de la realidad y del grupo. En todo caso, en el nivel del análisis sociológico, la confusión de ambos términos deriva en conclusiones carentes de sentido o, si se prefiere, en conclusiones que responden a una intención política o polémica.

La generalización del concepto de violencia simbólica a cualquier acción educadora o pedagógica reproduce, en un vocabulario diferente, el procedimiento de Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica:* toda socialización deviene alienación, pues la conciencia vacía, libertad pura, traslúcida, es cargada insidiosamente con estos "seres colectivos", estos "seres de clase", que la subyugan y la

[19] Cf. por ejemplo *La reproduction,* París, Ed. de Minuit, 1972.

vuelven diferente de sí misma. Al llamar violencia simbólica al poder del padre o el maestro, de la familia o la escuela, al asociar este poder con el de la clase dominante, los sociólogos con veleidades científicas se afanan por presentar como una forma de violencia el proceso por el cual un niño, no particularizado en el nacimiento, se inserta en un "rol", lleva en sí el *habitus*, el conjunto de modos de ver, de creer y de querer, que corresponde a su lugar en la sociedad global.

Vocabulario extravagante, pues no permite distinguir más entre las modalidades de la socialización, la inevitable y difusa *influencia* sobre los individuos, del grupo social que procura reproducirse a sí mismo, y el *constreñimiento,* que supone una resistencia, consciente o no, de aquellos sobre quienes pesa el entorno o el poder. La violencia sólo conserva una significación específica cuando se designa una relación entre los hombres que implica el uso o la amenaza del uso de la fuerza física. Desde luego, en el lenguaje corriente se habla legítimamente de violencia moral, pero la expresión no alude a cualquier relación asimétrica entre personas. A ejerce cierta violencia moral sobre B porque induce a B, con la amenaza de emplear la fuerza, a cometer una acción que repugna a B; la sanción mediante la cual se ejerce el constreñimiento puede ser la ruina de B, el descrédito ante la opinión pública. Un padre ejerce violencia moral sobre el hijo porque no permite que éste, llegado a la conciencia de sí mismo, siga su propio camino. El Rey Sargento ejerció violencia moral sobre el futuro Federico el Grande, no sin recurrir ocasionalmente a la violencia física. Sólo sufre violencia quien resiste, se opone y querría escapar a la voluntad que lo doblega. Si toda educación es violenta por esencia, la discriminación entre violencia y no-violencia se vuelve imposible. Una palabra que abarca tantas relaciones tan diferentes no conserva sino un valor afectivo o sugestivo. Inspira la reprobación moral con respecto a los fenómenos que designa, pero no ayuda a comprenderlos ni, ante todo, a comprender su diversidad.

La segunda generalización del concepto de violencia –el conjunto de la sociedad interestatal fundada sobre la violencia– me parece menos injustificable. El orden no igualitario establecido en todas las sociedades contiene por cierto un elemento de violencia clandestina: una fracción de los dominados acata las leyes y acepta el régimen sólo por impotencia. La controversia sobre el papel respectivo del consentimiento y la fuerza en el mantenimiento del orden social, en este nivel de generalidad, permanece indefinido y estéril. Se pueden distinguir regímenes que toleran su propio cuestionamiento y aquellos que lo rechazan; asimismo, se pueden distinguir los métodos de diversas instancias de socialización, los poderes que toleran y aquellos que prohíben las herejías religiosas o ideológicas, las reivindicaciones y las manifestaciones. A partir del momento en que el sociólogo está obsesionado por la oposición entre los dominantes (minoría privilegiada de poder, prestigio o dinero) y los dominados, la encuentra por doquier porque en efecto, con una forma u otra, está presente por doquier. Pero, por ello mismo, lo que debería llamar la atención y suscitar interés es la forma que cobra esta dualidad y el modo en que se ejerce la dominación.

Por el contrario, si nos atenemos a la oposición entre dominantes y dominados –o entre centro y periferia–, nada es más fácil que construir un esquema

que abarque la doble dominación, interior y exterior. Los dominantes de la entidad política central encuentran en el centro de los Estados periféricos –o los privilegiados de las sociedades explotadas– sus aliados naturales, sin que por ello los dominados de la sociedad dominante tengan una conciencia de solidaridad con las víctimas de una relación no igualitaria de la cual ellos mismos sacan algún partido.

Esta teoría, o mejor dicho esta representación de conjunto del mundo, se apoya en ciertos hechos incontrovertibles; el "status" territorial de Europa, en 1975, resultó de la violencia abierta de los años 1939-1945; contiene en sí mismo una "violencia cristalizada". En 1871, los alsacianos, por medio de sus representantes, proclamaron su voluntad de seguir siendo franceses. Un siglo después, habrían aceptado su adhesión al Reich en caso de que no hubiera habido ninguna guerra en el ínterin. ¿El día en que los alsacianos hubieran dejado de protestar contra su suerte habría sido también, en cuanto tal, asimilable a la "violencia cristalizada"?

La desigualdad económica entre pueblos constituye un rasgo importante de nuestra época. Los países industrializados compran en el exterior una fracción importante de las materias primas que transforman. Estados Unidos invierte en el extranjero capitales que en general producen ganancias más elevadas que en la metrópoli. Por intermedio de las sociedades llamadas multinacionales, contribuye a determinar las condiciones en las que se fijan los precios del mercado. Si convenimos en denominar *imperialismo* a la situación de desigualdad entre Estados, comparable a la *dominación* de una minoría sobre la mayoría dentro de los Estados, nada impide bautizar como *imperialismo* no a la toma de soberanía, como lo hacían los Estados europeos del siglo pasado, sino al conjunto del sistema (Estados socialistas excluidos) en el cual Estados Unidos ocupa una posición de predominio.

No me propongo discutir aquí esta teoría del imperialismo, de calibrar los inconvenientes y ventajas, para los países subdesarrollados, de la inserción en el mercado mundial cuyo centro ocupa Estados Unidos. Me interrogo sobre el vocabulario y los conceptos. Si llamamos violento a todo órden social, todo sistema interestatal que juzguemos no igualitario o contra el cual se alce una fracción de los dominados, la violencia se vuelve inasible en razón misma de su ubicuidad. La inversión de la *Fórmula* pasa por obvia: los marxistas-leninistas no cometen este error.

5. Naciones, clases e imperio

¿Por qué ni Clausewitz ni los marxistas-leninistas suscriben a la fórmula: la paz es la continuación de la guerra por otros medios? Por la misma razón: *porque definen la guerra por la especificidad del medio.* Clausewitz no creía que la relación interestatal fuera en cuanto tal comparable a un juego de sumas equivalentes. Postulaba la posibilidad de coexistencia pacífica entre Estados durante siglos, no sin conflictos ocasionales, pero sin la eliminación de ninguno de los beligerantes. Los discípulos marxistas del oficial prusiano insertan el pensamiento estratégico de éste en una filosofía de la historia cuya culminación estará signada por la victoria total de una clase y la eliminación de las guerras.

La identidad posible de los fines no debe conducir a dos ideas falsas: no es cierto que la relación interestatal en cuanto tal o la relación interestatal esencial implique la lucha a muerte; las expresiones corrientes de guerra psicológica y guerra económica no pueden tomarse *stricto sensu;* en otras palabras, la guerra no continúa cuando callan las armas.

Lo que han enseñado los filósofos clásicos, y continúa siendo cierto, es que en ausencia de leyes los Estados no escapan al riesgo de la violencia y no pueden confiar su seguridad a los buenos sentimientos de sus rivales. Estados Unidos y la Unión Soviética se conducen, todavía hoy, según esta enseñanza. La carrera armamentista lo testimonia. Las dos potencias dominantes no libran una lucha a muerte en cuanto Estados; opulentas ambas, con un espacio inmenso de soberanía, no tiene caso que se enfrenten en un conflicto armado donde la apuesta superaría lo que está en juego. Aun después de la eliminación del rival, el vencedor no reinaría sobre el universo. Basta, pues, que los dos Grandes actúen al modo de los Estados del pasado —es lo que han hecho casi siempre— para que su rivalidad, mantenida dentro de ciertos límites, siga siendo compatible con la no-guerra e incluso con la atenuación de las tensiones hostiles en tiempos de paz.

La segunda confusión a disipar se relaciona con el empleo de la palabra estrategia fuera del contexto bélico. Este uso no me parece contrario al sentido original de la palabra ni a la definición clausewitziana. En el marco de la guerra o la lucha armada, táctica y estrategia no se diferencian por la amplitud del alcance sino por el material utilizado, las tropas en un caso, las batallas en el otro. La "estrategia ampliada" de Hitler, entre 1933 y 1940, se situaba en la prolongación del sentido tradicional de la estrategia, utilizaba antes de la operación militar medios psicológicos que los aliados habían utilizado en la Primera Guerra contra los imperios centrales. La estrategia total, por citar el concepto del general Beaufre, se confunde con la política *(policy)* del Estado mismo, poniendo en acción todos los medios o materiales para afirmarse con respecto a otros Estados.

Con mayor o menor claridad, la conceptualización corriente distingue tantas estrategias como tipos de medios, económica, psicológica, militar. La estrategia total combina el uso de estas diversas estrategias; se convierte en el modo de ejecutar los planes concebidos por la política o los fines fijados por ella. Tampoco veo mayores reparos a este modo de expresarse, aunque sea un tanto equívoco.

En un segundo sentido, el de Clausewitz, la naturaleza del medio empleado, las tropas o los combates, diferencia táctica de estrategia. Pero en el nivel superior el empleo de los combates está subordinado a la finalidad política (las metas que contempla el Estado) y a los componentes políticos de la decisión, a saber: la actitud de los neutrales, la moral de la población civil en cada lado de las líneas, etcétera. La conducción de la guerra, en el sentido tradicional, tiene en cuenta la política en estos dos sentidos, la política en cuanto fija las metas a alcanzar y en cuanto condiciona la relación de las fuerzas militares. En la medida en que "la noción de 'estrategia total' tiende a reducir la autonomía de la estrategia propiamente militar, para subordinarla muy estrechamente a una concepción estratégica de conjunto, a su vez presidida directamente por el concepto políti-

co, y elaborada o ejecutada por los políticos",[20] prolonga el pensamiento clausewitziano, no distingue, diga lo que dijere el general Beaufre, la conducción de la guerra de la "política total".[21]

El general Beaufre prefiere estrategia a política por dos razones: acepto una de ellas y rechazo la otra. El quiere "imponer en la conducción de la guerra (o de la paz) el máximo de rigor". Consiento, desde luego, sin estar convencido de que la noción de estrategia evoque por sí misma más rigor, o métodos de pensamiento más firmes que la política. La otra razón es que teme que el rechazo del término estrategia total disimule el regreso a la separación artificial entre los dominios político y militar. Por lo que a mí respecta, temo que la conducción de la paz confunda la paz y la guerra. La definición de estrategia que propone el general Beaufre oscila entre dos polos: o bien la estrategia cubre todos los métodos de ejecución por los cuales se alcanzan las metas que uno se propone, en cuyo caso la "estrategia total" designa el conjunto de medios a disposición de los Estados para alcanzar sus metas con o sin fuerza o constreñimiento, o bien es el "arte de emplear la fuerza y el constreñimiento para alcanzar los fines fijados por la política" o "el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto". En este caso, no se podría hablar de estrategia de una empresa o de estrategia de un partido en una democracia: ni la empresa ni el partido emplean la fuerza.

Siempre que se admita que la estrategia no incluye *necesariamente* los medios de fuerza o constreñimiento, no hay reparo en hablar de "estrategia total" en tiempos de paz. En cambio, si la estrategia implica la fuerza o el constreñimiento, la permanencia de la estrategia equivale a la permanencia de la guerra y el mundo interestatal entero depende, en todas sus fases, de la polemología. En tal caso, pasamos de la conceptualización clausewitziana o marxista-leninista a la conceptualización norteamericana, que desemboca en el diálogo estéril entre los seudoclausewitzianos y los pacifistas, unos y otros propensos, por influencia de la "guerra fría", a no distinguir más entre conflicto y guerra, unos multiplicando los escenarios de empleo de la fuerza e imaginando un adversario diabólico, los otros considerando todo uso de la fuerza como un fracaso de la política, como un modo anacrónico de solucionar los conflictos.

Al asimilar la guerra fría con un "nivel de guerra", el general Beaufre suprime la distinción principal entre paz y guerra, pues sólo la paz "perfecta" no sería paz-guerra. Repito, cada cual elige su vocabulario, pero Clausewitz y los marxistas-leninistas nos previenen contra una confusión conceptual de graves consecuencias. Una rivalidad o conflicto de intereses, por ejemplo entre la Unión Soviética y Estados Unidos, no es una guerra en la que el historiador podría determinar responsables, principio y fin.

Se puede hablar, si se quiere, de "conducción de la paz" o "conducción de la acción exterior del Estado en tiempos de paz" y llamarla estrategia total, siempre que no se olvide que en ausencia de lucha armada la dialéctica de las voluntades tiende a la persuasión tanto como al constreñimiento, a un arreglo

[20] General Beaufre, *Stratégie de l'action,* París, Armand Colin, 1966, p. 14.

[21] De hecho, es inútil calificar de total a la política; ella lo es por definición, en cuanto es política del Estado.

negociado o una conciliación más que al empleo de la fuerza, aunque la eventualidad del empleo de la fuerza subsista permanentemente en el trasfondo de las relaciones entre estos Estados.

¿El aumento repentino del precio de los hidrocarburos afecta más gravemente las economías europeas que un acto de violencia física? Desde luego, pero por el momento observemos que la frontera entre *conflicto de intereses económicos* y guerra permanece intacta, en el sentido de recurso a las armas. ¿Los Estados industrializados habrían tolerado o no sin reacción armada un boicot petrolero capaz de paralizarlos? Cada cual puede elegir su propia hipótesis. Lo cierto es que los jugadores, con intereses opuestos, pero interdependientes, hasta el momento han decidido continuar la partida excluyendo la violencia física.

El punto en el cual se oponen clausewitzianos y marxistas-leninistas consiste en la naturaleza de la rivalidad entre las clases y entre los países gobernados por clases enemigas. Soviéticos y chinos no renuncian, ideológicamente, a la traducción leninista del pensamiento clausewitziano: guerras justas y guerras injustas, reducción de todas las guerras a lucha de clases, disolución pacífica, a largo plazo, de la lucha de clases. Los clausewitzianos reconocen la dimensión ideológica de las guerras, pero éstas son ante todo enfrentamientos entre dos entidades que poseen una instancia centralizada de mando y cuyas fuerzas armadas, por lo tanto, constituyen uno de los medios de acción externa.

Hoy día, como en 1807, la controversia entre clausewitzianos y hegelianos, patriotas y colaboracionistas, se centra sobre la visión de la historia. Los maoístas pasaron por doctrinarios de la lucha de clases llevada hasta la aniquilación del enemigo de clase —la burguesía capitalista y el imperialismo que la expresa—, atribuyendo la misma finalidad a los períodos de lucha sin empleo de las armas que a los períodos de lucha armada. Según esta doctrina, la lucha es, en su esencia, una lucha a muerte. Hegel y Clausewitz se reencuentran.

Ahora bien, a medida que el partido comunista afirma su autoridad en el imperio del Centro y edifica el socialismo, se perfila la misma evolución observada en la Unión Soviétiva. China Popular, aceptada por la comunidad internacional, se conduce en muchos sentidos del mismo modo que los otros Estados, capitalistas y socialistas. El conflicto entre los dos grandes del comunismo obliga a ambos a intercambiar acusaciones de herejía y a plegarse a extrañas connivencias.

Por lo demás, el marxismo-leninismo más oficial proclama la soberanía de cada Estado socialista. ¿Por qué, por cuál conversión de la naturaleza social los intereses de estos Estados no se opondrían? Se puede alegar que los intereses opuestos tolerarían conciliaciones o, en caso de recurso a las armas, no se exigiría una decisión radical. ¿No sucede lo mismo entre todos los Estados en la era nuclear, siempre que obedezcan a una "inteligencia" y logren encauzar las pasiones?

También entre los Estados del mundo "libre" la lucha a muerte nos parece hoy día inconcebible. Cuanto más se "nacionaliza" un partido comunista, más se conduce como gestor del Estado, y no como misionero de la lucha de clases. La "nacionalización" de los dos partidos que asumieron la responsabilidad de imperios históricos ha quebrado la coherencia del área socialista, contribuyendo

a aproximar las relaciones interestatales, en el sistema planetario de hoy, a relaciones de tipo clásico, o sea a reducir el elemento ideológico, la dimensión de guerra civil. No se ha producido una Tercera Guerra Mundial entre los vencedores de la Segunda.

Nadie puede discriminar con precisión la responsabilidad de las armas y la responsabilidad de la política en esta no-guerra. Limitémonos a comprobar que el rechazo de la lucha armada respondía al cálculo normal de la inteligencia de los Estados. Veinticinco años representan un tramo histórico demasiado corto para que fundemos sobre él una previsión a largo plazo. Lo que deseamos sugerir es que debemos desear, y no temer, que el Estado se asemeje en su acción a una persona inteligente.

El sociólogo empírico demuestra fácilmente que la rivalidad de las organizaciones, los partidos, las clases, forma la coyuntura en la cual toman decisiones las personas de carne y hueso. Ello no impide que órdenes de J. F. Kennedy y luego de L. B. Johnson incrementaran gradualmente el número de militares norteamericanos en Vietnam, de 15.000 en 1961 a más de 500.000 en 1965. El sistema político de Estados Unidos funciona todavía, aunque de modo misterioso; las palabras o escritos del presidente provocan movimientos de tropas, bombardeos, ruinas y muertos. En tiempos de la "gran purga", la palabra de Stalin aterrorizaba a un pueblo entero y enviaba a la prisión o los campos de concentración, por millones, a comunistas y anticomunistas, hombres y mujeres, culpables e inocentes.

Estos ejemplos nos recuerdan el peligro de que el Estado se confunda con la inteligencia de una persona y la política deje de ser inteligente al confundirse con una persona. Por cierto, es demasiado simple atribuir la pasión a los pueblos y la inteligencia al Estado, o sea a los gobernantes. Incluso es posible que éstos sean más propensos a hundirse en la sinrazón en la medida en que distingan menos entre sí mismos y el Estado que personifican. En el plano de las instituciones, la distribución de los poderes, el juego de los equilibrios, son necesarios más que nunca para impedir lo peor, el despotismo de uno solo librado a sus caprichos.

Si sostengo que la asimilación de la política *(policy)* con la inteligencia de un Estado personificado me parece teóricamente válida, en escala planetaria, es porque el único sustituto de esta noción del sujeto histórico es la noción de clase o de cualquier otro grupo que encarne una ideología. Pero la ideología (o la visión del mundo) atraviesa las fronteras y, según la expresión de Hitler, excluye las conciliaciones. Lenin y Mao Tse-tung han traspuesto a la lucha política el concepto de aniquilación por el cual Clausewitz caracterizaba el fin inmanente del choque de los ejércitos. En tanto los marxistas-leninistas orienten su acción hacia esta decisión radical, la finalidad de la guerra fría o de la coexistencia pacífica sigue siendo la guerra. Los estrategas occidentales tienden a imitar el modelo del enemigo, desconocen las implicaciones del medio específico y terminan por pensar en términos demasiado exclusivamente militares las fases de la guerra fría. Aun el general Beaufre olvida por momentos que la estrategia de la paz no supone ni debe suponer, entre aliados o adversarios, únicamente relaciones que impliquen o exijan constreñimiento o fuerza. Los marxistas-leni-

nistas quieren la muerte del capitalismo; los anticomunistas no quieren la muerte del comunismo, sino su conversión. Pero si nada garantiza la moderación de los Estados, la política de una ideología personificada o de una clase salvadora excluye la mesura e implica la lucha a muerte.

"El eterno sonsonete del sentido común repite que es contradictorio continuar hasta el fin una lucha que concluye en la muerte común de los adversarios. El sentido común no vacilará en predicar mil veces esta gran verdad, pero calla cuando se le formula una sola pregunta: *¿cuándo* hay contradicción?".[22] El sentido común no calla: hay contradicción entre proposiciones; no la hay entre los hombres ni los partidos ni los Estados. La incompatibilidad de los fines no equivale a una *contradicción,* concepto lógico, sino a un conflicto, concepto práctico. A quien confunde conflicto con contradicción, quien piensa y actúa como si no pudiera sobrevivir a menos que el otro muera, nada puede impedirle llevar hasta las últimas consecuencias la lógica de la lucha a muerte, aun si esta lógica culmina en la desaparición simultánea de los enemigos. El único sentido humano de la lucha a muerte es el reconocimiento del vencedor por el vencido; el exterminio de los pueblos mediante armas nucleares sólo dejaría subsistir ruinas contaminadas.

Mao Tse-tung tenía razón contra los norteamericanos cuando afirmaba que la superioridad técnica de las armas no resolvería la lucha de clases. Los norteamericanos y Kruschef tenían razón contra los alardes de Mao cuando éste imaginaba la construcción de una sociedad incomparablemente más bella que la de hoy sobre centenas de millones de cadáveres: las armas nucleares no hacen distinciones de clase. Marxistas-leninistas y occidentales piensan el mundo según categorías diferentes, pero no al extremo de haber perdido todo lenguaje común.

Unos y otros admiten que las armas nucleares tienden a la *disuasión* y no a la *decisión.* Nada impide a los occidentales comprender que su fin político no exige el empleo de las armas nucleares ni la destrucción física del enemigo.

[22] A. Glucksmann, *op. cit.,* p. 145.

EPILOGO

Adiós a las armas o la gran ilusión

"Patriotismo, libertad, identificación con el poder del Estado, constituían elementos unidos en la personalidad armoniosa de un Clausewitz. No le era preciso recurrir a sofismas, engañarse a sí mismo ni levantar una barrera entre su inteligencia y la humanidad. Clausewitz era un hombre total. Es posible que su culto se dirigiera a una divinidad del mal, pero él la reverenciaba con todo su ser. En síntesis, retrospectivamente, podemos ver en él una figura siniestra, pero noble en el desarrollo de una tragedia. Es difícil prever un papel comparable para los discípulos contemporáneos de Clausewitz."[1]

¿Qué europeo en sus cabales soñaría con revivir el romanticismo de la guerra gallarda y jubilosa? ¿Quién podría olvidar la picadora de carne de Verdún, el cieno de Flandes y la flor de la juventud europea segada por las ametralladoras, por no mencionar los indecibles horrores de la Segunda Guerra, los campos de muerte, el genocidio, los bombardeos de zona?

Hoy cualquiera que reflexione sobre las guerras y la estrategia levanta una barrera entre su inteligencia y su humanidad. Quiero creer que lo mismo ocurre con los neoclausewitzianos de Moscú y Pekín.

No siento ninguna de las pasiones del hombre Clausewitz: ni el culto de la patria encarnada en el soberano, ni la exaltación de los valores marciales, ni la embriaguez de la victoria. Me remito al teórico que en el atardecer de su vida se esforzaba por transmutar su experiencia vivida en teoría, por pensar el objeto guerra para las generaciones venideras. Por intermedio de Lenin y Mao Tse-tung, sigue siendo uno de los maestros del marxismo-leninismo. Demócratas y liberales, siempre que sepan comprenderlo, pueden aprender de él, al menos, el rigor conceptual.

En 1972, en Moscú, se publicó la traducción inglesa[2] de un libro de doctrina militar que había conocido cinco ediciones de 1957 a 1968 y recibido el pre-

[1] Cf. Rapoport, *op. cit.*, p. 78.

[2] La edición de Progress Press fue reproducida por instancia de la American Air Force. Lo mismo ocurre con los otros volúmenes de la serie *El pensamiento militar soviético*, con

mio Frunze en 1966. Titulado *Guerra y ejército según el marxismo-leninismo*, trata de la naturaleza y esencia del fenómeno guerra, de los tipos de guerra en nuestra época, de los diversos ejércitos en función de los regímenes económicos y sociales. Un lector occidental se sorprende ante la mescolanza de teoría, doctrina y propaganda, más precisamente ante la negativa a separar argumentos que él mismo remitiría ya al pensamiento analítico o científico, ya a la retórica de la acción.

Clausewitz interpretado por Lenin sigue siendo el padre fundador de la teoría marxista-leninista de la guerra. Los autores[3] toman como punto de partida —como yo mismo lo hice en el capítulo II del Libro II— un texto del tomo 21 de las obras completas de Lenin, tomado del opúsculo *El fracaso de la Segunda Internacional*:[4] "La tesis fundamental de la dialéctica que Plejanov deforma con tanto impudor para complacer a la burguesía es que la guerra es una simple prolongación de la política por otros medios (más precisamente, por la violencia). Tal la fórmula de Clausewitz, uno de los más grandes escritores sobre la historia de la guerra, cuyo pensamiento fue estimulado por Hegel. Tal fue siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban toda guerra como la continuación de la política de potencias enemigas, y de *clases diferentes* dentro de estos países, en un período definido". La crítica trivial sigue inmediatamente a esta cita: "Clausewitz decía que la política representa los intereses de la sociedad considerada como un todo, negaba su carácter clasista. En consecuencia, desarrollaba una visión falaz, idealista de la política, que él denominaba la inteligencia del Estado personificado".[5]

Los autores soviéticos reprochan a los clausewitzianos de la burguesía la presunta reducción de la política a la política exterior, el desconocimiento del lazo íntimo entre política interior y política exterior. Por regla general, la segunda refleja la primera. De esta verdad esencial se deduce la tipología de las guerras, la distinción entre guerras justas y guerras injustas, la victoria previsible de los Estados comprometidos en guerras justas, etc. No obstante, "la dependencia de la política exterior con respecto a la política interior (o incluso a la estructura clasista) no excluye la importancia particular de la política exterior durante las guerras mundiales y cuando está en juego el destino de las naciones".[6] Más aún, si los soviéticos, fieles en este sentido a Clausewitz, sostienen que la lucha armada es, en cuanto tal, íntegramente política, no olvidan la contrapartida: "La lucha armada es el medio principal, el elemento específico de la guerra. Incluso los límites cronológicos de la guerra están determinados por las fechas que señalan

la diferencia de que la traducción fue obra de los mismos norteamericanos. *El progreso científico-técnico y la revolución en los asuntos militares* fue publicado en Moscú en la primavera de 1973 y *Los principios fundamentales del arte operacional y la táctica* en 1972.

[3] Se trata de un libro colectivo.

[4] *Oeuvres*, t. 21, ps. 222-223.

[5] *Guerra y ejército según el marxismo-leninismo*, ps. 7-8.

[6] *Ibid.*, p. 9.

el principio y el fin de la acción militar".[7] No cometen, pues, el error de algunos clausewitzianos de Occidente; no invierten la *Fórmula.*

"En tiempos de paz, el papel principal está generalmente desempeñado por medios no violentos de la política, mientras que los medios violentos no cobran el carácter de una lucha armada de gran importancia".[8] La oposición entre medios violentos y medios no violentos no excluye desde luego el empleo de los últimos, económicos, psicológicos, ideológicos, durante las hostilidades. Pero estos medios, que dependen de la política en sentido amplio, según subordinados entonces a la lucha de las fuerzas armadas, específica del estado de guerra.

Lo mismo ocurre dentro de los Estados. Las guerras civiles poseen características específicas que las distinguen de todos los otros tipos de guerra. "Sería inexacto dar un sentido demasiado amplio al concepto 'guerra civil', incluir en él todas las acciones armadas del pueblo contra sus agresores. El concepto 'guerra civil' no debe ser utilizado de modo de incluir en él todos los choques armados entre obreros y policía de las fuerzas gubernamentales. La resistencia armada de los manifestantes a los huelguistas ante las tropas que los atacan no es aún una guerra civil."[9] La guerra civil constituye, pues, una fase particular de la lucha de clases, caracterizada por su medio específico. Asimismo, la rivalidad entre países y regímenes sociales diferentes, aun en período de "guerra fría", no equivale a una "guerra". En resumen, los soviéticos, que conocen desde hace tiempo la continuidad de la política, la identidad eventual de los fines contemplados por la política y por la guerra, no infieren en ello una falta de distinción entre una y otra. En cuanto acción, la política sigue siendo la misma en sus fines, varía en función de los medios.

Los soviéticos distinguen, en general, los dos sentidos de la política que Clausewitz jamás conceptualizó explícitamente: la política-objeto (o conjunto de las circunstancias socioeconómicas) y la política-sujeto o *policy.* Otro teórico soviético, Vasiliy Yefisovich, en una obra de la misma serie consagrada al pensamiento militar,[10] opone *las leyes objetivas de la guerra,* independientes de los hombres y su conciencia, a *los principios del arte militar.* "Los principios del arte militar son las ideas fundamentales y las recomendaciones más importantes para la organización de la conducción de una batalla, de una operación o de toda la guerra."[11] En cuanto a las leyes de la guerra y los conflictos armados (el libro que comento distingue escrupulosamente ambas nociones), determinan el curso de la historia o el desarrollo de los fenómenos militares, tal como las leyes de la física o la química determinan los fenómenos naturales.

Los autores soviéticos, que están de acuerdo en lo esencial, disienten sin embargo en cuanto a la tipología de las leyes y la confusión, legítima o no, entre los conceptos conflicto armado y guerra. En cambio, todos suscribirían a

[7] *Ibid.,* p. 13.

[8] *Ibid.,* p. 11.

[9] *Ibid.,* p. 81.

[10] *Los principios fundamentales del arte operacional y la táctica,* 1972, Moscú, 1972, p 74 y ss. y p. 119 y ss.

[11] *Ibid.,* p. 119.

una fórmula como ésta: "La lucha revolucionaria con miras a la dictadura del proletariado incluye el ejercicio de una coerción política abierta sobre los explotadores, pero no incluye necesariamente la lucha armada".[12] La mayoría de ellos aceptaría también que todo conflicto armado no es todavía una guerra. "En ausencia de una meta política, la batalla *(bitva)* más feroz, según el decir de Lenin, no será guerra *(voïna)* sino simplemente lucha *(forba)*."[13] Quien sólo ve en la guerra el entrechocar de las armas pasa por alto las otras formas de la lucha, la dirección político-militar de la guerra asegurada por el gobierno, el apoyo de la retaguardia, incluso el carácter clasista de toda guerra. En otros términos, el concepto de guerra supone a la vez *intención política* y *recurso a las armas:* en este sentido, los soviéticos son fieles a Clausewitz. Sin intención política, los hombres pueden batirse, pero no hacen la guerra. Hombres o grupos pueden perseguir fines incompatibles sin recurrir a las armas, y tampoco se hacen la guerra. Una riña o tumulto no son revoluciones. La guerra pequeña de los guerrilleros no equivale al bandolerismo, aun si se le parece al principio o al final.

¿Qué cambios suponen las armas nucleares en la teoría de la guerra? Los "ideólogos de la burguesía" falsearían las relaciones entre política y guerra: unos "exageran la importancia de la política y la identifican con la guerra"; otros "reducen la guerra a un conflicto armado"[14] e ignoran su sentido político. Ni unos ni otros comprenden la dialéctica, el elemento constante y el elemento variable en la relación fundamental entre política y guerra. Desconociendo esta dialéctica, ciertos pensadores de Occidente rechazan la enseñanza de Clausewitz; otros sólo retienen su verdad permanente y no perciben sus transformaciones históricas —la Revolución de Octubre— que, sobre la base del marxismo-leninismo (materialismo, carácter clasista de toda guerra), permiten aplicarla a la coyuntura actual.

Según algunos ideólogos o teóricos occidentales, escriben los soviéticos, la tesis clausewitziana sobre las relaciones entre política y guerra ya sería anacrónica, habría perdido toda significación. El argumento principal de esta escuela, en la que el autor soviético incluye sin mayor precisión a James William Fullbright, Claude Delmas, Edgar H. Kingston-MacCloughry, Ferdinand O. Mischke, Stephen King-Hall, Fritz Sternberg, sería la abolición de toda distinción entre frente y retaguardia y la amenaza de consecuencias catastróficas para todos los beligerantes.[15] Este argumento, según los soviéticos, contendría un ápice de verdad, pero sin embargo no sería inmune a la crítica.

Si la *Fórmula* no tiene más validez, ¿cuál es la naturaleza de la guerra? En realidad la tesis apuntaría a desacreditar el marxismo-leninismo en la medida en que éste la conserva y le da su sentido verdadero: el anticomunismo se camuflaría de amor por la paz. En tercer lugar, los sociólogos o autores militares de Occidente confunden dos cuestiones estrechamente ligadas pero distintas, la cuestión *teórica* de la esencia (contenido y carácter) de la guerra nuclear y la cuestión

[12] *Guerra y ejército*, p. 79.

[13] *Principios fundamentales*, p. 75.

[14] *Guerra y ejército*, p. 25.

[15] *Ibid.*, p. 27.

práctica de saber si puede servir como instrumento efectivo de acción política. En cuarto lugar, sus argumentos, unilaterales, disimulan el papel que la política imperialista agresiva desempeña en el desarrollo de estas armas. Por último, el error cardinal de estos argumentos consiste en el camuflaje de la naturaleza "depredadora" del imperialismo norteamericano; minimizan el peligro de la política agresiva de este imperialismo, su capacidad para desencadenar una nueva guerra mundial.

Quise reproducir las cinco objeciones tal como las presentan los autores soviéticos para que los lectores cobren conciencia de los obstáculos con que tropieza toda discusión honesta, al menos en público, con los ideólogos soviéticos. La distinción entre teoría, ideología y propaganda no existe para ellos porque su teoría contiene una ideología (el carácter pacífico, por definición, de la política exterior de la Unión Soviética) y fundamenta una propaganda.

De estos cinco argumentos, sólo dos pertenecen a lo que los occidentales llaman teoría. Si la *Fórmula* pertenece a una época perimida, ¿cómo definir la guerra? Más aún, la guerra, aun la nuclear, seguiría siendo, como en el pasado, la continuación de la política por otros medios, o sea que resultaría de una política de clase, de una política imperialista, y contemplaría fines políticos cómo todas las guerras del pasado. Los cambios cualitativos de la política moderna, por una parte, la revolución en los medios y métodos de la lucha armada, por la otra, afectarían la esencia de una posible guerra librada con proyectiles balísticos de ojiva nuclear y la distinguirían esencialmente de las guerras pasadas y presentes, libradas con armas convencionales.[16]

Esta guerra posible "resolvería no intereses políticos específicos sino un problema histórico crucial, que concierne al destino de la humanidad entera". "Nunca antes un problema tan desmesurado constituyó el problema político de una guerra." Una guerra nuclear diferiría también por sus medios y métodos (destrucción del potencial económico, científico y político-moral del enemigo al mismo tiempo que sus fuerzas armadas), por sus consecuencias, de todas las guerras del pasado. El desenlace de esta guerra posible, o sea la victoria del bando socialista, es necesario, de acuerdo con la lógica de la historia y sus leyes objetivas, que prescriben la imposibilidad de vencer lo que es nuevo en el desarrollo social.[17]

Este tercer argumento utiliza la distinción entre teoría y enseñanza, o incluso conocimiento y práctica. Toda guerra, aun nuclear, seguiría ligada a *la* política de la que emana y a los fines hacia los que apunta *el* político responsable, pero, a diferencia de otras guerras legítimas en ciertas circunstancias, la guerra termonuclear no es admisible como medio; no sería *racional* utilizar armas de destrucción masiva y es *posible* preservar la paz. En otros términos, la *Fórmula* conserva su verdad científica, los caracteres fenoménicos de la guerra nuclear posible sugieren principios de acción específicos, a saber: la voluntad de no librar semejante guerra. Al mismo tiempo los teóricos responden a los izquierdistas o revolucionarios de izquierda. Estos últimos utilizan la *Fórmula,* el lazo entre política y

[16] *Ibid.*, p. 29.

[17] *Ibid.*, p. 30. Cf. también, en el final del volumen, p. 304.

guerra, para demostrar que la guerra, incluso nuclear, es inevitable o deseable, en cuanto medio de la política, medio de acelerar el proceso de la revolución mundial, tesis errónea que hace el juego a los agresores imperialistas.

Entre los neoclausewitzianos de Occidente y los marxistas-leninistas de Moscú, nada impide el diálogo. Unos y otros admiten los mismos hechos: los Estados soberanos, las fuerzas armadas a las órdenes de los Estados, las devastaciones que causarían las armas nucleares, la rivalidad entre regímenes sociopolíticos incompatibles, la posibilidad de continuar esta rivalidad sin recurrir a las armas nucleares. Vistos desde Moscú, los neoclausewitzianos de Occidente no parecen "extravagantes".[18] Son acusados de "idealismo", de ignorar el carácter clasista de la política de la cual emanan las guerras, la agresividad *por definición* de la diplomacia de los Estados capitalistas. Pero comparten conmigo la "extravagancia" que se adjudica el pacifista: la sociedad de Estados soberanos, los conflictos entre dichos Estados, el empleo de la fuerza por parte de ellos y la limitación posible de este empleo con el objeto de no recurrir a las armas de destrucción masiva.

Semejante análisis de nuestro universo exige la separación, en ambos bandos, entre la inteligencia del Estado y la humanidad, más radical, no obstante, en el Oeste que en el Este. En el Este, al menos en la medida en que los autores creen plenamente en la verdad de su propia ideología, no titubean en dar la razón sin reservas a uno de los bandos, o, en los conflictos limitados, a uno de los beligerantes. En Occidente, al ignorar el desenlace del drama histórico, al no luchar por un régimen bueno en cuanto tal, buscamos a tientas el mejor o el menos malo. Cualquier régimen no comunista o anticomunista no nos parece preferible a un régimen comunista. Clausewitz decía y repetía: en la guerra, todo es simple, pero lo simple es difícil. Hoy día diríamos: en la política nada es simple, y los grandes simplificadores, Stalin o Hitler, si surgieran mañana, cargarían con la responsabilidad no de decenas de millones sino de centenas de millones de cadáveres.

Clausewitz, antepasado semilegendario de Moltke y Schlieffen, pertenece (¿provisionalmente?) a una época perimida, al menos si nos atenemos únicamente a las relaciones entre las grandes potencias. El principio de aniquilación, en el sentido material, según fue aplicado en los bombardeos de zona angloamericanos y en Hiroshima y Nagasaki, ha adquirido con las armas nucleares una significación tan monstruosa que nadie lo invoca. Estas armas inauguran una estrategia de disuasión, por contraste con la estrategia de decisión. En cuanto a Clausewitz, "el más notable escritor militar de la burguesía", cuyas verdades retuvieron Marx y Engels, y luego Lenin y Mao, corrigiendo los errores idealistas, sigue siendo el maestro común de tres interlocutores —rusos, chinos, norteamericanos— del diálogo histórico de nuestro tiempo, interlocutores que reproducen de algún modo "la extraña trinidad".

Empecemos por desechar las confusiones conceptuales que cometen a veces

[18] Aunque los soviéticos parecen empeñados en no comprenderlos, en interpretarlos arbitrariamente, en falsear el sentido de su doctrina. En estas cuestiones, la deshonestidad intelectual parece estar allá en la orden del día.

los autores occidentales. El general Beaufre, en su *Introduction a la stratégie,*[19] distingue cinco modelos. Denomina al quinto modelo clausewitziano: "Si los medios militares de que disponemos son bastante poderosos, buscaremos la decisión por la victoria militar, en un conflicto violento y en lo posible breve". Tal es, en verdad, la enseñanza que el estado mayor alemán (e incluso el francés, antes de 1914), había conservado del *Tratado.* Entre potencias nucleares con capacidad para un segundo golpe, el modelo se vuelve inaplicable en la medida en que el objetivo –desarme del enemigo– deja de ser accesible. En un subsistema, Israel y la India actúan según esta enseñanza de la tradición, el primero sin éxito y la segunda exitosamente.

El cuarto modelo, que el general Beaufre toma de la experiencia china, pertenece también al universo clausewitziano, aunque cobra en nuestra época caracteres originales. "Si el margen de libertad de acción es amplio, pero los medios disponibles son demasiado débiles para obtener una decisión militar, se puede recurrir a una estrategia de conflicto de larga duración, con miras al desgaste moral, el debilitamiento del adversario." El modelo refleja la práctica de Mao Tse-tung, pero, siempre que supongamos un estado de guerra, civil o extranjera, encuentra un sitio tanto en la teoría como en la enseñanza de Clausewitz. La retirada hacia el interior de los ejércitos rusos en 1812, la guerrilla española a partir de 1808, ofrecen ejemplos. La formación de un ejército regular a partir de los irregulares, el vuelco progresivo de la relación de fuerzas entre insurgentes y poder instituido, la victoria del ejército regular de los insurgentes sobre el ejército regular del poder anterior, se sitúan en la prolongación de la concepción clausewitziana de la defensiva y el armamento del pueblo, la intención revolucionaria sumada a la voluntad de defensa nacional o reemplazándola.

Los otros tres modelos que enumera el general Beaufre causan incertidumbre al espíritu por falta de una precisión fundamental: ¿los actores están o no en guerra entre sí? "Si se dispone de medios muy poderosos ((. . .)) y si el objetivo es modesto, la sola amenaza de estos medios puede inducir al adversario a aceptar las condiciones que le queremos imponer, e incluso más fácilmente a renunciar a pretensiones de modificar el *statu quo.*" Las frases precedentes aluden a las dos eventualidades de la defensiva (mantenimiento del *statu quo*) y la ofensiva (imponer condiciones), sin zanjar la alternativa del recurso o no-recurso a la violencia. Asimismo, el modelo siguiente (margen de libertad estrecho, medios limitados, objetivo modesto) no incluye el recurso a la violencia. Un clausewitziano auténtico reprochará incluso al general Beaufre el error cardinal de muchos occidentales: la inversión de la *Fórmula* sin siquiera ser consciente de ello. Cuando se enumeran los modelos típicos de la estrategia sin oponer guerra y paz, nos deslizamos hacia la tesis que los pacifistas atribuyen falsamente a Clausewitz: la paz sería la continuación de la guerra por otros medios.

Cuestión de vocabulario, se dirá. Sin duda, pero también de concepto y teoría. Yo no tendría dificultad en admitir que se puede hablar de estrategia de paz en el sentido no tanto de estrategia con miras a la paz sino de estrategia en tiempos de paz, pero siempre que se defina la estrategia como el arte de utilizar

[19] París, Armand Colin, 1963, ps. 20-23.

todos los medios disponibles para lograr los fines fijados por la política, con cada uno de los medios (económico, psicológico, ideológico, etc.) subordinado a la táctica. No obstante subsiste una dificultad. Para conservar un elemento de la significación clásica del concepto hay que incluir en la definición de estrategia ya la fuerza, ya el constreñimiento o la coerción, sin incluso percibir los alcances de esta oscilación. Pero todas las relaciones interindividuales o interestatales implican un componente de conflicto y, bajo una forma u otra, de constreñimiento. Si el general Beaufre, pues, caracteriza la estrategia sólo por el constreñimiento, retoma la primera definición –la elección de medios adaptados a los fines contemplados–[20] y se presta a dos objeciones, aparentemente opuestas y ambas válidas: pasa por alto el componente, también presente en las relaciones humanas salvo en situaciones extremas, del acuerdo parcial de intereses y voluntades; ignora la especificidad de la guerra, ligada a la especificidad del medio, de donde resulta la naturaleza propia del fenómeno bélico y su desarrollo. Por citar a los soviéticos, "la esencia de las leyes de la lucha armada es que expresan la naturaleza compleja y contradictoria de un fenómeno específico sociopolítico, la interacción violenta de los bandos enfrentados, cada cual esforzándose por alcanzar fines político-militares definidos".[21]

El equívoco interno en la conceptualización, y por ende en el pensamiento, del general Beaufre se manifiesta en el empleo de la expresión *estrategia indirecta,* tomada de B. H. Liddell Hart. La estrategia indirecta, en el sentido del escritor inglés, representa por cierto un modelo o figura del arte operacional, por encima de la gran táctica, por debajo de la conducción política de la guerra (aunque la elección de esta figura pueda estar determinada por consideraciones políticas). El desembarco de Wellington en Portugal, el desembarco de tropas aliadas en los Balcanes durante la Segunda Guerra Mundial, ilustran o habrían ilustrado este método, aparentemente contrario a la interpretación que hizo Schlieffen de la enseñanza clausewitziana.

En cambio, cuando A. Beaufre toma como ejemplo de aproximación indirecta la acción de Hitler, entre 1933 y 1938, amplía el sentido de la noción al extremo de incluir en ella medios violentos y no violentos. En 1935, en 1936, Hitler logró el consentimiento de sus adversarios menos mediante amenazas que mediante desafíos, invocando principios que él desdeñaba, pero que las democracias defendían. En 1936 apostó a la reticencia de los franceses a acudir a la fuerza; en 1938 blandió ostentosamente una amenaza de recurso a la fuerza. Retrospectivamente, la diplomacia hitleriana de 1935 a 1939 cobra el carácter de lo que en otra parte he denominado "estrategia ampliada"; preliminar de la guerra, creaba el contexto donde las fuerzas armadas asestarían el golpe de gracia. También allí el *Tratado* aporta un consejo, inevitable y peligroso: a partir del momento en que la guerra *es* inevitable, un cálculo pragmático debe determinar la elección del momento.

La propaganda de los marxistas-leninistas contra el arma atómica a fines de la década del 50, la acción psicopolítica emprendida por ambos bandos, sobre todo entre 1948 y 1953, no preparaban una guerra, sino que la sustituían. Con-

[20] *Stratégie de l'action,* p. 14, cf. *supra,* capítulo VI, 5.

[21] *Guerra y ejército,* p. 312.

dujeron a la aceptación del nuevo "status" territorial. Hubo "guerras limitadas" en Corea y Vietnam, no hubo guerra general ni guerra total entre el bando soviético y el norteamericano.

Lo admito una vez más: las fronteras entre paz y guerra se vuelven difusas, tanto dentro de los Estados como entre ellos. La costumbre hoy tolera en tiempos de paz medios de fuerza y amenaza que en otra época se habrían condenado. La lucha de clases se expresa, aquí y allá, con una violencia dispersa que no llega a la guerra civil y que la opinión pública se resigna a considerar normal. Como habría escrito Clausewitz, hay que meditar los casos extremos para deducir las oposiciones conceptuales.

¿Por qué, se me objetará, salvar los conceptos? Al pensar todos los conflictos como guerras, se otorga a toda la existencia social un carácter belicoso. Unos descubren violencia simbólica en la autoridad del padre o el maestro, otros confunden las barricadas de estudiantes de mayo de 1968 con las barricadas de obreros de junio de 1848. Con el pretexto de que la rivalidad entre Estados prosigue en tiempos de paz, se denomina a ésta continuación de la guerra por otros medios. Con el pretexto de que el orden civil está perturbado por asaltantes, gángsters o revoltosos, se niega toda distinción entre criminalidad, lucha de clases y guerra civil. Al modo de ciertos expertos en estadística, se incluyen en la misma categoría todas las modalidades de muerte violenta.

Pero me importa más un segundo motivo. Tal vez los marxistas-leninistas de Moscú desean sinceramente la muerte del imperialismo norteamericano o el capitalismo. Tal vez los marxistas-leninistas de Pekín creen aún que encarnan la verdad universal. Pero cuando los portadores de una ideología transnacional asumen la responsabilidad estatal de un pueblo, aprenden, aun sin ayuda de la disuasión nuclear, que las fronteras subsisten y que la victoria en *una* guerra civil signa el fin de *un* conflicto prolongado. Si los occidentales confundieron la guerra fría con la guerra no seguirían a Mao Tse-tung, sino a los maoístas parisienses que no distinguían ni querían distinguir entre un conflicto prolongado a cuyo término el partido comunista se adueñaba del objetivo que no se comparte, el poder, y la rivalidad entre Estados de régimen social diferente que no deriva en decisión radical salvo en la lejanía histórica.

De la extraña trinidad clausewitziana —pueblo, jefe militar, jefe de Estado—, la ideología maoísta retiene preferentemente el primer elemento, los occidentales el segundo, los soviéticos el tercero. La verdad está en el pueblo, proclamaban otrora los ideólogos de Pekín; la diplomacia es violenta, enseñan los estrategas norteamericanos; la intención política es la ley suprema, repiten los teóricos de Moscú. Cada uno de los interlocutores tiene algo que aprender de los otros dos.

Los maoístas aprendieron de Kruschef que el arma nuclear no hace distinciones de clase. Los occidentales aprendieron de los chinos y los rusos que la lucha de clases no es la guerra porque ésta se define por la utilización *predominante* de las fuerzas armadas. Partiendo de premisas diferentes, los marxistas-leninistas y los occidentales pueden ponerse de acuerdo para reconocer que el arma nuclear no es decisiva ni en la lucha de clases ni en la rivalidad entre Estados;

sólo resultaría decisiva en una guerra total entre potencias nucleares, y aun así, siempre que sobrevivan Estados organizados para aceptar la derrota o gozar del triunfo. Arma de último recurso, proyecta la sombra inmensa de la nada sobre la dialéctica de las voluntades violentas, pues unas la excluyen de las guerras civiles y otras de las guerras limitadas, y todos declaran que no desean la "lucha final", la que eliminaría a uno de ambos bandos.

Subsiste una paradoja: he atribuido a los norteamericanos el segundo elemento, el jefe militar, la libre actividad del alma, el sentido de la apuesta. Efectivamente, los occidentales creen tomar como ejemplo a los marxistas-leninistas al invertir la *Fórmula,* cuando éstos, fieles a la interpretación leninista de Clausewitz, preservan en ese sentido la enseñanza del oficial prusiano: la continuidad del comercio interestatal y la distinción de las fases por la especificidad del medio. A veces pareciera, en efecto, que los estrategas norteamericanos se inclinan a pensar la diplomacia en términos de violencia, mientras que los marxistas-leninistas, pese a su vocabulario, conservan la frontera teórica donde la había trazado la tradición.

Inversión de papeles que proporciona a Rapoport una crítica válida contra los que él denomina erróneamente neoclausewitzianos. El mismo admite al pasar que, según Clausewitz, subsiste una separación entre paz y guerra.[22] Lo que no admite es que Clausewitz haya presentido los juegos de sumas equivalentes; en otros términos, que haya insertado en su sistema de cooperación y comunicación entre enemigos, la coexistencia entre Estados.

Lo que deben aprender los occidentales, discípulos de Montesquieu o Kant, neoclausewitzianos si se quiere, de los marxistas-leninistas de Pekín o Moscú es que la historia ha decidido (¿provisionalmente?) a favor de Clausewitz y contra Hegel. Aun si todos los Estados invocaran la misma ideología, no se unirían bajo el reinado de uno solo ni bajo la legislación de un parlamento planetario. Por un lapso que nadie puede precisar, la humanidad está condenada a la coexistencia más o menos pacífica entre pueblos que se comprenden mal, entre Estados que se quieren soberanos y entre ideologías incompatibles.

En esta coyuntura sin precedentes, los occidentales titubean entre la voluntad de resistencia y el temor al apocalipsis. Elaboran una doctrina estrictamente defensiva, estrictamente disuasiva, de las armas nucleares, mientras los escritores militares soviéticos incluyen las armas nucleares en su doctrina táctica y las consideran armas de combate y decisión como las armas clásicas.

¿Pero cómo distinguir, en la literatura militar soviética, entre el papel de la propaganda y el de la convicción?

Pocos años antes de la explosión de 1914 se publicó un libro de Normann Angel que denunciaba de antemano la irracionalidad (en el sentido económico) de la temida guerra entre Gran Bretaña y Alemania. Ligadas entre sí como cliente y proveedor, cada cual sufriría con la ruina del otro. Clarividencia de la previsión y vanidad del consejo. ¿Por qué ahora los hombres ganarían una apuesta a la Razón? ¿No es una ilusión esperar que los Estados soberanos lleguen a ser

[22] *Op. cit.,* p. 67.

sabios? ¿Que puedan vivir indefinidamente a crédito y no ejecutar la amenaza nuclear, aun implícitamente? ¿Es una ilusión imaginar que los gobernantes toman sus decisiones en una atmósfera enrarecida donde se aplacan las pasiones, donde reina la inteligencia? A fin de cuentas, el mismo A. Rapoport concede que *lógicamente* los medios militares deben adaptarse a los fines políticos, pero que *psicológicamente* las implicaciones se interpretan en sentido contrario: "Los fines políticos son determinados por la capacidad militar". Esta última proposición no es aplicable a Bismarck ni Hitler, que se fijaron fines políticos, respectivamente mesurados e ilimitados. Mi propia interpretación de Clausewitz sólo es posible con la finalización del conflicto franco-alemán y de la grandeza europea. El mochuelo de Minerva se eleva en el crepúsculo.

Aun hoy, un francés no lee sin espanto las cartas o las memorias de un Gneisenau o un Clausewitz. Estos hombres tan cultivados, impregnados de idealismo, se abandonaban sin reservas al odio por Francia y los franceses. Los historiadores de allende el Rin no han ignorado el fanatismo de los patriotas; la admiración que por buenas razones les despertaban los artesanos de la liberación les ocultaba el peligro germinal del furor del combate. La victoria francesa, incluso napoleónica, no significaba la ruina de la civilización europea, como escribía Gneisenau, como la victoria del Segundo Reich no habría acarreado el reino de la barbarie. Con Hitler, la propaganda bélica estuvo por primera vez por debajo de la verdad, o mejor dicho respetó algunos secretos, tal vez porque las crueldades de un Stalin no le iban en zaga a las de un Hitler.

La desmesura de Napoleón atravesando Europa a caballo, movilizando al servicio de sus ambiciones las tropas de Estados aliados o satélites, poniendo a sus hermanos en el trono, provocaba un rechazo igualmente desmesurado. Los vencedores siempre resultan arrogantes para los vencidos, y tal vez lo son. Olvidan, en la hora del triunfo, su experiencia de la derrota. Moltke, después de 1871, olvidó los *Bekenntnisse* y condenó a los francotiradores franceses con soberbia y buena conciencia.

Según una versión corriente en la historiografía, es en la época de la Revolución Francesa cuando se opera la conversión del pensamiento alemán del cosmopolitismo al nacionalismo, del racionalismo al historicismo. Clausewitz se sitúa en una etapa de transición. La relación entre la guerra en cuanto tal y las guerras reales, entre el concepto y la diversidad fenoménica, evoca más el método de Montesquieu, a mi juicio, que la transposición de la malinterpretada dualidad de la cosa en sí y los fenómenos. Por lo demás, esta busca simultánea del concepto y lo concreto no es exclusiva de los alemanes. Los equívocos del concepto de naturaleza, ya emparentado con lo esencial, ya con lo original, ya opuesto al espíritu, ya objeto de la inteligencia, reaparecen con diversas formas en ambas márgenes del Rin, en los autores del siglo XVIII.

La originalidad radical de la cultura alemana con respecto al racionalismo francés o al utilitarismo inglés constituye, a mi juicio, más un tema ideológico que una verdad histórica. Si Prusia y luego Alemania siguieron en el siglo pasado un camino que las separó de Francia e Inglaterra, fue más en el orden de los acontecimientos que en el plano de las ideas. En el Segundo Reich, el ejército obedecía al rey-emperador como a un señor feudal. Una industria moderna

prosperaba en el seno de un Estado que ponía por encima de todo los valores tradicionales y militares; la burguesía renunciaba al poder y se contentaba con un segundo rango. T. Veblen, antes de 1914 y después de 1918, subrayó la similitud entre el imperio alemán y el imperio japonés, la mezcla explosiva de ideal guerrero con técnica industrial.

Los libros de F. Meineke señalan las etapas sucesivas de la meditación de los liberales alemanes sobre su propio destino y sobre el de su patria. Me parecería arrogante dar a esas reflexiones una réplica contundente, en uno u otro sentido. Los reaccionarios prevalecieron, después de 1815, sobre los Reformadores. Pero éstos, tal vez con la excepción de Gneisenau, no superaban el marco nacional-liberal: ejército nacional en un Estado de derecho, pero no es un Estado democrático. Las veleidades revolucionarias de los patriotas, entre 1807 y 1813, no sobrevivieron a la victoria y la Restauración.

No hay solución de continuidad entre los Reformadores y los generales alemanes de las dos guerras mundiales: la misma clase social se reserva de hecho la mayoría de los puestos superiores, aunque el incremento de los efectivos obliga a reclutar cada vez más burgueses para el cuerpo de oficiales. Los mismos nombres se repiten en 1815 y 1914, las mismas familias suministran, de generación en generación, incomparables servidores al rey-emperador. Algunos de ellos, formados en las escuelas de estado mayor o la Academia Militar, alcanzan simultáneamente una cultura elevada y una eficiencia sin parangón. Los franceses detestaron a los *junkers* tal como los alemanes habían detestado a los generales improvisados de la Revolución. Ni unos ni otros eran detestables en cuanto tales, no más que la guerra, al menos. Mientras haya guerras, los generales justificarán su vida y su oficio mediante el triunfo. La pareja Hindenburg-Ludendorff de Tannenberg reprodujo, a un siglo de distancia, la que selló el destino de Napoleón, la pareja Blücher-Gneisenau en Ligny y Waterloo.

¿Lunderdorff no estaba a la altura de Gneisenau? Desde luego: como tampoco Schlieffen poseía la penetración filosófica e histórica de Clausewitz. El pensamiento estratégico se empobrecía en técnica operativa. Sin embargo me cuesta seguir hasta el final a Rosinski, quien admira sin reservas a Clausewitz y Schlieffen y critica ásperamente a Ludendorff, o a Wallach, que instaura un culto a Clausewitz y pone a Schlieffen en el bando de los malvados. El debate prosigue después de más de medio siglo, y continuará hasta el día, tal vez próximo, en que los vivos pierdan todo interés en las experiencias vividas por sus padres.

En cuanto a mí, si debo elegir una tesis, me atendré a la versión política, si se quiere la más grosera. Bismarck había triunfado, limitando sus ambiciones y preservando el sistema europeo de Estados. Los dirigentes del Segundo Reich, fueran cuales fuesen sus ambiciones originales, se habrían fijado objetivos grandiosos pensando en una decisión radical en su favor. Aun hoy día, retrospectivamente, considero que era H. Delbrück quien hablaba el lenguaje de la sabiduría y repetía vanamente los consejos que Pericles daba a los atenienses en el momento en que estalló el conflicto. Alemania, imperio central, debía resistir la coalición enemiga, no abatirla. Pero Tucídides y Clausewitz nos explican por qué ese lenguaje no fue comprendido. Uno y otro dejan al espíritu en la incerti-

dumbre y no optan entre la lógica pasional de lo que ocurrió y la lógica razonable de lo que habría debido ocurrir. Yo tampoco optaré; la duda subsiste y alimenta la esperanza. La gran ilusión se ha disipado hace tiempo. Mientras el principio de aniquilación se aplicaba sólo a los ejércitos, la guerra, aun absoluta, con miras al desarme del enemigo, podía servir de instrumento a la política (así, la campaña en Francia en 1940). En la era nuclear, la única oportunidad para salvar a la humanidad de sí misma reside en que la inteligencia del Estado personificado controle los armamentos.

¿Hay que temer que mañana también esta apuesta a la razón sea denominada *la gran ilusión?* ¿Quién puede decirlo? A. Rapoport nos recuerda "la naturaleza ilusoria de la seguridad por el poder, los absurdos obscenos de la guerra total, los frutos ponzoñosos del militarismo".[23] Sí, desde luego; pertenecen al pasado el comandante a caballo, las tradiciones de los regimientos, las campañas ejecutadas con rigor impecable que culminaban en una batalla decisiva. Pero si en Europa y quizá en Estados Unidos los fundamentos del patriotismo han sido carcomidos por la civilización comercial-industrial de nuestra época, ¿ocurre lo mismo en la Unión Soviética, China, India, Argelia, los países árabes? En verdad, la gran ilusión, en el año de gracia de 1975, ya no es la que lanzó a los pueblos de Europa unos contra otros en un ardor suicida, sino la ilusión de sentido contrario, la de los europeos, incluso a veces la de los norteamericanos, que adjudican a todos los pueblos y sus gobernantes una sola racionalidad, la racionalidad de los economistas que comparan el costo y el rendimiento. Los europeos querrían salir de la historia, de la historia grande, la que se escribe con letras de sangre. Otros, centenas de millones, entran o han entrado en ella. Las armas de destrucción masiva han provocado una mutación de las formas de guerra, no una mutación de las relaciones interestatales o, dicho de otro modo, el tránsito al reino de la ley.

Los profesores de "ciencia" política han descubierto que las relaciones interestatales no constituyen sino un fragmento de un conjunto más vasto que incluye los intercambios entre los individuos, miembros de sociedades diferentes, los movimientos sociales o las empresas, indiferentes a las fronteras, incluso de las instituciones supranacionales. Algunos deducen de ello que los Estados ya no cuentan, que las soberanías legales representan ficciones; terminan por olvidar aquello que los obsesionaba hace pocos años: las instancias centrales de mando; en Moscú, Pekín o Washington, continúan disponiendo de instrumentos de la violencia, ejércitos, flotas, aviación y armas de destrucción masiva. La India, pese a la miseria de las masas, hace estallar una bomba atómica. La Unión Soviética, pese al apaciguamiento, jamás gastó en armamentos tal porcentaje de un producto nacional en alza regular. Construye tanques, y los occidentales le construyen fábricas de automóviles, camiones y aluminio a crédito. Estados Unidos no puso a su merced a Corea del Norte ni a Vietnam del Norte. Los hombres del Kremlin, a juzgar por sus actos y no por sus propósitos, no deducen de ello la inutilidad de la fuerza.

Más aún, la tesis de la extinción de las soberanías se difunde en las universi-

[23] *Op. cit.*, p. 78.

dades norteamericanas en el momento en que los emiratos del Golfo Pérsico, organizados en un cártel con los otros productores, cuadruplican el precio de los hidrocarburos y agravan de golpe la crisis de la economía mundial. La soberanía económica de los Estados europeos está limitada por los constreñimientos, voluntariamente aceptados, de un mercado mundial, y por las decisiones, toleradas con buena o mala voluntad, de las autoridades norteamericanas. La soberanía política de los Estados de Europa oriental no se ejerce sino dentro de los límites fijados por Moscú. La soberanía económica de Arabia Saudita, la soberanía política de la India, han permitido, respectivamente, el alza del precio del petróleo y la guerra contra Paquistán.

El cuarto de siglo que siguió a la Segunda Guerra Mundial corre el riesgo de parecernos retrospectivamente pacífico, pese a la guerra fría, Corea y Vietnam, Paquistán e Israel. El predominio de Estados Unidos garantizaba una apariencia de orden, justo o injusto, sin duda no igualitario. La superioridad de la república norteamericana sobre la Unión Soviética pertenece al pasado; la O.T.A.N. subsiste, pero como organización sin alma o forma semivacía. En todas las asambleas internacionales los países pobres tienen la mayoría asegurada y votan mociones o resoluciones que resultan acusatorias para los países ricos. No es precisa una lucidez extraordinaria para convencerse de que el seudoparlamento de las Naciones Unidas, compuesto por una agrupación de Estados, caricaturiza los parlamentos nacionales y de que la sociedad planetaria sigue siendo an-árquica. Lo es cada vez más, medida que la república norteamericana, falta de medios o de voluntad, reduce su apuesta y deja jugar a los demás.

Tal vez la gran ilusión de los europeos no consiste tanto en apostar a la razón como en desconocer la contrapartida de esta apuesta. Para salvar a los hombres de sus propios medios de destrucción fue necesario "salvar" las guerras. Los europeos quisieran dar un paso más y decir "adiós a las armas". La descolonización culmina; todos los pueblos, o casi todos, alcanzan la soberanía. Así como los europeos han debido llegar al fondo de la noche y vivir los horrores de la guerra absoluta para adquirir sabiduría, ¿por qué los hombres de otros continentes, ayer pisoteados o humillados, no preferirían a su vez la cooperación a la violencia? Juntos obrarían con miras a una sociedad planetaria que sea algo más, algo diferente de una agrupación de Estados donde cada cual sólo respeta la ley de su propia voluntad.

No ignoro la responsabilidad del teórico. Cada uno de nosotros, aun infinitesimalmente, configura el mundo según la imagen que tiene de él. Quien niega la autoridad de la ley internacional la debilita aún más. Pero el pacifista que procura "inculpar" a sus adversarios asume cómodamente el buen papel. Sí, la guerra nos parece horrible y absurda a los intelectuales de buena voluntad, sin fanatismo ideológico, patriotas sin pasión nacionalista o imperialista. Pero los marxistas-leninistas de Moscú aclaman las guerras civiles; Jean-Paul Sartre comparte la embriaguez de la turba que toma por asalto la Bastilla y lleva la cabeza del gobernador en la punta de una pica; los judíos de Europa aprendieron a sus expensas que no basta con rechazar la violencia para escapar a la muerte; los palestinos, privados del suelo que consideran suyo y de la patria con que sueñan, movilizan en todo el mundo el odio de los rebeldes contra los israelíes, que vivirán en la tierra de sus ancestros o morirán combatiendo en ella.

Lo que le falta a un biólogo matemático, a un honesto profesor, es el sentido de la historia y de lo trágico. Este sentido también falta a quienes se denominan neoclausewitzianos y jamás leyeron a Clausewitz. Al menos los neoclausewitzianos de allende el Atlántico tienen el mérito de rechazar tanto la guerra absoluta simbolizada por la capitulación incondicional del enemigo como el legalismo internacional (la paz por la ley), la doble ilusión de que la paz reinará cuando *un* perturbador haya sido eliminado o cuando los Estados cesen de tomar la justicia en sus manos. Las armas nucleares han disipado una de las formas de la ideología wilsoniana, la cruzada por la paz; los votos de la Asamblea General de las Naciones Unidas disipan otra, la equidad de una ley que resultaría de la aplicación del principio mayoritario a la sociedad de Estados. Queda una última ilusión por disipar: después de los horrores de la Primera Guerra Mundial, ni los hombres ni los Estados dijeron "adiós a las armas".

El general que escribía el *Tratado,* incluso el joven oficial que soñaba con la gloria en el campo de batalla, no ignoraba la precariedad de las obras a las que se consagra el político. A nuestros nietos ya les cuesta comprender lo que nos exasperaba a mi amigo Golo Mann y a mí cuando mirábamos en el Kurfürstendamm cómo Goebbels arrojaba a la hoguera, en un gesto que remedaba un pasado lejano, los libros de Freud o Musil. Yo tuve que enfrascarme en las memorias o las cartas de Gneisenau o Clausewitz para revivir las pasiones de los patriotas prusianos contra Napoleón.

Otros hombres vivirán mañana otras pasiones. Francés de origen judío, yo no podría olvidar que Francia debe su liberación a la fuerza de sus aliados, Israel la existencia a sus armas, la posibilidad de supervivencia a su resolución y a la resolución norteamericana de combatir si es necesario.

Antes de sentirme culpable espero que un tribunal decida quién, si los israelíes o los palestinos, tiene derecho a reclamar la tierra consagrada por las tres religiones del Libro.

NOTAS

INTRODUCCION

NOTA I. *Liddell Hart y Clausewitz*

El librito de Liddell Hart *The Ghost of Napoléon*[1] contiene una lección general extraída de la historia, un esbozo del movimiento de ideas que impulsó a Bonaparte y un acta de acusación contra Clausewitz, considerado responsable de cierta interpretación de la manera napoleónica —lo cual es cierto— y de las matanzas del Somme y de Flandes —lo cual me parece francamente absurdo—.

La lección general, a la cual suscribiríamos no sin objeciones, es que un ejército victorioso corre el riesgo de dormirse en los laureles, que un jefe victorioso termina por caricaturizarse a sí mismo y que la guerra, en cuanto objeto de estudio, exige un estudio científico y debe ser pensada y conducida según la razón, recurriendo a la imaginación sin someterse a prejuicios ni costumbres. Liddell Hart ilustra y confirma el peligro del conservadurismo y los méritos de los innovadores o renovadores en los últimos dos capítulos del libro, tomando ejemplos de dos mil años de historia, desde Filipo y Alejandro de Macedonia hasta Wilson y Foch (los dos últimos en el papel de malvados).

En los primeros capítulos del libro Liddell Hart utiliza ante todo el libro de J. Colin, *L'Education militaire de Napoléon,*[2] y el de Spenser Wilkinson, *The French Army Before Napoleon,*[3] con el propósito de presentar los orígenes, los instrumentos y el secreto de la campaña de 1796 y las primeras campañas de Bonaparte. Su admiración está consagrada a Mauricio de Sajonia, a Guibert, a Bourcet.

El escritor inglés insiste sobre los méritos del mariscal de Sajonia en la misma medida en que éste se opone a Ferdinand Foch. Este, en los *Principes de la Guerre,*[4] citaba una frase, hoy célebre, tomada de *Mes rêveries:*[5] "No obstante no soy partidario de las batallas, sobre todo al comienzo de una guerra, y estoy convencido de que un general hábil puede librarla toda su vida sin verse obligado a batallar".

F. Foch omitía citar las líneas siguientes: "Nada vuelve tan absurdo al enemigo como este método; nada acelera más los resultados. Hay que brindar combates frecuentes y hun-

1 New Haven, Yale University Press, 1935.

2 París, R. Chapelot, 1900.

3 Oxford, 1915.

4 La primera edición se publicó en abril de 1903, París, Berger-Levrault, ps. 26-27.

5 "Mis ensoñaciones". El libro fue escrito en diciembre de 1732 y publicado en 1757. Cito según una edición reciente, París, Henri Lavauzelle, 1895, ps. 118-119. (También me he remitido a la edición del siglo XVIII: *Mes Rêveries ou Mémoires sur l'art de la guerre,* de Mauricio, conde de Sajonia, duque de Courlande y de Semigalle, dedicado a los señores oficiales generales, Mannheim, editado por Jean Drieux, 1757).

dir, como quien dice, al enemigo, después de lo cual se ve obligado a ocultarse ((. . .)) Con ello no me propongo afirmar que cuando se encuentra la oportunidad de aplastar al enemigo no se lo ataque, y que no se aprovechen los errores que él pueda cometer; pero sí afirmo que se puede hacer la guerra sin librar nada al azar; en ello reside la cúlmine de la perfección y la destreza de un general. Pero cuando no queda más remedio que librar batalla, hay que saber sacar partido de la victoria y sobre todo no contentarse con haber ganado en el campo de batalla, según la loable costumbre".[6]

Liddell Hart se complace malignamente en contraponer este análisis sutil con la oposición grosera que presenta el futuro mariscal de Francia: "Uno quiere evitar la batalla toda su vida; el otro (Napoleón) la busca afanosamente".[7] Foch retoma y simplifica la distinción clausewitziana entre la esgrima de las campañas dieciochescas y la lucha implacable de las guerras revolucionarias. El mariscal de Sajonia no excluye la batalla, de hecho libró y ganó varias; a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, no se propone limitar la victoria a la conquista del terreno, sino explotarla mediante la persecución ("Es preciso acuciarlo y perseguirlo a ultranza, y toda esta retirada, que parece tan bella, se convertirá pronto en derrota si es desbaratada").[8] Mauricio de Sajonia, en el siglo XVIII, no pertenece al bando de los tradicionalistas sino al de los innovadores; alude al servicio militar para todos, quiere renovar la organización de los ejércitos para brindarles movilidad, imagina que estos ejércitos viven en el país recaudando contribuciones, prefiere las regiones fortificadas por la naturaleza a las plazas fuertes, otorga un papel importante a los que llama "armados a la ligera", y también él, como tantos otros, conoce ya a los partisanos[9] ("Con una partida de veinticinco hombres a pie se puede atravesar un reino sin ser capturado").

Para Liddell Hart, la manera en que se desarrollaban las campañas en el siglo XVIII consideraba ante todo las dificultades de movimiento y avituallamiento, la potencia de las fortalezas, el modo de despliegue de los ejércitos. El mariscal de Sajonia, en una obra que él mismo tituló *Mes rêveries*, imaginaba por cierto otra clase de guerra. Foch se equivocaba, pues, al tomar una frase fuera de contexto para ilustrar y simbolizar la antítesis de dos estilos. La polémica de Liddell Hart, sin embargo, no deja de ser excesiva. "Hacer la guerra sin librar nada al azar", "Hacer la guerra toda la vida sin verse obligado a librar batalla", tales fórmulas se vuelven inconcebibles al final del siglo.[10] También Clausewitz, en los relatos de las campañas dieciochescas, explicaba las modalidades de la guerra por los estorbos al movimiento, el estado de las rutas, la organización de los ejércitos y las plazas fuertes. Pero discernía una relación entre la naturaleza de los regímenes políticos y la naturaleza de las fuerzas armadas. Liddell Hart, sin negar esta relación, la pone en segundo plano.

Asimismo, Liddell Hart reserva sus favores a Guibert, en quien de hecho encontramos algunas ideas que podemos denominar napoleónicas. Guibert critica implacablemente los ejércitos pesados, cargados de bártulos, incapaces de moverse, que observaba en su época. Deseaba todas las reformas que "aligeran un ejército, lo vuelven más manejable, más apto para la subsistencia, más capaz para las grandes operaciones".[11] E incluso: "En estas circunstancias, el movimiento es el objeto principal: todas las otras combinaciones son sólo

[6] *Ibid.*, p. 119.

[7] *Principes de la guerre,* París, 1903, p. 27.

[8] *Mes rêveries,* p. 119. Cf. también, al final de esta nota, las indicaciones sobre Montecuccoli.

[9] En el siglo XVIII se denomina partida *(parti)* a un destacamento poco numeroso, destinado a batir la campiña. Los partisanos son los que integran la partida. El Littré da la siguiente definición de partida (sentido nro. 4): "tropa de soldados que se destaca para batir la campiña (sentido derivado de partir, compartir [*(partir, partager)*])". A continuación define al partisano (sentido nro. 3): "oficial de las tropas ligeras o irregulares que recorre el país y libra una guerra de sorpresas".

[10] Cf. Apéndice A (al final de la nota).

[11] *Essai général de tactique* en *Oeuvres militaires de Guibert,* publicadas por su viuda según los manuscritos y correcciones del autor, París, Magimel, AN XII, t. II, p. 287.

accesorios, y hay que afanarse por someterlas a ella".[12] Previó y predicó las concentraciones de artillería que Bonaparte aplicó primero en el sitio de Toulon, luego en los campos de batalla. "El objeto de la artillería no debe ser de ninguna manera matar a los hombres en la totalidad del frente enemigo; debe ser arrasar, destruir las partes de este frente, ya en los puntos desde los cuales puede atacarnos con más ventaja, ya en aquellos donde puede ser atacado con mayores ventajas."[13]

Guibert explica la pesadez de los ejércitos y su incapacidad de movimiento por el modo de avituallamiento. "¡Cuán imperfecta es nuestra ciencia de la supervivencia, cuán lejos está de su finalidad!" Pero Clausewitz jamás ignoró una relación tan evidente y siguió el ejemplo de Guibert, quien escribía: "Los triunfos militares de las naciones dependen de lo que se piensa de su política, sobre todo de sus costumbres, y este eslabonamiento jamás lo muestran la mayoría de los historiadores, que comúnmente no son militares ni filósofos, y mucho menos ambas cosas a la vez".[14]

Liddell Hart reprocha a Clausewitz el concepto de guerra absoluta (negándose a comprenderlo). ¿Por qué no hacer el mismo reproche a Guibert, aún con más razones? Guibert denuncia con indignación las guerras limitadas de su tiempo: "Se concierta la paz, algunas colonias o provincias cambian de mano. A menudo la fuente de las querellas no está cerrada y cada cual se queda sentado sobre los escombros, ocupado en pagar sus deudas y afilar sus armas".[15]

¿Por quién clama en sus invocaciones? Por un pueblo "que hará más expediciones que acantonamientos. Terrible en su cólera, llevará a su enemigo la flama y el fuego. Espantará por sus venganzas a todos los pueblos que pudieran estar tentados de turbar su reposo. Y que no se llame barbarie, violaciones de las presuntas leyes de la guerra, a las represalias fundadas en las leyes de la naturaleza... Se vengará, asegurará, con el estallido de esta venganza, su descanso futuro".[16]

Cuando Bonaparte entró en escena, el nuevo instrumento existía: la organización divisional, los regimientos de caballería ligera e infantería ligera, una artillería eficaz, creada o reformada por Gribeauval, la revisión de los manuales y los ejercicios tácticos. Más aún, Bourcet[17] había redactado un plan de campaña para el mismo terreno donde Bonaparte alcanzaría la gloria de repente. Bonaparte había tenido la suerte, anteriormente, de servir en el mismo regimiento de artillería que el caballero Du Theil, autor del libro *L'usage de l'artillerie nouvelle dans la guerre de campagne,* según el cual "la decisión debe ser preparada por la desorganización o la desmoralización de la resistencia antes de lanzar el ataque".

En otros términos, y en este punto Liddell Hart reproduce los juicios de los mejores historiadores, las ideas o principios aplicados por Bonaparte fueron aprendidas en el entorno militar de la antigua Francia, no las debió solamente a su genio.

"La necesidad de distracciones, de desorganizar y desmoralizar al enemigo para paralizarlo efectivamente antes de intentar el golpe decisivo, siempre fue comprendida por los maestros del arte de la guerra. Pero hasta entonces sólo habían sido capaces de distraer al enemigo mediante maniobras prolongadas y estratagemas sutilmente largas. La posibilidad de dispersión con intención ofensiva, de dispersar las propias fuerzas para impedir la concentración del enemigo, no había sido explorada ni explotada. Esa dispersión organizada debía

[12] *Ibid.*, p. 302.

[13] *Ibid.*, p. 489.

[14] *Discours sur l'état actuel de la politique et de la science militaire en Europe. Avec le plan d'un ouvrage intitulé: La France politique et militaire.* Ginebra, 1773, p. 123. También utilicé una edición publicada en Londres en 1772 por Libraires Associés y que contiene el *Essai général de tactique précédé d'un Discours sur l'état actuel de la politique et de la science militaire en Europe avec le plan d'un ouvrage intitulé: La France politique et militaire* (XLIII).

[15] Guibert, *op. cit.*, p. 15 (p. vii).

[16] *Ibid.*, p. 61 (p. xxiii).

[17] *Principes de la guerre de montagnes.* El libro, escrito en 1775 y conocido desde esta fecha, se publicó en 1888 en la Imprimerie Nationale.

esperar una dispersión orgánica, el sistema divisional así como el perfeccionamiento de las armas de fuego, antes de volverse practicable y segura. Debía esperar también un espíritu capaz de captar sus ventajas, un hombre con el poder y el coraje para aplicarlas, y por último un modo de avituallamiento que permitiera sacar buen partido de ella. Encontró al primero en Boucert, al segundo en Napoleón, y el tercero gracias a la Revolución. Así podía tejerse la red, una red lo bastante amplia para extenderse sobre el conjunto de un teatro de operaciones" (Liddell Hart, ps. 97-98). Basta añadir a la red el tridente, los cazadores, la artillería de campaña y la maniobra sobre la retaguardia del enemigo para reunir el conjunto de medios utilizados por Bonaparte.

Agreguemos que, según Liddell Hart, Napoleón, aun reteniendo el principio de movilidad, se alejó cada vez más de su método inicial, confió cada vez más en el número, el ataque masivo, no aprendió nada y olvidó mucho. "El general Bonaparte aplicó una teoría que le dio un imperio; el emperador Napoleón desarrolló una práctica que arruinó ese imperio." A partir de este análisis —algunos de cuyos elementos figuran ya en los escritores militares franceses antes de 1914, los que defendían a Napoleón contra la interpretación que Clausewitz presuntamente había dado de su genio— Liddell Hart desarrolla la requisitoria contra Clausewitz, suscitada por el horror que le inspiran las carnicerías de la Primera Guerra Mundial.

La requisitoria comprende, me parece, tres considerandos: el *Tratado* está escrito en un estilo que no resulta inteligible siquiera para un lector sobre cien, y por ello los discípulos sólo recordaron frases aisladas, "Marsellesa prusiana que inflama la sangre e intoxica el espíritu" (p. 126); en todo caso, Clausewitz habría pregonado no la manera napoleónica sino su propia manera, la acción de masas, el choque directo, el papel decisivo del número; por último, el *Tratado*, bien o mal comprendido, habría desviado el curso del pensamiento militar, provocando un retroceso, ya visible en tiempos del mismo Napoleón. El libro de Liddell Hart está dedicado a T. E. Lawrence, que en el capítulo XXXIII de *Los siete pilares de la sabiduría* esboza una historia del pensamiento estratégico y rechaza la fascinación de la lógica clausewitziana para volver al mariscal de Sajonia y Guibert.[18]

Aun los clausewitzianos más fervientes deben adherir, al menos parcialmente, al primer considerando. El *Tratado* se presta, a causa de su escritura, a innumerables malentendidos y a interpretaciones divergentes. Pero la misma crítica puede hacerse a Maquiavelo o Marx. En todo caso, los equívocos del *Tratado* no justifican los errores que comete Liddell Hart ni los contrasentidos que él atribuye a los presuntos discípulos. No es cierto que Clausewitz haya enseñado doce años en la Escuela General de Guerra (p. 119), no es cierto que su obra "estuviera casi concluida" en el momento de su muerte. Sin llegar tan lejos como Herbert Rosinski, según quien el estado mayor del siglo XIX lo debe todo a la influencia directa o indirecta de Clausewitz, los lectores alemanes jamás redujeron la enseñanza del *Tratado* a las simplificaciones grotescas que sugiere Liddell Hart, "intoxicado" por la lectura de F. Foch o de Grandmaison.

Pasemos ahora al segundo considerando. Basta con leer atentamente el libro I y el libro VIII para comprender que la guerra absoluta no es un ideal sino un tipo ideal y que Clausewitz jamás pensó con volver a la política *(policy)* esclava de la estrategia. El hombre que escribió que la victoria era una noción táctica, que jamás era un fin sino un medio, pensaba, evidentemente, al contrario de lo que escribe Liddell Hart (p. 121), en lo que ocurrirá después de la guerra. Clausewitz jamás ignoró que la guerra debe conducirse con miras a los beneficios que puede aportar.

Más aún, mediante la conceptualización que adopta, reduce mucho más que el mismo Liddell Hart la autonomía de la estrategia. Cuando el escritor inglés emite un juicio sobre los méritos respectivos de E. von Falkenhayn y E. Ludendorff, ni siquiera se interroga sobre el objetivo que perseguían uno u otro. De hecho, separa la conducción política de la guerra de la estrategia o conducción de las operaciones. Clausewitz jamás habría aprobado esta separación. La falsificación del texto del capítulo 6B del libro VIII tiene precisamente la finalidad de borrar esta subordinación de la conducción de las operaciones a la voluntad del gabinete.

La conceptualización de Clausewitz presenta además dificultades por el hecho de que abarca tanto decisiones emparentadas con la táctica, relacionadas con los movimientos, el despliegue de las tropas, como decisiones políticas y militares a la vez (¿en qué teatro de

[18] Cf. Apéndice B.

operaciones concentrar las fuerzas principales, dónde atacar y dónde permanecer a la defensiva?). Sea cual fuere la conceptualización adoptada en última instancia, la conceptualización de Clausewitz no varía: conducción de las operaciones, gran táctica o estrategia deben ser instrumento de la "gran estrategia", la cual equivale a la conducción política de la guerra. Si los militares no comprendieron esta enseñanza fue porque no quisieron comprenderla. Ni en el libro I ni en el libro VIII los textos se prestan a equívocos. Bastó que el libro fuera leído por civiles, H. Delbrück o Lenin (e incluso Jaurès), para que la verdad fuera restablecida.

Subsisten dos acusaciones precisas que sí revisten cierta verosimilitud e incluso, a mi parecer, cierta verdad. Primero: la importancia del número. Como he dicho, Clausewitz piensa en ejércitos cuya organización y armamento son de calidad comparable, método de razonamiento teóricamente legítimo pero peligroso. Clausewitz se interesaba personalmente en las armas y la técnica; con frecuencia sigue en el *Tratado* la renovación de los métodos de ataque y defensa. Por lo demás, aunque insista sobre la importancia del número, quiere infundir al más débil la voluntad de vencer mediante el coraje, mediante la aceptación de una muerte gloriosa antes que una capitulación. Digamos también que el número de hecho desempeña un papel en el campo de batalla. Además, el período 1792-1815, vivido por Clausewitz, fue más rico en batallas y movilización de masas humanas que en innovaciones técnicas.

En segundo lugar, y es la acusación más grave, ¿Clausewitz no fue ante todo marcado por una manera napoleónica, por el choque brutal de las batallas, por la acción de masas; en otras palabras, por lo que Liddell Hart considera como la corrupción o regresión del método del general Bonaparte? Por cierto, ni en Borodino ni en Ligny, dos de las batallas en las que Clausewitz colaboró o participó, pudo reconocer la red y el tridente, el sostén recíproco que se brindan los cuerpos o divisiones que cubren un vasto teatro de operaciones.

Más aún, en razón de su conceptualización, Clausewitz no puede esclarecer del todo lo que más interesa a Liddell Hart: la fluidez del movimiento, el efecto sorpresa, la desmoralización del adversario antes del golpe de gracia. Dicho esto, basta con leer atentamente el libro V —que trata de las fuerzas armadas, o sea del instrumento— para ver que Clausewitz no ignora los caracteres nuevos de las fuerzas armadas, posibilitados por la guerra moderna. En los *Principios de la enseñanza* (1812), cuando trata sobre los principios de la táctica para el ataque (II, 1, B, 11), recuerda que un cuerpo bien organizado puede resistir por un tiempo a una fuerza muy superior y añade que uno de los principios más importantes para la guerra ofensiva consiste en sorprender al enemigo, pues el defensor puede conseguir la sorpresa disimulando sus disposiciones y el atacante mediante una marcha imprevista *(unvermuteter Anmarsch)*.

Cuando habla de estrategia, adjudica aún más importancia a la sorpresa. Escribe que es "el principio más eficaz de la victoria. El emperador francés, Federico II, Gustavo Adolfo, César, Aníbal, Alejandro, deben a su rapidez los más bellos destellos de su gloria" (III, 1, 7). Un poco más adelante, en III 1, 14, explica, tal como lo hace Liddell Hart, que la organización divisional y el nuevo modo de avituallamiento han posibilitado la ampliación del teatro de operaciones; un cuerpo puede resistir por un tiempo a un enemigo dos o tres veces superior, los otros vienen en su auxilio; aun si el primero ha sido derrotado, no combatió en vano. Las divisiones o los cuerpos hacen la campaña juntos o separados, pero con la capacidad para participar en la misma batalla si pertenecen al mismo ejército (III, 1, 14). Si no insiste más en este punto es porque para él lo difícil no es el principio sino la ejecución.

Remitámonos ahora al libro V del *Tratado,* capítulo 5. Clausewitz analiza cómo el ejército dejó de ser un conglomerado único y se transformó en un "todo estructurado", por ende ágil y flexible *(biegsam und gelenkig)*.[19] . Algunas páginas más adelante cita "la autonomía de cada subdivisión". En el capítulo 10 del mismo libro señala que la división orgánica del ejército *(organische Einteilung)* facilita las marchas precisas y rápidas que, en tiempos de Federico, reclamaban un virtuosismo particular. En síntesis, Clausewitz no ignoró la "movilidad y la manipulabilidad" del ejército y sus partes, e incluso les atribuye las mismas tres causas que los historiadores de hoy, estructura divisional, potencia de fuego incre-

[19] V, 5, p. 321 y p. 309 (519).

mentada, aligeramiento de los convoyes y nuevo modo de avituallamiento. Clausewitz analiza la acción recíproca entre el orden de batalla y la estrategia, corrobora la ampliación del campo de batalla, consecuencia del volumen de las tropas y la ayuda que las diversas partes se prestan entre sí, inspirándose manifiestamente en las mismas ideas que desarrolla Liddell Hart.

Si la maniobra no aparece con claridad en el *Tratado* es porque Clausewitz tiende a integrarla en la estrategia misma, pese a que reserva el término maniobra para lo que nosotros hemos denominado *estrategia maniobrera,* opuesta a la batalla misma.[20] El movimiento que tiende a crear las condiciones favorables para una batalla, en un momento propicio, un lugar favorable, sobre frentes invertidos, cortando la línea de retirada del enemigo; en una palabra, la estrategia (en el sentido de Liddell Hart) no es objeto de un estudio independiente. Más aún, como cree más en la eficacia del número, de la energía, de las fuerzas morales que en las formas geométricas, termina por dar la impresión de que ignora la maniobra, cuando todo el libro, consagrado a la defensiva y sus diversas modalidades, basta para demostrar que no comete ese error. Es cierto que cuando interpreta a Bonaparte, mucho más en el *Tratado* que en los *Principios de la enseñanza,* se inspira más en la manera del emperador que en la del general.

Otra fuente de confusión consiste en el desconocimiento de la oposición entre estrategia y táctica en el pensamiento clausewitziano. Algunos lectores franceses traspusieron a la táctica fórmulas sobre la ofensiva directa, brutal, rápida, tendiente al combate decisivo. Pero para no falsear el pensamiento de Clausewitz hay que completar y corregir estas fórmulas mediante el análisis de la táctica, o sea las condiciones físicas del combate.

La teoría de la táctica combina la díada defensa-ataque con la díada fuego-cuerpo a cuerpo *(Handgefecht).* Quien tiene fama de doctrinario fanático del número reconoce que en el combate con armas de fuego la ventaja del número es pequeña (#89 a). En este sentido, Clausewitz percibía con más claridad las consecuencias de las armas de fuego que el futuro mariscal Foch a principios del siglo siguiente.[21] Recomienda debilitar el fuego del adversario reduciendo el número de hombres alineados, ampliando los huecos entre ellos. Nada es, pues, más extraño a Clausewitz que la idea del ataque masivo, con armas blancas, sin una preparación suficiente mediante el fuego. Por ejemplo, leemos en el número 198: "Un mejor conocimiento del combate, y en particular la experiencia concreta, nos enseña también que una tropa, una vez sometida al fuego del adversario, rara vez puede ser utilizada para un asalto enérgico". Por lo demás, sin siquiera remitirse a la teoría de la táctica, basta con leer atentamente el libro VI para disipar la leyenda del doctrinario del ataque táctico a ultranza. Clausewitz no cesa de subrayar la fuerza de la defensiva, la imposibilidad de tomar por asalto ciertas posiciones, la invulnerabilidad o cuasiinvulnerabilidad de los bastiones de resistencia bien elegidos y bien equipados. En táctica, aún más que en estrategia, Clausewitz acentúa las ventajas de la defensiva. Ni los generales alemanes que mandaban en Gravelotte ni *a fortiori* los generales franceses de 1914 o el comandante Grandmaison tenía derecho a invocar a Clausewitz, y probablemente no habían leído atentamente su esbozo de una teoría del combate.[22]

En lo que concierne al tercer considerando, lo tratamos en el texto mismo.

Volvamos al diálogo entre Clausewitz y Liddell Hart. Este le habría tomado alergia al *Tratado,* aun entendiéndolo exactamente, a causa del estilo y la elaboración conceptual. Esta le parecía inútil en general (desde luego, en la guerra todo se remite al combate) y peligrosamente equívoca (no siempre es necesario destruir las fuerzas armadas del adversario). Por último, y sobre todo, leía en el *Tratado* la doctrina implícita del ataque demoledor que supone lógicamente la busca del número, la aceptación de los sacrificios sangrientos, cuando él enfatiza la sorpresa, el movimiento, la eficacia del número escaso, los grandes triunfos

[20] Asimismo, en la teoría de la táctica, en el número 233, retoma la oposición conceptual entre combate y maniobra.

[21] Cf. *Principes de la guerre,* p. 31.

[22] La traducción exacta del título sería "Ideas rectoras de la elaboración de la táctica o de la enseñanza del combate".

obtenidos mediante estratagemas. No niego esta posición, aunque el *Tratado* permite pensar todas las maneras y no impone ninguna fuera del tiempo y del espacio.

Agreguemos que un estratega de una potencia continental se inclina a interpretar de otro modo que un estratega de una potencia insular las proposiciones abstractas de que la guerra constituye un todo y el triunfo en el frente principal decide el conjunto. Con un territorio protegido de la invasión por el mar, Gran Bretaña podía elegir un campo de batalla secundario en el cual tropas pequeñas ejercían a la larga una influencia desproporcionada con el número. Ni Alemania ni Francia estaban en condición de aplicar esas máximas, o al menos su aplicación les resultaba costosa.

APPENDICE A. *(Liddell Hart y Clausewitz)*

Liddell Hart cita incluso, antes de Mauricio de Sajonia, a Montecuccoli, que también habría conocido y formulado el principio de la batalla. "Es una paradoja esperar la victoria sin combate; la finalidad del que hace la guerra es poder combatir en campaña para ganar una victoria, y quien no se propone lograrlo se aleja del fin natural de la guerra." Se notará la expresión "fin natural de la guerra", que reaparece en Clausewitz, aunque el adjetivo *ideal* reemplaza a veces a *natural.* Este texto se encuentra en el libro II, capítulo VI (volumen 3), p. 298 de *Mémoires de Montecuccoli, généralissime des Armées et grand maître de l'artillerie de l'Empereur.* He consultado una edición del siglo XVIII que incluye los "Commentaires de Monsieur le comte Turpin de Grissé", Amsterdam y Leipzig, Arkstée & Merkus, 1770.

El texto que cita Liddell Hart tiene en efecto un tono clausewitziano. Aun así conviene mencionar que este pasaje se encuentra en el libro II, dedicado al estudio de una guerra particular, la de los húngaros y los turcos. En el capítulo III se reseñan las razones para no librar batalla y las razones para librar batalla. Entre estas últimas figura el pasaje citado por Liddell Hart. Montecuccoli aparentemente se pronuncia a favor de la batalla, al menos en el caso particular que estudia en detalle. Algunas páginas más adelante escribe: "La necesidad de combatir es absoluta y evidente, pues resulta imposible terminar la guerra de otro modo, y no se puede estar sin guerra con el temor constante de tenerla, ni en consecuencia sufrir bajo el peso insoportable de los ejércitos que agotaron el país y redujeron a los húngaros a la miseria extrema" (p. 301).

Se podrían citar incluso pasajes del libro I, que trata del arte de la guerra en general. Así, en el libro I, capítulo III, artículo 2, a propósito de las batallas: "Las batallas dan y quitan las coronas, deciden entre los soberanos sin apelación, concluyen la guerra e inmortalizan al vencedor" (vol. II, p. 348). En otro pasaje leemos: "Fatigar con las fuerzas más débiles al grueso del enemigo, luego acudir con las fuerzas más vigorosas y frescas, cargar contra las del enemigo, que está fatigado" (vol. II, p. 398).

También Montecuccoli tomaba el ejemplo de Fabio: "((. . .)) Fabio no rehuía el combate, sino que deseaba librarlo ventajosamente, y para ello siempre tenía sus tropas tan bien preparadas que al librar batalla podía esperar razonablemente que vencería" (libro II, capítulo III, vol. III, p. 187).

He aquí otro texto de espíritu clausewitziano: "Persuadirse de hacer progresos y conquistas en la guerra sin combatir en campaña y sin llegar a una batalla, si esto no es una contradicción de los términos es cuando menos una paradoja que ha sido blanco de justificadas bromas" (libro II, capítulo III, volumen III, p. 187).

Clausewitz jamás pretendió inventar las ideas estratégicas, según él simples, casi evidentes e implícitas en la práctica de los grandes capitanes. Quiso ordenar estas ideas remitiéndose a los principios y enseñar que en la guerra todo es simple y que lo simple es difícil.

APPENDICE B. *(Liddell Hart y Clausewitz)*

El capítulo XXXIII de *Los siete pilares de la sabiduría* presenta un doble interés, en parte porque insinúa una teoría-doctrina de la guerra de liberación y de la guerrilla, en parte por ser un momento del pensamiento militar que más tarde interpretó B. H. Liddell Hart.

T. E. Lawrence se interesó en los estudios militares, al margen de sus estudios de arqueología, e indica que pasó de Napoleón a Clausewitz y su escuela, luego a Caemmerer y Moltke, sin olvidar los últimos trabajos de los franceses. Expresa admiración por el maris-

cal de Sajonia y Guibert —admiración que su amigo Liddell Hart conservó hasta el fin de su vida— y luego habla de Clausewitz en estos términos: "Clausewitz, no obstante, los superaba tanto, desde un punto de vista intelectual, y la lógica de su libro era tan fascinante, que inconscientemente yo había aceptado sus conclusiones hasta el momento en que un estudio comparado de Kuhne y de Foch me dejó asqueado de los soldados, harto de su gloria oficial, y más insatisfecho que nunca con respecto a su lucidez". En otros términos, repudia ante todo a los clausewitzianos franceses y alemanes de antes de 1914, especialmente a C. von der Goltz y Foch (el segundo había leído a Clausewitz a través de la obra del primero). Lawrence, como Liddell Hart, se ensaña ante todo con Foch, con su concepción de la guerra moderna, guerra absoluta, guerra entre pueblos, entre dos naciones "que, profesando filosofías incompatibles, someten sus doctrinas a la prueba de la fuerza". Observa con sensatez que "filosóficamente es idiota, porque se pueden discutir opiniones, pero las convicciones sólo se curan a escopetazos". También Lawrence, que conocía la diversidad de las guerras según Clausewitz, se niega a asimilar la guerra absoluta de Foch con la guerra en cuanto tal, y no ve en ella sino una "variedad exterminadora".

Por lo demás, Lawrence analiza, en el caso particular de la guerra del desierto, la inutilidad de las batallas y la prioridad de los blancos materiales (ferrocarriles); sustituye la dualidad estrategia-táctica por tres objetos: el elemento algebraico de las cosas, el elemento biológico de las vidas, el elemento psicológico de las ideas. En condiciones particulares, Lawrence puede aplicar a la guerra entera las reglas de la guerra pequeña. La relación entre maniobra y batalla que estructura el pensamiento clausewitziano cambia de sentido cuando se pasa de la guerra grande a la pequeña. La revuelta del desierto ofrece el primer ejemplo, antes de Mao Tse-tung, de una guerra pequeña que conduce a la victoria total. Mucho antes que los comunistas, Lawrence había comprendido que en esta clase de guerra había que preocuparse mucho más por lo que pensaban los hombres que por lo que hacían. "La diatética se convertía así en más de la mitad del mando."

NOTA II. *Clausewitz y la campaña de Italia*

Entre los relatos de campañas, el que Clausewitz consagró a los inicios de Bonaparte me parece uno de los más instructivos. Permite calibrar la parte de verdad que contiene el análisis de Liddell Hart, al tiempo que sugiere lo esencial del análisis clausewitziano.

Clausewitz no conocía a Bourcet y su libro *Principes de la guerre de montagnes,* que en la época sólo existía como manuscrito. No discierne claramente lo que Bonaparte debe a su formación militar, a Bourcet, a Bribeauval, a Dutheil. Sin embargo no pasa por alto las características de la manera de Bonaparte que Liddell Hart, y Colin antes que él, han elucidado: explotación de la estructura divisional para ampliar el campo de operaciones, dispersión de las divisiones o cuerpos aunque manteniendo la posibilidad de una concentración rápida. Así, en las páginas 122-123, describe la situación del ejército de observación a fines del mes de junio de 1796, "posición tal que debía reagruparse en dos días, ya entre el Etsch y el Mincio, ya entre el Mincio y las Chiese". No niega el papel de las combinaciones estratégicas en las victorias obtenidas por Bonaparte en el curso de la primera fase de la campaña. Las consideraciones que desarrolla a propósito de los triunfos de Bonaparte contra Beaulieu reflejan fielmente el modo de análisis y de crítica del teórico. Beaulieu perdió diez mil hombres sobre treinta mil, o sea un tercio de las fuerzas, en una serie de derrotas pequeñas que juntas equivalen a una gran derrota.

No obstante, el teórico Clausewitz nos recuerda "que una gran victoria siempre tiene más valor que una serie de combates pequeños, aun si éstos infligen al vencido las mismas pérdidas" (H. W., IV, p. 40). Corrige enseguida con una observación de sentido contrario: estos triunfos separados o parciales fueron mucho menos inciertos que el eventual resultado de una batalla campal entre los dos ejércitos. Más aún, en ningún momento tuvieron los austríacos la menor probabilidad de un resultado feliz; en este caso el papel de la estrategia fue decisivo. "El triunfo total dependía, pues, esencialmente de los excelentes triunfos que las combinaciones estratégicas dieron a los franceses; estos resultados estratégicos habían preparado todas las decisiones particulares,[23] de manera tan ventajosa que no podían perder. Se

[23] Se trata de las decisiones tácticas en los diversos combates.

puede decir luego que la estrategia, en este caso, predominó en gran medida, como rara vez en otras ocasiones; en verdad la decisión dependió casi totalmente de ella."

Sin embargo conviene añadir inmediatamente dos observaciones. Clausewitz atribuye a las combinaciones estratégicas de Bonaparte una gran simplicidad, y su triunfo a los errores de los austríacos. Y la victoria global no sólo a los errores de los austríacos sino a la energía de Bonaparte. Por lo demás, conserva la distinción conceptual entre las combinaciones estratégicas o la estrategia que permiten librar combate o batalla en condiciones favorables y "la estrategia maniobrera *(Das Manövrieren),* cuyo concepto consiste en que se busca el triunfo sin decisión principal, sin batalla ni victoria" (p. 153).

La originalidad del análisis clausewitziano se manifiesta ante todo en el énfasis sobre las cualidades morales de Bonaparte, sobre la energía, la audacia, la rapidez. En el libro de J. Colin, *L'education militaire de Napoléon,*[24] he aquí el resumen del método seguido en 1976: "Abarcar todo el teatro de operaciones, *no dividir el ejército,* extenderlo bastante para engañar y desbordar al enemigo sin cesar de *poderse concentrar en un día,* dirigir los esfuerzos a un *solo punto de ataque* y por *sorpresa, perseguir sin interrupción,* obtener todos los resultados mediante *movimientos incesantes* del ejército entero y de cada división: he allí, prácticamente, la esencia de la guerra napoleónica". Las palabras subrayadas designan las ideas que Clausewitz sin duda habría reconocido como características de Bonaparte. No conceptualizó, o al menos no conceptualizó en el mismo grado, las otras ideas de este texto.

Atribuye una importancia extrema a la hazaña táctica del puente de Lodi y le consagra varias páginas (94-95 en particular) que ilustran una de sus ideas fundamentales: las fuerzas morales no deben ser descuidadas por la teoría. "No se conduce la guerra sólo con la inteligencia, y en guerra la acción no es puro cálculo. El hombre íntegro libra la guerra y él también pertenece, en cuanto tal, a la teoría y la crítica" (H. W. t. IV, p. 94). Bonaparte no tenía ninguna necesidad estratégica de tomar por asalto el puente de Lodi; habría podido adueñarse de él al día siguiente, con un costo menor. Pero también habría perdido los laureles de una victoria cuya resonancia y fuerza moral fueron inmensas. "En su relato Bonaparte denomina a este combate por un solo puente, este ataque con una sola columna, intencionalmente, la batalla de Lodi, engalanada con el trofeo de veinte cañones y varios miles de prisioneros. De esta forma el combate recorrió toda Europa, suscitando aquí dicha y alegría, allá vergüenza y temor, en otras partes inquietud y prudencia" (*Ibid.,* p. 95).

Más aún que estas consideraciones sobre el aspecto psicológico o moral de los combates, nos interesa la crítica de la conducción de la campaña, crítica que toca el meollo del pensamiento clausewitziano. Como hemos dicho, éste se estructura sobre la relación entre medio y fin. Así, la crítica formula juicios al principio sorprendentes. Por ejemplo, en el parágrafo 43 (p. 149) examina el conjunto del segundo acto de la campaña, o sea las victorias obtenidas sobre el ejército de Wurmser, que estaba refugiado en Mantua, cuyo sitio Bonaparte debió levantar abandonando parte del material. ¿Cuáles eran los objetivos de Wurmser? Acudir en auxilio de Mantua sitiada y vencer al ejército francés. Por lo tanto, Bonaparte también tenía fijada una finalidad: mantener el sitio de Mantua y vencer al ejército de Wurmser. Sin embargo no alcanzó su fin, pues Wurmser, en Mantua, pudo prolongar la resistencia varios meses y así impedir al ejército de Italia toda intervención en la campaña de Alemania. "La acción de Bonaparte era novedosa, sorprendente, de una gran resolución y una actividad inaudita; se la puede llamar brillante; pero no era adecuada y no podía resolver la totalidad de la misión que le era impuesta" (*Ibid.,* p. 149). No me interesa —y carezco de competencia para hacerlo— discutir los méritos de la solución sugerida por Clausewitz: construir alrededor de Mantua una línea de circunvalación; la fortaleza no habría tardado en capitular y el ejército de socorro de Wurmser jamás habría osado atacar al ejército francés en semejante posición. Lo que nos parece esencial es comprender qué Clausewitz, pese a las leyendas, no es un doctrinario de los combates o batallas en cuanto tales. Es un doctrinario de la busca racional de los medios, una vez planteada la finalidad. No niega la importancia de las combinaciones estratégicas, pues gracias a ellas el general francés se encuentra con fuerzas que duplican las austríacas en el punto decisivo (*Ibid.,* p. 172).

No pienso, pese a lo que hayan escrito los franceses a fines del siglo pasado, que Clause-

[24] París, R. Chapelot, 1900.

witz haya querido rebajar a Bonaparte. No le escatima elogios. Por ejemplo, en el parágrafo 52 (p. 186): "El comportamiento de Bonaparte ante este segundo ataque de los austríacos se eleva por encima de todos los elogios posibles. Elige la solución más decisiva, porque está seguro de lo que hace, y la conduce con una fuerza, una rapidez irresistible, francamente inigualable".

La conclusión de la crítica se encuentra en el parágrafo 68 (p. 302 y ss.). Mientras no hubiera caído Mantua, el ejército de Italia no podía penetrar en Alemania. Más aún, mientras la fortaleza resistía, persistía la tensión y Bonaparte seguía a merced de cualquier derrota que lo obligara a evacuar todo el Milanesado. En cada ocasión apostaba todo lo que había ganado, y por eso levantar el sitio de Mantua cuando la ciudad llegaba al límite de su capacidad de resistencia fue un error.

Se podría añadir incluso que la crítica clausewitziana no se atiene jamás a un episodio, combate o batalla, separado del conjunto. Bonaparte libró y ganó muchos combates en un estilo brillante. Pero al levantar el sitio de Mantua eligió un camino más largo y, según Clausewitz, más arriesgado.

NOTA III. *A. Grouard*

Antoine Grouard escribió muchas obras sobre las campañas de Napoleón y la guerra de 1870. Combatió las tesis de la época sobre el papel de las plazas fuertes.[25] "No me opongo a las grandes plazas fuertes, sino a la idea de hacer de ellas pivotes estratégicos, o sea bases de operaciones exclusivas para los ejércitos activos. Pero esta idea que constituye el basamento de las doctrinas que el general Brialmont desarrolló antaño en su obra sobre la defensa de los Estados es la que se aplicó en Francia en 1870, en Metz y en París."[26]

Históricamente, pese a todo, su contribución principal ha sido su convicción permanente de que Francia debía adoptar frente a Alemania no sólo una política defensiva sino una estrategia defensiva. Según su propio testimonio, había redactado en la década de 1880 un trabajo titulado *Plan de campagne contre l'Allemagne,* que comunicó al general de Miribel, al duque de Aumale y al general Février. Escribe a continuación: "Hay que creer que las ideas que yo exponía allí, algunas de las cuales he reproducido en las páginas precedentes, fueron bien apreciadas por el general de Miribel, pues años más tarde me hizo designar para que formara parte, en caso de guerra, del estado mayor general del ejército, donde debía presentarme el primer día de la movilización. Otros generales que podría nombrar también tuvieron conocimiento de mi estudio, y uno de ellos, el general Billot, siendo ministro de Guerra, me hizo venir a París, quince años más tarde, durante tres meses, para redondearlo, teniendo en cuenta las nuevas condiciones de la movilización; fue lo que hice, dándole nuevos desarrollos".[27]

Los planes de guerra siguieron siendo defensivos, en Alemania, hasta la llegada de Schlieffen en 1890, y en Francia hasta 1911. El general de Miribel aceptaba las ideas de Brouard, que, sin el diploma de la Escuela de Guerra, no podía formar parte del estado mayor del ejército en tiempos de paz. En 1913, Grouard, hereje con respecto a las doctrinas oficiales, no había pasado del grado de teniente coronel.

Sus libros sorprenden por la libertad de juicio que testimonian. Admira a Napoleón sin idolatrarlo, y esclarece los errores cometidos en las campañas de 1813 y 1814. La maniobra sobre líneas interiores, que él recomienda siguiendo a Jomini, exige que se concentre el grueso de las fuerzas contra una fracción del ejército enemigo y que uno permanezca a la defensiva frente a las demás fracciones. Esta regla no fue respetada por Napoleón en 1813. Tuvo que acudir en auxilio de sus lugartenientes vencidos o en apuros, obtuvo victorias, pero no destruyó a los ejércitos enemigos. Finalmente tuvo que aceptar la batalla de conjunto en Leipzig, donde perdería. Asimismo, analiza los errores cometidos en Ligny.[28]

Grouard demuestra la necesidad y las ventajas del combate en retirada inspirándose en

[25] *De la véritable utilité des places fortes,* París, Chapelot, 1886.

[26] *La guerre éventuelle,* París, Chapelot, p. 25.

[27] *Ibid.*, ps. 147-148.

[28] *Ibid.*, p. 189.

Jomini. "((. . .)) Para nosotros, Jomini está por encima de todos los escritores militares del siglo XIX, así como Napoleón está por encima de todos los generales, y con razón se ha podido decir que si Napoleón es el dios de la guerra Jomini es su profeta."[29]

Me parece evidente que un buen discípulo de Clausewitz habría concluido, en 1914, que Francia debía adoptar una defensiva estratégica, al menos para dar a los ejércitos rusos tiempo para desplegar sus fuerzas. Asimismo, un discípulo de Clausewitz habría reconocido una de las tesis del *Tratado* en el juicio de Grouard sobre el envolvimiento estratégico realizado sólo en el campo de batalla, lo que Clausewitz denominaba movimiento excéntrico y consideraba peligroso. Federico II había aplicado esta forma en la campaña de 1557, Napoleón jamás, escribía en los *Principios de la enseñanza.* "Las concepciones alemanas (concentración en el campo de batalla de tropas provenientes de direcciones diferentes) sólo convienen a los ejércitos muy superiores en número y, aun en este caso, cuando nos inspiramos en ellas para conducirlas a la batalla, se deja al adversario las ventajas que no habría tenido de otra manera, y que, en muchas circunstancias, han sido aprovechadas por un general astuto para obtener la victoria pese a su inferioridad numérica."[30]

En este punto, al contrario de lo que cree Grouard, Clausewitz está de acuerdo con Jomini; lo que reprocha al segundo es el dogmatismo y la escolástica de las líneas interiores, como si lo esencial residiera en estas muy simples combinaciones. Pero Clausewitz admira la campaña de 1796 o de 1814, no la campaña de Rusia o la de 1813.

El pequeño libro que A. Grouard consagró a la estrategia en 1895 me pareció superior a la mayor parte de las obras de la época, incluida la del mariscal Foch. No tiene originalidad, pero al menos recuerda las ideas esenciales de Jomini, desecha algunas doctrinas circunstanciales (por ejemplo, las que adjudicaban una importancia decisiva a las vanguardias), insiste, al contrario de la mayoría de sus contemporáneos, sobre "los progresos del armamento, que ejercen una influencia directa sobre la táctica y modificarán al mismo tiempo, de manera indirecta, el valor de ciertas operaciones estratégicas" (p. 17). Comprendió que la defensa no implica pasividad sino espera del ataque enemigo en el propio suelo. Habla de los principios igual que Clausewitz: "Aun cuando haya buenas razones para desecharlos, no hay que perderlos de vista, pues es la única manera de saber atinadamente a qué nos exponemos" (p. 47).

Se aparta de Clausewitz al tomar la estrategia en el sentido de conducción militar de las operaciones, y comprende que "la escuela alemana, que en el fondo procede de Clausewitz, siempre propendió a ampliar el papel de la estrategia, comprendiendo en ellas las causas morales, la política de la guerra; en una palabra, todo cuanto puede ejercer una influencia real en los proyectos del general en jefe" (p. 6). En este dominio, el que hoy día se denomina operacional, entre táctica y estrategia, Grouard analiza con pertinencia no sólo teorías sino ejemplos históricos, especialmente los desastres de 1870. Si el ejército francés fue finalmente cercado en Sedán, "es porque ello puede ocurrirle a cualquier ejército que permanece inmóvil frente a un enemigo numéricamente superior" (p. 76).

NOTA IV. *El primer libro francés sobre Clausewitz: Bystrzonowski*

Debo esta indicación a la gentileza de un investigador alemán. Este oficial polaco que sirvió en el ejército francés del Africa publicó en el *Spectateur militaire,* en 1845, un "Resumen de los principios de la guerra según la obra póstuma del general de Clausewitz". Estos artículos fueron publicados en volumen, en 1846, en la Librairie militaire J. Dumaine. El autor dedica su obra al duque de Nemours y recuerda que ha emprendido el trabajo a pedido del duque de Orleans. Bystrzonowski ha resumido no sólo el *Tratado,* sino los *Principios de la enseñanza* y el *Esbozo de una teoría de la táctica.* El resumen es en general penetrante y revela una gran admiración. "No se encontrará en sus obras una frase trivial, y menos una frase donde él sacrifique sus convicciones a las exigencias de su posición" (p. 10).

Tal vez a causa de su origen polaco es sensible a las ideas de Clausewitz sobre defensa nacional. Así escribe en la página 36: "Asimismo, si pese a la derrota de Austerlitz, de

[29] *Ibid.*, ps. 126-127.

[30] *Ibid.*, p. 109.

Friedland y de Wagram, hubiéramos perseverado en la resistencia, las guerras habrían terminado en una catástrofe similar a la de 1812, pues en el estado actual de la sociedad, mientras el gobierno conserva energía, mientras el pueblo no se resigna a la esclavitud, es imposible sojuzgar a una nación".

También reconoce la importancia y la eficacia de la insurrección nacional: "Es mucho más fácil desembarazarse de una tropa de soldados que de una banda de campesinos armados; los primeros, una vez derrotados, huyen en la misma dirección por la costumbre de estar juntos, mientras que los segundos huyen por todas partes y reaparecen con la misma facilidad" (p. 132).

En cambio, no capta sino muy imperfectamente las relaciones entre política y guerra, las dos especies de guerra, la dualidad del concepto y la experiencia.

NOTA V. *Primera lectura antes de 1872*

Edouard Nicolas De La Barre Duparcq, oficial de genio, fue director de estudios en la Escuela de Saint-Cyr y escritor fecundo. Escribió obras técnicas sobre las fortificaciones, el libro *Principes de la stratégie,* estudios históricos sobre el arte de la guerra en la Antigüedad, sobre las guerras prusianas, sobre los grandes capitanes, además de muchas comunicaciones a la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 1853 publicó en la editorial Corréard un *Commentaire sur le traité de la guerre de Clausewitz,* poco tiempo después de la publicación de la primera traducción francesa de *Vom Kriege* por el mayor de artillería belga Paul Neuens. Probablemente la publicación de esta traducción fue ocasión o causa de este "comentario". De La Barre Duparcq utiliza la traducción de Neuens, pero sin duda leía alemán.

El *Commentaire* tiene la forma siguiente: un breve resumen de algunas páginas de las ideas esenciales de cada uno de los ocho libros, además de observaciones críticas abundantes sobre puntos particulares. Los ocho resúmenes son rápidos y superficiales, jamás atienden a la estructura conceptual de la obra, sólo retienen las ideas militares en forma de preceptos. Pese a todo, la interpretación dada De La Barre Duparcq se parece a la de los primeros lectores de Clausewitz.

Este comentario aparece veinte años después en la publicación del primer volumen de *Vom Kriege* por Marie von Clausewitz.

Según el historiador francés, la posición del *Tratado* aún no está establecida definitivamente. Después de un gran entusiasmo, la opinión ha desistido de su exagerada admiración. Los alemanes mismos ya no están seguros de que se trate de esa obra maestra pomposamente anunciada. ¿Qué piensa de ella De La Barre Duparcq? Se esfuerza por formular un juicio equilibrado. *Vom Kriege* constituiría "un tratado metafísico de la guerra" (p. 323), Clausewitz se habría "afanado excesivamente en profundizar el tema" (p. 324); se encuentran "pensamientos rebuscados, que huelen a esfuerzo y trabajo", de donde resulta "una carencia de naturalidad y claridad" (ps. 324-325). Sería difícil sentirse cómodo en "el laberinto de sus ideas". Pese a estas reservas, el libro no carecería de "méritos", se discerniría en él "una profunda instrucción y la flexibilidad de su pluma" (p. 325). En conclusión, no deja de recomendar su lectura a los jóvenes oficiales y alaba al traductor, pues se había considerado una "obra imposible de traducir".

Subrayemos algunos puntos particulares del comentario. De La Barre Duparcq adhiere a los preceptos de Clausewitz relacionados con la conducción de la guerra. "Así, por bien de los dos bandos, la guerra debe conducirse con energía y rapidez; huelga decir que debe ser sangrienta, pues debe tratar de asestar golpes decisivos" (ps. 15-16). No obstante, cuando llega (IV, 11) a las fórmulas célebres —"no se habla de generales que obtienen la victoria sin derramar sangre"—, observa de manera un tanto cómica, que "un poco de elegancia en la fórmula le habría servido mejor de pasaporte" (p. 105). Lamenta y critica la crudeza del lenguaje.

En general no comprende el método de abstracción de Clausewitz, no sospecha su manera dialéctica. Admite que la intención política y el poder político asumen la conducción de la guerra (p. 288), pero al principio del libro (ps. 20-21), a propósito de la fórmula "la guerra es sólo un instrumento de la política", opone objeciones que denotan incomprensión.

Observa que a veces las operaciones militares no son conducidas por la política y se desarrollan azarosamente, sin meta definida.

A las definiciones de estrategia y táctica propuestas por Clausewitz prefiere las del archiduque Carlos (el adversario de Napoleón en Wagram). Discute las tesis de H. D. von Bülow y de Lloyd sobre las vías de retirada (retirada concentrada o dispersa, excéntrica o concéntrica). Rehúsa tomar en cuenta la campaña de Rusia, "anormal, excepcional", y por ello "carente de toda lección" (p. 221). Se opone a Jomini, que condena radicalmente el "sistema de líneas centrales" (p. 236).

Tal vez este comentario, que sólo conserva un interés histórico, nos asombra ante todo por el contraste entre su estilo y el que adoptan los escritores franceses después de 1870. El autor no duda que "hasta hoy el método francés o napoleónico constituye el apogeo de la ciencia militar", pero considera útil "precaverse contra un exceso de confianza". La derrota final de Napoleón ha dejado menos huellas en el espíritu de los franceses que el recuerdo de sus victorias. De La Barre Duparcq rinde homenaje a la admiración que Clausewitz manifiesta por Napoleón (p. 178).

Por último, mencionemos con cierta precisión este juicio sobre la guerra popular: "Ante todo observaremos, de manera general, que la insurrección constituye un medio defensivo malo y peligroso, desde el punto de vista social y militar. Así, desde el primer punto de vista, la insurrección organiza permanentemente la anarquía en un país porque cada habitante se vuelve guerrillero, se arma, se considera un pequeño poder indispensable, hábitos funestos que tardan más de una generación en desaparecer. Desde el punto de vista militar, la insurrección rompe con toda disciplina porque quien anteriormente era jefe, y a veces resultaba temible para cinco o seis hombres, difícilmente accede a ser soldado otra vez. . . Además, la insurrección hace perder el hábito de combatir en línea. . . Militarmente hablando, la insurrección paralizó a menudo las operaciones de Wellington, aún más que las nuestras" (ps. 222-223).

Notemos luego dos detalles, uno para la historia menuda, otro para la grande. El comentarista francés lamenta que "el tratado de la guerra no esté acompañado por una tabla analítica de materias" y escribe que "la ausencia de una buena tabla desmerece a un gran número de libros alemanes". En este sentido, franceses y alemanes hace tiempo han invertido sus papeles. El comentarista francés juzga que el elogio de Federico II por Clausewitz "es el elogio del diplomático más que del jefe militar" (ps. 65-66). Tampoco distingue claramente entre las dos oposiciones clausewitzianas: guerra absoluta y guerra real, las dos clases de guerra. Había escrito un retrato militar del príncipe Enrique, el hermano de Federico II.

NOTA VI. *Claridad y equívoco*

¿A qué se debe el contraste entre la aspiración a la claridad que testimonia el *Tratado* y su reputación de oscuridad o ambigüedad? Creo que las últimas páginas de este capítulo me permiten sugerir una respuesta.

1. El pensamiento de Clausewitz se caracteriza por una oscilación incesante entre el concepto y lo concreto, entre las nociones abstractas y la realidad percibida ingenuamente. A veces la serie de nociones culmina en una distinción perfecta: lucha, combate, batalla,[31] o teatro de operaciones, campaña, guerra. La primera serie resulta de una deducción: la lucha implica el combate, el combate tiende a concentrarse en batallas. La segunda serie resulta del concepto de totalidad y autonomía, posee un doble carácter, abstracto y concreto. El teatro de operaciones debe su autonomía a circunstancias materiales (fortalezas, obstáculos del terreno, alejamiento), pero también a una noción abstracta, a saber: la acción directa que un acontecimiento (una batalla) puede ejercer sobre el conjunto. Las campañas de Rusia y España se influyen mutuamente, pero no directamente. Una vez establecidas estas distinciones abstractas, los casos intermedios o mixtos pueden intercalarse entre los casos extremos.

Otras nociones abstractas, *decisión, destrucción* (o aniquilación) o *abatimiento (Niederwerfung)* implican traducciones diversas en la realidad. La decisión, en un combate, en una

[31] Esta serie se vuelve incomprensible en la traducción francesa a causa de la traducción de *Gefecht* por *engagement* ((en vez de *combat*)).

batalla, se produce en un punto u otro; el momento en que se consigue es dudoso, resulta de un conjunto de elementos materiales y morales. Asimismo, la destrucción o aniquilación no se define en absoluto por el número de muertos o heridos sino por la pérdida de la capacidad para combatir, el desorden o el desaliento, así como por las pérdidas materiales.

Además, abatir un Estado, según los casos, exige solamente que se destruya parcial o totalmente su ejército o que se someta a un pueblo armado.

La traducción fenoménica del concepto es a veces equívoca en extremo. El ejemplo más sorprendente, en este sentido, es el de las dos especies de guerra. La oposición entre paz dictada y paz negociada, por cuanto se desprende de los dos términos extremos, es clara y distinta. En cambio, la naturaleza exacta de la oposición entre los dos tipos de guerra, las circunstancias que determinan una y otra, no reviste la misma claridad. En el libro VI, Clausewitz habla de la defensa de un teatro de operaciones cuando no se busca la decisión, en el libro VIII del objetivo limitado en la guerra ofensiva y en la guerra defensiva. Manifiestamente, trata de temas emparentados desde puntos de vista diferentes, y no se llega a determinar el papel respectivo de las circunstancias y la voluntad humana, no se pueden precisar las implicaciones siempre válidas del concepto puro de guerra.

2. A veces el concepto presenta tal generalidad que los escritores militares rehúsan utilizarlo o encontrarle un sentido en las proposiciones donde figura. Así, un teórico notable como J. F. C. Fuller[32] juzga absurdas o carentes de sentido las especulaciones sobre la *fuerza* relativa de las dos *formas* de guerra. "Lo más conveniente en una coyuntura dada depende de las circunstancias que la rodean. A veces lo más apropiado es la ofensiva, como fue el caso de Napoleón, pues su genio, conjugado con las ideas anticuadas de sus enemigos, la prefería. A veces la defensa pasiva era ventajosa, como para Wellington en Torres-Vedras." Clausewitz no habría puesto ningún reparo a estas observaciones, pues para él las proposiciones sobre la fuerza relativa de la defensa o el ataque, así como todas las proposiciones de este tipo, jamás suponen de por sí preceptos o imperativos.

Hubo que esperar hasta Lenin, y sobre todo hasta Mao Tse-tung, para que el juego dialéctico de la defensa y el ataque, la fuerza superior de la defensa, cobrara, en conjunción con el armamento del pueblo, una significación que los alemanes denominarían *weltgeschichtlich*, capaz de influir en la historia mundial.

Esta dialéctica conceptual no carece de equívocos ocasionales, como lo hemos mostrado en el análisis de los libros VI y VII. No es menos cierto que la ofensiva táctica, en el marco de una estrategia defensiva, el refuerzo progresivo del defensor por el desgaste del bando superior, incapaz de vencer, el tránsito progresivo a la contraofensiva; en resumen, estos esquemas abstractos que tenían fama de juegos conceptuales inspiraron o formalizaron de antemano la estrategia de Mao Tse-tung.

Agreguemos que a veces, en las proposiciones generales, Clausewitz parece contradecirse. Por ejemplo, en el capítulo 1 (parágrafo 2) del libro VI, escribe que todo el tiempo que transcurre sin ser utilizado hay que ponerlo en el platillo de la balanza del defensor. Pero en los capítulos VIII, 5 y 8 y en el capítulo III, 12 parece escribir lo contrario: el tiempo, en estrategia, no es un factor de triunfo en cuanto tal. La contradicción no existe: en el capítulo VI, 1 supone que el ataque quiere alcanzar sus objetivos cuanto antes. Si hay demoras, representan una ganancia para el defensor. En el capítulo III, 12 dice que el tiempo en cuanto tal no produce nada: lo cual no excluye que el tiempo pueda aportar a uno de los bandos, no por sí mismo sino por las circunstancias que ha creado, ventajas considerables. Asimismo, en el libro VIII, 5 afirma dos veces que el tiempo no siempre actúa en favor del más débil y, en consecuencia, éste a veces debe pasar a la ofensiva si la guerra le parece inevitable y relación de fuerzas del futuro peor que la de hoy. También en el libro VIII, 8 parece acordar al más débil el beneficio del tiempo. No contradice, sin embargo, la dialéctica del libro VI. No es el tiempo por sí mismo, es lo que el tiempo aporta de favorable al defensor en ciertas condiciones, y no al más débil en cuanto tal.

3. Estas dificultades de interpretación pueden agruparse en un tercer rubro: la conexión, indispensable y dificultosa, entre el aspecto analítico y lo que debería ser el aspecto

[32] J. F. C. Fuller, *La conduite de la guerre de 1789 a nos jours. Etudes des répercussions de la Révolution française et de la Révolution russe sur la conduite de la guerre*, París, Payot, 1963, p. 64.

sintético o las implicaciones praxiológicas. Cada análisis se relaciona con una faz de la conducción de la guerra, con una noción aislada, a veces con la guerra según el concepto y a veces con una guerra real. De ello resultan, aparentemente, contradicciones que Clausewitz quizá no hubiera eliminado aun si hubiera revisado el libro entero a la luz de su testamento intelectual.

La paradoja del método está expresada con perfecta claridad en el capítulo VI, 27. "No hemos podido comenzar por la totalidad de la guerra, aunque, en la guerra más que en cualquier otra circunstancia, las partes están determinadas por el todo, penetradas y cambiadas sustancialmente por el carácter del todo. Hemos debido cobrar una conciencia más precisa de los diversos objetos como de partes separadas."[33] Esta observación se encuentra en el principio de la tercera sección del libro VI, cuando Clausewitz aborda la defensa de un teatro de operaciones —defensa que, a grandes rasgos, exige un plan de campaña, cuando no un plan de guerra—. "Sin esta progresión de lo simple a lo complejo, habríamos sido abrumados por una masa de nociones mal determinadas y las acciones recíprocas, tan numerosas en la guerra, constantemente habrían sembrado la confusión en nuestras ideas." Método perfectamente legítimo, tanto como el uso de los conceptos puros y sus implicaciones, pero que no deja de crear el riesgo del malentendido. Una proposición válida para un elemento aislado sólo vale *condicionalmente* aplicado a la realidad concreta. El todo preside las partes, el plan de guerra la estrategia y la política el plan de guerra. Aun así el plan de guerra en sí resulta del juicio primordial que capta el carácter propio de una guerra entre una masa de datos, con tantas variables que un cálculo riguroso desafiaría el genio de un Newton.

Cuando llegamos a la defensa de un teatro de operaciones, encontramos una alternativa: o bien uno de los beligerantes busca la decisión (lo cual obliga al otro a hacer lo mismo), o bien ni uno ni otro la buscan (lo cual supone un acuerdo tácito sobre las reglas del juego y el riesgo de error si uno cree equivocadamente que el otro no busca la decisión). Aun así, los veintiséis capítulos precedentes del libro VI fueron escritos partiendo de la hipótesis de que la espera se opone a la acción y la decisión. Si ninguno busca la decisión, la conducción de la guerra cambia radicalmente porque el orden de importancia relativa del ejército y el terreno se invierte. O bien el ejército decide todo, pues de él depende la decisión, o bien prevalecer la posesión del terreno, incluso en relación con el desenlace de las hostilidades (al final se cuentan las fichas).[34] En un caso, el ejército se concentra; en el otro, tiende a extenderse para defender la posición más plausible.

¿Los capítulos 27 a 30 tratan de la "doble especie de guerra"? Obviamente, tratan de una de las traducciones de esta famosa dualidad, pero ésta sólo aparece en el nivel de la defensa del teatro de operaciones, o sea en el nivel de la campaña y no del plan de guerra. Clausewitz anuncia, al principio del capítulo 30, que en el último libro tratará de las guerras donde ninguno de los bandos ataca, y por lo tanto ninguno quiere nada positivo. No lo hizo, a menos que encontremos el esbozo de estas guerras sin atacante en los comentarios sobre la observación armada. Estos comentarios no van más allá de la idea de que la hostilidad disminuye hasta el grado cero, y la guerra se reduce a una amenaza, con un complemento de negociación.

Permanezcamos en el terreno de las operaciones militares. Según la campaña tienda o no a la decisión, las disposiciones a tomar son muy diferentes. Clausewitz nos recuerda en tres ocasiones, en el libro VI, que él opone casos extremos: en la última página del capítulo 27, en la última página del capítulo 28 y la última página del capítulo 30.[35] La dualidad de las especies de guerra, a uno de cuyos polos se aproximan más o menos las guerras reales, crea una incertidumbre suplementaria para quien quiere deducir reglas de acción de la consideración racional. ¿Cuáles implicaciones del concepto puro o de la guerra absoluta conservan validez en una guerra real que se aproxima al polo sin decisión? Asimismo, la distinción subrayada por Schering, entre la dualidad histórica de las guerras (guerras de gabinete y guerras entre pueblos) y la dualidad de las especies de guerra (con o sin intención de abatir

[33] VI, 27, p. 558 y p. 567 (807).

[34] VI, 28, ps. 562-563 y ps. 572-573 (812-813) y VIII, 3A, ps. 675-676 y p. 699 (956-957).

[35] VI, 30, p. 599 y p. 613 (859).

al enemigo) tiende a desdibujarse: históricamente, la guerra cobra formas extremadamente diversas, según una multiplicidad de circunstancias (organización de las entidades políticas, de los ejércitos, etc.). Conceptualmente, la principal distinción atañe a la finalidad política de la guerra (¿se desea abatir al enemigo o no?). En el nivel del teatro de operaciones, ¿se busca la decisión o no?

La limitación de los objetivos militares depende, en última instancia, de la política-objeto o la política-sujeto (ligadas entre sí). Sin embargo, en el libro VIII, los capítulos 5 y 8, que tratan del objetivo limitado en defensiva, no abordan explícitamente la limitación del objetivo militar de la defensa mediante la política. En el capítulo VIII, 8 las fases sucesivas de la estrategia de Federico II en la Guerra de los Siete Años resultan ante todo de la relación de fuerzas. En otros términos, Clausewitz muestra la dependencia de la guerra concreta con respecto al instrumento (organización de las tropas, avituallamiento, etc.), con respecto al grado de hostilidad o tensión, con respecto a la meta que se fijan los bandos (abatir o no al enemigo). La última alternativa, abatir o no al enemigo, es la más general, la más conceptual, porque sustituye por otra finalidad la finalidad de la guerra absoluta. Pero como todas las guerras reales se alejan, aunque en grados diferentes, de la guerra absoluta, la pregunta decisiva —¿qué implicaciones praxiológicas pueden inferirse de los conceptos puros?— sólo recibe respuestas particulares circunstanciales. En cada coyuntura incumbe el actor elegir o apostar, en función del instrumento, de las condiciones materiales de las hostilidades, de la naturaleza de la guerra y de la finalidad política. Es indudable que hay una especie de guerra donde desaparece el objetivo natural o filosófico de la guerra. Cuándo y cómo se libran las guerras que no procuran *destruir* al ejército enemigo ni *dictar* las condiciones de paz, Clausewitz nunca lo analizó fuera de los ejemplos tomados del siglo XVIII, o sea de un período en que los pueblos no se interesaban en los conflictos y donde los ejércitos no eran adecuados para la guerra absoluta.

La paz *negociada* al cabo de una guerra librada por ejércitos *populares,* capaces de *victoria decisiva,* esta combinación con la que soñaba Delbrück, no contradice la lógica del pensamiento de Clausewitz, pero éste no la abordó explícitamente.

Todas estas dificultades interpretativas culminan en un interrogante: ¿cuáles son las implicaciones respectivas del *concepto puro de guerra* (o del concepto de la guerra absoluta, de la cual las guerras reales se diferencian por modificación) y de la *supremacía de la política* sobre la guerra? ¿Hasta dónde llega la legislación surgida del medio? ¿Hasta dónde la que surge del fin fijado por la lógica? La conciliación sigue siendo posible en el nivel de la teoría, pues ésta distingue las articulaciones del dominio de acción sin imponer máximas al actor, pese a que, aun teóricamente, nos interrogamos sobre las implicaciones de los dos conceptos, guerra absoluta y supremacía de la política. En cambio, quien busca interpretar el sentido profundo de la enseñanza clausewitziana se inclina en una u otra dirección. Ambas escuelas invocan al maestro con iguales derechos porque él mismo se inclinó en una dirección, luego en la otra, y creyó resolver las dificultades en la síntesis final, por una suerte de "truco" filosófico.[36] El concepto puro y lo que se infiere de él subsisten, pero sólo se trata de verdades abstractas en un mundo conceptual.

[36] ¿Este "truco" filosófico proviene de un kantismo mal comprendido: cosa en sí y fenómenos? No lo creo.

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

NOTA VII. *Georges Gilbert*

Entre los estudios consagrados a Clausewitz, el de Georges Gilbert, publicado en agosto de 1887 en la *Nouvelle Revue,* es el más conocido, el que se ha citado con mayor frecuencia, el que ha tenido más repercusión, al menos en el gran público. Se sitúa en la fase inicial de lo que un historiador norteamericano denomina *the French Discovery of Clausewitz* (Dallas D. Irvine, "The French Discovery of Clausewitz and Napoleon", en *Military Affairs Journal of the American Military Institute,* Washington D. C., IV, 1940). El estudio publicado en la *Nouvelle Revue* fue reproducido en un volumen titulado *Essais de critique militaire* (París, Librairie de la Novuelle Revue, 1890), acompañado por otro estudio mucho más largo, "Septembre-octobre 1806-juillet et anoût 1870". Este segundo estudio comparaba la victoria de Napoleón en 1806 con la de Moltke en 1870. Se proponía refutar a los autores alemanes, y sobre todo al príncipe Kraft von Hohenlohe, que en sus *Cartas sobre la estrategia* había afirmado: "Los más jóvenes discípulos de Napoleón, nuestros generales de 1866 y 1870, pronto superaron al maestro; pues su estrategia era más reflexiva, más resuelta, más nítida que la de Napoleón I" (*Essais de Critique militaire,* ps. 61-62). G. Gilbert se esfuerza por demostrar la tesis contraria: "El vencedor de Jena aún planea mucho más alto que sus émulos" *(ibid.,* p. 62).

No nos proponemos seguir a Gilbert en sus dos relatos críticos, darle o no la razón cuando refuta al autor alemán imputando a Napoleón algunos errores o cuando atribuye errores al comando alemán. Sólo nos importa evocar el ánimo con que los franceses leían a Clausewitz en el último cuarto del siglo XIX, después del desastre de 1870, y mostrar el lazo entre la lectura de Clausewitz y la consigna de la vuelta a Napoleón.

"Emprendida simplemente para corregir la arrogancia de nuestros vecinos y la parcial afirmación de von Hohenlohe de que los discípulos de Napoleón habían superado al maestro, nos condujo paulatinamente a revisar las lecciones mismas del maestro. Tanto en táctica como en estrategia, las encontramos siempre nuevas, siempre fecundas, y nos pareció tan estimulante como instructivo buscar su comentario más reciente en el último servicio de campaña alemán. Las leyes superiores de la guerra y sus procedimientos no han cambiado desde principios de siglo. Ello se debe a que la guerra es una de las formas de la actividad social y sólo se modifica con la constitución de las sociedades. De las guerras de la Revolución y el Imperio surgió la Europa moderna; estas guerras han fijado la forma del arte militar hasta los días en que esta Europa haya cobrado su configuración definitiva. Son la escuela donde se instruyen exclusivamente nuestros vecinos, escuela que nosotros hemos abandonado por pereza antes de nuestros desastres, y desde 1870 a causa de una estúpida admiración por el pedagogo prusiano" (p. 302).

En este texto de conclusión se encuentran reunidas algunas de las ideas predominantes en el pensamiento militar francés de la época. 1. La superioridad del maestro, Napoleón, y la validez intacta de su arte o su manera. 2. Los alemanes, discípulos del maestro, pero no a su altura. 3. Es innecesario que los franceses se remitan a la escuela alemana, o sea a los

discípulos, más vale volver al maestro. 4. Clausewitz, intérprete fiel del maestro en lo esencial, pese a algunas exageraciones (diez o quince años más tarde una nueva generación acusaba a Clausewitz de haber malinterpretado la teoría y, más aún, la práctica de Napoleón). 5. Por último, reflexión sobre la utilización de los ferrocarriles para la concentración de las fuerzas y sobre las consecuencias de ello.

He aquí una ilustración de los juicios de G. Gilbert: "Aquí, el genio para la ofensiva, que preside en los acontecimientos, prevé y ordena su sucesión. Allá, el espíritu metódico, la sangre fría y apreciables cualidades de carácter que a lo sumo logran sacar partido de ellos. . . Entre ambos un abismo. Y sin embargo, este abismo ha sido franqueado. Los trofeos de Sedán equivalen a los de Jena. Pues en la guerra el triunfo, cuando no se debe a un genio único como el de Bonaparte, puede ser el resultado de un conjunto de buenas voluntades: lección reconfortante para nosotros si somos gentes de buena voluntad; si, rompiendo con nuestras tradiciones galas, nuestros jefes un día saben sacrificar su amor propio e interés personal al interés común" (*ibid.*, ps. 259-260).

Un poco más adelante: "Clausewitz, para la parte elevada del arte de la guerra, no nos deja ningún comentario por añadir a nuestro estudio. . . Evitar las operaciones secundarias, proscribir las reservas estratégicas, dar al frente estratégico sólo el límite de estrechamiento impuesto estrictamente por las leyes primordiales de la guerra. Ellas se resumen en una sola ley: actuar simultáneamente con todas nuestras fuerzas concentradas" (*ibid.*, p. 261). En otras palabras, el Clausewitz que los franceses retienen en esta época es esencialmente el autor de los libros III y IV del *Tratado*, o sea un Clausewitz que todavía no captó las ideas más profundas de su propia teoría.

Más aún, G. Gilbert insiste sobre los principios clausewitzianos más sumarios aludiendo a las novedades técnicas, especialmente los ferrocarriles: "La misma expresión despliegue estratégico, conservada en nuestra fraseología militar, implica una suerte de malentendido y no presupone esta concentración inicial, llevada a su intensidad máxima, que consideramos la fórmula del porvenir. . . Actualmente todas estas sutilezas estratégicas ya no son practicables; el comienzo mismo de las operaciones es un período de crisis, no de maniobra; los primeros golpes se asestan apenas quince días después de la orden de movilización, hay que estar inmediatamente en situación de darlos o recibirlos. . . En una palabra, ya no es tiempo de maniobrar para concentrarse después de un primer despliegue, y este despliegue debe presentar la misma forma en que esperaremos y buscaremos el acto decisivo. Después de esta primera y gigantesca elección, la maniobra recobrará sus derechos, y en ambas partes los ejércitos victoriosos o vencidos se extenderán para moverse hacia adelante o en retirada; se pasará del golpe directo inicial al período de fintas o movimientos. Clausewitz planteó el principio del empleo simultáneo de las fuerzas *que en estrategia sitúa el efecto principal al comienzo y no al final;* añadiremos que los ferrocarriles han acelerado esta crisis al suprimir todas las operaciones preliminares. Una vez determinado el centro de gravedad de nuestras fuerzas —y hemos indicado, en nuestro estudio sobre Clausewitz, que estaría bien ubicado entre Toul y Epinal—, hay que orientar nuestro plan de transporte de modo de asegurar nuestra concentración inmediata en esta zona; el examen de nuestra red ferroviaria nos demuestra que es muy apta para ello. . ." (ps. 260-263).

Vamos ahora al estudio de una cincuentena de páginas sobre Clausewitz que constituye la primera parte de los *Essais de Critique militaire.* Gilbert interpreta a Clausewitz ante todo como el antiBülow, o sea el teórico que reduce la importancia del terreno o la geometría de las operaciones, que refuta a los doctrinarios de la guerra sin batalla. Clausewitz habría comprendido cabalmente que en definitiva el triunfo táctico lo decide todo y la teoría "simple, sana y viril" de la guerra se resume en tres leyes: 1. Actuar simultáneamente con todas las fuerzas concentradas. 2. Actuar rápidamente y otras veces mediante golpes directos. 3. Actuar continuamente y sin detención. Y comenta: "¿No es ése todo el concepto de la campaña de 1870?" (p. 26). Si dejamos de lado la doble obsesión por la campaña de 1870 y la guerra futura, la interpretación de Gilbert está en la línea de De La Barre Duparcq. Por cierto, Gilbert ve en Clausewitz a un discípulo de Kant que "contrapone a los procedimientos deductivos de la escuela dogmática el análisis, la observación, mediante las cuales inferirá las propiedades esenciales de la guerra, así como su maestro reconstituye las del entendimiento" (p. 10). Pero ni sospecha la importancia de la distinción entre guerra absolu-

ta y guerras reales. Escribe, colmo de la aberración, que "los dos primeros libros de la teoría de la guerra están consagrados más especialmente a disgresiones ((!)) propiamente filosóficas y el señor coronel de Vatry actuó sabiamente al postergar la traducción y publicación de ellos". El segundo traductor había pensado, en efecto, que se podían traducir los libros específicamente militares del *Tratado* omitiendo los libros iniciales (I, II) y final (VIII).

Gilbert discute la tesis del debilitamiento de la ofensiva. Objeta que las causas de debilitamiento que analizaba Clausewitz ya no actúan en nuestra época. Pero encuentra otras causas que deben dar la esperanza a una nación vencida en una primera batalla. Fenómeno ya no de desgaste sino de relajamiento. "Ya no es probable que una nación armada pueda transportarse y establecerse mucho tiempo, toda entera, en otro país; la supresión de las relaciones sociales, de toda actividad económica e industrial, no se prolonga indefinidamente. Una nación vencida no debe perder de vista esta posibilidad constante de resurgimiento. Un pueblo no está vencido sino en el momento en que se confiesa vencido. . ." (p. 24). En estas pocas líneas se expresa una ilusión (la próxima guerra será corta) y una voluntad (resistir hasta el final).

En lo concerniente a las relaciones geométricas entre la base y las líneas de operaciones o de retirada, cita elogiosamente las críticas de W. Rüstow a Clausewitz y concluye que si las consideraciones dinámicas deben prevalecer sobre las consideraciones geométricas, éstas no carecen absolutamente de valor (p. 29).

El libro VI, sobre la defensiva, "nos sorprende y desorienta" (p. 39), pues Clausewitz se ha erigido en "apóstol de la guerra desencadenada, con solución decisiva, sin tregua ni cuartel". Gilbert no distingue claramente los análisis de Clausewitz relativos a la defensa estratégica y a la defensa táctica. Así rechaza la batalla defensiva: "Sólo conocemos una en la historia; se llama Austerlitz, y para librarla hay que ser Napoleón" (p. 41); e incluso: "Una batalla campal defensiva nos parece una batalla perdida" (p. 43). Incapaz de comprender el método del *Tratado*, Gilbert habla de "lamentable palinodia, de la contradicción consigo mismo" y concluye sin titubear, sin reservas, en favor de la ofensiva y contra toda expectativa. "Todo nos invita a una ofensiva inmediata en el Mosela" (p. 31). Sólo en una ocasión se plantea una pregunta que a continuación habría debido resultar decisiva. Supone que Alemania deba combatir simultáneamente con Rusia y Francia, prevé correctamente que Alemania, en este caso, de acuerdo con un principio de Clausewitz, primero intentaría ventilar la cuestión con Francia, y añade: "Por lo tanto sería oportuno examinar si no nos convendría rehusar las batallas ofrecidas inmediatamente" (p. 32).

Al margen de este destello de reflexión político-estratégica, el estudio de Gilbert, pese a ser brillante, se resume en una doctrina grosera de la ofensiva a cualquier costo, de la batalla decisiva, del centro de gravedad: "elegir sin preocuparse demasiado por el del adversario" (p. 28). No se trata de subordinar los principios estratégicos a las innovaciones técnicas: "El también se cuida de poner al servicio de su tesis (sobre la defensiva) el progreso de las armas de fuego y el incremento de los medios de destrucción; sabe que los grandes principios de la guerra están por encima de estos elementos variables" (p. 39). No evita los lugares comunes sobre la conformidad del temperamento francés con las exigencias de la ofensiva (p. 48). Reconozcamos, no obstante, que previene contra una "ofensiva prematura e irreflexiva" (p. 48), peor aún que la defensiva.

En esta fecha Gilbert no pensaba que los alemanes pudieran elegir otro frente que el del Nordeste, violando la neutralidad de Suiza o Bélgica. Asimismo, excluía que Alemania postergara "la acción decisiva retrocediendo y entregándonos Alsacia-Lorena" (p. 31).

Pese a esta interpretación, cuyo simplismo nos sorprende, G. Gilbert concluía con grandes elogios: "((. . .)) obra mucho más filosófica que técnica dirigida a todos los pensadores ((. . .)), libro de cabecera ofrecido a los estadistas, los diplomáticos, los elegidos de la nación" (p. 58).

Las reservas son las mismas que los oficiales alemanes manifestaron más de una vez y que Schlieffen explicitó en su prefacio. Estas reservas son formuladas por Gilbert en estos términos: la lectura es a veces difícil "a causa de cierto afán de abstracción y la carencia de método expositivo que son típicos de su raza (!)" (p. 57).

Como el primer comentador N. E. De La Barre Duparcq, como más tarde H. Camon, Gilbert no desperdicia oportunidad de comparar los caracteres nacionales en el pensamien-

to y en la acción: lo propio del genio alemán es "perfeccionar, no innovar" (p. 6); los franceses tienden al "individualismo y la iniciativa" (opinión exactamente opuesta a la de Clausewitz, que los juzgaba aptos para el despotismo). Pese a todo Gilbert tiene el mérito de retener la idea de que "las grandes modificaciones de la guerra derivan de las transformaciones sociales" (p. 8). Lamentablemente comete el error que no cometieron los alemanes: subestimar la importancia de las innovaciones técnicas, de los medios de movimiento y destrucción.

NOTA VIII. *Problemas de traducción*

Para dar un ejemplo de la traducción francesa del coronel de Vatry, he aquí una cita, en las páginas 40-41 de *Principes de la guerre:* "Bonaparte a toujours marché droit au but sans se préoccuper en rien du plan stratégique de l'ennemi; sachant que *tout dépend des résultats tactiques* et ne doutant jamais de les obtenir, il a sans cesse et partout recherché les occasions de combattre".* Busqué laboriosamente el texto alemán: la expresión "sans se préoccuper en rien du plan stratégique de l'ennemi" me parecía incompatible con el pensamiento de Clausewitz. El texto se encuentra en el capítulo 8 del libro VI, que trata sobre las diferentes especies de resistencia *(Widerstandsarten).* Clausewitz no analiza la manera de Napoleón en detalle, procura una vez más demostrar que los triunfos tácticos lo deciden todo, que constituyen el fundamento *(Grundlage)* de todas las combinaciones estratégicas. Afirma, pues, que las combinaciones estratégicas no se bastan a sí mismas, que no constituyen una cosa autónoma *(selbständiges)* y que eventualmente sólo son eficaces siempre que, por una razón u otra, no debamos temer la batalla. Y concluye: "Para aclararlo en pocas palabras, queremos recordar que un jefe como Bonaparte *durch ein ganzes strategisches Gewebe seiner Gegner rücksichtslos durchschritt um den Kampf selbst aufzusuchen weil er in diesem Kampf fast niemals an dem Ausgang zweifelte*", que Madame Naville traduce: "se jetait brutalement à travers le dispositif stratégique de son adversaire pour chercher le combat réel *lui-meme* parce qu'il n'avait jamais le moindre doute sur l'issue du combat".** Traducción también un poco inexacta: Clausewitz escribe que Bonaparte no dudaba *casi* nunca del resultado del combate. Por lo demás, Clausewitz no escribe "combate" *(Gefecht)* ni "batalla" *(Schlacht)* sino *Kampf,* "lucha". Contrapone la lucha a las combinaciones estratégicas, oposición que constituye uno de sus temas favoritos. No excluye las combinaciones estratégicas o la maniobra, pero para él sólo cobran sentido con relación a la lucha efectiva o simulada. En cuanto al comienzo de la frase (literalmente: arrojarse sin vacilar a través de todo el tejido estratégico de sus adversarios), no sugiere que Bonaparte no se preocupe por los planes estratégicos de sus adversarios sino que no se deja intimidar por disposiciones como las que Daun oponía al ejército prusiano de la Guerra de los Siete años.

Traducción inexacta, frase aislada del contexto; el origen de todos los malentendidos se manifiesta en este caso. Recordemos que el capítulo VI, 8 pertenece probablemente a una redacción temprana.

NOTA IX. *Culto de Napoleón y crítica de Clausewitz*

El libro de Hubert Camon *(Clausewitz,* París, R. Chapelot, 1911, 267 p., in-octavo). reproduce en lo esencial artículos publicados en 1900 en el *Journal des Sciences militaires.* La más citada en Alemania, entre todas las obras francesas sobre Clausewitz, presenta ciertas características originales y ocupa un sitio aparte en la controversia francesa, anterior a 1914, sobre los méritos del estratega prusiano.

Las frases que los autores alemanes destacaron con ironía son las siguientes: "Lamentablemente es difícil para un lector francés penetrar en su obra: Clausewitz es el más ale-

* "Bonaparte siempre marchó directamente hacia la meta sin preocuparse en nada por el plan estratégico del enemigo, sabiendo que *todo depende de* los resultados tácticos y sin dudar jamás que los obtendría, buscó sin cesar y por doquier las oportunidades para combatir." *(N. del T.)*

** "Se arrojaba brutalmente a través del dispositivo estratético de su adversario para buscar el combate real *él mismo* porque jamás tenía la menor duda sobre el resultado del combate." *(N. del T.)*

mán de los alemanes. En todo momento nos da la sensación de estar en la bruma metafísica.[1] La meditación sobre su obra no será verdaderamente posible, atractiva ni fructífera para nosotros hasta el día en que una traducción no literal nos comunique su sentido exacto bajo una forma francesa. Es lo que el general Cardot intentó con mucho éxito en diferentes pasajes.[2] Es una verdadera lástima que no haya proseguido este trabajo con toda la obra" (ps. vii-viii).

A lo cual R. von Caemmerer, en su libro *Die Entwickelung der strategischen Wissenschaft im 19. Jahrhundert* (Berlín, 1904),[3] replicaba que Camon acababa de "dar una nueva prueba de la dificultad que tienen nuestros vecinos para adentrarse en un pensamiento extranjero". E incluso: "Según la representación que él brinda de ello, no sólo Clausewitz no comprendió en absoluto al emperador sino que aparece como un espíritu muy confuso *(ganz unklarer Kopf)* que no se puede tomar para nada en serio. En verdad no podemos menos que regocijarnos de que los franceses resulten incapaces de penetrar en las fuentes de nuestra fuerza" (p. 87).

También Hans Rothfels, durante la guerra, en el prefacio a la publicación en la *Neue Rundschau,* en diciembre de 1917, del texto titulado *Kunsttheoretisches Fragment des Generals von Clausewitz,* aludía a la fórmula de la "bruma metafísica", al tiempo que denunciaba la propaganda aliada que incluía a Clausewitz entre los precursores de los Treitschke, Nietzsche y Bernhardi, responsables de la "degradación" de la cultura alemana.

Caemmerer da una idea falsa del juicio que Camon emite sobre Clausewitz. Camon escribe, en la misma nota preliminar: "([. . .]) quisiera incitar a mis camaradas a la lectura de las obras del gran filósofo militar de Alemania, facilitándoles esta lectura mediante algunos comentarios. Pese a los reparos que haré, las obras de Clausewitz son todas de primer orden. Quizá sería imposible citar libros más adecuados que sus *Estudios de campañas* para invitar a la reflexión sobre las contingencias de la guerra, sobre el papel que en ella desempeñan los factores morales" (ps. vi-vii).

El libro de Camon, o mejor dicho los artículos de 1900, constituían una obra combativa contra los primeros intérpretes y admiradores franceses de Napoleón, especialmente el general Cardot ("según quien Clausewitz había interpretado el concepto napoleónico de modo de desalentar a quienes quisieran volver a él") y también G. Gilbert. Como he indicado en una nota precedente, los discípulos franceses de Clausewitz, en los veinte últimos años del siglo XIX, enfatizaban principalmente la energía en la conducción de la guerra, la ofensiva a ultranza, directa, brutal, la batalla, la concentración de fuerzas en el espacio y el tiempo con miras a una decisión única y total. Camon reaccionaba, y con razón, contra esta simplificación de una interpretación ya simplista.

Mientras Gilbert incitaba a los franceses a volver al maestro (Napoleón) en vez de ceder a la fascinación por los discípulos (Clausewitz, el teórico, y Moltke, el practicante), Camon los invitaba a captar el verdadero sentido de *la maniobra* napoleónica. "Es la desmoralización del adversario lo que persigue en estrategia mediante la maniobra en la retaguardia y, en la batalla, por el ataque circular" (p. v).[4] Esta obra combativa Camon ya no la creía necesaria en 1911, pues, escribía, la admiración por Clausewitz había pasado y "ya no se lo lee más". Publicó en 1911, en volumen, los artículos de 1900 con una intención opuesta a la inicial: hacer leer las obras del estratega prusiano. Según él, el responsable del descubrimiento francés de Clausewitz habría sido el general Cardot, que "en 1884, jefe de batallón en el 2º despacho del estado mayor del ejército, reveló en algunas conferencias muy brillantes, dadas en la Escuela Superior de Guerra, al escritor militar prusiano" (p. 1, nota).

Camon asocia a Clausewitz con Montesquieu utilizando la *Primera nota,* donde en efec-

[1] Me ha divertido comprobar que al margen de estas líneas, en el ejemplar de la Bibliothèque Nationale un lector escribió con lápiz: *idiota.*

[2] No he hallado estas traducciones parciales, probablemente insertadas en los cursos de Cardot.

[3] Este libro fue traducido al francés por el teniente Tirlet (editorial Fischbacher, París 1907).

[4] Gilbert habría reconocido la verdad de las críticas de Camon en lo concerniente a la interpretación de la estrategia de Napoleón, p. ix.

to se alude al autor de *El espíritu de las leyes:* "Se trata por cierto de un espíritu de la misma especie que Montesquieu, que sólo procede por arrebatos y no por desarrollo continuo... La obra es desde luego de la misma naturaleza de *El espíritu de las leyes,* asombroso fárrago de ideas que no hay que tratar de absorber de golpe sino de meditar como fue escrito, por fragmentos" (p. 9). Este juicio revela la misma incomprensión de *El espíritu de las leyes* y de *Vom Kriege,* dos libros sólidamente estructurados.

Camon comete otro error al suponer una influencia de Hegel y al asociar la defensiva-ofensiva con la síntesis, después de la tesis (defensiva) y la antítesis (ofensiva). Critica también, de diversas maneras, sin comprenderlas bien siempre, la fórmula de la defensa, forma más fuerte de la guerra con finalidad negativa.

Si dejamos de lado las críticas secundarias (por ejemplo la tendencia de Clausewitz a dar una forma extrema, excesiva, a una idea atinada como la del centro de gravedad), el debate se centra ante todo en el papel de la maniobra en la estrategia y la táctica napoleónicas. Camon retiene de la interpretación clausewitziana de Napoleón las fórmulas sobre la vía directa. "Sí, Napoleón buscaba la batalla, pero tendía a algo más; a volver la batalla inevitable, y Clausewitz no comprendió la maniobra mediante la cual, en casi todas sus campañas, lo consiguió" (p. 43). En el vocabulario de Clausewitz, los movimientos tendientes a volver la batalla inevitable no se llaman maniobra. No excluyo la posibilidad de que Clausewitz hubiera aceptado el siguiente texto de Camon: "Pese a Clausewitz, Napoleón no marchaba rectamente hacia el ejército enemigo, sino que desechaba la línea recta, no para tratar de ahuyentar al enemigo sin batalla, siguiendo la antigua usanza, sino al contrario, para volver la batalla inevitable y decisiva. Si reúne su ejército lo más cerca que le es posible de un flanco de la línea enemiga, si gana a grandes trancos una zona de maniobra sobre la retaguardia del adversario, aislándolo así de todos sus almacenes, sus refuerzos, sus aliados, es para no dejarle más alternativa que rendirse o librar batalla" (p. 43).

En lo que concierne a la batalla, Napoleón habría establecido su plan *a priori* (no *a posteriori,* como sugiere Clausewitz); determinando el lugar y el momento del ataque decisivo. "*Momento,* cuando el ataque desbordante inunda al enemigo y se vuelve *desenlace,* lugar, el ala enemiga sobre donde precipita el ataque envolvente, que es siempre el ala enemiga más cercana de su línea de retirada" (p. 69). Me parece que Camon da a la manera napoleónica un carácter más sistemático del que poseía, cometiendo un error contrario al de Clausewitz, según quien Napoleón elegía, según las circunstancias, tal o cual movimiento estratégico, tal o cual punto de ruptura del frente enemigo.

En la discusión de las campañas, Camon alude en cada ocasión a la maniobra napoleónica, al envolvimiento por la retaguardia del enemigo, y procura justificar todas las decisiones tomadas por el emperador, incluso las que le dieron malos resultados. Cuando comenta la batalla de Auerstaedt, donde finalmente el cuerpo de 27.000 hombres de Davout combatió al grueso del ejército prusiano, muy superior en número, no se pregunta qué habría ocurrido si el rey de Prusia hubiera utilizado los 20.000 hombres que aún no habían combatido. La desmoralización del enemigo por el hecho de que los franceses aparecieran en su retaguardia constituye a su juicio el secreto de la victoria, de acuerdo con la doctrina de las fuerzas morales.

Me abstendré de zanjar entre los juicios críticos de Clausewitz y los de H. Camon, trátese de la maniobra de Smolensko (p. 174 y siguientes) o de la batalla de Waterloo. Después de 1870, el autor francés reprocha al estratega alemán que no haya admirado suficientemente a Napoleón (p. 123), mientras que De La Barre Duparcq rendía homenaje a los sentimientos que el prusiano manifestaba por el "dios de la guerra". Los historiadores de hoy, disponiendo de mayor información, probablemente no suscribirían a todos los juicios de uno ni de otro.

Camon no siempre comprende la crítica clausewitziana; por ejemplo, a propósito de la campaña de Rusia. Clausewitz aprueba el plan de Napoleón, Camon adhiere a esta aprobación sin percibir que dicha aprobación constituye, en ciertos sentidos, la crítica más severa: hizo lo que debía hacer, pero fracasó. ¿No significa que no habría debido intentarlo, o al menos que se equivocó sobre su adversario? Sin embargo, según Clausewitz, juzgar mal al enemigo es el error más grave que puede cometer un jefe, pues la misma maniobra, justificada frente a un Daun, es absurda frente a un Bonaparte.

Por lo demás, curiosamente, Camon se hace una idea inexacta del método de Clausewitz. "((. . .)) nos asombra el corto trecho que le quedaba a Clausewitz para llegar a la concepción de la batalla napoleónica. Pero habría sido preciso que su espíritu minucioso, siempre inquieto por el detalle, le hubiera permitido ver el conjunto. Habría sido preciso que en vez de proponerse inferir del puro entendimiento toda la teoría de la guerra, se hubiera persuadido de que la guerra es una ciencia de observación y, en consecuencia, que se hubiera tomado el trabajo de estudiar las batallas pasadas" (p. 49).

Basta con leer el *Tratado* o los relatos de campañas para medir la injusticia de este reproche.

NOTA X. *Jaurès contra Gilbert*

Jean Jaurès, en *l'Armée nouvelle* (París, Jules Rouff, 1911, 685 p.), también menciona a Clausewitz, pero con una intención muy diferente de la de Gilbert. Este discernía en el *Tratado* la enseñanza del maestro, Napoleón, de tal suerte que los vencedores de Sadova y Sedán no eran, en última instancia, más que los discípulos del vencedor de Austerlitz y de Jena, los fieles, allende el Rin, del "dios de la guerra" francés. "Gilbert se consolaba de la derrota con recuerdos de victoria que, por la virtud renovada del pensamiento inspirador, se transmutaban en esperanza" (p. 87).

Napoleón, interpretado por Gilbert a través de Clausewitz, se convertía a la vez en profesor de energía y en profeta de los nuevos tiempos. De la Revolución surgieron los ejércitos franceses que el emperador transformó en un instrumento de terrible eficacia. Al invocarlo, los oficiales franceses, siguiendo a Gilbert, escapaban a la crítica de quienes les reprochaban ignorar su época por apego al pasado y la tradición. Napoleón, hijo de la Revolución, llevó a la perfección la guerra entre pueblos, la guerra de masas. Gilbert daba, pues, la fórmula que permitía reconciliar a oficiales cuyas opiniones políticas se inclinaban con mayor frecuencia a la derecha que a la izquierda con una de las consecuencias de la democracia: la conscripción, la movilización de todos los hombres aptos para portar armas; luego, en caso de guerra, el choque de las masas.

Las objeciones de Jaurès se inspiran en dos clases de consideraciones, lamentablemente mal distinguidas: por una parte, la emprende contra la estrategia de ofensiva a ultranza que el estado mayor general había adoptado en la línea de los artículos de Gilbert; por la otra, se esfuerza por captar los prejuicios o ideas políticas de fondo que se disimulan detrás de concepciones aparentemente militares.

Gilbert había fundamentado su interpretación de Clausewitz esencialmente en la oposición entre las guerras de los siglos XVII y XVIII, por una parte, y las de la Revolución y el Imperio, por la otra, oposición que de hecho constituyó el punto de partida (o uno de los puntos de partida) de la teoría de Clausewitz. Pero ni Gilbert ni Jaurès tuvieron en cuenta los textos donde el presunto doctrinario de la manera napoleónica afirmaba que las guerras del porvenir no alcanzarían todas la violencia extrema de las guerras napoleónicas. Las dos clases de guerra se convertían simplemente en guerras del Antiguo Régimen (o guerras de gabinete) y guerras de la Revolución (o guerras nacionales y populares). De donde resultaba necesariamente que la guerra futura pertenecería a la especie moderna, y por ende se aproximaría a su forma perfecta. Profecía en efecto confirmada por los acontecimientos, pero que contribuyó a su propia realización: *selffulfilling prophecy*.

Los franceses menospreciaban tanto una guerra que no condujera a una solución radical que Jaurès se esfuerza por eximir a Turena de la acusación de no haber contemplado una destrucción radical. "Es cierto que para Turena ganar una batalla no es todo, ni siquiera lo esencial. A los grandes efectos, fulgurantes y a veces vanos, preferiría la destrucción metódica del enemigo. Pero no tiene fundamento decir, retomando la fórmula que Clausewitz aplica conjuntamente a las guerras de los siglos XVII y XVIII, que no buscaba la solución radical. Por el contrario, él procuraba la destrucción radical del enemigo, pero según medios diversos y contrarios en este tiempo a la naturaleza de las cosas" (p. 95).

Texto extrañamente instructivo: Jaurès manifiestamente desconoce la *Strategiestreit*, la querella entre Delbrück y F. von Bernhardi; ignora la *Advertencia de 1827* y no menciona los muchos textos del libro VIII, donde se destaca el carácter excepcional, anormal, de las guerras inexpiables. El también piensa sólo en una guerra entre pueblos donde cada uno de

los beligerantes se bate sin reservas, para vencer o perecer. Jaurès discute, pues, situándose en el mismo terreno que los demás intérpretes franceses de Clausewitz. El diálogo se centra en el papel respectivo de la ofensiva y la defensiva, sobre el ejército en actividad y las divisiones de reserva. De allí el carácter ambiguo, militar y político, de la crítica jauresiana.

"Todos nuestros críticos aconsejan tomar la ofensiva sin tener en cuenta que ella será la mísera contrapartida, la réplica necesariamente inferior de la ofensiva alemana, y que en cambio el recurso genial, la victoriosa originalidad de Francia residirá en la concentración total de la nación armada" (ps. 152-153). Jaurès, más clarividente que los estrategas del estado mayor francés, se oponía, pues, a la ofensiva inmediata, a la batalla decisiva librada ante las fortificaciones sin siquiera invocar el argumento que Gilbert le suministraba de paso (dado que los alemanes querían vencer a Francia antes que los rusos se lanzaran a la lucha ¿por qué no retardar lo más posible el momento de la batalla?) Encontraba en los escritos del hombre citado por Gilbert sus argumentos más convincentes.

G. Gilbert, como hemos dicho, no atinaba a conciliar el libro VI, el más largo del *Tratado,* con el resto de la obra, con el pensamiento de quien él consideraba un doctrinario de la ofensiva a ultranza. "Es deplorable que nuestros teóricos militares, los mismos que alaban más a Clausewitz por haber comprendido la fuerza y toda la grandeza del método napoleónico, eliminen de la obra de Clausewitz aquella parte donde se exalta la defensiva. No obstante, saben bien que no es un espíritu timorato y lánguido sino audaz, concentrado y activo" (p. 135).

Clausewitz, según Gilbert, oscilaba entre dos obsesiones: Jena y la campaña de Rusia. La catástrofe napoleónica en Rusia le habría sugerido la fórmula de la superioridad de la defensiva, fórmula paradojal, incomprensible si la asociamos con las fórmulas del libro IV sobre la ofensiva directa, sin desvíos ni detenciones. Jaurès emplea la expresión "superioridad de la defensiva" amputándole la reserva decisiva: *con fin negativo.* Pese a todo, a diferencia de sus opositores, comprende ciertos aspectos del pensamiento de Clausewitz que G. Gilbert y sus discípulos querían ignorar: "Si desbrozo de complicaciones el pensamiento de Clausewitz, lo que otorga un carácter defensivo a la acción de los aliados en la guerra de 1813 en Alemania, es principalmente que todas las fuerzas morales del pueblo son puestas en juego; es que el odio contra el invasor, contra el opresor, se ha acumulado lentamente en todas las almas y está pronto para desbordar" (p. 130).

Por cierto, los sentimientos del pueblo en medio del cual se desarrollan las actividades constituyen uno de los apoyos del bando a la defensiva. De hecho, Clausewitz indica muchas otras razones propiamente militares de la superioridad de la defensiva. Ante todo, Jaurès habría podido invocar la superioridad numérica probable del ejército enemigo en la primera fase de la guerra si el alto mando alemán decidía primero "ventilar la cuestión" con Francia.

La polémica de Jaurès se atiene a dos puntos decisivos. Por instantes, G. Gilbert mismo parece titubear y considerar, después de la concentración de fuerzas, un método de contemporización. Pero, objeta Jaurès (p. 168), "¿cómo decidir la batalla con un adversario que buscará apasionadamente el cuerpo a cuerpo inmediato, que lo buscará tanto más si nosotros nos empeñamos en evitarlo, y que no tendrá más pensamiento que arremeter contra el grueso de las fuerzas francesas y envolverlo? Para ello será necesario escabullirse, proceder a una retirada lenta, combativa y defensiva, defender el terreno pero evitar un encuentro a fondo y la interrupción del combate antes que haya cobrado un giro decisivo e irrevocable". En efecto, esta estrategia defensiva-ofensiva, acorde con la enseñanza de Clausewitz, Gilbert no puede recomendarla ni practicarla sin contradecir sus ideas esenciales. "Esta ofensiva que él accede a postergar para mantenerse fiel a la ley de la unión de las fuerzas en el espacio y el tiempo, lo obsesiona e inflama tanto que de hecho la desencadena aun antes de la hora que ha indicado para ella."

Además de este argumento militar, Jaurès esgrime otro: Gilbert y el alto estado mayor no adhieren, en el fondo, a la nación armada. La batalla decisiva que se sitúa en el principio de las hostilidades no sería librada por el conjunto de la nación en armas sino por el ejército en actividad. He aquí, en el estilo oratorio de Jaurès, la conclusión: "Ved a cuáles conclusiones llega aquel que la mayor parte de nuestros oficiales de *élite* han considerado el inspirador genial de la estrategia francesa remozada, aquel cuyo pensamiento impregna el conjunto y el detalle de la enseñanza de nuestra Escuela Superior de Guerra. La nación

armada ya no desciende a la liza; incuba el odio para asistir al combate de sus paladines escogidos; los respalda sólo con vanos clamores. Y el capitán Gilbert llega a esa conclusión después de haber invitado al drama a todo el pueblo apto de Francia, después de haber exigido que el encuentro decisivo se postergue hasta la concentración total de las fuerzas nacionales. Pregunto si es posible concebir una amalgama más peligrosa de ideas contradictorias y si una estrategia tan esencialmente incoherente no es una estrategia de desastre" (p. 176).

NOTA XI. *El plan Schlieffen*

Todo estudio del plan Schlieffen debe remitirse de ahora en más al libro de G. Ritter,[5] que fue el primero en publicar los textos, entre ellos el informe de diciembre de 1905, a veces denominado el *Testamento del conde Schlieffen,* transmitido a su sucesor, H. von Moltke. No nos interesa entrar en los detalles de los diferentes informes y seguir las modificaciones que Schlieffen introdujo en sus proyectos. Lo que asombra al lector es el rigor y la precisión de la planificación, desde el primer día de movilización hasta la presunta llegada a la capital francesa.

Leemos, por ejemplo, en el informe de diciembre de 1905: "Las condiciones que imponen las vías férreas conducen a un despliegue del ejército alemán, en lo esencial, sobre la línea Metz-Wesel. Allí deben concentrarse 23 cuerpos de ejército, 12,5 cuerpos de reserva y 8 divisiones de caballería, que avanzarán oblicuamente hacia la izquierda contra la línea Verdún-Dunkerque. Los cuerpos de reserva del ala norte nos protegerán el flanco derecho, especialmente frente a Anvers; los cuerpos de reserva del ala sur cubrirán el flanco izquierdo contra un avance del enemigo sobre la margen izquierda del Mosela a partir de la línea Toul-Verdún" (p. 149). Un poco más adelante: "El éxito del ejército alemán en la batalla debe obtenerse, en la medida de lo posible, por el envolvimiento operado por el ala derecha. Por ello conviene reforzarla. Con esta finalidad, 8 cuerpos de ejército y 5 divisiones de caballería, por cinco rutas, deben franquear el Mosa por debajo de Lieja y avanzar en la dirección Bruselas-Namur. Un noveno cuerpo de ejército debe reunirse con ellos después del cruce del Mosa por debajo de Lieja. Estos nueve cuerpos de ejército son seguidos por siete cuerpos de reserva que están destinados, en su mayoría, al rodeo de Anvers, y luego a cubrir el flanco derecho. . .". Unas páginas más adelante (ps. 155-156) leemos: "Hay que considerar que para el avance contra la posición Aisne-Oise-París habrá 25 cuerpos de ejército disponibles, 2,5 cuerpos de reserva y 6 cuerpos recientemente formados, o sea 33,5 cuerpos de ejército en total. De este número, más de un tercio es necesario para rodear *(Umgehung)* París; 7 cuerpos de ejército serán empleados en el movimiento de desborde, 6 cuerpos nuevos en el rodeo de París por el frente oeste y sur". El conde Schlieffen quería evitar la retirada del ejército francés hacia el sur del Loira: el ejército enemigo debía ser totalmente destruido de golpe. Como decía el informe, todavía Francia era considerada una plaza fuerte cuya muralla exterior, Belfort-Verdún, era inexpugnable; en cambio, la zona Mézières-Maubeuge-Lille-Dunkerque, imperfectamente fortificada, constituía la vía natural de ataque a la fortaleza. La toma de la fortaleza Francia debía implicar la destrucción del ejército francés.

En vísperas de su muerte, cuando ya hacía siete años de su retiro, el conde Schlieffen redactó otro informe (26 de diciembre de 1912) que llevaba al extremo las ideas originales de su plan: "Toda Alemania debe arrojarse sobre un adversario, el más fuerte, el más poderoso, el más peligroso, y este sólo puede ser Francia-Inglaterra" (p. 186). El informe final evoca las concesiones hechas en 1911, las compara con la firmeza que manifestó el gobierno del Reich en 1905 y 1909 y concluye que "se ha roto el hechizo que hasta el momento hacía parecer invencible al ejército alemán" (p. 184). Moltke el joven, en un informe de 1911, se oponía categóricamente a la violación de la neutralidad holandesa así sugerida por Schlieffen, y aparentemente implícita en el informe de 1911. Leemos en la página 188: "Con las 52 divisiones que corresponden a los viejos cuerpos, se puede atacar la línea Belfort-Nimègue". El conde Schlieffen, en su último informe, proponía una mezcla de batallones activos y batallones de reserva que sustituía 51 divisiones por 36 cuerpos de ejército. El viejo mariscal sugería procedimientos aún más brutales, *rücksichtlos,* por decirlo en alemán, para conseguir la capitulación del gobierno belga: el ultimátum ofrecería la elección entre el bom-

[5] *Der Schlieffen Plan. Kritik eines Mythos,* Munich, R. Oldenbourg, 1958.

bardeo de las plazas fuertes y una importante contribución, o bien la entrega de todas las fortalezas, vías férreas y tropas.

Las discusiones sobre la conformidad de la ejecución del plan con las ideas de quien lo había concebido no pueden consignarse aquí. El último libro que las trata con moderación y objetividad es, según mi parecer, el del historiador israelí Jehuda L. Wallach, *Das Dogma der Vernichtungsschlacht, Die Lehren von Clausewitz und Schlieffen und ihre Wirkungen in Zwei Weltkriegen,* Francfort, Bernard & Graefe, 1967. Entre los libros que acusan a Moltke el joven figuran en primera línea los de W. Groener, *Das Testament des Grafen Schlieffen,* Berlín, 1927, y *Der Feldherr wider Willen,* Berlín, 1930. Se leerán también los libros de Wolfgang Foester, en particular Aus dem qedankenwerkstatt des deutschen generalstabs, Berlin, 1931, y los artículos de controversia con G. Ritter en la *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* "Hat es eine Schlieffenplan-Legende gegeben?" (año 2, cuaderno 12, diciembre de 1952); "Einige Bemerkungen zu Gerhard Ritters Buch, *Der Schlieffen Plan*" (año 7, cuaderno 1, enero de 1957).

NOTA XII. *La disolución del plan Schlieffen*

La acusación de una *Verwässerung,* de una disolución del plan Schlieffen por su sucesor, fue formulada inmediatamente después de la catástrofe. Según los últimos trabajos, especialmente las conclusiones a que ha llegado J. L. Wallach (p. 136), la distribución prevista por el plan Schlieffen de 1905 habría sido.

10 divisiones en el Este y 62 en el Oeste, de las cuales 54 en el ala derecha entre Aix-la-Chapelle y Metz y 8 divisiones en el ala izquierda en Lorena.

La relación de fuerzas entre las dos alas habría sido de 7 a 1. En 1914 Moltke disponía de 13,5 divisiones más de las que preveía Schlieffen en 1905. La distribución fue la siguiente:

9 divisiones en el Este;

70 divisiones en el Oeste, de este modo: 54 divisiones en el ala derecha entre Aix-la-Chapelle y Metz y 16 divisiones en Lorena.

La relación pasó a ser de 7 a 2.

En otras palabras, el ala derecha no fue debilitada; Moltke utilizó las divisiones suplementarias para reforzar el ala izquierda. El generalísimo alemán aceptó, pues, en el Este, todos los riesgos aceptados por su predecesor. Quiso reducir los riesgos de un avance profundo de los franceses sobre el ala izquierda, avance que habría amenazado las regiones económicamente importantes.

Lunderdorff fue parcialmente responsable de este refuerzo del ala izquierda. Según el modelo de la batalla de Cannas, los alemanes habrían dejado que los franceses se internaran en la trampa sobre la cual se habría abatido el ala derecha, al modo de una puerta giratoria.

H. von Moltke no gozaba de una autoridad inapelable. El ministro de Guerra, Erich von Falkenhayn, una parte de su estado mayor le eran hostiles, así como el jefe del gabinete militar del emperador. No se atrevió a abandonar el cuartel general de Luxemburgo y, en vez de acudir personalmente al frente, envió al teniente coronel Hentsch, en quien recayó la responsabilidad de dar la orden de retirada, orden que ha sido objeto de una controversia inagotable. No es nuestra intención entrar aquí en dicha polémica.

NOTA XIII. *Juicios de B. H. Liddell Hart y de H. Rosinski*

En ninguna parte la pasión anticlausewitziana de B. H. Liddell Hart se manifiesta de modo tan enfático como en un pasaje de su libro *The Ghost of Napoleon:* la enseñanza del *Tratado* cargaría con la responsabilidad de la derrota alemana en el Marne, y también de las ofensivas carniceras del Somme o de Flandes.

"Tal vez —escribe— una ironía aún más grande de la historia reside en el modo en que los alemanes perdieron una victoria en el Oeste por seguir la "ley de la estrategia" de Clausewitz de mantener las fuerzas concentradas. Mirando el sistema de Napoleón a través de las lentes deformantes de Clausewitz, no habían percibido el objetivo real y el valor de la formación napoleónica como una red ampliamente extendida que constituía por sí misma

un modo de distraer al enemigo. Es cierto que el número acrecentado, favorecido por Clausewitz, había dificultado los intervalos amplios entre los cuerpos y los ejércitos. Pero aun cuando un intervalo era posible, los jefes modernos evitaban dejarlo, obedeciendo la ley de Clausewitz. En vez de la amplitud del movimiento, buscaron instintivamente cerrar las filas, temiendo los riesgos a los cuales se expondrían si no marchaban hombro con hombro, pero así perdían la posibilidad de amenazar o desbordar a sus adversarios. La locura de esta concepción estrecha se manifestó principalmente en las primeras semanas de guerra en el Oeste. Pues fue la relativa amplitud del plan alemán original lo que provocó el fracaso del plan francés. Y luego, como su ala derecha se desplazaba con una amplitud y celeridad sorprendentes, también arruinaron el segundo plan de Joffre. Pero Moltke el joven, que no comprendía claramente el valor de la amplitud, se inquietó al ver los intervalos que se formaban entre sus ejércitos en marcha. Su temor lo indujo a aprobar una modificación de su propio plan; el ejército de Kluck, en el ala derecha, se volvió hacia el interior, bordeando París por el Este, en vez de girar por el Oeste. Y al buscar de ese modo una reducción de su línea y sus riesgos, Moltke se expuso a un contraataque decisivo y fatal. Pues el Marne fue la tumba de las perspectivas alemanas de victoria en la guerra. Con justicia podría inscribirse la ley de Clausewitz en la lápida" (ps. 141-142).

La hipótesis de que las decisiones de Kluck o de Moltke, a fines de agosto de 1914, fueron en cierto modo dictadas o influidas por la enseñanza, por lo demás implícita, del *Tratado,* exige de por sí, para ser tomada en serio, una extraña buena voluntad. Pero el origen intelectual del temor a los intervalos o lagunas entre los ejércitos es conocido por todos: la enseñanza de Schlieffen. Este había sustituido una estrategia que abarcaba conducción de la guerra y conducción de las operaciones por una inquietud predominante por las operaciones. Era él quien quería dirigir ejércitos de millones de hombres como ejércitos de miles de hombres, los ejércitos alineados como otrora las compañías y los batallones. Por cierto, la enseñanza de Clausewitz estaba más presente en el espíritu del viejo que del joven Moltke. El primero no vacilaba en elegir las formas de maniobra que dejaban vastos intervalos entre los ejércitos. Se puede alegar que el conde Schlieffen habría conducido las operaciones mejor que Moltke el joven, que no habría aceptado el cambio de dirección del primer ejército, que no habría temido el vacío entre los ejércitos primero y segundo. Históricamente, la explicación de Liddell Hart es francamente absurda; sólo la pasión que inspira Clausewitz (que comparte este destino con Maquiavelo y Marx) puede dar cuenta de ella.

Más razonable, en cambio, es la observación de Liddell Hart de que la obsesión de destruir al ejército enemigo indujo a los alemanes a no tratar de tomar la mal defendida París, a no adueñarse de los indefensos puertos de la Mancha. A lo cual se puede responder que los alemanes, en efecto, durante la primera fase de la guerra en el Oeste sólo se preocuparon, de acuerdo con la doctrina Schlieffen, por destruir las fuerzas armadas del enemigo, objetivo que el mismo Liddell Hart aprueba, pues según él las posibilidades de victoria alemana fueron enterradas en el Marne en setiembre de 1914. Llevaron demasiado lejos, hasta el absurdo, una máxima que el *Tratado* no presenta como ley. Basta con leer el capítulo I, 2 o las cartas al mayor Roeder para medir la distancia entre el sentido que Clausewitz daba a esta presunta ley y el que Liddell Hart le atribuye siguiendo a Schlieffen. Agreguemos una vez más que Moltke el viejo jamás demostró semejante dogmatismo.

H. Rosinski va tan lejos como Liddell Hart, aunque en sentido contrario. Impulsado por su culto de Clausewitz y su admiración por el gran estado mayor alemán, se esfuerza por atribuir a la influencia del primero de la superioridad del segundo, pero no la responsabilidad de los errores cometidos (*The German Army,* p. 113). Confieso que no me convence su argumentación, en ciertos sentidos contradictoria.

Según él, la superioridad del gran estado mayor proviene de su aptitud para la guerra de movimiento. Para defender la tesis de que el *Tratado* aun mal comprendido, está en el origen de esta superioridad, hay que discernir en Clausewitz la doctrina de la movilidad antes que la doctrina de la batalla decisiva y la acción de masas. Rosinski mismo vacila en ir hasta el final. La superioridad alemana, escribe, viene de una captación *(insight)* sin equivalentes de la naturaleza de la estrategia de movimiento, desarrollada a partir del gran *Tratado* de Clausewitz. A lo sumo podemos decir que los sucesores de Clausewitz vieron en el *movimiento* la condición para las *grandes decisiones.*

Por otra parte, en la página 97 del mismo libro Rosinski escribe que el cuerpo de oficiales prusianos, en 1850, era peor que el de 1806. Luego hay que suponer que la influencia póstuma de Clausewitz se ejerció esencialmente entre 1850 y 1870. Me pregunto cómo estos oficiales, que él nos presenta como poco formados intelectualmente, habrían podido orientarse en el laberinto del *Tratado.*

H. Rosinski escribe estas líneas que me dejan perplejo: "Tan grande era la superioridad extraída de su obra, que ni la ignorancia de su naturaleza real ni la falsa interpretación de los detalles bastaban para afectarla. El homenaje rendido al gran maestro podía degenerar en simple cháchara *(lip service)* y el conocimiento de la obra limitarse a algunos clichés *(catchwords),* pero las ideas se abrían paso por mil canales a través de la vida intelectual entera del ejército, filtrándose incluso a través de instrucciones y reglamentos, con su estilo particular, conciso y elegante, influyendo aun sobre quienes jamás las habían meditado conscientemente". No estoy convencido de que el estilo de Clausewitz pueda calificarse de *terse and elegant.* Schlieffen lo juzgaba filosófico y difícil. ¿Cuáles son las ideas clausewitzianas que penetraron en el ejército alemán y luego en el francés? Movilidad con miras al combate o la batalla que lo deciden todo; busca del centro de gravedad porque la guerra misma constituye una totalidad y lo esencial decide lo secundario. En cuanto al esto de lo que nos interesa hoy, las relaciones entre política y guerra, defensa y ataque en la estrategia y la táctica, los militares alemanes del siglo pasado no comprendieron su importancia ni admitieron su verdad. El Clausewitz que tal vez instruyó al ejército alemán es el Clausewitz del principio de aniquilación, de la guerra para desarmar al enemigo, la guerra de la primera especie que forma una totalidad.

Aun así hay que añadir que el mayor mérito de Moltke consistió principalmente en continuar el antidogmatismo de Clausewitz, suponiendo que éste haya sido su maestro. Moltke también buscaba la batalla de aniquilación, pero las maniobras que conducían a ella diferían de las maniobras más frecuentes de Napoleón y de las que Clausewitz recomendaba en general. En vez de reunir sus fuerzas de antemano, Moltke prefería indicarles una dirección general de marcha y reunirlas en el campo de batalla. Habiendo reconocido la fuerza de la defensa táctica, debida a la potencia de fuego, contemplaba un ataque simultáneo en el frente y el flanco con miras a una victoria total en el campo de batalla y ya no, como pensaba Clausewitz siguiendo a Napoleón, mediante la persecución. Mientras Napoleón solía maniobrar sobre líneas interiores (1796, 1805, 1809, 1813, 1814, 1815), Moltke maniobraba sobre líneas exteriores. Sabía utilizar los medios de transporte y comunicación, discernir mejor que sus adversarios las condiciones de combate modificadas por las innovaciones en armamento. El *Tratado* no dice nada, o casi nada, sobre los armamentos que da por equivalentes en ambos bandos.

Personalmente, yo atribuiría la superioridad del estado mayor alemán en el siglo XIX no a Clausewitz sino a múltiples causas: la selección y entrenamiento de los oficiales de estado mayor, el trabajo incesante, teórico y práctico, desde *Kriegsspiele* a ejercicios tácticos y maniobras de estado mayor en mapas y en el terreno, etc. El cuerpo de oficiales prusianos procedía de una nobleza marcial que conservó hasta la catástrofe final su grandeza y sus limitaciones.

Rosinski no coincide con Liddell Hart sino para condenar a Falkenhayn, y en particular la fatal decisión de setiembre de 1914, el abandono de la guerra de movimiento y el empantanamiento en el terreno.

NOTA XIV. *Falkenhayn y Ludendorff*

La comparación entre los juicios respectivos de Hans Delbrück[6] y B. H. Liddell Hart sobre Falkenhayn y Ludendorff me parece extrañamente aleccionadora porque ilustra un principio clausewitziano de la crítica: todo depende de la amplitud de miras, de la totalidad en la cual nos situamos mediante el pensamiento.

[6] Utilizo los opúsculos *Ludendorff, Tirpitz, Falkenhayn* (Berlín, Verlag Karl Curtius, 1920) y *Ludendorffs Selbstporträt* (Berlín, Verlag für Politik und Wirtschaft, 1922). Los juicios de Liddell Hart están tomados de una galería de retratos, *Réputations* (París, Payot, 1931).

Liddell Hart lleva su hostilidad por Clausewitz al extremo de no tomar de él una idea que debería agradarle. El escritor inglés, que reprocha a Clausewitz, por no comprenderlo, enseñar la guerra a ultranza sin preocuparse por la paz que sobrevendrá después, juzga los méritos de Falkenhayn y Ludendorff sin referirse a la concepción global ni a las ideas políticas de uno y otro. En síntesis, hace una valoración estrictamente militar de los jefes supremos. Así como condena la presentación clausewitziana de los planes napoleónicos de guerra —presentación global y política antes que operacional en sentido estricto—, admira las capacidades operacionales, incluso a veces las doctrinas tácticas de Ludendorff, sin interrogarse sobre el papel que éste desempeñó en la conducción de la guerra en el Este, en la formulación de condiciones de paz que las potencias centrales habrían podido ofrecer en 1916 o 1917. Sean cuales fueren las posibilidades que uno niegue o conceda a una paz de compromiso en el otoño de 1917 o en la primavera de 1918, el general Ludendorff —que en otoño de 1917 aún no aceptaba la restauración pura y simple, plena y total, de Bélgica— quizá sea reconocido como un gran técnico, jamás como un gran capitán.

¿Por qué Liddell Hart piensa de otro modo? Porque separa conducción de las operaciones de conducción de la guerra. Admite sin discusión el postulado, tomado sin justificación de Clausewitz, de que la guerra debe conducir al abatimiento, a la *Niederwerfung* del enemigo. Si admitimos este postulado, justificamos que Ludendorff se esfuerce por obtener una victoria decisiva en 1918, "por ganar la carrera entre el agotamiento inevitable de Alemania y la influencia efectiva de Norteamérica en la lucha" (p. 167). En cambio, a Liddell Hart no se le ocurre que una Alemania que ofreciera condiciones de paz razonables, reservando sus fuerzas para resistir, tenía mayores probabilidades de evitar la revolución y la capitulación.

Por lo demás, toma partido por Ludendorff contra Falkenhayn en los debates puramente militares, a saber: la mayor o menor extensión del plan de campaña en el Este en 1915, los métodos de defensa en la guerra de trincheras. Sin entrar en estos debates, lo cierto es que el escritor inglés no alude en ningún momento a la controversia político-estratégica decisiva: ¿después de la derrota en el Marne en 1914, las potencias centrales aún debían fijarse como objetivo *en* la guerra una victoria militar que permitiera *dictar* la paz? E. von Falkenhayn, tras haber intentado durante varias semanas obtener la decisión en el Oeste, fue el único en convertirse, yo creo que conscientemente, a una estrategia a lo Federico: desalentar la voluntad enemiga de victoria total. Liddell Hart sólo ve en Falkenhayn al hombre de las medidas a medias: "La estrategia de desgaste demasiado prudente de un Falkenhayn resultó ser la más arriesgada y abrió las puertas a la bancarrota de Alemania" (p. 164). No distingue entre la estrategia (o la política) que procuraba evitar la derrota y la estrategia militar de desgaste tal como fue aplicada en Verdún. No relaciona la elección del equipo Hindenburg-Ludendorff con la caída de Bethmann-Hollweg, la toma del poder total, incluido el poder político, por el gran estado mayor.

H. Delbrück, por el contrario, detesta a Ludendorff, sin ignorar del todo sus méritos militares. Su veredicto depende de dos motivos esenciales, un tanto mezclados. Habiendo distinguido las dos estrategias, abatimiento y desgaste, habiendo juzgado desde fines del siglo XIX que Alemania debía elegir una estrategia a lo Pericles, denuncia en Ludendorff al representante de las ideas pangermanistas y la concepción estratégica que juntas debían provocar la catástrofe final. Las ideas pangermanistas alentaban la voluntad de victoria total de los aliados y quebrantaban la unidad de la nación. Los alemanes no podían batirse a muerte por objetivos de conquista; por la defensa de la patria habrían aceptado todos los sacrificios.

En otras palabras, Delbrück reprocha a Ludendorff haber usurpado la conducción política de la guerra y haberse opuesto hasta el final a las declaraciones claras y precisas sobre la restauración de la Bélgica independiente, declaraciones que por sí solas habrían dado una oportunidad a los partidarios de la paz de compromiso en Inglaterra. Sea cual fuere el juicio que se formule retrospectivamente sobre la probabilidad de una paz de compromiso, lo cierto es que la promesa de una restauración integral de Bélgica era indispensable si se deseaba negociar y que las ambiciones alemanas, expresadas hasta la víspera de la derrota, ofrecían la mejor justificación al rigor de las condiciones impuestas a la Alemania vencida.

H. Delbrück critica también ciertas ideas estratégicas de Ludendorff en cuanto a la extensión del frente hasta la frontera suiza (*Selbstporträt*, p. 43 y ss.) y más aún a propósito de la conducción de las ofensivas en el Oeste en la primavera de 1918 (*ibid.*, p. 53).

Confieso que la lectura de los libros de Ludendorff, especialmente *Politik und Kriegsführung* y *Der totale Krieg,* me inclina más en favor de Delbrück que de Liddell Hart. "Máquina pensante", "máquina napoleónica", escribe Liddell Hart (*op. cit.,* p. 177). En cuanto técnico o táctico, tal vez. En cuanto estratega o político, desde luego que no. Quizá H. Delbrück apenas exagera cuando lo sitúa, en cuanto estratega en el sentido clausewitziano, por debajo de Foch (*Selbstporträt,* p. 41).

NOTA XV. *La paz de compromiso*

¿Dependía de Alemania llegar a una paz de compromiso o conciliación en 1916 o 1917? Los méritos respectivos de la conducción de la guerra por Falkenhayn y por Ludendorff dependen ante todo de la respuesta dada a esta pregunta. Los moderados o liberales alemanes, hostiles a Ludendorff, Hans Delbrück ante todo, achacan al equipo Hindenburg-Ludendorff la responsabilidad de la prolongación de la guerra y la catástrofe final. Así Hans Delbrück escribía, en su opúsculo *Ludendorffs Selbstporträt* ("Autorretrato de Ludendorff"): "El enemigo nos acusa de haber desencadenado la guerra para conquistar el dominio del mundo *(Weltherrschaft).* Semejante acusación es refutada de manera concluyente por los archivos. Si pese a todo no cesa la campaña de difamación, el hecho se explica naturalmente por una razón entre otras: las finalidades bélicas a menudo proclamadas por Alemania" (p. 24). Al final del opúsculo, repite el juicio: "Nosotros no estábamos capacitados para impedir la guerra mundial, nos la habrían impuesto aunque en julio de 1914 hubiéramos llevado otra política. Pero en cambio habríamos podido terminar la guerra de otro modo si Ludendorff hubiera sido un hombre diferente" (p. 64). Y en la página 37, aún más enérgicamente: "Aunque es cierto que la afirmación del ultimátum de Versalles sobre la responsabilidad de Alemania en el origen de la guerra mundial no es verdadera *(Unwahrheit),* lamentablemente es verdad que nosotros, es decir Ludendorff y quienes lo rodeaban, fuimos los que prolongamos la guerra, y tenemos derecho a decirlo en voz alta sin temer el peligro de poner así en manos de la coalición enemiga una nueva arma para reemplazar por otra la acusación ahora refutada del Tratado de Versalles".

Sin insistir sobre los orígenes de la guerra de 1914 —que no fue *impuesta* a Alemania, aunque este país no fue el único responsable—, la pregunta planteada (¿quién es responsable de la prolongación de la guerra?) no supone una respuesta tan categórica como la de Delbrück. La principal dificultad, como algunos comprendieron de inmediato y como hoy lo admiten los historiadores, residía en la oposición entre el curso de la guerra y el desenlace probable a partir de la intervención de Estados Unidos. Los ejércitos alemanes habían acumulado victorias, combatían en territorio enemigo. Rusia, después de la segunda revolución, se había retirado de la lucha; por primera vez en 1917 los alemanes combatían en un solo frente; aun en el verano de 1917, en el momento de la tentativa de mediación del Vaticano, la victoria eventual de los aliados podía parecer remota, aleatoria. G. Ritter, en su gran libro (*Staatskunst und Kriegshandwerk,* t. III, p. 318) llega a la conclusión de que en 1916 ni los franceses ni los ingleses estaban dispuestos a negociar en condiciones aceptables para los alemanes; asimismo, en 1917 (t. IV, 38-42) la mediación papal tropezaba con objeciones de los dos bandos.

Los ingleses exigían por lo menos la evacuación de Bélgica, sin reservas ni condiciones. Los alemanes se proponían negociar este abandono y obtener otras ventajas a cambio. Francia no concebía una paz que no le cediera Alsacia-Lorena, que los alemanes, por su parte, no habrían entregado antes de ser vencidos. Más aún, G. Ritter tal vez tiene razón cuando escribe que en 1916 los aliados sabían que la reiniciación del combate sería imposible después de negociar. También juzgaban que una paz con un retorno al *statu quo ante* representaba un triunfo para el Reich, que habría resistido a una enorme coalición (*op. cit.,* III, p. 318).

Una generación antes, Delbrück escribía, retomando las expresiones empleadas a fines del siglo XIX en su opúsculo sobre la estrategia de Federico II y Pericles: "¿Qué posición de predominio habría ocupado Alemania si hubiera concertado una paz fundamentada en el *statu quo*? ¿Quién habría afrontado jamás el riesgo de atacar un Estado capaz de resistir contra fuerzas tan superiores?" (*Ludendorffs Selbstporträt,* p. 24). Los franceses, que se consideraban víctimas de una agresión, los británicos, que habían intervenido para respetar la garantía ofrecida a Bélgica, quizá no se habrían resignado a la paz "sin anexión ni indem-

nización", a la paz que Ritter llama de "concialiación" y que habría sido una paz de victoria alemana una vez perdida la esperanza del triunfo.

En otros términos, si reconstituimos mediante el pensamiento la situación de 1916 o 1917, si simpatizamos sucesivamenre con el modo de pensar de los diferentes actores, en Berlín, en Londres, en París, en 1916 o 1917, nos inclinamos, creo, por la conclusión de que las probabilidades de paz eran escasas.

Ello no significa que la crítica de los moderados contra Ludendorff y los pangermanistas careciera de fundamento. Ante todo, la propaganda de los pangermanistas y las finalidades bélicas, aceptadas incluso por los moderados durante los primeros meses, revelaban las ambiciones que alentaba sin duda un sector de la opinión alemana. Ludendorff fue culpable de las intrigas políticas que llevaron a la caída de Bethmann-Hollweg. Se opuso locamente a las declaraciones gubernamentales que deseaban ofrecer sin reticencia, de antemano, la restauración incondicional de Bélgica. La ambigüedad de las finalidades bélicas alemanas, la intervención de ambos generales en la conducción política de la guerra, contribuyeron a quebrantar la unidad moral del pueblo alemán, a incitar a los socialdemócratas a la oposición. Por último, la resolución de obtener una victoria decisiva en el Oeste antes de la llegada de las tropas norteamericanas, seguida, ante los primeros reveses, por la conversión casi instantánea a una petición de armisticio, testimonian un defecto incompatible con el "genio guerrero": la falta de sangre fría y equilibrio nervioso.

Capítulo II

NOTA XVI. *Los textos de Lenin*

En las notas sólo hice algunas referencias a los textos de Lenin donde se cita a Clausewitz. He aquí algunas precisiones. Los principales escritos donde Lenin utiliza a Clausewitz son los siguientes: **El fracaso de la Segunda Internacional* (t. 21, ps. 207-263), especialmente p. 223: "Si se examinan atentamente las premisas teóricas de Kautsky, encontramos la misma concepción de la que Clausewitz se mofó hace ochenta años: con el desencadenamiento de la guerra cesan las relaciones políticas formadas históricamente entre los pueblos y las clases y se crea una situación absolutamente diferente". Simplemente, "hay agresores y agredidos". Considera a Clausewitz uno de los más grandes historiadores militares cuyas ideas fueron fecundadas por Hegel.

Los principios del socialismo y la guerra de 1914-1915 (t. 21, ps. 309-350), especialmente en la p. 314, un parágrafo titulado: "La guerra es la continuación de la política por otros medios (o sea la violencia). Esta sentencia célebre pertenece a Clausewitz, uno de los autores más penetrantes en materia militar. Los marxistas siempre han considerado con justicia esta tesis como la base teórica de la interpretación de cada guerra particular; Marx y Engels siempre consideraron las diferentes guerras desde este punto de vista". Este opúsculo analiza especialmente la prosecución de la política, calificada de oportunista, de ciertas fracciones socialistas durante las hostilidades: el oportunismo cobra el carácter de "socialchauvinismo". También debe consultarse, en el mismo tomo, *El oportunismo y el fracaso de la Segunda Internacional* (ps. 455-472).

En el tomo 22, que contiene *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo,* el artículo titulado "A propósito del opúsculo de Junius" (Rosa Luxemburg) utiliza expresiones clausewitzianas, y principalmente la *Fórmula.* Esta sirve para prever el tránsito de la política de liberación nacional a guerras nacionales contra el imperialismo (p. 333). En el mismo tomo, el artículo "Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas" resume las tesis de Lenin sobre un aspecto, hoy día demasiado mal conocido, de su pensamiento.

En el tomo 23 conviene leer ante todo los dos estudios "Caricatura del marxismo y a propósito del economismo imperialista" y "Programa militar de la revolución proletaria". El primer texto defiende, contra la interpretación simplista de la primacía de la economía, la tesis de la liberación nacional aun en período imperialista, *a fortiori* después del triunfo de una revolución socialista. La continuidad entre la política y la guerra se ha vuelto tan evidente que Lenin cita la *Fórmula* sin siquiera atribuirla a Clausewitz (p. 87). Al mismo tiempo muestra el tránsito de la lucha de clases a la guerra de clases y al armamento del proletariado.

En el tomo 24, que reúne los textos entre la Revolución de febrero y julio de 1917, Lenin utiliza a Clausewitz contra el gobierno provisional y el "extremismo revolucionario". El

* Las indicaciones remiten a la edición francesa de las obras de Lenin. *(N. d. T.)*

carácter de la guerra aún no ha cambiado porque los nuevos amos no han denunciado los tratados secretos ni renunciado a la opresión de los pueblos alógenos. En una conferencia celebrada el 14 (27) de marzo de 1917 vuelve una vez más a Clausewitz (ps. 408-409), "escritor que había estudiado la historia de las guerras y había inferido sus lecciones filosóficas poco después de la época de las guerras napoleónicas", para fundamentar su interpretación de la guerra presente. Como de costumbre, Lenin yuxtapone visión de paz y combate despiadado: "Nosotros decimos que nuestra meta es la instauración del régimen socialista, que al suprimir toda explotación del hombre por el hombre y de una nación por otras naciones suprimirá infaliblemente toda posibilidad de guerra en general. Pero al combatir por este régimen socialista estaremos por fuerza situados en condiciones donde la lucha de clases, dentro de cada nación, podrá tropezar con una guerra entre diferentes naciones engendrada por esta misma lucha de clases; de modo que no podemos negar la posibilidad de guerras revolucionarias, o sea guerras resultantes de la lucha de clases, libradas por clases revolucionarias y dotadas de un alcance revolucionario directo e inmediato" (p. 408).

NOTA XVII. *La leyenda de las oportunidades perdidas*

En la última biografía de Hitler, la de Joachim Fest (trad. franc. en ediciones Gallimard, París, 1973), el autor multiplica los testimonios con el objeto de probar que el Tercer Reich se habría derrumbado desde el otoño de 1939 si los franco-ingleses hubieran atacado resueltamente (por ejemplo, T.I, p. 288, las afirmaciones del general Jodl). La tesis no me convence. Por cierto, la Alemania hitleriana entró en guerra sin estar realmente preparada, sin disponer de un stock de municiones suficiente. Alemania produjo casi 25.000 aviones en 1944, mientras que puso en acción unos 3.500 aparatos el 1º de setiembre de 1939. Pero la falta de preparación no era menor en el bando franco-inglés.

Cuando el ejército francés fue movilizado, la derrota polaca era prácticamente un hecho. Los franco-ingleses no podían, como los alemanes en 1940, atacar pasando por Bélgica. En la frontera del Este, entre el Rin y el Mosela, la línea Sigfrido ya existía y las divisiones alemanas disponibles habrían dado a las mejores divisiones, después del fin de la campaña de Polonia, tiempo para intervenir en el Oeste.

En 1914 como en 1939-1940, los dos estados mayores, el francés y el alemán, juzgaban que el trazado de las fronteras y la naturaleza del terreno excluían resultados decisivos en los Vosgos y en Lorena. Me parece cuando menos improbable que el ejército francés de 1939 fuera capaz de una ofensiva relámpago en el sector del frente entre el Rin y el Mosela, donde se enfrentaban la línea Maginot y la línea Sigfrido. Los historiadores que cuentan 110 divisiones francesas se abstienen de distinguir entre las divisiones en actividad y las divisiones de reserva, entre las que habrían podido combatir inmediatamente y las que necesitaban al menos varias semanas de entrenamiento. Para colmo, al cabo de dos semanas, el ejército polaco ya no existía.

Asimismo, la versión de B. H. Liddell Hart de la batalla de mayo de 1940 me parece doblemente tendenciosa. El escritor inglés, cuyo talento sólo es equiparable a su falta de objetividad y la fuerza de sus prejuicios, no se pregunta por la responsabilidad respectiva de los civiles y los militares en la derrota de 1940. Las decisiones principales, la entrada en Bélgica y la acometida del Séptimo Ejército sobre Holanda resultaron, en principio, de decisiones tomadas en los consejos superiores interaliados, especialmente el del 23 de abril de 1940. ¿En este último consejo el general Gamelin accedió a retirar el Séptimo Ejército de la reserva general para ponerlo en la extrema izquierda a causa de la maniobra Dyle-Bréda? ¿A petición del gobierno inglés o del gobierno francés? En este sentido, contra las versiones conformistas de las "oportunidades perdidas", vale la pena remitirse a la obra de un militar que no es historiador profesional, pero que busca honestamente la verdad, P. E. Caton, *1939-1940. Une guerre perdue en quatre jours. Contretémoignages sur une catastrophe*, L'Amitié par le Livre, 50910 Blainville-sur-Mer, 1974.

NOTA XVIII. *Un crítico norteamericano de inspiración clausewitziana*

El libro de Hansen W. Baldwin, *Great Mistakes of the War* (N. York, Harper, 1949), constituye una crítica de inspiración clausewitziana de la conducción norteamericana de la guerra. Insiste sobre el error primordial, del cual derivan todos los demás: la ausencia de una

concepción política de las metas a alcanzar mediante la guerra. "Estados Unidos libró las guerras de modo diferente de los otros pueblos. Nosotros combatimos pensando en la victoria inmediata y no en la paz última. A diferencia de los británicos y los rusos, no teníamos un gran designio, una visión de conjunto *(over-all concept).* Esta falta de objetivos políticos bien definidos para guiar nuestra acción militar ha caracterizado, en mayor o menor medida, buena parte de nuestra historia pasada" (p. 1).

No adhiero plenamente a esta interpretación de la historia norteamericana, pero creo que Roosevelt y sus consejeros, durante la Segunda Guerra Mundial, en efecto subordinaron toda consideración política al objetivo de la victoria militar total sobre el Tercer Reich y sobre el Japón. "Combatimos para ganar: un punto es todo. Olvidamos que las guerras son sólo una extensión de la política por otros medios; que las guerras tienen objetivos... y que el fin general de la guerra es una paz más estable." Aunque Hanson W. Baldwin sólo cita a Clausewitz una vez, en la última página del libro –y citando a la vez a un general alemán, Kleist–, la crítica entera se inspira en el pensamiento clausewitziano en su forma más clásica, más tradicional.

Por cierto, H. W. Baldwin atribuye a la ignorancia, o a una interpretación falsa de lo que era el régimen soviético o el mismo Stalin, muchas decisiones del presidente. En particular, muestra hasta qué punto el temor a una paz aparte entre el Tercer Reich y la Unión Soviética carecía de fundamento. Pero este falso temor invirtió la relación que habría sido normal entre Washington y Moscú. Moscú necesitaba la ayuda norteamericana y Stalin actuó como si fuera el más fuerte, como si tuviera derecho a exigir.

No insistiré sobre la crítica de los diversos errores: exigencia de capitulación incondicional, bombardeo indiscriminado de ciudades alemanas, que en conjunto condenaban a la ineficacia toda la propaganda, todo el esfuerzo para separar al pueblo alemán del régimen, la negativa norteamericana a considerar un desembarco en los Balcanes (operación que no excluía el desembarco en Normandía, pero permitía llegar a Europa Central antes que los ejércitos rusos, que aseguraba a los angloamericanos una posición de fuerza para la organización europea del porvenir), el trazado de líneas de demarcación en Alemania y la negligencia en la determinación del "status" de Berlín. "Habríamos podido avanzar más hacia el Este. Pero los dados políticos se habían arrojado; no había mayor interés en aceptar sacrificios militares por una causa política perdida. El efecto de todas estas decisiones fue transformar a Berlín en una isla en medio de un mar ruso y dar a las tropas soviéticas el dominio de Europa Central" (p. 17).

La crítica de la conducción de la guerra del Pacífico sigue los mismos lineamientos. Pasemos por alto los extraordinarios errores cometidos antes de la guerra en cuanto a la posibilidad de defender las Filipinas. Lo que a Baldwin le resultaba increíble en 1949, y aun hoy parece extraordinario, es que Roosevelt estuviera obsesionado por la preocupación de conseguir la cooperación militar de la Unión Soviética para terminar la guerra contra el Japón cuando esta cooperación no era necesaria en absoluto (en 1945) y cuando, políticamente, Roosevelt habría debido fijarse la meta contraria, evitarla. También allí errores sobre la situación militar de Japón en 1944-1945, la exigencia de capitulación incondicional, influyeron sobre las decisiones de Roosevelt, luego de Truman. No es menos cierto que Roosevelt, en Yalta, para conseguir el respaldo ruso, militarmente inútil y políticamente perjudicial, traicionó la confianza de un aliado concediendo a Stalin lo que pertenecía no a Estados Unidos sino a China, entonces la China nacionalista de Chang Kai-chek (ps. 87-88).

La última crítica alude al empleo de la bomba atómica contra Japón; Baldwin lo juzga con severidad porque estima, y con razón, que Japón ya estaba vencido e inevitablemente habría negociado días o semanas después. Aún no sospechaba, en el año 1949, que una generación más tarde los historiadores atribuirían el empleo de la bomba atómica contra Japón a la obsesión anticomunista.

Algunas observaciones se imponen a quien relee el librito de Baldwin un cuarto de siglo después. La crítica clausewitziana gozó de ciertos favores durante los primeros años de la guerra fría, pero no penetró profundamente en la opinión norteamericana; los medios académicos, en particular, han sido casi siempre alérgicos a ella. Los revisionistas –los historiadores que hacen a los dirigentes de Estados Unidos "responsables de la guerra fría"– hoy proceden a una inversión de la perspectiva.

Baldwin escribía, con cierto cinismo, que habría sido beneficioso para Gran Bretaña, Estados Unidos y el mundo dejar que las dos grandes tiranías se combatieran hasta el agotamiento e incluso alentarlas a ello. Estados Unidos habría ayudado a la Unión Soviética a vencer sin necesidad de bombardear implacablemente a Alemania. El debilitamiento simultáneo de los dos combatientes habría preparado una paz más estable. Podemos preguntarnos si las democracias pueden librar una guerra sin transfigurarla por la ideología.

Sea como fuere, un cuarto de siglo más tarde los revisionistas reprochan a la política norteamericana no haber aceptado grácilmente las ambiciones de la Unión Soviética para dejarle la carga más pesada a la guerra común contra el Tercer Reich.

El libro de Baldwin participa implícitamente en el debate sobre la responsabilidad de Clausewitz. Todos reconocerán que éste no ejerció en rigor ninguna influencia en Estados Unidos antes de 1945. Pero ningún país llevó tan lejos la aplicación del principio de destrucción (mal comprendido). Desde luego, se trata del principio según lo entendía Douhet, no el general prusiano, o sea la destrucción de las fuerzas muertas y no de las fuerzas vivas, destrucción de las ciudades y no de los ejércitos. Estados Unidos, escribía Baldwin, llevó más lejos que todos los demás países el uso indiscriminado, ilimitado de la violencia. "Si no invertimos pronto esta tendencia, si no buscamos medios para limitar y controlar la guerra, si no abandonamos nuestra doctrina de pragmatismo, de capitulación incondicional, de victoria total, un día nosotros mismos seremos víctimas de nuestras propias teorías, nuestras propias prácticas" (p. 107).

No fue Clausewitz quien enseñó a los norteamericanos la destrucción absoluta, los medios ilimitados, la decisión militar radical. La técnica y la guerra popular o ideológica bastaban para ello: en cambio, la subordinación de la guerra a la política habría podido crear un freno, el único que subsistía en la era industrial.

SEGUNDA PARTE

Capítulo III

NOTA XIX. *Los acuerdos sobre restricción de armamentos*

Al acuerdo de Moscú en 1972 siguió en 1974 el acuerdo de Vladivostok. El primero adjudicaba a la Unión Soviética el derecho a un número de proyectiles balísticos ICBM[1] o SLBM[2] superior aproximadamente en un cincuenta por ciento al de Estados Unidos. Simultáneamente, la Unión Soviética poseía una superioridad considerable (cuatro o cinco veces más) en lo concerniente al total de la fuerza explosiva de los proyectiles nucleares. En cambio, gracias a la técnica de los MIRV, Estados Unidos poseía el triple de cabezas nucleares de los soviéticos.

Según las publicaciones del I.I.S.S., *The Military Balance 1974-1975*, a fines de 1974 Estados Unidos contaba con 529 *Minuteman 3,* ICBM con 3 MIRV cada uno, y en 1975 debía completar un programa de 550. El resto de la fuerza intercontinental estará constituido por 450 *Minuteman 2,* cada cual con 3 MIRV. En el mar, 352 SLBM *Poseidon,* cada cual con 10 a 14 MIRV, están instalados en 22 submarinos; la adaptación de otros 9 submarinos a los proyectiles *Poseidon* se completará en 1977. En 1978* dos submarinos con SLBM *Trident I* entrarán en servicio, y los nuevos misiles no sólo llevarán MIRV, cabezas múltiples con diferentes objetivos, sino MARV, o sea cabezas nucleares múltiples susceptibles de ser guiadas en el final de la trayectoria (lo cual incrementa la precisión de tiro).

Globalmente, Estados Unidos poseía, pues, 656 SLBM en 41 submarinos (22 con 16 *Poseidon* cada uno, 19 con 16 *Polaris A3* cada uno), 1.054 ICBM (21 *Minuteman 1,* 450 *Minuteman 2,* 529 *Minuteman 3,* 54 *Titan 2)* y 503 bombarderos.

Los soviéticos disponían de 720 SLBM en 70 submarinos, 50 de ellos con propulsión nuclear, 1.575 ICBM (1.018 SS-11 y 60 SS-13 *Savage)* y 140 bombarderos de largo alcance. Continuaban trabajando sobre cuatro tipos nuevos de ICBM: el SS-X-18, proyectil de carburante líquido de la clase SS-9, el SS-X-17 y el SS-X-19, de carburante líquido, capaces de transportar un peso de ojiva tres a cinco veces superior al peso que se podía transportar en un SS-11. Estos cuatro nuevos proyectiles tienen una precisión de tiro superior a la de los emplazados actualmente. El SS-X-17 y el SS-X-19 están destinados a reemplazar al SS-11: el primero fue experimentado con un solo vehículo de reingreso (RV) en la gama de los megatones y con 4 MIRV; el segundo con 4 a 60 MIRV. Con el emplazamiento de tres de estos cuatro sistemas, el peso total de las ojivas de la fuerza estratégica pasaría de 6-7 millones de toneladas a 10-12 millones de toneladas (contra 1-2 millones de la fuerza norteamericana) y 7.000 cabezas nucleares en la gama de los megatones podrían dirigirse a objetivos diferentes (contra 2.000 de los ICBM norteamericanos).

Para pasar del acuerdo interino de Moscú al acuerdo de Vladivostok había que hallar

1 Proyectil balístico intercontinental.

2 Proyectil balístico lanzado desde submarinos.

* Recuérdese que este libro se publicó en 1976. *(N.d.T.)*

una equivalencia, a falta de una igualdad. Como los soviéticos habían rechazado toda inferioridad en el número de cabezas nucleares –propuesta por los norteamericanos para compensar el peso superior y, en consecuencia, el megatonelaje superior de la fuerza soviética–, el acuerdo se realizó sobre un tope común, tanto del número total de misiles (2.400) distribuido, según las preferencias de cada cual, entre ICBM, SLBM y bombarderos pesados, como del número de misiles portadores de cabezas múltiples (1.320), MIRV o MARV.

El acuerdo de Vladivostok supuso concesiones de las partes, pues la Unión Soviética renunció a tener en cuenta, en el cálculo, bases avanzadas de Estados Unidos. Los representantes norteamericanos, a su vez, aceptaron una igualdad del número, los proyectiles y las cabezas nucleares pese al peso superior que cargan los vehículos soviéticos. Provisionalmente, el acuerdo no reduce en nada el esfuerzo armamentista de ambos Grandes: los programas no habrían sido más importantes en caso de que el acuerdo no se hubiera concluido.

Los norteamericanos se proponen mejorar la relación entre el peso y la potencia explosiva de las cabezas nucleares, incrementar la capacidad destructiva y la precisión de tiro. El progreso técnico continúa, la casuística política, también. Ambos deben conservar, en caso de un ataque contra su propia fuerza estratégica, los recursos necesarios para una réplica que no incluya las ciudades.

Fuera de este escenario, en sí mismo improbable, la incertidumbre fundamental subsiste: ¿qué influencia ejerce sobre las relaciones interestatales, sobre todo en período de crisis, la relación de las fuerzas nucleares tal cual es o tal cual la perciben los actores? ¿Hasta qué punto los otros países son influidos por la idea que se hacen de la relación de fuerzas frente a los Grandes?

Capítulo IV

NOTA XX. *El general Beaufre y la guerra revolucionaria*

El general Beaufre comete el error de no distinguir los niveles político, estratégico, táctico. Parte de una definición clausewitziana de la guerra. "Ella se define como una prueba de fuerza por la cual un grupo humano procura imponer su voluntad a otro grupo humano. La esencia de la guerra, la estrategia, es la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para arreglar el conflicto. La meta de la guerra es la capitulación de uno de los beligerantes ante la voluntad del otro."[1] Pasemos por alto la falta de rigor: la meta de la guerra no es *siempre* la capitulación del otro. Habría que decir, con Clausewitz, la meta *natural* de la guerra de acuerdo con el concepto. Habría que saber también qué sentido damos al término fuerza. Pero a partir de esta definición el general Beaufre no conoce más diferenciaciones que los procedimientos de ejecución; en otras palabras, salta directamente de la definición más abstracta a la diversidad de los medios sin pasar por la *etapa política.* Sin embargo una tipología de las guerras supone una tipología de las entidades políticas que las libran.

Como ha descuidado el análisis político, inevitablemente termina por definir la guerra revolucionaria por ciertas características que dependen de la táctica. En principio, escribe, es la lucha de todo un pueblo. En este caso, se trata de lo que Clausewitz denomina el armamento del pueblo; pero éste, en España o en Rusia, contra Napoleón, no constituía una guerra revolucionaria sino, si se quiere, una insurrección nacional o la movilización espontánea del pueblo contra el invasor. Es verdad que los conservadores prusianos temían armar al pueblo, aun contra Napoleón. Pero si toda guerra revolucionaria implica el armamento del pueblo, lo inverso no es necesariamente cierto.

No es justo añadir que, "desde este punto de vista, la guerra revolucionaria es la forma moderna de la guerra primitiva, conducida con la voluntad de alcanzar un doble objetivo: adueñarse del poder interno, obligar al adversario a la capitulación". La guerra civil no significa el retorno a la guerra primitiva (sin contar que las formas de guerra son tan diversas en las sociedades llamadas arcaicas como en las sociedades complejas). Por otra parte, la guerra revolucionaria, si incluimos la que libró T. E. Lawrence contra los turcos, no procura la capitulación sino la expulsión del enemigo. En cuanto a la toma del poder interior, representa tanto el objetivo del conquistador (en una guerra colonial) como el del revolucionario o el liberador.

De ello se infiere que ninguno de los procedimientos por los cuales el general Beaufre se esfuerza por definir la guerra revolucionaria es adecuado. Los procedimientos en definitiva son dos: levantar a las poblaciones, recurrir a los medios tácticos de la guerra pequeña. Durante la Primera Guerra, los aliados procuraron quebrantar la opinión alemana, alzarla contra el poder establecido. Durante la Segunda, a causa de las conquistas realizadas en la primera fase, el armamento del pueblo y el levantamiento de las poblaciones contra el ocu-

[1] General A. Beaufre, *La guerre révolutionnaire. Les formes nouvelles de la guerre,* París, Fayard, 1972, p. 4.

pante se generalizaron en Europa. La resistencia belga u holandesa empleaba (aunque en grados muy diferentes) los mismos procedimientos que la resistencia yugoslava; una servía a la insurrección nacional contra el enemigo, la otra a una revolución contra el enemigo y contra el régimen de la preguerra.

Por momentos, el general Beaufre atina a discernir, casi involuntariamente, la principal oposición. "Este esquema corresponde al caso de un conflicto internacional que utiliza la guerra revolucionaria, lo cual es el caso general.[2] Si se tratara de un conflicto interior dirigido a tomar el poder, la fase final no sería la fase de las negociaciones, sino la fase de una ofensiva general que terminaría por la derrota completa del gobierno o el partido adverso (como en la guerra de España o en el conflicto[3] chino en 1948" (p. 60). Una guerra se define ante todo, como en la *Advertencia de 1827,* por la modalidad de retorno a la paz. Una guerra civil, que es el prototipo de la guerra revolucionaria, es y sigue siendo en todas las épocas una guerra de la primera especie o guerra de aniquilación, y termina con la capitulación incondicional o la aniquilación de uno de los bandos. En cambio, una guerra colonial, una guerra anticolonial o de liberación nacional termina más a menudo con una negociación, tratado de protectorado o tratado que acuerda la independencia a la población insurgente.

De la naturaleza de los grupos en conflicto, de la modalidad del retorno a la paz, resulta el tipo de guerra. De los dos procedimientos mediante los cuales los coroneles franceses definían la guerra revolucionaria, acción psicológica y guerrilla, todas las guerras utilizan el primero en mayor o menor grado, la mayor parte el segundo.

A falta de estas distinciones esenciales, el general Beaufre propone comentarios ingenuos: "un terrorismo mal orientado, no sostenido por la defensa de un tema político conveniente, puede alzar a la población contra él, sobre todo si no fue precedido por una acción muy seria tendiente a amordazar a la población". Ellc explica, por ejemplo, el fracaso de la O.A.S. en 1962 en la metrópoli (p. 62). El autor sabe tan bien como yo que la O.A.S. no podía encontrar el "tema político conveniente". Nadie inventa un tema por decreto, ni la O.A.S. ni las democracias liberales. El general Beaufre comprueba a continuación que el descubrimiento de un tema político no siempre es fácil, "sobre todo cuando el conflicto presenta problemas morales delicados, como sucede en las guerras donde se procura prevalecer sobre un movimiento de liberación" (p. 63).

Si hubiera comenzado por una conceptualización adecuada, no habría tenido necesidad de redescubrir sobre la marcha las evidencias. No se "inventa" un tema político por decreto. El estratega depende del político, quien analiza la naturaleza del conflicto. Y este análisis conduce eventualmente a la conclusión de que el tema movilizador no existe y de que el adversario, en función de las ideas predominantes en la época, tiene razón.

2 ¿Por qué el caso general?

3 ¿Por qué no decir "guerra civil"?

BIBLIOGRAFIA

El *corpus* clausewitziano comprende cinco clases de textos.

1. *Vom Kriege, De la guerra,* al cual he denominado el *Tratado* a lo largo de todo el libro. Añadiremos a este texto, evidentemente decisivo, la *Estrategia de 1804,* el artículo de *Neue Bellona,* los textos de 1812, bosquejo o resumen de la enseñanza impartida al príncipe heredero, la *Skizze eines Planes zur Taktik oder Gefechtslehre* y los *Leitfaden zur Bearbeitung der Taktik oder Gefechtslehre,* el manuscrito del curso sobre la *guerra pequeña.* A esta categoría pertenecen muchos fragmentos extraídos de los archivos, muchos pasajes de cartas, especialmente a Gneisenau, el retrato de Scharnhorst. Esta primera categoría abarca los textos que preparan, completan, corrigen el *Tratado.* La obra de Clausewitz, concluida, habría comprendido un *Tratado de la guerra grande,* un *Tratado de la táctica* y un *Tratado de la guerra pequeña.* Los elementos de estos tres tratados existen, dispersos, a veces esbozados. Un especialista en historia militar podría reconstruir la totalidad sin demasiado esfuerzo.[1]

2. A una segunda categoría pertenecen los relatos de campañas, especialmente las de Federico II, la Revolución y Napoleón. Abundan en ellos las fórmulas del *Tratado* y el desarrollo de los ejemplos mencionados en él.

3. A una tercera categoría pertenecen las cartas, especialmente las que escribió a su mujer. Clausewitz, cuando escribía a su novia o su esposa, se expresaba con mayor espontaneidad y mayor sinceridad que en cualquier otra circunstancia. Quien procure comprender su personalidad, en tantos sentidos alejada de nosotros, debe leer atentamente estas cartas que datan de 1806 a 1831 (algunas de ellas enviadas de Rusia en 1812) y que revelan al patriota, al guerrero, al enamorado, al oficial pobre que sueña con la gloria o al general lleno de condecoraciones y siempre insatisfecho.

Algunas cartas a Gneisenau testimonian las reacciones de Clausewitz ante los acontecimientos, especialmente las de 1815, en Francia, después de Waterloo. Las célebres cartas al mayor Roeder ayudan a interpretar el *Tratado,* sobre todo el libro VII.

4. Ubicaré en una cuarta categoría las notas o escritos políticos, textos de acción como los *Bekenntnisse,* textos de reflexión como *Umtriebe.* Pertenecen a la misma categoría de las notas políticas sobre Maquiavelo o los artículos sobre la situación de Europa después de la repartición de Polonia. Los artículos de *Minerva* sobre el desastre de 1806, el artículo sobre la suspensión de las hostilidades en 1813 y el opúsculo posterior sobre la catástrofe de 1806 figuran en el mismo rubro.

5. Por último los artículos sobre arte, así como las diversas notas tomadas de los archivos, se sitúan al margen de los escritos militares y políticos, nos muestran el espíritu de Clausewitz en acción, infiriendo conceptos de otras áreas de acción o aplicándolas a otras áreas. Un estudio serio de Clausewitz exige el conocimiento de este *corpus,* cuya dispersión lo vuelve, por momentos, difícil de conocer.

[1] El profesor Hahlweg anuncia la publicación, en el tomo II de *Carl von Clausewitz, Schriften, Aufsätze, Studien, Briefe,* de un texto titulado *Einleitung in das Studium der Schlachten und Gefechte.*

El *Tratado* fue publicado recientemente en una nueva edición por la misma casa que publicó en 1833 el tomo I del *Tratado*, primer volumen de las obras póstumas. W. Hahlweg, con quien todos los interesados en Clausewitz tienen una deuda de gratitud, ha limpiado el texto de los errores, voluntarios o involuntarios, cometidos en el siglo XIX, particularmente el célebre error que falseaba radicalmente las relaciones entre el general en jefe y el gabinete. El texto de esta decimoctava edición es, pues, exactamente similar al de la primera. Lo mismo ocurre con el texto de la edición de Alemania Oriental, publicado en 1957 por el Ministerio de Defensa Nacional. Estas dos ediciones del *Tratado*, de 1957 y 1972, contienen también dos de los textos de la enseñanza impartida al príncipe heredero, así como los dos textos relacionados con la táctica.

He aquí, pues, el conjunto de la obra publicada de Clausewitz:

Hinterlassene Werke (H. W.), diez tomos publicados en 1832, 1835, 1837. "Bemerkungen über die reine und angewandte Strategie des Herrn v. Bülow; oder Kritik der darin enthaltenen Ansichten" en *Neue Bellona*.

Oder Beyträge zur Kriegskunst und Kriegsgeschichte. Bearbeitet von einer Gesellschaft Offiziers und herausgegeben von H.P.R. von Porbeck. Jahrgang 1805. Leipzig, 1805.[2]

El artículo fue reproducido por E. A. Nohn, "Der unzeitgemässe Clausewitz Notwendige Bemerkungen über zeitgemässe Denkfehler" Beiheft 5 der *Wehrwissenschaftlichen Rundschau* Novembre 1956. Berlin et Francfort, Mittler und Sohn, 1956.)

"Historische Briefe über die grossen Kriegs-Ereignisse im Oktober 1806". En *Minerva*, publicado por J. W. von Archenholtz, 1807, 1, 2.

"Ueber das Leben und den Charakter von Scharnhorst. Aus dem Nachlasse des Generals von Clausewitz" en *Historisch-politische Zeitschrift*, publicado por Leopold Ranke, t. 1, Hamburgo, 1832.

"Das Wesentlichste in der Organisation eines Landsturmes und einer Miliz. Vom Oberleutenant Carl con Clausewitz" en *Errichtung der Landwehr und des Landsturns in Ostpreussen, Wespreussen am rechten Weichsel-Ufer und Litthausen im Jahre 1813*, Beihefte zum *Militär-Wochenblatt* pro januar bis inklusiv Oktober 1846. Berlín, 1846.

"Unsere Kriegsverfassung" en *Zeitschrift für Kunst, Wissenschaft und Geschichte des Krieges*; t. 104, Berlín, 1858.

"Ueber das Fortschreiten und den Stillstand der kriegerischen Begebenheiten"[3] (Publicado por H. Delbrück) en *Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde*. 15° año, 1878, Berlín, 1878.

"Zwei Denkschriften von Clausewitz 1830-1831" en *Militär-Wochenblatt* 1891, Berlín, 1891.

Nachrichten über Preussen in seiner grossen Katastrophe, 2a. édition. *Kriegsgeschichtlichen Einzelschriften herausgegeben vom Grossen Generalstabe*. Kriegsgeschichtliche Abteilung, cuaderno 10, Berlín, 1908.

Karl und Marie von Clausewitz. Ein Lebensbild in Briefen und Tagebuchblättern. Con una introducción de K. Linnebach, Berlín, 1916.

"Zwei Briefe des Generals von Clausewitz. Gedanken zur Abwehr"[4] en *Militärwissenschaftliche Rundschau*, año 2, 1937. Sonderheft, Berlín, 1937.

Strategie aus dem Jahre 1804 mil Zusätzen von 1808 und 1809. Con una introducción de E. Kessel, Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1937.

Carl von Clausewitz. Schriften-Aufsätze-Studien-Briefe. Dokumente aus Clausewitz, Scharnhorst und Gneisenau Nachlass sowie aus öffentlichen und privaten Sammlungen.

2 Reproducido en la biografía de Schwartz.

3 Se trata de un texto enviado en 1818 al mariscal von Gneisenau.

4 Una primera publicación de estas cartas (incompletas), a cuidado de Hans Rothfels, figura en el número de diciembre de 1917 de la *Deutsche* Rundschau.

Publicado por W. Hahlweg, t. 1. Gottinga, Vandenhoek & Ruprecht, 1966.

Karl Schwartz, en su biografía, reprodujo las cartas y gran cantidad de fragmentos, políticos y militares. No obstante, hay otros de interés en las publicaciones de Hans Rothfels y de W. M. Schering:

ROTHFELS (Hans), *Politik und Krieg, eine ideengeschichtliche Studie*, Berlín, 1920.

ROTHFELS (Hans), *Carl von Clausewitz, Politische Schriften und Briefe*, Munich, 1922.

SCHERING (W. M.), *Geist und Tat. Das Vermächtniss des Soldaten und Denkers. Auswahl aus seinen Werken, Briefen und unveröffentlichen Schriften*. Kröners Taschenausgabe, t. 167, Stuttgart, 1941.

En francés existen tres traducciones de *Vom Kriege**, la del mayor Neuens, la del coronel de Vatry, la de Madame Naville (la única que figura aún en catálogo); pero ni siquiera esta última traducción permite un estudio científico del pensamiento de Clausewitz: hay que remitirse al texto alemán.

La mayor parde de los relatos de campañas fue traducida al francés en el período de popularidad de Clausewitz en Francia.

La Campagne de 1796 en Italie, París, L. Baudoin, 1899 (traducción J. Colin) (t. IV de los H. W.).

La Campagne de 1799 en Italie et en Suisse (t. V-VI des H. W.), París, Chapelot, 1906, 2 vol. (traducción A. Niessel).

La Campagne de 1812 en Russie (t. VII des H. W.), París, Chapelot, 1900 (traducción M. Bebouën).

La Campagne de 1813 et la campagne de 1814 (t. VII des H. W.), París, Chapelot, 1900 (traducción comandante Thomann).

La Campagne de 1814 apareció por segunda vez en 1900. París, Charles Lavauzelle (traducción G. Duval de Fraville).

La Campagne de 1815 en France (t. VIII de los H. W.), París, Charles Lavauzelle, 1900 (traducción A. Niessel).

Sólo faltan, pues, las traducciones de los dos últimos tomos. Las ediciones Champ libre han vuelto a publicar las campañas de 1814 y 1815 en 1972 y 1973.

La publicación de los relatos de campaña, a principios de siglo, se explica por el interés que entonces manifestaban ciertos instructores de la Escuela de Guerra por la obra del estratega alemán. Se trata de oficiales que, a instigación de sus maestros, se encargaron de las traducciones.

En la misma época, el capitán A. Niessel publicó en la editorial R. Chapelot las *Notes sur la Prusse dans sa grande catastrophe, 1806.*

Mademoiselle Steinhauser publica este mismo año (1976) una valiosa compilación que no tiene equivalentes en alemán. La compilación contiene lo esencial de los textos estratégicos anteriores a 1815, fragmentos de la correspondencia y extractos de los escritos políticos. La selección es tan feliz como elegante y fiel la traducción.

Por cierto desearíamos disponer de una edición de *Obras selectas* que está preparando la Princeton University Press y que facilitaría el trabajo. La investigación de los archivos familiares, confiados a W. M. Schering antes de 1939 y desaparecidos después, conserva cierta significación. La comparación entre la lista de los manuscritos, establecida por K. Schwartz al final del tomo II de su obra, y los textos conocidos actualmente invita a pensar que no se

* Existen en castellano varias ediciones, completas o parciales, de *Vom Kriege*, entre ellas: *Arte y ciencia de la guerra* (Grijalbo); *De la guerra, I. Sobre la naturaleza de la guerra, la teoría de la guerra, de la estrategia en general. II. El encuentro, las fuerzas militares. III. La defensa, el ataque, plan de guerra* (Diógenes); *De la guerra*, t. III y t. IV (Círculo Militar); *De la guerra* (Ediciones Mar Océano). Actualmente circula en edición española una selección de esta última: *De la guerra*, introducción y epílogo de Pierre Naville, traducción (del texto de Clausewitz) de R. W. de Setaro, Barcelona, Labor, 1976 (2da. edición). *(N. del T.)*

perdió nada esencial. Los fajos que ya no poseemos aparentemente tenían un carácter estrictamente militar.[5]

Subsiste una duda que los archivos tal vez hubieran permitido disipar: ¿el texto de 1827 existía aún tal cual y se podía, como declara Schering sin demostrarlo, discernir las correcciones realizadas por Clausewitz en los dos primeros libros, incluso datar con precisión los diferentes libros o las diferentes versiones del mismo libro? Uno se pregunta por qué los que habían tenido acceso a los archivos antes de Schering —por ejemplo K. Linnebach, H. Rothfels— nunca presentaron con tanta seguridad la tesis de los tres estados del *Tratado*.

En resumen, la pérdida de los archivos, suponiendo que sea definitiva, no empobrece, al parecer, la obra de Clausewitz, pero no permite resolver los interrogantes sobre la evolución del pensamiento clausewitziano entre 1827 y 1830.

No detallaré a continuación la bibliografía completa de la literatura clausewitziana. Remito al lector a la edición 18a. de *Von Kriege*, por el profesor W. Hahlweg, así como a la bibliografía que figura al final del volumen de *Schriften, Aufsätze, Studien, Briefe.* Presentaré aquí una lista sucinta de los libros y artículos que he utilizado clasificándolos en varios rubros.

I. BIBLIOGRAFIAS

SCHWARTZ (Karl), *Leben des Generals Carl von Clausewitz und der Frau Marie von Clausewitz, geb. Gräfin Brühl*, Berlín, 1878, 2 t.

(Esta obra, sin valor científico, resulta indispensable a causa de la riqueza de la documentacion.)

ROQUES (P.), *Carl von Clausewitz, Sa vie et sa théorie de la guerra d'après des documents inédits*, París y Nancy, 1912.

(Este profesor francés dedica su obra a la señora von Clausewitz, que lo autorizó a consultar los archivos. En la época, a causa del estado de las relaciones franco-alemanas, esta autorización cobraba un valor excepcional. No obstante, Roques declara que le faltó tiempo para un estudio en profundidad. Utilizó las cartas de Clausewitz a Gneisenau. Sin embargo no se podría citar sin precaución los documentos que publica: en un caso determinado, he corroborado la eliminación de algunos fragmentos de una frase, eliminación que en definitiva falsea su sentido.)

PARKINSON (A.), *Clausewitz, A Biography*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1970.

(Agil, amena, esta biografía no añade mucho a nuestro conocimiento del hombre y la obra.)

II. LOS INTERPRETES PRINCIPALES

Reúno en un rubro particular a los historiadores, comentaristas o intérpretes que estudiaron en profundidad la vida y la obra de Clausewitz y que podemos considerar especialistas. A mi juicio, son contados.

BLASCHKE (R.), *Carl von Clausewitz, Ein Leben im Kampf.* Schriften der kriegsgeschichtlichen Abteilung im Historischen Seminar der Friedrich-Wilhelms Universität Berlin. Publié par W. Elze, cuaderno 7, Berlín, 1934.

CAEMMERER (R. von), *Clausewitz.* Erzieher des preussischen Heeres, vol. 8, Berlín, 1906.

— *Die Entwicklung der strategischen Wissenschaft im 19. Jahrhundert.* Bibliothek für Politik und Volkswirtschaft, vol. 15, Berlín, 1904.[6]

[5] Así, estudios geográficos y topográficos, que figuran en los números 3, 9, 10 de la lista de Schwartz, o reglamentos y maniobras, 16 y tal vez 20.

[6] El libro contiene un capítulo sobre Clausewitz que complementa el título precedente.

DELBRUCK (H.), *General von Clausewitz en: Historische und politische Aufsätze*, Berlín, 1907 (2a. edición).

(Este texto era una reseña de la biografía de Karl Schwartz.)

— *Ueber den Unterschied der Strategie Friedrichs und Napoleons: Historische und politische Aufsätze*. Berlín, 1886.
— *Die Strategie des Perikles, erläutert durch die Strategie Friedrichs des Grossen*, Berlín, 1890.
— *Friedrich, Napoleon, Moltke. Aeltere und neuere Strategie. Im Anschluss an die Bernhardischen Schrift: "Delbrück, Friedrich der Grosse und Clausewitz"*, Berlín, 1892.
— *Die Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, t. IV, Berlín, 1920.

(En el capítulo III del libro I, y en las notas correspondientes, se encontrarán indicaciones bibliográficas suplementarias.)

ELZE (W.), *Clausewitz*, Schriften der Kriegsgeschichtlichen Abteilung im Historischen Seminar der Friedrichs-Wilhelms Universität Berlin. Seminar Reihe, cuaderno 6, Berlín, 1934.
— "Von der Lehre und Lehrweise im Buch vom Kriege von Clausewitz" en *Jahrbuch der deutschen Gesellschaft für Wehrwissenschaften und Wehrpolitik*, Hamburgo, 1934.
FREYTAG-LORINGHOVEN (Frhr. von), *Kriegslehre nach Clausewitz aus den Feldzügen 1813 und 1814*, Berlín, 1908.
HAHLWEG (W.), *Carl von Clausewitz, 1780-1831* en *Die grossen Deutschen.* Deutsche Biographie en 4 Bänden. Publicado por H. Heimpel, Th. Heuss, R. Reifenberg, t. II, Berlín, 1956.
— "Clausewitz und die preussische Heeresreform" en *Zeitschrift für Heeres und Uniformkunde.* Publicado por *Die deustsche Gesellschaft für Heereskinde*, 1959 II, nro. 163, marzo-abril.
— *Carl von Clausewitz. Soldat-Politiker-Denker.* Persönlichkeit und Geschichte, t. III, Zurich, Francfort, 1969.
KESSEL (E.), "Doppelpolige Strategie. Eine Studie zu Clausewitz, Delbrück und Friedrich dem Grossen" en *Wissen und Wehr*, año 12, 1931.
— "Carl von Clausewitz. Herkunft und Persönlichkeit" en *Wissen und Wehr*, año 18, 1937.
— "Zur Entstehungsgeschichte von Clausewitz' Werk *Vom Kriege*" en *Historische Zeitschrift*, t. 152, 1935.
— *Einleitung des Herausgebers* zu: Carl von Clausewitz, *Strategie aus dem Jahre 1804 mit Zusätzen von 1808 und 1809.* Hamburgo, 1937.
— "Zur Genesis der modernen Kriegslehere. Die Entstehungsgeschichte von Clausewitz' Buch *Vom Kriege*" en *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, año 3, 1953, nro. 9.
— "Die doppelte Art des Krieges" en *Wehwissenschaftliche Rundschau*, año 4, 1954, nro. 7.
LINNEBACH (K.), "Die wissenschaftliche Methode in Clausewitz' Werk *Vom Kriege*" en *Wissen und Wehr*, año 14, 1933.
— "Zum Meinungsstreit über den Vernichtungsgedanken in der Kriegführung" en *Wissen und Wehr*, año 15, 1934.
— *Clausewitz* en *Handbuch der neuzeitlichen Wehrwissenschaften*, publicado por H. Franke, t. I, Berlin et Leipzig, 1936.
— "Vom Geheimnis des kriegerischen Erfolges" en *Wissen und Wehr*, año 21, 1940.

(Escribió asimismo introducciones e índices por materias en las ediciones 14a y 15a de *Vom Kriege.* También es autor de: *Kriegstheorie* in *Handbuch der neuzeitlichen Wehrwissenschaften*, H. Franke, t. I, Berlín y Leipzig, 1936. — *Die Wehrwissenschaften, ihr Begriff und ihr System*, Berlín, 1939.)

NOHN (E. A.), "Clausewitz contra Bülow" en *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, año 5, 1955, cuaderno 7.
— "Moralische Grössen, im Werk *Vom Kriege* und einem ungezeichneten Beitrag zur *Neuen Bellona* des Jahrgangs 1801" en *Historische Zeitschrift*, t. 186, 1958, cuaderno 1.

– "Jomini und Clausewitz" en *Politische Studien,* año 10, marzo 1959, cuaderno 107, Munich, 1959.
PÖNITZ (K. E.), *Militärische Briefe eines Verstorbenen an seine noch lebende Freunde. Zur unterhaltenden Belehrung für Eingeweihte und Laien im Kriegswesen.* Ultima edición, 3 vol., Stuttgart y Tübinga, 1854.

(Consulté la primera edición en 5 volúmenes que un asistente del profesor Halhweg, M. Niemeyer, puso a mi disposición. Las conversaciones de ultratumba entre los jefes militares manifiestan una comprensión del pensamiento de Clausewitz que, hacia fin de siglo, fue reemplazada por una interpretación dogmática.)

RITTER (G.). "Die Lehre Carls von Clausewitz vom politischen Sinn des Krieges" en *Historische Zeitschrift,* t. 167, 1943.
ROSINSKI (H.), "Die Entwicklung von Clausewitz' Werk *Vom Kriege,* im Lichte seiner *Vorreden und Nachrichten"* en *Historische Zeitschrift,* t. 151, 1935.
ROTHFELS (H.), *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg. Eine Ideengeschichtliche Studie,* Berlín, 1920.
– *Clausewitz* en *Makers of modern Strategy. Military Thought from Machiavelli to Hitler.* Publicado por Edward Mead Earle, Princeton 1943.
SCHERFF (W. V.), *Delbrück und Bernhardi. Eine strategische Studie für Gelehrte und Militärs,* Berlín, 1892.
SCHERING (W. M.), "Clausewitz' Lehre von Zweck und Mittel" en *Wissen und Wehr,* año 17, 1936.
– *Die Kriegsphilosophie von Clausewitz. Eine Untersuchung über ihren systematischen Aufbau.* Hamburgo, 1935.
SCHMITT (C.), "Clausewitz als politischer Denker, Bemerkungen und Hinweisse" en *Der Staat. Zeitschrift für Staatslehre, öffentliches Recht und Verfassungsgeschichte,* año 6, 1967, cuaderno 4.
WALLACH (J. L.), *Das Dogma der Vernichtungsschlacht. Die Lehre von Clausewitz und Schlieffen und ihre Wirkungen in zwei Weltkriegen.* Publié par l'*Arbeitskreis für Wehrforschung,* Francfort, 1967.
WEIL (E.), "Guerre et Politique selon Clausewitz", en *Revue Française de Science politique,* vol. 5, nro. 2, abril-junio 1955. Reproducido en *Essais et conférences,* París, Plon, 1971.

En esta lista voluntariamente breve destacaré ante todo los libros o artículos de Hahlweg, Kessel, Linnebach, Schering y Weil.

*

El culto de Clausewitz creo que se constituyó, después de las victorias de 1866 y 1870, por una suerte de confusión voluntaria entre el vencedor de Sedán y Napoleón I, en la que Clausewitz sirvió de intermediario entre el conquistador que los prusianos al fin habían vencido y el servidor del rey de Prusia, ahora emperador de Alemania, que había asumido poco a poco el mando de los ejércitos. (Sin ser jamás *Feldherr* en el sentido cabal del *Tratado.*) ¿El ejército alemán de 1870 debía su superioridad, como lo afirma H. Rosinski, a la enseñanza clausewitziana, que pese a todo habría penetrado los espíritus? No me atrevo a negarlo, y menos aún a afirmarlo.

En cambio, lo que no se presta a dudas es el descubrimiento simultáneo de Clausewitz y Napoleón en Francia, a partir de 1880 o 1882, mientras que del otro lado Clausewitz ocupaba el lugar de padre fundador de la teoría estratégica alemana; la admiración por Napoleón consagraba en cierto modo la admiración por aquel que lo había odiado tanto. Si B. H. Liddell Hart detesta a Clausewitz, es porque éste influyó en la doctrina militar alemana y sobre todo francesa antes de 1914. De hecho, como hemos visto, los franceses habían leído mal a Clausewitz y, allende el Rin, quien dominaba el pensamiento era Schlieffen antes que Clausewitz.

En la entreguerra, según el testimonio recogido por B. H. Liddell Hart, Clausewitz ya no era leído en las escuelas de los oficiales del estado mayor. En cambio, se desarrollaba el estudio propiamente científico de la obra. La publicación de la biografía de K. Schwartz ha-

bía provocado, por intermedio de Hans Delbrück, el debate estratégico que se prolongó hasta alrededor de 1895. Durante la guerra, Linnebach publicó la correspondencia de Carl y Marie; H. Rothfels publicó textos políticos y estéticos; Linnebach publicó nuevas ediciones del *Tratado*. Por último, en los años 30 Rosinski presentó sus hipótesis sobre las fechas de redacción de las diversas partes del *Tratado*, Kessel publicó la *Estrategia de 1804*, Schering sus libros.

Desde el final de la última guerra basta leer la colección de la *Wehrwissenschaftliche Rundschau* para comprobar que el interés por Clausewitz jamás fue tan vivo, al menos en los medios académicos. Lo mismo ocurre en Francia, gracias a la traducción publicada por las Editions de Minuit.

Parece que la influencia de Clausewitz fue débil en Inglaterra, aunque el *Tratado* se publicó en 1908 en traducción de J. J. Graham revisada por F. N. Maude. La introducción de este último revela el estado de ánimo de los europeos en los años previos a la Gran Guerra. Clausewitz habría hecho por la historia y la vida de las naciones lo que Darwin por la biología. La paz se mantiene por un equilibrio de fuerzas y perdurará mientras exista ese equilibrio, ni un momento más. Maude aludía a la presión creciente de las poblaciones que hay que alimentar y la explosión, inevitable a largo o corto plazo, en la línea de menor resistencia. El oficial inglés invitaba a sus compatriotas a armarse, a cobrar conciencia del espíritu que animaba a los pueblos del continente, todos, según él, formados consciente o inconscientemente por la enseñanza de Clausewitz. (Citaba los libros de Gustave Le Bon sobre psicología de las multitudes para justificar la afirmación.) Insistía también sobre la necesidad de una preparación pormenorizada antes del desencadenamiento de las hostilidades, y sobre las probabilidades de victoria del país capaz de atacar primero, antes que sus enemigos hubieran movilizado sus fuerzas. Por último, aunque adhiriendo a las tesis de los oficiales franceses según quienes Clausewitz no había comprendido el método estratégico de Napoleón, proclamaba que la imagen de la guerra que pintaba el *Tratado* seguía siendo verídica. Precisamente, los hombres deben templar su alma pensando en esta guerra, pues a fin de cuentas cada progreso en los armamentos acrecienta la importancia del carácter del jefe, del cual depende el resultado de los combates: del jefe y de su capacidad para resistir "las impresiones sensibles en el campo de batalla".

Biología, Darwin, selección natural, ejército de millones de hombres, servicio militar obligatorio, he allí las ideas continentales que el prologuista asociaba con el pensamiento de Clausewitz y que suscitara las reacciones violentas de un B. H. Liddell Hart.

En Estados Unidos, la primera traducción del *Tratado* data de 1943. Aparentemente Clausewitz no ejerció ninguna influencia, al menos en los políticos, aun si, como es probable, sus escritos figuraban en el programa de las escuelas o academias militares. Después de la última guerra cierto interés por el hombre y la obra se desarrolló, testimoniado por el proyecto de *Obras selectas* (Princeton University Press, 6 tomos) y la publicación de los extractos en la colección Pelican por A. Rapoport.

No he citado autores ingleses ni norteamericanos en el libro I, dedicado a la "era europea", porque no conocí ninguno que hubiera abordado lo que se denomina la *Clausewitz' Philologie*. Los autores ingleses o norteamericanos merecerían figurar en un estudio que tuviera por objeto la recepción y la interpretación de Clausewitz en los diversos países. He esbozado dicho estudio para Francia, no para Gran Bretaña ni Estados Unidos.

Los autores norteamericanos, especialmente los analistas de la estrategia nuclear, no pertenecen, pese a lo que piensa A. Rapoport, a la posteridad de Clausewitz. Sólo Bernard Brodie me parece profundamente interesado en el pensamiento del escritor prusiano. En estas condiciones he renunciado a establecer una bibliografía para el libro II de esta obra. En el capítulo I cité, en las notas o el texto, las principales obras o artículos franceses del período 1880-1914. No existe prácticamente nada más después de 1914, excepto un libro publicado después de 1914, pero escrito antes, del general Palat.[7] La bibliografía del plan Schieffen y la guerra de 1914 sería desmesurada. El lector encontrará una en el libro de Wallach *Das Dogma der Vernichtungsschlacht*. Asimismo, una bibliografía de los problemas

[7] General B. E. Palat (seudónimo Pierre Lhaucourt), *La philosophie de la guerre d'après Clausewitz*, París, Ch. Lavauzelle, 1921.

estratégicos planteados por la Segunda Guerra Mundial, o la guerra revolucionaria, o la guerrilla, o los armamentos nucleares, abarcaría cientos o miles de títulos. Me atendré, pues, a bibliografías sucintas sobre los siguientes temas: 1. El entorno histórico de Clausewitz; el resurgimiento prusiano. 2. El pensamiento militar europeo en el siglo pasado. 3. La discusión de algunos temas clausewitzianos. 4. Textos soviéticos y estudios relacionados con la descendencia marxista de Clausewitz.

I. EL ENTORNO HISTORICO

MEINECKE (F.), *Das Zeitalter der deutschen Erhebung* (1795-1815), Bielefeld, 1906.
RITTER (G.), *Staatskunst und Kriegshandwerk. Das Problem des Militarismus in Deutschland*, 4 tomes: I. *Die altpreussische Tradition* 1740-1890, Munich, 1954. – II. *Die Hauptmächte Europas und das wilhelminische Reich (1890-1914)*, 1960. – III. *Die Tragödie der Staatskunst Bethmann-Hohllweg als Kriegskanzler 1914-1917*, 1964. – IV. *Die Herrschaft des deutschen Militarismus und die Katastrophe von 1918*, 1968.
CRAIG (G. A.), *The Politics of the German Army*, 1640-1945, Oxford, 1955.
DEMETER (K.), *The German Officer-Corpos*, 1650-1945, trad. ingl. Londres, 1965.
GÖRLITZ, *History of the German General Staff*, N. Y. 1953.

Sobre Boyen

MEINECKE (F.), *Das Leben des General-Feldmarshalls Hermann von Boyen*, 2 vol, Stuttgart, 1896-1899.
BOYEN (H. von), *Enrinnerungen aus dem Leben des Generalfeldmarsalls Hermann von Boyen*, Leipzig, 1889-1890.
SCHOLTZ (G.), *Hermann von Boyen, ein Lebensbild*, Berlín, 1936.

Sobre Stein

SEELEY (L R.), *Life and Time of Stein*, 3 vol. Cambridge, 1878.
LEHMANN (M.), *Freiherr von Stein*, 3 vol., Leipzig, 1902-1905.
RITTER (G.), *Stein, Eine politische Biographie*, Stuttgart, 1958.

Sobre York

DROYSEN (J. G.), *Das Leben des Feldmarshalls Grafen York von Wartenburg*, Berlín, 1851-1853.
VAUPEL (R.), *Die Reorganisation des preussischen Staates unter Stein und Hardenberg*, Leipzig, 1938.
PARET (P.), *York and the Era of Prussian Reform 1807-1815*, Princeton, 1966.

II. PENSAMIENTO ESTRATEGICO

DELBRÜCK (H.), *Die Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, 4 vol. El último apareció en Berlín en 1920.
EARL (Edward Mead) (editor) *Makers of Modern Strategy. Military thought from Machiavelli to Hitler*, Princeton, 1943.
FULLER (J. F. C.), *Armement and History, A Study of the Influence of Armement on History from the Dawn of classical Warfare to the Second World War*, Londres, 1946. *The Conduct of War*, 1789-1961, Londres, 1961.
HOWARD (M.) (editor), *The Theory and Practice of War*, Londres, 1945.
JÄHNS (M.) *Geschichte der Kriegswissenschaften vornehmlich in Deutschland*; 3 vol., Munich y Leipzig, 1889-1891.
LIDDELL HART (B. H.), *Strategy: The Indirect Approach*, Londres, 1954 (última edición).

RUSTOW (F. W.), *Die Feldherrnkunst des neunzehnten Jahrhunderis*, 2 vol. El libro tuvo varias ediciones: la 3a. revisada y prolongada hasta 1877, apareció en 1878 y 1879 en Zurich. La traducción francesa de Savin de Larclause *(L'art militaire au XIXe siècle. Stratégie, histoire militaire)* fue publicada por J. Dumaine y se reeditó varias veces.
WALLACH (J. L.), *Kriegstheorien. Ihre Entwicklung in 19. und 20. Jahrhundert*, Francfort/Main, 1972.

(Este libro examina sucesivamente a Jomini, la serie Clausewitz, Moltke, Schlieffen, los franceses antes 1914 —Ardant du Picq y Foch—, Seekt y Ludendorff, Fuller y Liddell Hart, los marxistas —Engels, Lenin, Mao Tse-tung, Giap, Che Guevara—, Mahan y Douhet, los problemas nucleares. El lector encontrará una bibliografía útil para cada uno de estos temas.)

III. ALREDEDOR DE LOS TEMAS CLAUSEWITZIANOS

ALBERTINI (R. V.), "Politik und Kriegsführung in der deutschen Kriegstheorie von Clausewitz bis Ludendorff. Eine Untersuchung über die geistesgeschichtlichen Voraussetzungen der Theorie des totalen Krieges" en *Schweizerische Monatsschrift für Offiziere aller Waffen*, año 59, 1957.
BEYERHAUS (G.) "Descartes oder Clausewitz' Eine Auseinandersetzung mit der Foch-Legende" en *Historische Zeitschrift*, t. 168, 1943.
GUMBRUCH (W.), "Zu Clausewitz' Gedanken über das Verhältnis von Krieg und Politik" en *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, año 9, 1959.
MAYR (K.), "Clausewitz und der Zusammenbruch 1918" en *Archiv für Politik und Geschichte*, t. 5, año 3.
METTE (S.), *Vom Geist deutscher Feldherren. Genie und Technik 1800-1918. Eine universalhistorische Studie*, Zurich, 1935.
PARET (P.), "Education, Politics and War in the Life of Clausewitz" en *Journal of the History of Ideas. A Quarterly devoted to Cultural and Intellectual History*, vol. XXIX, julio-setiembre 1968.
RITTER (G.), "Die Lehre Carls von Clausewitz vom politischen Sinn des Krieges" en *Historische Zeitschrift*, t. 167, 1943 (compárese con el libro del mismo autor atado *supra*).
SCHRAMM (W. Ritter von), "Clausewitz und die politische Philosophie" en *Aussenpolitik. Zeitschrift für Internationale Fragen*, año 9, 1958.
— "Von der militärischen zur politischen Verantwortung. Was Generaloberst Beck von Clausewitz gelernt hat" en *Zeitschrift für Politik*, 1959.

Se encontrará en el artículo de P. Paret, "Clausewitz, a bibliographical Survey" en *World Politics, A Quarterly Journal of International Relations*, vol. XVII, enero de 1965, la lista de trabajos recientes de los ingleses y norteamericanos sobre Clausewitz.

Antes y mas aún después de la Primera Guerra Mundial, los libros titulados *Politik und Krieg* o *Politik und Kriegführung* son muchos. Citaremos, pro ejemplo, H. frh. von FREYTAG-LORING-HOVEN, *Krieg und Politik in der Neuzeit* (Berlín, 1911), *Politik und Kriegführung* (Berlín, 1918); W. GROENER, *Politik und Kriegführung* (Stuttgart, 1920); LUDENDORFF, *Kriegführung und Politik* (Berlín, 1922).

IV. LA DESCENDENCIA MARXISTA

El *Tratado* fue publicado por el Ministerio de Defensa de la República Democrática Alemana, en 1957, precedido por dos introducciones histórico-políticas, una de Ernst Engelbert, otra de Otto Korfes.

FABIAN (F.), *Clausewitz. Leben und Werk*, Berlín Oriental, 1957.
HENNICKE (O.), "Clausewitz. Bemerkungen zur Bedeutungs einer Kriegstheorie für seine und unsere Zeit" en *Militärwissenschaftliche Aufsätze*, cahier 17, Berlín Oriental, 1957.

CVETKOV (V.), "Ueber die Einführungsartikel zum Buch C. v. Clausewitz *Vom Kriege*" en *Militärwesen. Zeitschrift für Militärpolitik und Militärtheorie*, año 3, 1959.
KORTKOW (J.), "Lenin als Stratege" in *Oesterreichische Militärische Zeitschrift*, año 8, cuaderno 3, 1970.
WALLACH (J. L.), *Die Kriegslehre von Friedrich Engels*, con un apéndice sobre W. I. Lenin, Schüler der Engels'chen Kriegslehre, Francfort/Main, 1968.
WIESNER (H.), "Zur Weiterentwicklung der militärischen Ansichten von Marx und Engels durch W. I. Lenin" en *Zeitschrift für Militärgeschichte*, 1970, cuaderno 1.
RADIN (J. A.), "Lenin der Schöper der sowjetischen Militärwissenschaft" en *Militärwissenschaftliche Aufsätze*, cuaderno 8, Berlín Oriental, 1956.
— "Die Bedeutung von Clausewitz für die Entwicklung der Militärwissenschaft" en *Militärwesen, Zeitschrift für Militärpolitik und Militärtheorie*, cuaderno 3, 1958.
SOKOLOVSKI (V. D.) (editor), *Soviet Military Strategy*, Traducción inglesa de una obra rusa. Los traductores Herbert S. Dinerstein, Léon Gouri, Thomas C. Wolfe anotaron y comentaron el texto para la *Rand Corporation*. Englewood, Prentice Hall, 1963.
Marxism-Leninism on War and Army, publicado en cinco ediciones rusas entre 1957 y 1968 y en inglés en Moscú, en 1972 por *Progress Publication;* reeditado por iniciativa de la *American Air Force*.

Dans la même série, l'*American Air Force* a publié:

Scientific-technical Progress and the Revolution in Military Affairs (A Soviet View), Moscú, 1973, bajo la responsabilidad del general N. A. Lomov.

The Basic Principles of Operational Art and Tactics (A Soviet View), Moscú, 1972 (bajo la responsabilidad de V. Ye. Savkin).

The Offensive (A Soviet View), Moscú, 1970 bajo la responsabilidad de A. A. Sidorenko.

The Philosophical Heritage of V. I. Lenin and Problems of contemporary War, Moscú, 1972, bajo la dirección del mayor general A. V. Milovidov y el coronel Kozlov.

INDICE DE NOMBRES

INDICE TEMATICO

INDICE DEL LIBRO II (La era planetaria)

NOTAS